

# **Alamut**

**Vladimir Bartol**

**Alamut**

**Sobrecubierta**

None

**Alamut**  
**Vladimir Bartol**

# SALVAT

Diseño de cubierta: Ferran Cartes/Montse Plass

Traducción: Mauricio Waczec y Slavica Membrado Boursac

Traducción cedida por Muchnik Editores

Título original: Alamut

© 1994 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

© 1988 Editions Phébus, París

© 1989 Muchnik Editores, Barcelona

ISBN:84-345-9042-5 (Obra completa)

ISBN:84-345-9048-4 (Volumen 6)

Depósito Legal: B-29248-1994

Publicado por Salvat Editores, S.A. Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Septiembre 1994

Printed in Spain-Impreso en España

*Desde su inexpugnable ciudadela de Alamut,*

*en las montañas del norte de Irán,*

*Hassan Ibn Saba, jefe absoluto de una secta*

*caracterizada por su fanatismo emprende*

*la guerra santa contra el poderoso*

*Imperio Turco.*

*Hassan no posee fuerzas militares*

*organizadas ni apoyos suficientes para acometer*

*esa lucha, pero sabe que la ilusión es capaz*

*de despertar las más grandes pasiones y lealtades,*

*El vino, el hashish y las maravillas de su harén,*

*anticipo de los gozos del Paraíso, le sirven*

*para enardecer a sus fieles fedayines, que parten*

*felices al encuentro con la muerte.*

*Vladimir Bartol nació en Eslovenia en 1903,*

*y falleció en 1967. Filósofo, psicólogo, biólogo*

*e historiador de las religiones. Las obras*

*de este escritor maldito por los regímenes*

*totalitarios de su tiempo circularon de manera*

*casi confidencial.*

*Alamut, su creación más notable escrita en 1938,*

*es una magnífica muestra de esa libertad que evidenció tanto en su vida diaria como en su quehacer literario.*

## ÍNDICE

<a href="#">I .....</a>	<a href="#">5</a>
<a href="#">II .....</a>	<a href="#">27</a>
<a href="#">III .....</a>	<a href="#">50</a>
<a href="#">IV .....</a>	<a href="#">65</a>
<a href="#">V .....</a>	<a href="#">82</a>
<a href="#">VI .....</a>	<a href="#">98</a>
<a href="#">VII .....</a>	<a href="#">111</a>
<a href="#">VIII .....</a>	<a href="#">122</a>
<a href="#">IX .....</a>	<a href="#">132</a>
<a href="#">X .....</a>	<a href="#">147</a>
<a href="#">XI .....</a>	<a href="#">159</a>
<a href="#">XII .....</a>	<a href="#">186</a>
<a href="#">XIII .....</a>	<a href="#">205</a>
<a href="#">XIV .....</a>	<a href="#">218</a>
<a href="#">XV .....</a>	<a href="#">229</a>
<a href="#">XVI .....</a>	<a href="#">243</a>
<a href="#">XVII .....</a>	<a href="#">257</a>
<a href="#">XVIII .....</a>	<a href="#">267</a>
<a href="#">XIX .....</a>	<a href="#">278</a>
<a href="#">XX .....</a>	<a href="#">293</a>
<a href="#">XXI .....</a>	<a href="#">301</a>

## I

En la primavera del año mil noventa y dos de la era cristiana, y por la antigua carretera de los ejércitos, que desde Samarcanda y Bujara alcanza el pie del macizo del Elburz por el norte de Jurasán, avanzaba una caravana de cierta importancia. Había salido de Bujara al principio del deshielo y llevaba varias semanas de viaje. Los hombres de la caravana blandían sus látigos, animando a los animales ya bastante agotados. Dóciles bajo su carga, los dromedarios, las mulas y los camellos turkestanos de dos jorobas, avanzaban en una larga fila. Montados en pequeños caballos peludos, los hombres de la escolta armada contemplaban, con una expresión de tedio mezclada de expectativa, la larga cadena de montañas que se alzaba en el horizonte. Hartos de aquella lenta cabalgata, estaban impacientes por llegar a su objetivo. El pico nevado de Demavend\* se acercaba lentamente; terminó por desaparecer tras un parapeto que circundaba la carretera. El viento fresco que soplaba de las montañas

reanimó a los animales y a los hombres. Pero las noches eran glaciales y tanto los mercaderes como los hombres de la escolta se agrupaban refunfuñando alrededor de las hogueras.

De los camellos, había uno que llevaba entre las dos jorobas una especie de choza o jaula. De vez en cuando, una fina mano apartaba la cortina de la ventanilla practicada en la pared de aquel refugio, mostrando el rostro temeroso de una niña. Sus grandes ojos enrojecidos por el llanto lanzaban miradas que interrogaban a los demás, buscando una respuesta a la dolorosa pregunta que la atormentaba desde el comienzo del viaje: ¿adónde la llevaban y qué pensaban hacer con ella? Pero nadie prestaba atención a su presencia. Únicamente el guía de la caravana, un sombrío cincuentón vestido con amplios pantalones árabes y tocado con un enorme turbante blanco, le lanzaba duras miradas en cuanto la veía aparecer por la pequeña abertura. Entonces ella cerraba rápidamente la cortina y se acurrucaba dentro de su habitáculo. Desde que su amo, en Bujara, la había vendido a aquella gente, vivía dividida entre un miedo mortal y la horrible curiosidad por conocer la suerte que le esperaba.

Un buen día –ya habían hecho una gran parte del camino–, un grupo de jinetes bajó

la pendiente que se alzaba a la derecha y les cortó el camino. Los animales que iban delante se detuvieron sin que nadie los frenara. Los guías y los hombres de la escolta empuñaron sus pesadas cimitarras y se colocaron en orden de batalla. Montado en su pequeño alazán, un hombre se destacó del grupo y se acercó a la caravana hasta estar al alcance de la voz. Lanzó un grito que debía de ser una especie de consigna, al que el jefe de la caravana respondió de inmediato. Rápidamente, ambos hombres se reunieron y se saludaron con cortesía, tras lo cual la nueva tropa reemplazó a la anterior. La caravana tomó entonces una bifurcación, dirigiéndose hacia las montañas, y no se detuvo hasta bien cerrada la noche. Montaron un campamento en un estrecho vallecito, de donde se podía oír el rugido lejano de un torrente. Encendieron las hogueras, comieron de prisa y se durmieron como troncos.

Al despuntar el día, todo el mundo estaba nuevamente en pie. El guía del pequeño destacamento se acercó a la jaula, que los mercaderes habían desatado y puesto en tierra durante la noche, apartó la cortina y gritó con voz ruda:

–¡Halima!

\* Punto culminante de la cadena del Elburz (5.700 m), al norte de Teherán.  
(N. del E.)

El rostro temeroso apareció en la abertura, luego se abrió una puertecita estrecha y baja. Con mano firme, el hombre cogió a la jovencita por la muñeca y la sacó fuera del refugio.

Halima temblaba de pies a cabeza. «Ahora sí que estoy perdida», pensó. El jefe de los extranjeros que se habían unido la víspera a la caravana tenía en las manos una venda negra. A una señal del guía y sin decir palabra, se la colocó en los ojos a la joven y se la amarró firmemente a la nuca. Luego, saltando a caballo, atrajo suavemente hacia él a la joven cautiva, la instaló en la silla de montar y la cubrió con su amplio albornoz. Habló un momento con el guía y puso su caballo al trote. Halima se acurrucó en sí misma y, lívida de miedo, se aferró al jinete.

El ruido del torrente estaba cerca. Se detuvieron y el jinete habló brevemente con un desconocido. De nuevo azuzó su caballo. Pero esta vez el paso se hizo más lento, más prudente. Halima tuvo la impresión de que el camino, peligrosamente estrecho, bordeaba el torrente de cerca. Un aire frío salía de las profundidades y nuevamente sintió que se le oprimía el corazón.

Una vez más se detuvieron. Ahora escuchó gritos y ruidos de armas y cuando reanudaron el viaje al trote, los cascos del caballo golpearon el suelo con ruido sordo: acababan de atravesar un puente sobre el torrente.

Los hechos que siguieron le parecieron un sueño atroz. Oyó gritos y llamadas, como si toda una banda armada disputara alrededor de ellos. El jinete puso pie en tierra, cuidando de dejarle el albornoz. Ahora la llevaba a paso ligero, ora por un terreno casi plano, ora por una especie de escalera. Luego le pareció que entraban en un lugar muy oscuro. De repente, el hombre le sacó el manto y se sintió cogida por otras manos. Un estremecimiento la sobrecogió, como si se le acercara el espectro de la muerte. El hombre al que la había entregado el jinete rió imperceptiblemente. Atravesaron juntos una especie de corredor. De pronto la envolvió un frío extraño, como si se hallara en una cueva subterránea. Intentó no pensar en nada pero no lo logró. Tenía la impresión de que el último momento, el momento horrible, había llegado.

El hombre que ahora la llevaba en brazos comenzó a tantear el muro, adelantando cautelosamente una de las manos. Allí encontró un objeto que levantó enérgicamente. Sonó un gong.

Halima lanzó un grito e intentó zafarse de las manos del desconocido, este se contentó con reír y le dijo con tono casi amable:

—No chilles, criatura, nadie te va a despellejar.

Chirrió una puerta de hierro. Una tenue claridad atravesó la venda de Halima. «Me arrojarán a una prisión...» Un murmullo de agua se escuchó más abajo. La joven contuvo el aliento. Oyó pasos de pies descalzos. Alguien se acercaba y el hombre que la transportaba la entregó al recién llegado.

—Ten, Adí, cógela.

Los brazos que acababan de tomarla eran fuertes como patas de león y estaban completamente desnudos. El hombre debía de tener también el pecho desnudo. Se dio cuenta de ello cuando sintió que la levantaba hacia él. Debía de ser un verdadero gigante. Esta vez Halima se abandonó a su suerte, sin capacidad alguna de reacción ante lo que le esperaba. El hombre se la llevó corriendo por una especie de pasarela flexible que se balanceaba desagradablemente bajo su peso. Luego el suelo crujió por las pisadas del desconocido, como si estuviera cubierto de pequeños guijarros. Al mismo tiempo la joven sintió el agradable calor de los rayos del sol. Su luz atravesaba la venda que tenía en los ojos. Aromas de plantas frescas y de flores se dejaron sentir.

Con una brusca sacudida, Halima se dio cuenta de que el hombre acababa de saltar a una barca que se balanceaba violentamente. Lanzó un grito y se aferró a los hombros del

gigante. Pero éste se contentó con reír con voz aguda, casi infantil, tras lo cual declaró

divertido:

—No tengas miedo, gacelita. Te llevo a la otra orilla y ya estaremos...

¡Siéntate ahí!

La instaló en un asiento cómodo y se puso a remar.

Creyó escuchar una risa lejana, una alegre risa de muchachas. Aguzó el oído. No, no se había equivocado. Le llegaban claramente voces. Sintió un gran alivio. Si allí había personas tan alegres no podía ocurrirle nada malo.

La barca alcanzó la orilla. El hombre volvió a coger a la joven entre sus brazos y saltó

a tierra firme. Treparon por un camino de abrupta pendiente. Llegados arriba, el hombre depositó su carga en el suelo y ayudó a la joven a ponerse de pie. Alrededor de ellos estaba lleno de voces. Se escuchaban pisadas de sandalias que se acercaban. El gigante exclamó con una carcajada:

—Os la confío.

Luego volvió a la barca, allá abajo, y se alejó remando.

Una de las jóvenes se había acercado a Halima para quitarle la venda, mientras las demás exclamaban:

—¡Qué menuda es!



—¡Y qué joven! En realidad es una niña...

—¡Una niña muy flaca! El viaje debe de haberla agotado... ¡Pero miren lo alta que es, delgada como un ciprés...!

La venda cayó de los ojos de Halima. Lanzó una mirada asombrada. A su alrededor se extendían jardines, verdaderos jardines en la primera floración de la primavera. Las muchachas que la rodeaban eran hermosas como huríes; pero la que le había quitado la venda era la más hermosa de todas.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una voz débil y tímida.

Las demás se pusieron a reír, como si su timidez las divirtiera. Entonces la sangre tiñó

sus mejillas pese a que la hermosa joven que le había quitado la venda le rodeó

tiernamente la cintura y le dijo:

—No temas, querida niña. Estás entre buena gente.

Su voz era protectora y cálida. Halima se apretó contra ella e insensatos pensamientos acudieron a su mente. «Tal vez he llegado a casa de algún rey...»

La condujeron por un sendero recubierto de guijarros blancos. A cada lado y dispuestos regularmente, se extendían parterres de tulipanes y jacintos de todos los tamaños y colores: bulbos hinchados de un amarillo brillante, aunque también rojo viejo o violeta, a veces rayados o moteados; gráciles racimos de jacintos, blancos y rosa pálido, azul claro y oscuro, lila y amarillo claro. Algunos eran tiernos y transparentes como el cristal. Violetas y primaveras crecían en los bordes. Más allá, florecían lirios y narcisos. Aquí y allá, un lirio blanco desplegaba suntuosamente sus primeras flores. Un perfume embriagador embalsamaba el aire. Halima se sintió deslumbrada. Bordearon interminables parterres rodeados de matorrales cuidadosamente podados cuyos grandes brotes abrían aquí y allá sus corazones rojos, blancos y amarillos.

El sendero las condujo luego bajo unos frondosos granados manchados de flores púrpuras. Después fueron hileras de limoneros y melocotoneros. Finalmente, llegaron a un huerto en el que florecían almendros, membrillos, manzanos, perales... Halima los contemplaba asombrada.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó una de las jóvenes.

—Halima —murmuró de modo casi inaudible.

Las demás se pusieron a reír. A Halima se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No riáis, adefesios! —les reprochó su protectora—. Dejad a la pequeña tranquila, que se reponga. Está cansada y desorientada.

Luego dijo, dirigiéndose a Halima:

—No les guardes rencor por ser así. Son jóvenes y traviesas; cuando las conozcas mejor, verás que no son malas. Incluso creo que te querrán.

Llegaron a un bosquecillo de cipreses. Un ruido de agua imposible de localizar acompañaba sus pasos; aquel murmullo sordo y lejano parecía venir de algún torrente que fluía formando cascadas. Algo comenzó a brillar entre los árboles. Halima, intrigada, no tardó en distinguir la fachada de un palacete completamente rodeado de árboles, resplandeciente bajo el sol. Frente a él había un estanque circular adornado con un surtidor. Allí se detuvieron y Halima echó una mirada alrededor. Altas montañas las cercaban por todos lados. El sol lanzaba sus rayos sobre los acantilados rocosos, iluminando las crestas nevadas. Halima miró en la dirección de donde venían. Una enorme roca, casi una montaña, que parecía tirada intencionadamente allí, limitaba el valle dominado por los jardines, suspendidos entre dos precipicios que formaban una profunda garganta. En lo más alto, el sol matinal iluminaba una poderosa fortaleza, situada en la cima de la roca.

—¿Qué nombre tiene este extraño lugar? —preguntó tímidamente Halima mostrando con la mano las murallas flanqueadas por dos altas torres.

—Ya tendrás tiempo de hacer preguntas —respondió su protectora—. Estás cansada; primero te bañaremos, te daremos de comer y te dejaremos descansar.

Halima se fue animando poco a poco y se puso a examinar a sus compañeras con curiosidad. Parecían rivalizar entre ellas en encanto y elegancia en el vestir. Sus anchos pantalones de seda crujían al caminar. Todas llevaban el color que les sentaba mejor. Sus ajustados corpiños, suntuosamente bordados, adornados de broches dorados recamados de piedras preciosas, cubrían camisas claras o de colores vivos, hechas de finísima seda. En los brazos llevaban ricas pulseras y alrededor del cuello collares de perlas y coral. Muchas mostraban libremente sus cabellos; otras lucían pañuelos alrededor de la cabeza, formando pequeños turbantes. Todas estaban calzadas con sandalias fabricadas artísticamente con cueros de colores. Halima contempló su pobreza y sintió vergüenza.

«Tal vez por eso se rieran antes», pensó.

El palacete ante el cual se hallaban ahora era de forma circular, rodeado por una escalera baja de piedra blanca que facilitaba su acceso. Numerosas columnas soportaban el techo, tal como se ve en los santuarios de la antigüedad.

Una mujer de avanzada edad y aspecto ordinario salió de la mansión. Seca y alta como una pértiga, miraba el mundo de arriba abajo con altivez. Tenía la piel oscura y las mejillas muy hundidas. Sus grandes ojos sombríos brillaban con un fulgor febril y sus finos y apretados labios le daban una expresión de severidad, incluso de dureza. La seguía un extraño animal: especie de gato de pelo leonado, de tamaño extraordinario y excepcionalmente alto de patas. Miró a Halima y emitió un gruñido hostil. La joven gritó de terror y se estrechó contra su protectora. Ésta intentó calmarla:

—NO le temas a nuestra Ahriman<sup>7</sup>. Es una autentica onza pero esta domesticada como un cordero y no le causa mal a nadie. Se acostumbrará a ti y llegaréis a ser buenos amigos.

Llamó al animal, lo sujetó firmemente por el collar e hizo que se estuviera tranquilo; pronto dejó de gruñir y de mostrar los dientes.

\* Divinidad del Mal, en la antigua religión mazdeíta. (N. del E.)

—Ves —añadió—, ya se muestra menos salvaje. Cuando te hayas cambiado, ya te parecerá más familiar. Ahora, acarícialo bien para que se acostumbre a ti. Sobre todo no tengas miedo, yo lo sujeto.

Halima superó su primera reacción de miedo. Inclínada prudentemente hacia delante, con un gesto que marcaba una temerosa distancia y la mano izquierda apoyada en la rodilla, estiró el brazo y se puso a acariciar suavemente el lomo del animal, que lanzó un gruñido amistoso y modulado, como si fuera un verdadero gato. La joven dio un salto hacia atrás y se echó a reír junto con sus compañeras.

—¿Quién es este miedoso esperpento, Myriam? —preguntó la vieja traspasando a Halima con la mirada.

—Adí acaba de traérnosla, Apama, aún es muy tímida —respondió la que había servido de guía a la recién llegada—. Se llama Halima.

La vieja se acercó, inspeccionó a la joven extranjera de la cabeza a los pies y la palpó

como lo haría un tratante con un caballo caro.

—Tal vez hagamos algo con ella. Pero habrá que engordarla, está muy esquelética. Luego agregó llena de cólera:

—¿Y dices que la trajo ese animal de negro, ese eunuco maldito, quien decía que la tomó en brazos? ¡Oh, castrado bribón! ¡No entiendo cómo Seiduna tiene tanta confianza en él!

—Adí sólo cumplió con su deber —respondió Myriam—. Vamos, ya es hora de que nos ocupemos de esta niña.

Tomó a Halima de la mano, sujetando aún con la otra el collar de la onza y se las llevó

a ambas, seguidas por el grupito de muchachas.

Primero pasaron por un corredor de techo alto que circundaba todo el edificio. Los muros eran de mármol tan pulido que los objetos se reflejaban en ellos como si fueran espejos. Una suntuosa alfombra amortiguaba el ruido de los pasos. En una de las salidas, que eran numerosas, Myriam dejó la onza: saltó sobre sus grandes patas, como un perro, girando curiosamente su pequeña cabeza felina hacia Halima, que apenas había tenido tiempo de reponerse. Acababan de tomar un corredor transversal y penetraron en una sala alta y abovedada. Halima lanzó un grito de admiración. Ni en sueños había imaginado nunca algo tan hermoso. El techo estaba hecho de mosaico de vidrio cuyos vivos colores dejaban filtrar una luz de arco iris. Una lluvia de rayos violetas, azules, verdes, amarillos, rojos y blancos se derramaba en un estanque circular, que una

invisible fuente agitaba con un suave chapoteo. La superficie irisada hacía jugar los colores que se esparcían por todo el rededor del suelo, hasta los asientos dispuestos contra el muro, que estaban recubiertos de cojines artísticamente bordados.

Halima se había detenido en el umbral, boquiabierta, con los ojos extraviados de asombro. Myriam la miraba con una leve sonrisa. Se inclinó sobre el estanque y sumergió la mano.

—El agua está buena, en su punto —dijo.

Ordenó a las jóvenes que las acompañaban que prepararan todo lo necesario para el baño. Luego comenzó a desvestir a Halima. Algo incómoda delante de las muchachas, ésta intentó primero ocultarse detrás de Myriam, bajando los ojos, lo que no impidió que las demás la observaran con curiosidad, riendo a media voz.

—¡Idos, malvadas! —chilló Myriam.

Obedeciendo sin rechistar, éstas se esfumaron al punto. Myriam levantó los cabellos de la hermosa niña y se los ató en un moño para evitar que se mojaran; luego la invitó a sumergirse en el estanque en el que la frotó y la lavó como es debido. Luego la hizo salir del agua y la secó enérgicamente y le hizo ponerse los anchos pantalones que habían

preparado las muchachas. Finalmente, sobre un bonito corpiño demasiado amplio para ella, la ayudó a ponerse una chaqueta que le llegaba hasta las rodillas.

—Por hoy tendrás que contentarte con mi ropa. Pronto haremos que te corten una nueva, a tu medida; verás que te quedará a las mil maravillas.

La hizo sentarse en un lecho de reposo que había cubierto con un montón de cojines.

—Descansa un poco aquí, yo voy a ver lo que ellas te han preparado para comer. Con su mano suave y rosada, le acarició la zara. En aquel instante, ambas sintieron que se amaban. Instintivamente Halima besó los dedos tiernos de su protectora. Myriam fingió

que endurecía la mirada. Pero Halima sintió perfectamente que no le guardaba rencor; le sonrió con aire de felicidad.

Apenas se había retirado Myriam, Halima muerta de fatiga, cerró los ojos. Primero intentó luchar contra el sueño, volviendo siempre el mismo pensamiento: «Tengo que abrir los ojos, ahora». Pero no tardó en dormirse profundamente.

Cuando se despertó, se sintió un instante perdida: ¿dónde se encontraba? ¿Qué le había sucedido? Apartó la manta, que las muchachas le habían puesto

mientras dormía, temiendo que tuviera frío, y se sentó al borde de la cama. Se frotó los ojos, luego miró a su alrededor. Rostros femeninos, jóvenes y además afables, aparecieron bañados por la luz irisada. Era ya bien entrada la tarde. Myriam se arrodilló junto a ella y le alcanzó una copa de leche fría. Halima la cogió y la bebió ávidamente. Su amiga, cogiendo un cántaro jaspeado, le llenó de nuevo a copa, que una vez más vació. Una joven de piel negra se acercó y le ofreció en una bandeja dorada golosinas de todo tipo, a base de sémola de trigo, miel y frutas. Halima probó de todo.

—¡Qué hambre tiene! —dijo una de las muchachas.

—¡Y qué pálida está! —se asombró otra.

—Pongámosle carmín en las mejillas y en los labios —impuso una linda rubiecita.

—Ante todo, la niña debe saciar su hambre —dijo Myriam.

Luego, dirigiéndose a la joven negra que tenía la bandeja dorada:

—Pélale un plátano o una naranja, Sara —y volviéndose hacia Halima: —¿Qué fruta prefieres, hijita?

—No conozco ninguna de las dos, me gustaría probar ambas.

Esto hizo reír mucho a las jóvenes y Halima, a su vez, sonrió cuando Sara le dio las desconocidas frutas. No podía resistirse a tantas amabilidades. Pronto se chupó los dedos.

—Nunca me había sentido tan bien —les confió a las demás.

Una risa jubilosa se apoderó una vez más de las jóvenes. La misma Myriam esbozó

una sonrisa y dio unos golpecitos en la mejilla de Halima. Ésta sintió que le volvía la sangre a las venas. Sus ojos brillaron, recuperó su buen humor y se puso a charlar con más confianza.

Las jóvenes se habían sentado a su alrededor, unas bordando, otras cosiendo. Todas comenzaron a interrogarla. Durante ese tiempo, Myriam le había puesto en las manos un pequeño espejo metálico, y le estaba aplicando carmín en las mejillas y en los labios, negro en las cejas y en las pestañas.

—Así que te llamas Halima —dijo la rubia que había propuesto que la maquillaran—. Yo me llamo Zainab.

—Zainab es un bonito nombre —reconoció Halima.

Hubo nuevas risas.

—¿Y de dónde vienes?

—De Bujara.

—Yo también vengo de allí —intervino una belleza de cara redonda como una luna y miembros regordetes (tenía una deliciosa barbilla redondeada y ardientes ojos de terciopelo)—. Yo me llamo Fátima. ¿Quién era tu antiguo amo?

Halima quiso responder pero Myriam, que estaba maquillándole los labios, la retuvo:

—Ahora espera un momento, y vosotras no la molestéis.

Halima le besó furtivamente la punta de los dedos, lo que le valió una reprimenda:

—¿Quieres quedarte quieta, niña mala?

Pero no logró endurecer su rostro. Halima sintió claramente que se había granjeado la simpatía de todas. Ello la llenó de alegría.

—¿Mi antiguo amo? —siguió cuando Myriam terminó de pintarle los labios, mirándose complacida en el espejo—. Era un mercader que se llamaba Ah, un hombre de edad, muy bueno.

—¿Por qué te vendió si era tan bueno? —lanzó Zainab.

—Era pobre. Había caído en la miseria. Ya no teníamos ni qué comer. Aquel buen hombre poseía dos hijas por toda fortuna y se dejó timar por pretendientes que se olvidaron de pagarle. También tenía un hijo, que un buen día desapareció, víctima con toda seguridad de los bandidos o de la soldadesca del lugar.

Brillaban lágrimas en sus ojos.

—Me habían destinado a él...

—¿Quiénes eran tus padres? —preguntó Fátima.

—No los conocí, no sé nada de ellos. Sólo recuerdo haber estado en casa del mercader Ah. Mientras su hijo estuvo allí nos las arreglábamos como podíamos para ir tirando. Luego llegó la miseria: mi amo gemía, se arrancaba los cabellos y vivía rezando. Su mujer le sugirió un día que me vendiera. Me llevó en un burro a la ciudad. A todos los mercaderes a quienes me ofrecía, les preguntaba inquieto a dónde me llevarían, a quién me venderían. Hasta que terminó por encontrar un negociante que compraba por cuenta de vuestro amo. Ese hombre juró por las barbas del Profeta que sería tratada como una princesa. El buen Ah convino el precio y cuando me llevaron, rompió a llorar. Yo también lloré. Ahora veo que el mercader tenía razón. En verdad estoy aquí como una princesa... Las jóvenes sonreían con expresión conmovida, lanzando huyes miradas con sus ojos húmedos.

—Mi amo también lloró cuando me vendió —dijo Zainab—. Yo nací esclava. Era todavía muy pequeña cuando los turcos me raptaron y me llevaron con ellos al fondo de su estepa. Aprendí a montar a caballo y a tirar al arco como un muchacho. Todos admiraban mis ojos azules y mis cabellos rubios. Venían a verme desde lejos. Pretendían que si algún poderoso jefe sabía de mi existencia, seguramente me compraría. Luego el ejército del sultán cayó

sobre nosotros y mataron a mi amo. Yo tenía alrededor de diez años. Nos batimos en retirada delante de las tropas enemigas, en medio de una gran

matanza de nombres y caballos. El hijo de mi amo tenía ahora el rango de jefe de familia. Se enamoró de mí y me tomó por mujer legítima en su harén. Pero el sultán nos lo quitó todo y mi amo se volvió

brutal. Nos pegaba todos los días. No quería someterse al poder del príncipe. Finalmente los jefes firmaron la paz. Unos mercaderes vinieron a nuestra casa y se pusieron a negociar. Un armenio que había reparado en mí acosó a mi amo; le ofreció ganado y dinero. Un día los vi entrar en su tienda: en cuanto mi amo me vio sacó su daga; quería apuñalarme antes que verse obligado a venderme. Pero el mercader se lo impidió y terminaron por cerrar el trato. Pensé que moriría. El armenio me llevó a Samarcanda. Era repugnante. Fue allí donde me vendió a Seiduna. Pero todo eso es pasado...

—Has sufrido mucho, mi pobre pequeña —murmuró Halima acariciándole el rostro con compasión.

—¿Eras la mujer de tu amo? —quiso saber Fátima.

Halima sintió que la sangre le subía al rostro.

—No... ¿qué quieres decir con eso?

—No le hagas esas preguntas, Fátima —saltó Myriam—, ¿no ves que todavía es una niña?

—¿Acaso no tuve que sufrir eso mucho antes de tener la edad que ella tiene ahora? —

suspiró Fátima—. Unos parientes me habían vendido con mi madre a un campesino. Yo apenas tenía diez años cuando tuve que convertirme en su mujer. Él debía un dinero y como no podía pagarlo, me entregó a su acreedor a cambio de esa deuda. Pero había olvidado decirle que yo ya había sido su compañera. Por lo que mi nuevo amo me llenó de insultos: no dejaba de pegarme y torturarme, gritando a los cuatro vientos que lo habíamos engañado, el campesino y yo, y jurando por todos los mártires que nos mataría. Yo no entendía nada. Mi amo era viejo y feo y yo temblaba delante de él como delante del sultán. Sus primeras mujeres comenzaron a pegarme y él las dejó hacer. Hizo venir una cuarta con la cual era todo miel, lo que sólo excitó su crueldad hacia nosotros. Finalmente, fuimos sacadas por el guía de la caravana de Seiduna, que me compró para venir a adornar estos jardines.

Halima la miraba a través de las lágrimas. Luego sonrió.

—Ves —concluyó—, terminaste llegando aquí, donde estás bien.

—Basta de charla por hoy —las interrumpió Myriam—. Pronto oscurecerá y estás bastante cansada. Mañana tendremos trabajo. Aquí tienes este bastoncillo para que te limpies los dientes.

Era un delgado palillo erizado de duros pelos en la punta; era fácil adivinar cómo se usaba. Le tendieron una copita de agua y cuando hubo acabado, la acompañaron a su habitación.



acompañaron a su habitación.

–Tendrás como compañeras a Sara y a Zainab –le dijo Myriam.

–Bueno –respondió Halima.

El suelo de la habitación estaba cubierto de alfombras de colores abigarrados, tejidas con lana gruesa. Los muros y la cama baja, llena de cojines bordados con gusto, estaban igualmente tapizados. Junto a cada cama había un pequeño tocador finamente tallado coronado por un espejo plateado. Una araña dorada de formas extrañas y complicadas, con cinco luces, colgaba del techo.

Las jóvenes vistieron a Halima con una larga túnica de seda blanca y fina. Le anudaron un cordón rojo alrededor de la cintura y la pusieron delante del espejo. Halima las oía susurrar que la encontraban encantadora y hermosa. «Sí, de verdad, soy hermosa», se decía con el pensamiento, «hermosa como una princesa». Se tendió en la cama y las jóvenes le arreglaron los cojines. La cubrieron con un edredón y se retiraron de puntillas. Halima hundió la cabeza en los blandos cojines y se durmió mansamente, consciente de ser verdaderamente feliz.

La despertaron los primeros rayos del sol detrás de la ventana. Abrió los ojos y se quedó absorta en la contemplación de las figuras coloreadas dibujadas en las alfombras. Ante todo, le pareció que seguía de viaje. Contemplaba en el muro a un cazador a caballo persiguiendo un antílope con una lanza en la mano. Debajo un tigre y un búfalo luchaban salvajemente; detrás de un escudo, un negro dirigía la punta de su venablo a un león furioso. Mas allá, una onza espiaba a una gacela. Entonces recordó los acontecimientos de la víspera: finalmente supo dónde estaba.

–Buenos días, pequeña marmota –le dijo Zainab a manera de saludo y vino a sentarse en la cama de su amiga.

Halima la contempló llena de admiración: refulgiendo al sol como oro puro, sus cabellos le caían en mechones ensortijados sobre los hombros. «Es más hermosa que un hada», pensó. Respondió a su saludo, encantada, y echó un vistazo a la otra cama. Sara

todavía dormía. Estaba a medias destapada y la piel oscura de sus miembros brillaba como ébano. Abrió los ojos despertada por la conversación de sus vecinas. Miró a Halima, a quien dirigió una sonrisa extraña, luego los bajó de inmediato, como un felino turbado por una mirada humana. Se levantó, se acercó a la cama de Halima y, a su vez, se sentó.

–Anoche, cuando nos acostamos, no nos oíste –dijo–. Te besamos pero simplemente nos volviste la espalda lanzando un gruñido de disgusto.

Halima se echó a reír, pese a que la mirada de la belleza negra le dio casi miedo. También advirtió el leve bozo que adornaba el labio superior de la extraña muchacha

casada muchacha.

—No os oí en absoluto —respondió.

Sara la devoraba con los ojos. Hubiera querido besarla pero no se atrevía. Lanzó una mirada furtiva a Zainab que ya se había sentado en su tocador y se peinaba los cabellos.

—Te los tendremos que lavar hoy —murmuró Sara dirigiéndose a Halima—. ¿Me permites que sea yo la que me encargue de ello?

—De acuerdo.

Finalmente tuvo que levantarse y sus compañeras la llevaron a la sala de baño destinada a su uso particular.

—¿Os bañáis todos los días? —se asombró.

—¡Por supuesto! —respondieron ambas muchachas riendo.

Luego la sumergieron en una bañera de madera y terminaron por bañarla con mil arrumacos.

Ella lanzó gritos, se secó con una toalla y, agradablemente refrescada, se puso el vestido.

Desayunaron en un comedor ovalado. Todas tenían un lugar determinado, y Halima contó veinticuatro incluido el suyo. La hicieron sentarse a la cabecera de la mesa, junto a Myriam.

—¿Qué sabes hacer en realidad? —le preguntó ésta a quemarropa.

—Sé bordar y coser, y también cocinar.

—¿Sabes leer y escribir?

—Leo un poco.

—Habrá que completar eso. ¿Y el arte poético?

—No lo he estudiado.

—Pues bien, te enseñaremos todo eso y muchas cosas más.

—Me alegro —dijo Halima con un impulso de sincera alegría—. Siempre quise aprender.

—Debes saber que aquí llevamos un horario escolar estricto que deberás cumplir puntualmente. Y te advierto de una cosa más: no hagas preguntas sobre temas que no estén relacionados directamente con las materias de enseñanza.

Aquel día, Myriam le pareció mucho más seria y severa que la víspera. Sin embargo, la sentía favorablemente dispuesta hacia ella e incluso llena de simpatía.

—Te obedeceré en todo y haré todo lo que me digas que haga —prometió. Estaba claro que Myriam tenía una cierta superioridad sobre sus compañeras. Esto intrigaba un poco a Halima, pero no se atrevía a hacer preguntas. Desayunaron leche y pastelitos a base de frutos secos y miel. Después, cada una comió una naranja. Después del desayuno, comenzaron las clases. Fueron a una sala acristalada en la que había un estancue, ese extraño lugar que Halima había

admirado tanto la víspera. Allí se sentaron sobre cojines, todas colocaron una tablilla sobre sus rodillas levantadas hacia delante, prepararon sus cálamos y esperaron. Myriam le había asignado un lugar a Halima y le había dado material para escribir.

—Tómalo como ves que lo hacen las demás, a pesar de que todavía no sepas escribir. Después yo te enseñaré; por el momento acostúmbrate a sujetar la tablilla y la caña. Después se dirigió hacia la puerta de entrada y dio un golpe en el gong colgado del muro. Un instante después, un negro gigantesco entraba en la sala con un gran libro en la mano. Estaba vestido con cortos pantalones rayados y con una túnica abierta por delante que casi le llegaba a los talones; en los pies llevaba unas simples sandalias y en la cabeza un fino turbante rojo. Se sentó con las piernas cruzadas sobre un cojín que le habían preparado, frente a las jóvenes.

—Hoy, mis avecillas, mis palomitas, retomaremos la lectura de pasajes del Corán —

ante esta palabra aplicó piadosamente la frente sobre el libro—, en los que el Profeta nos habla de los gozos y delicias del más allá. Veo entre vosotras una jovencita nueva, de mirada viva y curiosa, una alumna ávida de aprender, encantadora en todo sentido a los ojos del espíritu. Con el fin de que no pierda la más pequeña porción de sabiduría, la menor miga de toda esta ciencia, nuestra sutil y juiciosa Fátima va a decimos y explicarnos lo que el escrupuloso jardinero Adí ha logrado plantar y cultivar hasta ahora en vuestros corazoncitos...

Claro, se trataba de Adí, el hombre que la había transportado la víspera a aquellos jardines. Halima lo había reconocido de inmediato por la voz. Tuvo ganas de reír pero se contuvo valerosamente.

Fátima levantó hacia el maestro su bonita barbilla redondeada y se puso a recitar con una voz suave y casi cantarina:

—En el decimoquinto sura, versos cuarenta y cinco a cuarenta y ocho, leemos: «Así, los temerosos de Dios entrarán en unos jardines en los que corre una fuente. ¡Entrad en paz! Nosotros les quitaremos la amargura del corazón y se sentarán unos frente a otros sobre cojines. No sentirán cansancio y no los expulsaremos jamás.»

Adí la felicitó. Luego ella recitó de memoria varios otros pasajes. Cuando terminó, el negro se volvió hacia Halima:

—Mi cervatilla de plata, de paso ágil y espíritu rápido, has admirado las perlas que adornan el discurso de tu pequeña compañera, de tu hermanita, grande en sabiduría, y ves lo que mi ciencia y la profundidad de mi espíritu han sembrado y sabido hacer germinar en el seno de nuestras huríes de hermosos ojos. Ahora

tú también arranca las niñerías de tu corazón y presta oído inteligente a lo que nuestro santo saber te revelará, para que seas dichosa en este mundo y en el otro.

En seguida se puso a deletrear, palabra por palabra, un nuevo capítulo del Corán. Los cálamos corrían y chirriaban sobre las tablillas. Las jóvenes movían levemente los labios, repitiendo en voz baja lo que sus manos escribían.

Una vez terminada la hora, Halima dejó de atender. Ahora todo le parecía risible, extraño y como irreal. El negro se levantó, aplicó tres veces, respetuosamente, la frente sobre el libro, y dijo:

–Hermosas jovencitas, mis estudiosas alumnas, cuán ágiles y vivaces sois, basta de ciencia, por hoy se han terminado las sementeras de mi sabiduría. Lo que habéis escuchado y concienzudamente transcrito en vuestras tabillas, metéoslo bien en la cabeza y aprendéoslo de memoria sin omitir nada. Finalmente instruid a esta amable codorniz, vuestra pequeña compañera, en las santas ciencias y convertid su ignorancia en conocimiento.

Sonrió mostrando dos hileras de dientes blancos, hizo girar sententiosamente sus ojos redondos y abandonó con dignidad la sala de clase.

Apenas acababa de caer el telón, cuando Halima estalló en carcajadas. Su alegría se contagió a las demás, aunque Myriam la reprendió en tono serio.

–No te burles nunca más de Adí, Halima. En efecto, puede que parezca algo extraño al principio, pero posee un corazón de oro, y haría cualquier cosa. por nosotras. Sabe muchas cosas, tanto en materia del Corán como de filosofía profana. Conoce la métrica y la retórica, la gramática árabe y la parta. Seiduna tiene gran confianza en él... Halima bajó los ojos. Sentía vergüenza. Pero Myriam agregó acariciándole el rostro:

–Te has reído, no hay nada malo en ello. Ahora lo sabes y en el porvenir te conducirás de otra manera.

Tras lo cual le dirigió un saludo con la cabeza y siguió a las demás muchachas a los jardines.

Sara quiso llevar personalmente a Halima a la sala de baño para lavarle el cabello. Comenzó por despeinarla, luego la desnudó hasta la cintura, sus manos temblaban ligeramente y Halima se sintió bastante incómoda, desagradablemente incómoda, aunque decidió no prestarle mucha atención.

–Bueno ¿y quién es nuestro amo? –preguntó.

La curiosidad había ganado. Sin saber por qué se daba cuenta de que tenía cierto poder sobre Sara. De inmediato ésta se mostró dispuesta a responderle.

–Te diré todo lo que sé –murmuró con un extraño temblor en la voz–. Pero pobre de ti si me traicionas. Además tienes que amarme. ¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–Todas pertenecemos a Seiduna, que quiere decir Nuestro Amo. Es un amo

poderoso, muy poderoso. Qué más decirte...

—¡Habla!

—Tal vez no lo veas nunca. Algunas hace un año que estamos aquí, y todavía no lo hemos visto.

—¿Y quién es «Nuestro Amo»?

—Espera, te lo diré todo. ¿Sabes quién es, entre los vivos, el primero después de Alá?

—El califa.

—Es falso. Ni siquiera el sultán. El primero después de Alá es Seiduna. Halima, pasmada, abrió los ojos de par en par. Le parecía estar viviendo un cuento teñido de misterio. No, ahora ya no se limitaba a escuchar el cuento sino a formar parte de él...

—¿Dices que ninguna de vosotras ha visto a Seiduna?

Sara se inclinó a su oído:

—Sí, una de nosotras lo conoce mucho. Pero pobre de nosotras si alguien supiera que hablamos de esto.

—Seré muda como una tumba. ¿Pero quién es esa que conoce tan bien a Seiduna?

Se imaginaba perfectamente quién podía ser. Sólo quería tener la confirmación.

—Myriam —susurró Sara—. Cuenta con sus favores... Pero pobre de ti si me traicionas.

—No se lo diré a nadie.

—Está bien, pero debes amarme, pues yo confío en ti.

Halima estaba cada vez más atormentada por la curiosidad. Siguió preguntando:

—¿Y quién es entonces esa vieja que vimos ayer delante de la casa?

—Apama. Es aún más peligroso hablar de ella que de Myriam. Myriam es buena y nos quiere. Apama es malvada y nos odia. Ella también conoce a Seiduna. Pero cuidado, no te traiciones, no, no dejes que nadie sepa lo que sabes.

—No me traicionaré, Sara.

La negra muchacha se dio prisa en lavarle la cabeza.

—¡Eres tan suave, Halima! —murmuró.

La otra se sintió incómoda pero hizo como que no había oído. Todavía tenía cosas que preguntarle.

—¿Y ese Adí? —siguió.

—Es un eunuco.

—¿Un eunuco?

—Un hombre que no es verdaderamente un hombre.

–No lo entiendo mucho.

Sara entró en explicaciones más precisas, con lo cual Halima la cortó malhumorada.

–No quiero oír hablar de eso.

–Tendrás que oír muchas otras cosas.

Sara tenía cara de ofendida. Cuando terminó de lavarle los cabellos a su compañera, se puso a untárselos con aceites perfumados. Luego se los desenredó. ¡Ah, cuánto le hubiera gustado abrazarla y besarla! Pero Halima le lanzó desde abajo una mirada tan dura que Sara tuvo miedo de hacer algún gesto. La invitó a salir de la sala de baño y la llevó al sol para que los cabellos se secaran más de prisa.

Desde que Halima había entrado en aquel mundo extraño era, para hablar propiamente, la primera vez que se encontraba sola. No sabía prácticamente nada; ni dónde estaba ni lo que debía hacer. Sólo la rodeaban misterios. Pero esto no era desagradable, al contrario. No se sentía incómoda en aquel mundo digno de ifritas y genios. ¡Después de todo tenía con qué alimentar su curiosidad! «Lo mejor es hacerse la tonta», se dijo. «De esta forma las miradas no se detendrán en mí y podré meterme donde lo crea oportuno. Finalmente, si me conduzco así, las demás cuidarán de mí con más devoción...»

Las revelaciones de Sara la habían arrojado en un mundo de enigmas que la obligaron a reflexionar. Myriam, de la que conocía uno de sus lados, tan amable y bueno, tenía una cara oculta. Estaba en buenos términos con Seiduna. ¿Qué querría decir esto? ¿Cuales eran entonces las prerrogativas de Apama, que era malvada, y sin embargo muy unida también a Seiduna? ¿Y el cómico Adí, en quien, según Myriam, Seiduna tenía tanta confianza? Y en fin ¿quién era Seiduna, «Nuestro Amo», tan poderoso, del que Sara sólo se atrevía a hablar a media voz?

Sin poder quedarse quieta, se aventuró, curiosa, por un sendero. Se inclinaba sobre las florecillas, espantando las mariposas que se posaban en ellas. Las abejas salvajes y los abejorros rayados, cargados de polen, zumbaban alrededor de ella. Insectos y pequeñas moscas volaban en medio del cálido sol primaveral. Aquellas miles de criaturas la ponían contenta, así como la naturaleza entera. Su antigua y fastidiosa vida estaba olvidada, tanto como estaban olvidados los temores e incertidumbres del penoso viaje. Ahora su corazón rebosaba de placer y alegría de vivir. Tenía la impresión de haber llegado de verdad al paraíso.

Algo se movió en un matorral de granados. Aguzó el oído. Por detrás del follaje saltó

un animal ágil, de patas finas. «Una gacela», pensó. El animal se detuvo y la contempló

con sus hermosos ojos de oro oscuro. La joven había superado su primera reacción, que había sido de miedo. Se agachó e invitó al animal a acercase, imitando involuntariamente al extraño comentador del Corán:

–Gacelita, abejita, balando y acercándose a mí, ligera de patas y fina de cuernos. Ya ves, no recuerdo más pues no soy el sabio Adí. Acércate a Halima, que es joven y bonita y que ama a la gentil gacelita...

No pudo dejar de reírse de su propia locuacidad. La gacela se acercó con el hocico tendido y comenzó a oliscarla y a lamerle la cara. Las cosquillas eran agradables y la jovencita rió e hizo como si se defendiera, mientras el animal llevaba cada vez más lejos su

juego. De repente le pareció que otra presencia, que no estaba menos viva y de la que podía sentir el aliento, se acercaba a ella por detrás hasta el punto de rozarle la oreja. Se volvió y quedó helada de terror. Muy cerca de ella se alzaba Ahriman, la onza leonada, que pronto se puso a rivalizar fogosamente en amabilidades con la gacela. Halima cayó de espalda y tuvo el tiempo justo para apoyarse en las manos. No podía gritar ni levantarse. Con los ojos llenos de angustia, miró al felino de altas patas, esperando el momento en el que se echaría sobre ella. Pero seguramente el animal no tenía ninguna intención agresiva. Pronto dejó de ocuparse de ella y se puso a retozar en compañía de la gacela, cogiéndola por las orejas y saltándole al cuello por jugar. Debían conocerse mucho y ostensiblemente eran buenas amigas. Halima, repentinamente envalentonada, enlazó con ambos brazos el cuello de los dos animales. La onza gruñó y se puso a ronronear como un verdadero gato, mientras la gacela volvía a lamer el rostro de la niña, que se las ingeniaba para halagar a las dos bestias dirigiéndoles las más dulces palabras. No lograba comprender cómo una onza y una gacela podían ser amigas en este mundo, en esas circunstancias, ya que Alá, según el Profeta, reservaba ese prodigio a los habitantes del paraíso. Oyó que la llamaban. Se levantó y caminó en dirección de la voz. Ahriman la siguió, escoltada por la gacela que jugando se echaba sobre ella dando a derecha e izquierda grandes cabezazos, exactamente como lo hubiera hecho un cabritillo; la onza apenas le prestaba atención, limitándose de vez en cuando a cogerle una oreja con la intención de fastidiarla.

Halima se unió a sus compañeras que la esperaban para la clase de danza. Le recogieron los cabellos en un moño detrás de la cabeza y la llevaron a la sala acristalada. El maestro de baile era el eunuco Asad. Era un hombre joven, de estatura mediana, el rostro lampiño y de una agilidad casi femenina. También era africano y tenía la piel oscura, aunque menos negra que la de Adí. Halima lo encontró simpático y divertido. Al entrar se quitó la larga túnica y se colocó delante de ellas, todas en pantalones amarillos muy cortos. Se inclinó con una

sonrisa amable, se frotó las manos con expresión contenta y, tras haber invitado a Fátima a tocar el arpa, comenzó a hacer mil hábiles contorsiones al ritmo del instrumento.

Lo esencial de su arte se basaba en la movilidad del vientre y en el dominio de los músculos de éste. El movimiento circular de los brazos y el paso de baile propiamente dicho sólo eran una especie de acompañamiento rítmico del verdadero ballet que realizaba el vientre. El bailarín acababa de mostrarles lo que debían hacer; las muchachas debían ahora esforzarse en imitarlo. Les ordenó que se sacaran el corpiño y se desnudaran hasta la cintura. Halima se sintió muy incómoda, pero cuando vio que las demás obedecían sin pestañear, las imitó de buena gana. El profesor, tras designar a Sulaika y Fátima como primeras bailarinas, tomó por su lado una flauta larga y delgada y se puso a tocar. Sólo entonces Halima se fijó en Sulaika: como silueta era ciertamente la más hermosa de todas; sus miembros eran redondeados, livianos, su piel de una suavidad de terciopelo. Era la que tenía el rango más alto y le servía de auxiliar al maestro de baile, ejecutando todo lo que él le pedía; las demás sólo la imitaban lo mejor posible. Flauta en mano, el maestro iba de unas a otras, juzgando con mucho discernimiento la agilidad y el trabajo de los músculos, corrigiendo y mostrando personalmente cómo debía hacerse...

Después de la clase, Halima, cansada, se sintió torturada por el hambre. De nuevo fueron a los jardines, aunque sin alejarse demasiado, pues les esperaba otra clase: esta vez se trataba de métrica. Halima le confió a Sara que su estómago clamaba de hambre. Ésta le hizo una señal de que esperara y desapareció en el palacio; estuvo de vuelta en un instante y, poniéndole un plátano recién pelado en la mano, le dijo:

—No se nos permite merendar entre las comidas. Myriam es muy severa en este aspecto: teme que nos volvamos demasiado voluminosas. Seguramente me castigaría si supiera lo que acabo de hacer por ti.

¡No comer de miedo a engordar! Era algo insólito para Halima. ¡Al contrario!, mientras más gorda era una mujer, más halagos recibía. Lo que Sara acababa de decirle no era una buena noticia. Pero, en fin, ¡aquel rincón maravilloso tenía tantas cosas buenas!

Debían entrar en la sala de clases. Una vez más, era Adí el que enseñaba arte poética. Halima encontró que esta materia era de las más divertidas. Hasta el punto de entusiasmarla desde el comienzo.

El amable profesor les analizó el primer verso de un gazal; todas las muchachas tuvieron que hacer trabajar la imaginación. Myriam declamó después el verso sobre el cual debían improvisar, y todo el resto del tiempo quedó libre, mientras las demás rivalizaban entre ellas, agregándole rimas a las rimas. Al cabo de una decena de versos, la mayoría había agotado su facultad de



cado de una decena de versos, la mayoría había agotado su facultad de invención; únicamente seguían enfrentándose, no sin ingenioso empeño, Fátima y Zainab que, pese a todo, terminaron por rendirse. A la primera y a la segunda tentativa, Adí dejó tranquila a Halima; tendría que acostumbrarse. Pero aquello le gustaba tanto que él la invitó a que se preparara para el tercer asalto. Sentía en ella una ligera aprensión, pero, halagada por la confianza que le manifestaban, en su fuero interno deseaba medirse con las demás.

Myriam enunció el primer verso\*:

–«Si poseyera alas como el pájaro deidad... »

Adí esperó un momento, luego las interrogó por turno. Ellas respondieron en orden: Sulaika:«Volaría en el sol de la beldad...»

Sara:«Estaría llena de bondad...»

Aisha:«Aliviaría toda mendicidad... »

Sit:«Cantaría una canción llena de felicidad... »

Djada:«Buscaría siempre la verdad...»

En aquel momento, Adí le hizo un gesto con la cabeza a Halima y la invitó amablemente a seguir. Ella lo intentó enrojeciendo:

–«Contigo quisiera...»

Cogida desprevenida, se detuvo.

–Lo tengo en la punta de la lengua –se excuso.

Todas se pusieron a reír. Adí le hizo una señal a Fátima.

–Vamos, pequeña Fátima, ayúdala.

Fátima completó el verso de Halima: «Contigo quisiera volar hacia la eternidad.»

Halima se apresuró a protestar.

–No, no era eso lo que quería decir –dijo contrariada–. Esperad, lo encontraré sola. Y aclarándose la voz, declamó:

–«...Contigo quisiera lanzarme a la azul inmensidad.»

Un estrépito de risas acompañó sus palabras. Halima se levantó y, roja de cólera y vergüenza, corrió hacia la puerta. Myriam le cortó el paso. Todas se apresuraron entonces a consolarla y a alentarla. Poco a poco se calmó, secándose las lágrimas. Adí explicó que la métrica era una flor que sólo era accesible después de un denodado esfuerzo, y que si Halima se había equivocado la primera vez, no debía perder el valor. Luego invitó a las jóvenes a seguir. Ya no les quedaban rimas. Pese a lo cual, Fátima y Zainab seguían replicándose:

Fátima:«Aprovecha, Halima, la enseñanza escuchada.»

\* Género poético ditirámico en la poesía persa. (N. del E.)

Zainab:«Para hablar así, Fátima, no tienes, que yo sepa, autoridad.»

Fátima:«Si de esto conozco más que tú, no hago de ello alarde.»

Zainab:«Refrena pues tu espíritu, ¡descarada!»

Fátima:«Mi presencia de espíritu quebranta tu serenidad.»

Zainab:«En modo alguno, sólo está herida tu vanidad.»

Fátima:«Belleza y Vanidad se complementan, en cambio Fealdad engendra Humildad.»

Zainab:«¿Pensarás en mí acaso, por tu gran deformidad?»

Fátima:«¡Ah, lo que faltaba! Confundir la delgadez con la agilidad.»

Zainab:«De ninguna manera, sólo me río de tu ceguedad.»

Fátima:«¡Mira tú! ¿y qué decir de tu ingenuidad?»

Zainab:«¿Crees, con la injuria, compensar tu frivolidad?»

—Basta, mis palomitas —intervino Adí—. Con hermosas rimas y sabias máximas os habéis enfrentado y pavoneado, disputado y despiezado, amputado y desgarrado con mucho espíritu; os habéis enviado flores y lanzado negras miradas. Ahora olvidad vuestras querellas y reconciliaos. Tregua de justo saber y de duelo oratorio. Id a disfrutar ahora al refectorio.

Tras lo cual se inclinó amablemente y se retiró de la sala de clases. Las jóvenes se apresuraron a seguir su ejemplo, todas impacientes por ir a ocupar su lugar en el comedor. Contrariamente al desayuno de la mañana, que las había esperado sobre la mesa, la comida les fue servida ahora por tres eunucos: Hamza, Telha y Sohal. Halima supo que había siete eunucos para servirlos. Además de los dos profesores que ya conocía, y de los tres eunucos que servían la mesa, había dos de aquellos extraños personajes encargados del cuidado de los jardines: Moad y Mustafá. La cocina era sobre todo asunto de Apama; Hamza, Telha y Sohal sólo la ayudaban; se dedicaban a los trabajos domésticos, lavaban, hacían el aseo y fregaban los platos, se cuidaban del orden y de la limpieza de toda la casa. Los eunucos, así como Apama, vivían en un jardín privado, aislado por fosos del ámbito de las muchachas. Tenían alojamientos propios, mientras Apama vivía sola en una casita. Tantas cosas inflamaban la imaginación de Halima. No se atrevía a hacer ninguna pregunta en presencia de Myriam; esperaba con impaciencia el momento de ver de nuevo a Sara. La comida le pareció un verdadero festín. Un tierno asado de ave con un estofado que olía muy bien, legumbres variadas, fritos, queso, una tarta, dulces de miel con frutos cocidos. Y

para terminar una copa de algo que se le subió extrañamente a la cabeza.

—Es vino —susurró Sara—. Seiduna nos lo permite.

Después del almuerzo, se dirigieron a sus habitaciones. Finalmente estaban solas, pero Halima tenía muchas preguntas que hacer:

—¿Cómo se entiende que Seiduna permita el vino cuando el Profeta lo prohíbe?

—Posee ese derecho, ya te he dicho que es el primero después de Alá. Es un nuevo profeta.

—Me dijiste que, salvo Myriam y Apama, ninguna de vosotras había visto todavía a Seiduna.

—Ninguna, salvo Adí, que es su hombre de confianza. Pero Adí y Apama se odian a muerte. En general, Apama no quiere a nadie. Era muy hermosa, cuando joven, pero ha pasado el tiempo y la consume el rencor.

—¿Pero quien es en realidad esa Apama?

—¡Chist! Es una mujer abominable. Conoce todos los secretos del amor y Seiduna la hizo venir aquí para que nos enseñe lo que sabe. Ya verás esta tarde. Parece que aprovechó muy bien su juventud.

—¿Por qué debemos aprender tantas cosas?

—En realidad no lo sé. Pero me imagino que debemos estar preparadas para Seiduna.

—¿Estamos destinadas a su harén?

—Tal vez; ahora dime si ya me amas un poco.

Halima se ensombreció. Le disgustaba que Sara le planteara tales tonterías cuando ella tenía tantas cosas importantes que saber. Se tendió de espalda, con las manos bajo la cabeza, y miró al techo.

Sara se sentó junto a ella en la cama. La contempló, inmóvil. De repente se inclinó y comenzó a besarla con pasión. Primero Halima fingió ignorar el significado de aquellos besos, pero como su ardor la perturbaba terminó por rechazar a Sara.

—Me gustaría saber lo que Seiduna pretende hacer con nosotras —dijo. Sara retomó el aliento y se arregló los cabellos.

—A mí también me gustaría saberlo pero nadie habla de ello, y además está prohibido hacer preguntas sobre el tema.

—¿Crees que es posible escapar de aquí?

—¡Estás loca! ¡No acabas de llegar y ya te estás planteando eso! ¡Si Apama te escuchara! ¿No has visto las fortificaciones, los abruptos precipicios? Ésa es la única puerta de salida al mundo. ¡Intenta pasarla si te atreves!

—¿Entonces a quién pertenece esta fortaleza?

—¿A quién? Todo lo que ves aquí y por doquier a nuestro alrededor, incluidas nuestras personas, pertenecen a Seiduna.

—¿Entonces Seiduna vive en el castillo?

–No lo sé. Tal vez.

–Y seguramente tampoco sabes cómo se llama esta comarca.

–Lo ignoro. Preguntas demasiado. Quizás ni Apama ni Adí lo saben. Sólo Myriam...

–¿Por qué sólo Myriam?

–¿No te dije que estaban en buenos términos?

–¿Qué quiere decir eso: estar en buenos términos?

–Quiere decir que son como marido y mujer.

–¿Pero quién te lo ha dicho?

–¡Chitón! Lo adivinamos solas.

–No entiendo.

–Claro, no puedes entenderlo, nunca has vivido en un harén.

–¿Y tú has vivido en un harén?

–Sí, tesoro. ¡Si supieras! Mi amo era el jeque Muawiya. Al comienzo, yo era su esclava. Me compró cuando tenía veinte años. Luego me convertí en su amante. Así como tú me ves hoy a tu lado, él se sentó un día al borde de mi cama y me miró. «Mi deliciosa gatita negra...», fueron las palabras que empleó. Me besó. ¡Si pudiera expresarte lo que sentí! Era muy apuesto, todas sus mujeres estaban celosas de mí. Pero no podían hacer nada para perjudicarme, él me prefería a mí. Envejecían de cólera y despecho, y la cólera y el despecho las afeaban todavía más a los ojos del que querían seducir. Me llevaba a sus campañas. Un día, nos atacó una tribu enemiga. Antes de que nuestros hombres tuvieran tiempo de ocupar sus puestos de combate, los bandidos me habían secuestrado,

llevándome con ellos. Me vendieron en el mercado de Basra\* a los agentes de Nuestro Amo. Me sentí tan desdichada...

Sara estalló en sollozos. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas cayendo en el pecho de Halima.

–No te pongas triste, Sara. Finalmente, estás bien aquí, con nosotras.

–Si al menos supiera que me amas un poco. Mi Muawiya era tan hermoso y me amaba tanto.

–Pero si yo te quiero mucho, Sara –dijo Halima, y se dejó besar para reanudar de inmediato las preguntas.

–Y Myriam, ¿sabes si también ha vivido en un harén?

–Sí. Pero no conoció la misma suerte. Vivía como una princesa. Dos hombres murieron por su causa.

–¿Por qué vino entonces aquí?

–Unos parientes de su esposo la vendieron para vengarse porque le era infiel. Toda la parentela del marido se sintió deshonrada...

–¿Pero por qué le era infiel?

–Son cosas que no podrías entender todavía, Halima. No era un hombre para ella.

–Seguramente no la amaba.

–¡Oh, sí!, la amaba. Incluso murió por amarla demasiado.

–¿Cómo puedes saber eso?

–Ella misma nos lo contó cuando llegó aquí.

–¿Entonces no estaba aquí con vosotras desde el comienzo?

–No, Fátima, Djada, Safiya y yo fuimos las primeras. Myriam sólo vino después. Entonces todas estábamos en un mismo pie de igualdad. Sólo Apama nos mandaba.

–Pero entonces debes saber cómo conoció a Seiduna.

–No sabría decirte mucho más. Seiduna es un profeta. Hay que creer que lo sabe todo, que lo ve todo. Él la hizo llamar un día. Ella no nos lo ha dicho, aunque nosotras lo sabemos. A partir de ese día dejamos de ser consideradas como sus iguales. Comenzó a darnos órdenes y a desafiar a Apama. Desde entonces su autoridad no ha hecho más que crecer. Ahora incluso Apama debe obedecerle... y por eso le tiene un odio jurado.

–Todo esto es muy extraño.

Zainab entró y se sentó ante el espejo de su tocador para arreglarse los cabellos y maquillarse.

–Ya es hora, Halima –dijo–. Ahora es el turno de Apama y no es bueno exponerse a sus reproches. Pobre de la que llegue tarde a sus clases... Aquí tienes carmín y negro para que te maquilles las mejillas y te marques las cejas. Y esencia de flores para perfumarte. Myriam me lo dio para ti. ¡Vamos, levántate!

Sara y Zainab la ayudaron a arreglarse. Luego, las tres se dirigieron a la sala de clases.

Cuando Apama hizo su entrada, Halima tuvo que apelar a todo su dominio para no estallar en carcajadas. Pero la mirada de la vieja y el silencio siniestro que siguió le aconsejaron prudencia. Las muchachas se levantaron y se inclinaron profundamente.

\* Basora, en la desembocadura del Tigris y el Éufrates, gran puerto comercial de los califas de Bagdad. Desde allí había embarcado antaño el legendario Simbad. (N. del E.)

La vieja matrona estaba extrañamente vestida. Sus piernas huesudas flotaban en los anchos pantalones de seda negra. Llevaba un corpiño rojo, bordado de oro y plata; su cabeza estaba tocada con un pequeño turbante amarillo adornado con una larga pluma de garza; gigantescos aretes dorados, incrustados de piedras preciosas, le colgaban de las orejas. Además, ostentaba un collar de gruesas perlas de muchas vueltas en el cuello, y preciosas ajorcas, finamente trabajadas, en las muñecas y en los tobillos. Todo aquel lujo no hacía más que acentuar su edad y fealdad. Las mejillas y los labios, recubiertos con un rojo chillón, y el negro artificial de sus cejas le daban el aspecto de un espantapájaro viviente. Con un ademán, ordenó a las jóvenes que se sentaran. Buscó a Halima con la vista, rió socarronamente y comenzó a chillar:

—¡Ah, habéis emperifollado mucho a la pequeña! Abre los ojos desorbitados como una ternera dispuesta que nunca hubiera visto un toro y no comprende lo que esperan de ella. Ahora pues, abre los oídos, y trata de aprender finalmente algo sensato. No te imagines que tus compañeras cayeron del cielo como por arte de una ciencia infusa. Tal vez despertaron sus sentidos en algún harén antes de venir a mi escuela, pero sólo aquí

comenzaron a entrever la difícil ciencia que requiere el amor. En mi patria, la India, comenzamos esta enseñanza desde la más tierna edad, pues sensatamente se ha dicho que la vida es corta si se la compara con el tiempo preciso para toda buena educación.

¿Acaso sabes, desdichada, lo que es un hombre? ¿Sabes por qué ese negro repulsivo que te trajo ayer a estos jardines no es un hombre como es debido...? Habla... Halima temblaba de pies a cabeza. Lanzaba miradas desesperadas a su alrededor en busca de un apoyo, pero las chicas miraban obstinadamente al frente, con los ojos clavados en el suelo.

—Me parece que tienes la lengua pegada al paladar, pobre pava —insistió brutalmente la vieja—. Espera, voy a explicarte.

Entonces comenzó a exponer con una especie de alegría malvada los detalles de lo que constituyen las relaciones de un hombre y una mujer. Halima sentía tal vergüenza que no sabía a dónde dirigir su mirada.

—Bueno ¿ya lo has entendido, pequeña? —le preguntó por fin la matrona. Halima dio a entender tímidamente que sí, pese a que no hubiera entendido la mitad de lo que le había dicho y de que la otra mitad tampoco le quedaba muy clara.

—Es castigo de Alá en persona, aunque sólo Él es grande, tener que hacer entrar esta sublime ciencia en la cabeza de estas gansas —exclamó—. ¿Acaso estas cigarras alcanzan a sospechar la ciencia y el sentido innato que son menesteres para satisfacer en todo a su amo y señor? Práctica, práctica y más práctica, es lo único que puede llevar a la alumna a buen fin. Felizmente un justo destino os ha privado de cualquier oportunidad de satisfacer vuestra lascivia de yeguas y perjudicar así el arte sublime del amor. Sabed que el hombre es como un arpa sensible en la cual la mujer debe saber tocar mil y una melodías diferentes. Si es ignorante y estúpida, sólo sacará de él lamentables sonidos. Por el contrario, si es talentosa e instruida, sabrá hábilmente sacarle al instrumento armonías nuevas. ¡Incultos adefesios! Deberéis tratar de sacar del instrumento que se os ha confiado más sonidos de los que aparentemente es capaz de producir. Que los genios benéficos no me inflijan la penitencia de tener que escuchar que cometéis inexpertos golpeteos, acompañados de rechinamientos y chillidos.

Entonces se lanzó a una exposición minuciosa de las prácticas de lo que ella llamaba la sublime ciencia de su arte divino. Halima estaba roja de vergüenza hasta las orejas. Sin embargo, escuchaba pese a ella. Una curiosidad febril comenzó a invadirla. Si hubiera estado sola con Sara, o al menos sin Myriam, cuya presencia la intimidaba a más no poder, tal vez las explicaciones de Apama la habrían divertido. Pero en las condiciones actuales, no podía dejar de bajar los ojos; se sentía, sin saber bien por qué culpable y cómplice.

Finalmente, Apama terminó y abandonó majestuosamente la sala de clase sin despedirse ni inclinarse. Las jóvenes se apresuraron a salir, impacientes por gozar de un momento de recreo, dispersándose amenamente en grupitos a través de los jardines. Sara se pegó a Halima, que no se atrevía a acercarse a Myriam. Pero Myriam tomó la iniciativa y la llamó: le rodeó la cintura y la atrajo hacia ella. Sara las seguía como una sombra.

—¿Te has acostumbrado un poco a nuestra forma de vivir? —le preguntó Myriam.

—Todo me parece extraño y nuevo —respondió Halima.

—Espero que no te disguste esto...

—¡Oh, no!, al contrario. Esta vida me gusta mucho, sólo que hay tantas cosas que no comprendo...

—Ten paciencia, tesoro. Todo llegará a su debido tiempo.

Halima colocó la cabeza en el hombro de Myriam y miró a Sara a hurtadillas. Le dieron ganas de reír. Sorprendió la mirada de su negra compañera en la que se leía el tormento de los celos. «Me aman», se dijo. Y una sensación dulce inundó su corazón. El sendero las condujo a través de los tupidos plantíos hasta el borde del acantilado, por encima del torrente que rugía en las

profundidades del abismo rocoso. Halima observó

que los jardines habían sido acondicionados en la misma roca. Los lagartos se calentaban al sol sobre un bloque más bajo que dominaba el torrente. Sus lomos refulgían como esmeraldas.

—Mira qué hermosos son —se asombró Myriam.

Halima sintió un escalofrío.

—¡Bm! No me gustan. Son malos.

—¿Por qué?

—Dicen que atacan a las chicas.

Myriam y Sara sonrieron.

—¿Quién pudo contarte eso, querida niña?

De nuevo Halima creyó que había dicho una tontería. Prudentemente respondió:

—Mi antiguo amo decía a menudo: «¡Cuidado con los muchachos! Si pasan por encima del muro y penetran en el jardín, huye ante ellos. Seguramente esconden bajo sus ropas un lagarto o una serpiente. Y si te la sueltan encima, ¡cuídate de la mordedura! »

—¡Vamos, aquí no hay muchachos malos!, y además todos nuestros lagartos son tranquilos y domésticos. No le han hecho mal a nadie.

Dichas estas palabras, silbó. Los lagartos giraron la cabeza en todos los sentidos, como si intentaran saber quién los llamaba. Halima se acurrucó entre Myriam y Sara. Así se sintió más segura.

—Tienes razón, son bonitos.

Una cabecita cónica apareció muy cerca en una fisura de la roca y, varias veces, como un rayo, sacó su lengüecilla bífida. Halima quedó paralizada de miedo. La cabeza subía cada vez más... el cuello flexible no dejaba de alargarse. Ahora ya no había duda: visiblemente atraída por el silbido de Myriam, una gran serpiente amarillo-marrón se deslizó fuera de su fisura reptando. Los lagartos huyeron hacia todos lados. Halima lanzó

un grito. Quiso atraer a Myriam y a Sara hacia ella. Éstas se esforzaron por calmarla.

—No tengas miedo, Halima —dijo Myriam—. Es una vieja amiga. La llamamos Peri; nos basta silbar: de inmediato sale de su escondite y viene hacia nosotras. Es muy buena y nadie puede quejarse de ella. En general, animales y personas, todos vivimos en buena armonía en estos jardines: cortados del resto del mundo, nos sentimos felices de estar juntos, eso es todo.

Halima lanzó un suspiro de alivio, aunque no por eso sintió menos ganas de alejarse de allí.

—Os lo ruego, vámonos —imploró.



Las otras obedecieron riendo.

—No seas tan temerosa —le reprochó Myriam—. Ya ves que todas te queremos.

—¿Hay otros animales aquí?

—Podrás contemplar muchos otros. Todo un zoológico incluso. Pero sólo se puede ir en barca. Cuando tengas tiempo, pídele a Adí o a Mustafá que te lleven.

—¡Oh, con mucho gusto! Entonces, nuestra propiedad es muy grande.

—Tan grande que el que se perdiera en ella podría morir de hambre.

—¡Oh, yo nunca iría sola!

—Sin embargo, no existe gran peligro si lo haces. El jardín en el que vivimos constituye una especie de isla, uno de cuyos lados está bordeado por el torrente y todos los demás por los parapetos fortificados. Esta isla no es muy grande; si no sales de ella, es decir, si no atraviesas el río, no te expones a perderte... Pero allá, más allá de estas murallas rocosas, comienzan los bosques poblados de onzas salvajes.

—¿Cómo lograron coger a Ahriman, ahora tan domesticada y tranquila?

—Nació en esos mismos bosques. No hace mucho, todavía parecía un gatito; la alimentamos con leche de cabra e incluso ahora nos cuidamos mucho de darle el menor trozo de carne, por miedo a que se vuelva feroz. Fue Mustafá el que la trajo.

—No conozco a Mustafá.

—Es un buen hombre, como lo son todos nuestros eunucos. En otros tiempos fue portaantorchas de un príncipe famoso. Era un empleo penoso y por eso huyó. Ahora Moad y él están encargados de cuidar de los jardines... Pero es hora de volver a la sala de clase. Fátima y Sulaika vendrán a enseñarnos música y canto. Fátima canta deliciosamente.

—Eso me gusta...

La hora de música y canto constituía para las jóvenes un agradable recreo. Myriam les permitía toda clase de libertades. Podían cambiar de lugar, tocaban las flautas tártaras, el arpa y el laúd, punteaban la guitarra egipcia, componían y cantaban canciones alegres, se criticaban y se peleaban todo lo que querían. Fátima y Sulaika hacían inútiles esfuerzos para imponer su autoridad. También reían, contaban historias y retozaban gozosas. Sara se aferró de nuevo a Halima.

—Estás enamorada de Myriam. Me he dado cuenta.

Halima se encogió de hombros.

—No puedes ocultármelo. Lo leo en tu corazón.

—Bueno, ¿y qué?

Sara tenía lágrimas en los ojos.

—Me prometiste que me amarías.

—No te he prometido nada.

–¡Mientes! Confié tanto en ti porque te comprometiste.

–No quiero hablar de esas cosas.

Se hizo un silencio total; Sara y Halima se callaron a su vez, repentinamente atentas. Fátima había cogido la guitarra, con la que acompañó una serie de melodías: hermosas canciones antiguas cuyo tema era el amor. Halima se sintió emocionada.

–¿Puedes anotar para mi la letra? –le pidió a Sara.

–Lo haré si me amas.

Quiso abrazarla pero Halima la apartó.

–No me molestes ahora. Estoy escuchando.

Cuando terminó la clase, permanecieron un momento en la sala de clases, cada cual ocupada en su trabajo. Cosían y bordaban; unas estaban atareadas alrededor de un gran tapiz, cuyo punteado proseguían pacientemente. Otras habían llevado a la sala unas rucas primorosamente cinceladas y se habían sentado, cada cual frente a la suya, con el propósito de hilar. La conversación se centraba en problemas domésticos, en sus vidas pasadas, en los hombres y en el amor. Myriam las vigilaba, paseándose entre ellas, con las manos a la espalda.

Por su lado, Halima pensaba. Sin trabajar en nada preciso, se ocupaba de todo un poco, escuchando lo que decían a su alrededor, hasta que sus pensamientos terminaron por concentrarse en Myriam. ¿Qué había sucedido entre ella y Seiduna para que estuvieran en tan buenos términos? Ella también había conocido la vida del harén. ¿Era posible que hubiera realizado los gestos de los que había hablado Apama? Se negó a creerlo, ahuyentando tan feos pensamientos, y se convenció de que semejantes cosas no podían ser.

Cenaron justo antes del ocaso. Luego fueron a pasear, mientras la oscuridad invadía rápidamente los jardines. Las primeras estrellas aparecieron en el cielo. Halima caminaba por una avenida, entre Sara y Zainab, que la llevaban de la mano. Hablaban a media voz. El murmullo del torrente parecía haberse intensificado singularmente, de forma inexplicable; el paisaje se extendía ante ellas hasta donde alcanzaba la mirada. Halima sintió que se le oprimía el corazón. Estaba embargada por una especie de amargura teñida de calma. Se sentía perdida, pequeña, en medio de un mundo mágico y singular. Todo le parecía tan extraño: allí había demasiados misterios para su comprensión. Una luz vacilante brilló en la sombra del bosquecillo. Como la llama se movía y se acercaba a ellas, Halima se apretó muerta de miedo contra sus compañeras. Un hombre con una antorcha vino a su encuentro.

–Es Mustafá, vigila los jardines –dijo Sara.

Vieron llegar a un enorme negro de rostro redondo, vestido con una larga túnica apretada a la cintura por un cordón que le bajaba hasta casi tocarle los pies. Cuando divisó

pies. Cuando divisó

a las jóvenes, les sonrió mostrando sus espléndidos dientes, y demostrándoles franca simpatía.

—Éste es, pues, el nuevo pequeño pájaro que el viento acaba de traernos —dijo amablemente mirando a Halima—. Criatura frágil y menuda...

Una sombra negra se puso a bailar en el fulgor movedizo de la antorcha. Una gran mariposa nocturna giraba alrededor del fuego. Todos la siguieron con la vista. Ora rozaba la llama, ora describía un gran círculo hacia lo alto y se perdía en la oscuridad. Pero pronto regresaba y su danza se volvía cada vez más endiablada. Los círculos que describía alrededor de la fuente de luz eran cada vez más cerrados, tanto que el fuego terminó por quemarle las alas. Se escuchó un chisporroteo y, semejante a una estrella fugaz, la infortunada criatura se estrelló en el suelo.

—¡Qué desdichada! —exclamó Halima—. ¿Cómo se puede ser tan estúpida?

—Alá le dio la pasión de atacar el fuego —comentó brevemente Mustafá—. Buenas noches.

—¡Qué extraño...! —murmuró Halima entre dientes.

Dieron media vuelta y se dirigieron a sus habitaciones. Luego, todas se desnudaron y se metieron en la cama. Halima estaba muy aturdida por los acontecimientos de la jornada. El cómico Adí, con su hablar rimado, el ágil maestro de baile Asad, Apama, con su ridícula vestimenta y sus enseñanzas descaradas, la misteriosa Myriam, las demás chicas y los eunucos. Y en medio de todo aquello, ella, Halima, que desde siempre había soñado con países desconocidos y aspiraba a vivir prodigiosas aventuras. «¡Claro, era esto!», se dijo e intentó dormirse.

Entonces sintió que alguien la tocaba levemente. Antes de que tuviera tiempo de gritar, oyó la voz de Sara en su oído:

—¡Chist!, Halima, ¡podría despertarse Zainab!

Al punto, la belleza negra se deslizó junto a ella bajo la manta y la atrajo hacia sí.

—Ya te he dicho que no me gusta esto —protestó Halima en voz baja, aunque ya Sara la cubría de besos, paralizando su resistencia.

Finalmente logró zafarse. Sara empleó la persuasión, murmurándole palabras apasionadas. Halima le volvió la espalda, se tapó los oídos y logró dormirse. Sara tardó un momento en comprender lo que pasaba. Cuando tuvo que volver a su cama, lo hizo con el corazón compartido por el asombro y la confusión.

## II

Por la misma época en que Halima llegaba a los jardines de su desconocido amo, en medio de tan extrañas circunstancias, un joven montado en un pequeño asno color azabache tomaba a su vez la ancha ruta de los ejércitos. Su camino

asno color azabache tomaba a su vez la antigua ruta de los ejércitos. Su camino conducía al mismo destino, aunque él venía de la dirección opuesta, es decir, de occidente. No hacía mucho tiempo, al parecer, que había abandonado los amuletos de la infancia para enrollarse el turbante de hombre alrededor de la cabeza. Su barbilla estaba apenas cubierta por un ligero bozo y sus ojos llenos de viveza conservaban aún una expresión casi infantil. Venía de la ciudad de Sava\*, a medio camino entre Hamadan y Rai\*\*, la antigua capital. En el pasado, su abuelo Tahír había fundado en Sava un pequeño círculo ismaelita, en el que se profesaba, según todas las apariencias, un ferviente culto al mártir Alí, al tiempo que alimentaban secretamente proyectos subversivos en contra del soberano selyúcida. Un ex almuédano de Isfahan había sido admitido en aquella sociedad. Tiempo después, las autoridades habían sorprendido al pequeño grupo de fieles durante una reunión secreta y habían encarcelado a unos pocos. Se sospechó que el almuédano los había denunciado. Lo espionaron discretamente y no tardaron en convencerse de lo fundado de sus sospechas. El individuo fue entonces condenado a muerte, y la sentencia expeditamente ejecutada. Inmediatamente las autoridades detuvieron al jefe de la cofradía, Tahír en persona, y lo hicieron decapitar por orden expresa del gran visir Nizam al-Mulk. Entonces, el pequeño círculo de afiliados, cuyos miembros se volvieron temerosos, se dispersó y llegó a creerse que aquel incidente había enterrado definitivamente los proyectos de la secta ismaelita de Sava. Pero cuando el nieto de Tahír cumplió veinte años, su padre lo puso al corriente de todo el asunto... Fue así como le dio orden de ensillar el asno y de prepararse para partir. El día de la partida, había llevado al joven a la terraza más alta de la casa y, desde allí, le había mostrado la cima cónica y nevada del Demavend, que sobrepasaba las nubes en una infinita lejanía.

—Avani, hijo mío, nieto de Tahír —le dijo—, ve derecho por el camino que lleva al monte Demavend. Cuando llegues a la ciudad de Rai, pregunta la dirección de Shah Rud, el Río Real. Remóntalo entonces hasta su fuente, que mana al fondo de una abrupta garganta. Por encima de ella verás una fortaleza: el lugar se llama Alamut, el Nido del Águila. En ese castillo, un amigo del que fue tu abuelo y mi padre, Tahír —¡qué descanse en paz!—, ha reunido todo lo que tiene que ver con las enseñanzas ismaelitas. Dile quién eres y ofrécele tus servicios. De esta manera tendrás la oportunidad de vengar la muerte de tu abuelo. Ve y que mi bendición te acompañe.

El nieto de Tahír se ciñó un sable curvo, se inclinó respetuosamente delante de su padre y luego, montado en su pequeño asno, tomó el camino de Rai, adonde llegó sin contratiempos. En un relevo de caravanas se informó acerca del camino más fácil para llegar al Río Real.

—¿Qué puede interesarte en Shah Rud? —se asombró el nosadero—. Si no

¿Que pases mercurio en Chihuahua? Se asombró el pechero. Como  
tuvieras la cara inocente, pensaría que quieres unirte al jefe que reúne junto a él,  
en las montañas, a esos perros herejes.

\* Saveh, no lejos de la ciudad de Qom. (N. del E.)

\*\* Antigua fortaleza iraní, cerca de la cual será fundada más tarde Teherán. floreciente en la época selyúcida, la ciudad sería arrasada por los mongoles en 1220. (N. del E.).

—No sé de qué hablas —respondió astutamente el nieto de Tahír—. Llego de Sava, enviado al encuentro de una caravana que mi padre envió a Bujara y que debió retrasarse en algún lugar en el camino de regreso.

—Cuando salgas de la ciudad, deja el Demavend a tu derecha —explicó el hombre—. Llegarás a un camino de buen trazado, el mismo que toman las caravanas del este. Síguelo y te llevará al río.

El nieto de Tahír dio las gracias y volvió a montar en su asno. Tras dos días de marcha, escuchó el susurro de un agua lejana. Dejó el camino y dirigió su montura hacia el río, bordeado por un sendero, a veces siguiendo el descampado de la orilla de arena, otras internándose en la tupida espesura. La pendiente del río era cada vez más inclinada, el rugido del agua aumentaba. De este modo, después de caminar buena parte del día, montado en el asno o a pie, el muchacho se vio de pronto rodeado por un destacamento de jinetes. El ataque había sido tan imprevisto que el nieto de Tahír olvidó echar mano a su sable. Cuando se repuso de la sorpresa y empuñó el arma ya era demasiado tarde. Siete agudas lanzas estaban dirigidas hacia él. «Es vergonzoso sentir miedo», pensó, «¿pero qué

se puede hacer frente a tal superioridad?»

El jefe de los jinetes le dirigió la palabra en estos términos:

—¿Qué haces rondando por aquí, mocoso? ¿Has venido a pescar truchas? ¡Cuídate de que el anzuelo no se clave en tu propio gaznate!

El nieto de Tahír se sintió profundamente incómodo. Si aquellos jinetes pertenecían al sultán, todo estaría perdido para él, por poco que dijera la verdad. Si eran ismaelitas y siguiera callándose, lo tomarían por un espía. Soltó la empuñadura de su sable y trató

desesperadamente de leer en el rostro mudo de los soldados.

El jefe lanzó un guiño divertido a sus compañeros:

—Todo me dice, bribonzuelo parto, que buscas lo que no se te ha perdido. Diciendo esto, llevó bruscamente la mano al arzón de su silla de montar y cogió un corto bastón en cuya punta ondeaba una bandera blanca, emblema de los sectarios de Ah.

«¿Y si fuera una trampa?», pensó Avani. «¡Qué más da! Debo arriesgarme.»  
Y

echando pie a tierra, tendió la mano hacia la bandera que el jefe de los jinetes

hacía ondear ante él, y se la colocó respetuosamente en la frente.

—¡Enhorabuena! —exclamó el jefe—. Buscas el castillo de Alamut. Bien, síguenos. Y lanzó su cabalgadura por el sendero que bordeaba el Shah Rud. El nieto de Tahír volvió a montar en su asno y se puso en camino tras él; el resto del grupo cerraba la marcha.

Se sumergieron en lo más hondo de las montañas mientras el Shah Rud rugía con una violencia creciente. Finalmente llegaron delante de un promontorio rocoso coronado por una torre de vigilancia. Una bandera blanca ondeaba en su cima. El curso del río rodeaba aquel escarpado natural, preso en una estrecha garganta. El jefe del destacamento detuvo su caballo y mandó que se detuvieran los demás; luego hizo ondear la bandera en dirección de la torre y recibió de los que allí estaba apostados la señal que indicaba que el paso estaba libre.

Se internaron en una garganta fría y sombría. El camino era estrecho pero bien trazado, a veces practicado en la misma roca. Al fondo del precipicio, el torrente precipitaba con furia. Después de un recodo, el jefe se detuvo y tendió el brazo hacia los montes; el nieto de Tahír divisó entonces, a una buena distancia, dos altas torres cuya blancura se destacaba, como en un sueño, de la sombría silueta de las montañas. El sol las iluminaba con sus refulgentes rayos.

—¡Alamut! —gritó el jefe espoleando su caballo.

Las dos torres desaparecieron de nuevo detrás de la abrupta vertiente. El camino seguía su curso sinuoso a lo largo del torrente, hasta un brusco ensanchamiento del

desfiladero. El nieto de Tahír abrió los ojos de par en par. Frente a él, un fuerte promontorio coronado de fortificaciones parcialmente incrustadas en la roca se alzaba al cielo. En aquel lugar, el Shah Rud se bifurcaba en dos brazos que rodeaban roca desnuda como si fuera una horca. Aislado de esta forma, el edificio central la fortaleza se elevaba por pisos en la pared del abismo, con sus cuatro esquinas flanqueadas por torres. Las dos últimas, en lo más alto, vigilaban el conjunto. La ciudadela, estrechamente rodeada por el río que se hundía entre dos paredes lisas totalmente inaccesibles, cerraba el desfiladero como un cerrojo. ¡Así que eso es Alamut!, la más poderosa de las cincuenta fortalezas de la región de Rudbar, construida en el pasado por los reyes de Deilem: se la consideraba inexpugnable.

El jefe del destacamento dio una señal; accionado por un mecanismo instalado al otro lado de la pared, un pesado puente levadizo bajó por encima del torrente. Los jinetes avanzaron y entraron en la plaza por un corredor de poderosas bóvedas. Llegaron a un amplio espacio al aire libre; por encima de ellos, la montaña había sido tallada en tres formidables gradas. En el centro, una escalera de piedra unía los diferentes niveles. A derecha e izquierda, a lo largo

de las murallas, crecían álamos y plátanos de gran tamaño bajo los cuales se extendían auténticos terrenos de pastoreo. Rebaños de caballos, asnos y mulas pastaban en ellos. Un establo aislado encerraba algunas decenas de camellos que rumiaban tranquilamente echados. A los lados estaban las caballerizas, los cuarteles, los harenes y otros edificios.

Una ruidosa efervescencia de colmena acogió la llegada del nieto de Tahír. Éste lanzó

a su alrededor una mirada incrédula. En la terraza central había una unidad de tropa haciendo ejercicios. Se escuchaban las órdenes secas, el ruido de los escudos y de las lanzas, el choque de los sables, mezclados a veces con el relincho de un caballo o el rebuzno de un asno. Otros hombres custodiaban las murallas: las mulas tiraban de pesadas piedras que los obreros izaban luego por medio de poleas hasta el lugar requerido. Llamadas y gritos resonaban por doquier, cubriendo el rugido del torrente. Los miembros de la escolta se dispersaron y el jefe llamó a un soldado que pasaba por allí.

—¿El capitán Minutcheher está en la torre de guardia?

El soldado se inmovilizó:

—Sí, caporal Abuna —respondió.

El jefe le indicó al joven que lo siguiera. Se dirigieron hacia una de las torres inferiores. Muy cerca, se escuchaban golpes secos acompañados de gemidos de dolor. El nieto de Tahír volvió la cabeza: un hombre estaba atado a un poste de piedra; estaba desnudo hasta la cintura y un negro gigante vestido con pantalones cortos rayados y tocado con un fez rojo golpeaba su piel desnuda con un látigo de colas trenzadas. Cada golpe hacía estallar la piel en un lugar diferente; la sangre manaba. Un soldado de pie al lado del supliciado, con un cubo de agua en la mano, rociaba de vez en cuando el rostro del desdichado. Viendo el horror pintado en los ojos del nieto de Tahír, el caporal Abuna sonrió con acento burlón.

—Aquí no dormimos sobre edredones y no nos ponemos ámbar perfumado —dijo—. Si buscas algo parecido, estás muy equivocado.

El nieto de Tahír caminaba silenciosamente a su lado. Le hubiera gustado saber qué

delito podía haber cometido aquel pobre diablo tan cruelmente castigado, pero una extraña opresión le quitó las ganas de hacer preguntas.

Entraron en el vestíbulo de la torre. Bajo aquellas bóvedas el muchacho pudo apreciar el espesor formidable de los muros de la fortaleza, contruidos sobre pesados cimientos de cantos rodados superpuestos. Una escalera oscura y húmeda conducía a las alturas. Llegaron a un largo corredor y luego a una vasta sala cuyo suelo estaba recubierto por una simple alfombra. Había cojines en un



rincón. Un hombre de unos cincuenta años se hallaba

medio tendido allí: el cuerpo revelaba una tendencia a engordar, la barba corta y rizada ya salpicada de hebras plateadas. Estaba tocado con un amplio turbante blanco y llevaba una túnica bordada de oro y plata. El caporal Abuna se inclinó y esperó a que el personaje le dirigiera la palabra.

—¿Qué hay de nuevo, Abuna?

—Nos topamos con este jovencito durante una salida de reconocimiento, capitán Minutcheher. Nos dijo que se encaminaba a Alamut.

El capitán se había incorporado lentamente. El nieto de Tahír vio alzarse ante él a un hombre como tallado en la roca. Con las manos en la cintura, el oficial miró al joven a los ojos.

—¿Quién eres, desdichado? —lanzó con voz potente.

Por un momento desconcertado, el joven no tardó en recordar las palabras de su padre: ¿no había ido hasta allí a ofrecer voluntariamente sus servicios? Se repuso y contestó con calma.

—Me llamo Avani, nieto de aquel Tahír, de Sava, que el gran visir mandó decapitar hace muchos años.

El capitán lo contempló con un asombro mezclado de incredulidad.

—¿Es eso verdad?

—¿Por qué habría de mentir, noble señor?

—Si es así, debes saber que el nombre de tu abuelo está inscrito en letras de oro en el corazón de todos los ismaelitas. Nuestro amo se alegrará de contarte entre sus combatientes. ¿Has venido hasta aquí por esa razón?

—Sí, para servir al jefe supremo de los ismaelitas y para vengar la muerte del padre de mi padre.

—Bien. ¿Qué sabes hacer?

—Aprendí a leer y a escribir, maestro. También conozco la gramática y la métrica. Sé

de memoria casi la mitad del Corán.

El capitán sonrió.

—No está mal. ¿Y del arte de la guerra?

El nieto de Tahír se sintió incómodo.

—Monto a caballo, tiro al arco y manejo bastante bien la espada y la lanza.

—¿Tienes mujer?

—No, maestro.

—¿Te has entregado al desenfreno?

—No, maestro.

—Está bien.

El capitán Minutcheher se volvió hacia el caporal:

—¡Abuna! Lleva al joven Ibn Tahír ante el dey Abu Soraka. Dile que soy yo el que se lo envió. Si no hay en esto engaño alguno me parece que se pondrá muy contento. Se inclinaron y abandonaron la habitación.

En el patio, la picota en la que había visto atado al hombre que azotaban estaba ahora libre. Sólo unas señales de sangre atestiguaban lo que acababa de pasar. Ibn Tahír seguía sintiendo un horror indeterminado, compensado ahora, se daba cuenta, por el reconfortante sentimiento de su propia seguridad. ¡No era poca cosa ser el nieto de Tahír el mártir!

Tomaron la escalera que conducía a la segunda explanada y se dirigieron por la derecha a un edificio poco elevado que parecía servir de cuartel. El caporal se detuvo delante del edificio y lanzó miradas en rededor como si buscara a alguien. Un joven de piel negra, vestido con una túnica blanca, pantalones blancos y tocado con un fez igualmente blanco, pasó corriendo no lejos de ellos. El caporal lo detuvo y se dirigió a él con afabilidad:

—El capitán me envía con este joven para que vea al dey Abu Soraka.

—Seguidme —el joven oscuro se puso a reír a mandíbula batiente—. El venerable dey está precisamente enseñándonos el arte de la métrica. Estamos allí arriba, en la terraza. Y volviéndose a Ibn Tahír:

—¿Has venido para ser fedayin? Pues no se han acabado tus sorpresas. Yo soy el alumno Obeida.

Ibn Tahír lo siguió, escoltado por el caporal, sin haber comprendido del todo lo que había querido decir. Treparon hasta lo alto del edificio cuyo techo era una terraza. El suelo estaba prácticamente cubierto por un tapiz toscamente trenzado. Unos veinte jóvenes estaban sentados sobre él con las piernas cruzadas, todos vestidos de blanco como el alumno Obeida. Y todos provistos sobre las rodillas de tablillas en las que, ayudados por un largo cálamo, anotaban aplicadamente lo que les decía un anciano de larga túnica blanca con un libro en las manos puesto de cuclillas delante de ellos.

En cuanto los vio, se levantó, con el entrecejo fruncido de disgusto.

—¿Qué vienes a buscar aquí a estas horas? —lanzó dirigiéndose al caporal—. ¿No ves que estoy en clase?

Incómodo, el soldado se aclaró la voz, mientras el alumno Obeida se unía discretamente a sus compañeros que miraban con curiosidad a los recién llegados.

—Excúsame por molestarte durante tu lección, venerable dey —dijo Abuna—. El capitán me ha rogado que te trajera a este joven, él te lo confía.

El viejo maestro contempló a Ibn Tahír de la cabeza a los pies.

—¿Quién eres y qué quieres, muchacho?

El joven se inclinó respetuosamente.

Me llamo Aveni, nieto de Tahír, ese Tahír que el gran visir hizo decapitar.

—Me llamo Avani, nieto de Tahír. Ese Tahír que el gran visir hizo decapitar tiempo ha en Sava. Mi padre me envía a Alamut para servir la causa ismaelita y vengar la muerte de mi abuelo.

El rostro del anciano se distendió. Se precipitó hacia Ibn Tahír con los brazos tendidos y lo besó cordialmente.

—¡Felices los ojos que te ven en este castillo, nieto de Tahír! Tu abuelo era mi amigo y amigo de Nuestro Amo... Ve, Abuna, y agradece al capitán en mi nombre... Y, vosotros, jóvenes, mirad bien a vuestro nuevo camarada. Cuando os cuente en detalle la historia ismaelita y sus combates, no podré silenciar la obra llevada a cabo por el glorioso antepasado de este joven, el ismaelita Tahír, convertido en Irán en primer mártir de nuestra causa.

Abuna lanzó un guiño a Ibn Tahír para darle a entender que la entrevista no podía haber comenzado mejor y desapareció por la abertura que daba acceso a la escalera. El dey Abu Soraka estrechó la mano del joven, le hizo mil preguntas sobre su padre y sobre su familia y le prometió informar al jefe supremo de su llegada. Finalmente, haciendo una seña a uno de los alumnos sentados alrededor de ellos, le dijo:

—Sulaimán, acompaña a Ibn Tahír al dormitorio y enséñale el lugar del energúmeno que tuvimos que degradar. Preocúpate de que se libre del polvo del camino y procúrale una muda. ¡Que esté listo para la oración de la tarde!

El llamado Sulaimán se levantó de un salto y se inclinó delante del anciano:

—Me ocuparé, venerable dey.

Invitó a Ibn Tahír a seguirlo. Una vez abajo, recorrieron un estrecho pasillo. Cuando alcanzaron la mitad del pasaje, Sulaimán apartó una cortina que tapaba una abertura e hizo pasar a su compañero. Entraron en un espacioso dormitorio. Una veintena de camas bajas estaban alineadas a lo largo del muro frente a la entrada. En realidad, más que camas eran simplemente sacos de tela llenos de hierba seca y recubiertos de mantas de crin. Sillas de montar hacían las veces de almohadas. Encima de ellas, una serie de estanterías de madera pegadas al muro estaban llenas de todo un material heteróclito, dispuesto en un orden impecable: platos de cerámica, alfombritas de oración, instrumentos de lavado y limpieza. Al pie de cada cama, un marco de madera soportaba las armas: un arco, un carcaj, flechas, un venablo, una lanza. En el muro opuesto, tres apliques de bronce de varios brazos tenían otras tantas antorchas. En un ángulo, un ánfora de aceite descansaba sobre una columna. Veinte pesados sables curvos estaban dispuestos encima de los candelabros, y otros tantos escudos trenzados de forma redonda con guarniciones de bronce en el centro. La habitación estaba iluminada por diez ventanitas provistas de rejas.

Todo estaba limpio y arreglado con un orden perfecto.

—Esta cama está libre —anunció Sulaimán mostrando uno de los jergones—. El

Esta cama esta horrible –dijo Sulaimán mostrando uno de los jergones-. La que la ocupaba fue degradado hace algunos días. Yo duermo aquí, a tu lado, y al otro, Yusuf, que es de Damagán\*, y el más grande y fuerte de los alumnos de la compañía.

–¿Dices que mi predecesor fue degradado? –se asombró Ibn Tahír.

–Sí, no era digno de ser fedayin.

Sulaimán cogió en un estante una túnica blanca cuidadosamente doblada, un pantalón blanco y un fez blanco.

–Vamos a la sala de baño –dijo.

Entraron en la habitación vecina donde había instalada una pila de piedra, alimentada por un conducto de agua corriente. Ibn Tahír se bañó prontamente, tras lo cual Sulaimán le alcanzó la ropa, que él se puso, y ambos volvieron al dormitorio.

–Mi padre me encargó transmitir sus saludos al jefe supremo. ¿Cuándo crees que podré serle presentado?

Sulaimán sonrió.

–Sácate esa idea de la cabeza, querido. Hace un año que estoy aquí y sigo sin saber quién es. Ninguno de nosotros lo ha visto.

–¿Entonces no vive en el castillo?

–Sí, vive aquí, pero nunca sale de su torre. Ya oirás muchas otras cosas. Y algunas que te dejarán con la boca abierta... Tengo entendido que eres de Sava. Yo soy de Kasvin\*\*.

Ibn Tahír se había fijado en él. Era difícil imaginar un muchacho más hermoso. Esbelto como un ciprés, tenía un rostro enjuto pero seductor, con las mejillas tostadas por el sol y el viento; sanos colores se traslucían bajo la tez bronceada. Los ojos, de un negro aterciopelado, miraban el mundo con altivez de águila. Un leve bozo adornaba su labio superior y su barbilla. El valor y la audacia se leían en toda su expresión. La risa descubría

\* Damghan, ciudad situada en la ladera sur del Elburz, al este de Teherán.  
(N. del E.)

\*\* O Qazvin: igualmente al pie del Elburz, pero al noroeste de Teherán. (N. del E.)

dos hileras de dientes blancos: una risa franca, algo burlona, pero no desdeñosa. «Parece un parto del Libro de los Reyes\*», pensó Ibn Tahír.

—Hay algo que me intriga —dijo—. Hace un rato me fijé en vuestros rostros: todos son duros y marcados; se diría que tenéis treinta años y no obstante se ve perfectamente por la barba que la mayoría de vosotros apenas llegáis a los veinte.

Sulaimán sonrió una vez más:

—Espera sólo quince días y te parecerás a nosotros como un hermano. Debes saber que aquí no nos divertimos cortando flores ni cazando mariposas.

—Me gustaría hacerte una pregunta —siguió Ibn Tahír—. Hace un rato vi que azotaban a un hombre atado a la picota. Quisiera conocer qué falta pudo cometer para merecer semejante castigo.

—Un crimen que no se perdona, querido. Fue encargado de acompañar una caravana que se dirigía al Turkestán. Los componentes del grupo, que no eran ismaelitas, hicieron los honores a las jarras de vino durante el trayecto. Le ofrecieron a él y aceptó, pese a que Seiduna se lo había prohibido categóricamente.

—¿Seiduna se lo prohibió? —se extrañó Ibn Tahír—. ¡Pero si la prohibición emana del mismo Profeta y vale para todos los creyentes!

—Eso no puedes comprenderlo todavía, pajarito —dijo el otro—. Seiduna permite y prohíbe lo que quiere. Nosotros, los ismaelitas, sólo le debemos obediencia a él. Ibn Tahír se sintió asombrado. Una vaga opresión pesó sobre su corazón. Siguió

preguntando:

—Acabas de decirme que degradaron a mi predecesor. ¿Qué falta cometió?

—Habló de las mujeres en forma asaz inconveniente.

—¿Está prohibido?

—¡De la forma más categórica! Somos un grupo de élite, y cuando seamos consagrados, serviremos directamente a Seiduna.

—¿Y de qué seremos consagrados?

—Ya te lo dije: seremos consagrados fedayines. Cuando hayamos terminado nuestro período de instrucción y pasado la prueba, seremos promovidos a ese rango.

—¿Y qué es en realidad un fedayin?

–El fedayin es un ismaelita dispuesto a sacrificarse ciegamente por orden del jefe supremo. Si muere en el cumplimiento de su deber, se convierte en mártir. Si tiene éxito y sigue vivo, se lo promueve a dey y a otras dignidades.

–Lo que me dices es totalmente nuevo para mí. ¿Crees que la prueba es muy difícil?

–Difícilísima. Si no fuera así, no nos prepararíamos para ella de la mañana a la noche. Ya han sucumbido seis bajo su rigor. Uno de ellos se desplomó muerto en el acto. Los otros cinco pidieron por propia iniciativa su descalificación.

–¿Y por qué no abandonaron Alamut antes de humillarse así?

–¡Ah, querido!, con Alamut no se juega. Una vez en el castillo, uno no sale vivo de él cuando le viene bien. Hay demasiados secretos por aquí.

Los alumnos se precipitaron dentro de la habitación. Se habían lavado de pasada en la fuente y preparado así para la oración de la tarde. Un gigante que sobrepasaba a Ibn Tahír por una cabeza se desplomó en la cama junto a la suya.

\* El célebre Shah-Nameh de Firdusi (h. 940-1020), epopeya nacional de la antigua Persia. (N. del E.)

—Soy Yusuf, de Damagán —se presentó—. No soy mal tipo pero no le aconsejaría a nadie que me provocara o se burlara de mí. Por lo demás, pronto nos conoceremos mejor...

Dicho lo cual estiró sus poderosos miembros como si quisiera probar así lo bien fundadas que estaban sus palabras.

Ibn Tahír sonrió.

—He oído decir que eres el más grande y el más fuerte de los alumnos. El gigante se incorporó, rápido como el rayo.

—¿Quien te lo dijo?

—Sulaimán.

Decepcionado, Yusuf se echó de nuevo. Los jóvenes alrededor rieron por lo bajo. Obeida se acercó a su vez a Ibn Tahír. Sus gruesos labios de negro hicieron un curioso movimiento cuando hablaron.

—¿Cómo te sientes entre nosotros, amigo? Naturalmente no puedes decirlo aún, puesto que acabas de llegar. Sólo debes saber que cuando hayas pasado cuatro meses como yo en el castillo, todo lo que hayas traído contigo se habrá disipado como humo.

—¿Escucháis esa jeta de negro? —se burló Sulaimán con una risita—. Acaba de meter el pico en el hidromiel de Alamut y ya quiere darle lecciones a los demás.

—¿Te las he dado a ti, que eres tonto de capirote? —contestó Obeida exasperado.

—Haya paz, amiguitos —refunfuñó Yusuf desde su cama—. No le deis una mala impresión a nuestro compañero.

Un joven de fuerte complexión, de piernas arqueadas y rostro serio, se presentó en seguida a Ibn Tahír:

—Soy Djafar, nativo de Rai, y estoy en el castillo hace un año; si necesitas alguna explicación relacionada con la instrucción, sólo tienes que pedírmelo. Ibn Tahír se lo agradeció. Uno tras otro, los alumnos se acercaron y vinieron a presentarse... Man, Abdur Ahman, Omar, Abdallah, Ibn Vakas, Halfa, Sohail, Ozaid, Mahmud. Aislan... Finalmente le tocó el turno al más joven, que se presentó con voz tímida:

—Soy Naim, de la región de Demavend.

Todos se echaron a reír.

—Sin lugar a dudas uno de los demonios que viven en la montaña —ironizó Sulaimán. Naim le lanzó una mirada de cólera.

—Tenemos infinidad de cosas que estudiar —prosiguió—. ¿Conoces a nuestros

profesores? El que tuvo a bien recibirte es el venerable dey Abu Soraka. Es un misionero ilustre: ha recorrido todos los países del Islam predicando. Seiduna lo ha nombrado nuestro jefe. Nos enseña historia del Profeta y de los Santos mártires caídos por la causa ismaelita. Y además de eso, gramática y métrica en lengua parta\*.

—¿Oyen como pía el estornino?, el más pequeño de todos y el más parlanchín —lanzó

Sulaimán estallando en una carcajada por todos imitada. Luego dijo dirigiéndose al nuevo—: Pronto conocerás por ti mismo a tus profesores, Ibn Tahír. Recuerda sólo que el dey Ib Ibrahim, que nos enseña dogmática, álgebra, gramática árabe y filosofía, es gran amigo de Seiduna, y que no conviene exponerse a sus reproches. Con él deberás saberlo todo de memoria. En cuanto al griego Al-Hakim, tolera que digan cualquier cosa con tal de que no cierres el pico. El capitan Minutcheher no soporta la menor objeción. Con él, todo debe



\* Dialecto iraní que se habla en el norte del país. (N. del E.)

estar siempre listo al instante. Mientras más de prisa obedezcas sus órdenes, más alto estarás en su estima... y más fácilmente obtendrás sus favores.

Finalmente, el dey Abd al-Malik... es joven, aunque Seiduna no le escatima su admiración. Es un hombre duro, para quien el esfuerzo y el dolor no cuentan; por idénticas razones desprecia a todos los que no saben aguantar. Educa nuestra voluntad y nuestra resistencia: ya verás, el campo del que se ocupa es esencial... tan importante para la gente de aquí como la propia dogmática.

—¡No asustéis al pichoncito! —lo interrumpió Yusuf—. O podría escaparse. ¡Miradlo! Está

lívido.

Ibn Tahír enrojeció.

—Tengo hambre. No he comido en todo el día.

Sulaimán, jubiloso, se rió a carcajadas.

—Pues bien, seguirás ayunando, y de qué manera, querido. Espera sólo que conozcas a Abd al-Malik.

Sonó la larga llamada de una trompa.

—¡La oración! —exclamó Yusuf.

Todos —e Ibn Tahír como los demás sacaron de la estantería el tapiz enrollado y corrieron a situarse en el techo del edificio donde los esperaba el dey Abu Soraka. Cuando éste constató que estaban todos y que cada cual había colocado su tapiz convenientemente, se volvió hacia occidente, en dirección a las ciudades santas, y comenzó la oración. Primero cantó en voz alta; luego se colocó con el rostro en el suelo extendiendo los brazos y finalmente se levantó, como lo ordenan los mandamientos dados a los creyentes. Después se incorporó una vez más, tendió los brazos al cielo y, arrodillándose de nuevo con la frente inclinada hasta el suelo, pronunció la siguiente invocación:

—¡Ven a nosotros, Al-Mahdí, prometido y esperado! Libéranos de los usurpadores, sálvanos de los herejes. Mártir Ah, mártir Ismael, ¡interceded por nosotros!

Los alumnos imitaron sus gestos y repitieron sus palabras. De repente cayó la noche. Las voces arrastradas de los que rezaban en las terrazas vecinas llegaban hasta ellos. Una emoción insólita y angustiosa se apoderó de Ibn Tahír. Le pareció que todo lo que estaba viviendo en aquel instante no tenía más realidad que un sueño, aunque era un sueño de extraordinaria timidez. Y aquellas invocaciones públicas a Ah e Ismael... cosa que los fieles, fuera de Alamut, sólo se permitían detrás de puertas herméticamente cerradas. Estaba perplejo y perturbado.

Se levantaron y se dirigieron al dormitorio, donde guardaron cuidadosamente el tapiz. Luego fueron a cenar.

El espacioso comedor estaba en el mismo edificio, aunque en el lado opuesto al dormitorio. Cada alumno contaba con un lugar a lo largo del muro: allí se colocaban, sentados o en cuclillas, sobre esteras de mimbre trenzado puestas en el suelo. Tres camaradas elegidos por turno los servían. Les llevaban a cada cual un gran pan de trigo, a veces un pan de higos secos o de manzanas secas, y les servían leche en grandes boles que conservaban en enormes vasijas de cerámica. Muchas veces por semana les servían pescado y sólo una vez, carne: buey, cordero o carnero asado a la parrilla. Abu Soraka los vigilaba y comía con ellos. Cenaban en silencio, absortos en sus pensamientos. Después de la comida se dispersaron en pequeños grupos. Unos se fueron a deambular por la terraza, otros desaparecieron por el lado de las murallas. Yusuf y Sulaimán se llevaron a Ibn Tahír con ellos para contarle la vida de la fortaleza. Había cesado todo alboroto y todo ruido. Ahora reinaba el silencio en el castillo; Ibn Tahír pudo oír claramente el murmullo del Shah Rud que lo llenó de una extraña tristeza. Los rodeaba la oscuridad, apenas interrumpida por la fina claridad de las estrellas que brillaban en el cielo. Un hombre con una antorcha en la mano atravesó el patio. Guardias portaantorchas

aparecieron frente a los edificios y se apostaron en las entradas. Se mantenían en pie, inmóviles, formando un largo rosario de luz. Un ligero viento comenzó a soplar de las montañas, trayendo un aire helado. Las antorchas temblaron y las sombras de los edificios, de los árboles, de los hombres, compusieron en el suelo una danza misteriosa. Extraños fulgores iluminaban las fortificaciones alrededor. Los edificios, las torres, los parapetos se presentaron así transfigurados, casi irreconocibles. Todo en aquella hora adquiría un aspecto insólito, incluso fantástico. Sí, el decorado era ahora casi el de un cuento... Bordearon una buena parte de las murallas que rodeaban las terrazas inferiores.

—¿Por qué no vamos allí arriba? —preguntó Ibn Tahír mostrando un edificio ante el cual montaban guardia los portaantorchas.

—Nadie, excepto los jefes, puede ir allí arriba —explicó Sulaimán—. Negros gigantes custodian los apartamentos de Seiduna: eunucos que el comandante supremo recibió como regalo del califa de Egipto\*.

—¿Seiduna está al servicio de ese soberano?

—Eso es lo que no sabemos exactamente —respondió Sulaimán—. Bien podría ser al contrario...

—¿Cómo así? —se extrañó Ibn Tahír—. ¿Seiduna no se apoderó de Alamut en nombre de ese príncipe?

—Ese es otro asunto —le previno Yusuf—. Se dicen muchas cosas. Te aconsejo

que no hagas muchas preguntas sobre ello.

–Yo creía que el califa de El Cairo era el jefe supremo de todos los discípulos de Ah, de los que nosotros, los ismaelitas, formamos parte.

–Seiduna es nuestro único jefe y no tenemos que obedecer a nadie más –dijeron al unísono Yusuf y Sulaimán.

Se sentaron en un talud escarpado, al pie de la muralla.

–¿Por qué no se muestra el jefe supremo a los creyentes? –insistió Ibn Tahír.

–Es un santo –contestó Yusuf–. Estudia el Corán todo el día, reza, escribe para nosotros instrucciones y órdenes...

–No nos corresponde juzgar por qué no se manifiesta –opinó Sulaimán–. Así es, y él sabe perfectamente por qué es así.

–Yo creía que las cosas eran diferentes –confesó Ibn Tahír–. Nosotros creemos, en nuestros pueblos, que el jefe reúne tropas ismaelitas destinadas a combatir al sultán y al califa heréticos.

–Eso es algo accesorio –respondió Sulaimán–. Lo que Seiduna exige esencialmente de nosotros es la sumisión y un santo ardor por la causa ismaelita.

–¿Pensáis que yo podría alcanzarlos, a vosotros que estáis tan adelantados en esta vía? –inquirió con preocupación Ibn Tahír.

–Haz sin dudar todo lo que te manden los superiores y obtendrás lo que necesitas –

resumió Sulaimán–. No creas que la sumisión es cosa fácil. Al comienzo el espíritu de rebeldía se manifestará en ti, el cuerpo no querrá seguir las órdenes de tu voluntad, tu inteligencia te susurrará mil objeciones a las órdenes que te den. Debes saber que toda esa resistencia es sólo un ardid de los demonios que quieren apartarte del camino recto. Supera intrépidamente toda rebeldía personal y te convertirás en un pesado sable en las manos de Nuestro Amo...

La llamada entrecortada del cuerno resonó.

\* Se trata del califato fatimida instalado en El Cairo. Adepto del ismaelismo, éste no reconocía la autoridad de los califas abasíes de Bagdad. (N. del E.)

—Hay que ir a dormir —dijo Yusuf levantándose.

Volvieron a su edificio y entraron en el dormitorio.

Había muchas velas encendidas en la habitación. Algunos alumnos se desvestían, otros ya estaban acostados. Abu Soraka vino a echar una ojeada antes de recogerse. Miró

si todos estaban presentes, si reinaba el orden. Luego adosó una escala al muro y apagó

las antorchas. En un ángulo, una lampante de aceite centelleaba en su soporte. El dey se acercó y encendió en ella una varilla. Luego se dirigió hacia la salida con paso silencioso, levantó prudentemente la cortina por temor a que se incendiara con su llama y desapareció

por la abertura. Sus pasos resonaron largo rato en el corredor.

Al alba, la llamada del cuerno sacó a los jóvenes de su sueño. Se lavaron, se reunieron para la oración de la mañana y desayunaron. Luego cada cual cogió su silla, sus armas y se dirigió al patio. En un abrir y cerrar de ojos toda la fortaleza estuvo en pie. Los alumnos, tras ir a buscar los caballos a la cuadra, se alinearon en dos filas, de pie junto a sus monturas; un caporal se colocó a la cabeza de cada fila. El capitán Minutcheher cabalgó

hacia ellos, pasó revista a la compañía y dio la orden de montar. Luego hizo levantar el puente en el que resonaron los cascos de los animales cuando los jinetes salieron en fila, uno a uno.

Pasaron junto a la torre de guardia y subieron por un camino que desembocaba en una especie de meseta pelada. En honor del recién llegado, el capitán volvió a explicar brevemente las órdenes principales. Luego separó la compañía en dos grupos que tomaron posiciones frente a frente. Comenzaron con vueltas en formación cerrada, luego realizaron cargas a la turca y cargas a la árabe. Ibn Tahír veía por primera vez la imagen viva de una carga de caballería y sintió que una exaltación de orgullo le hacía palpitar el corazón. Luego se dispersaron para los ejercicios del manejo del sable, del lanzamiento del venablo y del tiro al arco.

Volvieron al castillo antes de la segunda oración. Ibn Tahír estaba tan agotado que apenas podía sostenerse en la silla. Cuando pusieron pie en tierra y llevaron los caballos a la cuadra, se atrevió a preguntarle a Sulaimán:

—¿Estos ejercicios se repiten todos los días?

Sulaimán, que estaba fresco y despierto como si acabara de volver de un agradable paseo, respondió con una sonrisa:

–Vamos, querido, esto es sólo el comienzo. Espera un poco a que Abd al-Malik te coja por su cuenta. ¡Te hará ver las estrellas!

–Tengo tanta hambre que veo borroso –se quejó Ibn Tahír–. ¿De verdad no podría encontrar algo que masticar?

–¡Aguanta! No se nos permite comer más que tres veces al día. Si te pillaran atracándote fuera de las comidas reglamentarias, te atarían a la picota, tal como hicieron con ese soldado que viste ayer y que había bebido vino.

Fueron a depositar las armas en el dormitorio, se lavaron, tomaron sus tablillas y sus cálamos y subieron a la terraza. Un hombre alto y seco, vestido con una amplia túnica, se acercó al recién llegado. Tenía las mejillas colgantes, los ojos profundamente hundidos en las órbitas y miraba el mundo por lo bajo con expresión siniestra. Su fina nariz ganchuda hacía pensar en un buitre; la barba gris y poco poblada le llegaba hasta el pecho. Metió los dedos huesudos y encogidos como garras en un fajo de papeles cubiertos por una cuidada escritura. Era el dey Ibrahim, viejo misionero lleno de honores, muy unido al jefe supremo. Comenzó por presidir la segunda oración del día. Mascullaba a media voz, sordamente, las palabras prescritas. Pero cuando comenzó a invocar al Mahdí, su voz se hizo más fuerte, más cavernosa, martillando de pronto las palabras con el furor de alguien que toca el tambor.

Luego abordó su tema. Explicó la gramática árabe, enunciando de manera aburrida áridas reglas que ilustraba con ejemplos sacados del Corán. Los cálamos corrían

suavemente sobre las tablillas. Apenas si alguno se atrevía aquí y allá a tomar aliento. Aquella hora fue para Ibn Tahír un momento de reposo. Conocía bien la gramática y le gustó darse cuenta de que aquella materia no tendría dificultades para él. Cuando el dey Ibrahim hubo terminado, se inclinó con aire sombrío, levantó

majestuosamente el ruedo de su túnica para no pisarla y desapareció, siempre lleno de dignidad, por la rígida escalera que llevaba a la planta baja. Los alumnos fueron finalmente autorizados a moverse. Esperaron un corto tiempo, por temor a alcanzar al dey Ibrahim en la escalera, y se precipitaron al patio donde se alinearon en dos filas.

–Vas a conocer al dey Abd al-Malik –susurró Sulaimán al oído de Ibn Tahír–. Te daré

un consejo: aprieta los dientes y concentra toda tu voluntad. Ya te dijimos que uno murió

fulminado en pleno ejercicio. Ten confianza en Alá y en la sabiduría de Nuestro Amo. Yusuf se había colocado a la cabeza de la primera fila, Sulaimán casi al medio, Ibn Tahír al otro extremo. La segunda fila estaba mandada por

Obeida y la cerraba Naim. Un gigante huesudo, de caminar vigoroso, vino y se colocó delante de ellos. Tenía el rostro anguloso y la mirada dura y penetrante. En cuanto descubrió a Ibn Tahír entre los muchachos reunidos, le dijo:

—¿Cuál es tu nombre, héroe?

—Soy Avani, nieto de Tahír, de Sava.

—Muy bien. Ya me lo habían dicho. Espero que te muestres digno de tu glorioso antepasado.

Dio unos pasos hacia atrás y gritó una orden:

—¡Descalzaos! ¡Y todos a la muralla!

En un abrir y cerrar de ojos todos se quitaron las sandalias y se precipitaron a las murallas, lanzándose al asalto de la pared vertical. Las manos se dirigieron a las grietas y a las troneras, aferrándose a los menores salientes de la piedra. Al ver delante de él aquel muro abrupto, Ibn Tahír perdió el valor. No sabía ni dónde ni cómo colocar el pie. Por encima de él una voz le susurró:

—¡Dame la mano!

Miró hacia arriba. Sulaimán ya había comenzado la escalada. Aferrado con una mano a una tronera, le tendía la otra a él. Ibn Tahír se agarró a ella y, con un férreo tirón, Sulaimán lo atrajo hacia él.

—¡Ya está! Ahora ve adelante conmigo.

Todo anduvo bien después. En un instante se encontró en la cima de la muralla. Los demás bajaban ya por el otro lado, por encima del precipicio. El Shah Rud se despeñaba al pie de la pared. Ibn Tahír miró y sintió vértigo.

—Me mataré... —murmuró, a punto de ceder la llamada del vacío.

—¡Sígueme de cerca! —le susurró Sulaimán con voz dura y autoritaria. Comenzó a bajar. En cuanto alcanzó un punto de apoyo sólido, sostuvo a Ibn Tahír de la mano y luego del hombro. Así bajaron hasta el pie del muro, al borde mismo del abismo, con prudencia y apretando los dientes. El tiempo que tardaron en alcanzar las rocas de la orilla le pareció a Ibn Tahír una eternidad. Respiró profundamente, levantó los ojos, miró y tembló de espanto. El muro vertical se levantaba hasta casi llegar al cielo; no podía creer que acabara de bajar semejante pared en descenso libre.

Abd al-Malik apareció en lo alto de la muralla, plantado sobre sus dos piernas separadas, y gritó a los alumnos:

—¡A vuestros puestos!

Volvieron a trepar. Ibn Tahír se aferró a Sulaimán; lo seguía como su sombra, izándose cuidadosamente de un punto de apoyo al otro. Finalmente alcanzaron la cima del

muro; volver a bajar la otra pared constituyó casi un juego. Un momento después, saboreaban el placer de sentir una vez más el suelo plano bajo sus pies.

Los alumnos resollaron un momento. Ibn Tahír quiso agradecer a Sulaimán la ayuda prestada, pero éste le lanzó un guiño impaciente.

–La próxima vez cogeremos una cuerda –murmuró–. Hay que hacerlo rápido... rápido como el rayo.

Se calzaron y volvieron a la fila. Abd al–Malik lucía una sonrisa burlona:

–¿Qué te ocurrió hoy, mi Sulaimán, que no fuiste el primero como de costumbre? ¿Te habrás vuelto perezoso? ¿O te ha abandonado el valor? Tal vez te has dejado llevar por el ejemplo del novato... Lo tenías clavado a ti como una garrapata. Ahora muéstrale qué tipo de héroe eres... ¡Colócate delante de él y retén la respiración!

Sulaimán se colocó delante de Ibn Tahír y se tapó los labios y las fosas nasales. Miró

frente a él, aunque su mirada era vaga y como fija en un punto muy alejado. Ibn Tahír tuvo miedo. Sulaimán había dejado de respirar. Pasaban los segundos y su rostro se congestionaba; pronto sus ojos alelados e inexpresivos parecieron a punto de salirse de las órbitas. Ibn Tahír tembló por él. ¡Y pensar que por su culpa le estaban infligiendo aquel castigo tan cruel al valeroso muchacho!

Abd al–Malik vino a colocarse junto a Sulaimán. Con los brazos tranquilamente cruzados en el pecho, lo miraba con ojos de experto. Sulaimán comenzaba a ahogarse, su cuello estaba extrañamente hinchado, sus ojos desorbitados causaban espanto. De repente comenzó a tambalearse, como si hubiera estado en un barco, luego se derrumbó, cayó al suelo como un árbol serrado en el tronco.

–Muy bien –comentó elogiosamente Abd al–Malik.

Sulaimán respiraba ruidosamente. Sus ojos se reanimaron. Se levantó lentamente y volvió a ocupar su puesto.

–¡Vamos, Obeida! Muéstranos tú también los progresos que has hecho en materia de voluntad.

El rostro negro de Obeida se había vuelto tan gris como la ceniza. Miró desesperadamente a su alrededor y, con paso poco seguro, se colocó fuera de las filas. En cuanto contuvo la respiración, su rostro coloreado se volvió de un pardo brillante. No tardaron en presentarse los primeros signos de la asfixia. Abd al–Malik lo observaba por lo bajo. Ibn Tahír tuvo la fugaz impresión de que se burlaba del pobre muchacho. Obeida se tambaleó y cayó suavemente de espaldas. Abd al–Malik rió no sin algo de malignidad. Sonrisas solapadas se dibujaron en el rostro de algunos alumnos. El dey le dio un puntapié

al que yacía en el suelo y lo amonestó con una expresión de tierna burla:

–Levántate, levántate, mi pichoncito, antes de que te suceda algo que puedas lamentar.

Luego agrego secamente:

—¿Cómo anduvo?

Obeida se incorporó y sonrió con una turbación mezclada de temor.

—Perdí el conocimiento, respetable dey.

—¿Cómo castigamos la mentira entre los ismaelitas?

Obeida se puso a temblar.

—No podía aguantar más, respetable dey.

—Muy bien. Coge el látigo y castígate tú mismo.

De entre los instrumentos que el educador había traído consigo, Obeida eligió un corto látigo de cuero. Desató su túnica, se desnudó hasta la cintura y se anudó las mangas alrededor del cuerpo para que la ropa no bajara más. Sus negros hombros eran robustos y musculosos. Blandió el látigo por encima de su cabeza y se propinó un primer golpe en la

espalda. Se escuchó un chasquido instantáneo y una raya roja se dibujó en la piel oscura. Lanzó un gemido aunque no por eso dejó de azotarse.

—Este joven es muy delicado —ironizó Abd al-Malik—. ¡Más fuerte, más fuerte, héroe!

Ahora, Obeida se golpeaba los flancos. Los golpes arreciaban, cada vez más juntos. Terminó por flagelarse con una especie de éxtasis salvaje. El látigo cruzaba la piel magullada que en algunos lugares comenzaba a desgarrarse. La sangre le inundaba la espalda, mancillando su túnica blanca, sus pantalones blancos. Se laceraba sin piedad: se hubiera dicho que golpeaba a su peor enemigo.

Finalmente Abd al-Malik levantó una mano:

—¡Basta!

Obeida soltó el látigo y se desplomó gimiendo. Abd al-Malik ordenó a Sulaimán que llevara al muchacho a la fuente, que lo lavara y curara sus heridas. Luego se volvió hacia los alumnos, mirando a los ojos a Ibn Tahír:

—Ya os he explicado muchas veces el sentido y el objetivo de nuestros ejercicios. Hoy tenéis entre vosotros un nuevo compañero, por lo que no será superfluo deciros una vez más, de forma breve, lo que debéis saber. El espíritu humano, su pensamiento, sus aspiraciones, poseerían el vuelo del águila si no se le opusiera un gran obstáculo. Ese obstáculo es nuestro cuerpo, con todas sus debilidades. ¿Cuál es el joven que no tiene altas aspiraciones? Y sin embargo, de mil proyectos, sólo realiza uno de ellos. ¿Por qué?

Nuestro cuerpo, inclinado a la pereza y al fácil bienestar, teme las dificultades que entraña la realización de sus elevados objetivos. Sus bajas pasiones paralizan nuestra voluntad y nuestros más nobles deseos. Vencer esas pasiones, liberar al espíritu de sus trabas, tal es el objetivo de nuestros ejercicios. Fortalecer la voluntad y dirigirla convenientemente hacia un objetivo



fortalecer la voluntad y dirigirla convenientemente hacia un objetivo determinado: es la única manera de progresar hasta ser capaz de llevar a cabo hazañas que requieran el sacrificio de si mismo. No se trata pues de reunir una multitud de hombres sometidos a sus cuerpos y a sus debilidades sino de intentar ser un elegido entre ellos, dueño de su cuerpo, dominando hasta sus menores flaquezas. ¡Que ésta sea nuestra aspiración! Así nos sentiremos aptos para servir a Nuestro Amo y ejecutar sus órdenes. Ibn Tahír lo escuchaba con los ojos repentinamente inflamados. Sí, eso era en realidad a lo que aspiraba desde siempre: vencer sus debilidades para poder servir a una causa sublime. De pronto, lo que acababa de vivir no le pareció ni siquiera espantoso. Y

con plena convicción pudo responderle a Abd al-Malik cuando éste le preguntó si había comprendido:

–He comprendido, respetable dey.

–Pues bien, colócate frente a tu fila y contén la respiración.

Obedeció sin la menor vacilación. Se esforzó por mirar a lo lejos, frente a él, como había visto hacer a Sulaimán, y bloqueó el aliento. Le pareció que todo se volvía silencioso alrededor de él y en él. Comenzó a ver borroso y pronto sintió que se le tensaban las venas; estuvo tentado de aspirar una bocanada de aire pero pudo dominarse. Los oídos comenzaron a zumbarle de una forma extraña; finalmente sintió una debilidad inhabitual en las piernas. Tuvo un último fulgor de conciencia, luego se abandonó al estupor... pero un último rayo de inteligencia le impuso aún: «debo aguantar, debo aguantar...». Una oscuridad completa terminó por cubrirlo. Se tambaleó y cayó pesadamente, a todo lo largo. Un momento después, sintió que recuperaba el aliento.

–¿Cómo anduvo? –preguntó Abd al-Malik riendo.

Ibn Tahír se levantó.

–Muy bien, respetable dey.

–Haremos algo de este muchacho. –Luego, volviéndose hacia Ibn Tahír–: Sólo se trata de una introducción a otros ejercicios respiratorios... digamos, apenas una prueba

que permite evaluar hasta qué medida se tiene dominio sobre el cuerpo. La verdadera instrucción no ha hecho más que comenzar, aunque ya hayamos hecho algún progreso. Obeida y Sulaimán volvieron. Abd al-Malik dio entonces una orden. En un lugar determinado, los alumnos se pusieron a cavar el suelo a toda prisa, haciendo aparecer un foso que debía de haber estado preparado antes y cubierto luego superficialmente con arena. Era rectangular y poco profundo. Mientras tanto, otros habían ido al edificio vecino en busca de un largo recipiente lleno de brasas incandescentes que esparcieron en el foso y atizaron con cuidado.

–Con perseverancia y entrenamiento –expresó Abd al-Malik al dominio del

Con perseverancia y entrenamiento –expresó Abd al–Malik el dominio del cuerpo y la fuerza de voluntad alcanzan un tal grado que no sólo vence las debilidades humanas sino también la naturaleza y sus leyes... ¡Tú, el nuevo!, abre pues los ojos y comprueba la verdad de lo que digo...

Se quitó las sandalias, levantó su túnica hasta las rodillas y la ató de forma que no le molestara. Luego se subió los estrechos pantalones, se colocó delante del foso con brasas y miró fijamente delante de sí.

–Mira, ahora concentra su pensamiento y su voluntad –susurró el vecino al oído de Ibn Tahír.

Ibn Tahír contenía el aliento. Una voz interior murmuraba: «Estás viviendo grandes cosas, nieto de Tahír. Cosas que la gente de allá afuera ni siquiera sospecha... »

De repente, Abd al–Malik se movió. Con paso circunspecto tanteó lentamente los carbones incandescentes; luego, rápido y erguido como un ciprés, los atravesó. Una vez al otro lado del foso, sacudió suavemente la cabeza como si saliera de un profundo sueño. Luego se volvió hacia sus alumnos, con el rostro sereno, y les mostró la planta de los pies. No se podía descubrir la menor huella de quemadura.

–Esto es lo que se consigue con una apropiada educación de la voluntad –concluyó–.

¿Quién quiere correr el riesgo de intentarlo?

Sulaimán se dispuso a hacerlo.

–¡Siempre el mismo! –masculló Abd al–Malik con humor.

–¡Bueno, yo lo intentaré! –declaró Yusuf. Su voz revelaba una leve vacilación.

–¿Sobre las brasas? –preguntó Abd al–Malik con una imperceptible sonrisa. Incómodo, Yusuf miró a su alrededor.

–Espera mejor a que calentemos la placa –dijo el dey solícito.

Djafar anunció que él también quería intentarlo.

–Está bien –aprobó Abd al–Malik–. Pero primero dinos lo que debes pensar para concentrar tu voluntad.

–Alá, tú que eres grande y todopoderoso, haz que no me queme, y no me quemaré

recitó Djafar.

–Muy bien. ¿Pero posees también la confianza necesaria?

–La poseo, venerable dey.

–Entonces, adelante, en nombre de Alá.

Djafar se acercó al foso y comenzó por concentrar su pensamiento y su voluntad. Los alumnos ya lo habían visto varias veces tomar la decisión de atravesar el fuego pero siempre había cambiado de parecer.

...con el fuego pero siempre me he caminado de puerco...

–Relájate –lo conminó Abd al–Malik–, libérate de toda tensión y camina con confianza. Alá es dueño de nuestros destinos.

Djafar se lanzó como una barca que deja la orilla y atravesó las brasas con un movimiento rápido y seguro. En seguida permaneció un momento inmóvil, como aturdido; volvió lentamente la cabeza por encima del hombro y vio a sus pies los

incandescentes y humeantes, y una sonrisa de placidez iluminó su rostro pálido. Estaba visiblemente aliviado.

–¡Valiente muchacho, de verdad! –exclamó Abd al–Malik mientras un murmullo aprobador atravesaba las filas.

–Vamos, Sulaimán. Inténtalo tú también, ¡aunque la última vez ya vimos lo que eras capaz de hacer!

Abd al–Malik estaba de buen humor. Sulaimán obedeció con visible júbilo. Se concentró y luego atravesó las brasas como si aquel ejercicio lo hubiera ensayado desde hacía tiempo.

–¡Yo también lo intentaré! –se envalentonó Yusuf. Tras lo cual sacó pecho, tensó los músculos y caminó hacia el foso.

Hacía un visible esfuerzo por concentrarse, mascullaba casi en voz alta las palabras prescritas, aunque el pensamiento de que de todos modos podría quemarse no lo abandonaba. A punto de resolverse a caminar, miró delante de él, agitó los brazos como un bañista que temiera arrojar al agua fría y retrocedió prontamente. Abd al–Malik sonrió.

–Piensa en Alá, implora su ayuda y olvídate del resto –le aconsejó–. ¿Qué puedes temer si él está contigo?

Finalmente, cansado de dudar, Yusuf adelantó un pie, suavemente, hacia las brasas. Pero de inmediato lanzó un grito y retrocedió con un salto de pavor. Una risita ahogada recorrió las filas.

–Tienes valor pero tu voluntad es débil –dijo el dey por todo comentario. Yusuf bajó la cabeza y volvió a ocupar su puesto.

–¿Podría intentarlo yo? –preguntó tímidamente Ibn Tahír.

–Aún no ha llegado tu hora, nieto de Tahír –respondió Abd al–Malik–. Pero no dudo de que un día estarás entre los primeros.

Los alumnos fueron al almacén en busca de una placa de hierro. Atizaron una vez más las brasas y pusieron la placa encima. Abd al–Malik les hizo una señal. Avanzaron en fila y atravesaron el brasero sobre aquel puente improvisado: dos veces, tres veces, cuatro veces... La placa se calentaba rápidamente, quemándoles cada vez más agudamente la planta de los pies. Cuando estuvo casi al rojo, Yusuf permaneció sobre ella, saltando como un condenado. Se dejaba tostar y asar para castigarse por su anterior fracaso. Ibn

Tahír también se quemaba, apretando los dientes e intentando convencerse de que no sentía nada. Pero no había nada que hacer; no lograba concentrarse lo suficiente. Agotado por la falta de costumbre en tales pruebas, en un momento temió que perdería el conocimiento. Finalmente Abd al-Malik les gritó que lo dejaran y se llevaran el instrumento del suplicio. Las filas volvieron a formarse por última vez. De nuevo los enfrentó, midiéndolos de arriba abajo con mirada severa y les recomendó que meditaran sobre lo que acaban de ver y oír. Tras lo cual se inclinó levemente y se retiró a largas y enérgicas zancadas, igual que había llegado.

Los alumnos volvieron a la terraza. El dey Abu Soraka, en aquella hora, les enseñaba la métrica de la lengua del país, el parto. Ibn Tahír se destacó en seguida en esta materia. Por toda forma poética, él conocía ejemplos sacados de Firdusi, de Ansari y de los poetas antiguos. Abu Soraka, en el colmo de la satisfacción, lo felicitó delante de todos:

—Ciertamente el arte de la guerra y la educación de la voluntad son muy necesarios para el militante ismaelita. Pero el entrenamiento del espíritu en la palabra, intentando hacerla dúctil y apta para expresar los pensamientos con exactitud y precisión, no es menos necesario. Me siento muy feliz de encontrar en ti, nieto de Tahír, a un alumno dotado.

La hora de la tercera oración había llegado y Abu Soraka la dirigió allí mismo, rodeado por los jóvenes. No había terminado de invocar a Ah e Ismael cuando Ibn Tahír, agotado, perdió el conocimiento. Cuando se levantaron al final de la última invocación, Naim, que estaba a su lado, se extrañó de ver que no se movía. Se inclinó sobre él y comprobó que tenía el rostro tan amarillo como la arena del desierto. Llamó a Yusuf y a Sulaimán, mientras los demás alumnos hacían corro alrededor del camarada yacente. Uno de ellos corrió en busca de agua y no tardaron en reanimarlo. Yusuf y Sulaimán lo llevaron al refectorio. Finalmente había sonado la hora del almuerzo.

En cuanto se hubo saciado, Ibn Tahír recuperó sus fuerzas. Yusuf le golpeó amigablemente el hombro.

—No te preocupes, pronto te habrás endurecido; entonces podrás soportar tener el estómago vacío durante uno o dos días, y eso pese a los peores esfuerzos. Entre nosotros, el ayuno no tiene nada de excepcional. ¡Abd al-Malik se preocupa de que sea sí!

—¿Qué haremos del asno en el que has llegado al castillo? —quiso saber Abu Soraka.

—Podéis quedaros con él —respondió Ibn Tahír—. Mi padre no lo necesitará. En cambio, aquí podrá sernos útil.

—Bien dicho —dijo el maestro—. A partir de ahora, no debes pensar en volver a

tu casa. Has roto los últimos lazos con el mundo exterior: que tus pensamientos estén ahora dirigidos hacia la única causa de Alamut.

Después del almuerzo, los alumnos fueron a descansar un rato al dormitorio. Se instalaron en las camas y se pusieron a charlar. Pese a su gran fatiga, Ibn Tahír quería que le aclararan muchas cosas que le intrigaban y que aún no entendía.

—Me gustaría saber cuáles son en realidad nuestras relaciones con los soldados de la guarnición —preguntó—. ¿Cuál es también la situación relativa a los diferentes deyes y al capitán Minutcheher? Me doy cuenta de que no sé nada de los grados de la jerarquía ismaelita en Alamut.

—Entre los ismaelitas —le explicaron Yusuf y Djafar—, cada fiel ocupa un lugar determinado. Los lasikas constituyen la comunidad de adeptos ordinarios. Por encima de ellos están los refikas, fieles conscientes y militantes que les enseñan a los primeros las verdades fundamentales. Los lasikas así instruidos pueden convertirse en soldados bajo las órdenes de los refikas, que aquí están constituidos por caporales y suboficiales. En cuanto a nosotros, futuros fedayines, tenemos un lugar aparte. Mientras estudiamos, somos responsables delante de nuestros mayores y de nuestros superiores inmediatos. Pero cuando seamos consagrados, sólo obedeceremos las órdenes del jefe supremo o de su delegado, si juzga pertinente designar a uno. Luego vienen los deyes, que nos inician y conocen las altas verdades. El capitán Minutcheher, que es el comandante militar de la fortaleza, es su igual en dignidad. Por encima de ellos están los deyes eldoat los «deyes de todos los deyes». Actualmente hay tres: el dey eldoat Abu Alí, que acaba de llegar de Siria, el dey eldoat Buzruk Umid (Gran Esperanza), comandante del castillo de Rudbar, y el dey eldoat Hussein al-Keini, que en nombre de Nuestro Amo se apoderó de la fortaleza de Zur Gumbadán, en el Kuzistán. Finalmente, en el vértice de este edificio, a la cabeza de todos los ismaelitas, reina Seiduna, Nuestro Amo, Hassan ibn Sabbah.

—¡Qué organización tan perfecta! —exclamó Ibn Tahír.

—Aunque las diferencias entre los grados son todavía más marcadas —dijo Sulaimán—. El dey Abd al-Malik, por ejemplo, está un poco por debajo del dey Dirabim y, sin embargo, un poco por encima del dey Abu Soraka, pese a ser más joven que él. Debido a que la causa ismaelita y su combate le deben más, lo que en la apreciación de los grados es determinante. Incluso existen diferencias de rango entre nosotros. Así, tú, que sólo llegaste ayer, eres un tris inferior a cualquier de tus camaradas. Pero cuando te distingas por cualquier razón en pro de la causa ismaelita o les ganes a los demás en un día de pruebas, te izarás al rango que tus conocimientos y tus méritos te valgan.

—¿Esta diferencia tan grande de los grados tiene pues mucha importancia? —

se extrañó Ibn Tahír.

–¡Y de qué manera! –insistió Sulaimán–. En el momento decisivo, cada ismaelita conocerá su lugar, cada cual sabrá a quién tiene que mandar y a quién debe obedecer. Así se excluyen por adelantado toda confusión y equívoco. ¿Lo ves claro ahora?

–Perfectamente claro.

Un golpe de gong les recordó sus obligaciones. Como hacía mucho calor en la terraza a aquella hora, la instrucción de la tarde tuvo lugar en el refectorio. El dey Abu Soraka les enseñó ahora los orígenes del Islam y la historia del ismaelismo. Comenzó por interrogar a los alumnos sobre la materia que ya había tratado, con el propósito de iniciar al novato en lo que le faltaba. Luego él mismo prosiguió:

–El hecho de que el Profeta haya dado a Alí a su única hija Fátima, atestigua que era a él a quien había designado como sucesor. Pero después de su muerte, su astuto padraastro Abu Bakr engañó innoblemente al heredero legítimo y subió él mismo al trono reservado al jefe de los creyentes. A partir de ese día, el magnífico edificio del Profeta se dividió en dos: a la derecha se colocaron los que le reconocían al traidor Abu Bakr el derecho a la legítima sucesión. Su bandera es negra y su libro, la Sunna, no es más que un conjunto de mentiras desvergonzadas y de falsos testimonios sobre el Profeta transmitidos oralmente. Su capital es Bagdad, donde reinan en este momento los falsos califas de la dinastía de Abbas. Mediante halagos y mentiras criminales, Abbas, tío del Profeta, había logrado que lo consideraran entre sus fieles... en el momento en el que ya nadie dudaba de la victoria de la verdadera fe. Los descendientes de Abbas\* están protegidos actualmente por el sultán turco Malik Shah, un perro selyúcida cuya estirpe vagabunda llegó del país de Gog y Megog para apoderarse del trono de Irán...

»Nosotros, para quienes el primer imán legítimo es Alí y sólo él, tal como dispuso el Profeta, estamos situados a la derecha. Nuestro estandarte es blanco y El Cairo, en Egipto, es nuestra capital. En efecto, el califa que reina allí descende de Alí y de Fátima, la hija del Profeta...

»Sabed, en efecto, que al usurpador Abu Bakr le sucedieron dos falsos imanes: Omar y Othman. A la muerte de este último, el pueblo exigió que Alí se convirtiera en sucesor del Profeta. Fue elegido, pero poco después su sangre fue derramada por el cuchillo de un asesino a sueldo. Lo sucedió su hijo Hassan, aunque tuvo que cederle el lugar a Muawiya\*. El pueblo exigió entonces que subiera al trono el segundo hijo de Alí y de Fátima, Hussein, que murió en el martirio, asesinado con todos los suyos en el valle de Kerbela\*\*. Desde ese tiempo, la dinastía pura del Profeta debe vivir en las montañas y los desiertos,

perseguida y destrozada por los falsos imanes y sus criminales secuaces. En verdad nadie podría leer en el libro en el que están inscritos todos los destinos que Alá tiene en sus manos... pero es noble llorar por los mártires...

»Escuchad algo más... Dijimos que los sucesores legítimos del Profeta, de la dinastía de Alí y de Fátima, reinaban en El Cairo. Lo reconocemos, ciertamente, aunque con algunas reservas. Estas reservas son nuestro secreto, que pensamos revelaros progresivamente. Bástenos por hoy enumerar los imanes que se han sucedido después de Hussein, tercer

\* Tomaron el poder en 750 -favorecidos por un levantamiento chiíta-e instalaron el califato en Bagdad. (N. del E.)

\* Fundador de la dinastía de los omeyas (650); fue él el que convirtió el califato en hereditario. (N. del E.)

\*\* Hoy en día en Irak: ciudad santa de todos los chiítas iraníes que consideran como un deber religioso el peregrinaje a la tumba de los Mártires. (N. del E.)

sucesor legítimo del Profeta. El cuarto fue el hijo del mismo Hussein, Alí Zein al-Abidin. El quinto fue el hijo de éste Muhammad al-Bakir; el sexto, Djafar Asadik. El séptimo fue motivo de querella. En efecto, Djafar Asadik tenía dos hijos: Musa al-Kazim e Ismael. Los que reconocen al primero como séptimo imán, reconocen también el conjunto de sus cinco sucesores, cuyo último representante es Muhammad al-Askari. En cuanto a nosotros, sabemos que el sucesor último, llamado a bajar un día entre nosotros bajo el nombre de Al-Mahdí, ¡pues Al-Mahdí vendrá!, no pertenece a la dinastía de Musa al-Kazim sino a la dinastía de Ismael. Creemos en ello, pues ciertos signos que atestiguan esta filiación y este retorno son conocidos por nosotros. De esta manera sólo reconocemos siete imanes indiscutibles, del que el último y el más grande no es Musa al-Kazim sino Ismael. En verdad, una de las ramas de su dinastía ha adquirido en Egipto un poder visible. ¿Dónde está la otra, la más noble y la más importante? Por el momento sólo sabemos una cosa: que la dinastía que reina en El Cairo sólo prepara el camino, hasta la victoria sobre los usurpadores y los heréticos y hasta la dominación final de los verdaderos creyentes sobre todo el Islam. Pues está escrito que después de seis grandes profetas, que fueron: Adán, Noé, Ibrahim, Moisés, Jesús y Mahoma, vendría un séptimo enviado, el más grande: Al-Mahdí. Y éste descendería de la dinastía de Ismael. Es el que esperamos ahora y por él combatimos. En verdad os lo digo: el castillo de Alamut abriga grandes secretos. Era la primera vez que Ibn Tahír bebía la quintaesencia de la doctrina ismaelita. Le pareció misteriosa y esperó con impaciencia nuevas revelaciones.

Abu Soraka se retiró. Una vez que se hubo ido, el griego Theodoros, al que llamaban Al-Hakim (el Médico) y que había abrazado la verdadera fe, hizo su entrada en la sala de estudios. Era un hombrecito corpulento, provisto de una barba negra y en punta, y de un bigotito del mismo color. Tenía un rostro redondo y sonrosado, extrañamente dividido por una nariz larga y recta que le bajaba hasta el nivel de los labios, gruesos y rojos como los de una mujer. Además, poseía una doble papada grasa y delicada, unos ojos redondos y reidores... y nunca se sabía si hablaba seriamente o en broma. Los alumnos lo



honraban con el título de dey pese a no estar consagrado. De él se sabía una sola cosa: el jefe supremo en persona lo había traído de Egipto. Era un médico muy instruido y enseñaba muchas materias, aunque principalmente la constitución y el funcionamiento del cuerpo humano. Tenía reputación de ser una especie de sabio, que soñaba con armonizar las enseñanzas del Corán con la filosofía griega. Cuando describía las enfermedades, los venenos y las diferentes especies de muertes, salpicaba sus exposiciones con citas sacadas de los filósofos de su país, principalmente de los escépticos, de los cínicos y de los materialistas. Al escucharlo, los alumnos abrían desmesuradamente los ojos de asombro y más de uno encontraba que sus enseñanzas estaban algo teñidas de impiedad. Por ejemplo, tenía una manera muy personal de explicar los orígenes del hombre, mezclando los inventos de su cosecha con las lecciones de los pensadores griegos y los preceptos del Corán.

–Recordad –le gustaba decir–, que Alá creó a Adán a partir de cuatro elementos. Primero necesitó la materia sólida, pero ésta era dura y desmenuzable. La redujo a polvo y la mezcló con un segundo elemento: el agua. Con esta mixtura de polvo y agua hizo barro, con el que modeló la figura del hombre. Pero esta figura era blanda y se deformaba al menor contacto. Así creó el fuego para secar el embotono externo de la figurita humana. Ahora el hombre tenía una piel, flexible pero demasiado pesada. Le sacó un poco de materia de en medio del pecho y por temor a que el vacío así formado comprometiera la solidez del conjunto, le insufló aire. De esta manera fue acabado el cuerpo del hombre, que hasta ahora se compone de estas cuatro sustancias: tierra, agua, fuego y aire.

»Para que el hombre posea la vida –prosiguió el sabio–, sabed que Alá le insufló un alma. De origen divino, el alma es extraordinariamente sensible a la armonía que debe reinar entre los distintos elementos que componen el cuerpo. En cuanto se rompe el equilibrio, la armonía desaparece y vuelve a su origen, que es el mismo Alá.

»Las perturbaciones del equilibrio entre los elementos pueden ser de dos órdenes: de orden natural o de orden mágico. Los trastornos naturales pueden entrañar cuatro especies de muertes. Si, como consecuencia de una herida, el cuerpo pierde su sangre, se produce un agotamiento del elemento acuoso y llega la muerte. Si se le aprieta la garganta a alguien, se lo priva del elemento aéreo: se asfixia y muere. Una persona que muere congelada es que ha perdido el elemento ígneo. Finalmente, en un cuerpo que se disloca es el elemento sólido el que se rompe y se disuelve; la muerte es también inevitable.

»Quedan las muertes mágicas, llamadas también médicas, que son más problemáticas... Están provocadas por misteriosas sustancias naturales que

llamamos venenos. La tarea de las ciencias naturales es hacernos conocer el uso de los mencionados venenos y de enseñarnos a fabricarlos... Un arte útil y necesario para todo ismaelita militante.

Estas enseñanzas sorprendían a Ibn Tahír y no menos que las anteriores. ¡Aquellas cosas eran tan nuevas para él! Además, le costaba captar las razones por las cuales tenía que estudiar materias tan insólitas. El griego se inclinó sonriendo y se marchó. El dey Ibrahim volvió a aparecer delante de los alumnos. Su llegada produjo un silencio de muerte. Ibn Tahír adivinó que iba a hablarles de algo importante; en efecto, se trataba de dogmática ismaelita. Ante todo, el maestro hizo una pregunta indicando al alumno que debía responder. Preguntas y respuestas se sucedieron rápidamente, breves, extrañamente acompasadas. Ibn Tahír concentró toda su atención.

—¿Quiénes son los peris?

—Los peris son malos espíritus de sexo femenino que reinaban en el mundo de Zaratustra, quien los arrojó a los infiernos.

—¿Quién era Zaratustra?

—Zaratustra era un falso profeta, adorador del Fuego, que Mahoma arrojó a los demonios.

—¿Dónde viven los demonios?

—En la cima del monte Demavend.

—¿Cómo lo sabemos?

—Por los vapores que exhala la montaña\*.

—¿Eso es todo?

—Y por los aullidos de las voces que oímos llegar de allí.

—¿Quiénes son los selyúcidas?

—Los selyúcidas son invasores: turcos llegados del país de Gog y Megog para apoderarse del poder en Irán.

—¿Cuál es su naturaleza?

—Su naturaleza es doble: mitad hombres, mitad demonios.

—¿Por qué?

—Porque unos devis o espíritus del mal se aparearon con mujeres de raza humana, que luego engendraron a los selyúcidas.

—¿Por qué abrazaron los selyúcidas el Islam?

—Para disimular su verdadera naturaleza.

—¿Cuáles son sus intenciones?

—Aniquilar el Islam e instaurar en la tierra el reino de los demonios.

\* El Demavend es un volcán, hoy apagado. (N. del E.)

—¿Cómo lo sabemos?

—Por el hecho de que apoyan a un falso califa en Bagdad.

—¿Quién es en Irán el peor enemigo de la causa ismaelita?

—El gran visir del sultán, Nizam al-Mulk.

—¿Por qué siente un odio mortal por la única y verdadera doctrina?

—Porque él mismo es un renegado.

—¿Cuál es su crimen más impío?

—Su crimen más impío es haberle puesto precio a la cabeza de Nuestro Amo en diez mil monedas de oro.

Ibn Tahír se entusiasmó. Sí, el gran visir que había hecho decapitar a su abuelo era un criminal. Y ahora atentaba contra la misma vida del jefe supremo de los ismaelitas... Tales eran las preguntas y las respuestas mediante las cuales el dey Ibrahim resumía lo que les había enseñado hasta ese momento. Hizo un gesto con el brazo para señalar que iba a proseguir su clase. Los alumnos colocaron diligentemente sus tablillas sobre las rodillas y aprestaron sus cálamos. El maestro comenzó a dictarles lo que necesitan saber sobre la naturaleza del poder impartido al jefe supremo de los ismaelitas. Se planteaba preguntas que él mismo contestaba. Ibn Tahír anotó, no sin sorpresa:

»¿De dónde saca Seiduna su poder sobre los fieles?» «Directamente del califa de Egipto, Mostanzar Bilah e indirectamente de Alá. »

»¿De qué naturaleza es este poder?» «Este poder tiene naturaleza doble: natural y sobrenatural.»

»¿En qué consiste su poder natural?» «En que tiene poder de vida o muerte sobre todos los ismaelitas que viven en Irán. »

»¿Cuál es su poder sobrenatural?» «Tiene el poder de enviar al paraíso a quien quiera. »

»¿Por qué es Seiduna más poderoso que todos los hombres que han existido en la tierra?» «Porque recibió de Alá la llave que abre las puertas del paraíso.»

La instrucción terminó a la hora de la cuarta oración. Los alumnos se reunieron entonces en la terraza, comentando febrilmente lo que habían aprendido durante el día. Sobre todo estaban impacientes por saber lo que Ibn Tahír, el nuevo, pensaba de todo aquello.

—Lo que vi y oí de Abd al-Malik me parece claro —declaró—. Pero no comprendo lo que quiere decir el dey Ibrahim cuando enseña que Alá le dio a Seiduna la llave del paraíso.

—¿Qué necesidad hay de pensar? —zanjó Yusuf—. Ésa es la enseñanza de Seiduna y nuestro deber es creer en ella.

–Muy bien. Pero me pregunto si debemos tomar esa doctrina al pie de la letra o a lo mejor sólo hay que ver en ella una imagen...

–¿De qué imagen puede tratarse? –se impacientó Yusuf–. Debemos comprenderla en el sentido en que se dice.

–¿Entonces se ha producido un nuevo milagro? –insistió Ibn Tahír.

–¿Por qué no? –se sulfuró Yusuf.

–¿Por qué no? Pues porque el Profeta ha dicho explícitamente que los milagros sólo pudieron producirse en tiempos antiguos. Él mismo no los permitió durante su reinado ni en las épocas posteriores.

Yusuf no supo qué responder.

–El hecho de que Alá le haya dado a Seiduna las llaves del paraíso –argumentó

Djafar–, no debemos considerarlo un milagro. El Profeta tampoco estimó que su viaje en pleno cielo ni su encuentro con el arcángel Gabriel hayan sido milagros.

–Bien, supongamos que sólo se trate de una gracia concedida por Alá a Seiduna –

siguió Ibn Tahír–. Falta saber dónde, cuándo y por qué medios Alá pudo darle a Nuestro Amo las llaves del paraíso.

–Alá debió aparecérselo a Seiduna bajo la forma de una zarza ardiente o de una nube baja –explicó Sulaimán–, como se apareció a los profetas de los tiempos antiguos. Así pudo darle la llave, tal como le entregó las Tablas de la Ley a Moisés en el monte Sinaí.

–Puedo representarme fácilmente todo eso –admitió Ibn Tahír excitado por el juego–. Pero no me cabe en la cabeza que vivamos en una vecindad tan inmediata con un profeta tan eminente y poderoso.

–Tal vez no te sientas lo bastante bueno para ello –bromeó Sulaimán–. ¿En qué

somos peores que el pueblo elegido en el pasado?

Ibn Tahír, incómodo, miró a su alrededor. Vio rostros inflamados por un ardor sagrado. No, no podían comprender la perplejidad y las dudas que lo embargaban.

–Antes que aceptar las conjeturas de Sulaimán, encuentro más razonable pensar –

propuso Djafar–, que un ángel enviado por Alá llevó a Seiduna al paraíso y que de esta manera le confió con toda comodidad las llaves en cuestión.

–Sea como fuere, todavía queda por saber de qué naturaleza puede ser esa llave. Pues debemos pensar, y con razón, que ni Alá ni el paraíso, ni lo que éste contiene, poseen la misma sustancia que nuestro mundo. ¿Cómo podría

entenderse entonces que haya entre nosotros, en nuestra tierra, un objeto de la misma sustancia que la del otro mundo?

¿Podríamos percibirlo con nuestros sentidos? Y si pudiéramos, ¿seguiría siendo un objeto del paraíso?

—Acabas de plantear una excelente pregunta, nieto de Tahír —se alegró Yusuf frotándose las manos de contento.

—Por mi parte —intervino Naim—, pienso que esta discusión sobrepasa los límites de lo que está permitido.

—¡Calla ya, cigarra! —lo reprendió Sulaimán.

—Está escrito en el Corán —siguió razonando Djafar—, que los justos después de la muerte recibirán y compartirán los gozos del paraíso, que serán en todo comparables con los de la tierra. Los bienaventurados tendrán los mismos sentidos que en este mundo y gozarán de los mismos placeres. Por consiguiente, los objetos del más allá no deben diferir sensiblemente de los de este mundo, y la sustancia de la que están hechas las llaves del paraíso pueden perfectamente ser iguales a las de las cosas de aquí abajo. Obeida, que hasta entonces había escuchado atentamente sin decir palabra, sonrió maliciosamente.

—Tengo una buena explicación —dijo—, que podría aclarar perfectamente todo el misterio que rodea a la famosa llave. Se nos ha dicho que la llave abre las puertas del paraíso. Se encuentra en manos de Seiduna, que vive entre nosotros, en esta tierra. Por consiguiente, desde fuera, desde la tierra, es desde donde la llave abre las puertas del paraíso. Sea cual sea, pues, la naturaleza del paraíso, la llave de Seiduna abre la puerta desde la tierra y debe consecuentemente ser de la misma sustancia que este mundo nuestro.

—¡Notable exégesis! —exclamó Yusur.

—Sí, la explicación es hábil —acordó Ibn Tahír.

—Obeida es astuto como un lince —ironizó Sulaimán.

—¿Pero no deberíamos preguntar al dey Ibrahim si esta explicación es verdaderamente justa? —preguntó inquieto Naim.

—Semejante pregunta puede costarte cara —le advirtió Sulaimán.

—¿Y por qué? —se irritó Naim.

—Porque el venerable dey Ibrahim exige, por si no lo sabes, que sólo se responda cuando a uno le preguntan. Si intentas hacerte el listo con él, pajarito, corres el riesgo de meterte en serios problemas.

Esto les hizo reír. Naim se puso rojo de cólera. Yusuf, a quien estas conversaciones elevadas y difíciles le encantaban, lo fusiló con la mirada.

—¡Seguid, seguid, hijos míos! —les dijo a sus camaradas.

Pero ya el sonido del cuerno los llamaba a la quinta oración.

Después de la cena, Ibn Tahír, agotado de cansancio, renunció a acompañar a los demás al paseo de la noche. Se retiró al dormitorio y se tendió en la cama. Tardó un rato en cerrar los ojos. Todo lo vivido desde su llegada a Alamut desfilaba ante sus ojos como una sucesión de violentas imágenes. El afable dey Soraka y el severo capitán Minutcheher le recordaban de alguna manera la vida exterior. Pero el enigmático y extraño Al-Hakim y el dey Abd al-Malik, ambos dotados de talentos tan prodigiosos, y tal vez aun más el misterioso y sombrío dey Ibrahim, lo habían introducido en un mundo enteramente nuevo. Y ya comenzaba a darse cuenta de que ese mundo nuevo poseía sus propias leyes, estrictas e infalibles; que estaba organizado y dirigido desde el interior, desde dentro hacia fuera, completo y autosuficiente, lógico y sin fisuras. A él no se entraba de puntillas. Uno se encontraba proyectado en él con una brutalidad tremenda. Y ahora Amani estaba allí, completamente inmerso. Sí, aún ayer, se encontraba fuera, del otro lado. Y hoy, pertenecía totalmente a Alamut.

Una profunda tristeza lo embargó, pues le había dicho adiós a todo un mundo. Tenía la impresión de que el camino de regreso había sido cortado para siempre. Pero al mismo tiempo sentía despertarse en él una impaciencia embriagadora por el mañana, una curiosidad apasionada por los misterios que adivinaba por doquier a su alrededor, y una firme voluntad de no desmerecer ante sus compañeros.

—Ya estoy en Alamut —dijo en voz alta como para su colete—. ¿Por qué tengo que mirar hacia atrás?

Sin embargo, recordó una vez más su casa natal, evocó a su padre, a su madre, a sus hermanas. Y les dijo adiós en lo más secreto de su corazón. Tras lo cual sus ensueños se difuminaron y se durmió en medio de una dichosa espera de lo desconocido.

### III

Poco tiempo después de su llegada a aquellos lugares tan nuevos para ella, Halima se hallaba completamente acostumbrada a su nueva vida. Por circunstancias extrañas que no comprendía, siempre obtenía todo lo que deseaba. La verdad era que todos, personas y animales, la querían. Incluso cuando había cometido alguna tontería, Apama se dignaba a veces gesticular una sonrisa de indulgencia. Halima no dejaba de explotar esta ventaja; de buena gana se mostraba bromista y caprichosa, y le parecía totalmente natural que todos se sometieran a sus deseos. Por cierto, éstos eran bastante modestos. Sara era su primera víctima. El menor signo de Halima constituía para ella una orden; se sentía feliz de poderla servir en lo que fuera, fiel acaso a su pasado de esclava. Soportaba con resignación todos sus caprichos y fantasías, y cuando Halima manifestaba alguna preferencia hacia otra, se la veía profundamente afligida, su

desdicha lo llenaba todo.

Tal era la situación durante el día. Pero cuando llegaba la noche, en cuanto las jóvenes hundían la cabeza en sus almohadas y la misma Zainab se dormía, Sara corría a meterse bajo las mantas de Halima, para abrazarla y besarla. Al comienzo Halima había opuesto resistencia a estos asaltos. Luego, acostumbrándose más o menos a aquellas demostraciones apasionadas, dejó de defenderse. También se dijo que debía hacer alguna concesión en pago de los innumerables servicios que le hacía Sara durante el día. Pero había algo que no podía soportar: los eternos celos de Sara. A ella le gustaba expresar a los cuatro vientos su amabilidad. Le gustaba besarlas a todas, hacerse agradable tanto a una como a otra, y ni soportaba que la coartaran en ello. Cuando sentía que la mirada inquisidora de Sara se posaba en ella, presa de tormento, se sulfuraba: no podía dejar de provocarla y de hacerla sufrir. Y cuando después, a solas, su amiga la abrumaba de reproches, Halima la amenazaba con dejar de dirigirle la palabra.

Sin lugar a dudas, Sara sentía la necesidad vital de servir a alguien por amor y de someterse a todos sus deseos, aunque fuera a costa de unos celos que la atormentaban sin fin. Dichosa de vivir, Halima gozaba de su juventud y del sol, como un pájaro o una mariposa. Encontraba totalmente natural haberse convertido en el centro de interés y el objeto de la solicitud de todo aquel ambiente y que el mundo gravitara a su alrededor. En sus ratos libres, corría por los jardines, en los que florecía una vegetación cada vez más lujuriosa, aspirando el perfume de miles de rosas que, una tras otra, desplegaban sus suntuosas corolas, cortando ramos para adornar los apartamentos, retozando con Ahriman y la pequeña gacela, llamada Susana. Había recorrido todo el lugar y descubierto mil rincones, había constatado con sus propios ojos que los jardines estaban en efecto rodeados de agua por todas partes. También había podido admirar la salvaje vegetación que de alguna manera parecía prolongar la del parque hasta perderse de vista en la orilla opuesta. En realidad parecía que vivían en el verdadero paraíso.

Pronto se atrevió a ir sola a las rocas en las que los lagartos tomaban el sol y donde vivía Peri, la serpiente amarilla. En verdad, se mantenía a distancia respetuosa, al tiempo que se convencía en su fuero interno de que Myriam tenía razón, repitiendo en voz alta:

«¡Qué hermosos son estos lagartos!». Incluso intentó silbar como Myriam para hacer salir a la serpiente Peri de su agujero. Pero antes incluso de que el animal sacara su cabecita puntiaguda había salido huyendo a todo lo que daban sus piernas, sin atreverse a mirar hacia atrás, hasta llegar a los parajes que frecuentaba habitualmente con sus compañeras. Fue en aquel retiro solitario donde Adí y Mustafá la encontraron un día. Con la intención de asustarla intentaron acercarse a ella a hurtadillas. Pero Halima estaba como

intentaron acercarse a ella a multitudes. Pero Halima estaba como

una rata al acecho. Oyó ruido y, cuando vio que los dos negros querían sorprenderla, se dio a la fuga. Adí, que iba detrás, le gritó a Mustafá:

—¡Cógela!

Y en efecto, Mustafá la alcanzó de dos saltos. La tomó en sus poderosos brazos y se la llevó a Adí. Halima se debatía, golpeaba, mordía, gritaba que la soltaran. Los eunucos se divertían y reían a carcajadas.

—¡Démosla a los lagartos! —dijo Mustafá.

Halima chilló tan fuerte que ellos se espantaron de verdad.

—No, juguemos mejor a la pelota con ella —propuso Adí.

Dio unos pasos hacia el lado, separó los brazos y le dijo a su compañero:

—¡Lánzame!

—¡Junta las manos bajo las rodillas! —ordenó Mustafá. —¡Así! ¡Agárrate bien de las muñecas!

Halima comenzó a encontrar divertida la aventura. Hizo lo que Mustafá le dijo y un segundo después volaba por los aires y caía como una verdadera pelota en brazos de Adí. Seguía gritando como si la despellejaran viva, aunque de espanto festivo y por el gusto de escuchar su propia voz.

Aquellos gritos atrajeron a Ahriman, que vino a ver qué cosa tan extraordinaria podía suceder allí. El animal, colocándose al lado de Adí, seguía con los ojos y la cabeza la pelota viva que volaba de mano en mano. Aquel juego era de verdad de su gusto pues se puso a gruñir de placer.

—¿Te has dado cuenta cómo se ha puesto blanda y redondita? —se extrañó Mustafá. Adí lanzó una alegre carcajada:

—Mi querida costillita, mi dulce tartita, esperanza de mi ciencia y buena cliente de mi saber, ¡te has desarrollado y echado carnes desde que estás con nosotros! Así había recorrido varias veces el trayecto aéreo, de ida y vuelta, por encima del césped del jardín, cuando de repente resonaron gritos coléricos desde la otra orilla.

—¡Apama! —se atragantó Mustafá dándose prisa por colocar a Halima de pie. Tras lo cual la niña puso pies en polvorosa y desapareció detrás de los macizos del sendero.

—¡Sois unos animales inmundos, bestias lúbricas! —aulló Apama desde la otra orilla—. Os denunciaré a Seiduna, que os hará castrar por segunda vez. Habéis pisoteado mi más hermosa flor, un botón de rosa reluciente...

Los eunucos reventaban de risa:

—¿Por qué chillas, asqueroso sapo, vieja pájara! —ironizó Adí—. Espera un poco, siniestra harpía, bizca y fétida, vamos a lapidarte y a sacarte el pellejo...

—¡Pobre y apestoso imbécil! —pataleaba Apama—, querías carne fresca ¡eh!, para tu concupiscencia de castrado. ¡Alabado sea Alá que te sacaron a tiempo



para la concupiscencia de castrado. ¡Maldado sea Fátima, que te sacaron a tiempo tus tristes atributos, chivo negro de cuernos rotos! ¡Ah, qué suerte que no puedas aunque quieras!

Adí se dejó llevar riendo a carcajadas:

—Mira cómo te tratamos, vieja bribona, grotesco demonio. Sueñas con cepillarte a los siete profetas a la vez, aunque un viejo perro que te buscara te volvería loca de placer. Apama rechinaba los dientes, loca de rabia e impotencia. Corrió a la orilla como si quisiera arrojarle al agua. Ah vería, Adí corrió a su vez hasta el borde del torrente, se apoderó de uno de los remos que mantenía ocultos bajo unas zarzas y se dirigió hacia el agua, cuya superficie golpeó hábilmente, salpicando de lo lindo a la vociferante anciana. La vieja lanzó gritos agudos. Los dos eunucos se desternillaban de risa. Finalmente, Adí volvió a colocar el remo bajo los arbustos y escapó con Mustafá, mientras Apama les mostraba el puño jurando que los mataría.

Después de esto, Halima se convirtió en blanco de su cólera. Aquel mismo día, la trató

delante de todas sus compañeras de viciosa y de hipócrita, y solicitó que cayeran sobre su cabeza todos los castigos de este mundo y del otro. Sintiéndose oscuramente culpable por los favores que concedía en secreto a Sara, Halima se acusaba a veces de grave perversión, ya que en cuanto se libraba de los abrazos de la morena, se atrevía a mirar a Myriam a los ojos, con cara de total inocencia. Por eso los reproches de Apama le llegaron al alma. Bajó los ojos y enrojeció hasta las orejas.

Apenas Apama les dio la espalda, Myriam la consoló invitándola a no hacer demasiado caso de los reproches de la vieja: todo el mundo sabía que Apama era malvada y que odiaba a los eunucos. Por lo demás, nadie puso en duda la perfecta inocencia de aquellos juegos. Conmovida por la confianza que le testimoniaba Myriam y que le parecía tan poco merecida, fue a esconderse en un rincón y a llorar a solas. Juró portarse mejor y no ceder ante los requerimientos de Sara. Pero es difícil renunciar a una vieja costumbre y todo siguió como antes.

Los días se alargaban, las noches se llenaban con una vida misteriosa. Los grillos cantaban en los jardines y las ranas croaban en las acequias. Los murciélagos volaban cerca de las ventanas iluminadas, persiguiendo mil insectos al amparo de sus silenciosos vuelos. En aquellas veladas, el mayor placer de las muchachas era escuchar las historias y leyendas que les contaba Fátima, muchacha maravillosa en todos los conceptos. Era un verdadero pozo de sabiduría y nada la podía confundir. Sabía mil adivinanzas y, una vez las revelaba, inventaba otra, día a día. Conocía todas las romanzas que se cantaban desde Siria a Egipto. desde la lejana Arabia a las heladas estenas del Turkestán.

También estaba al tanto de otros muchos secretos. Los eunucos habían construido para ella una especie de largo invernadero acristalado en el que proliferaban los gusanos de seda, instalados sobre las ramas cortadas de las moreras que crecían más abajo, como sauces a orillas del agua. Aseguraba que podría sacar de sus capullos toda la seda que necesitaban las muchachas. A éstas les gustaba más que nada escucharla contar las interminables historias que salían entremezcladas a lo largo de mil y una noches, o declamar tal episodio sacado del Libro de los Reyes de Firdusi. Ella demostraba una imaginación digna de Sheherezade. Lo que el tiempo le había borrado de la memoria, lo reemplazaba con improvisaciones de su cosecha y muchas historias eran creaciones propias de cabo a rabo. Entre ellas había un cuento que conmovía particularmente a las jóvenes: el del escultor Ferhad y de la princesa Shirín. Al oírla, no podían dejar de pensar en Myriam y apremiaban sin cesar a Fátima para que les contara aquella historia que las conmovía tanto. Halima se sentía enternecida hasta las lágrimas. Como Myriam, Shirín era de origen cristiano. Era tan extraordinariamente hermosa que, por pudor y envidia, hasta las flores inclinaban las corolas a su paso por los prados y jardines. Cuando se convirtió en la mujer del rey Josrow Parviz, el más poderoso monarca de la antigua Persia, todo el pueblo se sublevó pues no soportaban que una infiel tuviera acceso al trono. Pero el rey la amaba tanto que consiguió imponérsela hasta a sus enemigos. Ahora bien, Josrow Parviz no sólo era un monarca poderoso sino también un hombre prudente. Sabía hasta qué punto la belleza terrestre es efímera. Decidido a conservar una imagen duradera del encantador rostro y del espléndido cuerpo de su esposa, llamó al escultor más célebre de su tiempo, Ferhad, y le ordenó llevar aquellas preciosas formas al mármol. Enfrentado día tras día a los encantos celestiales de la princesa, el joven artista concibió por ella un amor que nada pudo ahogar. Estuviera donde estuviera, incluso sin quererlo, tanto en la vigilia como en sueños, veía por doquier su rostro divino. Finalmente no pudo seguir ocultando su pasión. Mientras más se iba pareciendo la estatua a su modelo vivo, más era el ardor que ponía Ferhad en su trabajo; sus miradas y hasta el sonido de su voz, traicionaban la tempestad que asolaba su corazón. Un día el mismo rey se dio cuenta de ello. Loco de celos, sacó su espada pero Shirín se interpuso y protegió al artista con su propio cuerpo. Sensible a la perfección del trabajo que Ferhad acababa de realizar, Josrow le perdonó la vida pero lo exilió para siempre en los solitarios montes de Bizutum. En medio de la inconsolable obsesión de

aquel amor sin esperanzas, Ferhad perdió la razón. Loco de dolor, empuñó el martillo y el cincel y se puso a tallar en la arista rocosa de la montaña una inmensa estatua de Shirín. Estatua que aún es visible hoy: se diría que uno

contempla la forma viva de la divina princesa saliendo del baño, saludada por el corcel favorito del rey, Shebdis, piafando y caracoleando de juventud y ardor.

Se sabe que el rey envió entonces a las montañas de Bizutum un mensajero encargado de anunciar la falsa noticia de la muerte de la reina Shirín. Ferhad no quiso seguir viviendo. En medio de su insoportable dolor, se arrojó sobre su hacha, que le hendió

el pecho en dos. Se cuenta que el hierro del hacha, al caer, se clavó en el suelo y que el mango impregnado con la sangre que manaba del corazón del artista reverdeció, floreció y fructificó: el fruto que dio no es otro que la granada, que en recuerdo del infortunado escultor tiene también el corazón hendido y sangra cuando se lo abre, de ahí el sobrenombre de «manzana de Ferhad».

Las jóvenes escuchaban esta historia con los ojos húmedos. Sólo Myriam miraba al techo con expresión que pretendía ser indiferente. Pero su mirada estaba extrañamente fija y fascinada por inaccesibles lejanías; durante la noche, Fátima y Djada, que dormían en la misma habitación que ella, la oían dar vueltas y agitarse en la cama. También les gustaba oír contar la historia del viejo iraní Rustam que, sin quererlo, mató en duelo a su propio hijo Suhrab; la de Alí Babá y los cuarenta ladrones, y también el cuento de la lámpara de Aladino... sin olvidar los relatos sacados de algún episodio del Corán que Fátima adaptaba a su manera. Cuando contaba con qué amor la mujer de Putifar había amado a Yusuf, todas miraban involuntariamente a su compañera Sulaika y le sonreían. Fátima dejaba de ver en la egipcia a una mujer de placer para verla simplemente como la tierna amante hacia quien Yusuf no se atrevía a levantar la mirada. En realidad, cada muchacha podía encontrar en las historias de Fátima el modelo que le convenía: un modelo con el cual era lícito compararse y comparar a las demás...

Cada cierto tiempo, las inquilinas del castillo organizaban entre ellas solemnes festines en los que se comía y bebía de manera regia. En aquellas ocasiones, Apama se ponía especialmente venenosa. En cuanto a Myriam, reía por lo bajo. Las muchachas murmuraban que había obtenido de Seiduna en persona el permiso de organizar aquellas fiestas para distraer a sus compañeras. Pero Apama se ponía furiosa por tener que preparar sola la bebida y la comida de tales festines. En esos días los eunucos no dejaban de ir a pescar muchos peces, mientras Mustafá, provisto de un arco y acompañado de un halcón, salía al despuntar el alba a cazar pájaros. Primero tenía que coger la barca, que él conducía por la corriente hasta la orilla donde comenzaban las salvajes espesuras; de allí

llegaba a los bosques que se extendían hasta el pie de las cimas de Elburz, verdadero paraíso para la caza.

Durante los preparativos de una de estas fiestas, Halima había pedido a Myriam permiso para acompañar a los cazadores en sus batidas. Pero Myriam encontró que el camino era demasiado peligroso para una joven. Le sugirió que más bien se uniera a Adí, que iría a buscar aves y huevos a la isla de los animales.

Halima se encontró pues aquel día instalada en la barca que guiaba Adí a lo largo del torrente. Primero siguieron a los cazadores, pero hacia la mitad del trayecto, se metieron en un canal lateral y el esquife, empujado por lentas remadas, se deslizó por un agua calma en dirección a la isla que servía de parque común a los animales domésticos y a las fieras domesticadas.

La mañana era espléndida. El sol no había penetrado aún en el valle pero sus rayos doraban ya las pendientes de la montaña y las cumbres nevadas. Miles de pájaros gorjeaban y cantaban. Otros evolucionaban sobre el agua, volando o sumergiéndose en busca de peces. Las orillas estaban bordeadas por un sin fin de grandes cañas entre las cuales florecían iris y nenúfares blancos. Una garza plateada, con el agua hasta la barriga, hurgaba con su agudo pico hasta lo más profundo de la corriente. Cuando advirtió que la

barca se deslizaba silenciosamente hacia ella se irguió dignamente, con su copete erizado y, tras sacar con lentitud una pata fuera del agua, se alejó hacia la orilla. Halima, divertida, la siguió con la vista.

—No tiene miedo —observó—. Sólo está furiosa por haberle fastidiado el almuerzo.

—¡Pues sí! —confirmó Adí—, todos los animales que viven en estos jardines son familiares. Nadie les ha hecho ningún mal...

Dejaron atrás la garza, aunque ya la zancuda no se preocupaba de los dos visitantes, tranquilamente dedicada a proseguir su pesca un poco más lejos. Aquí y allí, el vientre de un pez que atrapaba un mosquito brillaba fuera del agua. Las primeras libélulas se despertaban, improvisando figuras temblorosas sobre el agua.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó Halima.

—Sí es hermoso —dijo de repente Adí con voz sorda—. Pero aún es más hermoso cuando uno está en libertad...

Halima se extrañó.

—¿En libertad, dices? ¿No estamos aquí en libertad?

—No puedes entenderlo porque eres mujer. Te lo digo: un chacal hambriento en el desierto es más feliz que un león ahito en su jaula.

Halima movió la cabeza incrédula.

—¿Estamos de verdad en una jaula?

—Dije eso sin pensar —se excusó Adí sonriendo—. Ahora, silencio. Hemos

llegado. La barca tocó la orilla y ellos saltaron a tierra. Un senderito casi invisible serpenteaba entre las ramas de los sauces y conjuntos de álamos. Alcanzaron una vertiente rocosa en la que se cruzaron con toda suerte de hierbas extrañas y flores raras; luego entraron en una vasta pradera cerrada por un bosquecillo: viniendo de allí se escuchaban ruidos salvajes: cloqueos, silbidos, bufidos. Halima apretó temerosamente el brazo de su guía. Acababa de divisar en el límite del abrigo una especie de grandes jaulas: dentro revoloteaban los pájaros y corrían los animales. Cuando se acercó, algunos pájaros espantados se lanzaron contra las rejas batiendo las alas, mientras dos grandes onzas saltaban a su vez con rugidos de furor.

Halima hizo ademán de retroceder. Adí colocó en el suelo el gran canasto que había traído y dio de comer a las fieras. Pronto éstas se calmaron, ocupadas en devorar su pitanza.

—Este trabajo corresponde habitualmente a Moad y a Mustafá —comentó Adí—. Pero como ellos fueron de caza, los reemplazo por esta vez.

Los matorrales disimulaban un gallinero largo y bajo en el que estaban las aves. Adí

se metió en él y se puso a recoger huevos.

—Ahora vete de aquí —ordenó con una sonrisa turbada—. Debo hacer algo que no debes mirar.

Halima corrió hacia otras jaulas mientras Adí les retorció prontamente el cuello a algunos pollos y gansos. El grito de los animales estrangulados era insoportable para Halima, que prefirió taparse los oídos. Cuando Adí salió del gallinero, había cubierto con un lino las aves muertas. Se apresuró en seguida a explicar a su compañera las costumbres de los diferentes animales que veían.

—Si esa vieja onza estuviera libre como Ahriman —dijo ella—, me haría pedazos, ¿no?

—Tal vez. Quizá también emprendería la fuga. Las onzas temen al hombre.

—¿Por qué entonces las mantienen en jaulas?

—Seiduna las necesita para tener cachorros. Ésos que ves ahí son una pareja: Seiduna quiere que criemos algunas fieras para la caza y porque le gusta regalárselas a sus numerosos príncipes amigos.

—¿Es verdad que las jóvenes onzas semejan gatitos?

—En efecto. Con la única diferencia de que son mucho más encantadoras y divertidas.

—Me gustaría mucho tener una.

—Si eres buena, te traeré una que podrás conservar mientras sea joven.

—¡Oh! ¿piensas que Seiduna lo permitiría?

Adí esbozó una sonrisa.

— . . . . .

—¿Tú tienes amigos poderosos...

Halima enrojeció. Sabía que aludía a Myriam.

—¿Por qué te odia Apama? —preguntó.

—Ella odia a todo el mundo. Sólo le teme a Seiduna. A mí me odia tanto más cuanto que una vez le... ¡Pero de qué sirve hablar de eso...!

—¡Habla, Adí!

—Es una tontería... Sólo te suplico no decírselo a nadie... ¿Sabías que cuando Apama llegó a estos jardines no dejaba de hablar de la antigua y larga amistad que la unía a Seiduna, pues parece que antes, en Kabul, él la había amado? Quiso hacernos creer que Nuestro Amo, cuando se convirtió en poderoso, la había llamado al castillo para hacer de ella su favorita. Se conducía con arrogancia, se vestía de seda, se maquillaba y se disfrazaba de las maneras más llamativas, sonreía con expresión contenida e injuriaba a todo el mundo, incluso a mí que conozco a Seiduna desde Egipto y a quien he protegido contra sus enemigos con mi propio cuerpo. Un día, totalmente por casualidad, la sorprendí

haciendo un acto de lo más humano, aunque se la veía ridícula y, más que eso, repugnante. Yo estallé en carcajadas y desde ese momento, ya ves, ella echa todas las maldiciones sobre mi cabeza. Cree que revelé su vergüenza a otras personas, por lo que no le disgustaría vernos reventar uno tras otro. Y si no fuera por Seiduna, hace tiempo que nos habría envenenado a todos.

—¿Es en realidad tan mala?

—Es mala porque sufre y porque es esclava de su orgullo. No quiere ser vieja, y sabe que lo es.

Siguieron penetrando en el bosque, y llegaron a la jaula de los monos; Halima gritaba de alegría viendo las bestezuelas perseguirse aferrándose a las rejas, balancearse de rama en rama, hacer mil saltos acrobáticos, pellizcarse, pelearse.

—También teníamos un oso —contó Adí—, pero Seiduna nos dio la orden de matarlo porque comía demasiado. En la isla también podrás ver un rebaño de ganado, un camellito, cuatro caballos y algunos asnos. Incluso hay perros y gatos... Tienen que haberte dicho que nadie puede, aparte nosotros, venir a estos parajes... Fue Apama la que convenció a Seiduna de que fuera así.

—¿Seiduna viene alguna vez a los jardines?

—No puedo decírtelo, querida niña.

—Me gustaría saber cómo es.

—Es difícil de decir. Posee una gran barba y es un amo muy poderoso...

—¿Es hermoso?

Adí rompió a reír.

—Nunca he pensado en eso, pajarito. Ciertamente no es feo. Más bien es

aterrador.

—¿Es alto?

—Tampoco diría eso. Es al menos una cabeza que yo no tengo.

—Entonces debe de ser muy fuerte.

—No lo creo. Podría fulminarlo con una sola mano.

—¿Pero qué tiene entonces para que le inspire tanto miedo a la gente? ¿No será que manda sobre un gran ejército?

—No especialmente. Sin embargo, incluso en Egipto donde era un extranjero y no tenía apoyo, inspiraba tal temor a su alrededor que finalmente el califa ordenó que lo encarcelaran: su prisión duró una noche y al día siguiente lo pusieron en un barco rogándole que abandonara el país. En aquel momento, sus enemigos hubieran podido matarlo pero no se atrevieron.

—Extraño, muy extraño —se admiró Halima—. ¿Entonces el sultán y él son amigos?

—¡Oh, no! El sultán es su peor enemigo.

—Y si nos atacara, ¿qué nos ocurriría?

—No temas. Se retirarían con la cabeza rota si por casualidad todavía la tienen sobre lo hombros.

—Ahora dime: ¿sabes si Seiduna tiene muchas mujeres?

—Eres demasiado curiosa. Sé que tiene un hijo y tal vez dos o tres adefesios como tú. Halima bajó la cabeza.

—¿Qué pensaría de mí? —dijo como para sí.

Adí no pudo dejar de reír ante esta observación.

—Tiene muchas otras cosas en que pensar, al menos por ahora.

—Seguramente viste de púrpura y de seda...

—Según las circunstancias. Yo lo he visto con un manto de sayal...

—Si se viste así, es seguramente para que no lo reconozcan... ¿Acaso no es rey en este mundo?

—Mucho más que rey. ¡Es un profeta!

—¿Cómo Mahoma? Me han dicho que Mahoma era muy hermoso y tenía muchas mujeres. Incluso algunas de ellas eran, al parecer, muy jóvenes.

Adí estalló en carcajadas.

—¡Ah, mira tú!... pajarito curioso. ¡Las cosas que pueden pasarte por la cabeza!

—¿Acaso las mujeres también le temen?

—Son las primeras en temerle. Por ejemplo, Apama es un corderito delante de él.

—¿Y qué hace para ser así?

—Nada. Justamente por eso todo el mundo le teme.

Entonces debe ser violento, despótico

—Entonces debe ser violento, ¿verdad...?

—Tampoco es eso, incluso muchas veces bromea de buena gana. Sin embargo, cuando te mira, parece que te aplaste.

—¿Acaso tiene ojos tan terribles?

—No, yo no lo diría. Pero no me hagas tantas preguntas. ¿Qué tiene para que le tema todo el mundo? Yo no lo sé. Pero si un día lo ves tendrás la impresión de que conoce todos tus pensamientos, incluso aquellos que crees tener más ocultos. Te parecerá que ve hasta el fondo de tu alma, que es inútil fingir, inútil tratar de que sólo vea lo mejor de ti, ya que sentirás claramente que lo ve todo y lo sabe todo.

Halima sintió que se le oprimía la garganta; le subieron los colores al rostro.

—Ahora sé que sentiré miedo de él cuando lo conozca. Tienes razón, ese tipo de gente es la más aterradora.

—Bueno, basta de explicaciones. Ahora cojamos el cesto y volvamos a casa. Respecto de ti, gacelita, mantén cerrada tu adorable boca y sé muda como un muerto acerca de todo lo que hemos dicho...

—Prometido, Adí —y corrió detrás de él hasta la barca.

Por la noche, las chicas se reunieron en la gran sala alrededor del estanque. La habitación estaba suntuosamente decorada; habían puesto el doble de lámparas en las arañas. En los ángulos temblaban las llamitas multicolores de candiles llenos de aceite, colocados sobre unas estanterías. Todo estaba adornado con flores y guirnaldas de plantas. Tres ayudantes de Apama servían de comer y de beber a las jóvenes. Traían en bandejas de bronce pajaritos y aves asadas, pescados fritos aliñados con limón, frutas y pasteles azucarados. El vino, que llenaba grandes jarras de arcilla, corría en las copas que aquellas damitas vaciaban con entusiasmo. Los discretos murmullos de la conversación no tardaron en convertirse en un parloteo generalizado, interrumpido por carcajadas. Apama, que al comienzo observaba la escena intentando ocultar su acritud, terminó por retirarse, visiblemente encolerizada, no sin antes dejar caer al pasar junto a Myriam:

—No olvides que eres la responsable de que todo esté en orden.

—No te preocupes, Apama —le contestó Myriam con su mejor sonrisa.

Siguieron escuchando a la matrona refunfuñando sola por el corredor.

—¡Una vergüenza! ¡Es una vergüenza!

Asad y Adí no tardaron en reunírseles, seguidos de Muhammad y Mustafá. Puede adivinarse que no se hicieron de rogar para hacer los honores de la mesa y del vino. En resumen, la alegría fue general.

—Es hora de que comience el espectáculo —dijo Fátima, con lo que todos estuvieron de acuerdo.

Se pusieron a declamar poemas: unas habían elegido extractos del Corán



Se pasieron a decantara poemas. unas habian elegio extractos del Coran, otras pasajes de Ansari\*, y otras poetras antiguos.

Fátima recitó sus propias composiciones. En seguida inició con Zainab un duelo rimado. Los eunucos, que aún no conocían su destreza en aquel juego, lloraban de risa. Adí

las felicitó calurosamente. Tenía el rostro iluminado por el orgullo y la dicha. A la poesía siguió la danza. Fátima y algunas otras cogieron los instrumentos musicales, mientras Myriam, Halima y Sulaika se lanzaban a una especie de ballet. Cuando terminaron el número común, Sulaika continuó sola... Primero vieron que todo su cuerpo ondulaba, lentamente, al ritmo de los címbalos, luego cada vez más de prisa. Por fin saltó

hacia el borde de la piscina y comenzó a girar sobre si misma a una velocidad vertiginosa, hasta el punto de que todos los espectadores, estremecidos de espanto, contenían el aliento, para finalmente dejarse caer sobre los cojines como una ráfaga de aire. Todos lanzaron gritos de admiración. Halima corrió hacia ella y la besó

frenéticamente. Los eunucos llenaron de nuevo las copas, que las muchachas vaciaron a la salud de Sulaika. El vino ya comenzaba a subírseles a la cabeza. Todas se pusieron a cantar, a sollozar, a abrazarse, entregándose a mil arrumacos y a tiernas disputas interrumpidas por carcajadas. Pero la reina de todas aquellas travesuras era, una vez más, Halima. Desde las primeras copas, le había comenzado a dar vueltas la cabeza. Le pareció

que se volvía liviana como una mariposa: tenía la impresión de que unas alas la levantaban del suelo. Momentos después de que Sulaika terminara de bailar, sin poder resistir el placer de exhibirse, exigió que las músicas le tocaran una melodíaailable. Primero esbozó

algunos pasos, luego se puso a girar, intentando lo mejor posible copiar los movimientos que había visto hacer a Sulaika. Todas reían al verla entregada a aquella dulce locura, que no hacia más que aumentar su euforia. Finalmente también dio un salto hacia el borde del estanque. Sus compañeras lanzaron un grito, Myriam corrió a sostenerla, pero todo fue demasiado tarde. Perdió el equilibrio y cayó al agua cuan larga era.

\* Célebre místico, autor de invocaciones en prosa rimada. (N. del E.)

Todos se precipitaron en su ayuda. Adí alargó su poderoso brazo y la sacó del estanque. Halima miró a Myriam con expresión lastimera, riendo en medio de las lágrimas. Ésta la cogió afectuosamente y la llevó a su habitación. Allí, la envolvió en una toalla y la ayudó a cambiarse. Cuando volvieron, Halima se esforzó por permanecer un momento dócil y silenciosa, pero unas copas de vino no tardaron en devolverle el aplomo. Fue al comedor y dio un golpe de gong para pedir silencio.

—Amigas y hermosas hermanas —comenzó imitando el acento de Adí—, tenéis ante vosotras a la inocente y encantadora Halima, a quien el vino se le ha subido a la cabeza... Las jóvenes y los eunucos lanzaron una carcajada.

—No sigas, Halima —dijo Myriam—. Esto no arregla nada.

—Sólo quería excusarme —dijo Halima visiblemente irritada.

Myriam se levantó, se acercó a ella y la acompañó al diván. Halima, enternecida, se deshizo en lágrimas, apretando la mano de Myriam, besándole cada dedo. Durante toda la velada, Sara no había conseguido hacerse notar. Estaba acostumbrada a que Halima, a aquella hora, le perteneciera por entero. Seguía sus menores gestos con mirada celosa. En ningún momento, Halima pareció preocuparse de ella. Sara, fascinada, la miraba tendida junto a Myriam, besándole los dedos. Halima sorprendió su mirada en la que se leía la desesperación de los celos. Le dirigió una sonrisa de coquetería y, con ánimo de provocar, comenzó a acariciar los cabellos, el rostro, el cuello de Myriam, apretándose contra ella, besándole apasionadamente la boca. Sara sufría un suplicio infernal. Vaciaba copa tras copa. Finalmente, no aguantando más, estalló en sollozos y huyó hacia la puerta. Halima se libró de los brazos de Myriam y corrió tras ella, repentinamente presa de remordimiento, dispuesta a consolarla. Con una sola mirada Myriam lo había comprendido todo. Palideció y se levantó.

—¡Sara! ¡Halima! ¡Venid aquí! —exclamó con voz dura.

Temerosas, con los ojos bajos, las dos muchachas se acercaron.

—¿Qué significa esto?

El tono era severo. Halima se derrumbó a sus pies, se los besó y se puso a aullar.

—Así que es esto —dijo Myriam con voz sorda.

—No, no, yo no tengo la culpa —gritó Halima—. Sara me sedujo.

Myriam apartó a Halima. Se acercó a Sara y la abofeteó; ésta se desplomó sin decir palabra.

Myriam les dio la espalda. Cuando vio los rostros divididos entre el espanto

y el alborozo, una sonrisa apareció en sus labios.

—¡Sara! —exclamó—. Coge tus cosas y múdate en seguida. Te instalarás en la celda sin ventana que hay al fondo del corredor. Allí dormirás hasta que te enmiendes. Levántate y vete, no quiero volver a verte esta noche. Halima ya estaba arrepentida de su acusación, consciente de que había traicionado a Sara. Ésta se levantó, le lanzó una mirada triste y abandonó la sala sin decir palabra.

Halima, aún de rodillas, se arrastró hasta Myriam y levantó hacia ella las manos suplicantes; sus ojos lanzaban miradas afligidas.

—En cuanto a ti, pequeña pecadora —la regañó Myriam—, vivirás de ahora en adelante conmigo, así te tendré vigilada. Veremos si aún estamos a tiempo de enderezarte. Safiya y Djada, vosotras tomaréis sus lugares en la habitación de Zainab.

A Halima le pareció que el cielo se abría ante ella. No se atrevía a creer lo que oía. Se animó y alzó la vista para mirar a sus compañeras. Vio sonrisas en sus miradas. También ella, ahora, sonreía entre las lágrimas.

Los eunucos se había esfumado sin que nadie hubiera advertido su partida.

—Es hora de ir a dormir —dijo Myriam.

Se retiraron una a una con gestos que expresaban claramente el cansancio. Halima esperó, dudando, junto a la puerta.

—¡No te quedes plantada ahí! —se impacientó Myriam—. Ve a buscar tus cosas y sígueme.

Sólo ahora Halima comenzó a creerle. Sí, ella era una pecadora, una réproba... Sobre todo había perdido la estima de Myriam. Pero a cambio de todo aquello, le caía del cielo el mejor regalo. Iba a dormir en la habitación de Myriam, respirar su mismo aire, gozar permanentemente de su presencia. Finalmente iba a acceder a lo que para ella era el misterio de los misterios.

Apenas hizo caso de las sonrisas que le lanzaban sus compañeras. Éstas la encontraban graciosa y bonita, se lo susurraban entre sí y le enviaban de lejos pequeños besos. Ella les lanzó por lo bajo una mirada dura y fue en busca de sus cosas a la habitación. Zainab, Djada y Safiya la ayudaron. Halima sentía una vergüenza indescriptible, mantenía los ojos clavados en el suelo y ponía cara triste. Ayudada por ellas, preparó una cama en la habitación de Myriam, se desvistió rápidamente, se hundió bajo las mantas y fingió que se quedaba dormida. Pero sus oídos captaban todos los ruidos de la habitación. Finalmente llegó Myriam. Halima oyó cómo se quitaba el vestido, cómo desataba sus sandalias. Luego advirtió —y su corazón dejó un instante de latir— pasos ligeros que se acercaban a su cama. Sintió la mirada de Myriam pero no se atrevió a abrir los ojos. Entonces —¡oh, suprema dulzura!—, un leve beso le rozó la frente. Contuvo un temblor y se durmió casi de inmediato.

Los días que siguieron, a Halima le parecieron maravillosos. Ya no la atormentaba la conciencia como antes: desde que se había reconocido culpable y sufrido el consiguiente castigo, era como si su corazón se hubiera liberado de un peso; nuevamente se le permitía ser feliz. Todavía se sentía algo incómoda frente a sus compañeras, que no se privaban de dirigirle sonrisas llenas de segundas intenciones, fingiendo en broma, ante cualquier frase, querer seducirla. Ella cerraba su pequeña mano, las amenazaba con el puño y las fulminaba con la mirada. Pese a esto, llevaba la frente más alta que nunca, pues no le desagradaba haber vuelto a ser el punto de mira, aunque no fuera más que en calidad de pecadora.

Sara la evitaba y ella se sentía, por su lado, incómoda de encontrarla. A menudo la veía con los ojos enrojecidos por el llanto. Durante las comidas, veía sus miradas llenas de sufrimiento y reproches. Finalmente un día tuvo el valor de abordarla:

—Sara, no quería traicionarte, quiero que lo sepas. Se me escapó ese gesto atroz... Las lágrimas inundaron el rostro de Sara; sus labios temblaron, seguramente hubiera querido decir algo, pero no podía. Se cubrió el rostro con las manos y huyó... Lo peor era que, para Halima —y así tenía que reconocerlo—, esto tenía poca importancia al lado de la enorme dicha que estaba viviendo: ¡dormía en la habitación de Myriam! Se había puesto abnegadamente a su servicio. También lamentaba un poco que Djada y Safiya hubieran tenido que mudarse por su culpa. Se trataba de dos hermanas gemelas, que se parecían como dos gotas de agua y tenían el carácter más dócil y dulce que imaginarse pudiera. Semejante parecido físico y psicológico hacía que cuando Halima las encontraba, ésta no pudiera ponerles un nombre a sus rostros... cosa a la cual Djada y Safiya jugaban a veces —era la única broma que se permitían—, divirtiéndose con el hecho de hacerse pasar la una por la otra. Esto las hacía reír hasta las lágrimas. Cuando tuvieron que abandonar la habitación de Myriam, habían mostrado claramente su tristeza; pero luego bastaron unos días para que se relacionaran con Zainab y las tres se convirtieran en las mejores amigas del mundo.

En la época en que Halima dormía con Zainab y Sara, temía la oscuridad. Ahora la esperaba con impaciencia. A partir de la segunda noche, Myriam le dijo:

—No me hagas ninguna pregunta y no me cuentes nada. Mi papel es velar por todas vosotras. Es lo único que debes saber.

Estas misteriosas palabras inspiraron en Halima todo tipo de conjeturas. Aunque por el momento se contentaba con observar en silencio. Myriam se acostaba siempre la última. Halima le preparaba con esmero todo lo que pudiera

necesitar, se desvestía, se metía en la cama y fingía dormirse. Pero detrás de los párpados cerrados «veía» a Myriam entrar en la habitación, desvestirse distraídamente, apagar la vela... Luego oía que se acercaba y sentía que un beso rozaba su frente.

Una noche, en medio del sueño, se despertó sobresaltada, angustiada de repente por un sentimiento insólito. Sobrecogida de miedo, quiso llamar a Myriam, pero cuando miró

hacia su cama vio que estaba vacía. Un oculto temor se apoderó de ella. «¿Adonde ha ido?

Seguramente se encuentra a la cabecera de alguna de las chicas», se dijo primero.

«¡Aunque no, está con Seiduna! ...» Algo en ella le decía que no se equivocaba.

¡Con Seiduna! Abismos llenos de misterios se abrieron en su alma. De pronto se sintió

débil e indefensa. Acurrucada en sí misma, conteniendo el aliento, aguzó el oído. Pero Myriam no volvía. El sueño la había abandonado por completo. Pensaba; se sentía confundida entre el miedo que la hacía temblar y una terrible curiosidad, consciente de estar tocando por fin el corazón del misterio. Las estrellas se apagaron y los pájaros comenzaron a cantar. Entonces la cortina que cerraba la entrada se apartó levemente. Semejante a un espectro nocturno, Myriam entró, vestida con un manto guarnecido de martas cebellinas. Lanzó una mirada desconfiada en dirección de Halima, desabrochó con gesto fatigado su manto, que se deslizó por sus hombros, y se detuvo delante de su cama. Sólo llevaba un delgado camisón. Se desató las sandalias y se metió sin ruido entre las sábanas.

Halima no pudo conciliar el sueño hasta el momento que sonó el golpe de gong del despertador. Entonces se durmió profundamente, gozó de un breve instante de beneficioso descanso. Cuando se despertó, Myriam estaba como de costumbre sentada al borde de la cama y le sonreía.

—Se te han pegado las sábanas esta mañana —se burló amablemente—. Seguramente has tenido un mal sueño.

Y de hecho, en aquel momento Halima no sabía a ciencia cierta si había soñado todo aquello. Se levantó, pálida y cansada y durante todo el día no se atrevió a mirar a nadie a los ojos.

A partir de aquella noche, Myriam le demostró más confianza. En sus ratos libres, le enseñaba a leer y a escribir. Era un placer para ambas. Halima se empeñaba con todas sus fuerzas para merecer la estima de su maestra y hacía rápidos progresos. Myriam no escatimaba cumplidos. Para animarla, no dudaba

en contarle recuerdos de su juventud, la vida que había llevado cuando era niña en casa de su padre, en Alepo, los combates entre cristianos y judíos, el vasto mar y los barcos que llegaban de países lejanos. De esta forma intimaron más que nunca, hasta ser como dos hermanas de edades diferentes. Una noche, cuando Myriam acababa de entrar en la habitación y comenzaba a desvestirse, Halima la oyó pronunciar estas palabras:

—Vamos, no finjas que duermes. Mejor, ven junto a mí.

—¿Cómo? ¿Yo? ¿En tu cama? —preguntó Halima confusa.

—¿Quizás no quieres? Acércate. Te contaré algo.

Con un inexplicable temor en el corazón —¡Myriam iba a tocarla!—se dirigió a la cama vecina; pero temiendo manifestar su emoción, se tendió al borde de la cama. Myriam la atrajo hacia ella. Sólo entonces Halima se atrevió a estrecharse contra su amiga.

—Voy a contarte las desdichas de mi vida —comenzó Myriam—. Ya sabes que mi padre era mercader en Alepo. Era rico y sus barcos navegaban al lejano Occidente cargados de

preciosas telas. Cuando niña yo tenía todo lo que quería. Me vestían suntuosamente con sedas, me ataviaban con oro y piedras preciosas y tres criadas obedecían mis órdenes. Me había acostumbrado a mandar y me parecía totalmente natural que todos se sometieran a mi voluntad.

—¡Qué feliz debes de haber sido! —suspiró Halima.

—Sin embargo, créeme que no lo era más que cualquiera —siguió Myriam—; al menos es lo que pienso ahora. Cada deseo mío era satisfecho al instante. ¿Pero qué deseos? Sólo los que podía satisfacer el dinero. Los sueños ocultos, secretos, tan caros al corazón de las niñas, tenían que permanecer escondidos en el fondo de mí misma. En efecto, muy joven me vi obligada a meditar sobre los límites de las fuerzas humanas. Aún no tenía catorce años cuando las desdichas se abatieron una tras otra sobre mi padre. Aquello comenzó con la muerte de mi madre; vi entonces como aquel hombre se hundía en una profunda tristeza. Parecía haber perdido el gusto por todo. Su primera mujer le había dado tres hijos que se habían dedicado al comercio por su cuenta. Uno de ellos perdió toda su fortuna y los otros dos lo avalaron. Enviaron barcos a las costas de África y esperaron sus beneficios. Pero pronto supieron que aquellos barcos habían desaparecido en una tormenta. Así, los tres volvieron a casa de su padre, que les ofreció asociarlos a su negocio. Esta vez enviaron los barcos al país de los francos. Pero los piratas se apoderaron de ellos y en una noche nos vimos reducidos a la mendicidad.

—Para eso hubiera sido preferible que hubierais nacido pobres —pensó Halima en voz alta.

Esto hizo comprender a Myriam que estrechó a la ingenua niña en un tierno

Esto hizo sonreír a Myriam, que estrechó a la ingenua niña en un tierno abrazo.

—Todas aquellas desgracias —prosiguió—, nos habían caído encima en el corto lapso de dos años. En aquel momento, el judío Musa, que pasaba por ser el hombre más rico de Alepo, vino a ver a mi padre y le dijo: «Escucha, Simeón», así se llamaba mi padre,

«necesitas dinero, yo necesito una esposa...». Mi padre se burló amablemente: «¡Ve a otro con ese cuento! Ya no estás en la primera juventud: tienes un hijo que podría ser padre de mi hija. ¡Más vale que pienses en la muerte que se acerca!...» Pero Musa no estaba dispuesto a capitular. En efecto, se decía por toda la ciudad que yo era la muchacha más hermosa de Alepo. «Te prestaré todo el dinero que quieras», insistió: «sólo tienes que darme a tu hija, nada más. Sabes que no estará mal en mi casa». Ah principio, mi padre no tomó en serio aquella petición de mano. Pero cuando mis hermanastros lo supieron lo instaron tenazmente a que concluyera el acuerdo con Musa. Mi padre estaba en una situación financiera desesperada. También era un buen cristiano y se rebelaba ante la idea de darle su hija a un judío. Pero débil y abatido ante tanta desgracia, terminó por hacerse a la idea de aquella boda. Nadie me pidió la opinión. Un buen día firmaron el contrato y me vi obligada a entrar en aquella familia desconocida.

—¡Pobre! ¡Pobre Myriam! —murmuró entonces Halima llorando.

—Sabes, mi marido me amaba a su manera —siguió su amiga—, pero hubiera preferido mil veces que me hubiera odiado o que le hubiese sido indiferente. Me atormentaba con sus celos, me encerraba bajo llave en mis apartamentos, y como veía que permanecía fría a sus avances, que lo único que me producían era asco, rechinaba los dientes y amenazaba con apuñalarme. A veces creía que estaba loco, le tenía un miedo tremendo. Myriam guardó silencio como si tuviera que reunir fuerzas para pronunciar lo que quedaba por decir. Halima, temblorosa, presentía que por fin ella iba a revelarle el secreto. Colocó su mejilla ardiente en el seno de Myriam y contuvo el aliento.

—Debes saber que mi marido —prosiguió al cabo de un momento— tenía una costumbre que ofendía gravemente mi pudor. El hecho de haberme finalmente poseído del todo, le hizo perder completamente la cabeza. No dejaba de hablar de mí a sus amigos de negocios, pintándoles mis atributos de todos los colores, celebrando mi pudor, la perfección de mis formas, jactándose de haberse convertido en el amo de la mayor belleza de toda la

comarca. Al parecer necesitaba despertar en ellos la envidia. A menudo me contaba, por la noche, que sus amigos palidecían de deseo cuando les describía mis encantos y no me ocultaba el placer que le producía. Puedes imaginarte fácilmente el odio y el asco que yo sentía. Cuando tenía que estar con él me

facilmente el odio y el asco que yo sentía. Cuando tenía que estar con él me parecía que iba al suplicio. Sin embargo, él reía y se burlaba de sus amigos jóvenes a los que llamaba alfeñiques: «Así es, querida, el dinero lo compra todo. Un indigente, por hermoso que sea, no tiene ni siquiera derecho a la mirada de una vieja pájara». Estas palabras me irritaban y despertaban en mí una profunda ira. ¡Oh, si al menos hubiera podido conocer entonces a alguno de aquellos alfeñiques! Le habría probado a Musa que se hacía vanas ilusiones. Pero ocurrió lo que menos esperaba... Un día, una de mis criadas me deslizó en la mano un recado. Lo abrí y mi corazón se estremeció desde las primeras palabras. Aún hoy lo recuerdo de memoria hasta la última palabra. Escucha...

Halima, con toda la atención puesta en ello, temblaba de impaciencia.

—Esto era lo que decía: «Del jeque Muhammad a Myriam, flor de Alepo, luna de rayos de plata que ilumina la noche e inflama los días... Debes saber que te amo, sí, te amo sin medida desde que escuché a Musa, tu maldito carcelero, poner por las nubes tu belleza y tus virtudes. Igual que el vino cuando se sube a la cabeza del infiel y lo embriaga, así la conciencia de tu perfección ha embriagado mi corazón... ¡Oh, luna de rayos de plata! Si supieras cuántas noches he pasado en medio del desierto imaginando tus encantos, y cuán viva es a mis ojos tu imagen, más hermosa que la aurora que tiñe el cielo. Pensé que el alejamiento me haría olvidar mi pasión por ti pero no ha hecho más que crecer. Ahora he venido a traerte mi corazón. Créeme, flor de Alepo, que el jeque Muhammad es un hombre y que no teme la muerte. Y que ha venido hasta ti para respirar el aire que respiras. ¡Te saludo! »

»Ah principio pensé que la carta era una trampa. Llamé a la criada que me la había traído y la insté duramente a que me dijera toda la verdad. Se puso a llorar y me mostró

las monedas de plata que un beduino le había dado para que me diera el recado. "¿Y cómo era ese beduino?", aventuré yo; "Hermoso y aún joven", me respondió. Me sentí

trastornada. En un instante caí cautiva por aquel Muhammed. En efecto, me dije, ¿cómo se hubiera atrevido a escribir una carta así si no hubiera sido joven y hermoso? Comencé a temer que se sintiera decepcionado cuando me viera. Leí y releí aquella carta más de cien veces. Durante el día la llevaba en el seno y por la noche la guardaba cuidadosamente en un cofrecillo. Luego llegó otra, más hermosa aún y más apasionada, si puede, que la primera. Me consumía entera de amor secreto. Finalmente Muhammed me dio una cita en la terraza, justo bajo mi ventana, pues él se había informado sobre el lugar donde yo vivía.

¡Oh, querida Halima, cómo podría describirte mis sentimientos de entonces! Diez veces en el día cambiaba de parecer. ¿Iría?... ¿No iría? Tras muchas vacilaciones tomé la decisión de no acudir. Me mantuve firme hasta la hora



fijada para la cita, pero en aquel instante, como impulsada por una orden brotada de lo más íntimo de mi misma, salí a la terraza. Era una noche espléndida. Una noche oscura. Aún no había salido la luna pero el cielo estaba sembrado de estrellas que titilaban suavemente. Ardorosa un instante, gélida al siguiente, esperé unos minutos en las sombras de la terraza. Me estaba diciendo: "¿Y si todo esto no fuera más que un engaño, el cuento de un bromista que trata de ridiculizar a Musa?", cuando de repente oí una voz que susurraba: "No temas, soy yo, el jeque Muhammad". Ágil como una pluma, un hombre de túnica gris acababa de franquear la tapia y antes de que me hubiera repuesto de la sorpresa me tenía entre sus brazos. Tuve la impresión de que los mundos giraban y que bebía el infinito. No me preguntó si quería seguirlo. Me tomó

por la cintura y, alzándome suavemente, me hizo bajar por la escalera de cuerdas por la que había subido desde el jardín. Del otro lado del muro del parque esperaban unos jinetes. Me cogieron para permitirme pasar libremente por encima del muro. Después él me instaló en su silla y salimos de la ciudad al galope, protegidos por la noche oscura.

—¿Y tú viviste todo eso, tú? —suspiró Halima—. ¡Dichosa, dichosa Myriam!

—¿Cómo puedes decir semejante cosa, pequeña Halima? Debes saber que mi corazón se rompe cuando recuerdo lo que sucedió después. Cabalgamos toda la noche. La luna apareció por fin detrás de las montañas, inundándonos con su luz. Todo aquello me parecía pavoroso y bello, exactamente como en un cuento. Durante largo rato no me atreví a mirar el rostro del jinete que me tenía en sus brazos. Finalmente osé levantar la vista hacia él. Los suyos estaban clavados en el camino, frente a él. Su mirada era la de un águila. Pero cuando la posaba en mí, sus ojos se volvían dulces y cálidos como los de una gacela. Lo amaba... lo amaba hasta el punto de que habría aceptado morir por él en ese mismo instante. Pues el jeque Muhammad era el más bello de los hombres. Tenía un bigote negro, una barba corta y poblada, labios rojos... ¡Oh, Halima, me convertí en su mujer durante el viaje...! ¡Tres días después nos pisaban los talones: mis hermanastros, el hijo de mi marido y toda una banda de burgueses armados! Más tarde supe que una vez descubierta mi huida, todo el servicio había sido interrogado. Encontraron las cartas de Muhammad, y Musa, de dolor y vergüenza, había tenido un ataque. Los hombres de las dos familias se armaron de inmediato, montaron sus mejores caballos y se lanzaron en nuestra búsqueda... Ya estábamos lejos en medio del desierto cuando vimos un grupo de jinetes. Muhammad sólo tenía siete hombres. Le gritaron que me dejara pero él prefirió lanzar su caballo al galope, contentándose con agitar el brazo en señal de desprecio. Poco después conseguimos caballos de refresco. Pero nuestros perseguidores acortaban camino. Al verlos, mi amante me depositó en el suelo y,

sable en mano, cargó a la cabeza de sus siete hombres. La refriega fue de una violencia atroz pero la superioridad numérica terminó por dominar. Uno de mis hermanastros cayó y luego vi a Muhammad caer a su vez. Yo aullé de dolor y huí. Pronto me alcanzaron, me ataron y me pusieron atravesada en una silla. Luego ataron a Muhammad a la cola de mi caballo.

—¡Qué horrible! ¡Qué horrible! —gemía Halima cubriéndose la cara con las manos.

—No puedo expresarte lo que sentí entonces. Mi corazón se había vuelto de piedra y no estaba abierto más que a una pasión: la venganza. Sólo después pude apreciar la humillación y la vergüenza que me estaban reservadas. Cuando volvimos a Alepo, encontré

a mi marido moribundo. Sin embargo, cuando me divisó, sus ojos se animaron. Su hijo me condujo junto a la cama donde agonizaba y personalmente me azotó con un látigo. Yo apreté los dientes y no lancé un grito. Musa terminó por morir y sentí un inmenso alivio. Me pareció que ya se había cumplido una parte de mi venganza... Ahora voy a contarte brevemente lo que hicieron conmigo. Cuando estimaron que me habían torturado lo suficiente, me llevaron a Basra, y me vendieron como esclava. Fue así como me encontré

en poder de Nuestro Amo, quien juró vengarme de los judíos y de los cristianos. Halima guardó un largo silencio. Myriam acaba de crecer ante sus ojos hasta adquirir los rasgos de una semidiosa. Finalmente le pareció que ella también había ganado mucho con su amistad.

—¿Es verdad que los judíos y los cristianos se comen a los niños? —aventuró por fin. Myriam, aún absorta en sus terribles recuerdos, volvió bruscamente a la realidad.

—No sería improbable —dijo con una sonrisa—. Al menos carecen suficientemente de corazón como para hacerlo...

—¡Qué dicha que tengamos la verdadera fe...! —exclamó Halima—. Pero, dime, Myriam,

¿sigues siendo cristiana?

—No, ya no lo soy.

—¿O judía?

—No, tampoco soy judía.

—¿Entonces tienes la verdadera fe, como yo?

—Como a ti te parezca, querida niña.

—¿Seiduna te quiere mucho?

—Ya te dije que no debías hacer esas preguntas —la reprendió Myriam fingiendo entristecerse—. Pero ahora, puesto que te he confiado tantas cosas, voy a confiarte una más... Tal vez me ame, aunque lo que es cierto es que le soy

necesaria.

–¿Cómo necesaria? No entiendo.

–Está solo y no tiene a nadie con quien hablar.

–¿Y tú, lo amas?

–¡Ah, eso no podrías entenderlo! Él no es el jeque Muhammad, es verdad, pero todavía menos Musa... Él es un gran profeta y lo admiro mucho...

–Seguramente es muy hermoso...

–¡Gatita estúpida! ¿Me haces esas preguntas para ponerme celosa...?

–¡Oh, pese a todo, sé que eres muy feliz, Myriam! –exclamó Halima desde el fondo de su corazón.

–¡Silencio, cotorra! Es tarde y hay que dormir. Vete a tu cama.

La besó y Halima volvió sin hacer ruido a su cama. Pero le costó mucho, mucho, dormirse. Revivía con el pensamiento todo lo que le había contado Myriam. Se imaginaba con especial intensidad el rapto, la cabalgata en brazos de Muhammad, cuyo aliento sentía en la piel, la caricia del bigote en su rostro. Un sentimiento de una extraña ternura la hizo estremecerse y se alegró de que fuera de noche y de que nadie pudiera verla. Pero cuando recordó con la imaginación a Muhammad muerto, atado a la cola del caballo, arrastrando su cuerpo por el polvo, hundió en la almohada la cara bañada en lágrimas. Con ese llanto se durmió.

Tiempo después, asistió a un espectáculo que la llenó de un extraño malestar. Deambulaba por los jardines como tenía por costumbre, demorándose en los bosquecillos, cuando percibió un ruido insólito; aquello provenía de detrás de un matorral. Se acercó sin ruido. Sara y Mustafá estaban tendidos en la hierba muy ocupados en los placeres cuyos secretos quería enseñarles Apama. Tembló. Quiso huir; pero una fuerza invisible la dejó

clavada en el suelo. Con la respiración cortada, no podía apartar la mirada de la pareja: permaneció allí, mirándolos, hasta que terminaron y se aprestaron a partir. Se preguntó si debía decir a Myriam lo que había visto; ante todo no quería tener que ocultarle un nuevo secreto. ¿Acaso no había traicionado ya una vez a Sara? No, ahora no debía volver a acusarla. Prefería fingir que no había visto nada. La verdad es que había descubierto aquello por casualidad... Por tanto, guardó silencio y no tardó en sentirse liberada de un peso. Ahora podía mirar a Sara tranquilamente a la cara. Le parecía que callándose pagaba una vieja deuda con ella.

#### IV

Durante aquel tiempo, Ibn Tahír vivía en la fortaleza la gran transformación de su vidas. Unos días después de su llegada, aún le nublaba la vista una especie de vértigo, como si hubiera recibido un garrotazo en la cabeza. Pero rápidamente

se adaptó a aquel orden nuevo. Pasados los primeros quince días, no sólo se encontraba entre los mejores alumnos sino que se había convertido en un ferviente y apasionado adepto de la doctrina ismaelita. Su rostro había cambiado mucho: había perdido sus mejillas redondas y suaves; su expresión era ahora severa y resuelta. Sí, no estaba lejos de parecer diez años mayor que a su llegada. Comenzaba a conocer mejor a sus camaradas, a sus superiores, y la disciplina de la escuela ya no tenía secretos para él.

El capitán Minutcheher no sólo los entrenaba en la rutina militar. También les enseñaba geografía. A veces los llevaba hacia el sur en largas cabalgatas, al término de las cuales los invitaba a volverse para que pudieran contemplar en el horizonte la cumbre del Demavend, dominando todas las montañas de los alrededores. Convertía aquel espectáculo en el punto de partida de sus explicaciones. En la época en que servía en el ejército del sultán, había recorrido muchas veces el imperio. Entonces había dibujado en un gran pergamino la situación de las principales montañas del país, y la de todas las ciudades, de los mercados más importantes y de los caminos que tomaban los ejércitos y las caravanas... Desplegaba aquel mapa en el suelo delante de los alumnos, tomando al Demavend como punto de orientación y les explicaba la posición de las diferentes plazas fuertes y de las encrucijadas estratégicas esenciales. Mezclaba sus explicaciones con recuerdos de su vida militar, consiguiendo que su materia fuera verdaderamente interesante, y no dejaba de azuzar el celo de los alumnos. Cada cual tenía como tarea determinar la distancia, la dirección y la situación de su lugar de nacimiento. Aquellas lecciones eran de las que más les gustaban a los alumnos.

Al-Hakim, por su parte, enseñaba ahora una nueva ciencia, de un tipo que les pareció

bastante nuevo. En el pasado, aquel hombre había estudiado durante mucho tiempo en Occidente. Conocía todo sobre la vida que se llevaba en los palacios de Bagdad, de El Cairo e incluso de Bizancio. Había visitado a muchos príncipes y poderosos de este mundo, había conocido muchos pueblos, cuyos usos y costumbres había estudiado. La quintaesencia de todas aquellas experiencias le procuraba una materia de enseñanza de lo más singular. Les describía las diversas maneras de saludarse entre los griegos, los judíos, los armenios y los árabes, sus costumbres, sus maneras de comer y beber, de divertirse y de trabajar la industria. Les enseñaba cómo había que presentarse delante de tal o cual príncipe, les participaba los secretos de la etiqueta en vigor entre algunos soberanos, los detalles del protocolo de las diferentes cortes. Finalmente les enseñaba rudimentos de griego, hebreo y armenio. Como un dramaturgo de los tiempos antiguos representaba unas veces el papel de un príncipe ilustre, otras el

de un modesto solicitante, y tanto se mostraba orgulloso y altanero como caía con la frente en el suelo o, también, se inclinaba delante de alguna noble asamblea, mostrando en su sonrisa tanta amabilidad como astucia. Los alumnos debían imitarlo, representar con él, saludarse en todas las lenguas. Una alegre risotada, a la que el sabio griego se sumaba de buena gana, interrumpía más de una vez la clase. Además de la dogmática y de la gramática árabe, el dey Ibrahim les enseñaba el Corán, el álgebra y las demás ciencias del cálculo. Ibn Tahír no tardó en sentir por él una verdadera veneración. Le parecía que Ibrahim lo sabía todo. Comentando el Corán, profundizaba sus variantes filosóficas pero no vacilaba en tratar también las demás religiones; les exponía a los alumnos los fundamentos del cristianismo, del judaísmo, les describía los diferentes rostros del paganismo, y hasta los misterios de la doctrina enseñada en la India por Buda. Se basaba en el estudio de aquellas creencias para

demostrar la superioridad de las enseñanzas del Profeta, cuya expresión más ortodoxa era el ismaelismo. Resumía todas sus explicaciones en frases claras, que los alumnos debían anotar y en seguida aprender de memoria.

Un día, el dey Abu Soraka llegó a su clase con un gran rollo de pergamino bajo el brazo. Lo desembaló cuidadosamente, como si contuviera un objeto precioso o estuviera lleno de misterio, y de él sacó un atado, también de pergamino, constituido de hojitas cubiertas por una letra cuidada. Las depositó delante de él sobre la alfombra y las alisó

cuidadosamente con la palma de su pesada mano.

—Hoy —comenzó—, tendrá lugar la primera lección consagrada a la biografía de Nuestro Amo. Conoceréis sus sufrimientos, sus combates y los grandes sacrificios que tuvo que realizar para asegurar el triunfo de la causa ismaelita. Este atado de hojas es el fruto de su labor infatigable; todo lo que veis escrito en él ha sido realizado para vosotros, de su puño y letra, para que aprendáis, mediante el ejemplo de su vida, cómo hay que sacrificarse por una causa justa. Así, debéis anotar y luego aprender todo lo que oiréis. Éste es el fruto de los cuidados que os procura.

Los alumnos se levantaron y se acercaron a examinar los escritos que el dey había colocado delante de él. Llenos de admiración silenciosa, contemplaron las páginas cubiertas por una hermosa letra y que se deslizaban con un suave crujido entre los dedos del maestro. Sulaimán alargó la mano hacia una de las hojas como si quisiera estudiarla de más cerca. Pero de inmediato Abu Soraka colocó las suyas, como si quisiera proteger de un sacrilegio el pequeño cuadrado de pergamino.

—¿Estás loco? —exclamó—. ¡Éste es el manuscrito de un profeta vivo!

Los alumnos volvieron a sus asientos. Con voz solemne, el dey comenzó a

iniciarios en la vida y en los necros de su jefe supremo. Ante todo quiso nacerles un sencillo esbozo de los acontecimientos que habían servido de marco a la carrera de Seiduna, con el fin de pasar con mayor facilidad a los detalles consignados en las hojas que se encontraban frente a ellos. Así supieron que su jefe había nacido hacía unos sesenta años en Tus\*, que se llamaba Hassan y que su padre Alí descendía de la célebre estirpe de los Sabbah Hodayri. Desde los primeros años de su juventud había frecuentado maestros y misioneros ismaelitas y en seguida había sentido la profunda rectitud de su doctrina. Su padre le había enseñado en secreto la doctrina de Ah, pero para no levantar sospechas, había enviado al joven Hassan a estudiar a Nishapur, bajo la dirección del refike sunnita Muvafik Edin. Fue allí donde Hassan conoció al que después se convertiría en el gran visir Nizam al-Mulk, así

como al astrónomo y matemático Omar al-Hayyami\*\*. Ambos eran condiscípulos suyos y, como pronto se convencieron de la falsedad de la Sunna y de la nulidad de sus celadores, los tres resolvieron consagrar sus vidas a la causa del ismaelismo. Antes de comenzar el camino de sus vidas, se habían hecho esta promesa: que cualquiera de ellos que tuviera éxito en la vida pública, iría en ayuda de los otros dos, con el fin de conjugar así de la mejor manera sus acciones en favor de la verdadera doctrina. El gran visir traicionaría esta promesa. ¡Peor aún!, invitó a Seiduna a la corte del sultán y allí le tendió una trampa diabólica. Pero Alá velaba sobre su elegido: lo envolvió en el manto de la noche, lo trasladó

a Egipto, conduciéndolo hasta la corte del califa. Sin embargo, allí algunos envidiosos se alzaron contra él. Pero desbarató sus planes y tras una larga marcha errante, volvió a su patria. Alá le dio entonces la fortaleza de Alamut para que pudiera combatir con eficacia la

\* Pequeña ciudad al noreste de Irán, no lejos de Meshed. (N. del E.)

\*\* Se trata, tal como lo habrán adivinado, del famoso Omar Khayyam (c. 1050 - c. 1123), conocido en su tiempo sobre todo como hombre de ciencia; su poesía pesimista, epicúrea y bastante escéptica no goza de sabor de santidad entre los religiosos iraníes (N. del E.)

falsa doctrina y derribar finalmente a los ilegítimos detentadores del poder y a los usurpadores de todo tipo.

—Su vida no es más que una urdimbre de prodigios —explicó Abu Soraka—; no se podrían enumerar los peligros mortales de los que sólo ha escapado gracias a Alá... Cuando hayáis oído todos los relatos maravillosos que forman la trama de esta existencia, que más parecen pertenecer a la fábula que a la realidad, no podréis ver en Nuestro Amo sino a un gran y poderoso profeta.

Durante los días que siguieron se dedicó a contar en detalle los acontecimientos y episodios —algunos apenas creíbles—, que habían jalonado la vida del jefe supremo. La imagen del gran profeta apareció lentamente ante los alumnos, que pronto no tuvieron más deseo que ser admitidos un día para verlo en carne y hueso y distinguirse ante él por alguna hazaña o algún gran sacrificio. Ya que merecer su estima quería decir para ellos elevarse por encima de la condición de los demás mortales.

Al día siguiente, Ibn Tahír ya no se asombraba de nada. Era un estudiante atento, observador y perspicaz. Concentraba su atención exclusivamente en lo que esperaban de él en este momento, y entonces se convencía fácilmente de que el mundo, tal como intentaban mostrárselo, estaba bien hecho. Pero por la noche, una vez acostado, con la cabeza apoyada en las manos y el rostro dirigido a la pequeña llama roja de la lámpara colocada lejos, sobre la estantería en ángulo de su dormitorio, se daba cuenta de que vivía en un mundo extraño, un mundo gobernado por el misterio. Entonces lo atenazaba la angustia y llegaba a preguntarse: «Tú, acostado ahí, ¿eres el mismo Avani que cuidaba en el pasado el rebaño de tu padre en Sava?». En efecto, le parecía que había entre el universo que habitaba ahora y su universo de antes un precipicio comparable al que separa el mundo de los sueños del de la vigilia. Cuando se hallaba en esta disposición de ánimo, volvía a la realidad componiendo versos. Abu Soraka, con el fin de inculcarles el arte de la métrica, les había recomendado a sus alumnos como ejercicio que cantaran en rimas tanto los hechos relevantes como a los personajes del ismaelismo. Tenían que componer poemas sobre el Profeta, sobre Alí e Ismael, sobre los hechos de los mártires. Ibn Tahír sentía una predilección especial por Alí, el yerno bienamado del Profeta. Había compuesto sobre él algunas estrofas que le habían gustado tanto a Abu Soraka que éste había

decidido mostrárselas a Seiduna en persona; y como sus condiscípulos habían oído rumores al respecto, no tardó en granjearse en Alamut reputación de poeta.

Estimulado por este primer éxito, Ibn Tahír había perseverado en sus intentos. Le pareció que había encontrado el medio de expresar con toda claridad una parte de ese mundo desconocido que lo aterraba tanto cada noche y, al mismo tiempo, se liberaba de sus temores. Todo lo que le parecía insólito intentaba ponerlo en verso para, de esta manera, tener de ello una clara representación. Pronto, algunos de estos intentos pasaron a formar parte del florilegio poético de Alamut y muchos se los sabían de memoria. Sobre todo gustaban los poemas que el muchacho había consagrado a Alamut y a Seiduna.

Ali

El Profeta lo conoció después de Haddiya.

Ni diez años tenía,

Junto a él permanecía,

Con su sangre y cuerpo protegía.

El mismísimo Profeta le dio por mujer

A Fátima, la más bella de las mujeres;

Para el trono de califa lo eligió

Y así al morir, poder reposar en paz.

Cuando el Profeta murió

Fue traicionado, engañado.

Injusticia tras injusticia

Fue derrocado, martirizado, decapitado.

En el Neyeb el cuerpo sagrado reposa,

Cubierto por cúpula de oro.

Rindiendo homenaje al sagrado mártir,

Los creyentes desfilan ante el santo

Con los ojos cubiertos por el llanto.

Alamut

A donde el Elburz roza el cielo,

Donde el agua salvaje remolinos crea.

Donde manan torrentes,

Cuyos cañones rompen cascadas bulliciosamente.

Se alza el soberbio sitio

Cuyos días se cuentan hace mucho.

Bordeado por muralla inexpugnable

Tienta los vientos y tormentas.

Hace tiempo ese paraje

Fue territorio de rapaces,



Nido de águilas y buitres  
De ahí su nombre: fortaleza de Alamut.  
Cuatro torres, una a cada lado  
Protegen y guardan sus secretos,  
Para que no lleguen hasta ella  
Las manos impuras del infiel.  
Seiduna  
Como águila en su nido, se siente  
El poderoso gobernante de ese sitio  
Donde guía y juzga a los creyentes  
Y ni por el sultán se preocupa.  
Su existencia por doquier se advierte  
Sin verlo, sin oírlo  
Sin saber dónde ni cuándo  
Se recibe de su mano el óbolo.  
Por Alá fue elegido y enviado al mundo  
Padeciendo males, tentaciones,  
Él, el Profeta y Alí –su yerno– Fueron los tres santos mayores.  
En torno muchos milagros sucedieron,  
Increíbles para hebreos y cristianos  
Por fe, por fidelidad, por torturas padecidas  
Hasta la llave del paraíso le fue dada.

A la métrica estaban asociados los ejercicios de retórica. Sulaimán e Ibn Tahír rivalizaban ante todos. Sulaimán hablaba con más ardor, Ibn Tahír con más claridad. El más desafortunado en todas estas materias era Yusuf. A menudo le decía a Ibn Tahír que

prefería ejercitarse al sol bajo la severa dirección de Minutcheher o incluso flagelarse bajo las órdenes de Abd al-Malik, saltar sobre la placa al rojo, ejecutar si era preciso los diez ejercicios respiratorios que pasaban por ser un verdadero suplicio, y a los cuales él se había acostumbrado... Sólo había una cosa que temía tanto como la métrica, la retórica, la gramática y el álgebra: era el ayuno impuesto por Abd al-Malik. En esos momentos, la vida y todo lo que ocurría en el castillo le parecían inútiles y desprovistos de sentido. Le daban ganas de acostarse, de dormirse y de no despertar nunca más.

Aparte esto, a Yusuf parecía no atormentarle ningún problema en especial. Asimismo, había pocas cosas que le asombraran. Y menos que nada, la aptitud de Ibn Tahír de poner por escrito poemas y que no había leído en ninguna parte ni nadie le había dictado. En voz alta, declaraba que era un mago aunque su sentido común le dijera en secreto que Ibn Tahír debía de tener una fuente oculta

de la que manaba su arte. Que los poemas que conocía hubieran sido escritos por poetas lo entendía perfectamente, pues tales ejemplos se remontaban a tiempos nebulosos en los que la tierra estaba poblada de héroes que pasaban su tiempo combatiendo demonios y otros seres sobrenaturales. Pero que uno de sus compañeros, que dormía en una cama junto a la suya y al que le llevaba una cabeza, pudiera ser también poeta estaba más allá de las capacidades de su entendimiento. Lo más que podía admitir es que Seiduna, aunque también viviera como él en el castillo, fuera un gran poeta: Seiduna era invisible y no se dignaba mostrarse ante ninguno de ellos. ¡Pero Ibn Tahír, que se peleaba y bromeaba con ellos todos los días...! Por lo demás, estas dudas no le impedían en ningún caso admirarlo desde el fondo de su corazón y sentirse muy orgulloso de la amistad que los unía.

Pese a que en la esgrima y el lanzamiento del venablo no había nadie como él y a que siempre era el primero en todos los ejercicios peligrosos, Sulaimán se sentía fácilmente celoso del éxito de los demás. Cada vez que alguien ponderaba delante de él los méritos de Yusuf y de Ibn Tahír tenía de inmediato la mofa en la boca:

–El primero es un tonto, el segundo un presuntuoso...

No por eso dejaban de constituir un trío inseparable y, si por casualidad alguien se burlaba de sus compañeros, de inmediato tomaba su defensa y se sulfuraba:

–Cuando lancéis el venablo tan lejos como ellos, cuando tengáis la resistencia de Yusuf, tal vez podréis hablar, no antes.

Y sobre Ibn Tahír:

–Si sólo tuvierais en el cacumen una onza de su cerebro no dejaríais de tener la cabeza llena de presunción, la dejaríais estallar de orgullo.

Ninguno de ellos se atrevía a reprocharle su causticidad. Ni Ibn Tahír ni Yusuf, sin temerlo, podían confesar que lo querían de verdad. De hecho, nadie en toda la escuela, incluidos los profesores, lo querían.

Les estaba formalmente prohibido, más que cualquier cosa, hablar de mujeres y de sexo en general. Por ello se quedaron sin aliento cuando Ibrahim abordó durante una clase aquel tema espinoso. Acababa de hablar de las mujeres del Profeta. De repente, tras carraspear un poco, levantó un momento la vista y miró a los alumnos sin pestañear. Comenzó con tono grave:

–El Profeta no les prohibió a los creyentes que se casaran, ni que gozaran de los placeres de una vida en común con el otro sexo. Él mismo fue un esposo ejemplar y un padre cabal. No por eso dejó de proponerles a sus fieles un ideal de santidad bien preciso: el martirio por la santa fe y, en recompensa suprema por ese sacrificio, los gozos eternos en los jardines del paraíso. Siguiendo su

ejemplo sublime, los primeros creyentes supieron aunar una y otra forma de existencia: una agradable vida en compañía de sus mujeres y la abnegación valerosa al servicio de la doctrina. Pero sabéis que a la muerte del Profeta se alzaron disensiones entre los creyentes. Desde entonces, los hombres sólo se dedicaron a sumergirse en sus harenes y a luchar por acaparar el poder y los bienes terrenales. A partir

de entonces también olvidaron el mandamiento del Profeta según el cual una gran causa exige grandes sacrificios, la aceptación del combate y sus riesgos, incluso el martirio soportado hasta la muerte... Seiduna ha establecido ahora una demarcación bien nítida entre este comportamiento corrupto y el que él recomienda. Al frente, en el campo adverso, están Bagdad y los tiranos selyúcidas, con sus desenfrenados adeptos. En este lado, estamos nosotros y vosotros... vosotros que seréis consagrados fedayines, vosotros que sois la tropa de élite cuyo objetivo supremo es el sacrificio y el martirio por la causa sagrada. Por tanto, deberéis ser en todo diferentes de los demás. Es la razón por la que Seiduna ha dictado para vosotros esta prohibición: no deberéis casaros ni entregaros a ningún tipo de licencia. Porque ya vivís en los jardines del paraíso, os está prohibido hablar de cosas impuras. También os está prohibido pensar en ellas y entregaros en secreto a prácticas reprobables, ayudados por vuestra imaginación. ¡Nada está oculto para Alá!

Seiduna ha sido elegido y designado por él para ser vuestro guía. El que infrinja su prohibición en este tema merecerá que se le inflijan las penas más severas. El que fuere sorprendido manteniendo conversaciones inconvenientes, será inmediatamente expulsado. Uno de vosotros ya ha conocido este castigo. Una terrible muerte le espera a cualquiera de vosotros que, una vez consagrado, sea sorprendido con una mujer o intente siquiera casarse. El verdugo comenzaría por arrancarle los ojos con un hierro al rojo; y tras los más atroces tormentos sería descuartizado vivo. Tales son los castigos que nuestro jefe supremo reserva a los que se atrevieran a infringir su veto.

Los alumnos, paralizados de horror, ya no se atrevían a mirarse a los ojos. Algunos se hacían una representación viva de aquellos castigos: se rascaban la cabeza con inquietud; suspiros ahogados salían de los pechos.

Cuando el dey Ibrahim apreció el efecto de su discurso, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios inmóviles. Siguió con voz más desaforada:

—No tengáis miedo; el veto de Seiduna sólo es cruel superficialmente. ¿A quién de entre vosotros se le ocurriría sustituir la recompensa prometida por el placer dudoso que podría gozar al transgredir la prohibición de Seiduna? Todos los que cumplan a rajatabla lo prescrito recibirán una parte de las riquezas eternas. Mártires de la causa sagrada, tendréis acceso a los jardines en los que murmuran puros arroyos de cristal; descansaréis en nabellones de vidrio

murmurar puros arroyos de cristal, descansaréis en pavellones de vidrio, tendidos sobre montañas de cojines; os pasearéis por bosquecillos magníficamente diseñados, a la sombra de frondosos árboles; vuestros pies rozarán parterres llenos de flores raras, de embriagadores aromas. Muchachas de ojos negros como almendras os servirán los manjares y los vinos más finos. ¡Ellas estarán a vuestra disposición! Alá ha dotado a estas jovencitas de una naturaleza especial: tienen el privilegio de permanecer eternamente jóvenes y eternamente vírgenes, pese a estar sometidas en cuerpo y alma a vuestros deseos... Recordad: a partir de vuestra consagración, seréis admitidos a compartir dichas riquezas. Alá confió a Seiduna la llave del jardín destinado a vosotros. Al que obedezca al pie de la letra sus órdenes, Seiduna le abrirá las puertas del paraíso. ¿Qué espejismo podría apartaros del camino que lleva a semejante recompensa?

Por la noche, cuando se reunieron en la terraza, fue Ibn Tahír el que inició la conversación:

—Nuestros profesores nos han recomendado que cada noche aprovechemos nuestras horas de libertad para discutir entre nosotros lo que nos han enseñado durante el día. Hoy el dey Ibrahim ha creído oportuno explicarnos por qué Seiduna nos prohibía cometer impurezas de obra, de palabra e incluso de pensamiento. No es por tanto infringir dicha prohibición el que conversemos como de costumbre sobre el tema del día... una manera excelente, ¿no es verdad?, de fijar la conducta que debemos seguir para evitar tentaciones superfluas y oportunidades de caída...

Estas palabras aterraron a algunos.

—Me opongo —protestó Naim—. El dey Ibrahim nos prohibió formalmente abordar los temas impuros. Ya oíste tú mismo los castigos que merecerán los culpables...

—No hagas una montaña de un grano de arena, Naim —se burló Djafar—. Con todo, tenemos derecho a hablar de lo que nuestros maestros acaban precisamente de enseñarnos. ¿Quién podría castigarnos si intentamos tratar el asunto con prudencia y sutileza?

—Sea, pero que no se hable de mujeres ni de otros temas inconvenientes —insistió

Naim.

—¡Que lo tiren de la muralla! —explotó Yusuf.

Naim, aterrado, retrocedió.

—¡Quédate! —le advirtió Sulaimán—. Que luego no vayas a decir que no estabas. Y si continuas fastidiándonos... pues bien, digamos que te arderán las orejas de forma desagradable cuando esta noche estés en la cama...

—Os hablaré francamente —comentó Ibn Tahír— e iré derecho al grano

OS HABLARE FRANKAMENTE –COMIENZO IBN TAHÍR–, Y NO DETENGO AL GRANO.

Tenemos que saber de una vez por todas a qué atenernos. ¿Tengo razón si pienso que a ninguno de nosotros, a partir de hoy, se le pasará por la mente ni siquiera la sombra de la idea de abandonarse a una mujer? En efecto, se podría creer que desde ahora evitaremos cuidadosamente toda conversación sobre el tema. Ahora nos será fácil dominar nuestros actos y nuestra lengua. ¿Pero cómo vamos a dominar nuestros pensamientos, esos pensamientos que nos asaltan en los peores momentos y hasta en sueños? Por mi parte, he tenido que rechazar más de una vez pensamientos poco convenientes. Después de cada combate, me parecía que podía vencer de una vez para siempre. Pero el espíritu malvado se las ingenia para inspirarte sueños lascivos que dominan tu imaginación a lo largo de todo el día. Así nos encontramos igualmente vulnerables cuando llega la siguiente tentación. Ahora bien, la prohibición es estricta y no reconoce las debilidades de la naturaleza. ¿Qué se puede hacer, amigos míos?

–¡No te hagas mala sangre! –se exasperó Sulaimán–. Los sueños son sueños, ¿quién puede acusar a nadie de ser responsable de ellos? Ningún pensamiento involuntario puede ser causa de un pecado muy grave.

–¡Eso es hablar claro! –exclamó Yusuf–. Lo tenía en la punta de la lengua.

–No, nadie nos dice que sea claro –insistió Ibn Tahír–. La prohibición es nítida y clara; en adelante debe existir algún medio para vencer nuestra debilidad.

–Tienes razón –opinó Djafar–. Si la prohibición es como es, entonces también debe dárseos la posibilidad de no infringirla. Cada cual debe resistir con sus propias fuerzas las tentaciones del espíritu del mal; ¿es menester algo más para liberar los pensamientos e incluso los sueños de su influencia?

–Yo lo he intentado –confesó Ibn Tahír–. Pero es grande la debilidad humana...

–No es prudente desafiar en combate a un adversario más poderoso que tú –observó

sentenciosamente Yusuf.

En aquel momento, Obeida, que hasta entonces había escuchado sin decir palabra, sonrió con astucia:

–¿De qué sirven tantas palabras y disputas, mis queridos amigos, por una cosa tan simple? ¿Creéis que Seiduna podría prescribirnos algo que estuviera por encima de nuestras fuerzas? Yo creo que no. Ahora, escuchad. ¿Acaso Seiduna no nos prometió una recompensa a cambio de todos nuestros sacrificios? Dicha recompensa consiste en nada menos que en las riquezas que nos esperan en los jardines del más allá. Os pregunto:

¿debe el justo regocijarse con una recompensa futura? Todos me diréis: naturalmente. Por consiguiente también nodemos. y con todo derecho. gozar por

adelantado los placeres que Seiduna nos ha prometido como parte de lo que nos correspondería después de la muerte. Así, podemos gozar con el pensamiento con los bellos jardines y el murmullo de las fuentes, podemos representarnos los manjares y los vinos escogidos, preparados expresamente para nosotros, y gozar por último –con la imaginación–, del abrazo de las

muchachas de ojos negros destinadas a servirnos hasta el fin de los tiempos. ¿Qué tiene eso de impuro? Si en el futuro, pues, el espíritu del mal nos asalta con sus tentaciones, escaparemos de él con astucia... pensando en los magníficos jardines del paraíso donde podremos fornicar a gusto sin que el remordimiento envenene nuestro goce. De esta manera complaceremos a Alá que nos ha preparado personalmente los jardines, a Seiduna que tiene el poder de abrirnos la puerta de acuerdo a nuestros méritos, y a nosotros mismos que así podremos dar rienda suelta a nuestra imaginación sin pecar.... Los alumnos asintieron con una alegría alborotada.

–¡Eres formidable, Obeida! –exclamó Yusuf–. ¿Cómo se explica que no lo haya pensado antes?

–Obeida nos propone aquí un razonamiento muy espiritual –opinó Ibn Tahír–. No hay nada que objetarle a la forma. Pero dudo que el deseo impuro pierda tan fácilmente su carácter inconveniente, incluso si se lo coloca en el marco de los jardines del paraíso.

–Tu argumentación no me convence –se irritó Obeida–, sobre todo porque no la encontraste solo.

–No, Ibn Tahír tiene razón –insistió Djafar–. El pecado sigue siendo pecado, lo cometamos donde lo cometamos, y una prohibición tan tajante como la de Seiduna no podría soslayarse con astucia.

–Quieres fastidiármelo todo hilando fino –suspiro Yusuf despechado–. Yo personalmente estoy convencido de que Obeida tiene razón; nadie nos puede impedir gozar por anticipado la recompensa que creemos merecer honradamente.

–Que cada cual haga lo que pueda –concluyó Djafar encogiéndose de hombros. Cuando las antorchas se encendían al crepúsculo ante el edificio del jefe supremo, en medio del silencio que tenía en el fondo el rumor fragoroso del Shah Rud, y el cuerno nocturno lanzaba su llamada a la oración y al sueño, una dolorosa tristeza embargaba a los alumnos. Una jornada de dura educación, de pruebas fatigosas y de avasallamientos del espíritu quedaba atrás, y sus pensamientos se disparaban. Unos se refugiaban en la soledad y se abandonaban a la nostalgia, otros evocaban las mil actividades de la vida exterior, tan diferente de la de ellos.

–Si fuera un pájaro –dijo una noche Sulaimán pensando en voz alta–, remontaría el vuelo e iría a ver lo que hacen mis dos hermanas. Mi madre ha

muerto, mi padre tiene ahora otras dos mujeres que también le han dado hijos... Mis hermanas están a su cargo y no deben tener la vida fácil. Seguramente las demás mujeres de la casa sólo piensan en deshacerse de ellas. Tengo sobradas razones para creer que convencerán a mi padre de que las venda al primer pretendiente... ¡Ah, cuánta pena y dolor en todo eso...!

Se había llevado a la frente los dos puños cerrados y con ellos se ocultaba la cara.

—La suerte de mi anciana madre no es mucho mejor, si eso te puede consolar —dijo Yusuf pasándose la pesada mano por delante de los ojos—. Ella se revienta con los animales y los vecinos gozan seguramente aprovechándose de su soledad para embaucarla. ¿Por qué entonces la abandoné?

—Sí, ¿por qué? —quiso saber Ibn Tahír.

—Ella lo quiso así. A menudo me decía: «Eres un verdadero parto, hijo mío, eres fuerte. El mismo Profeta se alegraría de tenerte junto a él. Si tu padre viviera todavía, él que veneraba al profeta Alí más que a nadie en el mundo, te enviaría, estoy segura, a casa de uno de esos deyes que están al servicio del verdadero califa: con él aprenderías la verídica doctrina». Era la época en que el gran dey Hussein alKeini reclutaba en su comarca por cuenta de Nuestro Amo. Fui a verlo y me envió a Alamut. Eso es todo...

—¿Y tú, Naim, cómo llegaste a este hermético lugar? —siguió preguntando Ibn Tahír.

—Mi pueblo no está lejos de aquí —respondió el muchacho—. Había oído decir que un poderoso dey estaba reuniendo un ejército para Alamut, en contra del sultán herético. En

casa, todos éramos fieles... Mi padre encontró totalmente normal que fuera a servir a Seiduna...

—¿Y nuestro amigo Sulaimán?

—Mi historia tampoco tiene nada de original. Se decía que iba a haber guerra, que el gran dey, del que todos contaban prodigios, se había apoderado de Alamut en nombre del califa de Egipto y que se preparaba para atacar al sultán. «Van a pasar cosas importantes por aquí», me dije. Justamente anunciaron la visita del dey Abd al-Malik. Me uní a él.

—Para mí fue todavía más simple —prosiguió Obeida—. Nuestra familia veneraba desde hacía mucho el nombre de Alí. Éramos nueve hermanos y uno de nosotros debía abandonar la casa. Yo le rogué a mi padre que me dejara partir y él me dio su bendición.

—¿Y tú, Djafar?

—Pues bien, fue estudiando concienzudamente el Corán, la Sunna y la historia del Islam como aparecieron las primeras dudas: estaba bastante claro

que Alí había sido injustamente apartado de la sucesión del Profeta; si tal era el caso, no lo era menos el hecho de que el califa de Bagdad ocupaba ilegalmente su trono... Yo había tenido la oportunidad de hablar de esto con un viejo dey fiel a las ideas ismaelitas, que no era otro, ya os figuraréis, que nuestro superior Abu Soraka. Mantuvimos sobre el tema muchas y doctas conversaciones. Yo me sentí profundamente de acuerdo con su postura. Le rogué

por tanto a mi padre que me dejara seguir al misionero. Cuando supo que éste venía a Alamut a unirse con Seiduna, no puso ningún impedimento. Entre los míos no paraban de decir que el jefe supremo era la santidad personificada...

Estas conversaciones los ayudaban a superar la nostalgia y esa sensación de soledad y aislamiento que a veces los embargaba. Al día siguiente, cuando el cuerno los sacaba del sueño, los temores de la víspera habían sido olvidados. El agua fría en la que se lavaban les recordaba que tenían por delante una larga jornada de pruebas y de estudio. De nuevo estaban completamente al servicio de Alamut, sin otra preocupación en la cabeza que la de responder correctamente a las preguntas de sus maestros y la de estar a la altura de las exigencias. Entonces, con un valor sereno, se ponían al trabajo: para ellos sólo contaba en ese momento el servicio de la causa ismaelita.

Una mañana, al volver del entrenamiento militar con Minutcheher, Abu Soraka les anunció:

—Tenéis asueto el resto del día. Los deyes de las fortalezas vecinas han venido a consultar al jefe supremo sobre la próxima campaña. No olvidaremos hablar de vosotros en esta ocasión: vuestros éxitos y fracasos son igualmente importantes para la causa. Durante este tiempo, tratad de permanecer tranquilos y aprovechad para estudiar. Los alumnos se pusieron muy contentos. Corrieron al dormitorio en busca de las tablillas y las notas. Equipados de esta manera, algunos fueron a instalarse al pie de las murallas. Otros, más curiosos, se sentaron en el patio a la sombra de los edificios con la mirada fija atentamente en el palacio del jefe supremo. Delante de la entrada habían reforzado la guardia. Los centinelas negros, con las armas en la mano, estaban alineados en guardia, inmóviles como estatuas. De vez en cuando, un dey vestido de blanco de gala franqueaba el umbral. Los alumnos intercambiaban entonces rápidos murmullos, mostrando con el dedo a los que reconocían e intentando adivinar quiénes podían ser los demás.

De repente se produjo un alboroto en la terraza inferior, delante de la torre de guardia. Un grupo de jinetes acababa de pasar la puerta y entraba en el castillo. Unos soldados se precipitaron a su encuentro, sujetando los caballos por la brida para ayudar a los visitantes a poner pie en tierra. Un hombrecito de aspecto insignificante, vestido con una larga túnica, saltó de un caballito blanco y peludo



y subió la escalera con paso ágil, rodeado por los hombres de su escolta, que parecían testimoniarle el mayor respeto.

—¡Abu Alí, el gran dey! Lo conozco —exclamó Sulaimán, que se levantó como movido por un resorte.

—¡Desaparezcamos! —propuso Yusuf.

—¡Esperad! —dijo Ibn Tahír—. Me gustaría verlo un poco más de cerca. El grupo se acercaba. Los soldados que se encontraban por allí se volvieron hacia el recién llegado y se inclinaron respetuosamente.

—¡Todos éstos tienen el rango de dey...! —susurró Sulaimán con voz febril—. Abu Alí en persona ha ido a su encuentro...

—¡Mira!, el dey Ibrahim y Abd al-Malik forman parte de la escolta —exclamó Yusuf. Ataviado con su amplia túnica, Abu Alí atravesó majestuosamente la terraza. Todo su cuerpo parecía animado por un lento balanceo que expresaba una nobleza totalmente consciente de sí misma: la sonrisa afable que se dignaba dirigir a los hombres de la tropa en respuesta a su saludo era por cierto una gracia destinada a recompensar a partidarios totalmente afectos a su persona. Tenía el rostro surcado de arrugas. Una barba rala y gris y bigotes caídos del mismo color enmarcaban su boca sin dientes. Cuando pasó delante de los alumnos, éstos se inclinaron humildemente. Sus ojillos brillaban con un fulgor jubiloso: sacó la mano de debajo de su túnica y la agitó amablemente a manera de saludo. Visto de cerca parecía, increíblemente, una anciana.

Los alumnos esperaron a que todo el cortejo pasara para incorporarse.

—¿Habéis visto? Somos los únicos a los que se ha dignado hacer un saludo con la mano —exclamó Sulaimán con voz que temblaba de alegría mal contenida—. Abu Alí es el primero después de Seiduna...

—Es una lástima que no tenga algo más de prestancia —lamentó Yusuf.

—¿Acaso para ti la inteligencia de un hombre depende necesariamente de su estatura?

—insinuó pérfidamente Naim.

—Viéndote a ti, me siento tentado de creerlo.

—Me gusta su simplicidad —declaró Ibn Tahír—. Nos ha sonreído como si nos conociera desde siempre.

—Eso no perjudica en absoluto su dignidad —observó Naim.

—Es un hombre de saber y de mérito —convino Sulaimán—. Pero lo veo mal como soldado.

—¿Tal vez porque no se echó sobre nosotros con el sable desenfundado? —se irritó

Naim—. La mayoría de los deyes que me ha tocado ver eran personajes canijos. Sin embargo, son ellos los jefes y los grandes bodoques que llevan las

armas a su lado se contentan con obedecer.

–Me gustaría verte de una vez por todas combatiendo con Abd al–Malik – ironizó

Sulaimán–. Entonces verías si los deyes son canijos.

–¿Cómo es Seiduna? –preguntó entonces Ibn Tahír–. Se miraron. Y Naim dio esta respuesta:

–Esto no nos lo han dicho nunca todavía.

La gran sala de reuniones ocupaba casi toda una ala de la planta baja del palacio. Los maestros, misioneros y otros grandes dignatarios del ismaelismo conferenciaron casi toda la mañana. Habían venido de Rudbar y Kazvin, de Damagán y de Shahdur\*, e incluso del lejano Kuzistán\*\*, donde el movimiento ismaelita había triunfado bajo la influencia del gran

\* Rudbar, Shahdur: plazas fuertes en las montañas al norte de Kazvin. (N. del E.)

\*\* Provincia occidental, cerca de la desembocadura del Tigris y del Éufrates. (N. del E.)

dey Jussein al-Keini. En espera de las directivas del jefe supremo, los recién llegados conversaban con sus anfitriones e intercambiaban noticias entre sí.

Las ventanas habían sido tapizadas con pesadas cortinas; la sala sólo estaba iluminada por lámparas colgadas de las numerosas arañas. En las esquinas, sobre altos pedestales, frascos de resina se quemaban chisporroteando, esparciendo alrededor un perfume agradablemente embriagador.

Un grupito que rodeaba al griego Theodoros conversaba bajo una de aquellas antorchas. Ahí estaba el capitán Ibn Ismail, comandante de la guarnición de Rudbar; el dey Zaharui, hombre de humor alegre y vientre abultado, y el joven egipcio Obeidalah que había conocido al médico griego durante una estancia de este último en El Cairo. Todos estaban de buen humor y las risas eran espontáneas.

—¿Así que tú también has venido a ver a Ibn Sabbah a su castillo, mi buen doctor? —se extrañó el egipcio—. Corren rumores increíbles por todas las comarcas respecto de la toma de Alamut... Pretenden que Ibn Sabbah obligó con artimañas al antiguo comandante de la fortaleza a que le dejara la plaza. También se murmura que habría recurrido a la corrupción. Ni siquiera yo sé a ciencia cierta lo que sucedió.

El griego, de excelente humor, se rió a carcajadas. Pero no dijo nada. El capitán Ibn Ismail, alzando la voz, les indicó a los demás que se acercaran.

—Creo que no sería mala idea explicarle a este joven cómo Ibn Sabbah hizo caer Alamut en nuestras manos. Yo no estaba presente, pero uno de mis suboficiales que le prestaba ayuda aquel día a nuestro jefe me contó el asunto.

Obeidalah y el gordo Zaharui aguzaron el oído. Theodoros, con una mueca burlona y desafiante en los labios, se apartó.

—Como sabéis —contó Ibn Ismail—, el representante del sultán en el castillo de Alamut era el valiente capitán Mehdi. Nunca lo conocí, pero me dijeron que no poseía un genio extraordinario. Ibn Sabbah acababa de escapar de la trampa del gran visir y finalmente había conseguido llegar a Rai, donde el comandante Mutsufer era uno de sus grandes amigos. Éste lo ayudó a reunir una pequeña compañía de diez hombres, de los que formaba parte el suboficial que me contó toda la historia. Entonces, a nuestro jefe no se le ocurrió nada mejor que apoderarse de Alamut... la plaza mejor fortificada de toda la comarca. Y con Mutsufer se puso de acuerdo para llevar a cabo el siguiente ardid... El egipcio y

el dey gordo, que eran todo oídos, no habían reparado en las risitas escépticas del médico. El capitán, turbado en su aplomo, hizo un gesto de irritación:

–¿Por qué no lo cuentas en mi lugar, tú que parece conocer tan bien los hechos?

–Ya ves que te estoy escuchando sin rechistar –se justificó irónicamente el griego.

–Déjalo que se enfurruñe solo en su esquina –dijo el egipcio impaciente–, ya lo conocemos. Siempre quiere saber más que los demás.

–Nuestro jefe, entonces –prosiguió Ibn Ismail–, planeó un ardid. Decidió ir a visitar personalmente a Mehdi, al castillo de Alamut. «Soy dey», le dijo, «y he recorrido medio mundo. Ahora estoy aquí, harto de viajar; he venido en busca de un rincón tranquilo. Véndeme la porción de tierra que pueda delimitarse con una piel de buey: por una propiedad de esa extensión estoy dispuesto a pagarte cinco mil monedas de oro». Mehdi estuvo a punto de ahogarse de risa: «Si de veras pones ese precio te cedo ahora mismo la tierra que elijas». Le pareció imposible que un miserable dey pudiera disponer de una fortuna semejante, Ibn Sabbah metió la mano en su túnica, sacó un pesado saco de monedas de oro y comenzó a contarlas. Mehdi no creía lo que veía. No le faltó mucho para que se pusiera a pensar en el sentido previsto: «La fortaleza no sufrirá demasiado si le vendo a este viejo dey un trocito de tierra al pie de las murallas.... y yo seré hombre rico». Tras lo cual concluyeron el negocio: tomaron la piel de buey, bajaron el puente levadizo sobre el Shah Rud y nuestros dos hombres descendieron en medio de las rocas hasta el pie de los muros del fuerte. Ibn Sabbah sacó entonces de su cintura una hoja afiladísima con la

que se puso a cortar el cuero del animal en delgados cordones. Los oficiales y los soldados que asistían a la escena se extrañaron de ver a aquel extraño forastero actuando de esa manera, aunque nadie sospechaba todavía las intenciones del dey. Una vez cortada la piel, Ibn Sabbah anudó los delgados hilos de cuero entre si y plantó una estaca en el suelo a la que ató uno de los extremos de la improvisada cuerda. Sujetando el otro extremo con la mano, comenzó a dar la vuelta a la fortaleza. Mehdi comprendió finalmente: «¡Ladrón!

¡Tramposo!», vociferó empuñando un sable. En aquel momento se escuchó el ruido de una cabalgata por encima de sus cabezas. Alzaron la vista: un grupo de jinetes con los sables en ristre se abalanzaban sobre el puente y entraba en la fortaleza. Ibn Sabbah sonrió:

«Demasiado tarde, el castillo es mío; sabed que si tocáis uno solo de mis cabellos ninguno de vosotros escapará vivo. Pero yo respeto mis contratos, Mehdi. Toma tus cinco mil monedas de oro y vete con tu gente adonde te plazca».

Al-Hakim, lanzó una gran carcajada. Se sujetaba las costillas y lloraba de risa, con ambas manos apoyadas en su pequeño vientre rollizo. Sí, se reía como loco. El egipcio y el dey gordo no tardaron en imitarlo, aunque con una expresión entre bromista y seria. En efecto, la actitud irónica del griego los intrigaba. Sólo el capitán Ibn Ismail miró de arriba abajo al médico con expresión irritada.

—¡Oh, santa candidez! —se rió el griego—. ¡Así que tú también te has creído esa excelente fábula! En efecto, deberías saber que ese cuento, tal como lo planeamos Hassan y yo, sólo estaba destinado al sultán...

—¿Acaso un suboficial iba a contarme camelos? —gritó el ya sulfurado oficial con los ojos inyectados en sangre y la vena de la cólera palpitándole en la sien—. ¡Ah, lo castigaré

como a un perro!... ¡lo estrangularé!

—Sería injusto de tu parte, Ibn Ismail —dijo el griego—. En efecto, lo que te dijo es la pura verdad, al menos desde su punto de vista. Pero si se piensa en el rango que ocupas, es inexplicable esta manera de ver las cosas... ¡De verdad! ¿no has adivinado lo que pasó?

—¡Deja de hacerte el importante! ¡Mejor habla! —refunfuñó el capitán enfadado.

—Primero debes saber que ese Mehdi, que gobernaba la plaza, pertenecía a la estirpe de Alí y que el sultán para ganárselo, lo había convertido en gobernador, cuando aún no tenía treinta años, y, para librarse de los peligros que le podría ocasionar, lo había enviado al otro extremo del mundo, es decir aquí, a Alamut. Ese joven amigo de los placeres no tardó en aburrirse mortalmente. Bebía, jugaba a los dados y se peleaba de la mañana a la noche con sus oficiales y suboficiales. Por las noches se había montado un imponente harén de mujeres, bailarinas, cantantes y saltimbanquis; en resumen, que la buena gente de Rai sólo se atrevía a hablar a media voz de lo que pasaba aquí. Nuestro hombre se había montado, además, un criadero de halcones y de onzas domesticadas con los cuales cazaba en las montañas y los bosques de los alrededores. Maldecía con igual vehemencia al califa y al sultán, y juraba vengarse de ellos lo más cruelmente posible. Noticias de su conducta llegaron hasta los oídos de Malik Shah. Pero el soberano se tomó el asunto con filosofía: «Puede maldecirme tanto como quiera», se dijo: «Cuando los bárbaros ataquen las fronteras no podrá hacer más que ir a su encuentro si le importa su cabeza.»

»Mutsufer, tal como puede suponerse, no había dejado de contar esta historia a Ibn Sabbah cuando éste se había refugiado en Rai. Yo también estaba allí y, por intermedio de Mutsufer nos las arreglamos para encontrarnos con el tal Mehdi durante una cacería. Hassan había recibido del califa de El Cairo una

buena cantidad de monedas de oro. Le ofreció cinco mil por el castillo. Este dinero debía servirle para partir para El Cairo donde Ibn Sabbah no dejaría de recomendarlo especialmente a sus amigos y donde el joven juerguista tendría a su disposición todas las diversiones de la gran ciudad. Mehdi se mostró

de inmediato dispuesto. Sólo necesitaba encontrar un medio que lo excusara ante sus tropas, por miedo a que el sultán se vengara en su familia. Ibn Sabbah tenía más de una carta en la manga, pero era ante todo al sultán a quien quería jugarle una mala pasada. Se había hecho la reflexión siguiente: "Me gustaría apoderarme del castillo mediante un golpe

que fuese a la vez notable y divertido, y del que luego se hablara en todo el Irán. El sultán se reína diciéndose: Ibn Sabbah sigue siendo un bromista. De cualquier forma que se lo tome, siempre muestra ese lado bufonesco. Por una vez, dejemos que haga su gusto". Así

pasamos por el tamiz una docena de soluciones. Fue entonces cuando recordé la vieja fábula de Dido apoderándose de Cartago. Se la conté a Hassan, que de inmediato se lanzó

sobre la idea. Aún lo oigo gritar de júbilo: "¡Oh, qué admirable jugada, viejo hermano!, es exactamente lo que necesito", y de inmediato Mehdi y él se pusieron a preparar los detalles del plan. Mientras lo hacíamos, nos reíamos de tal manera los tres que estuvimos a punto de ahogarnos. Y en efecto, todo sucedió perfectamente tal como te lo contó tu valiente soldado...

Ninguno de los presentes podía contener la risa.

—¿Y se puede saber lo que le ocurrió al amable Mehdi? —preguntó el egipcio cuando la hilaridad general se hubo calmado un poco.

—Tú abandonaste El Cairo y él se instaló en El Cairo —respondió el griego—. Y tal vez en este preciso instante esté haciéndose carantoñas con las muchachas cuya compañía galante gustaste antes que él.

—Y yo que hubiera apostado cien contra uno —dijo el dey gordo—, que desde que el gran visir lo había exiliado de la corte de Isfahan nuestro Ibn Sabbah se había vuelto serio. Ya que vaya donde vaya uno escucha hablar de él con la mayor veneración... ¡muchos lo consideran incluso como un santo viviente! Pero según lo que acabas de contar sigue siendo el excelente bromista que fue siempre.

—Más vale no mencionarlo demasiado, si no te importa —sugirió el griego bajando el tono—. En efecto, nuestro jefe ha cambiado algo desde que se instaló en Alamut. Permanece encerrado en su torre día y noche y no recibe a nadie fuera de Abu Alí: sus órdenes sólo nos llegan a través de él. Incluso es más bien desagradable para nosotros, podéis creerlo, no tener acceso a sus pensamientos secretos...

Abu Ali entro precisamente en la sala con su brillante escolta. Todos se levantaron de sus cojines y se inclinaron. El gran dey sonrió afablemente y los cumplimentó. Tras lo cual los invitó a instalarse cómodamente alrededor de él, antes de tomar la palabra:

—Muy digna asamblea de deyes y notables de la santa causa ismaelita. Nuestro amo, Hassan Ibn Sabbah, os envía su bendición. Os ruega al mismo tiempo que os dignéis recibir la noticia de su ausencia. La organización de nuestra gran cofradía, la redacción de nuevas leyes y de nuevos decretos, y, finalmente, su edad avanzada le impiden unirse físicamente a nuestra reunión. Pero él asistirá en espíritu y me ha dado plenos poderes para arreglar en su nombre todos los asuntos importantes. Por mi lado, le comunicaré la materia de nuestras deliberaciones y le transmitiré vuestros deseos.

La noticia de que el jefe supremo no participaría en la asamblea causó una penosa impresión entre los deyes extranjeros. Les pareció que su amo los desdeñaba, que ponía una frontera entre ellos y él; en resumen, que por propia iniciativa se colocaba en un lejano pedestal.

El gordo dey Zaharui susurró en griego:

—¿Será ésta una nueva manifestación de su espíritu bromista?

—No sería raro —respondió el otro—, aunque me temo que la broma no sea apreciada por nuestros amigos presentes.

El gran dey rogó primero a los instructores que le comunicaran los éxitos de sus alumnos. El jefe de la escuela, Abu Soraka, habló primero y comenzó por explicar, dirigiéndose a los jefes extranjeros, el objetivo general de los estudios que él dirigía. Luego habló de los alumnos que progresaban bajo su férula:

—El primero en excelencia es un joven, nativo de Sava, nieto de aquel Tahír que el gran visir, debéis recordarlo, mandó decapitar hace veinte años. No sólo posee una

excelente memoria sino que está maravillosamente dotado para la poesía. Tras él me gustaría mencionar al llamado Djafar, joven extraordinariamente serio, que se ha dedicado con profundo celo a la interpretación del Corán. En seguida está Obeida, uno de los seres más espirituales, aunque es preciso decir que no se podrá contar ciegamente con él... Naim es aplicado...

Abu Alí anotaba los nombres así como breves comentarios. Ibrahim, que tomó la palabra a continuación, clasificó también a Ibn Tahír en primer lugar. El Capitán Minutcheher alabó especialmente a Yusuf y a Sulaimán. Para Abd al-Malik, Sulaimán era el primero sin lugar a dudas, e Ibn Tahír venía inmediatamente después. En cuanto al médico, estaba contento con todos: empero no mencionó especialmente a ninguno. Los deyes extranjeros se asombraron de la severidad y amplitud de aquella educación. Lo que habían escuchado allí no dejaba de causarles cierta desconfianza. El sentido último y el

escuchado aún no dejaba de causarnos cierta desconfianza. El sentido último y el objetivo de aquella educación les era de alguna manera incomprensible. Sin embargo, Abu Alí, ahora que los maestros habían dado su informe, se frotaba las manos de satisfacción.

—Tal como habéis escuchado, no nos dormimos en Alamut. Todas las predicciones de Nuestro Amo, desde que se apoderó de este castillo hace dos años, se han revelado verdaderas. Como lo anunció hace dos años, el sultán sigue sin tener prisa por cuestionarnos la posesión de esta fortaleza. En efecto, para los bárbaros que se hallan al otro lado de la frontera, poco importa quién la mande. Si quisieran entrar en el país, tendrían que atacarnos tal como atacarían a las fuerzas del sultán\*. Y tal como éstas, también deberemos defendernos. Mientras tanto, utilicemos lo mejor posible el tiempo que el sultán, por las razones ya dichas, nos regala tan generosamente. Nuestro jefe ha reorganizado el ismaelismo de arriba abajo. Cada creyente es un soldado templado como el acero. Y cada soldado es al mismo tiempo el más celoso creyente. Pero de todas las disposiciones tomadas, la que nuestro jefe considera como la más importante es la fundación de la escuela de fedayines. Dicha escuela forma una élite dispuesta a todos los sacrificios. Es todavía pronto para que estéis en condiciones de apreciar el exacto alcance de estos propósitos y lo razonable de esta institución. En nombre de Nuestro Amo, sólo os puedo decir una cosa: el hacha que debe derribar el árbol de la dinastía selyúcida pronto estará afilada. El momento en que retumbará el primer golpe quizá no esté lejos. Toda la comarca hasta Rai es favorable a nuestra causa. Y si es verdad, como lo afirman los mensajeros de Kuzistán, que el gran dey Hussein al-Keini piensa encender la mecha de una revuelta general en todo el país contra el sultán, entonces conoceremos, con bastante precisión, el momento en que debemos poner también nosotros nuestras fuerzas a prueba. Seguramente no es para mañana. De manera que, mientras tanto, venerables deyes y venerables jefes, no me queda más que invitaros a trabajar tal como lo habéis hecho hasta ahora. En pocas palabras, conseguir adeptos a nuestra causa, de hombre en hombre. Eso es lo que necesitamos.

Abu Alí, que primero había hablado con voz neutra y monocorde, se había enardecido bastante. Agitaba los brazos y lanzaba a su alrededor guiños y sonrisas de inteligencia. Finalmente, se levantó del cojín sobre el que estaba sentado y se dirigió hasta colocarse en medio de su auditorio.

—¡Amigos míos! —prosiguió—, aún debo transmitir os una recomendación especial de Seiduna. No os dejéis cegar por los éxitos de vuestro proselitismo. Incluso ahora, nos es útil todo individuo. Que el gran número de adeptos no os llame a engaño, no digáis: ¿de



\* En efecto, un siglo después de la muerte de Hassan Ibn Sabbah, la ciudadela de Alamut, considerada inexpugnable, fue tomada y arrasada por los mongoles. Los libros escritos por Hassan, que servían de normativa a la secta, desaparecieron en el incendio. (N. del E.)

qué sirve esforzarse por ganar para nuestra causa a tal o cual?, so pretexto de que no tiene nombre ni fortuna. Tal vez ése será precisamente el que haga inclinar la balanza a nuestro favor. ¡No ahorréis esfuerzos! Id de uno al otro e intentad convencerlos. Pues en primer lugar hay que ganarse su confianza. Y para ello no se puede escatimar la sutileza: tratad de adaptar vuestro trato a cada caso particular. En presencia de alguien que profesa una fe estricta y una confianza absoluta en el Corán, debéis rivalizar en virtuosa indignación: lamentad que la religión, desde que los sultanes selyúcidas dictan la ley en la corte del califa de Bagdad, haya caído tan bajo, y que el mismo califa esté reducido al papel de lacayo de esos extranjeros. Si, por el contrario, os toca un interlocutor que se queja de que el imán de El Cairo sólo es un extranjero y un usurpador, comenzad por estar de acuerdo, pero insinuat ayudados por muchos argumentos que por el lado de Bagdad tampoco las cosas son perfectas. Si os enfrentáis a un partidario de Alí o al menos de un simpatizante de su doctrina, vuestra tarea será más fácil. Si vuestro hombre se siente orgulloso de sus ancestros iraníes, insistid en el hecho de que nuestro movimiento ha tomado sus distancias con el régimen egipcio. Si ha sufrido injusticia y humillación entre los suyos, consoladlo diciéndole que se le hará plena justicia cuando los fatimitas de Egipto extiendan su poder hasta aquí. Si os toca un espíritu con el suficiente discernimiento que se burle en secreto o incluso públicamente del Corán y de las enseñanzas religiosas, sugeridle que el ismaelismo se identifica esencialmente con el librepensamiento y que la historia de los Siete Imanes sólo es una falsa apariencia... un cebo destinado a atraer a las multitudes ignorantes. Trabajad así a cada individuo según su carácter y su forma de pensar y llevadle insensiblemente a cuestionar las bases del orden existente.

»Sobre todo, evitad espantarlo: sabed mostraros humildes y satisfechos con poco, plegaos a los usos y costumbres del país y de la sociedad en la que estéis y haced todas las concesiones menores susceptibles de ablandar a los que tengáis delante. Vuestro interlocutor debe tener la impresión de que sois instruidos y experimentados y que pese a ello lo tenéis en gran estima... en pocas palabras, que lo que más os importa es ponerlo, especialmente a él, en el buen camino. Cuando hayáis ganado su confianza, pasaréis a la segunda etapa de vuestro plan. Le confesaréis que pertenecéis a una cofradía religiosa que piensa establecer la justicia y la verdad en la tierra y que quiere arreglarles las cuentas a los

usurpadores extranjeros. Introducidlo en amistosas discusiones, picad su curiosidad, mostraos misteriosos, haced alusiones y promesas hasta que lo desorientéis completamente. Entonces exigidle el juramento de silencio, explicadle la historia de los Siete Imanes, si cree en el Corán tratad de romper su fe, reveladle con medias palabras el estado de nuestros preparativos, habladle del ejército de élite que sólo espera la orden de atacar al sultán... Obligadle así a nuevos juramentos, confiadle que hay en Alamut un gran profeta al que se someten miles y miles de creyentes, y preparadle así para un compromiso solemne. Si es rico, o al menos tiene un buen tren de vida, sacadle una fuerte suma para que así se sienta ligado a nosotros. Es un hecho comprobado que el hombre permanece atado a lo que le ha costado dinero. De estas cantidades podéis sacar pequeñas sumas que distribuiréis entre los adeptos pobres, aunque debe ser a intervalos bastante alejados para mantenerlos firmemente sujetos; y hacedles comprender bien que sólo se trata de adelantos sobre el pago que después recibirán de nuestro jefe supremo por su devoción a la causa. Cuando un individuo se halle en vuestras manos de esta manera, apretadle las clavijas. Describidle los terribles castigos que arrastran los perjuros, la vida simple de nuestro jefe y los prodigios que se llevan a cabo alrededor de él. Finalmente, no olvidéis volver regularmente a los lugares que hayáis visitado y no olvidéis ninguna de las relaciones que hayáis iniciado en ellos. Pues, como dice Nuestro Amo, no existen gentes tan modestas que no puedan servir a nuestra causa.

Los deyes habían prestado mucha atención a este discurso. De vez en cuando, Abu Alí

detenía su mirada en alguno y alargaba el brazo en su dirección como si sólo se dirigiera a él.

—¡Ahora o nunca! —exclamó al final—. Que ésta sea nuestra consigna. Sois cazadores y pescadores de almas. Nuestro Amo os ha reunido con este fin y os envía al mundo a ejecutar sus directivas. No tengáis miedo pues detrás de cada uno de vosotros existe toda nuestra fuerza, están todos nuestros creyentes, todos nuestros soldados. Tras lo cual, hizo traer un cofre lleno de dinero y comenzó la repartición de asignaciones. Sentado junto a él, Abd al-Malik había abierto un gran libro en el que estaban inscritos los presupuestos concedidos a cada cual, y el monto de las gratificaciones que el jefe supremo les otorgaba particularmente.

—En adelante —les advirtió Abu Alí—, cada cual recibirá un salario fijo; pero sabed que el monto de dicho salario será determinado en función de vuestra fidelidad y de vuestro trabajo, de vuestros resultados y de vuestros méritos.

Los jefes expresaron luego sus solicitudes particulares. Uno tenía una retahíla de mujeres y niños a su cargo, otro un largo camino por delante. Un tercero quería que le dieran el dinero que le correspondía a su compañero que no

había podido venir, un cuarto vivía en una región especialmente deprimida... Sólo el enviado del gran dey del Kuzistán, Hussein al-Keini, que había traído tres abultadas bolsas llenas de oro, no pidió nada para él ni para su amo.

—Éste debería ser un ejemplo —proclamó Abu Alí, abrazando con fruición al generoso emisario.

—El bandidaje produce mucho —susurró Al-Hakim al dey Zaharui haciendo un guiño significativo—. En efecto, se decía que el dey Hussein al-Keini tendía emboscadas a las caravanas que venían del Turkestán y las despojaban en nombre del jefe supremo en persona, o al menos, según él, con su consentimiento. Ésa era, en efecto una de las fuentes que le permitían a Hassan Ibn Sabbah mantener su importante cofradía. Cuando terminaron con la repartición del presupuesto, los jefes que vivían en el castillo invitaron a sus huéspedes con asados y vinos finos y entablaron con ellos conversaciones más familiares. Unos y otros entraron en confidencias sobre sus problemas y dificultades: varios de entre ellos creían poco en el éxito final del ismaelismo. Terminaron hablando de asuntos familiares... Uno tenía una hija en Alamut, otro un hijo en otra parte y tenían que ponerse de acuerdo sobre las condiciones de la boda y el lugar donde se establecerían los recién casados: cada cual quería tenerlos bajo su ala y disputaron largo rato para saber quién se resignaría a la dolorosa separación...

Cuando, de esta manera, recuperaron la familiaridad de viejos amigos, se dedicaron a cotillear sobre el jefe supremo y sus asuntos. Abu Soraka tenía bajo su custodia, en su propio harén, a las dos hijas de Hassan, Hadidya y Fátima. La primera contaba trece años, la segunda apenas once. Hassan no las había llamado nunca a su lado, y nunca había preguntado por ellas desde que las había abandonado en manos de Abu Soraka. El dey le contó al enviado del Kuzistán, que era su huésped, que las niñas temblaban al mero nombre de su padre. Abu Soraka no aprobaba tal comportamiento. Él mismo, en efecto, era un padre muy tierno. Por lo demás, nadie sabía nada sobre las mujeres de Hassan. Simplemente se murmuraba que no estaban alojadas en el recinto del palacio. El enviado del Kuzistán contaba por su lado, a quien quisiera oírlo, que Hussein, el mismísimo hijo del jefe supremo, vivía en Zur Gumbadán, una fortaleza de la que Hussein al-Keini se había apoderado... Sí, se había enfadado con su padre, quien, como castigo, lo había enviado junto al gran dey del Kuzistán para que allí sirviera como simple soldado.

—Cierto es que el muchacho es feroz como bestia salvaje —añadió—. Sin embargo, si fuera su padre, lo tendría junto a mí. Pues, creedme, si lo tuviera bajo su férula, Hassan podría cambiarlo, o al menos enmendarlo, con más facilidad... En cambio, la humillación sufrida por Hussein sólo ha reforzado su

mal carácter y su malignidad...

Los huéspedes permanecieron tres días enteros en Alamut. Al cuarto, cada cual se encaminó al alba hacia su país. Y la vida en el castillo recuperó su ritmo habitual, hasta que llegó un visitante inesperado.

## V

Era ya pleno verano cuando, un caluroso día, un anciano al que se le podían calcular unos sesenta años, escoltado por quince jinetes, se presentó a las puertas del dominio. El centinela apostado a la entrada del desfiladero los detuvo y les preguntó quiénes eran y el motivo de su visita al castillo. El viejo dijo que era el ex comandante de la plaza de Isfahan, Abul Fazel Lumbani, que venía de Rai, y que los rais de aquella ciudad le habían encomendado traerle al jefe supremo una noticia de máxima importancia. El oficial de servicio partió a todo galope hacia la fortaleza para informar a su superior de la llegada de los extranjeros.

Era la hora que sigue a la tercera oración. Los alumnos hacían la siesta cuando la llamada del cuerno los llamó a reunión. Se ataron las sandalias a toda prisa, cerraron sus túnicas, empuñaron su escudo y sus armas y corrieron al patio. El capitán Minutcheher, los deyes Abu Soraka, Ibrahim y Abd al-Malik los esperaban sobre sus caballos ya ensillados. Los jóvenes recibieron la orden de que también subieran a sus cabalgaduras.

–Algo sucede –susurró Sulaimán a su vecino. Las aletas de su nariz se agitaban y la espera le hacía brillar los ojos con un fulgor febril.

Abu Alí, que había llegado entretanto, acababa de montar su caballito blanco. Sus piernas arqueadas se pegaron con un gesto enérgico a los flancos del animal, y galopó

hacia los alumnos, a los que arengó brevemente:

–¡Jóvenes!, os he reservado el honor de recibir a un hombre prestigioso que es gran amigo de Nuestro Amo. Se trata del ex rais Abul Fazel, que durante cuatro meses corrió el riesgo de esconder a nuestro jefe supremo, sustrayéndolo así de las persecuciones del gran visir. Hay que prodigarle un recibimiento digno de su rango y de los servicios que ha prestado a nuestra causa.

Espoleó su caballo y atravesó al galope el puente sobre el abismo.

Abul Fazel estaba algo impaciente. Se agitaba y lanzaba miradas irritadas en dirección del desfiladero. Su caballo piafaba bajo él como si adivinara el estado de ánimo de su amo. Finalmente un grupo de jinetes apareció por la garganta. El visitante reconoció de inmediato a la cabeza a su viejo amigo Abu Alí.

Acercándose a todo galope, éste no esperó

ni siquiera a bajar del caballo para abrazarlo.

–¡Me place ser el primero en recibirte en el castillo de Alamut! –dijo.

–¡Gracias! Yo también me alegro –respondió Abul Fazel. Su voz delataba un

leve descontento—. Pero hay que reconocer que no vais a apagar un incendio... Antes eran los demás los que esperaban que los recibiera... Como dice el proverbio: «Hoy por mí, mañana por ti...».

Abu Alí rió de buena gana ante esta observación.

—Los tiempos cambian —dijo—. Pero no te enfades, viejo amigo. Simplemente quería prepararte un recibimiento digno de tu rango.

Abul Fazel se contentó con esta excusa. Acarició su hermosa barba plateada, estrechó

la mano de los demás deyes, saludó a Minutcheher.

El capitán dio una orden y el destacamento de alumnos se lanzó en orden perfecto hacia la explanada que se extendía algo más arriba, destinada a recibir a los visitantes. Allí

se dividió, rápido como el rayo, en dos cuerpos que cabalgaron cada cual en una dirección precisa, para dispersarse luego en medio de un hermoso desbarajuste. Con un estridente silbido los jinetes se reunieron en un grupo compacto. Luego los jefes de ambos destacamentos gritaron una orden y se formaron de nuevo dos grupos que se precipitaron al instante, lanza un ristre, a un furioso asalto. Parecía que iban a derribarse y atravesarse

de parte a parte con la punta de sus armas. Pero con un movimiento perfectamente controlado, se contentaron con esquivarse mutuamente, dieron media vuelta y se reunieron por última vez, volviendo, alineados en una fila impecable, al punto de partida.

—¡Espléndidos mozos! ¡Ejemplares jinetes! —exclamó Abul Fazel con una admiración que le salía del alma—. Confieso que se me pusieron los pelos de punta cuando los vi cargar en orden de batalla... ¡Felicitaciones!

Abu Alí sonrió, feliz.

—No se han acabado tus sorpresas, mi buen rais. Espera llegar al castillo... Dio una orden. El destacamento se lanzó en dirección del desfiladero que llevaba a la fortaleza.

Cuando llegaron a Alamut, el capitán Minutcheher dejó a sus alumnos. Dio orden de que se ocuparan de la escolta del rais y de los caballos. Luego acompañó a su huésped y a los deyes a la sala de reuniones.

En el camino, Abul Fazel examinó la fortaleza y los edificios, asombrándose del número de soldados y animales que veía:

—Pero es un verdadero campo atrincherado, querido amigo. Pensé que visitaría a un profeta... y veo que tengo que vérmelas con todo un jefe militar. Aunque lo más sorprendente es que no logro creer que todo lo que veo a mi alrededor sea obra de mi viejo amigo Ibn Sabbah...

—¿Acaso no te dije que no se habían acabado tus sorpresas? —dijo riendo el day. Apenas comes algo más de trescientos cincuenta hombres en la plaza. Pero

uey—. Apenas somos algo más de trescientos cincuenta hombres en la plaza. Pero como ves se trata de soldados magníficamente entrenados, y estamos igualmente bien provistos de víveres y materiales. Además hay que contar, en cada una de las fortalezas vecinas, con unos doscientos combatientes, más o menos, que sólo esperan una señal para venir en nuestra ayuda, encendidos de santa unción por nuestra causa. Toda la comarca nos es favorable y en caso de peligro, podemos reunir en Alamut en un plazo mínimo hasta a mil quinientos hombres.

—Pese a todo, es demasiado poco, demasiado poco... —masculló Abul Fazel. Abu Alí le lanzó una mirada de sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me imagino, de todos modos, que no pensáis enfrentaros a todo el ejército del sultán con este puñado de pícaros.

—¡Lo pensamos y no sabes hasta qué punto! Pero me imagino que por el momento no hay peligro, ¿no es cierto?

Abul Fazel movió la cabeza.

—Ya le hablaré a Ibn Sabbah —dijo por toda respuesta.

Los deyes se miraron. Finalmente llegaban a la terraza superior. Pasaron entre los centinelas con las armas en la mano y entraron en el palacio del jefe supremo. Los demás dignatarios los esperaban en la sala de audiencias. Abul Fazel buscó

inútilmente a su viejo amigo entre ellos.

—¿Dónde está Ibn Sabbah? —preguntó.

Abu Alí se rascó la barba:

—Ahora voy a informarle de tu llegada. Mientras tanto, los deyes te servirán y te acompañarán.

Se alejó mientras Abul Fazel le gritaba:

—Dile que no he hecho este largo trayecto por capricho. El mis Mutsufer me envía para darle un importante mensaje. ¡Lamentará cualquier minuto que tenga que pasar esperándolo!

Se tendió en los cojines con expresión descontenta. Los deyes se acomodaron junto a él, mientras los criados se afanaban alrededor del visitante, proponiéndole golosinas y refrescos.

—Tengo la impresión de que una vez más seré yo el que deberá sentirse agradecido —

murmuró para sí.

—No te enfades, venerable jeque —intervino Abu Soraka—. Así son las costumbres actuales de Alamut.

—El jefe supremo no ha salido ni una sola vez de sus apartamentos desde que se apoderó del castillo —explicó Ibrahim—. Durante días y semanas no habla con nadie excepto con los grandes deyes

madre excepto con los grandes deyes.

—Conocemos esos métodos —le cortó Abul Fazel—. Cuando todavía era rais de Isfahan, dejaba que esperara delante de mi puerta a todo aquel cuya voluntad quería doblegar. Pero mi puerta estaba siempre abierta de par en par para los amigos. Sobre esto le diré cuatro frescas a Ibn Sabbah...

—Hemos oído decir, venerable jeque, que en el pasado lo ocultaste durante cuatro meses en tu casa cuando era objeto de las persecuciones del gran visir —insinuó el griego con una mirada astuta.

El rais lanzó una gran carcajada.

—¿También te dijeron que lo creía loco? ¡Me gustaría saber quién hubiera pensado de otro modo en mi lugar!

—He oído hablar del asunto —creyó conveniente agregar Abu Soraka—. Pero confieso no saber a ciencia cierta cómo sucedió todo.

—¡Ah, no sabes cómo sucedió todo! Pues bien, si os interesa, os lo voy a contar —dijo el ex mis.

Los deyes se apresuraron a poner algunos cojines más sobre su cabeza para que pudiera tenderse cómodamente; luego todos se colocaron a su alrededor con mil expresiones de respeto.

Comenzó, no sin antes aclararse la voz:

—Hace muchos años que no nos hemos visto, Ibn Sabbah y yo. Todo hace pensar que ha cambiado mucho en todo este tiempo. Pero en la época en que lo conocí era un bromista y un bufón inenarrable, insuperable. Toda la corte reía con sus bromas. Uno solo de sus chistes bastaba para disipar el mal humor del sultán; así se comprende que el gran visir haya terminado por tenerle celos y no haya dejado de hacerle una mala pasada. Hassan consiguió finalmente huir a Egipto y un año después apenas si la corte recordaba su nombre, con excepción naturalmente del gran visir que tenía buenas razones para temer su venganza. Entonces, cuando llegó a sus oídos que Ibn Sabbah había abandonado Egipto, encargó a todos los informadores que tenía en el país que descubrieran su nueva residencia y, si encontraban al hombre, lo liquidaran. Pero se hubiera dicho que se lo había tragado la tierra... Y he aquí que un día, la cortina de mi puerta se aparta y deja entrar en mi habitación a un venerable jeque friolento, arropado en un gran manto de viaje. Tuve tanto miedo que creí que me daría un ataque. Cuando me recuperé les grité a mis criados: «¡Eh, imbéciles! ¿Quién ha dejado entrar a este hombre en mi casa?» Pero en aquel momento el hombre apartó de su rostro la solapa levantada de su manto y reconocí el rostro jocosos de mi amigo Hassan, milagrosamente sano y salvo. Fue sólo entonces cuando me puse a temblar. Rápidamente cerré las cortinas dobles de mi puerta. «¿Te has vuelto loco?», me irrité. «Cien esbirros del visir están en tu búsqueda. ¡Y vienes a nasearte por Isfahan y a arrojarte sin avisar al cuello de un honrado musulmán!»

Se rió y según su vieja costumbre me golpeó el hombro. «Vamos, mi rais, mi buen rai», dijo. «Tenía muchos amigos cuando reinaba en la corte. Pero desde que caí en desgracia, todos me dais con la puerta en las narices.» ¿Qué podía hacer? Yo lo quería, por eso finalmente lo invité a que se quedara en mi casa, pero cuidando de que nadie supiera nada. Es verdad que tenía que pasar la mayor parte del tiempo confinado en su habitación. Tenía paciencia y pasaba días enteros escribiendo o soñando, y nunca dejaba de divertirme con sus ocurrencias y chistes a la hora en que iba a visitarlo.

»... Pero una vez me declaró algo que me sorprendió. Lo divertido del cuento es que recurrió a esa extraña manera, a ese tono ambiguo y bromista que adoptaba habitualmente cuando contaba algún chiste; aunque también esa vez creí conveniente no tomarlo en serio y reírme. Pero me dijo esto: "Querido amigo, dame tres hombres absolutamente leales y en un año derribo al sultán y su reinado". Me reí hasta ahogarme. Pero, veréis, de pronto se puso serio, me cogió por los hombros y me miró hasta el fondo de los ojos. Aquella mirada era tan penetrante que sentí frío en la espalda. Finalmente habló: "No puedo hablar más en serio, rais Abul Fazel Lumbani." Retrocedí de un salto y lo miré como si la novena maravilla hubiera aparecido en aquel instante en medio de la habitación. ¿Y quién no se hubiera quedado boquiabierto al oír a alguien, y no a cualquiera, anunciarle que le bastarían dos o tres hombres para derribar un imperio que se extendía desde Antioquía hasta la India y de Bagdad hasta el mar Caspio. Se me ocurrió la idea entonces de que, debido a que vivía solo y acosado, se había vuelto loco. Le dirigí unas palabras tranquilizadoras y me retiré prudentemente a mis apartamentos. De inmediato mandé buscar al médico y le rogué que me recetara un remedio contra la locura. Repetidas veces le ofrecí aquel medicamento a mi infortunado huésped. Él lo rechazó y desde aquel día comprendí que ya no confiaba en mi.

La historia divirtió mucho a los jefes.

—¡Qué curiosa aventura! —exclamó el griego—. Totalmente a su medida.

—¿Y qué piensas hoy de las palabras de Hassan, venerable jeque? —quiso saber Abu Soraka.

—Temo que haya hablado completamente en serio —dijo el otro con expresión sombría. Y paseó su mirada de uno a otro moviendo pensativamente la cabeza.

En cuanto volvió Abu Alí, se acercó solícito a su huésped:

—¡Bueno, Ibn Sabbah te espera!

El mis se levantó lentamente de sus cojines, saludó a todos en redondo, inclinándose levemente, y siguió al gran dey.

Atravesaron un interminable corredor. Un negro gigante, con las armas empuñadas, montaba guardia en cada extremo. Luego llegaron a una escalera de



caracol muy empinada que parecía llevar a lo alto de una torre. Comenzaron a subir.

—¿Ibn Sabbah se ha instalado en lo alto de una torre? —tronó el rais enjugándose el sudor que bañaba su frente.

—Lo has adivinado, venerable dey.

La escalera se volvía cada vez más estrecha y cada vez más empinada. El gran dey trepaba como si hubiera tenido veinte años. Esto dejó todavía más sin aliento al rais.

—Detengámonos un poco —dijo al fin—. Estoy sin aliento. Ya no soy joven. Hicieron una breve pausa y el viejo rais recuperó un poco el aliento; luego volvieron a trepar. Pero unos instantes después Abul Fazel masculló de nuevo:

—¡Por las barbas de mi padre! ¿No se termina nunca esta maldita escalera? ¡Seguro que el zorro instaló su guarida en esta altura para seguir riéndose a costa nuestra!

Abu Alí se reía en su fuero interno. Se acercaban a lo alto de la escalera y el ex rais estaba sin aliento. Éste iba con la cabeza tan gacha que ni se fijó en el centinela que montaba guardia en lo más alto, cerrando el paso a los apartamentos: cuando acabó de franquear los últimos escalones, casi choca de frente con dos piernas negras y desnudas. Sorprendido levantó la mirada: tuvo tanto miedo que retrocedió de un salto. Como una estatua de bronce, un negro medio desnudo, grande y fuerte como una roca, estaba de pie

frente a él, empuñando una formidable espada que al rais le habría costado levantar con ambas manos. Abu Alí sujetó al anciano para que no cayera por la escalera. Abul Fazel rodeó en silencio al centinela mudo e inmóvil. Una vez en el corredor, se volvió una vez más y sorprendió la mirada que lo seguía; el negro ponía detrás de él unos ojos en blanco poco tranquilizadores.

—Aún no había visto un sultán o un shah tan bien custodiado —farfulló el huésped—. Este africano armado con semejante espada no constituye un recibimiento muy alegre...

—El califa de El Cairo envió de regalo a Hassan un gran destacamento de estos eunucos —comentó Abu Alí—. Son los mejores centinelas que se pueda imaginar.

—¿Sabes?, este Alamut en su conjunto no es muy de mi gusto —se quejó el rais—. Se ve poca comodidad. A mi edad...

Llegaron ante una puerta custodiada por un centinela idéntico al primero. Abu Alí

murmuró unas palabras y el negro levantó la cortina.

Entraron en una antesala amueblada someramente. El gran dey tosió. Algo se movió

detrás de uno de los tapices colocados como cortinas. Una mano invisible levantó el pesado tejido. A través de la abertura apareció el jefe supremo de los ismaelitas: Hassan Ibn Sabbah. Sus ojos brillaban con una expresión gozosa. Se dirigió a paso rápido hacia su viejo amigo y le sacudió enérgicamente la mano.

—¡Mira! ¡Mira! Si es mi anfitrión de Isfahan. Espero que esta vez te hayas ahorrado el traerme un remedio contra la locura.

Con una alegre sonrisa hizo entrar a los dos ancianos en su habitación. El rais se encontró en un cuarto amueblado cómodamente: todo hacía pensar allí en la habitación de un sabio. Las estanterías recorrían los muros, cargadas de libros y de hojas oscurecidas por la escritura. El suelo estaba cubierto por alfombras. Diversos instrumentos de astronomía, de medida y cálculo, tablillas y cálamos, un tintero provisto de todo lo necesario para el trabajo de un escriba, atraían alternativamente sus miradas. El visitante abarcó todo aquello con una mirada de asombro. No lograba relacionar con el pensamiento lo que había visto abajo en la austera fortaleza y lo que ahora tenía ante los ojos.

—¡Entonces no me traes un remedio contra la locura! —bromeó Hassan que se acariciaba sonriendo su larga barba que, salvo algunos pelos, era de un hermoso y profundo color negro—. ¿Puedo saber ahora cuál es la generosa intención que te trae hasta aquí, al extremo del mundo?

—No, en realidad ya no es tiempo de traerte un remedio contra la locura —declaró

finalmente el rais—. Pero Mutsufer me ha confiado una noticia para que te la transmita: por orden del sultán, el emir Arsían Tash salió de Hamadán\* y marcha sobre Alamut con un ejército de treinta mil hombres. La vanguardia de la caballería turca podría llegar hoy o mañana delante de Rubdar y acampará dentro de pocos días bajo los muros de tu fortaleza.

Hassan y Abu Alí se miraron un momento.

—¿Ya...? —preguntó con aire pensativo—. No contaba con una decisión tan rápida. Todo esto parece indicar ciertos cambios en la corte...

Hizo sentar a su amigo en un diván con cojines, se instaló a su lado y se puso a reflexionar moviendo la cabeza.

—Te diré todo lo que sé —siguió Abul Fazel—. Por tu parte, debes desalojar este lugar lo más pronto posible.

\* Ciudad del oeste del Irán, en las montañas; todavía hoy controla la carretera que va de Bagdad a Teherán. (N. del E.)

Hassan guardó silencio. El rais lo miraba a hurtadillas. No representaba sus sesenta años. Los ágiles movimientos de su cuerpo eran aún los de la juventud. Tenía el cutis terso, todavía iluminado por grandes ojos inteligentes cuya mirada era viva y penetrante. En cuanto al resto, no había mucho que decir: estatura media y la silueta de un hombre de corpulencia corriente ni enjuto ni gordo. Y respecto del rostro: una larga nariz recta, labios gruesos de dibujo enérgico. El personaje había conservado su voz fuerte, sus maneras directas, y esa entonación voluntariamente burlona que delataba un fondo irónico. Pero cuando reflexionaba, su rostro cambiaba profundamente. Su sonrisa desaparecía y sus rasgos adquirían una expresión sombría e incluso dura. O bien parecía ausente y como absorto en la contemplación de alguna invisible figura, como sucede a menudo con la gente dotada de fértil imaginación. Visto bajo este aspecto, inspiraba sin quererlo temor en los que dependían de él. De manera general se podía decir de él que era un hombre hermoso. Incluso mucha gente lamentaba que en numerosas ocasiones manifestara la conciencia de sus ventajas.

—Dame detalles, te escucho —dijo finalmente dirigiéndose a su huésped y frunciendo el ceño.

—Por si aún no lo sabes —pronunció lentamente el rais,—te informo que tu viejo enemigo Nizam al—Mulk ya no es gran visir.

Hassan se incorporó; un temblor le recorrió todo el cuerpo.

—¿Cómo dices? —exclamó como si no creyera lo que oía.

—El sultán destituyó a Nizam al—Mulk y ha nombrado provisionalmente en su lugar al secretario de la sultana.

—¿Tadj al—Mulk? —se asombró Abu Alí con aire satisfecho—. Es aliado nuestro.

—Ya no lo es, desde que la sultana espera que su hijo sea llamado legalmente a la sucesión del trono —explicó el rais.

—Baja traición —gruñó el gran dey.

Hassan pensaba en silencio. Inclinado hacia delante, se había puesto a dibujar círculos con el dedo en la alfombra. Los otros dos ancianos se callaron también, limitándose a seguir con la vista los gestos de su anfitrión y esperando visiblemente que tomara la palabra.

—Si el secretario de la sultana reemplaza a Nizam al—Mulk —dijo finalmente Hassan—, está claro que nuestra posición en la corte ha cambiado fundamentalmente. Esto desbarata de alguna manera mis cálculos. Pensaba gozar de paz hasta la primavera. Para entonces, mis preparativos estarían

terminados... Habrá que acelerarlos seriamente.

–¡Ah, y me olvidaba lo más importante! –prosiguió el mis–. Nizam al–Mulk ha conservado el rango de visir... pero sólo para que le confiaran una misión precisa: aniquilar el ismaelismo en el más breve plazo.

–Eso significa un combate a muerte –observó Abu Alí con tono rudo–. El ex gran visir está en la situación del lobo al que se le ordena exterminar el rebaño.

–Todavía no somos un rebaño de ovejas –bromeó Hassan. Acababa de tomar una decisión y parecía haber recuperado toda su serenidad–. Tenemos que tomar disposiciones urgentes –prosiguió–. ¿Qué piensa Mutsufer? ¿Está dispuesto a ayudarnos?

–Hemos examinado minuciosamente todas las posibilidades –respondió Abul Fazel–. Te quiere y está dispuesto a cubrir tu retirada ante la caballería turca. Por lo demás, enfrentado el grueso del ejército del emir, no puedes batirte en retirada solo.

–Entiendo, entiendo –murmuró Hassan, mientras su acostumbrada sonrisa bromista se dibujaba en sus labios y le encendía una llama en los ojos–. ¿Y dónde me aconseja Su Inteligente Majestad que debo retirarme?

–Son justamente esas posibilidades las que hemos discutido más acaloradamente –

dijo el mis, fingiendo no haber advertido el aire malicioso de Hassan–. Sólo tienes dos

salidas: la más corta, hacia occidente, atraviesa el país de los salvajes kurdos; te permitiría llegar a Bizancio y a Egipto. La más larga, hacia el este, es la que te aconseja Mutsufer. Hacia Merv o incluso hacia Nishapur\*. Hussein al–Keini podría unirse a ti con sus fuerzas y luego no tendríais más que retiraros juntos hacia Kabul, donde siempre encontrarás algún príncipe oriental que te dé asilo.

–Notable proyecto –observó Hassan divertido–. ¿Y si resultara que mis tropas no fuesen lo bastante móviles frente a la caballería del sultán?

–También pensamos en esta eventualidad –prosiguió el rais acercándose más a su anfitrión–. Si la retirada con tu gente te parece demasiado arriesgada, entonces Mutsufer te ofrece refugio a ti y a tu séquito. Justamente para esto me ha enviado hasta aquí.

–Mutsufer es un espíritu sagaz y no olvidaré fácilmente este testimonio de simpatía. Pero no puede ver en mi cabeza ni leer en mi corazón. –La voz de Hassan adquirió una entonación seca y decidida al pronunciar estas palabras–. Alamut es inexpugnable. Por ello nos quedaremos en el castillo. Aplastaremos a la caballería turca y cuando el grueso de las tropas del sultán llegue ante la fortaleza estaremos listos.

Abu Alí miró a Hassan con ojos brillantes, ojos llenos de confianza. Abd

Fazel se mostró atemorizado.

—Mi querido Hassan, siempre te consideraré un hombre hábil y desenvuelto dijo—. En estos últimos tiempos tu prestigio se ha extendido considerablemente y se habla de ti en todo el Irán. También has probado, mediante tus intrigas en la corte, que podías ser un hombre de Estado mejor capacitado que muchos otros. Pero lo que dices me llena sinceramente de inquietud y de espanto.

—Apenas he acabado la mitad de mi obra —respondió Hassan—. Hasta ahora confiaba efectivamente en mis aptitudes de hombre de Estado. Ya es hora de que experimente lo que puede lograr la fe.

Había subrayado esta última palabra. Volviéndose entonces hacia el gran dey:

—Ve a reunir el consejo de jefes —ordenó—, la tropa debe estar en pie de guerra al momento. Los alumnos pasarán a partir de mañana la prueba que los consagre fedayines. Todos deben saberlo todo. Tú dirigirás el gran consejo en mi lugar. Les dirás a los jefes que se acercan unos visitantes y que hemos decidido esperarlos aquí. Que cada cual te dé su opinión. Una vez que los hayas escuchado a todos, volverás a darme un informe. Que el capitán ordene a los oficiales que tomen todas las medidas para asegurar la defensa de la fortaleza.

—Todo será hecho como lo ordenas —aprobó el gran dey, y abandonó la habitación. El redoble de los tambores y el mugido del cuerno llamaban poco después a la tropa a las armas y a los jefes a reunión. Con el rostro grave, Abu Alí esperaba en la sala del consejo. Los deyes y oficiales estuvieron allí en un instante. Cuando se hubieron reunido todos, el gran dey los miró uno tras otro.

—El sultán ha depuesto al gran visir —comenzó sin más preámbulo y le ha confiado una misión urgente: aniquilar el ismaelismo. El emir de Hamadán, Arsían Tash, marcha sobre Alamut con treinta mil hombres. La vanguardia de la caballería turca se encontrará hoy o mañana delante de Rubdar. En pocos días, las banderas negras pueden flamear delante de las puertas de nuestra fortaleza. El comandante de la plaza de Rai, Mutsufer, nos ha prometido ayuda. Aunque nuestro mejor aliado es nuestra voluntad de vencer. Seiduna me ha encargado pedirnos vuestra opinión sobre la manera más segura de resistir el ataque. Una vez que haya oído vuestros consejos, dictará las medidas necesarias.

\* Ciudades del Turkestán. La primera, Merv (o Mary), forma parte hoy día del Turkmenistán soviético (N. del E.)

Sentados en sus cojines, los jefes se lanzaron entre si miradas de sorpresa. Uno de ellos susurró una observación al oído de su vecino y luego permaneció largo rato silencioso...

–Capitán, tú, que eres un soldado experimentado –lanzó finalmente Abu Alí hacia Minutcheher–, ¿cuál es, según tú, la cosa más importante que hay que hacer?

–No debemos temer el asalto de la caballería turca –respondió el capitán–. La fortaleza puede resistir un ataque de este tipo: el que quiera tomarla por la fuerza corre derecho a una vergonzosa derrota. Pero ¿cuánto tiempo podremos resistir la presión de un ejército de treinta mil hombres que habrán traído máquinas y aparatos de sitio? Aquí está el problema.

–Con los víveres de que dispones en este momento en la fortaleza, ¿cuánto tiempo podemos resistir? –preguntó el griego.

–Digamos seis meses, como mínimo –respondió el militar–. Pero si tenemos tiempo de enviar una caravana hasta Rai, Mutsufer puede aprovisionarnos para resistir seis meses más.

–Importante decisión –señaló Abu Alí, que anotó algo en su tablilla. Abd al-Malik había tomado la palabra:

–En mi opinión, sería torpe dejarnos encerrar demasiado pronto en el castillo. Siempre podríamos intentar coger a las vanguardias turcas en campo abierto, sobre todo si Mutsufer nos manda realmente refuerzos. El grueso del ejército del sultán se halla aún lejos.

Este plan, como se puede imaginar, hizo mucho efecto entre los jóvenes oficiales.

–Cuidado con correr demasiado –les previno Abu Soraka–. Debemos pensar que tenemos en el castillo a nuestras mujeres y a nuestros hijos: ¿qué sería de ellos si tuviéramos que sufrir un revés en el campo de batalla?

–¡Siempre he dicho –se acaloró Ibrahim–, que las mujeres y los niños no debían contar para los combatientes!

–Recuerda que no soy el único que tiene a los suyos en la fortaleza –le contestó Abu Soraka, haciendo claramente alusión a las hijas de Hassan.

El dey Ibrahim se mordió los labios de cólera.

–Pues bien, dejadme daros un magnifico consejo –dijo riendo Al-Hakini–. Pongamos a las mujeres y a los niños a lomo de camellos y mulas y enviémoslos a Mutsufer. La caravana sólo tendrá que traernos de vuelta los víveres

necesarios. Mataríamos tres pájaros de un tiro: reduciríamos el número de bocas que alimentar en el castillo, nos ahorraríamos las terribles preocupaciones por los nuestros y la caravana no haría la mitad del camino de balde.

—La idea es inteligente —reconoció Abu Alí anotando en la tablilla la sugerencia. Pronto estaban enzarzados en una gran discusión. Disputaban sobre lo que faltaba aún en el castillo, se peleaban por el reparto de las tareas que le incumbían a cada cual. No hubo ninguno que no diera su opinión sobre los menores detalles del asunto. Finalmente Abu Alí levantó la sesión. Se ordenó al jefe de la plaza esperar las disposiciones definitivas y se apresuró a ir a ver a Hassan en lo alto de la torre. Hassan había tenido tiempo de informarse con el ex rais de Isfahan de los cambios que habían podido acontecer en la corte para motivar una decisión tan rápida del sultán. En efecto, hasta entonces había permanecido en estrecha relación con los círculos del gobierno, pues Tadj al-Mulk, visir de la joven sultana Turkan Hatuna, representaba para él un inestimable papel de informador en este asunto. El sultán Malik había instituido heredero legal del trono a su hijo mayor Barkiarok, fruto del matrimonio con su anterior esposa. El joven, que tenía veinte años, acababa de someter a una partida de príncipes rebeldes durante una campaña a lo largo de la frontera india. La joven sultana había

aprovechado su ausencia para intentar garantizar a su hijo Muhammad, de cuatro años, la sucesión al trono de Irán. Nizam al-Mulk era de los más recalcitrantes opositores de este proyecto. El soberano sufría tanto la influencia de su viejo visir como los encantos de su joven y bonita esposa. El gran visir creía haber encontrado una poderosa ayuda en el califa y en el clero sunnita. La sultana estaba por su parte apoyada por los numerosos enemigos de Nizam y de manera general por todos los que soñaban con verlo reducido a la impotencia. Para que el partido de la sultana tuviera también su contrapeso frente al clero sunnita, el visir particular de ésta había tratado de establecer contactos con los partidarios de Alí, de los que Hassan era el jefe. Estas disensiones cortesanas llevaban agua al molino del amo de Alamut. Él había dado la seguridad a la sultana de que sus partidarios apoyarían su causa en todo el Irán, y Tadj al-Mulk se había comprometido delante de él a convencer a la hermosa Turkan Hatuna de hacer todas las presiones posibles para calmar al soberano, a quien sus recientes éxitos militares en el norte del país podían muy bien empujar a alguna acción intempestiva.

Durante dos años, la sultana y su secretario habían cumplido sus promesas. Cuando Nizam al-Mulk presionaba al sultán para intervenir contra los ismaelitas, ellos se las ingeniaban para minimizar el peligro que representaban estos últimos, alegando que todos los temores del gran visir se debían al odio

personal contra Hassan Ibn Sabbah. El sultán sólo pedía escuchar esta canción. Como estaba más bien del lado de Nizam respecto de la sucesión del trono, se sentía tanto más inclinado a hacer concesiones a la sultana y a su visir en lo tocante a los ismaelitas.

Ahora bien, el rais Abul Fazel acababa de traerle informaciones a Hassan que parecían trastornarlo todo, informaciones que recibía por boca del enviado de Mutsufer en la corte de Isfahan... Nizam al-Mulk había sabido que Hussein al-Keini había comenzado a reunir sus fuerzas alrededor de la fortaleza de Zur Gumbadán, tras haber levantado en nombre de Hassan a todo el Kuzistán contra el sultán. Había razones para temblar. Sabía que con Hassan tenía una cuenta pendiente, y eso lo empujó a jugarse las últimas cartas con el soberano. En efecto, muchos años antes había desprestigiado a Hassan ante su amo utilizando la astucia, pintándolo como un bromista desprovisto de todo talento pero que, pese a esto, alimentaba el proyecto de eliminarlo, a él, visir de la corte, mediante una baja impostura. El sultán se había enfadado y Hassan había tenido que huir de Isfahan aquella misma noche. Sin embargo, en esa ocasión el soberano había concebido la falsa idea de que los éxitos de Hassan no debían ser tomados en serio. Fue necesario, pues, que el gran visir le confesara que en el pasado había desprestigiado a Hassan ante su persona sirviéndose de argumentos infundados y que, en realidad, el jefe de los ismaelitas era un hombre capaz y peligroso. Según contaban, el sultán, lívido de cólera y despecho, había empujado con el pie al anciano arrodillado y atónito, y se había retirado a sus apartamentos. Poco después decretó que Nizam había dejado de ser gran visir y que el secretario de la sultana lo sucedería provisionalmente en este puesto. Al mismo tiempo, Nizam había recibido la orden tajante de vencer a Hassan en el plazo más corto y aniquilar para siempre el ismaelismo. Así se entiende que la sultana y su secretario hubieran abandonado a su aliado de ayer, ahora que su peor adversario había sido eliminado y ya no tenían necesidad de ninguna ayuda para ejercer definitivamente su influencia sobre el sultán.

Después de horas tan agitadas, el monarca había partido hacia Bagdad con toda su corte para visitar a su hermana y a su cuñado, el califa. En efecto, tenía en la cabeza un plan importante: convencer a este último de que reconociera como heredero del califato al hijo que recientemente había tenido el califa, Comendador de los creyentes, con la hermana del sultán, éste de raza turca.

Cuando Abu Alí volvió a dar su informe, Hassan conocía todos los detalles de las últimas intrigas de la corte de Isfahan. Ahora deseaba prestar la mayor atención a la opinión de sus jefes. Una vez que el gran dey hubo terminado, se levantó y se puso a

recorrer la habitación. Le daba vueltas a la situación en la cabeza, pasando



revista a las soluciones que se le ofrecían. Finalmente se volvió hacia Abu Alí:

—¡Toma tu tablilla y escribe!

El gran dey se sentó en la postura del escriba, colocó la tablilla sobre su rodilla izquierda y levantó el cálamo.

—Estoy listo, Ibn Sabbah.

Hassan se inmovilizó junto a él, con el fin de leer por encima de su hombro, y comenzó a dictar las directivas, llenas de muchas explicaciones útiles:

—Respecto del recibimiento a la caballería turca —comenzó—, Abd al-Malik tiene razón: no debemos encerrarnos en el castillo demasiado pronto. La sorprenderemos a descubierto, en un lugar determinado, y la dispersaremos. Para ello, debemos preocuparnos de que Mutsufer nos envíe a tiempo sus tropas de refuerzo. Tú, Abu Alí, tomarás el mando del ejército que recibirá a la vanguardia del sultán. Minutcheher asumirá la defensa de la fortaleza. Pondrá mala cara ya que le gustan los campos de batalla en los que no se escatima la sangre, pero necesitamos de su capacidad para que la ciudadela esté

preparada ante cualquier eventualidad... En seguida es de gran importancia deshacernos de las bocas inútiles y otros pesos muertos. Abd al-Malik deberá poner a las mujeres y a los niños de los harenes a lomo de camello y mulas antes de la noche: quiero que la caravana parta inmediatamente después de la última plegaria. Mutsufer es un alma buena y tendrá, mal que le pese, que cargar con este fardo viviente. Además es preciso que un mensajero parta para Rai con el fin de informarlo de todo lo que le espera: deberá preparar urgentemente los víveres que la caravana traerá de vuelta, y despacharnos en el acto todas las tropas que pueda poner a nuestra disposición. Que ponga a las mujeres y a los niños a trabajar con el fin de ganar tiempo y evitar mayores gastos... Y tú, ¿qué piensas hacer, amigo Abul Fazel?

Miró al mis con sonrisa disimulada.

—Yo saldré al mismo tiempo que la caravana de Abd al-Malik —respondió el ex comandante—. No quisiera por nada del mundo encontrarme en esta ratonera cuando el ejército del sultán arremeta contra vosotros. Mis consejos y los consejos de Mutsufer no han servido de nada. Cumplí con mi deber; sólo me queda poner pies en polvorosa y perderme en la niebla mientras me quede tiempo.

—Tu decisión me conviene a las mil maravillas —dijo riendo Hassan—. Tu escolta bastará para proteger la caravana. Así Abd al-Malik sólo tendrá que llevar un puñado de hombres. Que, para el regreso, Mutsufer nos dé algunos hombres de escolta, con eso bastará... También espero que cuidará del amable gentío de nuestros harenes. Luego, dirigiéndose de nuevo a Abu Alí:

—Que un mensajero parta al punto para Rudbar y le transmita a Buzruk Umid

la orden de que deje de lado todo lo que tenga entre manos y venga a reunirse con nosotros en Alamut. Lo necesito. Lamento que Kuzistán esté tan lejos y que Hussein al-Keini no pueda llegar en el tiempo que nos queda. Pero él también debe ser informado. En realidad aquí

van a suceder cosas que asombrarán a las generaciones futuras...

Perdido en sus pensamientos, daba la impresión de estar embargado por una suerte de risa interior. Tras un corto silencio, se dirigió al rais:

–Me parece que sigues tomándome por un imbécil, como en los viejos tiempos de Isfahan. Solamente ves marchar sobre nosotros, que apenas somos un puñado de hombres, un ejército de treinta mil hombres pero no ves a los ángeles corriendo en nuestra

ayuda y velando por nosotros como velaron antaño por el Profeta y los suyos en la batalla de Badr\*.

–Bromeas, bromeas siempre –respondió Abul Fazel con una sonrisa ácida. En efecto, no le gustaba que Hassan intentara burlarse de él en semejantes circunstancias.

–No, no bromeo, viejo amigo –dijo alegremente Hassan.–Digamos que sólo hablo en imágenes. Ya te lo he dicho, os preparo una sorpresa, una sorpresa tal que no creeréis ni a vuestros ojos ni a vuestros oídos. ¡Voy a mostrar los prodigios que puede llevar a cabo la fe!

Luego siguió dictando sus órdenes y concluyó dirigiéndose a Abu Alí:

–Informa exactamente a cada cual sobre las tareas que les asigno. Escoge personalmente a los mensajeros y redacta rápidamente las órdenes. Deben partir en seguida. Que Abd al-Malik me traiga a mis dos hijas antes de partir. Cuando hayas terminado, reunirás a la tropa y les anunciarás a los hombres que el sultán nos ha declarado la guerra. Finalmente ordenarás a los alumnos que se preparen, pues mañana por la mañana temprano comenzará para ellos la prueba. Cuento con que pongan buena cara: amenázalos si es preciso con negarles la consagración. Por la noche, los reunirás en la sala de oraciones y los consagrarás fedayines a todos. Que éste sea para ellos el momento único, el más solemne, que les haya sido dado vivir en este mundo. Todo ello sobre el modelo de lo que conocimos en El Cairo... ¿Está claro?

–Perfectamente claro, oh, Ibn Sabbah.

Hassan se despidió de los dos ancianos. Tras lo cual se tendió en los cojines y se puso a pensar en las decisiones que acababa de tomar. Cuando se convenció de que no había olvidado nada importante, se adormeció con la mayor tranquilidad del mundo. La tropa seguía esperando bajo el sol abrasador del patio. Los hombres habían podido ver que sus superiores entraban en el edificio del jefe supremo; no habían vuelto a salir sino al cabo de un largo rato. Los soldados dominaban mal su impaciencia. Los alumnos, de pie en dos filas

soldados dominaban mal su impaciencia. Los alumnos, de pie en dos filas delante del cuartel, derechos como cipreses, miraban fijamente al frente. Todavía sentían el placer del orgullo que les había proporcionado el honor de haber sido escogidos para recibir al viejo dignatario; pero también ellos comenzaban a perder la paciencia.

Sulaimán fue el primero en romper el silencio.

–Me gustaría mucho saber lo que sucede. Tal vez vayamos a terminar de una vez con esta maldita instrucción...

–Me parece que quieres tener barba antes de tener bozo –ironizó Yusuf. Una risa recorrió las filas.

–En cuanto a mí –contestó Sulaimán–, tengo la impresión de que tienes miedo de que se te deshaga la grasa de la barriga. ¿Acaso temes oír el redoble del tambor o la llamada del cuerno?

–Sólo tengo curiosidad por saber quién de nosotros será el primero en enfrentar al enemigo.

–Seguramente tú, ¿no es cierto?... Aunque con tus largas piernas siempre puedes correr; en el momento decisivo tendrás que contentarte con contemplar mi es...

–Dejad de pelearos –intervino Ibn Tahír–. Todavía no habéis matado al oso...

–Si me volviera mosca podría escuchar lo que hablan los jefes –suspiró Obeida.

–Querrás convertirte en una mosca cuando aparezca el enemigo –ironizó Sulaimán.

\* Localidad cercana a Medina: los musulmanes dirigidos por Mahoma desbarataron en el año 2

de la hégira (623) una caravana de la tribu de los quraichitas. (N. del E.)

—Si una lengua afilada bastara para vencer al enemigo, tú serías el primero de los héroes —se burló Obeida—, y el trono de Irán se tambalearía en sus cimientos.

—Y yo conozco a un Obeida que podría temblar perfectamente delante de mis puños uno de estos días —lo amenazó Sulaimán.

El caporal Abuna cruzó corriendo. De paso, les dijo a media voz:

—Parece que va a haber baile, muchachitos. Las tropas del sultán marchan sobre nosotros.

Se callaron. Ahora sentían en el hueco del estómago una vaga angustia, que progresivamente se convirtió en entusiasmo y dicha salvaje.

—¡Bueno, por fin...! —exclamó Sulaimán, con verdadera sinceridad.

Se miraron. Tenían los ojos y las mejillas encendidos. De vez en cuando uno de ellos sonreía. La imaginación comenzaba a caldearse: entreveían la perspectiva de acciones heroicas... realizaban hazañas imposibles... se cubrían de gloria... accedían a la inmortalidad.

—¡Caray! ¡Esta espera no acabará nunca! —explotó Sulaimán, que no podía aguantar más—. ¡Que al menos nos den la orden de montar a caballo y vencer a los herejes...!

Abuna, acompañado de dos hombres, atravesó el patio; llevaban tres caballos de las bridas: dos corceles negros y el caballito de Abu Alí.

Alguien susurró:

—Seiduna va a hablar.

Un murmullo atravesó las filas.

—¿Qué? ¿Quién va a hablar?

—Seiduna.

—¿Quién lo dijo? El caballo blanco es el de Abu Alí. Uno de los dos caballos negros pertenece al capitán.

—¿Y de quién es el tercero?

Delante de la entrada del palacio, el centinela acababa de inmovilizarse levantando su arma. El gran dey y los demás jefes salieron del edificio. Abu Alí, el capitán y el dey Ibrahim montaron los caballos que esperaban. Los demás jefes fueron a reunirse con sus compañías; cada uno de ellos, colocado al frente de sus hombres, ordenó entonces a éstos que volvieran la cabeza hacia el palacio del jefe supremo.

Abu Alí y sus dos compañeros cabalgaron hasta el borde de la terraza superior; luego el gran dey levantó el brazo para pedir silencio...; en efecto, un

silencio sepulcral invadió al instante los dos patios inferiores. El gran dey se alzó levemente sobre los estribos. Con voz firme gritó:

—¡Creyentes ismaelitas! ¡En nombre de Nuestro Amo y jefe supremo! Ha llegado el momento de la prueba decisiva. Con las armas en la mano, tendréis que probar vuestra devoción y el amor que les tenéis a los santos mártires y a nuestro guía. Su verdugo, el hijo de perra Arsián Tash, por orden del sultán, marcha contra nosotros, creyentes ortodoxos, a la cabeza de un gran ejército; su intención es exterminarnos. Dentro de pocos días, los cuernos de su caballería resonarán delante de Alamut y la bandera negra del perro abbasida flotará ante nuestra fortaleza. Por eso ordeno, en nombre de Nuestro Amo, que ninguno de vosotros os separéis de hoy en adelante, ni de día ni de noche, de vuestra arma. El que infrinja esta orden será considerado rebelde y ejecutado de inmediato. A la llamada de los cuernos deberéis encontraros sin demora en vuestro lugar de reunión. Vuestros superiores os darán órdenes detalladas...

Movió las riendas y miró en dirección de los alumnos. Fue a ellos a quienes se dirigió

ahora:

—¡Vosotros que estáis dispuestos a sacrificaros, escuchad la orden de vuestro amo! A partir de mañana seréis llamados a pasar la prueba. El que la supere con éxito será

consagrado esa misma noche. Os hago por ello esta llamada: preparad vuestro espíritu pues el momento de la consagración será para cada uno de vosotros el punto culminante de toda una vida.

Se volvió de nuevo hacia el grueso de la tropa. Su voz resonó en todo Alamut.

—¡Combatientes de la causa ismaelita! Recordad la palabra de los profetas. Combatid como leones. ¡Pues el miedo no salvará a nadie de la muerte! ¡Alá es Alá y Mahoma su Profeta! ¡Ven a nosotros, Al-Mahdí...!

Un soplo de agitación corrió entre los alumnos como si el rayo hubiera caído sobre sus cabezas. El gran día de la prueba estaba frente a ellos... y nadie se había preparado en serio para pasarla. Lívidos, se agitaron en sus sillas mirándose entre sí de reojo.

—¡Ahora al sultán! —exclamó Sulaimán—. Como no sabemos nada, lo mejor que podemos hacer es declararnos simples soldados.

—Sí, nos declaramos todos como tales y que luego hagan con nosotros lo que quieran —aprobó Obeida.

Yusuf era el más pusilánime de todos. Enjugándose permanentemente el sudor de la frente, esperaba contra todo pronóstico que brillara la esperanza de una tregua.

–¿Será en realidad tan terrible? –preguntó con aire contrito.  
–Caerás cuan largo eres –bromeó sarcásticamente Sulaimán.  
Yusuf suspiró tristemente y se tapó la cara con las manos.  
–¿Pero qué se puede hacer por el momento? –preguntó Naim.  
–Arrójate al Shah Rud, es lo que mejor puedes hacer –ironizó Sulaimán.

Entonces Ibn Tahír tomó la palabra:

–¡Vamos, vamos amigos! ¿Pensáis que Nuestro Amo nos habría elegido como alumnos para rebajarnos luego al rango de simples soldados? De todos modos hemos aprendido aquí dos o tres cosas... Por mi parte, iré a meter la cabeza en mis notas e intentaré revisar un poco todo ese fárrago... y os sugiero hacer lo mismo.

–Pues entonces, aconséjanos, léenos un poco –dijeron todos.

Ibn Tahír los invitó a reunírsele en la terraza. Se sentaron en el suelo, con sus tablillas y sus notas en la mano, e Ibn Tahír les hizo preguntas; intentó explicarles lo mejor posible lo que no entendían bien. Con esta actividad la inquietud de todos se calmó bastante. De vez en cuando, todos temblaban pensando en el día que les esperaba. Cada cual sentía por anticipado una sorda angustia. Extrañamente, ya ninguno pensaba en el enemigo que se acercaba.

Al otro extremo de la terraza inferior, un apretado seto de álamos y cipreses frondosos disimulaba a la izquierda de la torre el edificio de los harenes, vecino de los palomares. Abd al-Malik cayó como un buitre en medio de los niños y las mujeres y les ordenó que se prepararan para una inmediata partida. Gritos, cloqueos, sollozos, idas y venidas afanosas siguieron a su orden. Los guardianes eunucos asistían a todo aquello con una indiferente tranquilidad, hasta el momento en que el dey los apremió para que ayudaran a la mudanza de las mujeres. Mientras tanto, una docena de camelleros había aparejado mulas y camellos delante del edificio. Los oficiales y los deyes llegaron finalmente para decir adiós a sus mujeres e hijos.

Abu Soraka tenía dos esposas en el castillo. La primera era una mujercita de su edad, avejentada y sin dientes; le había dado dos hijas que se habían casado en Nishapur. El dey estaba con ella desde la juventud: la necesitaba como un niño a su madre. La segunda era más joven y de ella tenía una hija y un hijo que él hacía educar en el harén junto a las dos hijas de Hassan. También amaba tiernamente a esta mujer y ahora que se iba comprendía

de repente cuánto iba a echarla de menos. Le costaba dominar su emoción... pero no era conveniente dejar entrever los sentimientos...

En cuanto a Al-Hakim tenía por mujer a una anciana egipcia. La había traído desde El Cairo. No le había dado hijos y se murmuraba en el harén que antes de la boda había llevado una vida de mujer pública. El viejo médico gustaba evocar

delante de los extraños la belleza milagrosamente preservada de su compañera. Personalmente maldecía la esclavitud y el dominio que tenía sobre él... pero cada vez que una caravana se detenía delante del castillo nunca dejaba de correr a comprarle un regalo con la esperanza de agradarla. Una vieja etíope hacía todo el trabajo doméstico de aquella amable dama. Ella no hacía a lo largo del día más que tenderse sobre cojines, maquillarse, vestirse de seda y soñar...

El capitán Minutcheher, que sólo tenía una mujer en el castillo y le había confiado el cuidado de tres hijos que había tenido de sus dos mujeres anteriores, se contentó con hacerles breves despedidas a todos. En realidad, temía enternecerse y demorarse más de lo necesario.

Fue así cómo los hombres que tenían familia en la plaza se despidieron de los suyos y volvieron a sus deberes de hombres. Abu Soraka y Al-Hakim aprovecharon la ocasión para intercambiar algunas frases.

—Ahora nos parecerá muy vacío el castillo —suspiró el primero.

—Tengo que elogiar a esos filósofos que afirmaron que el placer obtenido de una mujer sigue siendo, con el comer y el beber, el único bien que vale la pena buscar en esta vida —

ponderó el griego.

—Nuestros jefes supremos los desdeñan empero —observó el dey.

El médico hizo una mueca burlona.

—Hablas como un escolar.

Cogió a Abu Soraka del brazo y le murmuró en el oído:

—¿Qué crees que ocultan nuestros amos allí, en esos jardines detrás del castillo? ¿Tal vez una manada de gatitas? ¡A otro perro con ese hueso...! Tontos serían de no aprovecharlas. Seguramente nosotros dos no hemos probado nunca ese tipo de oca cebada que ellos crían allí, lejos de las miradas indiscretas.

Abu Soraka se detuvo con aire pensativo.

—En eso no te entiendo —terminó por decir—. Dudo que se cueza algo allí, detrás de ese muro... Pese a todo, estoy convencido de que todo ello no es para su diversión sino para el bien de todos nosotros...

—Puedes creerme o no creerme —respondió el médico dejando transparentar un punto de decepción—. Pero quiero hacerte notar que el amo se reserva siempre el mejor plato.

—¡Ah, estaba a punto de olvidar algo! —dijo el mis Abul Fazel en el momento de despedirse de Hassan por la noche. Y siguió con un guiño malicioso—: Sí, aunque parezca increíble te he traído un regalo, a mi manera, pero tranquilízate que esta vez no se trata de un remedio contra la locura. Es incluso probable que te guste. ¿Acaso lo adivinas?

Hassan sonrió incómodo. Miró al mis, luego a Abu Alí que se mantenía de

pie aparte.

–De verdad, no se me ocurre.

–Pues bien, digamos que no podrás disponer de ese modesto regalo antes de haber adivinado de qué se trata –dijo el rais burlón–. Tienes suficientes riquezas, desprecias los atavíos. Respecto de tu persona eres poco exigente, salvo en una cosa... ¿Lo adivinas ahora?

–¿Me has traído tal vez un libro?

–¡Exacto!, querido. Se trata en realidad de un escrito. ¿Pero de quién?

–¿Cómo podría adivinarlo? ¿Quizás un autor antiguo? ¿Ibn Sina\*? ¿No?

¿Entonces alguien más contemporáneo? ¿No será Al–Ghazali\*\*?

–No, en verdad no creí oportuno traerte a éste –bromeó el rais–. Me pareció demasiado piadoso para ti... El que te traje está muchísimo más cercano a ti.

–¡Por Alá! No veo quién quieres decir.

Abu Alí sonrió y aventuró una pregunta:

–¿Puedo intentarlo yo?

–Siento curiosidad. Bueno, inténtalo –consintió Hassan abandonando.

–Apostaría que el rais te ha traído algo escrito por tu viejo amigo Omar al–Khayyam. El ex comandante estalló en carcajadas que sonaron como asentimiento.

–¿Cómo no lo pensé? –exclamó Hassan llevándose una mano a la frente.

–Escogí para ti cuatro poemas que uno de mis amigos copió en Nishapur.

Los recibió

de boca de Omar. Pienso que te agradarán.

–En efecto, no podías imaginar mejor regalo –dijo agradecido Hassan–. Te agradezco muchísimo tu atención.

Abul Fazel sacó de su túnica un sobre que alargó a su amigo. Hassan lo abrió y leyó. Cuando levantó la vista, tenía la mirada soñadora.

–¡Qué extraño...! –dijo después de un momento–. Recibir exactamente el mismo día noticias de mis dos condiscípulos: Nizam y Khayyam...

Pero el eunuco anunciaba en la antesala la llegada de Abd al–Malik y las hijas de Hassan.

–Vete ahora, viejo amigo –concluyó Hassan rodeando con el brazo los hombros del mis–, cuida a nuestras mujeres e hijos. Tal vez algún día necesites algo. Entonces acuérdate de mí, seré tu deudor...

Tras lo cual le hizo una señal a Abu Alí y los dos ancianos se marcharon. Abd al–Malik apartó la cortina y las dos hijas de Hassan, Hadidya y Fátima, avanzaron temerosamente. De inmediato se colocaron contra el muro, cerca de la puerta, mientras el dey se adelantaba con paso firme hacia el jefe supremo.

–Te traigo a tus dos hijas, Seiduna.

Hassan miró a las niñas con ojos penetrantes.



Hassan miró a las niñas con ojos penetrantes.

—¿Por qué os quedáis ahí como dos gallinas miedosas? Acercaos —les gruñó—. Vuestra madre os envía a importunarme para que la recuerde; sabe perfectamente que no podría controlar mi enfado al veros... ¡Está bien!, de todos modos os recibo como me lo ordena mi deber de padre. Ahora, basta. Seguiréis al resto del harén hasta Rai, donde Mutsufer cuidará de vosotras.

Y volviéndose en seguida hacia Abd al-Malik:

—Le dirás a Mutsufer que sólo las alimente en proporción a lo que ganen hilando. ¡Que no se fije en el hecho de que son mis hijas! Si no son dóciles, siempre puede venderlas como esclavas. Que guarde para sus gastos la mitad del precio que saque y que me envíe el resto. ¡Vamos! De prisa: a orar y luego ¡en camino!

Las dos niñas se esfumaron como dos ratitas mientras Hassan retenía un momento más a Abd al-Malik.

\* Se trata de Avicena (980-1017), el célebre médico-filósofo de la Persia musulmana. (N. del E.)

\*\* Muhanirnad al-Ghazali (1058-1111), famoso teólogo místico, adepto del sufismo. (N. del E.)

—Mutsufer sabrá perfectamente cómo tratarlas. Es un hombre prudente y él mismo tiene una retahíla de hijos.

Las niñas empero esperaban al dey delante de la puerta. Ambas estaban llorando:

—Sin embargo, tiene un rostro tan hermoso —dijo la menor.

—¿Pero por qué no nos quiere? —suspiró la mayor en medio de las lágrimas. Abd al-Malik las acompañó fuera de la torre.

—No temáis, pequeñas codornices —les dijo para consolarías—. Mutsufer tiene un corazón de oro y sus hijos se desvivirán por jugar con vosotras... vamos, que no hay de qué quejarse...

## VI

El cocinero había traído la cena pero Hassan ni siquiera lo había advertido. Sumido en sus pensamientos, sacó la antorcha de su soporte adosado al muro y lo acercó a la llama de su lámpara. Con un gesto hábil y prudente, apartó el tapiz que hacía las veces de puerta y podía inflamarse, y entró en el estrecho corredor desde el que una corta escalera llevaba hasta la terraza de la torre. Mantuvo la antorcha a una altura conveniente para poder iluminar el camino y llegó a una plataforma. Aspiró el aire puro y frío, se acercó al parapeto, levantó la antorcha encendida y la hizo dar tres vueltas por encima de su cabeza. Una señal idéntica apareció pronto en las tinieblas de abajo. Él hizo dar vueltas una vez más a su antorcha como señal de acuerdo y volvió a su habitación. Apagó la antorcha metiéndola en un gran apagavelas dispuesto a este efecto; tras lo cual se envolvió

ceñidamente en un amplio manto, apartó otro tapiz, esta vez en el muro opuesto, y, a través de una puerta estrecha entró en una habitación exigua que parecía una bodega pero a la que se habían cuidado de proveer de suaves alfombras. Levantó del suelo un martillo y golpeó un gong de metal brillante: su sonido agudo, que hacía vibrar un cable oculto, estaba directamente conectado con el pie de la torre. La celda se puso de repente en movimiento y comenzó a bajar, llevando a Hassan con ella, mediante un sistema de poleas hábilmente dispuesto, que manos invisibles manejaban desde abajo. La bajada fue larga. La angustia sobrecogía a Hassan en todos estos viajes aéreos. ¿Qué sucedería si una pieza de la máquina cedía o si la cuerda llegaba a romperse, precipitándolo a él y a la estrecha plataforma en las rocas que servían de cimientos a la torre? ¿Qué

ocurriría si a uno de los negros en quienes él confiaba tanto se le ocurriera deteriorar apostando el dispositivo y lo mandara al otro mundo? Uno de aquellos hombres, cuya virilidad él había extirpado artificialmente, podía muy bien, en un acceso de lucidez brutal, tratar de vengar su dignidad humillada y asestar, por ejemplo, un buen mazazo en la cabeza de su amo. Sí, aquellos terribles centinelas que domaba con la mirada como si fuesen animales salvajes, a quienes fascinaba como serpientes ante el sonido de la flauta, podían muy bien rebelarse. Él lo había hecho todo para consolidar su confianza. A nadie sino a él obedecían. El que pasaba delante de ellos temblaba, incluso Abu Alí no podía reprimir un escalofrío de inquietud cuando se le cruzaban en su camino. Ellos eran el arma ciega gracias a la cual Hassan se imponía incluso a sus deyes y a los jefes más feroces. Por intermedio de ellos ejercía desde arriba una terrible presión sobre sus subordinados. Para someterlos desde otro ángulo, esta vez desde abajo, y cogerlos como con una pinza, pronto tendría a sus fedayines. No trataba de hacerse ilusiones: los deyes y los jefes no creían en nada, sólo perseguían su beneficio personal... No podía dejar de comparar aquella máquina humana a la garrucha que lo ayudaba a moverse de arriba abajo de su torre, como en un pozo. Si una sola hipótesis fuera errónea significaría el hundimiento de todo el andamio. Un solo error de cálculo y la obra de su vida podría verse aniquilada.

La máquina acababa de detenerse: la plataforma había llegado a la base de la torre. El negro que acababa de manejar las poleas levantó la cortina. Hassan entró en un pasadizo frío en el que imperceptibles corrientes de aire hacían temblar la llama de las antorchas como otros tantos pájaros asustados. Volviéndose hacia el eunuco que lo seguía, lo miró con ojos penetrantes. De nuevo se sentía tranquilo, completamente en calma.

—¡Baja el puente! —ordenó rudamente.

—A tus órdenes, oh, Seiduna.

El negro empuñó una enorme palanca y la bajó enérgicamente. Uno de los muros pareció ponerse en movimiento y se escuchó el murmullo del agua. Instantes después, el titilar de las estrellas apareció a través de una estrecha abertura, luego un amplio trozo de

cielo. El puente bajó suavemente por encima del torrente. Un hombre provisto de una antorcha esperaba del otro lado. Hassan corrió hacia él. El puente volvió a levantarse tras de ellos, bloqueando la estrecha salida; así se le devolvió al castillo su función perfectamente hermética.

—¿Algo nuevo, Adí?

—Todo está bien, oh Seiduna.

—Llevarás a Myriam al pabellón de la izquierda, donde la esperaré. Luego

irás en busca de Apama y la instalarás en el de la derecha. Pero ni una palabra a ninguna de ellas.

—A tus órdenes, oh, Seiduna.

Los dos hombres habían intercambiado una breve sonrisa. Caminaron hasta una especie de acequia donde estaba amarrada una barca en la que se instalaron. Adí se puso a los remos. Tomaron un estrecho canal y pronto atracaron en una orilla de arena. Un sendero empinado subía el talud plantado en aquel lugar de hermosos árboles y matorrales floridos: en lo alto, un pabellón de vidrieras brillaba en la noche como si fuera un castillo de cristal.

Adí abrió la puerta y se apresuró a encender la resma de las lámparas dispuestas en las cuatro esquinas de la habitación. Mil reflejos de agua centellearon en la superficie del estanque circular que ocupaba el centro del pabellón. Hassan abrió un grifo y un potente chorro de agua lanzó su haz líquido hasta casi rozar el techo.

—No tengo intención de malgastar mi tiempo esperando —lanzó el amo de la casa al tiempo de tomar asiento sobre los cojines dispuestos contra el muro—. Ve rápidamente en busca de Myriam—. Tras la cual abandonó sus pensamientos al suave murmullo del agua. Tan absorbido estaba que no advirtió la entrada de la joven.

—La paz sea contigo, oh, nieto de Sabbah —saludó. Hassan se estremeció y luego le hizo alegremente una señal para que se acercara. Ella colocó en el suelo un gran canasto lleno de manjares y bebidas, se abrió el manto que él retiró con un punto de turbación.

—¿Cómo progresan las chicas?

—Según tus directivas, oh, Ibn Sabbah.

—¡Bien! Aunque ahora la época escolar ha llegado a su fin... El sultán acaba de enviar un ejército contra nosotros; en pocos días acampará al pie del castillo. Myriam abrió los ojos de par en par. Había tenido el tiempo justo de ver dibujarse en los labios de Hassan una fugaz sonrisa.

—¿Y estás tan tranquilo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Lo que deba suceder sucederá. Por ello no veo la razón de que no me sirvas del vino que has traído.

Ella se levantó y preparó dos copas. No llevaba más que el fino camisón de seda rosa con el que dormía. Hassan la contempló. Las manos blancas de la joven, casi transparentes en la luz, sirvieron el vino de la garrafa en las copas. Era la perfección misma. Hassan reprimió el suspiro doloroso que de pronto sentía oprimirle el pecho. Sabía que era viejo y que todo en esta tierra llegaba demasiado tarde. Le ofreció una copa. Bebieron uno a la salud del otro y por un instante ella sorprendió en los ojos de aquel hombre duro un fulgor húmedo.

Adivinó su oculta razón. Luego la acostumbrada sonrisa burlona afloró de nuevo a los labios de Hassan...

—Hace tiempo que debes preguntarte —le dijo—, de qué pueden servirme estos suntuosos jardines y estos pabellones de cristal, y lo que pienso hacer en realidad con todas estas jóvenes a quienes he ordenado educar de una forma... ¡ejem!... tan especial. Nunca me has interrogado respecto de esto y créeme que aprecio tu discreción. Myriam había cogido entre sus manos la mano derecha del hombre, que era fuerte y sin embargo muy suave. Buscó sus ojos con la mirada y le dijo:

—En realidad, nieto de Sabbah, si no te lo he preguntado es porque hace mucho tiempo he supuesto tus propósitos.

—Te doy mi reino si lo adivinas. —Hassan había acompañado esta frase con una sonrisa a la vez irónica y benevolente.

—¿Y si de verdad lo adivino?

—Habla, habla.

—¿Acaso no destinas estos jardines a tus fieles, como la mayor recompensa a su devoción y a su abnegación?

—Estás equivocada, querida.

—Lo había pensado. No sé nada más.

Myriam estaba completamente desconcertada, de lo que Hassan no dejó de regocijarse en secreto.

—Una vez te quejaste, ¿recuerdas?, de aburrirte terriblemente bajo el sol, de que ya no te interesaba nada, de que las cosas habían dejado de gustarte. Me propuse entonces explicarte los filósofos griegos y nuestros filósofos, iniciarte en las ciencias de la naturaleza, en los móviles secretos del hombre, en los ocultos mecanismos de sus actos; te expliqué lo mejor que pude las partes del universo. Te conté mis viajes, mis fallidas hazañas, te hablé

de los príncipes, de los shahs de los tiempos antiguos, de los sultanes y califas. A menudo te dije que aún tenía muchas cosas que contarte, pero que no había llegado la hora para hacerlo. Una vez te pregunté si estabas dispuesta a ayudarme a derribar al sultán Malik Shah. Sonreíste y tu respuesta fue: «¿Por qué no?». Te cogí la mano en señal de que aceptaba tu consentimiento. Tal vez pensaste que bromeaba. Esta noche he venido a tomarte la palabra.

Myriam le dirigió una mirada interrogativa. No sabía bien lo que había que pensar de aquellas extrañas palabras.

—Una vez más quisiera llamar tu atención sobre otro aspecto de las cosas, querida. A menudo me has dicho que no te era posible, después de lo que habías vivido en tu juventud, creer en algo. Entonces te respondí que una larga existencia dedicada a la búsqueda del saber me había conducido a la misma conclusión. Te pregunté: Por consiguiente, ¿qué puede hacer el hombre que ha

descubierto que la verdad, inaccesible en su principio, no puede existir para él?  
¿Recuerdas lo que me respondiste?

—Perfectamente, oh, Ibn Sabbah. Te respondí más o menos esto: El que ha descubierto que todo lo que la gente llama dicha, amor, alegría no es más que un conjunto de falsos cálculos, construido sobre hipótesis erróneas, sólo encuentra en su corazón un terrible vacío. La única cosa que podría aún despertarlo de ese entumecimiento sería arriesgar su destino y el de los demás. Al que es capaz de esto, le está todo permitido. Hassan silbó alegremente.

—Pues bien, querida, esta noche te traigo la posibilidad de arriesgar tu destino y el de los demás... ¿Estás satisfecha?

Myriam, tras un breve movimiento de sorpresa, lo miró al fondo de los ojos.

—¿Intentas plantearme algún acertijo?

—No. Sólo te he traído algunos poemas de Omar Khayyam que me gustaría que leyeras. El destino quiere que este viejo amigo haya visitado mi memoria justamente esta noche. Como por casualidad, el rais de Isfahan que, ya te lo he contado, me tomaba antaño por loco, me ha regalado hoy algunos versos suyos. Por lo demás, él fue también el emisario que nos comunicó que íbamos a recibir la visita del enemigo. Abrió el sobre y le alargó las hojas a Myriam.

—Siempre piensas en complacerme —le agradeció ella.

—No, no. Sólo quería concederme el placer de oír tu voz. Sabes bien que no tengo inclinación natural por este tipo de exquisiteces...

—¿Entonces debo leer?

Apoyó la cabeza en la rodilla del anciano y leyó:

¿Estás embriagado, estás enamorado? Regocíjate.

¿Las caricias y el vino te consumen? No lo lamentes.

¿Qué ocurrirá luego con nosotros? No te preocupes.

¿Lo que seas? Jamás lo sabrás... Por tanto, ¡a tu salud!

—¡Qué sabiduría! —suspiró Hassan cuando ella terminó—. Todos pensamos demasiado en el porvenir; es la razón de que el presente se nos escape siempre. En cuatro versos... toda una mirada sobre el mundo... Pero sigue. No quería interrumpir. Myriam prosiguió:

Los ejércitos de la mañana expulsan ya la noche.

¡Levántate! Es la hora del vino y de los besos.

La hora de desplegar los narcisos de otro sueño.

¡Basta de holgazanear a mi lado! ¡De pie!, te digo, ¡es la hora!

Hassan rió con buen humor, pero sus ojos estaban húmedos.

—Mi buen amigo sabe lo bueno que existe en la tierra —exclamó—. Un leve efluvio de vino al alba, una beldad a sus pies: ¿qué hombre, incluso qué rey podría desear más que esto?

Myriam siguió recitando:

Myriam siguió recitando.

El corazón se dirige hacia un rostro floreciente,

El brazo hacia la copa se tiende...

En cada átomo de polvo, yo también soy,

Y todos los átomos juntos forman un solo rostro.

—El universo está en ti y tú eres el universo... era totalmente lo que le gustaba enseñar antaño a Omar...

Hassan pareció sumirse en sus pensamientos.

—Eso es lo único que me gusta... sí, todo lo que amo... —murmuró para sí mismo. Myriam leyó otros cuatro versos:

Cuando en primavera una hija del cielo

Me sirve ese vino que canta en las copas

—y compadezco a los que me censuran—,

¡Sería peor que un perro si me inquietara por el paraíso!

—¡Qué simple verdad! —exclamó Hassan—. La primavera en flor, una muchacha que sirve vino en tu copa... ¡Qué otro paraíso se puede desear! Pero nuestro destino es hacerle la guerra al sultán... y alimentar negros designios...

Ambos guardaron un momento de silencio.

—Hace un rato querías confiarme algo —le recordó Myriam finalmente. Hassan sonrió.

—Sí, me gustaría pero no sé cómo hacerlo para que me comprendas exactamente. He llevado en mí este secreto durante veinte años, lo he ocultado al mundo, y de repente, ahora que ha llegado la hora de decirlo, no encuentro las palabras...

—Te entiendo cada vez menos. ¿Hace veinte años, dices, que llevas un secreto en ti?

¿Y ese secreto se refiere a estos jardines...? ¿La destrucción del reino de Irán...? Si, todo eso sigue siendo muy vago para mí...

—Ya lo sé. Mientras no te lo explique todo no podrás comprender. Estos jardines, estas jovencitas, Apama y sus enseñanzas, tú y yo finalmente... en resumen, este castillo de Alamut y lo que se oculta detrás... todo entra en la composición de un vasto plan que de mi imaginación he trasladado a los hechos. Es ahora cuando debe revelarse la exactitud de mis premisas. Te necesito, estamos en el momento de la gran prueba. Para mí no hay camino de retomo. Me cuesta mucho expresarme...

—Siempre me sorprenderás, Hassan mío. Habla, te escucho con todo mi corazón...

—Para que me comprendas mejor, me remontaré a mi lejana juventud... Como sabes, nací en Tus y mi padre se llamaba Alí. Era el aniversario de Bagdad y de la Sunna y a menudo se recordaban estas cosas en casa. Todas las querellas a

la Suma, y a menudo se recordaban estas cosas en casa. Todas las querencias a propósito del Profeta y de sus herederos me parecían muy enigmáticas y ejercían en mí una extraña fascinación. De entre los numerosos combatientes de la fe musulmana, al que sentía más cerca de mi corazón era al mártir Alí. Todo lo que tenía que ver con él y su familia, tenía para mí una aureola de inquietante misterio. Aunque lo que me conmovía más era el anuncio de que Alá

enviaría después de él a la tierra a alguien de su estirpe con el rango de «Mahdí»\*, que sería el último y el mayor de los profetas. Interrogué a mi padre, interrogué a sus padres, a sus amigos, me consumía por saber mediante qué señales reconoceríamos al Mahdí. Parecían bastante incapacitados para decirme algo preciso. Mi imaginación se había exacerbado: unas veces veía al Mahdí con los rasgos de tal o cual creyente ilustre, y otras con el rostro de algún personaje contemporáneo; en la soledad de mis noches llegaba hasta a preguntarme si no era yo mismo el salvador esperado. Me consumía, me consumía infinitamente por saber algo más sobre aquella famosa doctrina...

»Un día oí que contaban que en nuestra ciudad se ocultaba un cierto dey llamada Amireh Zarab, considerado como un iniciado en todos los misterios concernientes a la venida del Mahdí. Me informé y un primo mayor que yo, que no era especialmente partidario de la causa de Alí, me comunicó que el dey en cuestión pertenecía a la secta ismaelita y que los adeptos de esta secta se comportaban secretamente, como sofistas, como librepensadores, como impíos... Fue entonces cuando me enardecí de veras. Aún no tenía doce años. Cuando me decidí a visitar al personaje en cuestión, lo asalté literalmente a preguntas. Quería saber de su boca si verdaderamente la doctrina ismaelita sólo era un librepensamiento disfrazado... y qué ocurría entonces con la venida del Mahdí. Amireh Zarab comenzó a explicarme, con mil argucias, la doctrina exterior del ismaelismo. Me confirmó que Alí era de verdad el único heredero del Profeta y que el hijo de Ismael, Muhammad, octavo en la dinastía de Alí, volvería un día a la tierra con el nombre de Al-Mahdí. Luego me explicó con detalle los argumentos de las demás sectas que se decían deudas de Alí, maldiciendo de paso a los que proclamaban que Al-Mahdí se aparecería a los creyentes en la persona del Decimosegundo Imán... el cual no sería de la rama de Ismael. Todas estas controversias alrededor de las personas me parecían miserables y mezquinas. No existía en ellas ningún signo de misterio. Me volví descontento a casa, muy dispuesto a no preocuparme más por las disputas de religión y, por el contrario muy decidido, a semejanza de la mayoría de mis contemporáneos, a buscar el placer por las vías más accesibles.

»Esto hubiera resultado seguramente si otro ismaelita, Abu Nedim Zaradj, no hubiera venido uno de esos años a nuestra región. Fui en su búsqueda, aún encolerizado con su predecesor que no había sido capaz de revelarme ni la



encerrado con el profesor que no tenía una capa de revestimiento en la  
sombra de un misterio, y me burlé

de él y de su doctrina critica, tan ridícula para mí como la de los sectarios  
de la Sunna. Ni él ni los devotos que lo rodeaban, podía apostar, sabían nada  
acerca de cuándo vendría el Mahdí... y no hacían más que engañar a los  
creyentes ávidos de verdad... Todo el tiempo que hice llover sobre él aquella  
escarcha negra, esperé que saltaría y me pondría

\* En árabe: «El que está guiado». (N. del E.)

de patitas en la calle. Pero el refike me escuchó con calma... Incluso observé que cierta sonrisa de satisfacción afloraba a sus labios. Cuando finalmente no me quedó nada por decir, declaró: "Has pasado maravillosamente el examen, mi joven amigo. Incluso déjame predecirte lo siguiente: un día te convertirás en un poderoso dey entre todos los deyes. Sí, estás maduro para recibir la verdadera doctrina ismaelita, pero antes debes prometerme que no le contarás a nadie lo que voy a enseñarte, antes de que seas consagrado". Estas palabras me llegaron a lo más vivo. Así pues, yo había tenido razón al sospechar que allí

había algún misterio. Le hice con voz trémula la promesa que me pedía, tras lo cual comenzó este discurso: "La historia de Alí y del Mahdí sólo es un espejismo destinado al común de los creyentes que veneran el nombre del yerno del Profeta y odian Bagdad\*. Pero al que puede comprender nosotros le explicamos, tal como el califa Al-Hakim\*\*, que el Corán es fruto de cerebros perturbados. Tienes que saber que nadie debe saber la verdad. Por consiguiente no creemos en nada... y podemos hacer cualquier cosa". Me sentía como golpeado por el rayo. El Profeta... alguien con el cerebro perturbado. Su yerno Alí, un imbécil puesto que creía. Y lo que me habían enseñado sobre la misión sagrada del Mahdí, la magnífica doctrina llena de misterio sobre la venida de un salvador, sólo era una fábula inventada para las multitudes de gente sencilla. Confieso que en el momento no pude contener un grito de indignación: Pero entonces, ¿por qué engañáis de esta manera a los hombres? Me lanzó una dura mirada: "¿No te das cuenta de que nos hemos convertido en esclavos de los turcos? ¿Que Bagdad se ha puesto de su lado y que las muchedumbres están descontentas? Ésta es la razón de que el nombre de Alí sea santo. Nos hemos servido de él para sublevar al pueblo contra el sultán y el califa. Nada más." Tenía la lengua pegada al paladar. Corrí a mi casa como un loco. Me arrojé en mi cama y comencé

a sollozar. Un mundo encantado se hundía frente a mi. Caí enfermo. Durante cuarenta días y cuarenta noches estuve entre la vida y la muerte. Finalmente la fiebre me abandonó y recuperé las fuerzas. Pero era un hombre nuevo el que volvía a la vida... Sumido en sus pensamientos, Hassan guardó silencio. Myriam, que durante todo aquel tiempo había tenido la mirada pendiente de sus labios, le hizo entonces esta pregunta:

—¿Cómo se explica, oh, Ibn Sabbah, que te hayas acogido tan rápidamente a esa doctrina impía, cuando el maestro precedente te había decepcionado tanto...?

—Intentaré explicártelo. Por más que el primer dey había hecho lo que pudo por transmitirme algunas verdades completamente precisas, sentí detrás de ellas

una sombra que me las hacía sospechosas. No habían saciado mi sed de saber, mi aspiración a una verdad sólo inalcanzable, creía, si se accedía a un conocimiento superior. Me esforcé por asimilar aquellos hermosos principios como auténticas verdades, aunque el corazón las rechazaba. Debo decir que tampoco entendí de verdad adónde quería llegar mi segundo maestro. Pero aquella vez, la enseñanza recibida permaneció en el fondo de mi alma como una lejana sospecha de algo sombrío y terrible que algún día accedería a mi conciencia clara. Mi razón quería rechazarla pero el corazón, de inmediato, se adhería a ella con entusiasmo. Cuando superé la enfermedad, resolví arreglar mi vida de forma que madurara y elevarme al saber que me hiciera comprensibles las afirmaciones del refike, que me revelara su legitimidad o me hiciera reconocer su absurdo. «Hay que tomar la vida en serio y verificar mediante la experiencia», me dije, «si las afirmaciones del refike se sostienen». Decidí estudiarlo todo y no omitir nada de lo que los hombres sabían. No tardó en

\* Dicho de otra manera, a los creyentes del rito chiíta. (N. del E.)

\*\* Hakim Bi-Anff Mali (996-1021): califa fatinita de Egipto que, bajo la influencia de los Ismaelitas, llegó a proclamar su propia divinidad. Nerval relata su historia en su Viaje a Oriente. (N. del E.)

presentármeme la oportunidad. Rasgo propio de la juventud, no podía callarme. Con quien quería oírme, comenzaba la discusión sobre lo que atormentaba mi espíritu. Mi padre, que pasaba por ser partidario de Alí, tuvo miedo. Para no hacerse sospechoso de herejía, me envió a Nishapur a estudiar con Muvafik Edin. Fue allí donde conocí al famoso Omar Khayyam, y después al que todavía no era el gran visir, Nizam al-Mulk...

»No hay mucho que decir del maestro que nos instruía. Citaba numerosos autores y se sabía el Corán de memoria del primero al último sura. Pero ni una gota de su saber podía saciar mi sed... El encuentro con mis dos condiscípulos tuvo, por esta razón, mucho más efecto sobre mí. El futuro visir era, como yo, nativo de Tus y llevaba mi mismo nombre: Hassan Ibn Alí. Tenía ocho o diez años más que yo y sus conocimientos, sobre todo en matemáticas y astronomía, eran ya muy extensos. Pero los problemas religiosos, la búsqueda de la verdad en sí, nada de eso le interesaba. Fue entonces cuando entreví por primera vez el abismo que separa a un individuo de otro. Él no había oído hablar nunca de maestros ismaelitas que hubieran vivido en Tus... y, naturalmente, no había atravesado nunca una crisis espiritual que lo hubiera puesto a las puertas de la muerte. Sin embargo, era una inteligencia robusta, al menos muy por encima de la media de nuestros condiscípulos.

»Omar era completamente diferente. Procedía de Nishapur y pasaba por ser un muchacho humilde y tranquilo, pero cuando se lograba hablar con él a solas, mostraba el verdadero color de su espíritu: se burlaba de todo y no creía en nada. Tanto podía mostrarse caprichoso como espiritual –hasta el punto de darte ganas de beber sus palabras durante días y noches–, luego de nuevo soñador y huraño. Nizam y yo le teníamos mucha simpatía. Todas las tardes nos reuníamos los tres en el jardín de su padre y forjábamos juntos grandes planes para el futuro. El jazmín esparcía su aroma y las mariposas nocturnas chupaban el néctar de las flores... Sentados bajo los matorrales, urdíamos nuestro destino... Un día, lo recuerdo como si fuera ayer, sentí de pronto deseos de aparentar delante de ellos y les conté que formaba parte de una cofradía ismaelita secreta. Les describí mi encuentro con los dos maestros y les expuse lo que conocía de la doctrina. La presenté como un combate librado contra los soberanos selyúcidas y contra el califa de Bagdad, su lacayo. Al ver su asombro, creí oportuno repetirles la canción completa:

"¿Queréis que nosotros, descendientes de los Josrow\* de la antigua Persia, de los Rostam\*\* y de los Firdusi, nos mezclemos con estos ladrones de caballos del Turkestán?

Puesto que su bandera es negra, que la nuestra sea blanca. Pues sólo existe algo vergonzoso: reptar servilmente delante del extranjero, inclinarse delante de la barbarie". Les toqué el punto sensible. "¿Y qué tendríamos que hacer, según tú?", preguntó Omar.

"Intentar subir lo más rápidamente posible la escala de los honores. El primero que llegue tendrá la obligación de ayudar a los otros dos". Mi proposición les gustó y los tres sellamos nuestro acuerdo con una promesa solemne.

Se calló y Myriam se acercó tiernamente a él.

—En realidad la vida parece una fábula —murmuró pensativa.

—Yo también conservé en el fondo del corazón la nostalgia de las fábulas de mi infancia —prosiguió Hassan—, y esa creencia inviolada en la venida del Mahdí, esa fe en los grandes misterios relativos a la sucesión del Profeta. La herida siempre ha permanecido abierta, la herida de aquella decepción. Pero los argumentos a favor del agnosticismo comenzaron a acumularse. Pues así como los partidarios de Alí defendían sus posturas, los sunnitas defendían las suyas. Y se encontraba el mismo celo desplegado para justificar una doctrina entre los cristianos de todas las confesiones, entre los judíos, entre los

\* Reyes de la dinastía sasánida, que reinaron en Irán antes del Islam. (N. del E.)

\*\* Héroe del célebre Shah-Nameh (Libro de los reyes) de Firdusi. (N. del E.)  
brahmanes, los budistas, los adoradores del fuego, en resumen, entre todos los paganos. Los filósofos de todas las tendencias afirmaban sus puntos de vista, luchaban entre ellos, unos creían en un solo dios, los demás en muchos, otros proclamaban que Dios no existía y que todo era puro azar. Comencé a comprender cada vez mejor la sublime sabiduría de los deyes ismaelitas. La verdad es inaccesible, para nosotros no existe. Entonces, ¿qué conducta, hay que seguir? Para el que ha comprendido que no se puede comprender nada,, para el que no cree en nada, todo está permitido, y puede seguir sin temor sus pasiones.

¿Es éste en verdad el último conocimiento posible? Mi primera pasión fue estudiar, informarme de todo. Estuve en Bagdad, en Basra, en Alejandría, en El Cairo. Estudié todos los campos del saber, todas las ciencias: matemáticas, astronomía, filosofía, química, física, historia natural. Aprendí las lenguas extranjeras, observé las costumbres de los demás pueblos, las mentalidades extranjeras. La doctrina ismaelita se me volvía cada vez más cercana... Pero aún era joven y comencé a sentirme atormentado por el pensamiento de que la mayor parte de la humanidad se complacía en el error, se entregaba a elucubraciones estúpidas, adoraba mentiras. Me pareció que mi deber en este mundo era comenzar a sembrar la verdad, abrir los ojos de los hombres, liberar a la humanidad de sus ilusiones y salvarla de los impostores que la condenaban a las tinieblas. El ismaelismo se convirtió para mí en la bandera de combate contra la mentira y el error; me sentía personalmente la antorcha que iluminaba a la humanidad en su marcha ciega.

»¡Una vez más fue amarga mi decepción! Todas nuestras cofradías me recibían como un gran defensor del ismaelismo, pero cuando les exponía a los jefes mi plan, que consistía en iluminar a las multitudes, movían la cabeza y se ponían en guardia. Por doquier me rechazaban. Pronto me resultó claro el hecho de que los jerarcas del movimiento hacían todo lo posible para ocultarle la verdad al pueblo, que lo mantenían en el error empujados por móviles egoístas. De manera que en mis viajes comencé a hablar directamente a las multitudes, a las gentes del pueblo. En los mercados, en las paradas de las caravanas, a la sombra de los santuarios donde se reunían los peregrinos, tomaba la palabra para demostrarles que todo lo que creían era falso, que si no se liberaban de esas fábulas y de esas mentiras, morirían hambrientos y frustrados por alcanzar la verdad. El resultado era que las más de las veces debía huir antes del final de

aquellos hermosos discursos, bajo una lluvia de piedras y de insultos... Entonces descubrí que era más hábil intentar abrir los ojos a individuos en particular. Muchos me escuchaban atentamente, pero cuando terminaba, me respondían que en ellos también se había despertado la duda, pero que les parecía más prudente aferrarse a algo sólido que deambular en medio de una eterna incertidumbre u obstinarse en una inútil negación. No sólo el pueblo llano sino incluso los espíritus elevados preferían la mentira palpable a una verdad inaccesible. Así, todos mis intentos por llevar tanto el conocimiento a los particulares como a las multitudes habían fracasado. Sin lugar a dudas, la verdad que representaba para mí la cima de todos los valores era para el resto de la humanidad una cosa de poco valor. Renuncié pues a mi pretendida misión y entregué las armas.

»Estos intentos me habían hecho perder un tiempo precioso. Sobre todo si miraba los resultados obtenidos por mis dos discípulos, que parecían haberme dejado muy atrás. Mi homónimo de Tus había entrado al servicio de un príncipe selyúcida y el sultán de entonces, Alí Arsían Shah, acababa justamente de llamarlo a su corte en calidad de visir. En cuanto a Omar se había hecho famoso como matemático y astrónomo y, fiel a su promesa de juventud, Nizam al-Mulk le había hecho conceder con cargo al erario del Estado una renta anual de mil doscientas monedas de oro.

»Resolví visitar a Omar en su propiedad de Nishapur. Me puse en camino, hace de esto unos veinte años, y encontré a mi viejo discípulo entre el vino, las mujeres y los libros. Mi rostro no debió de haberle inspirado confianza. En efecto, incluso aquel hombre indiferente tembló al verme. "¡Cómo has cambiado!", exclamó cuando por fin me reconoció. "Se diría que vuelves directamente del infierno, de tan demacrado y curtido que estás..." Me abrazó y me invitó a quedarme en su casa. Me abandoné a aquella comodidad:

tras tantos años de vagabundeo, por fin gozaba de reposo y de la sal de aquellas conversaciones libres que la gracia del vino volvía espirituales y eruditas. Nos contamos mutuamente todo lo que nos había sucedido. También nos confiamos nuestros hallazgos espirituales, nuestras experiencias vitales, sólo para constatar, ante nuestra mutua sorpresa, que ambos habíamos llegado por diferentes caminos a conclusiones asombrosamente similares. Por decirlo de alguna manera, él no había salido nunca de su casa, yo había recorrido la mitad del mundo. "Si estaba necesitado de una señal que me confirmara que he llevado mi investigación por el buen camino, pues bien, hoy la recibo de tu boca", le gustaba decir. Y yo no dejaba de responderle: "Cuando hablo contigo y veo que nos entendemos tan bien, me siento ahora como Pitágoras, que oía zumbas las estrellas en el universo, señal indiscutible de la armonía de las esferas..."

»Un tema nos gustaba por encima de los demás: el examen de las

posibilidades del conocimiento. "Un conocimiento total y definitivo es imposible", proclamaba, "pues nuestros sentidos mienten. Pero son los únicos mediadores entre las cosas que nos rodean y lo que conoce de ellas nuestra razón". "Es exactamente lo mismo que afirman Demócrito y Pitágoras", observaba yo. "Por eso la gente los condenó por impiedad, mientras ponían por las nubes a Platón que los llenaba de fábulas." "Así han sido siempre las multitudes", seguía Omar. "Temen la incertidumbre, por eso prefieren una mentira bien servida que cualquier conocimiento, por elevado que sea, que no les ofrezca un punto de apoyo sólido. En esto no se puede hacer nada. El que quiera ser un profeta para las multitudes debe actuar con ellas como los padres con sus hijos: debe alimentarlas de leyendas y de cuentos. Ésta es la razón para que el sabio se mantenga lejos de ellas." "Sin embargo, Jesús y Mahoma querían el bien de las multitudes." "Sí, sí, deseaban el bien para ellas pero también conocían su infinita pobreza. Sólo la compasión los empujó a prometerles el paraíso en pago de todo lo que sufrieran en este mundo, para recibirlo en el otro." "¿Por qué, entonces según tú, permitió Mahoma que miles de hombres muriesen por su doctrina, una doctrina basada en una fábula?" "Creo que porque sabía que de todas maneras se matarían entre si por motivos mucho peores. Quiso garantizarles así una cierta felicidad en la tierra. Para conseguirlo inventó sus conversaciones con el ángel Gabriel... si no, no le habrían creído... Y prometerles después de la muerte todas la riquezas del paraíso... y así

conseguido, convertirlos en hombres valerosos e invencibles." "Me parece", seguía yo tras un momento de reflexión, "que hoy ya nadie correría alegremente a la muerte con la única promesa de entrar después en el paraíso". "También envejecen los pueblos", respondía él,

"la idea del paraíso se ha difuminado en el espíritu de la gente y ya no suscita la exaltación de antaño. La gente ya sólo cree por pereza, por temor a tener que aferrarse a algo nuevo." "¿Entonces piensas que en la actualidad, si un profeta anunciara el paraíso a las muchedumbres para ganar su adhesión, fracasaría?" Omar sonreía: "Ciertamente. Pues una misma antorcha no arde dos veces, de igual manera como no florece el tulipán marchito. El pueblo se contenta con sus pequeñas comodidades. Si tú no tienes la llave que les abra el paraíso en vida, mejor es que abandones toda esperanza de convertirte en profeta."

»Cuando le oí pronunciar aquella frase, me tomé la cabeza con las dos manos como golpeado por el rayo. Omar había expresado en broma una idea que incendió mi alma. Sí, los pueblos buscaban fábulas y cuentos y amaban la ceguera en la que vagaban. Omar acababa de servirse una copa de vino. En ese momento nació en mí un plan, que sentí

poderoso, inmenso, un plan que el mundo nunca había conocido: aprovechar



la ceguera humana hasta sus últimos límites. Servirse de ella para alcanzar el cenit del poder y volverse independiente del resto del mundo. ¡Realizar la fábula! ¡Transformar la leyenda en realidad, de manera que la historia hablara de ella mucho tiempo después! ¡Hacer un gran experimento con el hombre!

Hassan empujó a Myriam y se levantó de un salto. Más excitado que ella lo hubiera visto nunca, se puso a andar como un desaforado alrededor del estanque. En aquel

momento había en él algo casi espectral. Daba la impresión de haberse vuelto loco. Ahora, ella adivinaba el sentido de sus palabras. Con voz temerosa preguntó:

—¿Y qué hicistes luego?

Hassan se detuvo bruscamente. Comenzó a recobrarse. En sus labios vagaba una sonrisa a la vez irónica y burlona.

—¿Lo que hice luego? —repitió—. Busqué las posibilidades de realizar la fábula. Finalmente vine a Alamut. La fábula ha cobrado vida, el paraíso ha sido creado y sólo espera a sus visitantes.

Myriam lo miraba como fascinada. Le dijo lentamente:

—Eres quizá tal como lo había imaginado...

Hassan esbozó una sonrisa divertida:

—¿Quién soy pues...? Permíteme que me exprese por medio de imágenes: soy un horrible soñador infernal.

Tras lo cual estalló con una extraña risa.

—Demasiado halagador, seguramente —se corrigió finalmente—. ¡Vamos!, ahora que conoces mis intenciones, es hora de que te dé directivas precisas. Cualquiera de los habitantes de estos jardines que se vaya de la lengua con los visitantes será ejecutado. Tú

no revelarás nada. No haré excepciones. Espero que me hayas comprendido. Habrá que hacer comprender a las jóvenes que por motivos superiores deberán conducirse como si estuvieran realmente en el paraíso. Tal es por el momento tu papel. Prepárate; y ven a esperarme de nuevo mañana por la noche. Dicho esto, te deseo buenas noches. La besó tiernamente y desapareció con paso rápido.

Adí montaba guardia en la orilla, junto a la barca. Hassan tomó asiento en la embarcación y ordenó en voz baja:

—¡A ver a Apama!

Su vieja amiga lo esperaba en un pabellón idéntico al anterior. Se consumía de impaciencia. Tanto se la veía majestuosamente tendida sobre los cojines como, cediendo a la inquietud, levantándose y corriendo a través de la habitación. Miraba constantemente en dirección de la puerta, hablando consigo misma, encolerizándose, jurando a media voz, sirviéndose de cien argumentos

venementes dirigidos a algun interlocutor imaginario, acompanandolos con grandes movimientos de brazos. De repente aguzó el oído: el visitante se acercaba. Se envolvió en su dignidad y dio unos pasos hacia la puerta. Cuando la divisó, Hassan no pudo reprimir una sonrisa burlona. Se había ataviado de la forma más solemne. Llevaba todas sus joyas: en el cuello, en las orejas, en los brazos, en las piernas. No le faltaba nada. En la cabeza brillaba una magnífica diadema de oro recamada de piedras preciosas. Ella ya se había emperifollado así, hacía cerca de treinta años, en Kabul, cuando la había conocido en las fiestas de un príncipe del lejano Oriente.

¡Aunque qué diferencia entre la Apama de entonces y la de ahora! Hassan conservaba el recuerdo de una muchacha de miembros soberbios, a la vez llenos y firmes; en la actualidad no era más que un esqueleto mal recubierto de piel... un cutis marchito, ennegrecido, arrugado como un sapo. Había maquillado sus mejillas colgantes, así como sus labios, con un rojo chillón. Los cabellos, las cejas, los párpados estaban pesadamente pintados de negro. A Hassan le parecía la viva imagen de la precariedad de todo lo que está hecho de carne y hueso.

Besó rápidamente la mano derecha de su huésped y lo invitó a tomar asiento junto a ella en los cojines. Luego le dijo con tono de reproche:

—Vienes de estar con ella. En otro tiempo ni siquiera me hubieras dado tiempo de sentarme.

—¡No chochees! —dijo Hassan guiñando los ojos con humor—. Te he llamado por cosas importantes. Dejemos el pasado, de todos modos nadie puede quitárnoslo.

—¿Lo lamentas tal vez?

—¿He dicho algo semejante?

—No. Pero...

—¡Nada de peros! Quiero saber si todo está dispuesto.

—Todo está dispuesto según tus órdenes.

—Los jardines van a recibir huéspedes. ¿Puedo confiar enteramente en ti?

—No tengas dudas. No olvidaré nunca la miseria de la que me sacaste.

—Bien... ¿Cómo va la escuela?

—Como puede ir con niñas pavas.

—Bien.

—Creo que es mi deber llamar tu atención sobre un punto. Tus eunucos no me parecen muy fiables.

Hassan se rió.

—Siempre lo mismo. ¿No conoces otra cantinela?

—No digo que no se pueda confiar en ellos. Te temen demasiado para ello. Pero sospecho que alguno de ellos ha conservado cierta virilidad...

Hassan se ponía cada vez más divertido.

Hassan se ponía cada vez más divertido.

—¿Los has probado?

Ella hizo ademán de alejarse, ofendida.

—¿Cómo piensas eso de mí? ¡Con esos perros!

—¿Quién puede haberte metido esa divertida idea en la cabeza entonces?

—Dan vueltas alrededor de las chicas, y de una forma que me parece clara.

Aunque a mí no me lo pueden ocultar. Además...

—¿Qué...?

—El otro día Mustafá me mostró algo, de lejos...

Hassan se desternillaba de risa en silencio.

—No seas loca. Eres una vieja legañosa. Ha presumido contigo para burlarse de ti.

¿Todavía crees que tu apariencia inspira temblores?

—Me deshonras. ¡Pero que perviertan a las chicas...!

—¿Son capaces de algo más?

—Hay una que tal vez te produciría más de un suspiro...

—Vamos, vamos, ¿no ves que soy viejo?

—No tan viejo como para no ser capaz de enamorarte con toda el alma...

Hassan se divertía de lo lindo.

—Si fuera cierto, podrías felicitar me. Desgraciadamente, pienso que sólo soy un volcán apagado.

—No disimules. Aunque es verdad que a tu edad necesitarías algo más maduro.

—¿Tal vez Apama? ¡Ah, ah!, vieja amiga. En el amor sucede como con el asado: mientras más viejos son los dientes, más tierno debe ser el cordero. Las lágrimas acudieron a los ojos de Apama. Pero tragándose valientemente el rencor, continuó como si nada:

—¿Por qué entonces te limitas a una sola? ¿No sabes lo que enseña la sabiduría? Los cambios frecuentes mantienen al hombre fresco y emprendedor. El mismo Profeta dio el

ejemplo. El otro día me dediqué a observar en el baño a una de esas tortolitas. Todo en ella es suave y firme. De inmediato pensé en ti. Apenas tiene catorce años...

—Y se llama Halima. Ya lo sé, ya lo sé. Yo la tuve en los brazos antes de que tú la vieras. Imagínate que fui yo el que se la dio a Adí el día de su llegada. Pero te diré que para el hombre sabio una muchacha es ya demasiado.

—¿Pero por qué tiene que ser precisamente ésa: siempre la misma? ¿No estás asqueado?

Hassan reía por lo bajo.

—Alguien dijo sabiamente: sé sobrio y un pan de avena excitará más tu

Alguien dijo sabiamente: se sobrio y un pan de avena excedía más tu apetito cotidiano que todos los manjares del paraíso.

—¡Terminarás por aburrirte de esa ignorante engreída!

—Una tez de leche y labios rosa compensan en este aspecto al saber más calibrado.

—Una vez me dijiste, lo recuerdo muy bien, que habías aprendido mucho más en los tres meses que vivimos juntos, que durante los diez años en los que te entregaste a tus queridos estudios.

—A la juventud le conviene aprender, y el placer en la vejez es enseñar.

—¡Dime al menos lo que tanto te atrae de ella!

—No lo sé, tal vez una lejana afinidad de almas.

—¡Lo dices para ofenderme!

—¡No se me ha pasado esa idea por la cabeza!

—Es ahora, entonces, cuando me ofendes.

—Vamos, vamos. Con la edad te has puesto celosa...

—¿Qué dices? ¿Yo, celosa? Apama, sacerdotisa del amor, ante la cual se han arrodillado tres príncipes, siete hijos de reyes, un futuro califa y más de doscientos nobles caballeros... ¡Apama iba a estar ahora celosa!... ¡Y celosa de una palurda, de una pájara esquelética!

Su voz temblaba de rabia. Hassan dijo entonces las siguientes palabras:

—Querida, esos tiempos ya pasaron. Han pasado treinta años, no tienes dientes ni carne en los huesos. Tu tez sin savia...

Ella sollozó.

—¿Crees que estás en mejor estado que yo?

—¡Alá me libre de tales ilusiones! Entre nosotros hay una sola diferencia. Yo soy viejo y me conformo con este estado; tú también eres vieja pero te afanas en negarlo.

—¿Has venido a burlarte de mí?

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—De ningún modo, mi vieja amiga. Seamos inteligentes. Te he hecho venir porque necesito tu experiencia y tu saber. Acabas de decirme que te saqué de la miseria cuando te hice venir al castillo. Te doy todo lo que deseas. Nunca he estimado más virtudes que las que distinguen a un ser del resto del rebaño. Siento una gran admiración por tus conocimientos en materia de amor. También cuentas con mi entera confianza. ¿Qué más quieres?

Conmovida, seguía llorando, mientras Hassan reía en silencio. Éste se inclinó a su oído y le preguntó:

—¿Acaso tienes deseos todavía?

Ella le echó una rápida mirada.

—No puedo evitarlo —confesó besándolo—. Así soy yo.

—No puedo darme un baño secundario. ¡No soy yo!

—Entonces déjame enviarte un negro bien dotado.

Hizo un movimiento de rechazo ofensivo.

—Tienes razón. Soy demasiado fea y vieja. Pero no puedo decirte lo que sufro cuando pienso en las delicias pasadas...

Hassan recobró el tono serio:

—Prepararás los pabellones para recibir a los huéspedes que espero. Cuida de que todo esté limpio, barrido. Y vigila el chismorreó de las chicas: no quiero que se enteren de nada. Mañana por la noche, vendrás una vez más a esperarme aquí. Te daré órdenes detalladas. ¿Quieres ahora formularme algún deseo?

—Ninguno, amo. Te lo agradezco. Sin embargo, ¿no te gustaría probar a alguna otra?

—No, gracias. Buenas noches.

Myriam había vuelto a su cuarto con el corazón acongojado. Hassan le había dicho demasiadas cosas aquel día como para poder hacer un examen rápido de ello. Pero sentía que allí trabajaba una inteligencia terrible, para la cual el mundo entero, animales y gentes, y la naturaleza inanimada, sólo eran el pretexto de un vasto juego: la encarnación de algún sombrío fantasma.

Ella amaba aquel espíritu, lo temía y lo odiaba también un poco. De repente experimentó un vivo deseo de abrirle su corazón a alguien, intercambiar algunas frases con un ser desprovisto de malicia. Se acercó a la cama de Halima y la observó a través de la semioscuridad. Le pareció que la niña sólo fingía dormir.

—¡Halima! —murmuró sentándose en el borde de la cama—. ¡Vamos!... Sé que estás fingiendo. Mírame.

Halima abrió los ojos y apartó la manta, mostrando sus jóvenes senos.

—¿Qué sucede? —preguntó temerosamente.

—¿Sabes callarte?

—Sí, Myriam...

—¿Cómo una tumba?

—Como una tumba.

—Si él supiera que te lo he contado, nos cortaría la cabeza a ambas. Las tropas del sultán están sitiando el castillo...

Halima lanzó un grito.

—¿Qué nos va a ocurrir?

—¡Silencio! Seiduna cuida de nosotros. En adelante, toda indisciplina será castigada con la muerte. Nos esperan duras pruebas: debes saberlo. Si te preguntan algo, no deberás decirle a nadie ni dónde estamos ni quiénes somos.

La besó en ambas mejillas y volvió a su cama.

Aquella noche, ni una ni otra pegó ojo. Myriam tenía la impresión de que las montañas caerían sobre su cabeza. El universo se apoyaba en el filo de una

navaja. ¿Hacia qué lado se inclinarían los días siguientes?

Empero, un agradable terror embargaba a Halima. ¡Toda aquella vida era una aventura maravillosa! Los turcos sitiaban el castillo y Seiduna las defendía sin que nadie hubiera oído ni visto nada. Y sin embargo, las acechaba un terrible peligro. ¡Qué extraño era todo aquello! Extraño y maravilloso...

## VII

Al día siguiente por la mañana, a primera hora, los jóvenes montaron en sus caballos y abandonaron la fortaleza con sus maestros. Atravesaron el puente en filas de dos en un orden impecable y penetraron en el desfiladero. Pese a la velocidad, se movían como un conjunto perfecto. Los que se encontraban al lado del torrente cabalgaban a dos pasos del precipicio, pero ninguno de ellos, ahora excelentes jinetes, corrió en ningún momento el menor peligro de caerse.

Cuando llegaron al valle, Minutcheher los detuvo al pie de una ladera de suave pendiente. Febriles y tensos, los jóvenes temblaban visiblemente. Y su ansiedad se comunicaba a los animales que relinchaban impacientes. Pronto se les unió Abu Alí a caballo, acompañado por el dey Ibrahim. Intercambió unas palabras con el capitán y luego cabalgó hasta lo alto de la colina.

Minutcheher dio una orden y las dos filas se separaron a todo galope. Ejecutaron movimientos difíciles y complicados, atacándose y esquivándose, todo realizado en apretadas filas y en el orden más perfecto.

Desde lo alto de la colina, encaramado en su caballito blanco y peludo, Abu Alí

observaba las evoluciones y comunicaba a los deyes sus observaciones.

—Minutcheher los ha adiestrado bien, no lo niego, pero me pregunto si esta forma a la turca es conveniente en nuestras regiones montañosas. En otro tiempo, hacíamos la carga aisladamente, derribando todo lo que caía bajo nuestros sables, para en seguida dispersamos en un abrir y cerrar de ojos. Después de dos o tres asaltos de este tipo, el enemigo desaparecía.

Cuando, en el siguiente ejercicio, los jóvenes cambiaron su forma de ataque, abriendo las filas y lanzándose uno contra otro en una serie de combates individuales, sus ojos centellearon de contento. Acarició su barba rala y movió la cabeza con aire aprobatorio. Echó entonces pie a tierra y dio algunos pasos hacia la colina llevando al caballo de la brida. Luego hizo que dispusieran un tapiz a la sombra y se instaló en ella cómodamente. Pronto fue imitado por los deyes de su escolta.

El capitán lanzó una segunda orden. Los alumnos saltaron de sus cabalgaduras, se quitaron las túnicas y quedaron cubiertos por sus ligeras cotas de mallas. Dejaron sus lanzas y empuñaron los escudos y los venablos.

Así demostraron que eran tan buenos soldados de infantería como de

caballería. El capitán miró al gran dey a hurtadillas. Sorprendió en sus labios una sonrisa muda. Después siguió el examen de aptitud en el combate. Los jóvenes dispusieron blancos a una distancia apropiada y lanzaron al arco. De diez tiros, Ibn Tahír y Sulaimán, sólo fallaron uno. Los demás anduvieron cerca. Tras lo cual pasaron al lanzamiento del venablo. Al comienzo, con la ansiedad de causar buena impresión en el gran dey, se sentían como caminando sobre ascuas y ejecutaban las órdenes sin decir palabra, pero ahora, cuando vieron los movimientos de cabeza aprobatorios, se sintieron aliviados y no tardaron en caldearse. Ya no dudaron en incursionar en el campo enemigo, llegando incluso al desafío. Cada cual quería distinguirse, dar lo mejor de sí. En este ejercicio Yusuf demostró que era el mejor de todos. Pero Sulaimán, aún congestionado por el esfuerzo, no quería declararse vencido.

–Todavía tendrías que comer mucho –ironizó Yusuf.

Sulaimán apretó los labios, cogió el venablo y lo lanzó. El arma silbó en el aire. Pero el tiro no fue lo suficientemente largo como para inquietar a Yusuf. En el lanzamiento siguiente, éste mejoró incluso su propia marca.

–¡Soberbio! –felicitó Abu Alí.

Pero en el sable nadie le ganó a Sulaimán. Se enfrentaban de dos en dos y el vencido era eliminado de la prueba siguiente. Ibn Tahír venció a Obeida y a Ibn Vakas... Pero no pudo resistir el ataque de Yusuf. Sin embargo, Sulaimán había eliminado uno tras otro a todos sus oponentes. Finalmente, se encontró una vez más enfrentado con Yusuf. Mantuvo el escudo en alto y sus ojos ocultos detrás sonrieron irónicamente cuando miraron a su adversazo.

–Ahora demuéstranos el héroe que eres –le dijo para provocarlo.

–No te alegres tan pronto, yegua veloz –respondió Yusuf–, antes no te distinguiste especialmente en el lanzamiento del venablo.

Se enzarzaron en la pelea. Yusuf sabía que su superioridad estaba siendo cuestionada. Por eso, para explotar desde el comienzo la ventaja que le confería su fuerza, se precipitó

de un solo golpe contra su adversario. Pero Sulaimán apartó sus largas piernas y, sin moverse casi, paró el ataque con hábiles movimientos. Otro gesto en falso igualmente calculado le permitió en un momento engañar a su oponente, que giró su escudo en contragolpe. No necesitaba otra cosa: con un gesto diestro golpeó la coraza que protegía el pecho de Yusuf.

Los alumnos y los jefes rieron de la expresión de cólera que descompuso el rostro de este último.

–Una vez más, si estás dispuesto –propuso por fin–. Esta vez no me cogerás. Mutsufer quiso intervenir pero Abu Alí le indicó que los dejara. De nuevo cruzaron sus sables. Yusuf, fiel a su táctica, arremetió como un toro furioso y

comenzó a golpear con todas sus fuerzas el escudo del astuto Sulaimán. Este último intentaba no darle importancia: bailando siempre con las piernas separadas, se movía a pequeños saltos.. De pronto lo vieron tirarse a fondo hacia delante y su hoja, pasando por encima del escudo del infortunado Yusuf, alcanzó a éste en pleno pecho.

Una ovación saludó al vencedor. Abu Alí, sin embargo, acababa de levantarse: pidió a uno de los muchachos su escudo y su sable e invitó a Sulaimán a medirse con él. Todas las miradas se volvieron hacia ellos. Abu Alí era ya viejo y no se le veía capaz de soportar un asalto. Sulaimán, compungido, se volvió hacia su capitán.

–Obedece la orden –dijo éste. Sulaimán, aún indeciso, recuperó su lugar.

–Que mi ausencia de armadura no te atormente, muchacho –le previno el gran dey con bondad–. Sólo quiero ver si conservo la forma. Aún podría ser que la necesitase. Tras lo cual blandió su sable en dirección del escudo de Sulaimán para comenzar el combate. En realidad. Sulaimán no sabía bien qué hacer.

–¿Por qué dudas? ¡Golpea! –lo exhortó el gran dey con un dejo de irritación. El muchacho se preparó para el ataque pero incluso antes de que tuviera tiempo para hacer el menor movimiento, el sable le fue arrebatado de las manos. De debajo de su túnica acababa de avanzar un brazo cuyo codo era tan grande como la cabeza de un niño. Un murmullo de admiración recorrió las filas. Abu Alí sonrió maliciosamente. –

¿Quieres intentarlo de nuevo?

Esta vez, Sulaimán se preparó seriamente. Levantó su escudo hasta la altura de los ojos y, oculto de esta manera, miró atentamente a su peligroso adversario. Se entabló una lucha furiosa. Abu Alí evitaba con destreza los asaltos del ardoroso joven. Luego lanzó

algunos golpes bastante profundos. Sulaimán comenzó por esquivarlos, antes de aventurar una serie de movimientos audaces. Pero el anciano paraba todos sus golpes. Finalmente, se abalanzó sorprendentemente y, por segunda vez, arrebató el arma de las manos del muchacho. Abu Alí, con una sonrisa de satisfacción en los labios, le devolvió el sable y el escudo a su propietario y exclamo:

–Serás un excelente guerrero, mi buen Sulaimán. Simplemente necesitarás esperar a tener como yo unos cincuenta combates y batallas tras de ti...

Agitó la mano dirigiéndose a Mutsufer, manifestando así todo el placer que le causaba su éxito; luego, volviéndose hacia los alumnos que permanecían en dos filas impecables, dijo:

–Ahora vais a mostrarme los progresos que habéis hecho en la educación de vuestra voluntad. Abd al–Malik, vuestro maestro, está de viaje, pero yo lo reemplazaré. Se colocó delante de ellos, los miró fríamente de arriba abajo y



ordenó:

—¡Sin respirar!

Paseó su mirada de rostro en rostro. Pronto aparecieron las primeras señales de congestión: venas del cuello y de las sienes hinchadas, ojos desorbitados. Uno de los muchachos cayó de espaldas. El gran dey se inclinó sobre él y lo examinó: cuando vio que recuperaba el aliento, movió la cabeza con satisfacción. Otros chicos cayeron. Abu Alí miró

hacia los deyes y el capitán, y dijo en tono burlón:

—¡Como hojas en otoño!

Al final, sólo tres quedaban en pie: Yusuf, Sulaimán e Ibn Tahúr. El gran dey se acercó a ellos; observó atentamente sus fosas nasales y sus labios.

—¡Ni el menor aliento...! ¡Perfecto! —dijo en voz baja. En aquel momento Yusuf se tambaleó: comenzó por doblar las rodillas y se derrumbó cuan largo era. Un momento después abrió los ojos y lanzó a su alrededor una mirada alelada. En cuanto a Sulaimán, cayó de golpe, como un árbol cortado. Ibn Tahír seguía aguantando. Abu Alí y Minutcheher se miraban en silencio haciendo gestos de aprobación. Finalmente, el valiente muchacho también se bamboleó y se desplomó.

Abu Alí se aprestaba ya a pasar al ejercicio siguiente cuando un mensajero del castillo llegó a todo galope y le comunicó que debía ver de inmediato al jefe supremo. Los exámenes seguirían por la tarde en el cuartel.

El gran dey ordenó montar a caballo y los precedió al galope por el camino del desfiladero.

Poco después de que los alumnos abandonaran el castillo a primera hora de la mañana, el centinela apostado en lo alto de la torre de guardia observó que una paloma forastera volaba alrededor del palomar. Informó al palomero que acudió a la plataforma provisto de un arco tenso. Aunque entretanto el ave se había calmado y se dejó coger fácilmente. Tenía un envoltorio de seda atado a una de las patas. El palomero corrió al palacio del jefe supremo y entregó la paloma a uno de los guardias de Hassan. Este último desenrolló el envoltorio y leyó:

A Hassan Ibn Sabbah, jefe de los ismaelitas, ¡salud! El emir de Hamadán, Arsián Tash, a la cabeza de un importante ejército, acaba de atacarnos. Las fortalezas al oeste de Rudbar se han rendido. Tuvimos el tiempo justo para prepararnos y rechazar el asalto de su caballería, que prosigue su marcha hacia Alamut. Ahora todo el ejército marcha sobre nosotros con el propósito claro de sitiar la fortaleza. Espero órdenes rápidas. Firmado: Buzruk Umid.

—La paloma fue lanzada antes de la llegada de mi mensajero a Rudbar — pensó

Hassan—. O bien los turcos interceptaron los mensajes en camino. ¡Comienza

ei dalle!

Sonrió visiblemente satisfecho de poder conservar la calma.

—Si al menos los jóvenes estuvieran ya consagrados... —suspiró.

Cogió de un cofre un pedazo de seda semejante al que traía la paloma en la pata y colocó un mensaje dirigido a Buzruk Umid, con la orden de regresar en el acto a Alamut. Estaba poniendo el envoltorio en una de las palomas de Rudbar cuando el centinela le trajo

otro de aquellos mensajeros alados que aún tenía en el cuello la flecha del guarda. Hassan desenrolló el mensaje atado a la pata, cubierto por una letra fina:

A Hassan Ibn Sabbah, jefe de los ismaelitas, ¡salud! El emir Kizil Sarik nos atacó con todas las fuerzas de Jorasán y del Kuzistán. Las pequeñas fortalezas se han rendido y los creyentes han tenido que refugiarse con nosotros, en Zur Gumbadán. El enemigo nos rodea. El calor hace estragos y el agua comienza a faltar. Tampoco hay suficientes víveres. He dado la orden de aguantar, pero tu hijo Hossein convence a los nuestros de entregar la fortaleza a las fuerzas del sultán para tener en cambio la salida libre. Espero órdenes categóricas. Firmado: Hussein al—Keini.

El rostro de Hassan se tomó gris. Una rabia asesina crispó sus labios; todo su cuerpo tembló. Comenzó a pasearse por la habitación, gritando como un poseído:

—¡Hijo criminal! ¡Le pondré cadenas! ¡Lo estrangularé con mis propias manos...!

Cuando el gran dey se presentó ante él, le dio los dos mensajes sin decir palabra. Abu Alí los leyó atentamente.

—La razón me dice que no hay salvación para ninguna de las dos fortalezas —dijo por todo comentario—. Pero tú crees haber planeado una artimaña eficaz y confío en ti.

—¡Perfecto! —respondió Hassan—. Enviaré a Rudbar y a Zur Gumbadán mensajes con las órdenes... Ordenaré que mi hijo y todos los descontentos sean encadenados... Que no les den de comer ni de beber. Los demás deberán aguantar hasta el final. Puso sus instrucciones por escrito; las palomas las llevarían a las fortalezas. Abu Alí y él ataron personalmente a las patas de las aves los minúsculos lazos de seda que contenían las órdenes. Luego Hassan subió a lo alto de la torre y lanzó las dos mensajeras. De vuelta en sus apartamentos, les dijo a los grandes deyes:

—Ahora es preciso consagrar a los alumnos. Ellos representan la roca sobre la cual quiero construir la fortaleza de nuestro poderío. ¿Cómo pasaron la prueba?

—Estoy contento de ellos —respondió Abu Alí—. Minutcheher y Abd al—Malik los han convertido en soldados como no hay dos.

• Ah! Si al menos Buzruk Umid estuviera aquí —farfulló Hassan por lo

—¡Ah!, si al menos Bulzuk Omid estuviera aquí —tartaméo Nassar por lo bajo—. ¡Veréis la sorpresa que os he preparado!

—En realidad, hace tiempo que me muero de curiosidad —dijo riendo Abu Alí. Los exámenes debían reanudarse inmediatamente después de la tercera oración. Alumnos y maestros se habían congregado en el aula. Cuando Abu Alí regresó, comenzaron las pruebas orales. Todos pudieron advertir el cambio que se había operado desde la mañana en la actitud del gran dey. Instalado sobre cojines dispuestos a lo largo del muro, miraba el suelo con ojos sin brillo y parecía escuchar con una sola oreja las respuestas de los alumnos, con la mente ostensiblemente ocupada en otra cosa.

Abu Soraka comenzó por plantear preguntas a los muchachos relativas a la historia del ismaelismo. Cuatro alumnos ya habían respondido y parecía que el asunto seguiría su curso sin dificultades, tal como había ocurrido por la mañana. Pero al quinto, el gran dey se levantó de pronto y comenzó a hacer las preguntas personalmente.

—¡No es correcto! —decía cuando no obtenía la respuesta adecuada.

Abu Soraka se dirigió rápidamente a Ibn Tahír, que respondió correctamente a todas las preguntas.

—Sigamos —se impacientó el gran dey—, me gustaría oír también a los que son menos eruditos que nuestro amigo...

Djafar y Obeida superaron satisfactoriamente las pruebas. Finalmente Abu Soraka se volvió hacia Sulaimán y vieron que Abu Alí se reía en su cara.

Sulaimán daba respuestas breves y tajantes, como si fuera infalible en todo. Pero dejaban a menudo que desear, cuando no eran francamente erróneas.

—Sableas mal con la verdad, muchacho —comentó Abu Alí moviendo la cabeza—. Ahora bien, un fedayín debe tener un espíritu que nunca deje que desear.

Sulaimán se retiró desolado.

Finalmente le llegó el turno a Yusuf. Pese a que temían por él, los alumnos se reían por lo bajo. Abu Soraka le había preparado la pregunta más fácil: la lista de imanes desde Alí a Ismael. Pero Yusuf estaba tan nervioso que el nombre del tercero se le quedó en la punta de la lengua.

—¡Por las barbas del mártir Alí! —exclamó el gran dey—. ¡Prefiero no enterarme de semejante ignorancia!

Abu Soraka miró furioso a Yusuf que fue a hundirse en su rincón, más muerto que vivo.

Luego le tocó interrogar a Al-Hakim. El médico tuvo mejor suerte. No ignoraba que Abu Alí no sabía nada de su filosofía ni de sus puntos de vista sobre la constitución del hombre; en efecto, el gran dey no dejó de aprobar todas las respuestas por inciertas que fueran a veces. En cambio, los alumnos

las respuestas, por meras que fueran a veces. En cambio, los alumnos conocían muy bien la geografía, de lo que el capitán se felicitó con una ligera sonrisa de satisfacción, y Abu Alí pasó rápidamente a otra materia. También la gramática, el cálculo y la métrica fueron despachados expeditamente. El gran dey sólo se detuvo de nuevo en la dogmática. Le otorgaba enorme importancia a esta materia. Ibrahim hacía preguntas claras y concisas, y la mayoría de los alumnos las respondía convenientemente.

—Veamos ahora la inteligencia innata de nuestros alumnos —intervino entonces Abu Alí—. Tú, que eres tan campeón con el venablo, vas a decimos quién está más cerca de Alá, el Profeta o el arcángel Gabriel.

Yusuf se levantó y no pudo más que lanzarle una mirada desesperada. Abu Alí

interrogó a sus vecinos... Uno se inclinaba por el Profeta, otro por el arcángel, pero ninguno de ellos fue capaz de adelantar el menor argumento sólido para probar lo que afirmaba.

El gran dey rió malignamente.

—Nuestro amigo Ibn Tahír sabrá la respuesta —dijo al fin.

Ibn Tahír se levantó y respondió con voz tranquila:

—Alá envió al arcángel Gabriel en persona para anunciar a Mahoma su misión profética. Si Alá no hubiera tenido intención de distinguir precisamente a Mahoma delante de todos, podría haberse contentado con confiar directamente la misión al ángel. Si no lo hizo, quiere decir que le reservaba a Mahoma un papel preponderante: por lo cual este último ocupa necesariamente en el paraíso un lugar superior al de Gabriel.

—¡Ésa es la respuesta correcta! —aprobó Abu Alí—. Ahora explícanos también lo siguiente: ¿cuáles son las relaciones recíprocas entre el Profeta y Seiduna?

Ibn Tahír sonrió. Pensó durante un momento y respondió:

—Entre el Profeta y Seiduna existe la misma relación que entre el hijo mayor y el menor.

—De acuerdo. ¿Pero quién ejerce el mayor poder sobre los creyentes?

—Seiduna. Pues es él quien posee la llave que abre las puertas del paraíso.

Abu Alí se levantó y todos lo imitaron. Miró uno a uno a los alumnos y se dirigió a ellos en tono solemne:

—Podéis ir a los baños y poneros vuestros trajes de gala. Sed bienaventurados. El momento capital de vuestra vida está cerca. Con la quinta oración seréis consagrados fedayines.

Se inclinó con una leve sonrisa y abandonó la habitación a paso rápido.

Un mensajero de Rai llegó al galope trayéndole a Hassan la noticia de que la caballería de refuerzo enviada por Mutsufer ya estaba en camino: llegaría al castillo aquella misma noche. Inmediatamente después, un espía informó a

Hassan de que la vanguardia turca ya había sido avistada; avanzaba a toda velocidad y podría estar a la vista del castillo antes de finalizar la noche; al menos era seguro que estaría allí al alba. Hassan convocó inmediatamente a Abu Alí y a Minutcheher. Los recibió en la antesala y les comunicó las últimas novedades. Desplegó un mapa en el suelo y entre los tres evaluaron las mejores oportunidades que se les ofrecían para enfrentarse a las fuerzas del sultán.

—Ante todo hay que enviar un mensajero al encuentro de los hombres de Mutsufer —

decidió Hassan—. Es mejor que no se dirijan directamente al castillo sino que Abd al-Malik los desvíe hacia la carretera que lleva a Rudbar. Permanecerán emboscados esperando el paso de la caballería turca. Luego la seguirán a una distancia prudente. Nosotros esperaremos al enemigo delante de Alamut, y en ese momento ellos lanzarán todas sus fuerzas por retaguardia. Así los aplastaremos como entre las ruedas de un molino. Abu Alí y el capitán se mostraron de acuerdo. Designaron a un oficial que debía cabalgar con algunos hombres al encuentro de las fuerzas de Mutsufer. Minutcheher fue a dar las órdenes necesarias. Entonces Hassan interrogó al gran dey sobre los alumnos.

—No todos entienden al Profeta de la misma manera —reconoció riendo Abu Alí—. Pero están llenos de celo y su fe es inquebrantable.

—¡Tanto mejor! Eso es lo importante —aprobó Hassan frotándose las manos. La conciencia de que se acercaban acontecimientos decisivos los llenaba a ambos de una impaciencia febril.

—Vete, ya es hora de que procedas a la consagración de los alumnos —anunció

Hassan—. Éste es el texto del juramento que deberán prestar. Insiste en la solemnidad del momento, háblales con calor y entusiasmo del heroísmo de los mártires, exalta sus jóvenes almas, atiza su celo y temple su determinación. Amenázalos con castigos terribles, con la perdición, si no se muestran totalmente sumisos. ¿Cuántos años he soñado con educar según mis concepciones a semejantes discípulos, rehacer su naturaleza y cambiar sus objetivos, con el propósito de poder fundar sobre ellos el poderío de mis instituciones?

Bueno, al fin lo he conseguido.

—Sabes que siempre he confiado en tu prudencia —intervino Abu Alí—. Estoy convencido de que tu comportamiento actual tiene sus razones. Pero no puedo dejar de pensar que sería más razonable que tú mismo presidieses esta consagración. ¡Mira! Están tan ansiosos por verte una vez, que te muestres antes ellos, sentir que eres un hombre vivo y no sólo una fuerza invisible a la que deben obediencia. El momento de su consagración se vería especialmente magnificado.

—Es verdad, pero aun así no lo haré.

Hassan se sumió en sus pensamientos y su mirada permaneció largo rato clavada en el suelo.

—Sé lo que hago —agregó finalmente—. Cuando uno quiere servirse de la gente, utilizarla como simples medios, es mejor permanecer ajeno a sus preocupaciones. En el momento de las grandes decisiones uno tiene que conservar el corazón libre e independiente. Cuando llegue Buzruk Umid os lo explicaré todo. La bandera que les darás a los fedayines está lista. Ve y ejecuta lo que te he ordenado. Esta consagración es para mí más importante que la victoria sobre los turcos.

La gran sala del consejo, en el palacio del jefe supremo, fue transformada aquella noche en sala de oración. Era la primera vez que a los alumnos se les permitía acceder a esa parte de la fortaleza. La guardia de eunucos, armada hasta los dientes, había sido reforzada aquella noche. Por esta vez, los negros estaban equipados de pies a cabeza para el combate, con armaduras, cascos y escudos. La angustia sobrecogía el corazón de los

muchachos cuando se encontraron en la sala solemnemente vacía, completamente tapizada de blanco. Ellos también llevaban túnicas blancas y altos fecs blancos; estaban descalzos, según la orden que habían recibido. También los deyes estaban vestidos completamente de blanco. Habían dispuesto a los alumnos por grupos y les recordaban en voz baja las órdenes relativas a la forma como debían conducirse durante la ceremonia. Los jóvenes temblaban de emoción; se los veía pálidos y agotados; algunos parecían estar al borde del desmayo.

Finalmente resonó el cuerno que llamaba a la última oración. Abu Alí hizo de inmediato su entrada, él también vestido con una túnica blanca y tocado con un alto fez del mismo color. Atravesó toda la sala y vino a colocarse delante de los alumnos, con los jefes alineados en dos filas alrededor de él. La ceremonia comenzó.

Ante todo, Abu Alí recitó en tono monacorde la oración de la noche. Luego se volvió

hacia los alumnos y se puso a explicarles el sentido de la consagración que iban a vivir aquella noche, la alegría que podían legítimamente concebir por ello, la sumisión que debían a Seiduna y a sus representantes. Les narró la felicidad de los mártires y el valor de su ejemplo, ejemplo que debía convertirse en el objetivo supremo.

—Se acerca el momento más grande de vuestra vida —precisó—. Habéis sido llamados a convertirlos en una tropa de élite, en fedayines: dispuestos al sacrificio por la causa sagrada. Sois veinte: los únicos que vais a recibir este honor entre los centenares de miles de creyentes. Aunque también está cerca el

día de la prueba en el que deberéis demostrar con las armas en la mano vuestra devoción por Seiduna. El enemigo marcha contra Alamut. ¿Hay alguno de vosotros que pueda dudar en el momento decisivo? ¿Hay alguno que quiera merecer por su traición el castigo de una muerte infamante? Sé que no existe nadie así entre vosotros. He intercedido por vosotros ante Seiduna y le pedí que os concediera a todos la consagración. En su clemencia, él ha tenido a bien escucharme.

¿Queréis mostraros indignos de su bondad y de mi confianza? Escuchad. Por todo ello, en su nombre, os consagro a todos fedayines. Os leeré el texto del juramento que sellará

vuestro compromiso: os nombraréis y repetiréis todos este texto conmigo. Cuando hayáis jurado se producirá un gran cambio en vosotros. Dejaréis de ser alumnos y os convertiréis en los defensores por excelencia de Nuestro Amo. Ahora escuchad y repetid conmigo palabra por palabra.

Abrió sus manos, que eran enormes, y alzó la vista al cielo. Finalmente pronunció en tono de éxtasis:

—Yo... por Alá, por Mahoma Su Profeta, por Alí y todos los mártires, prometo solemnemente ejecutar sin vacilación toda orden de mi amo o de su representante. Me comprometo a defender la bandera blanca del ismaelismo durante toda mi vida y hasta mi último suspiro. Con esta promesa recibo mi consagración de fedayín y sólo Seiduna podrá

desligarme de ella. Tan verdadero como que Alá es Dios y Mahoma Su Profeta. ¡Ven a nosotros, Al-Mahdí!

Los alumnos estaban visiblemente emocionados por la solemnidad del momento. Sus rostros parecían de cera y sus ojos brillaban como si estuvieran en trance. Una sonrisa beatífica afloraba a sus labios. Una indecible ternura parecía insuflar sus corazones.

¡Habían alcanzado el objetivo de un largo y sostenido esfuerzo! Habían recibido la consagración a la que tanto aspiraban...

Abu Alí le hizo una señal a Ibrahim que le entregó la bandera. El gran dey la desplegó

y, sobre su superficie blanca, centellearon estas palabras bordadas en oro, sacadas del cuarto versículo del decimoctavo sura: «En la tierra seremos misericordiosos con el débil y haremos de ellos los testigos y los herederos del reino...»

—¡Ibn Tahír!, acércate —anunció—. A ti, que has sido el primero de los elegidos, entrego la bandera entre tus manos. Que este estandarte blanco se convierta en el emblema de vuestro honor y de vuestro orgullo. Si dejáis que el enemigo lo pisotee,

también le permitís que pisotee vuestro honor y vuestro orgullo. Por ello la cuidaréis más que a la niña de vuestros ojos. Mientras quede un fedayín vivo, el enemigo no debe apoderarse de él. Sólo podrá lograrlo si camina sobre vuestros cadáveres. Elegid entre vosotros los cinco más fuertes y que la suerte designe entre ellos al que será vuestro portaestandarte.

Ibn Tahír le tomó el pendón de las manos como en un sueño, luego fue a colocarse a la cabeza de los fedayines. El momento que representaba la cima de sus vidas se alejaba ya y la profunda sensación de dulzura que acababa de sobrecogerlo dio paso poco a poco a un dolor agudo: el de haber perdido repentinamente algo magnífico. Se daba perfecta cuenta: aquel instante que acababa de vivir, y que había sido desesperadamente breve, no volvería nunca más.

Unos mensajeros llegaban al castillo, otros partían. Abd al-Malik había sido informado a tiempo; se dirigía con Mutsufer hacia la carretera por la cual debía pasar la caballería turca. Los espías enviados hacia la zona enemiga formaban una cadena ininterrumpida cuyos eslabones podían comunicarse secretamente por medio de señales convenidas. Los servicios de información funcionaban perfectamente.

Cuando Abu Alí volvió de la ceremonia, Hassan exclamó con expresión aliviada:

—¡Por fin ha terminado!

Luego ordenó al gran dey que reuniera a las tropas necesarias y que tomara posiciones en el valle que había antes del desfiladero para esperar allí a pie firme a las vanguardias del sultán.

—¿Qué haremos con los fedayines? —preguntó Abu Alí.

—Esta batalla les vendrá como anillo al dedo —respondió Hassan—. Los llevarás contigo y que Abu Soraka siga a la cabeza de ellos. ¡Sobre todo vigila que no se dejen matar!

Quiero conservarlos para otros proyectos más ambiciosos. No los expongas a demasiados peligros, incluso si te he recomendado confiarles tareas importantes. Por ejemplo, que tiren las primeras flechas pero que sean soldados los que emprendan el cuerpo a cuerpo. En resumen, sólo los enviarás a lo peor de la refriega cuando te parezca que la victoria está

asegurada, o bien, naturalmente, en caso de extremo peligro. Si se presenta la ocasión, confíales la tarea de arrebatarle la bandera al enemigo. Confío en ti. Tú eres el pilar sobre el cual construyo nuestro porvenir común.

En cuanto se despidió de Abu Alí, Hassan se dirigió a los jardines situados detrás del castillo.

—Llévame al pabellón de Myriam y luego tráeme allí a Apama —le ordenó a



Adi—. Ya no es tiempo de disensiones.

Myriam vino a su encuentro. Hassan le dijo que había hecho llamar a Apama.

—Desde la última noche, esa mujer se comporta de una manera muy extraña —dijo la muchacha con un atisbo de mal humor—. Me parece que le diste algunas órdenes precisas...

—No es hora de divertirse —zanjó Hassan—. Ahora tenemos una inmensa responsabilidad: necesitamos de todos nuestros recursos si queremos que nuestro plan tenga éxito y que el enemigo sea aniquilado.

Adí acababa de introducir a Apama. Observó con ojos celosos el arreglo del pabellón.

—Habéis arreglado un hermoso nidito —ironizó—. Dos verdaderos tortolitos...

—Abu Alí salió con todos los hombres de la plaza para tomar posiciones delante de nuestros muros; marcha al encuentro de las tropas del sultán que deben venir a sitiarnos de un momento a otro —comenzó Hassan, como si no hubiese oído absolutamente nada de las palabras de Apama, e invitó a las dos mujeres a tomar asiento en los cojines, antes de instalarse él a su vez.

La noticia parecía haberle causado un miedo cerval a la vieja matrona. Su mirada iba de Hassan a Myriam.

—¿Qué nos ocurrirá? —preguntó con voz intranquila.

—Todo irá bien si mis órdenes son obedecidas al pie de la letra —la previno Hassan—. En caso contrario, seremos víctimas de una matanza como el mundo no ha conocido todavía.

—Haré todo lo que me ordenes, amo —dijo Apama sirviendo vino en una copa.

—Es lo que exijo de ti, tanto como de Myriam. Escuchadme bien. La condición más importante para el éxito de mi empresa es la siguiente: es necesario que os las arregléis para conferirles a estos jardines un aspecto totalmente sobrenatural. En otras palabras, que les den a espíritus simples e incultos la impresión de ver el verdadero paraíso. Naturalmente no en las horas en que brille el sol, pues el paisaje de los alrededores sería demasiado revelador de la superchería. Sino de noche. Es la razón por la que necesitamos una potente iluminación. Cada detalle que deba ser destacado tiene que aparecer bajo una luz determinada, mientras todo lo demás debe estar sumido en una impenetrable oscuridad. ¿Recuerdas, Apama, una noche en la que tu príncipe oriental había preparado la fiesta en tu honor, en Kabul?

—¡Oh, amo! ¿Cómo podría olvidarlo? Estábamos en ese momento en el esplendor de la juventud...

—Sólo se trata de realzar ciertos detalles bien elegidos. ¿Recuerdas cuánto admirabas esas lámparas de colores traídas de China que transformaban la noche de los jardines en días de festividad? Cuando todo estaba iluminado y sin embargo

de los jardines en días de fantasía? Cuando todo estaba iluminado y sin embargo desconcertante... como si de repente hubiéramos descubierto otro mundo...

—Sí, y nuestros rostros unas veces dorados, otras púrpuras, verdes o azules, otras abigarrados de la forma más fantástica. ¡Ah!, qué divino espectáculo... y en medio de todo aquello nuestra pasión ardiente...

—Admirable espectáculo, es cierto. Pero quisiera saber si has conservado de aquellas lámparas un recuerdo lo suficientemente fidedigno como para que mandes hacer unas parecidas.

—Tienes razón. El pasado es el pasado... No hay que hablar de él. Ahora es el turno de los demás. Me preguntas si recuerdo esas lámparas. Naturalmente que podría hacer imitaciones, si tuviera papel y colores.

—Los tendrás. ¿Sabrías también adornarlos con los dibujos apropiados?

—Tenemos una joven que sobresale en este arte.

—Se trata de Fátima —agregó Myriam, que escuchaba este diálogo con una sonrisa muda—. Todas podríamos ayudar a Apama en este trabajo.

—Eso será necesario, pues es preciso que todo esté dispuesto para mañana por la noche. Que los eunucos preparen los manjares y los vinos. Espero que haya suficiente vino en las bodegas.

—Hay más que suficiente.

—Bien. Mañana visitaré los jardines entre la segunda y la tercera oración. Quiero aparecer delante de las jovencitas para avivar su celo. Pero también para darles órdenes personales sobre la forma en que deberán comportarse con los visitantes. No toleraré

ninguna broma. La que confesara que no es una hurí y que estos jardines no son el verdadero paraíso sería inexorablemente condenada. Espero que no les será demasiado difícil representar esta comedia.

—Todas creen ser princesas —intervino Apama—. Por tanto...

—Será necesario de todos modos que las preparemos para que se metan en la piel de sus personajes —dijo Myriam preocupada.

—La amenaza de la pena capital les ayudará, créeme —la tranquilizó Hassan—. Naturalmente los tres pabellones deben estar preparados para la recepción. Las muchachas, dispuestas en orden armonioso, deberán estar vestidas de punta en blanco de la cabeza a los pies. Todas cubiertas de seda, de oro y de las piedras más preciosas. Tan embellecidas que no les será difícil imaginarse que son habitantes del paraíso. Espero que en este sentido haya trabajado la escuela.

—No temas nada a este respecto, amo. Nosotras nos ocuparemos, Myriam y yo.

—Vosotras que entendéis de estas cosas, decidme cómo debo presentarme ante esas harpías para producirles la mayor impresión.

—Debes presentarte como un rey —respondió Myriam—. Es así como te

—Debes presentarte como un rey —respondió Myriam—. Es así como te imaginan y te desean.

—Deberás traer contigo una escolta —agregó Apama—. Es preciso que tu visita esté

precedida de la mayor solemnidad.

—Aparte los guardias y mis dos ayudantes, nadie debe conocer el secreto de estos jardines. Así que tendré que contentarme con ellos. ¿Pero cómo pueden esas pollitas imaginarse a un rey?

—Camina majestuosamente, con la expresión altiva... así debe ser el rey —declaró

Myriam con una sonrisa—. Y sobre todo un manto de púrpura y la cabeza ceñida por una tiara de oro.

—En realidad el hombre sabio debe siempre disfrazarse para adquirir ante el pueblo prestigio y autoridad...

—Así está hecho el mundo —suspiró Apama.

—Bien, esos atuendos y chucherías no faltan en el castillo. Conseguiremos todo eso a su debido tiempo.

Hassan se puso a reír. Se inclinó al oído de Apama:

—¿Tienes preparada el agua que produce el encogimiento de la piel? Los visitantes deben tener la impresión de que las muchachas disponen de la virginidad permanente. Apama rió afirmativamente. Al oír las últimas palabras, Myriam se sonrojó.

—¿Están listos los baños... con todos los accesorios?

—Todo está listo, amo.

—Bueno. Mañana temprano pondé seriamente manos a la obra. Y esperadme con las muchachas. Buenas noches.

Adí lo llevó de vuelta sin ruido a la puerta de los jardines.

Una vez en sus apartamentos, pasó revista una vez más a los acontecimientos. Hacía veinte años que se preparaba sin descanso y sin flaqueza para aquel instante. Veinte largos años. Sin vacilar, sin haber retrocedido nunca ante nada. Era duro e inflexible consigo mismo. Y todo con el único propósito de convertir su deseo secreto en realidad, de encarnar su sueño.

¡Qué fábula la vida! La juventud estaba llena de sueños, una búsqueda agitada llenaba la edad madura. Y ahora, en el ocaso, sus antiguos sueños comenzaban a hacerse realidad. Disponía de treinta castillos. Era el jefe de miles de creyentes. Sólo una cosa le faltaba para alcanzar el punto sublime: llegar a ser el terror de los poderosos y de los tiranos extranjeros, fuesen quienes fuesen. El plan que estaba a punto de llevar a cabo era el medio para realizarlo. Plan fundado sobre el conocimiento minucioso de la naturaleza y de las debilidades humanas. Un plan salvaje y demente, un plan calculado, cifrado, medido.

ramadas. En plan salvaje y clemente, en plan cuidadoso, enano, mediano.

Se preguntó de pronto si no habría desatendido algún pequeño detalle que pudiera aniquilar sus sabias combinaciones. Lo asaltó una extraña aprensión. ¿Y si en alguna parte hubiera cometido un error de cálculo?

En vano intentó encontrar la paz en el sueño. Se sentía atormentado por una persistente incertidumbre. A decir verdad, nunca había pensado seriamente en las consecuencias de un eventual fracaso. Finalmente, ¿habría previsto todas las posibilidades?

Por primera vez le espantaba esta idea. Temía el fracaso. «Vamos, aún hay que soportar el peso de esta noche», se dijo, «luego todo irá bien».

Le pareció que le faltaba el aire. Se levantó y subió a lo alto de la torre. Por encima de él, estaba la inmensa bóveda estrellada. Abajo, el rugido del torrente. A todo su alrededor, los jardines con sus extrañas vidas. ¡Primera encarnación de sus insólitos sueños! Allá, fuera, frente al castillo, su ejército esperaba la llegada de las vanguardias del sultán. Todos tenían en él una confianza sin límites. Todos se habían sometido sin reservas a su autoridad. ¿Habría alguno capaz de imaginarse adónde los llevaba?

Por la cabeza le pasó la idea de que pudiera eludir su responsabilidad. Saltar por encima de la valla y arrojarle al Shah Rud. Su responsabilidad en ese caso no existiría más. Estaría a salvo de todo. ¿Pero qué les pasaría después a sus hombres? Seguramente Abu Alí proclamaría que el jefe supremo había subido al cielo en cuerpo y alma, como Empédocles. Y lo honrarían como a un profeta y un gran santo. ¿Y si encontraran su cadáver? ¿Qué dirían entonces?

Se sentía fascinado por la atracción de las profundidades. Se aferró al muro. Bruscamente se dio cuenta de que nada en este mundo le era más difícil que resistir la llamada del vacío. Y esta angustia no se calmó hasta que se halló de vuelta en sus apartamentos. Finalmente se hundió en el sueño.

Soñó que se hallaba en la corte de Isfahan... exactamente como había ocurrido hacía dieciocho años. Una gran sala de espera. Por doquier a su alrededor sólo hay dignatarios y grandes personajes. El sultán Malik Shah, medio acostado, medio sentado en un estrado, escucha su informe. El gran visir, el antiguo condiscípulo de Hassan, se halla de pie a su lado y le hace guiños de connivencia. Él, Hassan, lee el informe y da vuelta a las páginas. De repente, se da cuenta de que las hojas de marras están en blanco. No puede seguir. Su lengua tropieza. Se pone a balbucear palabras incoherentes. El sultán dirige hacia él dos ojos duros y fríos: «¡Basta!», grita mostrándole la puerta. Sus rodillas no lo sostienen. La risa infernal del gran visir estremece la sala...

Se despertó sobresaltado, con el cuerpo bañado de sudor. Le temblaban todos los miembros.

—¡Demos gracias a Alá! —susurró aliviado—. Sólo estaba soñando.

Luego, tranquilo, se sumergió en un profundo sueño.

## VIII

Era una noche constelada de estrellas, una de esas noches en las que se tiene la impresión de que se oyen los latidos del corazón del universo. El aliento frío y nevado del Demavend y de las demás cumbres del Elburz se mezclaba con el calor que aún exhalaba la tierra, abrasada por el calor del día.

Los combatientes cabalgaban en fila por el desfiladero. Abu Alí iba a la cabeza. Cada grupo de cinco jinetes contaba entre sus filas un portaantorcha encargado de iluminar el camino. Las falenas giraban alrededor de las llamas y se quemaban. Las órdenes de los oficiales y de los caporales, los gritos de los camellos, el relincho de los caballos, amplificadas por los ecos del barranco, hacían casi olvidar el rugido del torrente. Los fedayines instalaron su campamento al pie de la ladera que cerraba la entrada del desfiladero, en una posición hábilmente disimulada. Levantaron sus tiendas, encendieron hogueras y apostaron un centinela. A unos doscientos pasos de allí, protegidos por un saledizo recubierto de bosque, los demás combatientes habían establecido un improvisado campo. También ellos encendieron un fuego bajo, en una oquedad, para calentarse y cocinar lo de costumbre: pusieron a asar un buey entero. Hablaban en voz baja y reían con entusiasmo lanzando pese a todo de vez en cuando miradas de ansiedad en dirección a un punto determinado del horizonte: en efecto, con buenos ojos se podía distinguir a contraluz, por encima del desfiladero, el perfil de la torre de guardia, donde vigilaba la silueta del vigía, inmóvil como una estatua. Los que habían sido designados para las rondas se arrebujaban en sus mantos y ya se habían acostado, para disfrutar de prisa de un adelanto de sueño.

A aquella hora, los fedayines sintieron que les caía de golpe el cansancio del día, tras la prueba de nervios de los exámenes y la emoción de la ceremonia a la que acababan de asistir. Por consejo de Abu Soraka, se envolvieron temprano en sus mantas e intentaron dormirse. Aquellos dos últimos días habían sido tan fértiles en sorpresas que la espera de la batalla no los perturbaba demasiado. Algunos tardaron en conciliar el sueño; otros salieron de sus mantas y se juntaron alrededor de las hogueras casi apagadas.

—¡Gracias a Alá, ya la instrucción quedó atrás! —suspiró aliviado Sulaimán—. Acechar al enemigo durante la noche es completamente diferente que desgastar el trasero con los talones haciendo chirriar el cálamo en la tablilla.

—El asunto es saber si el enemigo se dignará venir —se inquietó Ibn Vakas, un muchacho que en la escuela era de los más tranquilos y desdibujados, pero en quien la presencia del peligro parecía haber despertado una especie de fiebre guerrera.

–¡Esa si que sería buena! –dijo Yusuf–. ¡Todos estos preparativos, toda esta agitación para nada! ¡Que el turco ni siquiera venga a probar la punta de nuestros sables!

–Sería aún más divertido si, después de tantos esfuerzos, de todo este trabajo que te ha hecho soltar la lengua, cayeras bajo sus sables –se burló Sulaimán.

–Nuestro destino está escrito en el libro de Alá –dijo Djafar indiferente. La suerte lo había designado portaestandarte y él prefería abandonarse a su destino, tal vez para conjurar la secreta presunción que sentía embargarlo.

–Con todo sería estúpido haber pasado semejante entrenamiento para que el primer caníbal que llegue te mande al otro mundo –rió Obeida.

–El cobarde muere mil veces, el valiente sólo muere una vez –sentenció Djafar.

–¿Piensas acaso que soy cobarde porque no me apetece morir esta misma noche? –se irritó Obeida.

–Dejad de pelearos –intervino Yusuf–. Mirad mejor a Ibn Tahír que se divierte contando estrellas. Tal vez piense que las ve por última vez.

–¡Diantre! Nuestro Yusuf se vuelve un hombre sabio –ironizó Sulaimán. Acostado en su manta a unos pasos de sus compañeros, Ibn Tahír contemplaba el cielo.

«¡Qué extraña vida la mía!», pensaba, «a caballo aún de un sueño infantil que la realidad se encarga de confirmar mediante un extraño capricho». Recordaba sus años juveniles en la casa natal; volvía a verse escuchando las conversaciones de los hombres que se reunían alrededor de su padre. Disputaban acerca de la legitimidad del califa, invocaban el Corán, atacaban la Sunna y se contaban en secreto los misterios del Mahdí... que sería de la estirpe de Alí y volvería para salvar al mundo de la injusticia y la mentira.

«¡Oh, si pudiera venir durante mi vida!», suspiraba entonces sublevado por un secreto ardor. Se imaginaba siendo su servidor, como Alí lo había sido del Profeta. Siempre se comparaba con el yerno de Mahoma... con el más ardiente de todos: también Alí se había decidido en su juventud, había vertido su sangre por la causa... y pese a ello había sido despojado de la sucesión del Profeta después de la muerte de éste. Finalmente había sido el pueblo el que lo había impuesto... para que después lo asesinaran cobardemente. Eran estas circunstancias las que habían inflamado el celo de Ibn Tahír. Ah era para él un ejemplo, el modelo al cual había que acercarse.

¡Cuán alborozado había sentido su corazón cuando su padre lo había enviado a Alamut para entrar al servicio de Seiduna! Había oído hablar del personaje, le habían dicho que era un hombre santo y que muchos lo veían como a un profeta. Casi de inmediato había escuchado una voz interior: éste es el que para ti será el

Mahdí, el que esperas, el que ardes por servir. ¿Pero por qué no se muestra en persona? ¿Por qué no fue él, el que los consagró fedayines? ¿Por qué había designado para ese menester a un anciano desdentado que más parecía una viejecita que un combatiente digno de ese nombre? Hasta aquel momento no se le había pasado por la mente dudar de la presencia de Seiduna en el castillo. Pero en ese momento de iluminación, se espantó ante la idea de que tal vez viviera en la ilusión, que a lo mejor no había ningún Hassan Ibn Sabbah en Alamut, que Seiduna podía perfectamente haber desaparecido, dejando detrás de sí un trono vacío del que se había apoderado Abu Alí, con la complicidad de los deyes y jeques... ¿Abu Alí, un profeta?

No, un profeta no podía, no debía tener esa apariencia. Pero justamente por esta razón, para no desanimar a los creyentes, habían inventado a Seiduna, invisible y mudo. Ya que

¿quién hubiera podido reconocer en Abu Alí al jefe supremo del ismaelismo?

En todo caso, un gran misterio planeaba sobre el castillo, lo sentía; y esa noche la curiosidad lo atormentaba más que nunca. ¿Le sería dada alguna vez la oportunidad de hacer caer el velo? ¿Vería alguna vez al Seiduna verdadero, al Seiduna de carne y hueso?

Se oyó un trote de caballos. Con un gesto involuntario, empuñó su arma, se levantó y miró a su alrededor. Sus compañeros dormían, arrebujados en sus mantas. Llegaba un mensajero. Lo oyó hablar en voz baja con Abu Alí. Dieron una breve orden y los centinelas apagaron las últimas hogueras. No había duda: el enemigo se acercaba. Sin embargo, un extraño sentimiento de paz se instaló en él. Miró por encima de su cabeza el delgado y vivo titilar de las estrellas. Reconoció su pequeñez, sólo era un punto perdido en el universo. Pero esa toma de conciencia le era casi agradable.

—Quizá llegaré algún día al paraíso —murmuró para sí—. ¡Oh! si de verdad pudiera llegar...

Pensó en las muchachas que lo esperaban allí... en esas hermosas huríes de ojos negros y caderas blancas. Pasaba revista a las mujeres que conocía, su madre, sus hermanas, algunas parientas. «Las huríes deben ser diferentes», pensó. «Al menos que valga la pena derramar la sangre por ellas en este mundo.»

Se imaginó realmente que entraba en el famoso jardín, a través de una puerta enrejada cubierta de hiedra. Lanzó una mirada alrededor de él, buscando todas las cosas que el Corán prometía al justo. Se cubrió con la manta. Sí, estaba verdaderamente en el paraíso... Una bellísima joven venía a su encuentro. Tuvo un último ramalazo de conciencia que le advirtió que se estaba quedando dormido. Pero ese estado era muy agradable y temía romper sus delicadas

ataduras. Fue así como terminó por sumirse a su vez en el sueño.

El cuerno lanzó una larga llamada guerrera en medio de la noche. Los tambores redoblaron y la tropa estuvo en pie de inmediato. Los fedayines se apresuraron a ceñir sus sables, a atar sus cascos de combate, a empuñar lanzas y escudos... Se pusieron en fila, todavía no del todo despiertos, lanzándose miradas interrogativas a hurtadillas.

—Un mensajero acaba de traer la noticia de que las tropas del sultán se acercan —

apuntó Ibn Vakas que había sido el último en montar la guardia.

Abu Soraka vino a pasarles revista someramente y les ordenó que prepararan los arcos y los carcajes. Luego les hizo tomar posiciones en lo alto de la colina, cerca del puesto de guardia. Esperaron acostados en el suelo, conteniendo el aliento, aunque el enemigo no parecía darse prisa. Al cabo de un rato, sacaron de sus sacos higos secos, dátiles, galletas y se pusieron a comer para matar el tiempo.

Los caballos habían permanecido al pie de la colina. Dos soldados los vigilaban. De vez en cuando se oía un relincho inquieto. Finalmente despuntó el día. Los fedayines pudieron observar la colina sobre la que había acampado el grueso de la tropa. Abu Alí había dispuesto a sus jinetes detrás de una línea de matorrales. Estaban de pie junto a sus cabalgaduras, con la lanza o el sable en la mano, al pie del estribo. En cuanto a los arqueros habían sido desplegados en lo alto de la colina con sus arcos en posición de tiro. El gran dey pasó revista al destacamento con el propósito de asegurarse de que cada cual estaba en su puesto. Un soldado marchaba detrás de él sujetando su caballo por la brida. Finalmente se acercaron a los fedayines y Abu Alí subió a la torre de vigilancia. Momentos después una manchita blanca apareció en el horizonte del valle. Abu Alí

abandonó su puesto de observación en el que acababa de instalarse y corrió a toda velocidad a reunirse con Abu Soraka. Sin aliento, le mostró un punto delante de ellos.

—¡Preparad los arcos! —ordenó el dey.

La nube blanca aumentaba a ojos vistas y pronto se destacó un jinete. Se lo veía espolear desesperadamente su caballo. Abu Alí lo observaba de lejos guiñando los ojos.

—¡No tiréis! Es uno de los nuestros —gritó por fin.

Montó a caballo y bajó la colina, haciéndoles señas a unos jinetes para que se reunieran con él. Arrebató de las manos de uno de ellos la bandera y galopó al encuentro del visitante. Éste, sorprendido por aquel movimiento insólito, sujetó un momento las bridas. Pero en cuanto divisó la bandera blanca lanzó



resueltamente su cabalgadura en su dirección. Abu Alí, lo reconoció al fin:

—¡Buzruk Umid!

—¡Abu Alí! —El jinete mostró algo con la mano.

Todas las miradas se dirigieron al horizonte. Un trazo negro aparecía ahora, ondulando al ritmo de una marcha rápida. Pronto se pudo distinguir la silueta de los jinetes. Los pendones negros del califa ondeaban por encima de las cabezas.

—¡Tensad los arcos! —ordenó Abu Soraka.

Abu Alí y Buzruk Umid se apresuraron a reunirse con los hombres desplegados en la colina. Todos temblaban de excitación guerrera, listos para el asalto. Una nueva orden les fue dada a los arqueros:

—¡Que cada uno elija a su hombre!

Los jinetes enemigos se hallaban ahora a buena distancia. Uno de ellos cabalgaba a la cabeza, abriendo la fila. Ya la vanguardia torcía hacia el este, a punto de meterse en el desfiladero.

—¡Tirad!

Las flechas volaron en dirección a los turcos. Algunos caballos rodaron por tierra, arrastrando a sus jinetes, con lo que la marcha de los asaltantes pareció titubear. Después se escuchó a su comandante, reconocible por el penacho que llevaba en el yelmo, gritar:

—¡Al desfiladero!

Abu Alí esperaba aquel momento para lanzar su señal. A la cabeza de todos sus jinetes bajó la colina, cortando con un brusco movimiento el acceso a la garganta, que los turcos no tuvieron tiempo de alcanzar. De inmediato comenzó la refriega: las armas volaron, las lanzas cruzaron las lanzas, los sables centellearon por encima de las cabezas, mientras se mezclaban las banderas blancas con las banderas negras.

Desde lo alto de la colina, los fedayines observaban el combate, con el corazón sobrecogido por una emoción indecible.

—¡Vamos!... ¡A caballo! ¡Al combate! —exclamó Sulaimán a punto de correr hacia los caballos.

Abu Soraka se precipitó hacia él para detenerlo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Quién te ha dado la orden?

Sulaimán tronó de cólera impotente. Arrojó el arco y el carcaj al suelo con un gesto de despecho y se acostó como se le había ordenado, llorando y mordiéndose el puño como un poseso.

Dispersados por la sorpresa del primer ataque, los turcos acababan de reagruparse para intentar una nueva brecha hacia el desfiladero, cuyo acceso trataban de obtener furiosamente. Su jefe estaba visiblemente obstinado en creer que el grueso del ejército ismaelita estaba desplegado en el valle por lo que las defensas del castillo debían encontrarse desguarnecidas: hermosa oportunidad co-

defensas del castillo debían encontrarse desguarnecidas. Hermosa oportunidad se le presentaba a él de ocupar sin gran esfuerzo las mejores posiciones. Ahora, los fedayines veían caer las primeras víctimas entre las filas de Alamut. Todos temblaban de rabia; les era insoportable tener que mirar aquello con los brazos cruzados.

Abu Soraka no dejaba de espiar el horizonte. Finalmente, apareció una nueva línea oscura. Los fedayines aún no la divisaban. Pero el corazón de Abu Soraka se regocijó

cuando vio ondear, por encima de los que llegaban, los estandartes blancos del mártir Alí. Había llegado la hora de enviar a los muchachos al combate. Buscó con la vista la bandera del regimiento enemigo y se las mostró.

—¡A caballo! —les gritó—. ¡Y tras la bandera! ¡Todos a una adelante!

Los jóvenes lanzaron gritos de júbilo. Bajaron la ladera y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron montados. Los sables desenfundados giraron y Djafar levantó la bandera blanca. Todos a una se abalanzaron sobre un numeroso grupo de turcos que, tomados por sorpresa, fueron obligados a replegarse hacia el torrente. Aprovechando su desconcierto, Sulaimán derribó a su primer enemigo apretando los labios. Sin embargo, Djafar, decidido a mantener su ventaja, arrastraba a sus camaradas tras él y producía una verdadera brecha en las filas enemigas. Yusuf aullaba y golpeaba salvajemente a su alrededor, obligando a los que lo rodeaban a retroceder. En lo que respecta a Ibn Tahír, atravesaba incansablemente con su sable el escudito redondo con el que se protegía un tártaro de piernas arqueadas. Éste había soltado su lanza, ya inútil, e intentaba, crispado, sacar antes de que fuera demasiado tarde la pesada cimitarra de su funda. Finalmente el brazo que sostenía el escudo cedió y el hombre trató de alcanzar una posición más protegida. Sulaimán y los que lo rodeaban desmontaron a algunos enemigos más. La bandera blanca se acercaba cada vez más a la bandera negra...

El coronel turco adivinó finalmente la intención de los nuevos asaltantes.

—¡Defended la bandera! —gritó de forma de ser oído tanto por sus hombres como por el enemigo.

—¡Tras el coronel! —gritó Ibn Tahír.

Los turcos se reunieron alrededor de su bandera y de su jefe. Momentos después, Abd al-Malik y los hombres de Mutsufer arremetían contra ellos. El choque fue terrible. Pronto los turcos se dispersaron como milanos en el viento.

Sin embargo, Sulaimán no perdía de vista al portaestandarte enemigo, no más que Ibn Tahír a su coronel.

Pero Ibn Tahír ya estaba junto a él. Sus sables se cruzaron. Sin embargo, los hombres de Mutsufer cargaron justo en aquel momento. Algunos turcos intentaron contenerlos. Hubo una terrible refriega en la cual el coronel y su caballo estuvieron a punto de desaparecer. Ibn Tahír se zafó enérgicamente

caballo estuvieron a punto de desaparecer. Ibn Tahir se zafó energicamente. Entonces buscó con la vista al portaestandarte enemigo y lo vio galopando a lo largo del torrente, perseguido por Sulaimán. Se lanzó en su persecución, impaciente por ayudar a su camarada. Otros muchachos lo siguieron.

Sulaimán le pisaba los talones al portaestandarte que espoleaba su cabalgadura como un enajenado, con la lanza dirigida hacia el lado para impedir que su perseguidor lo rebasara completamente. Cuando éste estuvo casi a su altura, el turco dio bruscamente media vuelta y el imprudente muchacho recibió la lanza de frente, desmontándolo bajo aquel golpe inesperado. Ibn Tahir lanzó un grito; espoleando rabiosamente los flancos de su caballo, estuvo en un momento junto al portaestandarte. Se había quedado lívido al ver a Sulaimán en el suelo, tal vez muerto. Pero una sola cosa importaba a partir de aquel momento: ejecutar la misión encomendada, arrebatarle la bandera al enemigo. Empujó al turco hasta el borde del torrente y éste sintió de repente que el talud de la orilla cedía bajo los cascos de su caballo: jinete y montura rodaron juntos hasta el agua impetuosa. Ibn Tahir titubeó una fracción de segundo. Luego se dejó caer a su vez por la orilla escarpada y dirigió su corcel por la corriente. Un torbellino los atrapó y estuvo a punto de engullirlos, pero pronto reaparecieron en la superficie, nadando hacia el turco que sujetaba la bandera fuera del agua. Poco después lo alcanzaban e Ibn Tahir le asestaba tal sablazo en la cabeza que el brazo que sujetaba la bandera cedió y el turco desapareció llevado por las aguas. Momentos después, la bandera negra de los califas ondeaba en las manos de Ibn Tahir. Clamores victoriosos lo saludaron desde la orilla. Pero la corriente lo llevaba rápidamente río abajo y su caballo comenzaba a ahogarse bajo él. Mientras intentaba dirigir su cabalgadura hacia la orilla, sus camaradas seguían la margen a todo galope, sin perderlo de vista y animándolo a aguantar. Uno de ellos encontró el medio de saltar a tierra, echarse boca abajo en una saliente del terreno y colocar su lanza atravesada en la corriente. Los demás ya habían desatado las cuerdas enganchadas al arzón de sus sillas y las lanzaban en dirección de su amigo. Éste tuvo el tiempo justo de coger una al vuelo y de atarla a su montura. Así pudieron sacarlos a ambos fuera del agua.

—¿Cómo está Sulaimán? —preguntó cuando logró izarse hasta la orilla; aún medio inconsciente, puso la bandera enemiga en manos de Ibn Vakas.

Los fedayines se miraron.

—¿Cómo está?

Se volvieron. Sulaimán llegaba lentamente, poniendo cara larga; tiraba su caballo tras de sí. Ibn Tahir corrió a su encuentro.

—Sólo a ti corresponde el mérito de haber arrebatado la bandera al enemigo —le gritó. El otro hizo un gesto irritado.

—¡Que va! Por una vez tuve la oportunidad de llevar a cabo una gran acción y

la dejé

escapar. Está claro que tengo la suerte en contra.

Se agarró la pierna y lanzó un juramento. Sus amigos lo ayudaron a montar. Pero ya llamaban a reunión. Era hora de volver al campamento.

La victoria sobre los turcos fue completa. El jefe del escuadrón enemigo había caído y con él ciento doce hombres, a los que había que agregar treinta y seis heridos que se declararon prisioneros. Los demás se habían dispersado a los cuatro vientos. Los perseguidores volvían uno tras otro informando del número de sus víctimas. En cuanto a los ismaelitas, se contaban veintiséis muertos en sus filas, y casi otros tantos heridos. Abu Alí ordenó cavar una gran fosa al pie de la colina para enterrar los cadáveres enemigos. Finalmente mandó que le cortaran la cabeza al jefe turco y que la plantaran en una pica: la expondrían en lugar visible sobre la torre de guardia. Minutcheher acababa de unírseles a la cabeza de los que habían quedado en el castillo, y sus hombres escuchaban no sin tristeza el animado relato de los vencedores, que contaban las peripecias de la batalla. Al-Hakim y sus ayudantes hicieron a los heridos curas de urgencias y se transportó

a éstos en angarillas hasta la ciudadela. El médico sabía que aquella noche le esperaba una dura tarea.

Cuando terminaron de transportar a los heridos y de enterrar a los muertos enemigos, Abu Alí mandó tocar llamada. Los soldados cargaron a sus compañeros muertos y el botín arrebatado a los vencidos a lomo de camellos y mulas, montaron sus caballos y volvieron al castillo lanzando impetuosos clamores.

Hassan, desde lo alto de su torre, había contemplado el desarrollo de la batalla. Había visto cómo los fedayines habían intervenido en el combate, cómo finalmente Abd al-Malik y los jinetes de Mutsufer habían logrado la victoria final. Estaba extraordinariamente satisfecho.

Un golpe de gong le advirtió que otras noticias destinadas seguramente a él acababan de llegar. Nadie, ni siquiera los eunucos, tenía derecho, so pena de muerte, a subir a lo alto de su torre sin ser llamados. Volvió a su habitación. Buzruk Umid lo esperaba allí. Hassan corrió hacia él y lo estrechó contra su pecho.

—¡Soy inmensamente feliz! —le dijo.

Contrariamente a Abu Alí, Buzruk Umid era un hombre de prestancia: alto, fuerte, tenía un rostro distinguido, enmarcado por una magnífica barba negra y ensortijada, en la que aparecían sólo unas hebras plateadas. Tenía los labios gruesos, bien contorneados, aunque la sonrisa que dejaban aflorar poseía algo de inflexible e incluso cruel. Como los demás jefes, el recién llegado estaba vestido

con una túnica blanca árabe y tocado con un turbante blanco, bajo el cual caía un ancho manto sobre los hombros. Pero su atuendo estaba cortado en una tela escogida, perfectamente ajustada a su talla. Incluso después de su larga y fatigosa cabalgata, parecía que acababa de acicalarse, como si fuera a alguna recepción.

—Estuve a punto de toparme con los sables turcos —contó riendo—. Ayer, después de la tercera oración, tu paloma viajera me trajo tu orden y apenas había terminado de tomar las disposiciones necesarias para el tiempo que durara mi ausencia, cuando además llegó

tu mensajero: había atravesado el Shah Rud a nado. En efecto, los turcos dejaron bajo mis muros un poderoso destacamento, y tu enviado, temiendo ser interceptado, eligió el camino del agua.

Luego contó cómo había él elegido el camino más corto —por la otra orilla—y cómo había terminado por adelantar a los turcos. Con sus perseguidores pisándole los talones, había atravesado el torrente por un vado; pero los demás lo seguían tan de cerca que finalmente sólo tenía una preocupación en la cabeza: que la gente de Alamut, al verlo llegar, no hubiera tenido tiempo de bajar el puente levadizo... o, si no, que los turcos se aprovecharan de ello para entrar detrás de él en la plaza.

Hassan se frotaba las manos de júbilo.

—Todo marcha a las mil maravillas —dijo por todo comentario—. Vais a ver lo que os he preparado con Abu Alí. Qedaréis boquiabiertos.

En ese mismo momento, Abu Alí hizo su entrada en la habitación y Hassan lo recibió

con una gran sonrisa antes de abrazarlo.

—En realidad, no me equivoqué contigo —le dijo.

E hizo que le explicaran con detalle el desarrollo de la batalla. Le interesaba sobre todo el comportamiento de los fedayines.

—Así que el nieto de Tahír, nuestro poeta, arrebató la bandera. ¡Magnífico, magnífico...!

—Como el llamado Sulaimán, que se había lanzado en persecución del portaestandarte, fue desmontado de su cabalgadura, Ibn Tahír se encargó de terminar el trabajo —explicó Abu Alí—. El turco cayó en el torrente y nuestro poeta lo siguió hasta allí; no había otro medio de recuperar aquella bandera.

Luego dio la lista de las víctimas del combate y describió en pocas palabras el botín.

—Vamos a la sala del consejo —propuso Hassan—. Quiero felicitar personalmente a nuestros hombres por esta feliz victoria.

Al-Hakim había designado a algunos fedayines para auxiliar a sus

ayudantes. Quería enseñarles con el ejemplo vivo cómo había que servir y cuidar a los heridos. Los muchachos lo ayudaron a enderezar miembros fracturados y a hacer curas. En ciertos casos graves, fue preciso cauterizar las heridas, pese a que pronto un olor a carne asada se esparció a través de la enfermería. Los heridos gritaban y sus gritos se oían en toda la fortaleza. Los heridos a quienes era preciso serrar un miembro caían de síncope en síncope y sólo recuperaban la conciencia para rugir su desesperación.

–¡Horrible! –murmuró Ibn Tahír para su colete.

–¡Qué suerte tuvimos, fedayines de ayer, de salir tan bien parados! –observó Yusuf.

–La guerra es algo verdaderamente atroz –suspiró Naim.

–En todo caso no es algo hecho para los pichoncitos de tu especie –se burló Sulaimán.

–Deja a Naim tranquilo –se sulfuró Yusuf–. En todo momento estuvo a mi lado y, que sepa, yo no estaba entre los últimos...

–Lanzaste tales aullidos que los turcos se han tapado los oídos en lugar de combatir –

bromeó Sulaimán–. No es raro que nuestro grillo se haya refugiado bajo tu ala.

–Pero tú no llegaste a la bandera turca pese a que lo intentaste –le recordó Obeida. Sulaimán palideció. Sin decir palabra, siguió a Al-Hakim que se había acercado a otro herido.

El griego era un médico sabio. No lo conmovían los llantos y los gemidos de los heridos. De vez en cuando, alentaba a un herido y llevaba a cabo su función con destreza y seguridad, como lo hubiera hecho un buen artesano. Al mismo tiempo, explicaba a los fedayines los rudimentos de la cirugía de las heridas, salpicando sus palabras con algunos ingredientes de su filosofía personal.

Un turco le había roto un brazo al caporal Abuna. Al-Hakim se sentó a su cabecera, le sacó el vendaje, tomó la tablilla que un fedayín le tendió y se puso a reducir la fractura. Mientras el herido gemía de dolor, el griego explicaba:

–La tendencia a la armonía en el ser humano es tan fuerte que las partes separadas de un miembro roto tratan espontáneamente de juntarse y terminan por soldarse. Y esta voluntad de reconstitución es tal que incluso las partes mal encajadas terminan por soldarse entre si. La habilidad de un buen médico consiste justamente, gracias al conocimiento de los mecanismos del cuerpo humano, en evitar tales errores y reunir lo que está dislocado siguiendo las indicaciones de la naturaleza.

Cuando terminó con los heridos ismaelitas, estaba extenuado. Vio cuántos heridos turcos esperaban aún y envió a Ibn Tahír a preguntar a Abu Alí lo que

debía hacer con ellos. En secreto esperaba poder curarlos más someramente, o incluso quizás librarse de los heridos graves mediante un veneno eficaz.

Ibn Tahír fue a preguntarle a Abu Soraka, quien, a su vez, fue a pedir la opinión del gran dey.

Se dio la orden siguiente: «Los turcos deben ser curados como si fueran nuestros amigos. Podríamos necesitarlos como rehenes».

El médico lanzó pestes y reanudó su trabajo. Esta vez no se trató de alentar a los que gemían con palabras estimulantes. Tampoco se trató de enseñar con el ejemplo a los jóvenes fedayines. Se limitó a confiarles pequeñas tareas y observó que de todos ellos era Obeida el que demostraba la mayor destreza.

Era entrada la noche cuando terminó la última curación. Dio a sus ayudantes las órdenes pertinentes y fue a reunirse con sus pares.

Los jefes, reunidos en la sala del consejo, estaban por el momento muy ocupados en comer y beber, entregados al mismo tiempo a comentar los hechos y gestos que habían jalonado aquella memorable jornada. Calculaban las decisiones posibles del jefe supremo y las probables consecuencias de la victoria. Todos alababan a Abd al-Malik por haber ejecutado tan impecablemente la tarea que le fue encomendada. La llegada de Hassan y de los grandes deyes los llenó de alborozo. El rostro del Amo estaba radiante de satisfacción y, mientras saludaba a uno por uno, una jubilosa sonrisa le hacía temblar las mejillas.

—Tengo en vosotros notables auxiliares —concluyó después de que se hubieron vuelto a sentar alrededor de los platos y jarras.

Felicitó especialmente a Abu Alí, que había dirigido toda la operación. Luego se dirigió

a Abd al-Malik y quiso saber cómo había arreglado con Mutsufer el asunto de los harenes. Lo felicitó por la eficacia de su intervención en el combate y se lo agradeció. También le agradeció a Abu Soraka, que había mandado a los fedayines y ejecutado tan estrictamente las órdenes. Luego miró a hurtadillas al capitán Minutcheher y una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

Minutcheher no participaba de la conversación. Se sentía despedido por haber tenido que permanecer con los brazos cruzados, dejando que los demás recogieran los laureles del combate. Tenía la mirada sombría, comía poco y bebía mucho. Su cuerpo hercúleo se sobresaltó cuando cruzó la mirada divertida de Hassan.

—Hay dos personas entre nosotros —siguió éste con voz en la que temblaba la malicia mal disimulada—, cuyo sacrificio merece hoy nuestra mayor estima. Para un soldado verdadero, el mayor honor es el de luchar contra el enemigo. Pero no es sólo el mayor honor sino también la mayor alegría. El que, obedeciendo a

móviles más elevados, se ve forzado a renunciar a ese honor y a esa alegría, muestra con ello que es un hombre completo. Merece un especial respeto.

Miró a su alrededor los rostros asombrados. Luego prosiguió gravemente:

—Entre nosotros, digo, hay dos de estas personas; quienes pese a tener alma de soldados, tuvieron que renunciar hoy a ese honor y a esa alegría. Se trata de Minutcheher y de mí mismo. Las razones de nuestra conducta están claras. Siento una gran satisfacción por el hecho de que, habiendo participado en el combate, os hayáis distinguido. En cuanto a Minutcheher, hoy recibe el honor de ser nombrado por mí emir y comandante supremo de todas las guarniciones de los castillos ismaelitas.

Se incorporó y se acercó al capitán que, sorprendido y azorado, se levantó con el rostro encendido de emoción.

—Bromeas, Seiduna —balbuceó.

—De manera alguna, querido —respondió Hassan abrazándolo—. La orden está firmada y Abu Alí te la dará.

Un murmullo aprobador recorrió la sala.

—Además, recibirás la misma parte del botín que los demás —agregó—. Despacharemos de inmediato la cuestión del reparto. —Les hizo rápidamente una cuenta de los animales y las armas que habían caído en sus manos, a lo que había que agregar una buena cantidad de dinero en monedas de oro y algunos objetos de valor.

—Minutcheher y los jefes que hayan tomado parte en la batalla recibirán cada uno un caballo y un equipo de combate digno de su rango —decretó Hassan—. Además, cada uno tendrá derecho a diez monedas de oro. Los hombres de Mutsufer recibirán igualmente cada uno diez piezas de oro, a lo que se agregará un equipo completo para los oficiales y caporales. Y al mismo Mutsufer le enviaremos diez camellos y doscientas monedas de oro para agradecerle el haber venido en nuestra ayuda. Las familias de los soldados caídos se verán compensadas mediante un donativo de diez monedas de oro. El resto lo repartiremos entre los hombres de tropa. Finalmente, los fedayines no recibirán nada pues para ellos ha sido una gracia el haber podido combatir hoy día.

Cuando cada cual hubo elegido el lote que le convenía, Hassan retomó la palabra:

—Golpeemos el hierro mientras esté caliente. La noticia de la derrota de las vanguardias turcas se esparcirá como el viento por todo el Irán. Ella exaltará el valor de nuestros fieles y amigos, y decidirá a los titubeantes. Muchos de los que simpatizaban en secreto con nuestra empresa tendrán ahora el valor de declararse públicamente a nuestro favor. Los nuestros, sitiados en sus fortalezas, se sentirán estimulados. En cuanto a nuestros enemigos, se verán obligados a contar



seriamente con nosotros y algunos traidores conocieran la angustia del miedo.

Con estas palabras apuntaba al visir. Los jefes movieron la cabeza para indicar que habían comprendido.

—Ahora, tras la victoria, podremos contar con un nuevo gran flujo de creyentes —

prosiguió—. Toda la comarca alrededor de Udbar nos es favorable, y los padres no vacilarán en enviar a sus hijos a nuestros castillos para luchar con nosotros por la causa del ismaelismo. Tú, Abu Soraka, los recibirás y los pondrás a prueba, exactamente como acabas de hacerlo. Que los más jóvenes, fuertes y mejor dotados se conviertan en fedayines. La condición que pongo es la misma: que no estén casados y que no hayan llevado una vida disoluta. En una palabra, no deben haber conocido nada de las mujeres ni de sus placeres. En cuanto a los demás, si son aptos para llevar las armas, se sumarán a las filas de los soldados. Perfeccionaremos los antiguos reglamentos y dictaremos unos nuevos. El que haya estado en el castillo antes de la batalla gozará de ciertas ventajas. Los que se hayan distinguido hoy serán objeto de una promoción. El grado, el sector, los derechos y deberes de unos y otros serán determinados con precisión. Promulgaremos leyes muy severas. Cada cual debe ser al mismo tiempo soldado y creyente. Extirparemos de los corazones todo deseo profano. Que hoy sea la primera y la última vez que se permita a los soldados beber vino, y consiento en ello por esta vez, en honor de los hombres de Mutsufer que hoy están en el castillo. Que todos sepan que somos dueños de dictar lo que está permitido y lo que no lo está. Así trabajarán para nosotros sabiendo a qué atenerse. ¡Sí, que la cosecha de nuevos adeptos sea ahora una de nuestras mayores preocupaciones! Enviaremos fedayines a recorrer el país, como un enjambre de abejas, para que hablen y testimonien por nosotros. Adoctrinaremos también a nuestros prisioneros. Que por tanto se los cuide. El ejército del sultán se acerca y tal vez no pase mucho tiempo antes de que nos sitie. Ésta es la razón de que necesitemos gente que lo conozca bien. Irán a llevar nuestra fe y nuestra abnegación en medio de sus filas. De esta manera minaremos sus bases, y el resto ocurrirá por sí solo.

Ordenó a Abd al-Malik que reuniera un número suficiente de hombres y marchara con ellos, a la mañana siguiente temprano, a la fortaleza de Rudbar, con el propósito de expulsar a la vanguardia turca en caso de que se encontrara todavía allí; y de recorrer en seguida toda la comarca hasta Kazvin y Rai, cuidándose de exterminar, donde los encontrara, los últimos destacamentos del enemigo. Finalmente y sobre todo, había que pensar en enviar espías al encuentro del ejército del sultán.

Tras lo cual, se despidió de los jefes, le hizo una seña a los grandes deyes y volvió a sus apartamentos.

volvieron a sus apartamentos.

Los hombres de Alamut y los de Mutsufer festejaban con grandes gritos y risotadas la victoria de aquel día. En las dos terrazas de abajo habían fogatas sobre cuyas brasas habían puesto a asar bueyes enteros y corderos cebados, debidamente ensartados en espetones. Sentados o en cuclillas alrededor, los hombres esperaban con impaciencia que la carne estuviera a punto. Un agradable olor acariciaba el olfato. Para intentar calmar la excitación del apetito, cortaban pequeños trozos de pan y los colocaban bajo los espetones en donde se impregnaban con la grasa que caía gota a gota. Recordaban ruidosamente las hazañas del día, cada cual intentaba encomiar su acción, y sobrepasar a los demás en mérito; todos ponderaban sus acciones heroicas, verdaderas o imaginarias, y no dudaban en exagerar el número de enemigos que habían matado con su propia mano. Así llegaron a las discusiones y peleas. Cuando se decretaba que un cordero o un buey estaba a punto, se abalanzaban sobre él con el cuchillo en ristre. Cada cual quería recibir el mejor pedazo. Y

se amenazaban con el puño, e incluso sacaban sus armas, para hacerse oír. A los caporales les costaba hacerlos entrar en razón. Finalmente se convencieron de que habría suficiente asado para contentar a todos y que no valía la pena despellejarse por eso. Luego fueron traídos grandes odres a lomo de mula y procedieron a llenar las jarras y jarrones. Cada grupo de diez recibió una gran jarra y los caporales tuvieron la misión de servir el precioso líquido.

—¿Quién nos ha permitido beber vino? —se asombraron.

—Seiduna —respondían los caporales—. Él es el jefe de los ismaelitas y el nuevo profeta.

—¿Puede permitir lo que el Profeta prohibió?

—Naturalmente que puede. Alá le dio el poder de ordenar y prohibir. También le dio la llave que abre las puertas del paraíso.

Como no tenían costumbre de beber vino, los hombres no tardaron en sentir sus efectos. Aclamaron al jefe supremo de los ismaelitas y se enzarzaron en discusiones y peleas sobre lo que podían saber de la doctrina y buscaban las respuestas. Los soldados extranjeros, visiblemente intrigados, abrumaban de preguntas a la gente de Alamut y muchos de ellos parecían firmemente resueltos a pasar al servicio de Hassan una vez que hubieran terminado su tiempo en la banda de Mutsufer.

Reunidos bajo el techo del edificio de la escuela, los fedayines observaban como espectadores la ruidosa batahola de las terrazas inferiores. También ellos habían asado corderos y se habían hartado. Tras lo cual procedieron a reanudar sus discusiones y, una vez más, a pasar revista a los acontecimientos de la jornada. No echaron de menos el vino. Sabían que eran una tropa de élite y poco les faltaba para despreciar sin darse cuenta demasiado a aquellos viejos

los haraba para despreciar, sin darse cuenta demasiado, a aquellos viejos soldados que ejecutaban danzas tradicionales alrededor de las hogueras. Aquellos que habían ayudado al médico a curar a los heridos recordaban la turbadora experiencia. Pero sobre todo era la toma de la bandera la que animaba sus discusiones y hacía palpar sus corazones.

## IX

Mientras el ejército de Alamut derrotaba a las vanguardias del sultán, los jardines de detrás del castillo, como un hormiguero, zumbaban de animación.

Desde la mañana temprano, Adí había acompañado a Apama a ver a las muchachas. Cuando la vieja vio que todavía estaban durmiendo, empuñó el martillo y golpeó

furiosamente el gong. Las hermosas durmientes, sacadas brutalmente del sueño salieron de sus cuartos corriendo, con rostros asustados. Las recibió una lluvia de injurias.

—¡Perezosas harpías! ¡Seiduna debe de estar al llegar de un momento a otro y quedáis en cama como si fuera día de descanso! Hará que nos decapiten a todas, vosotras y a mí, si nos sorprende así.

Se vistieron en un periquete. El anuncio de que el amo iba a visitar los jardines las llenó de terror. Apama y Myriam les asignaron las tareas que cada una debía cumplir. Se aplicaron a ellas con empeño. Apama se afanaba entre las muchachas como una posesa.

—Si pudiera decirles lo que les espera... —murmuraba en voz suficientemente alta como para que la escucharan.

Semejante observación estaba muy bien calculada para aumentar la confusión, Myriam debía concentrar todos sus esfuerzos en mantener el orden.

Hassan les había hecho enviar papel, colores, velas y todo lo necesario para confeccionar las lámparas. Apama explicó a Fátima como debía utilizar los materiales Fátima se puso de inmediato al trabajo y los primeros farolillos estuvieron pronto listos. Cerró las ventanas de su habitación y en la oscuridad colocó una vela encendida en el hueco de la lámpara.

Las muchachas gritaron de placer.

—¡Gallinas estúpidas! Perdéis el tiempo mirando musarañas. ¡Mejor trabajad

—  
refunfuñó la vieja harpía.

Fátima distribuyó pronto las tareas. Unas calcaron los modelos en pergamino otras mezclaron los colores, otras pintaron el papel de las lámparas; las demás receptaban, unían y pegaban los trozos correspondientes. Las linternas así confeccionadas eran luego puestas a secar al sol; su número aumentaba a ojos vista. En todo aquel tiempo, las damiselas no dejaban de hablar de la visita de Seiduna.

...  
-Me la imagino como la visita de un rey -soñaba en voz alta Djada-. Esta vestido de oro y púrpura...

-¡No!, vendrá como un profeta -protestaba Halima.

-Te lo dijo personalmente -la hostigó otra.

Halima ardía en deseos de contar lo que Myriam y Adí le habían confiado. Pero terminó por refrenarse. Apama no estaba lejos y no habría sido prudente exponerse a sus preguntas...

-Mahoma era profeta y rey a la vez -las reconcilió Fátima.

-¿Habláis de Seiduna? -se interesó Apama que pasaba en aquel momento cerca de ella; se rió perversamente-. Pues bien, debéis saber que algunas de vosotras seréis seguramente decapitadas esta noche. Sí, no más allá de esta noche vais a recibir aquí a visitantes distintos... Y meteos bien esto en la cabeza: la que de vosotras revele a los visitantes en cuestión quién es y dónde se encuentra, será decapitada en el acto. Entonces se verá quién de vosotras posee suficiente cordura como para no delatarse con chismorreos.

Aterrorizadas, se volvieron hacia Myriam.

-Apama tiene razón -les explicó-. Seiduna ha dado orden de arreglar estos jardines según el modelo del verdadero paraíso. Ahora deberéis comportaros como si vivierais verdaderamente en ese lugar celestial. Ya no sois muchachas corrientes sino huríes. Debéis meteros este papel en la cabeza y si hacéis el esfuerzo no os costará demasiado. Agregaré

algo más: la que se delate en presencia de los visitantes deberá morir de inmediato.

-Si es así, me cuidaré mucho de abrir la boca -dijo Sara.

-Pero a todas las preguntas deberás contestar convenientemente -le advirtió Apama. Halima estalló en sollozos.

-Yo me ocultaré para que nadie me encuentre...

-¡Inténtalo! ¡Inténtalo! -gritó Apama-, y me dará el placer de verte crucificada en un caballete.

El miedo se apoderó de las muchachas. Bajaron la cabeza y aceleraron la labor.

-Vamos, vamos -terminó por decir Fátima-. Lo que será será... Yo he vivido en los harenes y estoy dispuesta a representar la comedia. Conozco a los hombres. No es difícil engañarlos, sobre todo a los jóvenes, que no brillan precisamente por su claridad de espíritu. Después de todo estoy segura de que no será nada complicado representar el papel de huríes en estos jardines.

-¡Ahora entiendo -exclamó Sulaika-. Sí, finalmente acabo de entender por qué nos han obligado a aprendernos de memoria los pasajes del Corán que se refieren al paraíso y a la vida que se lleva en él. ¿Qué pensáis?

Myriam sonrió. No había caído en ese detalle. En realidad, Hassan lo había previsto todo. «Un soñador terrible e infernal», pensó.

–Tienes razón, Sulaika –confirmó Zainab–. Lo más conveniente es que volvamos a revisar esas famosas lecciones...

–¡Vamos, muchachas! Me imagino que tenéis alguna imaginación –se burló tiernamente Fátima–. Haced como si estuvierais en el paraíso, simplemente, y lo demás vendrá solo...

–Mientras más naturales seáis, mejor resultará el juego –resumió prudentemente Myriam–. No exageréis, haced como si ser hurí fuese lo más natural del mundo. Y por eso no habléis más que para responder a las preguntas que se dignarán haceros. Halima sintió que desaparecían sus temores. Curiosa como siempre, aventuró:

–¿Pero para qué quiere Seiduna que hagamos como que estamos en el paraíso?

–Para que los pequeños adefesios como vosotras aprendáis a dominar vuestras lenguas venenosas –la regañó Apama.

Moad y Mustafá acababan de llegar con canastas llenas de apetitosas aves –dominaban las codornices, las perdices y otras cazas–, y soberbios pescados. Apama fue a vaciarlos y prepararlos en la cocina con sus ayudantes.

Pero la curiosidad de Halima no se vio satisfecha.

–Pero ¿quiénes serán esos visitantes a los que deberemos decir que somos huríes?

Una risotada recibió esta pregunta.

–En primer lugar, no deberéis decírselo –rectificó maliciosamente Myriam–, debe ser algo natural. En segundo lugar, Seiduna nos visitará justamente para darnos directrices precisas sobre este tema. Pero para que no te plantees más preguntas, te diré lo que pienso... Podría tratarse simplemente de hermosos jovencitos... nada más. Halima enrojeció como una amapola. Todas la miraron. Bajó la vista y golpeó el suelo con el pie.

–¡Pues bien, yo no pienso jugar a ese juego!

–Tendrás que hacerlo –dijo Myriam con tono severo.

Halima golpeó de nuevo con el pie.

–¡No quiero!

–¡Halima!

La cólera hizo enrojecer de ira las mejillas de Myriam.

–¿Entonces no quieres que se ejecuten las órdenes de Seiduna?

Halima se calló y se mordió los labios. Pero como bien se puede suponer, no tardó en ablandarse.

–¿Y qué ocurrirá entonces?

Myriam sonrió.

–Ya lo verás.

Las muchachas comenzaron a burlarse de ella.

–Tendrás que besarlos.

–Y hacer con ellos todo lo que has aprendido con Apama –agregó malignamente Sara. Halima las amenazó:

–Os tiraré algo a la cabeza si no me dejáis tranquila.

Myriam las llamó al orden:

–¡Más vale que trabajéis! Ved el tiempo que habéis perdido con vuestro chismorreó. Sara, en un rincón, pegaba y cosía los farolillos. Halima se refugió junto a ella. En los últimos tiempos se habían reconciliado, pero sobre otra base, como habría dicho Halima. Fátima les había confeccionado dados de madera dura y Halima se había dedicado a jugar con pasión. En aquel juego, Sara se había convertido para ella en una fiel compañera. Jugaban las cosas más diversas: nueces, plátanos, naranjas, bombones, besos; les preguntaban a los dados quién las amaba. Cuando cualquiera de las compañeras invitaba a Halima a dormir la siesta nunca dejaba de consultarlo con los dados, que siempre llevaba consigo dentro del cinturón, para saber si convenía responder favorablemente o no a la proposición.

Sacó de su escondite los minúsculos cubos de madera e invitó a Sara a jugar, teniendo cuidado de ocultarse detrás de la pantalla de una gran hoja de papel. Sara tenía algunas nueces que propuso como apuesta. Si ganaba, Halima debía darle tantos besos como nueces había. Sara perdió sus nueces. Convinieron en que si perdía de nuevo, debía dejarse tirar de las orejas.

Halima siguió ganando.

–Ya puedo tirarte cuatro veces de las orejas –insistió con gozo maligno. Sara se puso a observarla de cerca.

–¿Por qué miras los dados antes de tirarlos? –quiso saber.

–Siempre lo he hecho así... ¡punto!

Sara propuso que preguntara a los dados quien compartiría al jovencito más hermoso. Halima sacó un número alto.

–Haces trampa, Halima. Vi que ponías los dados en la mano para que saliera el número alto... y los arrojaste con mucho cuidado. Juega como yo o si no, no sigo. Halima lo intentó y perdió.

–¿Ves? –sonrió la otra–. Cuando no haces trampa, pierdes.

–Si es así, no juego más –se enfadó Halima–. Lo que me gusta es ganar.

–¿Cómo lo haces?... ¿Y si yo también hiciera trampas?

–No, tú no, tú no debes hacerlas.

–¡Qué boba! ¿Así que tienes permiso para hacer trampas y yo debo hacerme

la tonta?

Myriam vino hacia donde estaban.

—¿Qué pasa otra vez con vosotras?

Sara se apresuró a ocultar los dados entre sus rodillas.

—Discutíamos sobre la mejor forma de pegar estas linternas.

Myriam le apartó las rodillas con el pie. Vio los dados y se enfadó.

—¡Así que es esto! De un momento a otro Seiduna puede llegar y vosotras jugáis tranquilamente a los dados. Pues bien, ¡seguid jugando, seguid! ¡Esta noche os jugaréis la cabeza!

Miró a Halima con ojos severos.

—¡Y son tus dados, Halima! ¡Eres incorregible! No se puede hacer nada contigo. Recogió los dados y se los llevó.

—Quedaos un momento aquí —dijo dándoles la espalda.

Halima se puso a llorar, pero no quería que se dieran cuenta y reanudó con una sonrisa obstinada la discusión interrumpida.

—Te repito que los dados no nos interesan si no me dejan ganar. Además, esto sucedió por culpa tuya: tú me buscaste las cosquillas.

Reanudaron su trabajo.

—¡Mira... es maravilloso! —dijo Sara—. Si esos visitantes creen de verdad que somos huríes, se enamorarán de inmediato de nosotras, ¿no?

Halima aprovechó la ocasión.

—¡Lastima que ya no tengamos dados; podríamos haberles preguntado a cuál de las dos decidirían amar.

—Volverías a hacer trampas. Felizmente se los llevó Myriam... Por lo demás, yo ya sé a cuál de las dos elegirán...

—¡Sólo piensas en eso! Pues bien, quiero que sepas que eso no se les pasará por la cabeza...

—¿Sabes al menos como es un hombre, tonta inocente? Estarás escondida en un rincón y nadie se fijará en ti. Eso es lo que te espera.

Halima sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Yo les diré cómo eres —amenazó.

—Inténtalo, inténtalo, se morirán de risa.

—¡Espera un poco! Les diré que estás enamorada de mí... Sí, se lo diré si no me dejas tranquila...

Los ojos de Sara brillaron.

—¿Harías eso?

Halima se había levantado.

—No haría más que decirles la verdad...

Tras lo cual sonrió extrañamente, secó sus lágrimas y fue a reunirse con otro

grupo. Las jóvenes parecían haberse repuesto rápidamente del temor que les inspiraba su delicada misión. Una risa jubilosa se mezclaba al grito de las gallinas degolladas y al ruido de los cuchillos afilándose.

—Por la noche, cuando todo esté iluminado, tendremos la impresión real de estar en el paraíso —se convenció Sulaika—. Ya no tengo miedo. Estaremos veladas, cantaremos y bailaremos como verdaderas huríes...

—Sí, para ti será fácil, eres hermosa y sabes bailar —suspiró Safiya.

—Todas sois bellas y todas sabéis bailar —las animó Myriam.

—Por lo menos cambiará un poco nuestra monótona vida —se alegró Fátima—.

Y

finalmente seremos útiles para algo. Si no, ¡qué pena haber estudiado y haberse esforzado tanto para nada!

—¿De verdad nos haría decapitar Seiduna si nos delatamos? —preguntó Djada, que seguía inquieta.

—Sobre eso no hay ninguna duda —les advirtió Myriam—. Lo que dice, lo hará. De modo que no seáis tontas. Mordeos la lengua antes de hablar.

—No sé por qué, pero no tengo ningún miedo —dijo la alegre Fátima.

—Pero ¿y si una de nosotras llegara a olvidarse? —insistió Safiya.

—Entonces otra debería repararlo de inmediato —explicó Fátima.

—¿Cómo repararlo?

—Por ejemplo, echándolo a broma o dándole otro sentido.

—Me gustaría estar a tu lado —dijo Djafa.

—A mí también —dijo otra, y todas se apresuraron a expresar el mismo deseo. Fátima sonreía por las demostraciones de confianza.

—¡Vamos!, no tengáis miedo, muchachas. Cuando hay que hacer algo, se hace. Estoy segura de que todo irá bien.

Casi todos los farolillos estaban listos.

—Ya veis que todo sale bien cuando os lo proponéis —las felicitó Myriam—. Ahora, seguidme, os mostraré algo.

Las condujo hasta una habitación que hasta entonces había estado cerrada con llave. La abrió. Las jóvenes se quedaron pasmadas. Allí había un almacén completo de vestidos. Trajes de seda y de brocado, mantos bordados de martas cebellinas, velos, sandalias deliciosamente bordadas. Todo lo más escogido que podía comprarse en los mercados de Samarcanda y Bujara, de Kabul e Isfahan, de Bagdad y Basra, estaba amontonado en aquella pequeña habitación. Diademas de oro y plata, incrustadas de diamantes, collares de perlas, pulseras y broches de oro recamados de piedras preciosas, adornos de turquesas, aretes en los que competían los diamantes y los zafiros... ¡Todas aquellas maravillas parecían inagotables!

—¿Y a quién pertenecen todo esto? —se atrevió a preguntar tímidamente



—¿Y a quien pertenece todo esto? —se atrevió a preguntar humildemente Halima.

—Todo esto es propiedad de Seiduna —dijo Myriam.

—En realidad, nuestro amo es rico...

—Más que el sultán y el califa.

—Todo esto está destinado a nuestro uso —explicó Myriam—. Que cada cual elija el adorno que le convenga más: puede llevárselo a su habitación.

Después les ordenó a las muchachas que tomaran las medidas de las túnicas y de los velos de seda. Les ponía sobre los hombros los mantos de pesado brocado, anillos en los dedos, hacía que se probaran pulseras, broches, collares, les colgaba pendientes en las orejas, les daba corpiños, sandalias... Todas tenían a su disposición un espejito metálico primorosamente cincelado, así como un cofrecito provisto de ámbar y perfumes. Finalmente les probó diademas y cintas, pequeños turbantes y tocados de mil formas diversas... Ninguna había soñado con un lujo semejante... digno, les parecía, de princesas de cuento.

—En verdad no nos costará mucho creer que somos huríes —exclamó Halima con las mejillas ardientes de excitación.

—¿No os lo había dicho? —dijo Fátima—. Lo único malo es que finalmente dejaremos de creer que somos muchachas comunes y corrientes.

Halima se envolvió en un tenue velo. También se colocó un manto y lo dejó deslizarse por los hombros tal como le había visto hacer a Myriam por las noches, cuando volvía de ver a Seiduna.

—¡Dios, qué bella es! —exclamó Sara.

Halima enrojeció. Quería ser la más bella y se le escapó ingenuamente:

—Pero cuando vengan los visitantes, me imagino que no todas estaremos vestidas así.

—¿De qué sirven las rivalidades? —bromeó Myriam.

—Me dará vergüenza...

Cada cual tomó lo suyo y se lo llevó a la habitación. Finalmente sonó el cuerno y Apama acudió desde la cocina.

—¡Rápido, rápido! Estad dispuestas. Llega Seiduna.

Hassan había convocado a los grandes deyes para una conferencia que él sabía decisiva. Encendió personalmente las lámparas y se aseguró de que el tapiz cubriera bien las ventanas. Un eunuco trajo una gran jarra de vino. Los hombres se tendieron sobre cojines y la jarra pasó de mano en mano.

—Te hice venir de Rudbar, mi buen Buzruk Umid —comenzó Hassan—, para que tanto tú

como Abu Alí, conozcáis mi testamento. Esperaba que con vosotros estuviera también Hussein al-Keini. Pero los hechos me han superado y el Kuzistán está tan lejos que ni siquiera tuve tiempo de mandarlo llamar. Se trata

Kuzistan está tan lejos que ni siquiera tuve tiempo de mandarlo llamar. Se trata entonces de decidir el principio de la sucesión en vigor en nuestra institución.

Abu Ali sonrió suavemente:

—Hablas como si mañana tuvieras que despedirte de este mundo. Te veo con mucha prisa por participamos tu última voluntad. ¿Y si a Buzruk Umid o a mí nos comieran los gusanos antes que a ti?

—Has mencionado a Hussein al—Keini —agregó Buzruk Umid—, pero te olvidas de tu hijo Hussein. Él es tu heredero natural.

Hassan se incorporó de un salto como si lo hubiera picado una serpiente y comenzó a pasearse gritando:

—¡No me recuerdes a esa bestia salvaje! Mi institución reposa sobre la razón, no sobre prejuicios imbéciles. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Qué hijo? ¿Acaso debo mandar al diablo la magnífica idea que he tenido, entregándosela a un estúpido que una cómica casualidad me dio por vástago? En este aspecto, prefiero seguir el ejemplo de la Iglesia romana, que sólo pone al frente de su institución a los más capaces. Los regímenes que se apoyan en lazos de parentesco y de sangre no tardan en desandar el camino... mientras la institución romana dura ya desde hace mil años. ¡Mis hijos! ¿Mis hermanos? Sois vosotros mis hijos y mis hermanos según el espíritu. Y mi pensamiento sólo se apoya en el espíritu. Los grandes deyes no entendían mucho.

—Si hubiera sabido que mi observación iba a irritarte hasta ese punto me hubiera callado, puedes estar seguro —dijo Buzruk Umid—. Pero ¿cómo podría haber pensado que tus modelos, en lo que respecta a los lazos de sangre y de herencia, fueran tan... digamos, especiales?

Hassan sonrió. Se sentía un poco avergonzado de haberse dejado llevar por la ira.

—Yo también pensé al comienzo poner mis esperanzas en los lazos de sangre... Fue a mi regreso de Egipto —contó como para justificarse—. Me trajeron a mi hijo, que era hermoso y fuerte, y daba gusto verlo. Me dije: con él recuperarás la juventud. Lo puse en mi escuela y... ¿cómo haceros comprender mi decepción? ¿Dónde estaba la pasión por conocer la verdad, el llamado hacia las cumbres que había desgarrado mi alma cuando tenía su edad? En él no encontré ni la menor sombra de eso. Para entrar en materia, le dije: «El Corán es un libro cerrado con siete llaves», sólo para que me gratificara con esta

respuesta: «Me importa muy poco abrirlo»... «Pero ¿acaso no quieres conocer los misterios que no le han sido revelados a la multitud?» «No, no tengo ninguna gana de conocerlos.»

No pude comprender tanta desfachatez. Con el propósito de conmoverlo le conté los combates de mi juventud. «¿Y qué has conseguido después de haberte reventado de esa manera?» Ésa fue la única reacción que tuvo mi hijo ante la

revelados de esa manera». Esa fue la única reacción que tuvo mi hijo ante la confesión de su padre. Para remecerlo, para sacarlo de su quietud, resolví contarle nuestro último secreto. «¿Sabes lo que enseña nuestra doctrina como la cumbre del conocimiento?», exclamé, «¡Nada es verdadero, todo está permitido!». Hizo un gesto con la mano. «Ya me ocupé de esas cosas cuando tenía catorce años.» Así pues, el conocimiento al que había intentado acceder a través de toda mi vida, ese conocimiento cuyo último axioma me había hecho afrontar todos los peligros, visitar todas las escuelas, estudiar a todos los filósofos, él lo había adquirido a los catorce años. Me puse como una fiera: así que mi hijo había nacido con la ciencia infusa... ¡Qué mala broma!, él, que no comprendía ni siquiera el menor objetivo de la ciencia. Tal estupidez me indignaba. Se lo confié a Hussein para que le sirviera como simple soldado. Ya conocéis el resto...

Los grandes deyes se miraron. Buzruk Umid pensaba en su hijo Muhammad, a quien amaba tiernamente. ¿Por qué no lo había enviado a la escuela de Hassan para que se convirtiera en fedayín? Este pensamiento le produjo de pronto frío en la nuca. Abu Alí hizo la pregunta que tenía en la punta de la lengua:

—Una cosa me intriga, Ibn Sabbah... Siempre oí decir que nuestra institución estaba fundada sobre la razón. ¿Qué entiendes exactamente por eso?

Hassan se llevó las manos a la espalda y se puso a recorrer la habitación a paso lento.

—La idea de mi gobierno —comenzó— no es completamente nueva. Hace noventa años, el famoso califa Hakim intentó en El Cairo una experiencia semejante cuando se proclamó

Dios encarnado. Pero esta distinción arbitraria se le subió seguramente a la cabeza. Su cerebro se trastornó hasta el punto de que terminó por creer él mismo en su origen divino. Sus deyes empero nos legaron una preciosa tradición. Quiero decir con ello, nuestro axioma supremo, que Hakim aplicó para perderse...

—¿No te parece, Ibn Sabbah —insistió Abu Alí—, que después que tanta gente lo conoce, nuestro principio ha perdido algo de su valor?

—La sabiduría según la cual nada es verdadero y todo está permitido es, curiosamente, un arma de doble filo, estoy de acuerdo: el triste ejemplo de mi hijo lo muestra fehacientemente. El que no le esté destinado desde el nacimiento no ve en ella más que un revoltijo gratuito de palabras vacías de sentido. Pero el que ha nacido para ella, encuentra una estrella maestra que lo guiará toda la vida. Los cármatas y los druzos\*, de los que también descendía Hakim, sabían que el hombre sabio debe franquear los nueve grados del saber antes de acceder al objetivo. Sus deyes ganaban adeptos haciendo hermosos relatos sobre la genealogía de Alí y la venida del Mahdí. La mayoría de los discípulos se

contentaban con esas fábulas rudimentarias. Los más exigentes querían saber más, y se les explicaba que el Corán era una maravillosa imagen investida secretamente de un sentido oculto. Si aun con esto no quedaban satisfechos, el maestro no dudaba en demostrarles la vanidad de su fe en el Corán y en el Islam en general. El que quería ir más lejos aprendía que todas las religiones, en lo que se refería a lo verdadero y lo falso, tenían igual valor. Hasta que finalmente algunos raros elegidos estaban maduros para la iniciación en el supremo principio, que se apoya en la negación de toda doctrina y de toda tradición.

\* Los cármatas (o qarmatas) fundaron a partir del ismaelismo, en Mesopotamia, luego en Siria, en Egipto y en el Yemen, una secta de iniciados que a veces entró en lucha abierta con los califas de Bagdad. Los druzos, salidos también del movimiento ismaelita, consideran al califa Hakim como la última encarnación divina; hoy forman todavía una importante comunidad en el Líbano, Siria e Israel. (N. del E.)

El acceso a este grado exige del adepto el mayor valor y la mayor fuerza. Porque desde ese momento deberá caminar por la vida sin un suelo firme bajo los pies, sin bastón que dirija su marcha. Por tanto, no temáis: ese principio no está destinado a perder eficacia si se lo divulga: el mundo está hecho de tal manera que casi ninguno de los que reciben la revelación del último secreto la comprende.

—Comienzo a entender mejor —lo interrumpió Abu Alí—. Pero acabas de decirnos que nos habías hecho venir para un asunto de testamento y de sucesión. ¿Qué pudo llevarte a pensar en esas cosas? Aún estás lleno de vigor y tienes buena salud. Hassan se rió. Seguía paseándose por la habitación y los grandes deyes no le quitaban el ojo de encima.

—Nunca se sabe lo que nos reserva el día de mañana. El testamento que quiero dejar exige de su ejecutor un buen conocimiento previo de ciertos detalles un poco peculiares... Y como os he elegido con Hussein al—Keini para que seáis mis herederos, hoy quiero, al menos a vosotros dos aquí presentes, revelaros mi plan: el plan sobre el que reposa todo el porvenir de nuestra institución. Confieso haber sacado ciertos elementos de mi idea, que tanto quiero, del infortunado Hakim... e incluso de los jerarcas de la iglesia de Roma. Sin embargo, en lo esencial, este plan me pertenece. Es mejor que escuchéis. Se tendió junto a ellos y una sonrisa casi infantil afloró a sus labios: la sonrisa de alguien que sabe que lo que va a decir puede parecer histriónico e, incluso, a que lo tomen por un extravagante.

—¿Recordáis que Mahoma prometió las riquezas del paraíso en el otro mundo a los que murieran con la espada en la mano por la causa del Islam? Estos últimos gozarán del placer de rozar la hierba de las praderas y los campos, se tenderán a orillas de arroyos susurrantes. Las flores se abrirán a su alrededor y respirarán su perfume embriagador. Se alimentarán de manjares deliciosos y de frutos escogidos. Muchachas de ojos negros y magníficos miembros los servirán en pabellones de cristal. Y a pesar de las atenciones que tendrán para con ellos, conservarán el pudor y una eterna virginidad. Les ofrecerán en jarras de oro un vino que no los embriagará. Y los días de la eternidad transcurrirán para ellos en medio de la abundancia y de un gozo sin fin.

Los grandes deyes, al tiempo que lo observaban, intercambiaban miradas perplejas.

–Conocemos muy bien todo eso –dijo sonriendo Abu Alí–. Puedes creerlo.

–¡Perfecto! También sabéis entonces que los primeros creyentes, exaltados por estas promesas, luchaban como leones guiados por su jefe y su doctrina. Llevaban a cabo con alegría todo lo que les ordenaban. Se dice que algunos morían con la sonrisa en los labios, contemplando ya con el pensamiento los bienes que los esperaban en el otro mundo. ¡Ay!, después de la muerte del Profeta, esa esperanza y esa fe en tan hermosas promesas se han debilitado un poco. El ardor de los creyentes se ha apagado, al tiempo que intentan aferrarse a principios más palpables: más vale pájaro en mano que ciento volando. Pues nadie ha vuelto del otro mundo para contarnos que todo es como el Profeta lo proclamó. Ya que si queremos compararnos con el Profeta, si confrontamos nuestro pensamiento con el del Islam, nos vemos forzados a constatar cuán mejor era la parte de Mahoma que la nuestra. La fe de los primeros adeptos permitía ni más ni menos que hacer milagros. Ocurre que sin esos milagros, una institución como la que me imagino, fundada únicamente sobre la razón, es irrealizable. Mi primer objetivo fue, pues, reunir, mediante la educación, algunos adeptos que de nuevo se vieran animados por aquella fe.

–Puedes felicitarte, Ibn Sabbah –lo halagó Abu Alí–. Los fedayines demostraron esta mañana que has tenido éxito.

–Vamos, vamos, querido ¿crees que no sé la pobre figura que tienen mis fedayines al lado de los primeros creyentes de Mahoma? Pero te diré algo: pese a todo debo encontrar el medio de obtener más, mucho más que lo que obtuvo él.

–Nos persigues como una onza de caza que acecha a su presa –observó Buzruk Umid–. ¡Cuántos misterios oculta tu sonrisa...! Y esos rodeos que haces adrede para excitar nuestra curiosidad. ¡Vamos! ¿adónde quieres llegar?

–Mi plan es gigantesco –siguió Hassan–. Necesito creyentes que aspiren a la muerte hasta el punto de que no tengan miedo de nada. Literalmente deberán estar enamorados de la muerte. Quiero que corran a ella, que la busquen, que le supliquen que se apiada de ellos, como lo harían con una virgen dura y poco generosa.

Abu Alí y Buzruk Umid estallaron en carcajadas, convencidos seguramente de que Hassan, según su vieja costumbre, se burlaba de ellos... y que lo mejor era demostrarle claramente que no creían lo que decía.

Pero Hassan no se desanimó.

–Escuchad... Nuestra institución debe ser tan poderosa que pueda enfrentarse al enemigo y, si es preciso, al mundo entero. Que se convierta en una especie de consejo supremo de los asuntos de este bajo mundo. Pero para ayudamos a

alcanzar ese objetivo, es necesario que nuestros creyentes no le teman a la muerte. De esta manera les concederemos una gracia especial enviándolos al otro mundo. Naturalmente ellos no elegirán por si mismos la manera de morir. Toda muerte autorizada por nosotros deberá

suponernos ventajas decisivas. Tal es lo esencial de mi plan, que al mismo tiempo es el testamento que quiero revelaros hoy.

Pese a que hablaba sonriendo, su voz delataba una extraña exaltación. Los grandes deyes ya no sabían qué pensar.

—Me pregunto si nuestra victoria de hoy sobre los turcos no se te ha subido a la cabeza, es decir, si bromeas o que...

Abu Alí no pudo acabar.

—Pues bien, ¡sigue! —rió Hassan—. Seguramente has comenzado a pensar como el mis Lumbani, cuando me alojaba en su casa de Isfahan. Leo en vuestros corazones. Os decís: se ha vuelto loco. Y sin embargo... ¡qué sorpresa os tengo preparada!

—Sea lo que sea —dictaminó Abu Alí con un tono humorístico que delataba una secreta irritación—, mientras seamos la gente que somos, deberías saber que nadie se enamora de la muerte, y menos hasta el punto de correr tras ella. A menos que seas capaz de crear un hombre nuevo, hazaña que no podría ser asunto de un bromista ni de un loco...

—¡Pero si es eso precisamente lo que quiero! —exclamó alegremente Hassan—. Introducirme en el taller de Alá en persona y, debido a que el hombre está viejo y enfermo, retomar su trabajo. Rivalizar en destreza con Él. Amasar y dar forma de nuevo a la arcilla. Y luego crear de verdad un hombre nuevo.

Abu Alí, descontento, se volvió hacia Buzruk Umid.

—¡Y después dirás que Ibn Hakim estaba loco!

Buzruk Umid lanzó un guiño en dirección a Hassan. No había dejado de prestar oído a su diálogo. Presentía confusamente que detrás de las palabras del jefe supremo había una idea original.

—Comenzaste hablando de testamento —le dijo—, luego de las riquezas del cielo prometidas por el Profeta a los que cayeran por su causa, luego de un poder que extendería su dominio sobre el mundo entero, y ahora pretendes querer crear de arriba abajo un hombre que aspire a la muerte. Me gustaría conocer la relación entre todas esas bonitas cosas...

—La relación que hay entre esas cosas es muy simple —dijo riendo Hassan—. Mi testamento sólo quiere hacer de vosotros los legatarios de una institución que será obra mía. La fuerza de esa institución reposará sobre un hombre de una especie totalmente nueva. Se distinguirá por un loco deseo de muerte y por una abnegación ciega al jefe supremo. Y sólo conseguiremos estas infrecuentes

virtudes cuando hayamos despertado en

ellos la fe total, ¡qué digo!, no su fe sino el conocimiento total de los gozos que les esperan en el paraíso después de la muerte.

—Me parece un buen programa —explotó Abu Alí—. Acabas de admitir que la fe en el más allá se había debilitado mucho desde la muerte del Profeta, y he aquí que sueñas con fundar sobre ella el poder de nuestra cofradía. ¡Que el diablo me lleve, no te comprendo!

Hassan se rió satisfecho. Aparentemente la cólera de su subordinado lo llenaba de gozo.

—¡Vamos!, mi buen Abu Alí, ¿acaso ignoras de verdad lo que hay que hacer para estimular la fe de nuestros partidarios en los gozos del paraíso y exaltar al mismo tiempo su deseo de morir con el propósito de conocerlos lo antes posible?

—Ábreles las puertas del paraíso, ya que estás en ello, y muéstraselos —estalló Abu Alí—. ¡Déjalos que gocen de él de una buena vez...! Puesto que enseñas que posees la llave. Entonces hasta yo moriría de buena gana...

—He terminado por llevaros adonde quería —triunfó Hassan levantándose de un salto—. Venid, hijos míos, seguidme. Os voy a mostrar de inmediato la llave que abre las puertas del paraíso...

Saltó hacia la puerta del fondo de la habitación como si tuviera veinte años y apartó el tapiz que disimulaba la escalera que llevaba a lo alto de la torre.

—¡Vamos! —les dijo, y los precedió hasta la terraza.

Los grandes deyes se miraron a hurtadillas. Abu Alí se tocó la frente con la punta del dedo índice e hizo una mueca de interrogación. Buzruk Umid le hizo una señal pidiéndole paciencia.

Salieron a la terraza. Ninguno de los dos había sido autorizado a entrar en aquel lugar. Era un verdadero observatorio. El suelo ofrecía el aspecto de una gran esfera en la que se hallaban dibujadas los orbes de la tierra y de los planetas alrededor del sol, la trayectoria de la luna y todos los detalles del zodiaco.

Pequeñas pizarras de cálculo repletas de cifras, también grabadas en la piedra, dejaban aparecer aquí y allá figuras geométricas: círculos, elipses, parábolas e hipérbolas. Por doquier estaban dispuestos instrumentos de medida y diseño.

Había de todos los tipos y tamaños: astrolabios, compases, material de cálculo trigonométrico y otros instrumentos más o menos misteriosos. En medio de la terraza, un reloj solar indicaba con precisión las divisiones del tiempo. Un pequeño hangar había sido dispuesto para abrigar todos aquellos delicados instrumentos en caso de mal tiempo. Contra el hangar había dispuesto una especie de invernadero cuyo techo acristalado se encontraba en ese momento abierto. En su interior sólo crecía una especie de hierba de tallo alto, cuyos brotes semejabán pequeños cepillos invertidos. Los grandes deyes



inspeccionaron rápidamente todo aquello. Luego, sus miradas se detuvieron en el punto más elevado del parapeto, por encima del camino de ronda que bordeaba la plataforma: un negro gigantesco, formidablemente armado, montaba allí la guardia, inmóvil como una estatua.

El sol calentaba la terraza, pero desde las montañas soplaba un agradable vientecillo que refrescaba la atmósfera y parecía traer el aliento de las lejanas nieves.

—Es como si estuviéramos en la cima de una montaña —dijo Buzruk Umid aspirando aquella brisa.

—¿Has construido tal vez tu nido en estas alturas para contemplar mejor el paraíso? —

bromeó Abu Alí—. Tal vez es ésta la preciosa llave...

—¡Pues sí! Desde este observatorio contemplo el paraíso —respondió Hassan de manera enigmática. Aunque la llave que abre la puerta se encuentra en este invernadero... Se acercó al habitáculo de vidrio y mostró las plantas allí sembradas. Los grandes deyes lo siguieron, siempre escrutándose entre sí y moviendo la cabeza.

—¡Hassan, Hassan! —protestó dulcemente Abu Alí—, ¿cuándo se acabarán tus bromas?

Piensa que los tres somos seres de edad venerable, de quienes se espera cierta seriedad. Admito que hoy es un día de regocijo y siempre me gustaron tus inofensivas bromas... pero tengo que reconocer que desde esta mañana no has perdonado ni una... Hassan clavó en sus ojos una mirada penetrante.

—Ésta es la llave que da acceso a las riquezas del paraíso —dijo subrayando cada palabra.

—¿Esta mala hierba?

—Sí. ¡Y se terminó la broma!

Les mostró con el dedo algunos cojines dispuestos a la sombra del cobertizo los invitó

a sentarse.

La hierba que os he mostrado no es más que cáñamo indio; sabed que su zumo contiene propiedades excepcionales. Ahora voy a describiros de qué naturaleza son esas propiedades. En Kabul, hace muchos años, fui huésped, entre muchos otros, de un rico príncipe nacido en la India. El festín que nos ofreció duró toda noche. Cuando nos marchábamos, hacia la madrugada, el príncipe retuvo a algunos de nosotros y nos llevó a una pieza secreta, completamente tapizada, suelos, paredes y techos. Algunas lámparas de luz amortiguada centelleaban aquí y allá, de forma que el lugar estaba sumido en la penumbra. «Os he preparado», anunció nuestro anfitrión, «algo especial... ¿Os gustaría visitar mercados y ciudades que ninguno de vosotros ha conocido jamás? Mi

visitar comarcas y ciudades que ninguno vosotros ha conocido jamás! mi propósito es llevaros allá ahora mismo. ¡Mira tengo, encerrado en este cofrecillo, una alfombra mágica que nada tiene que envidiar a las de los cuentos de Las mil una noches». Abrió un cofre de oro y nos mostró unas pequeñas píldoras que a primera vista podrían haber parecido inocentes bombones. «Os invito a probarlo», nos dijo. Obedecimos sin hacernos de rogar. En cuanto me puse una de aquellas bolitas en la boca, creí primero que se trataba de alguna golosina que el príncipe nos daba de aquella manera por gastarnos una broma. Pero cuando la capa de azúcar se fundió, me sorprendió el gusto amargo. «Con tal de que no sea veneno», pensé de inmediato. Y en efecto, pronto me sentí presa de vértigos. Un momento después sentí algo totalmente extraño. Los colores del tapiz de los muros me parecieron milagrosamente vivaces. No pensé más en el veneno. Toda mi atención se concentró en aquella coloración inhabitual de los muros. En seguida observé que las figuras de los tapices parecían metamorfosearse misteriosamente. En la colgadura frente a mi estaba bordada la silueta de un hombre de barba negra sentado en medio de sus odaliscas dispuestas en círculo a su alrededor. De pronto advertí que el hombrecillo había desaparecido, mientras las odaliscas se levantaban y se ponían a bailar. Sé que me hice la siguiente reflexión: «¡Pero no es posible, si sólo es un cuadro!». Por más que observaba atentamente los detalles del espectáculo que se me ofrecía, las odaliscas, por una extraña contradicción, estaban realmente inmóviles y bailaban a la vez. En poco rato llegué a la conclusión de que era imposible que pudiera tratarse de elementos de un simple cuadro. Los cuerpos que se ofrecían a mi vista tenían la virtud de ser maravillosamente plásticos... el rosa de sus carnes era exactamente el de la vida: no podía seguir creyendo que fuese solamente una ilusión.

»De esta manera llegué a olvidarme de la presencia de mis compañeros, completamente absorto en el fenómeno que ya superaba el ámbito del muro. Los colores brillaban, los personajes avanzaban hacia mí, llegaban al centro de la habitación. Aquellas jóvenes bellezas se entregaban ahora a mil acrobacias. Me sentía transportado al último grado de la euforia... "Tal vez sea yo mismo el mago que causa todos estos cambios", me dije de repente. Por hacer un experimento, ordené mentalmente a los seres que bailaban frente a mí que cambiaran de postura. En un abrir y cerrar de ojos, mi orden fue ejecutada. ¡Así que era el dueño de una fuerza invencible! Me encontraba investido de la autoridad de un rey, gobernador del espacio y de los objetos que se movían en él, independiente del tiempo y de las leyes del universo. Me asombré de no haber descubierto

nunca antes aquel poder increíble que existía en mí. "¿En qué me diferencio de Alá?", me dije, bañado en la voluptuosidad que me producía aquella fabulosa omnipotencia. Cubos brillantemente iluminados y de colores chillones

omnipotencia. Cubos brillantemente iluminados y de colores chillones extrañamente materiales y plásticos, comenzaron a acumularse ante mis ojos. Se me cortó el aliento cuando los vi convertirse en una ciudad más grande y majestuosa que El Cairo, más suntuosa que Bagdad, más poderosa que Alejandría. Imponentes alminares alcanzaban el cielo, cúpulas de oro y plata, y otras recubiertas de cerámicas multicolores, redondeaban con sus bulbos el espacio por encima de los techos. Mi alma vagaba en plena magnificencia, en plena felicidad. "Sí, ahora eres de verdad Alá", me susurraba una voz, "sí, ¿te has convertido en Dios, en amo del universo!"

»Luego comenzaron a desvanecerse las imágenes delante de mi. Sentía confusamente que había alcanzado una cumbre, que luego tendría que volver a la trivialidad cotidiana. El miedo de perder tantas riquezas se apoderó de mi alma. Por más que me esforzaba intentando mantenerme en aquella sublime altura, no podía hacer nada: una extraña debilidad entumecía mis miembros, los muros perdían poco a poco su luminosidad, se volvían pesados a la vista; de repente perdí el conocimiento... Me desperté con vértigos, subyugado por un sentimiento de profundo asco. No podía dejar de evocar el recuerdo de las imágenes que había visto, las sensaciones que había experimentado. ¿Había permanecido despierto todo aquel tiempo? ¿Había soñado? No podía saberlo. Todo lo que volvía a mi espíritu tenía la marca del estado de vigilia. Pero si no había soñado, ¿podía haber visto cosas que no existían? Estaba profundamente perturbado. Un criado me presentó una copa de leche fría. Sólo entonces recordé que no estaba solo en aquella habitación. Otros invitados estaban tendidos a mi alrededor. Respiraban dificultosamente y una extraña palidez cubría sus rostros... Me apresuré a ordenar mis ropas y abandoné furtivamente la casa...

Durante todo el relato, los grandes deyes habían estado pendientes de sus labios. Cuando se calló, Abu Alí le preguntó:

—¿Y cómo hiciste para saber lo que había en aquellas bolitas dotadas de una virtud tan prodigiosa?

—Escuchad el resto —prosiguió Hassan—. Hacia la noche del mismo día, se apoderó de mí una extraña inquietud. Era incapaz de estar quieto, me preguntaba lo que podría hacerme falta, y de repente me encontré, casi sin haberlo querido, en la mansión de nuestro príncipe. El dueño de casa me recibió con una sonrisa y como si hubiera estado esperándome. «Los demás invitados ya están aquí también», me dijo. «En efecto, el que ha probado esas pastillas milagrosas se siente ávido de seguir gozando de las riquezas que poseyó por un instante. Sin embargo, que se guarde de volver a ellas ya que lentamente se convertirá en esclavo de ese narcótico, hasta el punto de que preferirá morir antes de ser privado de él. Ésta es la razón por la que me gustaría ponerlos en

guardia: no sólo deseo no tener que ofreceros esa peligrosa golosina sino también me niego a revelaros el secreto de su composición.» Al cabo de pocos días mi agitación se calmó. Pero mi curiosidad había quedado picada y me juré que descubriría el misterio. La suerte me fue favorable. Una mujer llamada Apama tenía entonces fama de ser la más hermosa odalisca de Kabul. Creo que ya os he hablado de ella... Aunque en este aspecto no os halláis seguramente al cabo de nuevas sorpresas...

Hassan había recuperado su sonrisa misteriosa. Siguió:

—Yo era ardiente y emprendedor, y no era hombre que controlara por las buenas la pasión que inflamaba mi alma. El príncipe había tomado a Apama pero yo, su huésped, había conquistado su corazón. Por las noches nos encontrábamos en los jardines de su amo, gozando del paraíso de los abrazos prohibidos. Ella ejercía sobre su principesco amante un asombroso poder; de manera que cuando le confié la curiosidad que me atormentaba no le costó mucho arrebatarme con argucias su secreto. Así supe que la

sustancia que componía aquellas misteriosas pastillas se llamaba «hachás» o «hachis» y se fabricaban a partir del cáñamo indio que veis aquí, en este invernadero. El sol había subido y ellos se habían refugiado en un rincón en sombra. Cuando Hassan terminó su relato, los tres guardaron silencio. Con la vista clavada en el suelo, Abu Alí fruncía el ceño, mientras Buzruk Umid seguía con la mirada puesta en las montañas. Fue éste finalmente el que tomó la palabra:

—Comienzo a entrever tus secretas intenciones. Con el zumo de esta planta, quieres seguramente inflamar el ardor de los creyentes, excitar en ellos la pasión del reincidente y dominar así su voluntad.

—¿Y esperas obtener con ello resultados especiales? —refunfuñó Abu Alí—. ¿Privándolos de ese hachís o como quieras llamarlo, esperas actuar sobre sus deseos y empujarlos a correr al encuentro de la muerte? Perdóname, tus cálculos me parecen falsos. E incluso si no pudieran vivir sin ese narcótico, no está escrito en ninguna parte que luego se vayan a sacrificar según tus deseos. A tu edad te podrías haber ahorrado el intento. ¿De verdad piensas que van a creer que una pastilla sea suficiente para llevarlos al paraíso? ¡Vamos!, seamos razonables... y hablemos mejor de las disposiciones urgentes que hay que tomar ante la llegada del gran ejército del sultán.

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho —dijo Hassan en tono ladino—. Ante las fuerzas del enemigo que se acercan, sólo nos quedan dos salidas: o preparar a la carrera una caravana e intentar huir al África, tal como nos lo había aconsejado el prudente Mutsufer, o esperar un milagro. Como sabéis, yo elegí esta segunda posibilidad. Pero aún estamos a tiempo de cambiar de opinión...

—¡Por las barbas del Profeta! —saltó Abu Alí—. Contigo, un hombre honrado no sabe nunca a qué atenerse. Por una vez, me gustaría oírte hablar claro.

—Bien, lo voy a intentar. En el lugar que nos encontramos, ya os lo he dicho, tengo la llave al paraíso... Aunque eso no es todo. Desde aquí también puedo observar lo que ocurre en ese paraíso. Vosotros conocéis todo lo que hacen los que viven de este lado del palacio, en la parte accesible del castillo... ¿pero habéis pensado siquiera en lo que puede haber al otro lado de esa torre? Tened la bondad de subir a ese parapeto... ¡y mirad!

Los grandes deyes se precipitaron hacia las almenas del camino de ronda y se asomaron por encima del enorme muro. Se quedaron mudos de estupor. A sus pies, como dibujados en un gran mapa, se extendían magníficos jardines arbolados, con césped sembrado de flores; un brazo del torrente los rodeaba como un gran rizo. Era un verdadero laberinto de bosquecillos y terrazas, atravesado por arroyos de agua cristalina que formaban una especie de islas. Por doquier, serpenteaban avenidas de grava blanca. Unos pabellones de descanso, que se hubiera pensado estaban tallados en cristal, centelleaban al sol, enmarcados por los negros cipreses, y se reflejaban en estanques circulares de los que surgían chorros de agua. Finalmente, a lo largo de los senderos, sobre las explanadas, se movía todo un mundo de seres etéreos, casi aéreos, cuyos movimientos hacían pensar en un ballet de mariposas.

—Una maravilla, una verdadera maravilla —murmuró Buzruk Umid tras un largo silencio.

—Esto puede hacer soñar a todos los poetas y juglares de Oriente... —agregó Abu Alí. Hassan se levantó y se acercó a ellos. Una expresión de viva satisfacción iluminaba su rostro.

—Supongamos que hayáis estado conmigo en Kabul, en casa del príncipe. También habéis ingerido la pastilla de hachís y habéis experimentado conmigo todas las magnificencias del espíritu de las que os he hablado... Luego habéis perdido el conocimiento. Si os despertáis, no ya en la habitación en la que os habéis dormido sino en estos jardines que tenéis a vuestros pies, en medio de espléndidas jovencitas que os sirven tal como está descrito en el Corán, ¿qué pensaríais?

—¡Has pensado en todo! —se maravilló Abu Alí—. Si fuera joven e inexperto creería sin duda estar en el jardín de Alá.

—Pero ¿cómo y cuándo pudiste crear todo esto? —se extrañó Buzruk Umid.

—Los reyes de Deilem, que construyeron Alamut, habían preparado el terreno de estos jardines y lo habían plantado de árboles. Los jefes que hubo después en el castillo dejaron la propiedad abandonada. La hierba y la espesura silvestre invadieron los jardines. Mi predecesor, el bueno de Mehdi, seguramente ni

siquiera conocía el acceso. Pero yo había oído hablar algo al respecto y como el proyecto «paradisíaco» estaba ya maduro en mi cabeza, llevé a cabo lo necesario para apoderarme de la fortaleza. Luego, sobre el terreno, tomé personalmente todas las medidas, establecí un plan preciso y, cuando mis eunucos llegaron de Egipto, nos pusimos a trabajar. De esta manera creé mi paraíso, trozo a trozo. Ahora sois los únicos del castillo, conmigo y los eunucos, que conocen su existencia.

—Por eso mismo ¿no temes que un día tus eunucos te traicionen? —se inquietó Buzruk Umid.

—¡Se ve que no los conoces! —respondió Hassan—. Con el único que hablan es conmigo. Su jefe, el capitán Ah, me es totalmente fiel. Además saben que si hablaran, morirían al instante. Tengo confianza en ellos.

—¿Y no piensas que las víctimas a las que has reservado ese paraíso pueden divulgar tu estratagema? —objetó el sutil Abu Alí.

—Por esa razón elegí jóvenes inexpertos. Ninguno de ellos ha conocido el amor que dispensa la mujer. No existe nada más crédulo que un joven virgen: sólo la mujer puede hacer del hombre un hombre completo. Ella le transmite el conocimiento y él madura a su lado. Al perder la inocencia del cuerpo, también pierde la inocencia del alma. Eso hace que todo empuje al joven a ese acontecimiento fatal. Enceguecido por una pasión que lo sobrepasa, está presto a creer en todo con tal de alcanzar su objetivo.

—¿Y quiénes son esos jóvenes?

Hassan respondió con una sonrisa.

—¿Los fedayines?

—Tú lo has dicho.

Un silencio helado acogió esta información. Los grandes deyes seguían contemplando los jardines a sus pies. Hassan los observaba con una especie de sonrisa irónica.

—Se diría que habéis perdido el habla. Esta mañana, veintiséis de los nuestros cayeron en combate ante la vanguardia del sultán. Si iniciamos la batalla contra el grueso de su ejército, pereceremos todos. Ésta es la razón por la que necesito algunos héroes delante de los cuales tiemblen los reyes y los príncipes de todo el mundo. Os he convocado para mostraros cómo serán educados estos hombres. Esta noche asistiréis conmigo a un verdadero ensayo de transformación de la naturaleza humana. Abu Alí, tú conoces a nuestros fedayines, nómbrame tres de ellos que se distingan por sus aptitudes y su carácter, y que encarnen un tipo muy definido: en efecto, debemos determinar cuál es la clase de hombres que mejor conviene a nuestros designios... Tres jardines esperan a esos visitantes...

Abu Alí dirigió una mirada a Hassan y palideció.

—¿Qué quieres decir, Ibn Sabbah?

—Cítame tres fedayines cuyos caracteres se distingan de los demás de manera tajante. Abu Alí lo miró como alelado, sin poder articular palabra.

—Te ayudaré. ¿Quién es ese temerario que quería abalanzarse sobre los turcos sin esperar las órdenes?

—Sulaimán.

—¿Y quién es el más fuerte de la compañía?

—Yusuf.

—Pues bien, el tercero será Ibn Tahír. Tengo curiosidad por saber cómo reaccionará.

¡Si éste no sospecha nada, nadie lo sospechará!

La frente de Buzruk Umid estaba perlada de un sudor frío. ¡Pensar que había considerado la posibilidad de enviar a su hijo Muhammad a la escuela de fedayines para testimoniarle a Hassan la confianza ilimitada que tenía en él! Ahora sólo quería una cosa: verlo lo más lejos posible de aquel lugar. Lo enviaría a Siria, a Egipto, a cualquier parte... En cuanto a Abu Alí, no sabía aún qué pensar al respecto.

Hassan los observaba con una sonrisa disimulada.

—¿Os habéis tragado la lengua? No lo toméis tan a lo trágico. Os convenceré de tal manera, os enseñaré tan bien la conducta que es preciso llevar, que pronto podréis ser la envidia de un aficionado a la sabiduría clásica. Ahora vamos a mirar en el guardarropa. Vamos a disfrazarnos y a visitar nuestro paraíso como verdaderos reyes. Los precedió hasta una pequeña habitación contigua a la suya. Dos eunucos habían preparado los trajes. Hassan retuvo a uno de los dos criados con él y envió al otro para que avisara a los habitantes de los jardines la llegada de Seiduna.

Los tres amigos se vistieron sin decir palabra, ayudados por el eunuco. Se pusieron túnicas de pesado brocado blanco. Hassan se atavió luego con un manto de púrpura mientras los grandes deyes vestían mantos azules, todos guarnecidos de una especie de armiño, ostensiblemente de mucho precio. Hassan ciñó en su cabeza una tiara de oro incrustada de piedras preciosas. Los grandes deyes se tocaron cada uno con un turbante rematado en un cono dorado. Hassan se calzó sandalias de oro y sus dos amigos sandalias de plata. Finalmente se ciñeron grandes cimitarras de empuñaduras finamente cinceladas. Vestidos de tal guisa, volvieron a la habitación del jefe.

—¡Por las barbas del mártir Alí! —exclamó Abu Alí cuando estuvieron solos—, disfrazados de esta manera pronto voy a tomarme por un rey.

—Yo te haré más poderoso que todos los reyes —le recordó Hassan.

Los invitó a acomodarse en la celda móvil mediante la cual acostumbraba

bajar sin ser visto hasta el pie de la torre. A una señal del gong, el habitáculo pareció hundirse... Abu Alí

agitó los brazos y en su azoramiento por poco echó por tierra a su compañeros.

—¡Maldita brujería! —renegó cuando finalmente comprendió lo que pasaba—. Parece que quieres enviarnos antes al infierno.

—A nuestro amigo Hassan le gusta rodearse de cosas insólitas... —observó Buzruk Umid.

—Este artilugio no tiene nada de extraordinario —explicó Hassan—. Se trata de un invento de Arquímedes. Consiste esencialmente en un sistema de poleas, en todo semejante al de nuestros pozos del desierto.

Los guardias personales de Seiduna los esperaban en el vestíbulo, con coraza y casco, armados de la cabeza a los pies: además de la espada, ceñida a la cintura, enarbolaban mazas al hombro y lanza de combate en mano. Tambores y trompetas abrían la marcha. Hicieron bajar el puente, luego bordearon la margen en dirección de los jardines. Una vez más fue preciso confiarse a los eunucos que esperaban en las barcas y que transportaron a los visitantes a través del canal, hasta el centro del parque.

## X

Las muchachas corrieron a sus habitaciones y se prepararon a toda prisa para la recepción. Tenían que vestirse, adornarse. Finalmente se reunieron todas frente a sus habitaciones, muy excitadas; algunas no podían dejar de temblar. Myriam las dispuso en un amplio semicírculo e intentó calmarlas. Fuera de sí, Apama corría en todas direcciones y se llevaba las manos a la cabeza con desesperación.

—¡Oh, qué adefesios! —suspiró—. Me matarán. ¿Qué va a decir Seiduna? Es un amo muy severo, a quien no se le escapa nada.

Se detuvo delante de Halima.

—¡Por todos los profetas y los mártires! Mirad cómo se ha emperifollado. Con una pierna de pantalón hasta el tobillo y la otra que le llega hasta la rodilla. Halima, completamente espantada, puso orden en su atuendo. Sus compañeras, sin embargo, reventaban de risa al ver a Apama, que se había atado mal el cinturón de sus pantalones y dejaba al aire la mitad de su vientre desnudo. Myriam se acercó a ella y se lo hizo notar en voz baja.

—¡Lo sabía! ¡Me matarán!

Corrió al edificio y se arregló a la carrera. Cuando volvió a aparecer, era la imagen misma de la dignidad.

Las barcas atracaron y Hassan desembarcó con su séquito. Los eunucos se colocaron en filas de cuatro, los tambores redoblaron, las trompetas y los



cuernos retumbaron.

–¡Que la muchacha a quien Seiduna nombre le bese la mano de rodillas! –ordenó

Apama furiosa.

–¿Tendremos que ponemos de rodillas cuando aparezca? –se inquietó Fátima.

–No –respondió Myriam–. Contentaos con inclinaros profundamente hasta que él os dé la orden de levantaros.

–Seguramente me desmayaré –le susurró Halima a Djada. Esta no respondió. Estaba pálida y le costaba tragar la saliva.

En el trayecto, Hassan inspeccionaba los jardines, cuyas cualidades alababa con sus compañeros.

–Ni los Josrow, ni los Bahram Gur\* soñaron con algo parecido –se asombró Buzruk Umid.

–¡Habría que remontarse a Anushirvan\*\*! –ponderaba Abu Alí.

Hassan sonrió.

–Estos son sólo los preparativos, no lo olvidéis: son simples medios para el experimento que intentaremos esta noche.

Llegados al centro del jardín vieron que las muchachas los esperaban, ordenadamente dispuestas en semicírculo, delante de un pequeño edificio. Apama y Myriam se hallaban delante de ellas; a una señal, todas se inclinaron profundamente.

–Esa vieja que veis ahí es la famosa Apama –dijo riendo Hassan a sus amigos.

\* Bahram V, llamado Bahram Gur (<el Onagro>): soberano de la dinastía sasánida (reinó de 421 a 438), célebre por su temperamento ardiente, su afición por el fasto y los placeres. (N. del E.)

\*\* Josrow Anushirvan (531–579): es considerado el más brillante monarca de la dinastía sasánida. (N. del E.)

–¡Así pasan las glorias de este mundo! –suspiró Abu Alí en voz baja y no sin guasa.

–¡Basta de saludos! –exclamó Hassan devolviéndoles cortésmente el gesto. Apama y Myriam se adelantaron hacia él y le besaron la mano.

Hassan invitó a sus amigos a admirar a las jóvenes.

–¿Os parece satisfactorio el aspecto del paraíso?

–Si me hubieran enviado en mi juventud en medio de tales huríes no habría tenido necesidad de tu hachís para sentirme en el paraíso –farfulló Abu Alí.

–Cada cual más hermosa, en verdad –dijo Buzruk Umid con gravedad.

Los músicos dejaron de tocar y Hassan indicó que iba a hablar.

–Muchachas de nuestros jardines –comenzó–. Vuestros superiores os han dicho lo que esperamos de vosotras. Ante todo sabed que no habrá piedad para las que se atrevan a infringir nuestros mandamientos. Pero seremos indulgentes y generosos con aquellas que los ejecuten fielmente. Esta mañana, nuestro ejército ha derrotado a las tropas del sultán, que nos atacaba en nombre del califa usurpador. Todo el castillo festeja esta victoria. Hemos venido a aportaros también a vosotras esta buena nueva. El vino y mil otras cosas están a vuestra disposición. También hemos decidido enviaros esta noche a los tres jóvenes héroes que esta mañana se han distinguido en la batalla. Recibidlos como si fueran vuestros maridos y vuestros amantes. Sed tiernas con ellos y no les escatiméis vuestra ternura. ¡Les otorgamos esta gracia por orden de Alá! En efecto, una noche vino a nos un enviado de Dios y nos llevó al séptimo cielo, ante el Trono supremo. «Ibn Sabbah, Nuestro profeta y Nuestro representante», nos confió entonces el Señor. «Mira bien estos jardines. Luego vuelve a la tierra y haz una imitación perfecta al pie de tu castillo. En ellos reunirás a jóvenes beldades y les ordenarás, en Mi nombre, que se comporten como huríes. Luego abrirás la puerta de esos jardines a los héroes que hayan combatido valientemente por la buena causa. Que, como recompensa, crean que Nos los hemos recibido en Nuestras mansiones. Cierto es que, aparte el Profeta y tú, a nadie le está permitido atravesar en vida la frontera de Nuestro reino. Pero con tal de que tus jardines sean una exacta imagen de los Nuestros, sus visitantes, si tienen fe, no serán perjudicados en absoluto; y después reanudarán, bajo Nuestro poder, la vida eterna de esos goces.» Así habló el Señor y Nos hemos ejecutado

sus órdenes. Por eso exigimos que os conduzcáis con esos visitantes como verdaderas huríes. Pues su recompensa no puede ser completa más que con esta condición. Se trata de auténticos héroes: Yusuf, terrible con el enemigo, bueno para el amigo; Sulaimán, bello como Suhrad, valiente como un león; Ibn Tahír, diligente como Ferhad, duro como el bronce y, además, poeta. Los tres le arrebataron la bandera al enemigo. Yusuf abrió el camino, Sulaimán se lanzó al asalto, Ibn Tahír se apoderó de la oriflama. Han merecido mil veces acceder a los goces del paraíso. Si os delatáis, si se sienten decepcionados, responderéis esta misma noche con vuestras cabezas. Tal es mi inflexible voluntad.

Las muchachas temblaban de miedo. Djada, presa de vértigos, cayó de rodillas, medio desmayada. Hassan hizo un gesto y Myriam corrió en busca de una jarra de agua para reanimarla. Después llevó a Apama y a Myriam aparte.

—¿Los tres jardines están dispuestos? —preguntó—. ¿Y cómo van las muchachas?

—Esperan tus órdenes —respondió Apama.

—En cada jardín debe haber una de ellas que tome la dirección de las operaciones y se sienta responsable de su éxito. ¿Cuáles son las más valientes y las más diestras?

—Yo diría que en primer lugar está Fátima —dijo Myriam—. Es hábil y conoce todas las artes.

—Bien. ¿Y luego?

—Está Sulaika. Es la primera en baile y en lo demás tampoco va a la zaga.

—Muy bien. Es justo lo que necesita Yusuf; que Fátima reciba a Sulaimán. Tú, Myriam, serás la tercera...

Myriam palideció.

—Bromeas, oh, Ibn Sabbah.

—No es momento para bromas. Será como lo ordeno. Ibn Tahír es listo como un gato. Si lo confiara a cualquiera otra se olería el engaño.

—¡Hassan!

Las lágrimas acudieron a los ojos de Myriam... lo que no dejó de observar Apama antes de retirarse discretamente, con el corazón repentinamente jubiloso, visiblemente confundida entre la satisfacción y el despecho.

Hassan hizo el siguiente comentario irónico:

—¿Quién me decía antaño que nada le producía alegría en este mundo y que sólo un juego peligroso podría quizá disipar su horrible aburrimiento?

—¿Así que nunca me has amado? —suspiró Myriam.

—Más que eso, te he necesitado y todavía te necesito. ¡Vamos! ... ¿Eso es todo lo que produce mi sugerencia?

—Lo que me duele es que has jugado conmigo.

–Empero ¡qué gran oportunidad tienes esta noche! –prosiguió Hassan en el mismo tono irónico–. Tendrás que emplear toda tu inteligencia, toda tu experiencia y todos tus encantos si quieres realmente que ese joven se sienta verdaderamente en el paraíso.

–Me has herido de muerte.

–No creía que te importaran tanto mis sentimientos. Pero lo que está decidido, está

decidido. Te exijo que lleves a cabo esa tarea. En caso contrario... debes saber que no haré

ninguna excepción contigo...

Myriam recibió estas palabras como un latigazo. «Debo ser fuerte», se obligó a pensar, «y sobre todo ocultarle mis debilidades».

–Estoy dispuesta –dijo al fin.

–Te lo agradezco.

Volvió con las jóvenes y dirigiéndose directamente a ellas les dijo:

–¡Sulaika!, escoge a siete compañeras. Recibirás a Yusuf con ellas y tú responderás del éxito de todo.

–Te obedezco, oh, Amo Nuestro.

Se volvió hacia sus compañeras y las llamó con voz resuelta:

–¡Hanafiya! ¡Asma! ¡Habiba! ¡Pequeña Fátima! ¡Royaka! ¡Sofana!...

¡Vamos!

–Toma también a la pequeña que se desmayó –le sugirió Hassan–. Con ella estarán todas.

Luego le tocó a Fátima el turno de elegir su grupito...

–¡Zainab! ¡Hanum! ¡Turkán! ¡Shehere! ¡Sara! ¡Leila! ¡Aísha!

Halima le lanzaba miradas implorantes a Fátima. Viendo que no la había elegido, le suplicó:

–¡Tómame también a mí!

–¡Basta! –cortó Hassan.

Pero cuando vio a las muchachas riéndose de la inconveniencia de Halima, le lanzó

una sonrisa benévola.

–Bueno, tómala también.

Con Fátima, Sara y Zainab a su lado ¿qué podía temer? Corrió a arrojarle a los pies de Hassan y le besó la mano.

–Pero pórtate bien, corderita –le dijo.

Le dio una palmadita amistosa en la mejilla y la mandó con las demás. Ruborizada y confundida de dicha, volvió a su fila. Myriam miró a las que le quedaban... Sayida, Hadidya, Sit, Djavaira, Rekhana y Taviba... Finalmente

había recuperado el control de si misma.

Sin embargo, Hassan llamó a las responsables para darles las últimas directivas.

–Los eunucos transportarán hasta aquí a nuestros héroes dormidos. Despertadlos suavemente, con muchas precauciones. Comenzad por ofrecerles leche y frutas. Antes de ir al encuentro de los visitantes, cada muchacha podrá beber un vaso de vino para darse ánimo. ¡Pero no más de uno! Sólo cuando los jóvenes estén embriagados, podréis comenzar a beber, pero siempre con mesura. Luego me haréis un informe detallado de todo... Por último, tratad de prestar atención a la señal del adiós. El cuerno sonará tres veces. En ese momento, sólo tendréis que echar en una copa una píldora que os dará

Apama y cuyo efecto será el de dormir de inmediato a nuestros jóvenes: deberán vaciar la copa de golpe. En cuanto estén dormidos, los eunucos vendrán a buscarlos y se los llevarán.

Cuando terminó, miró una vez más a las muchachas... Luego se inclinó levemente a manera de saludo. Adí y Apama lo esperaban en la barca. Él les hizo las últimas recomendaciones y deslizó en la mano de Apama un paquetito:

–Le darás esto a las tres responsables. No te muestres ante los visitantes, pero vigila a Myriam: que no se quede a solas con su héroe...

Luego hizo una señal a las gentes de su séquito y rehizo con ellos el camino del palacio.

Hassan se despidió de sus dos amigos y se hizo conducir a lo alto de la otra torre del palacio, reservada a los eunucos de su guardia. El cuerno anunció su llegada. El capitán Ah corrió a su encuentro y le informó que todo estaba según lo había dispuesto. Unos cincuenta negros gigantescos estaban alineados a lo largo del corredor, armados hasta los dientes. Rígidos e inmóviles, miraban sin pestañear al frente. Hassan los miró de arriba abajo sin decir palabra. Cada vez que se encontraba en su presencia, tenía una sensación de incomodidad. Sin embargo, este sentimiento no le era desagradable, incluso le procuraba una especie de extraño placer. Sabía que si uno solo de aquellos cien brazos se armaba contra él, no volvería a ver la luz del sol. Y sin embargo esta idea tan simple no se le había ocurrido a ninguno de ellos. ¿Por qué? ¿Y por qué obedecían sus órdenes tan ciegamente? ¿Tenía en realidad tanto poder sobre la gente? «La fuerza del espíritu», se decía a menudo, «es la única arma capaz de mantener el respeto de aquellas bestias castradas... que fuera de eso no le temían a nada en el mundo».

Cuando terminó de pasar revista a los hombres, llamó aparte al capitán Ah y le dio sus órdenes:

–Después de la última oración te reunirás conmigo en la cripta con diez

nombres. Desde mi torre traere conmigo a tres jovenes dormidos. Los colocareis en angarillas y los transportareis a los jardines. Allí los esperará Adí. Le direis los nombres de los héroes dormidos y él os indicará su destino. Si por casualidad, camino de allí, veis que se dan vuelta en su litera y gimen no os inquietéis. Pero si uno de ellos levantara la manta y mostrara así que estaba despierto, que el que acompañe su angarilla lo estrangule sin ruido. Que lo mismo suceda a la vuelta. Si hay un cadáver, me lo entregarás a mí. ¿Has comprendido?

—Lo he comprendido, oh, Seiduna.

—Entonces, hasta después de la última oración.

Saludó al capitán con un gesto, pasó delante de los centinelas inmóviles y volvió a su torre por el paso secreto que tanto le gustaba.

Abu Alí habitaba un apartamento dentro del palacio. Le había cedido una de sus habitaciones a Buzruk Umid cuando éste se había instalado en el castillo. Al regresar de los jardines y una vez que se cambiaron de traje, los dos amigos se encontraron a solas. Tras un momento de silencio en que se espionaron mutuamente, cada cual intentando adivinar el pensamiento del otro, Abu Alí se decidió a sondear a su compañero:

—Me gustaría conocer tu opinión sobre todo esto.

—Ibn Sabbah es sin duda un gran hombre.

—Sí, un gran hombre...

—Pero a veces me parece... Esta conversación debe quedar entre nosotros, me imagino que puedo contar contigo...

—Te lo prometo.

—A veces me parece que su espíritu es presa de extrañas obsesiones... como si no todo estuviera en orden en su cabeza...

—Es verdad, sus ideas pueden parecer locas... al menos las que nos son ajenas, a nosotros, simples mortales, y a veces me han llenado de espanto. Pero ¿qué piensas de su proyecto...? ¿De esa misión que quiere confiarnos como herencia?

—Pues bien, si quieres saberlo, todo ello me ha hecho pensar irresistiblemente en la historia del rey Naaman que había encargado a Senamar que le construyera el famoso palacio de Hebernak... lo que le valió al arquitecto la recompensa que conocemos: ser arrojado por encima de las murallas por orden de su benefactor una vez terminado el trabajo.

—En todo caso es el salario que recibirán los fedayines como premio a su abnegación...

—¿Y por tu parte qué harás? —quiso saber a su vez Buzruk Umid.

—¿Yo?

Abu Alí se sumió largo rato en sus pensamientos. Su vida estaba vacía desde

Abu Ali se sumió largo rato en sus pensamientos. Su vida estaba vacía desde que había perdido a sus dos mujeres y a sus dos hijos. De eso hacía unos quince años; había tenido que abandonar precipitadamente Kazvin por Siria, donde lo reclamaba su trabajo de misionero. Había dejado en casa a sus dos esposas: Habiba, la mayor, que le había dado dos hijos, y Aísha, la más joven, a quien amaba tiernamente. Sólo había vuelto al cabo de tres años... para saber por boca de Habiba que la bella Aísha había aprovechado su ausencia para dejarse galantear por un rico petimetre de las cercanías. Loco de celos, había matado, por orden: primero al seductor y luego a la esposa infiel. En cuanto a Habiba, que le había revelado su infortunio, la despachó al punto con los dos hijos, para calmar su cólera, en la primera caravana de Basra... donde los hizo vender como esclavos. Luego, presa de remordimiento, intentó buscarlos por doquier: no los encontró jamás. Fue en esa época cuando Hassan lo invitó a unirse a su pequeño grupo de fieles. Ahora el combate por el ismaelismo llenaba toda su vida. Tal era su destino. Se oyó

decir:

—No tengo elección. Quien entra en el baile, tiene que bailar.

Buzruk Umid miraba el suelo con aire sombrío. Tenía el duro corazón del soldado. En Rudbar había hecho decapitar a quince hombres porque no habían mantenido sus promesas y querían abandonar las filas del ismaelismo. Cualquier ardid, cualquier violencia le parecían permitidas frente al enemigo. ¡Pero utilizar tal picardía con sus más fieles partidarios...!

—¿Qué piensa hacer con los fedayines cuando abandonen los jardines? —preguntó.

—No lo sé. Si su experimento tiene éxito, seguramente esos fumadores de hachís se convertirán entre sus manos en un arma temible contra el enemigo.

—¿Y piensas que tendrá éxito?

—Eso está escrito en las estrellas. Su idea me parece demencial. Pero su plan para apoderarse de Alamut también me lo pareció. Empero, lo logró.

—Su manera de ver las cosas me es tan ajena... en realidad me cuesta entenderlo.

—La locura de los grandes hombres hace prodigios...

—Escucha... Tengo un hijo que adoro. Yo también quería hacer de él un fedayín al servicio de Hassan. Fue el mismo Hassan quien me lo impidió. Ahora lo enviaré al otro extremo del mundo. Por lo demás, le mandaré un mensaje esta misma noche. Buzruk Umid amaba a las mujeres y la vida. Su primera esposa, la madre del joven Muhammad, había muerto de parto. Él había permanecido largos años inconsolable. Y

luego había resuelto tomar una nueva compañera, luego otra, luego otra más, y ahora tenía todo un harén en Rudbar. La ternura que todas le prodigaban no

y ahora tenía todo un harem en Radabai. La temida que todas le prodigaban no había podido consolarlo de la pérdida de su primera mujer. Pertenecía al linaje de Ismael, por tanto no había podido avanzar en el servicio del sultán. Había viajado a Egipto y el califa le había presentado a Hassan, a quien le debía todo: fortuna, situación, poder. Era un jefe notable pero la prudencia le impedía tomar caminos tortuosos; le gustaba sentirse firmemente guiado y reconfortado en sus decisiones.

—Advierto —dijo al fin—que no podemos hacer otra cosa que seguir a Hassan. Si cae, caeremos con él; si tiene éxito, ese éxito hará olvidar la dureza de sus medios.

—En efecto, no tenemos otra elección —asintió su compañero—. Pero en lo que me atañe, la tarea será mucho más fácil: siempre he admirado a Hassan y me siento dispuesto a seguirlo contra viento y marea.

Inmediatamente después de esta conversación, Buzruk Umid se dirigió apresuradamente a su habitación y le escribió a su hijo.

Muhammad, ¡hijo mío, alegría de mi vida! Te suplico, cuídate de tomar el camino de Alamut. Parte para Siria o, si puedes, para Egipto. Allí busca a mis amigos y diles que soy yo quien te envía. Te recibirán. Escucha lo que te dice el amor de un padre. Mi corazón no tendrá reposo hasta saber que has llegado bien allá.

Mandó llamar a un mensajero y lo envió a Rai, a casa de Mutsufer.

—Toma el camino del este —le aconsejó—, para que la vanguardia del sultán no te detenga. Mutsufer te dirá dónde encontrar a mi hijo Muhammad. Te aplicarás de inmediato a su búsqueda y le darás esta carta. Si llevas a cabo con éxito tu misión, tendrás una hermosa recompensa cuando vuelvas aquí.

Le dio dinero para el viaje y lanzó un suspiro de alivio cuando poco después lo vio abandonar el castillo.

La misma noche, el médico y Abu Soraka se habían instalado en la terraza de sus vacíos harenes. Habían dispuesto delante de ellos trozos de un imponente asado así como una buena jarra de vino y se servían copiosamente de uno y de la otra, al tiempo que contemplaban a través del follaje de los árboles cercanos el barullo que reinaba abajo, frente al castillo. El momento se prestaba para hacer filosofía.

—¡Qué vida tan agitada! —comentaba apaciblemente el griego—. ¿Acaso no había soñado antaño, en Bizancio, hace de esto muchos años, con festejar cuando fuera anciano una victoria ismaelita en alguna lejana fortaleza del norte de Irán? Por entonces me parecía que aquellos estrepitosos festines de Sodoma y Gomorra durarían eternamente. Pero luego uno se muestra dispuesto a jugarse la cabeza por un puñado de oro. Me encadenaron y me arrojaron a un calabozo. En lugar de pagar mi deuda, los amigos me escondieron y fue así



...que no pagaba mis deudas, los amigos me abandonaron y me des-

como terminé en las galeras. Luego me vendieron como siervo y acabé por encontrarme en El Cairo como médico del califa. Ibn Sabbah gozaba entonces de todos los honores de la corte y tuve la suerte de haberle sido atribuido en calidad de regalo. Hay que decir que encontró algo inhabitual en mi persona, pues me tomó con él como hombre libre. ¿Ves?, no

tengo muchas razones para quejarme de él... si no fuera por el hecho de separarme ahora de mi harén.

Abu Soraka esbozó una sonrisa.

—Nuestro único consuelo es ver que nuestros amigos aquí están igualmente frustrados.

El médico le lanzó una mirada cómplice.

—¿De veras? ¿Y qué crees que hay allá abajo detrás del castillo? ¿Tal vez algún oratorio privado reservado a Hassan y a su gran dey?

Abu Soraka lo miró.

—¿Crees de verdad que Hassan habrá hecho instalar allí su harén secreto?

—¿Qué otra cosa puede ser si no? Me han dicho que las caravanas habían traído al castillo a muchas beldades escogidas. ¿Quién de nosotros las ha visto?

—Yo no creo esos rumores. Sé perfectamente que se han hecho preparativos allá. Pero nunca he puesto en duda su finalidad comprobada: procurarnos una salida en caso de urgencia, si por un azar del destino se eternizara el sitio de la plaza.

—¡Eres un crédulo! Conozco a Hassan. Es un filósofo. Y como tal, sabe que la búsqueda de los placeres constituye el primero y el último sentido de la vida. Por lo demás, sería muy tonto si no aprovechara cuando lo tiene todo a su disposición. ¡Vamos!, ¿qué hay de malo en lo que podamos conocer a través de los sentidos? Sólo ellos permiten acceder a la verdad, por eso siempre he pensado que era de sabios el satisfacer las pasiones. Sí, el peor mal es no poder alcanzar el objetivo hacia el cual nos empujan nuestros instintos. Y

en este aspecto, proveerse de todo. Hussein al-Keini ha despojado las caravanas a lo largo de todo el año en Jorazán y Kuzistán... y pese a esto el otro encuentra el medio para someterlo dócilmente al impuesto que le deben los fieles que supuestamente dependen de él. ¡Una buena jugada, de verdad!

—Es un gran maestro —asintió Abu Soraka, que temía en su fuero interno que una invisible oreja los escuchara hablar con tan poco respeto del jefe supremo. El griego se desternilló de risa.

—Más grande y más fuerte de lo que tú eres. Piensa que, cuando estábamos en Egipto, se peleó a muerte con Badr al-Djemali, el terrible jefe de la guardia personal del califa. Todos temblaban por su vida. Pero él, como si nada, fue a ver al califa y le propuso un verdadero timo. En efecto, sabía que pensaban

embarcarlo esa misma noche en un navío. Entonces le prometió al califa que le reuniría partidarios en Irán y que lo ayudaría a arruinar el poderío de Bagdad... lo que le valió ser escoltado en gloria y majestad... con tres pesados sacos de oro en la faltriquera. Y míralo, una vez de vuelta en el país, no desaprovecha oportunidad de echar mano del infortunado califa: si la caravana que debe venir de Egipto tarda en llegar, despacha hacia allá un mensajero para advertir que en adelante está dispuesto a trabajar por su cuenta. Y de inmediato el califa se apresura a estrujar a su pueblo y gravarlo con un nuevo impuesto, que la gente sumisa de Egipto paga escrupulosamente para que nuestro amo pueda gozar en el castillo de Alamut de quién sabe qué nuevo lujo. ¿Acaso no tengo razón de ponerlo entre los auténticos filósofos?

Mientras nosotros dos ya podemos apretarnos el cinturón respecto de nuestras mujeres... Abu Ali se les reunió en la terraza sin hacer ruido, provocando, al parecer, gran sobresalto en los dos amigos.

—¡La paz sea con vosotros, amigos! —dijo amablemente el recién llegado, sonriendo sin disimulo alguno al advertir su turbación—. He venido a buscarte, Abu Soraka, para que avises urgentemente a Yusuf, Sulaimán e Ibn Tahír que los espero entre la cuarta y la quinta oración en los alojamientos del jefe supremo. Sí, van a aparecer delante de Seiduna. De manera que deben prepararse convenientemente. Dicho lo cual, permitidme que os desee buenas noches.

Hubo un gran revuelo entre los fedayines cuando supieron que tres de ellos debían ir esa misma noche a ver a Seiduna. Todos se hacían preguntas y conjeturas sobre el objeto de la convocatoria.

—Quiere recompensar a los que mostraron la mayor valentía en combate —explicó Ibn Vakas.

—¿Qué valentía? —se rebeló violentamente Obeida—. No hablo de Ibn Tahír, que de verdad arrebató el estandarte a los turcos. Pero ¿cuál fue el papel de Sulaimán, que se dejó desmontar y de Yusuf que ocultaba su miedo a fuerza de aullidos?

—Fue Sulaimán el que derribó más enemigos. Yusuf y él le abrieron camino a los demás —recordó Djafar.

—Sí, es verdad —confirmó Naim—. Yo estaba a su lado.

—¿Tú? —ironizó Obeida—. Tú te ocultabas detrás de Yusuf para que el turco no te viera.

—¡Negro repugnante! —le espetó colérico el muchachito.

Mientras tanto, los tres elegidos se bañaban y se preparaban para la recepción de la noche. Los tres estaban excitadísimos pero sobre todo temblaban, en el sentido literal del término.

—¿Cómo debemos comportarnos? —se inquietó Yusuf alzando hacia los otros

una mirada infantil.

–Tal como nos lo ordenará el gran dey esta noche –lo tranquilizó Ibn Tahír.

–¡Por las barbas del profeta Alí! –exclamó Sulaimán, a quien la espera hacía temblar con una fiebre a la vez ardiente y gélida–. Nunca hubiera soñado que tendría el honor de comparecer delante de Seiduna tan pronto. Seguramente hemos realizado una proeza realmente extraordinaria esta mañana...

–¿Estás seguro de que nos llama por eso? –insistió Yusuf.

–¿Tienes mala conciencia? –se burló Sulaimán–. Tal vez Ibn Tahír y yo somos los únicos convocados por la razón que he dicho y tú para ser recriminado por haberte contentado con aullar en lugar de luchar.

–¡Yo no le temo a nada! ¡No fue a mí a quien desmontó el turco!

Breve silencio.

–Espera a estar delante de Seiduna –dijo Sulaimán picado–. Entonces veremos cómo te las arreglas.

–¿Piensas acaso que Seiduna es Abu Soraka? –se irritó el otro–. ¿Que me preguntará sobre los siete imanes?

–Tratad simplemente de no hacer las tonterías de costumbre –los reconcilió Ibn Tahír. Los tres revistieron sus túnicas blancas, pantalones blancos estrechos y se tocaron con grandes feces blancos. Y con ese elegante atuendo se reunieron con sus compañeros. Aquella noche no pudieron comer nada y parecieron insensibles a las miradas de admiración que les lanzaban los demás.

–¿Nos contarás, al volver, lo que sucedió y cómo es Seiduna? –pidió Naim a Ibn Tahír después de la cena.

–Todo lo que quieras –respondió éste ocultando mal su impaciencia.

Abu Alí los esperaba delante de la puerta del jefe supremo. Observó la inquietud febril que se leía en sus rostros y pensó: «¡Si supieran adónde van!».

–¡Vamos! –les dijo para alentarlos–, podríais mostrar una expresión más marcial. Cuando entréis, inclinados profundamente y permaneced así hasta que Seiduna os permita levantaros. Que al que le dirija la palabra le bese respetuosamente la mano. Sed breves y sinceros en vuestras respuestas. ¡Recordad que Seiduna lee en las almas!

Treparon la escalera de la torre y Sulaimán estuvo a punto de chocar con el negro que montaba guardia allá arriba. Dio un salto hacia atrás y, para ocultar su terror, hizo como que buscaba entre sus pies lo que lo había podido haber hecho tropezar.

–Incluso yo, en su lugar, habría tenido miedo –susurró Yusuf a Ibn Tahír. Entraron en la antesala con el corazón agarrotado de angustia.

Se alzó una cortina y la voz fuerte de alguien ordenó:

—¡Entrad!

Abu Alí los precedió y Sulaimán siguió valientemente sus pasos. Los dientes de Yusuf castañeteaban. Esperó a que Ibn Tahír hubiera franqueado la entrada... y finalmente no le quedó más remedio que seguirlo.

Al lado de Buzruk Umid, que ya conocían, había un hombre de pie, vestido con un sencillo albornoz gris y tocado con un turbante blanco. No era alto y no parecía ni terrible ni especialmente severo. ¡Así que éste era Seiduna, el invisible jefe de los ismaelitas!

Se inmovilizaron uno junto al otro y se inclinaron.

—Está bien, amigos míos, está bien —dijo Seiduna invitándoles a levantarse. Se acercó

a ellos y les dirigió una sonrisa en la que se leían a la vez la malicia y el deseo de que se sintieran cómodos—. Me han contado vuestros méritos, os habéis comportado valientemente delante de la avanzadilla del sultán. Os he hecho venir para recompensar vuestra fidelidad.

»Tú, Ibn Tahír —y se volvió hacia el muchacho—, me has satisfecho con tus poemas... pero sobre todo por haberte apoderado del estandarte enemigo.

»Sulaimán, tú por tu lado, te mostraste como un combatiente que no le teme a nada y parece que eres un consumado espadachín. Seguiremos necesitándote.

»Y tú, mi buen Yusuf —siguió con una fina sonrisa—, sé que te abalanzas sobre los herejes como un león rugiente, por lo que también mereces mis elogios. Estrechó la mano de cada uno, aunque tan rápidamente que tuvieron apenas tiempo de besarle la suya. Sus ojos brillaban de orgullo. ¿Cómo podía conocerlos tan bien sin haberlos visto nunca? ¿Acaso había sido Abu Alí el que los había descrito con tanta precisión? ¡Entonces había que creer que sus méritos eran efectivamente muy grandes!

Los grandes deyes se mantenían algo aparte. Su actitud no delataba más que una tensa curiosidad.

—La víspera de este gran día —prosiguió Seiduna—, comprobamos vuestros conocimientos y unas horas más tarde fue vuestra valentía la que pudimos probar. Queda el examen que para mí es el más importante: lo hemos reservado para esta noche... Quiero conocer la solidez de vuestra fe.

Enderezó la barbilla y se colocó delante de Yusuf.

—¿Acaso otorgas crédito a lo que tus superiores te han enseñado?... ¿Crees en ello verdaderamente?

—Lo creo, oh, Seiduna.

La voz era tímida pero expresaba una auténtica convicción.

—¿Y vosotros dos, Ibn Tahír y Sulaimán?

—También lo creemos, oh, Seiduna.

—Y vosotros tres, Buzruk Umid, el hombre de pie, y el hombre de pie...

–Yusuf, ¿crees firmemente que el mártir Ali es el único heredero legítimo del Profeta?

–Lo creo firmemente, oh, Seiduna.

Yusuf estaba casi extrañado de oírlo hacer aquellas preguntas.

–Y tú, Sulaimán, ¿crees que sus dos hijos, Hassan y Hussein, fueron injustamente desposeídos de la sucesión?

–Lo creo sin la menor duda, oh, Seiduna.

–Y tú, Ibn Tahír, ¿crees que Ismael es verdaderamente el séptimo y último imán?

–Sí, lo creo, oh, Seiduna.

–¿Y crees también que Al–Mahdí volverá a la tierra como el último profeta y que traerá la verdad y la justicia?

–También lo creo, oh, Seiduna.

–Yusuf, ¿crees que me ha sido dado un poder, a mí, vuestro jefe, por voluntad de Alá?

–Lo creo, oh, Seiduna.

–Sulaimán, ¿crees que todo lo que hago lo hago en Su nombre?

–Lo creo, oh, Seiduna.

Hassan se había acercado a Ibn Tahír y lo miraba.

–¿Crees tú, Ibn Tahír, que me ha sido dado el poder de hacer entrar en el paraíso a quien yo quiera?

–Lo creo, oh, Seiduna.

Hassan había aguzado el oído. La voz de Ibn Tahír expresaba igualmente una certeza inquebrantable.

–Y ahora, Yusuf, ¿es tu fe lo suficientemente firme como para que te alegres si te digo: sube a lo alto de la torre y arrójate al vacío pues de inmediato accederás al paraíso?

Yusuf palideció. Hassan sonrió imperceptiblemente. Se volvió hacia los grandes deyes. Estos también sonrieron.

Yusuf, tras un breve titubeo, terminó por articular:

–Me alegraría, oh, Seiduna.

–¡Muy bien! Entonces si ahora, en este mismo instante, te ordeno: sube a esa torre y arrójate al vacío... Yusuf, mi buen Yusuf... Leo en tu corazón. ¡Qué débil es tu fe! Y tú, Sulaimán, ¿te alegrarías de verdad si estuvieras en su lugar?

Sulaimán respondió con voz firme:

–Me alegraría de verdad, oh, Seiduna.

–¡Ah, sí...! ¿Si te lo ordeno en este mismo instante? ¡Vamos! Has palidecido. Tu lengua es decidida pero tu confianza vacila. Es fácil creer en cosas que no exigen de nosotros ningún sacrificio. Pero cuando se trata de dar nuestra vida

para testimoniar nuestra fe, urdeamos...

Se volvió hacia Ibn Tahír.

—Ahora fijémonos un poco en ti, poeta. ¿Crees firmemente que nos ha sido confiada la llave de las puertas del paraíso?

—Lo creo firmemente, oh, Seiduna, tienes el poder de llevar al paraíso a quien consideres digno.

—¿Pero qué piensas de la llave? Te estoy preguntando sobre la llave. Ibn Tahír se armó de coraje.

—Me esfuerzo por creer pero confieso que no logro comprender de qué naturaleza puede ser la llave.

—En resumen, queréis creer todo lo que respecta a Alí y a los imanes... ¡punto! ¡Eso es todo! —clamó Hassan—. Pero nosotros necesitamos creyentes que crean en todo lo que enseñan nuestras instituciones.

El silencio que siguió les pareció espantoso a los fedayines. Las rodillas les temblaban y un sudor frío perlaba sus frentes.

Hassan siguió con voz sorda:

—Dicho de otra manera, me tomáis por un mentiroso.

Los tres se pusieron lívidos.

—No, Seiduna, todos creemos en ti.

—¿Y si os dijera que tengo realmente la llave del paraíso?

—Pero si te creemos, oh, Seiduna.

—No, leo en vuestros corazones. Os gustaría creer, pero no podéis. ¿Por qué, Ibn Tahír?

—Lo sabes todo, lo ves todo, oh, Seiduna. Es difícil creer en algo que no es accesible a la razón... La voluntad quiere pero la razón se rebela...

—Eres sincero y eso me gusta. Pero ¿qué dirías ahora si te llevara de veras al paraíso... si pudieras tocarlo con las manos, aprehenderlo con tus propios ojos, con tus oídos, con tus labios? ¿Creerías por fin?

—En esas condiciones, ¿cómo podría dudarlo, oh, Seiduna?

—Me alegro. Os habéis distinguido en combate. Pero yo sabía dónde se ocultaba vuestra debilidad... y os he llamado para ayudaros a vencerla: para haceros fuertes y resueltos en vuestra fe. Así que he resuelto abriros esta noche misma las puertas del paraíso...

Un asombro indescriptible se pintó en los ojos de los jóvenes. En él se mezclaba un temeroso sentimiento de incredulidad: no podían creer lo que oían.

—¿Por qué me miráis así? ¿No deberíais alegraros de que quiera recompensaros así?

—Has dicho que...

Ibn Tahír balbuceó y fue incapaz de seguir.

Ha dicho que iba a abriros las puertas del paraíso y lo hará. ¡Estáis

—Me dicen que iba a abrir las puertas del paraíso y no hare. ¿Estais dispuestos?

Una fuerza invisible los hizo caer a los tres de rodillas. Tocaron el suelo con la frente a los pies de Hassan y permanecieron así.

Hassan lanzó una mirada en dirección de sus amigos. Sus rostros expresaban una sombría tensión.

—¡Levantaos! —les ordenó a los muchachos.

Obedecieron. Tomó entonces una lámpara de la araña y los precedió a la pequeña habitación en la que se encontraba disimulada la plataforma móvil. Allí había tres camas bajas, cubiertas de tapices que colgaban hasta el suelo.

—¡Tendeos en esos camastros! —les ordenó.

Le alcanzó la lámpara a Abu Alí y le pasó una jarra de vino a Buzruk Umid; él tomó de un estante un cofrecillo de oro y lo abrió. Finalmente se acercó a los fedayines que temblaban, pálidos y asustados, sobre sus camas.

—El camino que lleva al paraíso es largo y difícil. Aquí tenéis, para que tengáis fuerzas, alimentos y vino. Recibidlo de mis manos.

Fue de uno al otro y colocó entre los labios de cada cual una pastillita que sacaba del cofrecillo de oro. Yusuf se hallaba tan tremendamente turbado que comenzó por no poder despegar los labios. Sulaimán e Ibn Tahír se esforzaron por tragar la pastilla lo mejor que pudieron. Les pareció agradable y azucarada, pero luego terriblemente amarga. Para disipar el gusto desagradable, Hassan les ordenó que bebieran vino. Tras lo cual, los observó atentamente.

El pesado vino, al que no estaban acostumbrados, se les subió un poco a la cabeza. Luego fue otro aturdimiento el que se apoderó de ellos: sus cuerpos, tendidos ahora de espaldas, se abandonaban poco a poco... Yusuf comenzó por bramar como un buey degollado, luego cayó en una especie de sopor deslumbrado. Sus compañeros estaban divididos entre la embriaguez y una terrible curiosidad. «¿Y si fuera veneno?», pensó

durante un instante Ibn Tahír; pero ya se sentía asaltado por mil imágenes fantásticas que emprendieron entre ellas una loca persecución. Como embrujado, se esforzaba por seguir las con la mirada.

Hassan observaba sus ojos aterrorizados, fuera de las órbitas.

—¿Qué ves, Ibn Tahír?

Pero el muchacho ya no lo oía. Contemplaba fijamente las imágenes que desfilaban delante de él, terminando por someterse completamente a su dominio... Sulaimán se rebelaba aún contra los fantasmas que se las ingeniaban para desmentir la realidad a su alrededor; percibía a los tres jefes que lo miraban con rostros tensos. Luego una maravillosa aparición llamó la atención de su mirada. Al comienzo, él también había temido que Hassan les hubiera administrado algún veneno. Pero muy pronto abandonó este pensamiento. El

administrado algún veneno. Pero muy pronto abandonó este pensamiento. El combate interior que llevaba a cabo lo agotaba. Las imágenes que adquirían vida alrededor de él lo arrastraban con una fuerza indescriptible: finalmente se abandonó a ellas con un suspiro de alivio.

El mismo Yusuf, tras haberse agitado unos instantes gimiendo, acababa de caer en un profundo sueño. Sulaimán e Ibn Tahír lo siguieron poco después.

Hassan se ocupó personalmente de cubrir completamente el cuerpo de los tres muchachos con finas mantas negras; finalmente, a una señal suya, la plataforma se puso en movimiento y comenzó a bajar hacia las profundidades de la torre. Abajo fueron recibidos por la guardia. Hassan dio al capitán Ah algunas nuevas y discretas indicaciones. Luego, los negros, de dos en dos, levantaron las angarillas y tomaron la dirección de los jardines. Cada joven dormido se hallaba escoltado al menos por un guardia encargado expresamente de velar por él.

Los grandes deyes no habían abierto la boca y se aprestaban a esperar hasta el regreso de los muchachos. Hassan les preguntó en voz baja:

—¿Todo ha ocurrido según el orden convenido?

—Todo parece en orden, Seiduna.

Hassan lanzó un profundo suspiro.

—Volvamos arriba —dijo finalmente—. Todo esto parece una de estas tragedias que los griegos del pasado hacían representar en sus teatros. Gracias a Alá, ya ha terminado el primer acto.

## XI

En los jardines habían terminado los preparativos. Las muchachas se habían distribuido las tareas conforme a las órdenes del jefe supremo. Los eunucos habían acompañado a Fátima y Sulaika con sus compañeras a los jardines que se les había asignado. Fátima tenía por reino los bosquecillos situados a la derecha de sus habitaciones; Sulaika reinaba sobre los que se podían ver desde el otro lado. Cada una tenía para sí un verdadero parque independiente, separado de los jardines del centro por arroyos que caían en cascadas. Con toda seguridad, habían concebido los planos de aquella vasta propiedad, de la que el Shah Rud constituía una rugiente frontera, de manera que las voces no pudieran escucharse de un espacio al otro.

Alrededor de los pabellones, los eunucos, ayudados por las muchachas, habían tendido guirnaldas en medio de los árboles y matorrales y de ellas habían colgado las linternas confeccionadas por la mañana. Estas presentaban las formas más variadas y en su pintura y colorido habían puesto la mayor fantasía, de manera que, al caer la noche, cuando los habitantes del lugar terminaron de encenderlas, formas y sombras nuevas, inmersas en una luz de ultratumba, se animaron de pronto alrededor de ellas, poblando con su presencia un paisaje bruscamente cambiado. Las jóvenes deambularon por aquel espacio mirándose



con pasmo, admirando de paso sus siluetas de colores mutantes sobre las que danzaban sombras de insectos. Sí, todo aquello tenía el aspecto irreal y fantasmagórico de un sueño, y esta impresión se veía realzada por la espesa oscuridad que rodeaba las zonas de luz y que por contraste ocultaba completamente el resto del paisaje, encubriendo las montañas, el castillo y hasta las estrellas.

En el centro de los pabellones cubiertos de flores, una rumorosa fuente de agua hacia centellear en el aire mil perlas irisadas. Bandejas de oro y plata, que ofrecían al visitante toda clase de manjares, esperaban sobre mesitas bajas de madera dorada: pajaritos asados, pescados fritos, pasteles confeccionados con arte y toda suerte de frutas –higos y melones, naranjas, manzanas y melocotones, uvas en grandes racimos–. Sobre cada mesa, en fin, habían sido dispuestas seis grandes jarras de vino junto a cuencos con leche y miel. En el momento de la última oración, Adí acompañó a Apama para hacer una inspección final del jardín: nada escapaba al ojo atento de la vieja matrona. Aprovechó la ocasión para dar las últimas instrucciones. A Myriam, a Fátima y a Sulaika, les distribuyó

dos píldoras soporíferas destinadas, les explicó, a sus huéspedes: la segunda para el caso de que la primera no tuviera un efecto rápido. Antes de retirarse, les hizo todavía esta recomendación:

–No les deis a esos jóvenes la oportunidad de hacer demasiadas preguntas. Tenedlos ocupados, pero, sobre todo, embriagadles... Y no olvidéis: Seiduna es justo pero severo... Tras lo cual las abandonó y las responsables de cada grupo, viendo que se acercaba la hora, aprovecharon para invitar a sus compañeras a tomar una copa de vino con el propósito de darse ánimos...

El grupo más animado era el de Fátima: alrededor de ésta, todo eran gritos y risas, que hacían olvidar un poco la fiebre de la espera. La iluminación mágica y el calor del vino hacían el resto. Además, el sentimiento de estar juntas disipaba todo temor, incluso excitaba en las imaginaciones una temeraria curiosidad.

–Se llama Sulaimán y Seiduna dijo que era bello –soñaba Leila.

–¿Le habrás ya echado el ojo? –la pinchó Sara.

–¿Y tú me dices eso a mí?... Mejor mírate a ti misma: la impaciencia te pone enferma.

–¿Y si dejáramos a Halima abrir el baile? –propuso Hanum.

–¡Ni hablar! –se rebeló ésta alarmada.

–No temas –la tranquilizó Fátima–. Yo respondo del éxito de todo: cada cuál tendrá en qué ocuparse.

–¿Y de quién se enamorará? –lanzó la astuta Aísha.

–Tus pillerías no te servirán de mucho –le advirtió Sara.

—¿Acaso tu tez negra sí?

—¡Nada de peleas! —intervino Fátima—. ¿Qué importa si se enamora de una u otra?

Estamos al servicio de Seiduna y nuestro único deber esta noche es ejecutar sus órdenes.

—Creo que se enamorará de Zainab —dijo Halima.

—¿Por qué precisamente de Zainab —comenzó a irritarse Sara.

—Porque tiene hermosos cabellos de oro y bellos ojos azules.

Zainab se puso a reír.

—¿Creéis que tendrá una figura tan altiva como Seiduna? —siguió preguntando Halima.

—Mirad el pajarito —se burló Fátima—. Ahora está soñando con Seiduna.

—Lo encontré hermoso.

—Vamos, Halima, no es momento para caprichos... Por lo demás Seiduna no es para nosotras. No te aconsejo que hables de él como lo haces.

—¡Pero si ama a Myriam!

—Tú no eres Myriam —lanzó pérfidamente Sara.

—Que no te oiga decir ese tipo de amabilidades —le advirtió Fátima.

—¿Cómo estará vestido?

Sara rió ante la pregunta de la inocente Aísha.

—¿Vestido? Pero si estará desnudo.

Halima se ocultó detrás de sus hermosos brazos.

—¡Yo no lo miraré!

—¿Sabéis lo que deberíamos hacer para calmarnos? —propuso Shehere—: componer un poema sobre él.

—¡Buena idea! Fátima, danos el primer verso.

—¡Pero si aún no lo hemos visto!

—Fátima tiene miedo de sentirse decepcionada luego —ironizó la incorregible Sara.

—No me busques las cosquillas, Sara. Bueno, lo intentaré. Veamos... Sulaimán, bello joven, al paraíso promovido...

—¡Muy divertido! —exclamó Zainab—. Sulaimán es un héroe, acaba de luchar contra los turcos. Harías mejor si dijeras: Sulaimán, alma sublevada, el noble paraíso te aguardaba...

—¿Y tú encuentras eso poético? —se enfadó Fátima—. Es raro que no se te hayan derretido los sesos... Ahora escuchad: Sulaimán, águila real, que llega al paraíso, para divisar a Halima, a quien ama con unción leal.

—No, no quiero estar en el poema —protestó su temerosa amiga.

—¡Niña estúpida! ¡No entiendes nada! Lo he dicho en broma.

El grupito reunido alrededor de Sulaika no demostraba la misma indolencia. Djada apenas podía ponerse en pie y la que llamaban Pequeña Fátima se escondía tiritando en un rincón. Asma hacía preguntas estúpidas sobre todo y nada. Hanafiya y Sofana disputaban por no tener nada mejor qué hacer. Sólo Royaka y Habiba tenían mejor cara. Sulaika ardía de impaciencia; el honor de tener que dirigir las operaciones se le había subido un poco a la cabeza. El hermoso Yusuf, que ella veía como si estuviera allí, sólo tenía ojos para ella y desdeñaba olímpicamente a las demás. Sí, ella sería la elegida y se lo

merecía: ¿acaso no poseía, además de belleza, esa viveza que tan lastimosamente les faltaba a sus compañeras? Ahora, el vino enternece su corazón: lo que la rodeaba ya no tenía importancia; tomó el arpa y comenzó a pulsar distraídamente las cuerdas. Con la imaginación, se veía amada, deseada, se encontraba encantadora, victoriosa... Además, sin que cupiera duda alguna, se había enamorado de antemano del desconocido. Alrededor de Myriam todo estaba vacío y oscuro, pese al marco suntuoso del lugar. Las jóvenes a las que había tomado bajo su ala eran las más tímidas, las menos independientes. Hubieran querido apretarse contra ella, buscar su calor y su aliento. Pero Myriam estaba lejos...

No había previsto que le afectaría tanto el hecho de saber que Hassan no la amaba. Tal vez ni siquiera fuera ésa la causa de su dolor. Lo que la mortificaba más era sentirse considerada por Hassan como un mero instrumento, un arma de la cual se servía para lograr un objetivo que no tenía nada que ver con el amor. Tranquilamente, sin prejuicio ni vergüenza, la abandonaba durante una noche en brazos de otro hombre. Ella conocía a los hombres. Musa, su marido, era un viejo repugnante. Pero sin haber pensado nunca en ello, sabía perfectamente que hubiera preferido morir antes que permitir que otro la tocara. Muhammad, su amante, había arriesgado y perdido la vida por tenerla y conservarla. Cuando más tarde la habían vendido, en Basra, sabía que el que la comprara no la abandonaría a un desconocido, aunque fuese su esclava. Ella había conservado esta confianza cuando se había convertido en propiedad de Hassan. La decisión que éste acababa de tomar, al tiempo que la humillaba, desbarataba aquella secreta seguridad que siempre había sentido en el fondo de sí misma.

Si hubiera podido, habría estallado en sollozos. Pero, por decirlo de alguna manera, sus ojos ya no eran capaces de verter lágrimas. ¿Odiaba a Hassan? Sus sentimientos eran demasiado mudables como para que hubiera podido responder a esta pregunta. Primero había pensado que no le quedaba nada mejor que hacer que arrojarle al Shah Rud. Luego resolvió vengarse, pero incluso este deseo se borró y dejó sitio a una inmensa tristeza. Mientras más reflexionaba, mejor advertía la lógica que subyacía bajo el gesto de Hassan. Su concepción de las

cosas, llena de desprecio por todo lo que era santo e intocable para las masas, su cuestionamiento de la validez de todo conocimiento, su libertad absoluta de pensamiento y acción, todo eso ¿no la había acaso fascinado y exaltado mil veces? Pero no eran más que palabras, se había dicho ella a menudo. Ella misma era demasiado débil para atreverse a transformar aquellas palabras en actos, aunque tampoco creía que fuera capaz de hacerlo.

Ahora comenzaba a entrever el otro rostro de aquel ser impenetrable. Ella sentía que, pese a todo, seguía contando con su favor. Tal vez hasta la amara, a su manera. Y ella ¿no tenía acaso razones para respetarlo? Para él, el pensamiento, la idea, no eran, como para ella, sólo amables distracciones. El conocimiento intelectual debía, según Hassan, convertirse obligatoriamente en acción; cada descubrimiento de su razón lo comprometía por entero. ¿Cuántas veces no le había afirmado que por su lado ella ya no era capaz de amar verdaderamente, que ya no podía creer en nada y que de una manera general, ella tampoco reconocía ningún principio válido? Ella aceptaba haberse liberado desde hacía mucho tiempo de todos los prejuicios. En cierta manera, la última decisión de Hassan ¿no era la prueba de la confianza y de la estima que sentía por ella?

Nada era claro para ella. Pese a lo que hubiera podido pensar, pese a sus esfuerzos por entender, conservaba en el fondo de su alma un dolor y el sentimiento agudo de una humillación. ¡No! Ella sólo era para Hassan un objeto, un objeto que podía manipular a su gusto y sólo en provecho propio.

Vaciaba copa tras copa y se embriagaba sin que nadie lo advirtiera. Por lo demás, le parecía estar cada vez más lúcida. De repente, tuvo conciencia de lo que realmente le sucedía: ella esperaba algo... esperaba a alguien. Por extraño que pareciera, durante todo aquel rato no había pensado un solo instante en Ibn Tahír. Hassan le había hablado de él

como de un muchacho enérgico e inteligente... y como de un gran poeta. Se sintió

embargada por un sentimiento extraño. Tenía la impresión de que un ala invisible la había rozado. Se sacudió: adivinaba la proximidad de una presencia, que bien podía ser la del destino.

Sus dedos rozaron las cuerdas del arpa, que devolvieron una especie de gemido nostálgico.

—¡Qué hermosa está esta noche! —susurró Safiya señalándola con la mirada.

—En cuando Ibn Tahír la vea, se enamorará perdidamente de ella —afirmó Hadidya en el mismo tono.

—¡Debe de ser muy hermoso! —soñó la ingenua Safiya—. Le dedicaremos nuestros mejores poemas.

—¡¡Tanta prisa tienes por verlo a tus pies!

—¡Oh, sí...! ¡No te imaginas hasta qué punto!

Los dos grandes deyes acompañaron silenciosamente a Hassan hasta lo alto de la torre. En cuanto pusieron el pie en la terraza, su mirada fue atraída por el turbio fulgor que, subiendo desde los jardines, opacaba el brillo de las estrellas. Siguieron a Hassan hasta el borde del parapeto; por allí se asomaron.

Los tres pabellones estaban bañados en una luz acuosa. Iluminados desde el interior y desde el exterior, sus muros de cristal mostraban, a escala reducida, los detalles de todo lo que sucedía en ellos, los gestos de todos los que allí se movían...

—Eres de veras un maestro incomparable —se asombró Abu Alí—. ¡Te has propuesto llevamos de sorpresa en sorpresa!...

—Sí, una magia legendaria hecha realidad... —masculló Buzruk Umid, casi recuperado de su incredulidad—. El poder de tus capacidades nos obliga a acallar cualquier prejuicio, aunque los tengamos...

—Esperad y no me halaguéis demasiado pronto —sonrió modestamente Hassan—. En este momento, nuestros jóvenes duermen aún. Ni siquiera se ha levantado el telón. Esperemos y mejor veamos lo que sigue: es lo único que puede indicarnos lo que conviene pensar del trabajo llevado a cabo hasta aquí.

Les explicó la disposición de los jardines y les designó uno tras otro los pabellones destinados a recibir a cada fedayín.

—Sigo sin comprender —se extrañó Abu Alí—cómo se te ha ocurrido un proyecto semejante. Sólo puedo pensarlo como el fruto de una intervención sobrenatural: la inspiración de algún genio familiar, tal vez; en cualquier caso no el de Alá.

—¡Seguro!, no me vino de Alá —respondió Hassan riendo—. Sino de nuestro excelente y viejo amigo Omar Khayyam...

Les contó a sus dos cómplices la visita que le había hecho en Nishapur veinte años antes. Y cómo el amable poeta le había dado involuntariamente la idea del experimento de aquella noche.

Abu Alí no salía de su asombro.

—¿Quieres decir que durante todo este tiempo has llevado secretamente en ti el plan de esta maquinación? ¿Y no te has vuelto loco?

—¡Por las barbas del mártir Alí! —se asombró igualmente su compañero—. Si un proyecto semejante se me hubiera ocurrido a mí, no habría tenido la paciencia de esperar un mes. Habría hecho lo necesario para realizarlo de inmediato y no habría descansado hasta saber si tenía éxito o fracasaba.

—En cuanto a mí, resolví hacer todo lo humanamente posible para que no fracasara —

—dijo Hassan—. Un pensamiento como éste crece y se desarrolla en el alma del

ujo Hassan—. Un pensamiento como este crece y se desarrolla en el alma del hombre como un hijo en el seno de su madre. Al principio es ínfimo, no tiene ninguna forma, y no hace

más que despertar un apasionado deseo de perseverar y de no soltar prenda. Se trata de una gran fuerza. Impregna y obsesiona poco a poco al que la lleva, hasta el punto de que no se fija en otra cosa, que sólo piensa en hacerla realidad, en echar al mundo aquella prodigiosa criatura. El hombre que alimenta en sí una quimera semejante se parece de verdad a un loco. No se pregunta ni siquiera si aquello es justo o injusto, si está bien o mal. Actúa como bajo la conminación de una orden invisible. Sólo sabe que no es más que un medio al servicio de algo más fuerte que él. ¡Qué importa si ese poder viene del cielo o del infierno!

—¿Y durante estos veinte años no intentaste nunca llevar a cabo tu plan? ¿No le confiaste tu secreto a nadie?

Abu Alí se sentía sobrepasado por el misterio. Hassan se reía de su confusión.

—Si le hubiera confiado mi proyecto a alguien, a ti o a cualquier otro de mis amigos, me hubierais tomado por un bromista o por un loco. Aunque no negaré que no haya intentado nunca, en mi impaciencia, realizarlo. Realización prematura, naturalmente. Pues siempre comprendí después que los obstáculos que se alzaban en mi camino me habían evitado un irreparable paso en falso. Ante todo, quise ejecutar mi plan poco tiempo después de que Omar Khayyam me diera la primera idea. En efecto, éste me aconsejó

dirigirme, como él mismo había hecho, al gran visir, y exigir de él que mantuviera el juramento de su juventud, otorgándome su ayuda. Nizam al-Mulk me ayudó más de lo que yo esperaba. Me recomendó al sultán como su amigo y fue así como fui recibido en la corte.

»Podéis imaginaros que yo era un cortesano mucho más divertido que el gran visir. No tardé en ganarme la simpatía del sultán, y comenzó a distinguirme de los demás. Era naturalmente agua para mi molino. Ya me veía casi capaz de pasar a la acción. Sólo esperaba obtener del sultán el mando de un destacamento en alguna campaña. Pero por entonces era aún tan ingenuo que no tuve en cuenta los terribles celos que mis éxitos habían engendrado en el corazón de mi ex condiscípulo. A mí me parecía completamente natural rivalizar con él y me preocupaba poco que se sintiera por ello resentido. El conflicto estalló un día cuando el sultán quiso que se llevara a cabo un balance de las ganancias y gastos de su inmenso imperio. Le preguntó a Nizam al-Mulk cuánto tiempo necesitaría para reunir todos los datos. "Al menos dos años", fue la respuesta del visir. "¡Cómo dos años!", exclamé entonces. "Dame cuarenta días y tendrás el balance más exacto posible de todo el país. Basta con que pongas a mi disposición toda tu administración." Mi condiscípulo palideció y abandonó la habitación sin decir

tu administración. Mi discípulo pandeó y abandonó la habitación sin decir palabra. El sultán aceptó mi propuesta y me sentí contento de poder demostrar mi capacidad. Puse a trabajar en la tarea a todos los hombres de confianza que tenía a través del imperio y, con la ayuda de sus funcionarios y de los del sultán, reuní efectivamente en cuarenta días todos los datos relativos a las ganancias y gastos del país. Cuando se terminó el plazo, comparecí ante el sultán con mis notas. Comencé a leer, pero apenas había dado vuelta algunas páginas, me di cuenta con espanto de que alguien había insertado pérfidamente datos falsos. Me puse a balbucear, intenté llenar las lagunas del texto recurriendo a mi memoria. Pero el sultán ya había advertido mi aprieto. Se sobresaltó y sus labios comenzaron a temblar de cólera. Fue entonces cuando el gran visir dejó caer estas palabras: "Hombres sabios calcularon que la ejecución de este trabajo requería al menos dos años. ¿Cómo, pues, un incapaz y un loco que se jactó de lograrlo en cuarenta días puede responder a las preguntas con algo más que balbuceos sin pies ni cabeza?". Lo escuché reír malévolamente por lo bajo. Yo sabía que había sido él quien me había hecho aquella mala pasada. Pero no se podía bromear con el sultán. Tuve que abandonar la corte humillado y me apresuré a viajar a Egipto. Así

me convertí para el sultán en un farsante descarado. Y desde ese día el gran visir teme mi venganza y hace todo lo posible por aniquilarme. Bueno... fue así como se fue al agua la primera oportunidad de llevar a cabo mi plan. Y no lo lamento. Pues temo que se hubiera tratado de un parto prematuro...

—A menudo he oído hablar de tu diferendo con el gran visir —pensó en voz alta Abu Alí—. Pero el asunto reviste un carácter diferente cuando se está al tanto de los detalles que acabas de darnos. Ahora me explico el odio mortal que Nizam al-Mulk siente por el ismaelismo...

—Mejor escucha lo que sigue... En Egipto tuve oportunidades todavía más favorables. El califa Mostanzer Bilah envió a mi encuentro hasta la frontera al jefe de su guardia personal, el famoso Badr al-Djemali. Me recibieron en El Cairo con los mayores honores, como un mártir de la causa ismaelita. Pronto me adapté a las circunstancias. Alrededor de los dos hijos del califa se habían constituido dos partidos que tenían, por supuesto, como punto de discordia, la sucesión del trono. El mayor, Nezar, era un mequetrefe, tanto como el mismo califa. La ley estaba de su parte. Pronto su padre y él cayeron bajo mi influencia. Pero juzgué mal la resolución de Badr al-Djemali. Éste protegía al menor de los hermanos, Amustamali. Cuando vio que yo comenzaba a tener más peso que él, me hizo arrestar. Al califa le dio miedo. Vi de inmediato que ya no se trataba de bromas. Renuncié a las altas ambiciones que había alimentado para Egipto y para mí e hice que me embarcaran en un barco mercante. Fue en ese barco donde se forjó mi destino.

de rojo en el agua.

»Estábamos en alta mar cuando creí observar que no navegábamos hacia Siria, como había anunciado Badr al-Djemali, sino hacia Occidente, a lo largo de las costas de África.

¿Acaso iban a desembarcarme en algún puerto cerca de Kairuán? En ese caso estaría perdido. Se levantó entonces una de esas tormentas que son frecuentes por aquellos mares. ¿Os había dicho que antes de mi partida, el califa a escondidas me había hecho dar algunos sacos con monedas de oro? Le ofrecí uno al capitán para que diera media vuelta y me desembarcara en la costa siria. Tendría la buena excusa de haber sido sorprendido por la tormenta en la otra parte. El oro lo tentó. La violencia de la tormenta arreciaba. Los viajeros, y hasta los francos que había entre ellos, se desesperaban. Oraban en voz alta y encomendaban sus almas a Dios. En cuanto a mí, satisfecho de haber manejado tan bien el asunto, estaba tranquilamente sentado en un rincón mascando algunos dátiles secos. Mi calma causó asombro. No se habían dado cuenta de que habíamos cambiado de rumbo. Ante sus preguntas, les respondí simplemente que Alá me había anunciado que atracaríamos en algún lugar de Siria y que no sucedería nada en el trayecto. Aquel

"oráculo" se confirmó en el lapso de una noche y me consideraron un gran profeta. Todos deseaban convertirse en partidarios de mi doctrina. Yo estaba aterrado por aquel inesperado éxito. Reparé entonces en el poder de la fe y cuán fácil era despertarla. Basta con saber algo más que los que creen. Entonces es fácil hacer milagros. Éstos son la tierra abonada en la que germina la noble flor de la fe. De repente, todo me pareció claro. Para ejecutar mi proyecto, para trastocar el mundo, sólo necesitaba, como Arquímedes, de un modesto punto de apoyo... con tal de que fuera sólido. En adelante no necesitaba ningún honor, ninguna influencia de los poderosos de esta tierra. Sólo un castillo fortificado y los medios para transformarlo según mis planes. Con ello, ¡que el gran visir y los grandes de cualquier país tuvieran cuidado!

Un extraño fulgor de amenaza brilló en sus ojos. Abu Alí tenía frente a él a un animal feroz, un animal que de un momento a otro podía ser peligroso.

—Ahora tienes ese punto de apoyo —le dijo en tono tranquilizador, que delataba pese a todo una leve aprensión.

—Así es —asintió Hassan.

Se alejó del parapeto y se tendió en los cojines dispuestos en el suelo, e invitó a sus dos amigos a seguir su ejemplo. Trozos de asado frío y unas jarras de vino los esperaban sobre unas bandejas. Se fueron animando.

—Yo no dudo en engañar al enemigo. Pero no me gusta hacerlo con mis amigos —dijo de repente Buzruk Umid, que durante todo aquel tiempo había permanecido silencioso, reflexionando en su fuero interno. Pareció que aquellas



palabras se le habían escapado brutalmente.

»Si te he entendido bien, Ibn Sabbah –prosiguió–, la fuerza de nuestra institución debería fundarse en la ceguera de los fedayines que son nuestros adeptos más resueltos y más abnegados. Y que somos nosotros los que debemos arrojarlos a esa ceguera, y esto a sabiendas y con la más fría premeditación. Ardides increíbles nos permitirían obtener dicho resultado. Tus proyectos, por supuesto, son grandiosos. Pero los "medios" que empleas para llevarlos a cabo no son cualquier cosa: ¡son hombres vivos y son nuestros amigos!

Como si hubiera esperado esta objeción, Hassan respondió tranquilamente.

–Pero la fuerza de toda institución reposa esencialmente en la ceguera de sus adeptos. Según su aptitud para el conocimiento, la gente ocupa un determinado lugar en este mundo. El que quiera guiarlos debe tener en cuenta la diversidad de sus capacidades. Las multitudes exigían en el pasado que los profetas hicieran milagros. Éstos debían realizarlos si querían conservar su prestigio. Mientras más bajo sea el nivel de conciencia de un grupo, mayor es la exaltación que lo mueve. Ésta es la razón por la que divido a la humanidad en dos campos bien diferenciados. Por un lado, el puñado de los que saben de qué se trata; por el otro, la inmensa multitud de los que no lo saben. Los primeros están llamados a dirigir, los otros a ser dirigidos. Los primeros hacen las veces de padres, los segundos de hijos. Los primeros saben que la verdad es inaccesible, los segundos tienden las manos hacia ella. A partir de esto, ¿qué salida les queda a aquellos... sino alimentar a éstos con fábulas y cuentos? ¿Mentira e impostura? De acuerdo. Sin embargo, sólo la compasión los empuja a ello. Por lo demás, poco importa la intención, puesto que el engaño y la astucia le son de todos modos indispensables al que quiera llevar a las multitudes hacia un objetivo claro para él, objetivo que éstas seguirán siendo incapaces de comprender. Entonces ¿por qué no convertir ese engaño y esa impostura en una institución concertada? Me gustaría citaros el ejemplo del filósofo griego Empédocles, cuyos discípulos lo veneraron en vida como a un dios. Cuando sintió que su postrera hora se acercaba, trepó sin decirle nada a nadie a la cumbre de un volcán y se arrojó al abismo ardiente; en efecto, les había predicho a sus fieles que un día sería milagrosamente arrancado de este mundo y conducido vivo al más allá. Pero por casualidad perdió al borde del cráter una sandalia... que lo delató. Si no hubieran encontrado la famosa sandalia, seguramente todavía el mundo creería en el dios Empédocles, que ascendió vivo al empíreo. Ahora bien, si pensamos a fondo en todo esto, es evidente que nuestro filósofo no pudo cometer semejante acto por interés, ya que ¿qué beneficio obtendría por el hecho de que sus discípulos, después de su muerte, creyeran en su ascensión a los cielos? Yo más bien veo en ello una manifestación de delicadeza por su parte: no quería decepcionar a unos

fieles que creían tan firmemente en su inmortalidad. Sabía que ellos le exigían fábulas y no quiso desilusionarlos.

—Semejante mentira es en el fondo totalmente inocente —admitió Buzruk Umid tras un momento de reflexión—. Pero en el engaño que le preparas a los fedayines, lo que está en juego al final es ni más ni menos que sus vidas, y su muerte...

—¡Escuchad! —insistió Hassan—, os había prometido una justificación filosófica detallada de mi proyecto. Intentemos antes que nada entendernos sobre lo que está ocurriendo en este momento en los jardines, a nuestros pies, y tratemos de analizar el hecho en sus partes simples. Allí tenemos a tres jóvenes que son capaces de creer que les hemos abierto las puertas del paraíso. Si se convencen verdaderamente de ello ¿qué experimentarán? ¿Os dais cuenta, amigos míos? Una felicidad de la que ningún mortal ha gozado nunca. Y disfrutarán confiadamente de ese favor único.

—Pero en lo que respecta hasta qué punto se encontrarán en ese caso en el error —

observó Abu Alí riendo—, nosotros estamos mejor situados que cualquiera para saberlo...

—¡Qué importa que lo sepamos! —explotó Hassan—. ¿Sabes acaso lo que te sucederá

mañana? ¿Sé acaso lo que me reserva la suerte? ¿Sabe Buzruk Umid cuándo morirá? Y, sin embargo, todo eso debe estar escrito desde hace siglos en la composición del universo. Protágoras afirmaba que el hombre es la medida de todas las cosas. Lo que se percibe,

existe lo que no se percibe, no existe. Los tres muchachos que están allí abajo van a conocer el paraíso y a gozar de él con toda el alma, con todo su cuerpo y todos sus sentidos. Por consiguiente, para ellos, el paraíso existe. Tú, Buzruk Umid, te espantas del engaño al que arrastro a los fedayines. Al mismo tiempo olvidas que cada día somos víctimas de la ilusión de los sentidos. En esto no seré en nada inferior a ese ser problemático que se halla por encima de nosotros y que, como afirman las diferentes religiones, nos ha creado. El hecho de que poseamos sentidos engañosos ya lo reconoció

Demócrito. Para él no hay colores, dulzura ni amargor sino solamente átomos en un espacio. También Empédocles había conjeturado que todos nuestros conocimientos tienen como intermediarios a nuestros sentidos. Lo que no llega a nosotros a través de ellos sólo puede ser pensado. Si entonces nuestros sentidos nos mienten, ¿cuál puede ser en verdad la validez de nuestros conocimientos que tienen en ellos su fuente? Mirad a esos eunucos, allá, en los jardines. Les hemos confiado el cuidado de las más hermosas muchachas del

lugar. Tienen los mismos ojos que nosotros, los mismos oídos, los mismos sentidos. ¡Pero ay!, una pequeña mutilación de sus cuerpos ha bastado para cambiar la representación que tienen del mundo. ¿Qué representa para ellos el perfume embriagador y la tez de una muchacha? ¿Y el contacto de un pecho firme y virginal? Sólo la sensación desagradable de tener otro cuerpo bajo las manos o una masa de carne obesa. Tal es, ya veis, la relatividad de nuestros sentidos. ¿Qué le importan a un ciego los hermosos colores de un jardín en flor? El sordo no escucha el canto del ruiseñor. El encanto de una virgen no conmueve a un eunuco. ¡Y el imbécil se burla de toda la sabiduría del mundo!

Abu Alí y Buzruk Umid no pudieron dejar de reír. Ambos, sin embargo, tenían la misma impresión: que Hassan los había tomado de la mano y ahora los llevaba, por alguna escalera empinada y tortuosa, al fondo de un sombrío precipicio al que aún no se habían atrevido a dirigir la mirada. Sentían que Hassan había meditado largamente sus argumentos.

—¡Mirad! —siguió—, cuando uno ha reconocido de verdad, tal como yo lo he hecho, que no se puede fiar de nada de lo que existe alrededor, de lo que se siente, de lo que se percibe, cuando uno está traspasado por la conciencia de estar rodeado por todos lados de incertidumbre y oscuridad, de ser constantemente víctima de ilusiones, entonces uno ya no considera a estas ultimas como un mal para el hombre sino como una necesidad de la vida, necesidad a la que hay que acomodarse tarde o temprano. La ilusión, elemento de todo lo vivo, factor de satisfacción y móvil, entre mil otros, de toda acción y todo progreso... Tal es en mi opinión el único punto de vista posible para los que han alcanzado un nivel elevado de conocimiento. Heráclito veía en el universo un amontonamiento caótico que el tiempo organizaba: para él, el tiempo era semejante a un niño que juega con guijarros multicolores, que junta y dispersa según le parece. ¡Qué comparación más sublime! Esa pasión constructiva, creativa, ¿no se confunde con la absurda voluntad que dirige los mundos? Primero los llama a la vida y luego los reduce a la nada. Pero durante el tiempo que existen, son únicos y completos, y se destruyen según leyes que les son propias. Y

también nosotros estamos en un mundo semejante. Estamos sometidos a las leyes que reinan en él. Constituimos parte de él y no tenemos escape. A lo sumo podemos estar seguros de que el error y la ilusión son en realidad los motores esenciales de ese mundo.

—¡Todopoderoso Alí! —exclamó Abu Alí—. ¿Acaso tú, Hassan, no has construido un mundo regido por leyes muy especiales? Un mundo lleno de colores, extraño y, a fe mía, bastante aterrador. ¡Alamut es tu creación, Ibn Sabbah!

La observación arrancó una sonrisa a Hassan. Buzruk Umid se contentaba con mirar y escuchar, pensativo y perplejo. Se sentía poco a poco entrando en un mundo que le era completamente ajeno y desconocido.

–Hay en tu broma, mi querido Abu Alí, una gran parte de verdad –dijo Hassan con aire pensativo–. Como ya os dije abajo, me metí en el taller del propio Creador y miré

entre sus dedos. Tal vez por misericordia, nos ocultó nuestro porvenir y el día de nuestra

muerte. Yo no pretendo hacer nada diferente. ¿Dónde diablos está escrito que toda nuestra vida en este planeta sea algo más que una ilusión? Sólo nuestra conciencia realiza la separación entre lo que existe realmente y lo que no es más que un sueño. Si al despertar nuestros fedayines se convencen de que han ido al paraíso, quiere decir que han ido realmente. Pues entre el paraíso verdadero y el falso no hay ninguna diferencia. Allí donde somos conscientes de haber estado, hemos estado de verdad. Sus delicias, sus gozos, sus alegrías, ¿no serán exactamente iguales que si en realidad hubieran visitado el jardín de Alá? Epicuro enseñó sabiamente que el único objetivo de la vida era huir del sufrimiento y del dolor, buscando en lo posible al mismo tiempo el placer y el bienestar personal. ¿Quién podrá compartir una felicidad mayor que esos fedayines que hemos instalado en el paraíso?

¡De verdad! ¿Qué no daría yo mismo por estar en su lugar? ¡Ah! ¡Si pudiera convencerme a mí mismo, aunque sólo fuera una vez, de la realidad de los bienes que ofrece ese famoso jardín... y gozar de ellos!

–¡Qué sofista eres! –se entusiasmó Abu Alí–. Ponme entonces en el potro de tortura y convénceme de que en él estoy más cómodo que sobre estos mullidos cojines... ¡Por las barbas de Ismael! ¡Me moriría de risa!

La hilaridad de Abu Alí contagió incluso al sombrío Buzruk Umid.

–Tal vez sea hora de echarles un vistazo a nuestros héroes –les recordó Hassan. Se levantaron y se dirigieron al parapeto.

–Aún está todo tranquilo –anunció Buzruk Umid–. Volvamos a nuestra conversación... Nos dices, Ibn Sabbah, que a ti también te gustaría, aunque sólo fuera una vez, tener conciencia de encontrarte en el paraíso. Pero tus fedayines, incluso si tienen esa impresión,

¿qué sentirán de especial? Saborearán manjares que podrían saborear en cualquier parte y conocerán muchachas como hay miles bajo el sol...

–¡Por cierto que no! –lo interrumpió Hassan–. No es lo mismo para un simple mortal ser huésped del palacio de un rey que visitar un serrallo ordinario, incluso si en éste le sirven los mismos platos. También sabe distinguir una princesa de una pastora, aunque parezcan gemelas. Pues nuestro gozo no

depende solo de nuestras sensaciones corporales. Gozar no es un asunto sencillo... es una actividad sometida a mil influencias. La joven que se toma por una hurí, cuya virginidad es eternamente renovada, procurará mucha más dicha que la que se ofrece como una esclava comprada.

–Acabas de poner el dedo en la llaga de un detalle que íbamos a pasar por alto –

observó Abu Alí a quemarropa–. Está escrito en el Corán que las jóvenes del paraíso no perderán jamás la inocencia. ¿Has pensado en eso? Cuídate de que un pequeño olvido como ése no dé al traste con un plan tan formidable.

Hassan se rió con ganas.

–En esos jardines que ves a nuestros pies no hay casi ninguna virginidad intacta... Tampoco fui en busca de Apama a su lejano Kabul para nada. ¿Pensáis que no merecía la reputación que tenía de ser la amante más experimentada desde Kabul a Samarcanda? Os lo digo, después de diez amantes, estaba tan fresca como una jovencita de dieciséis años. En efecto, conocía un secreto del amor que una vez que se sabe parece muy sencillo. Pero cuando no se está al corriente, no es difícil creer que se tiene entre sus brazos a una virgen tan pura como las del paraíso. La clave de este milagro es una mezcla de sustancias minerales que en cierta solución posee la propiedad de contraer las mucosas y que, juiciosamente empleada, ayuda a convencer al novicio que tiene que vérselas con una joven intacta, incluso cuando no sea del todo verdad.

–También has pensado en eso. Quiere decir que eres el diablo encarnado – proclamó

Abu Alí.

–¡Mirad! ¡Uno de los fedayines se ha despertado! –les avisó Buzruk Umid.

Los tres se pusieron a escrutar la noche, conteniendo el aliento. A través del techo de cristal de uno de los pabellones, un grupo de muchachas se afanaba alrededor de un adolescente visiblemente dedicado a contarles algo.

–Es Sulaimán... –dijo Hassan bajando maquinalmente la voz como si temiese ser escuchado desde abajo–. ¡El primer mortal que se despierta en el paraíso!

Cuando los eunucos que llevaban el cuerpo de Sulaimán dormido se presentaron ante Fátima y sus compañeras, se produjo en el pabellón un silencio de muerte. Sin pronunciar palabra, los dos guardas levantaron al muchacho por los pies y los hombros y lo depositaron en un lecho de cojines. Luego se retiraron silenciosamente llevándose las angarillas vacías.

Las jóvenes contemplaron aquel cuerpo extendido bajo la manta negra que apenas respiraba. Fue Zainab la que susurró al oído de Fátima que tal vez fuera hora de descubrir el rostro del huésped dormido. Fátima se acercó de puntillas, se inclinó sobre el muchacho y levantó suavemente la manta. Luego pareció como petrificada de asombro. Sobre aquel momento tan esperado se habían

como peñicada de pasmo. Sobre aquel momento tan esperado se habían contado mil fábulas; sin embargo, se sintió sorprendida por la belleza que se ofrecía ante sus ojos: rosadas mejillas de doncella, labios rojos entreabiertos, gruesos como cerezos, dientes como perlas, tal como dicen los poetas... Y

por fin ¡esas pestañas! largas y espesas, que dibujaban sobre la mejilla una sombra sutil. El adolescente descansaba de lado, con un brazo doblado bajo él, y el otro rodeando tiernamente la almohada que habían deslizado bajo su cabeza.

–Me imagino que no te disgusta –preguntó maliciosamente Hanum.

–Creo que no lo amaré.

Las demás muchachas se acercaron a su vez.

–¡Cuidado! Vais a devorarlo con los ojos.

Sara se moría de risa.

–Ya lo habrías hecho si hubieras podido –la pinchó Zainab.

–¡Bien dicho!

Fátima tomó el arpa y rozó suavemente las cuerdas. Como el muchacho seguía durmiendo, se enardeció y se puso a canturrear una vaga canción. Pero no tuvo ningún efecto sobre el durmiente.

–Sólo tenemos que seguir charlando como si estuviéramos solas –sugirió por fin. La conversación interrumpida momentos antes, reanudó su curso. De nuevo hubo bromas y risas. Al cabo de un momento, el muchacho comenzó a agitarse. Zainab les hizo señas.

–¡Mirad! Se despierta.

Fátima se llevó las manos a los ojos.

–No, sólo está soñando –dijo Sara.

Halima miraba apasionadamente el rostro dormido.

–Cuento contigo –le advirtió Fátima–. Nada de caprichos.

Sulaimán hizo un movimiento para incorporarse, abrió un ojo y lo cerró de inmediato. Cuando por fin se decidió a mirar a su alrededor, fue para lanzar una mirada alhelada a los rostros de aquellas muchachas en los que se leía tanta curiosidad como timidez. Sacudió la cabeza, murmuró unas palabras ininteligibles y luego pareció adormecerse de nuevo.

–Debió de creer que soñaba –susurró Aísha.

–Tal vez baste con una simple caricia –sugirió Zainab–. ¿No quieres intentarlo?

Fátima se sentó junto al muchacho. Su mano titubeó un momento, luego le rozó el rostro con la punta de los dedos.

Sulaimán se estremeció. Se volvió lentamente y su mano fue a parar al muslo de Fátima. Ella la sintió como una quemadura. Tenía el aliento entrecortado y todo su cuerpo temblaba. Sulaimán se incorporó por fin e hizo un ostensible esfuerzo por abrir los ojos. Su mirada se tonó primero con la forma de una

esfuerzo por abrir los ojos. Su mirada se topó primero con la forma de una muchacha y debió darse cuenta de que temblaba. Sin una palabra, como un autómatas, comenzó a besarla. Luego la atrajo violentamente hacia él. Las caricias que intercambiaron no parecieron disipar el alhelamiento en el que estaba sumido. En ese estado de semiconsciencia la poseyó. La misma Fátima no había tenido tiempo de comprender lo que le pasaba. Cuando el muchacho recuperó algo de sentido, ella le dijo con voz ausente:

—Sulaimán... ¿me amas?

Escrutó el rostro inclinado sobre ella. El muchacho murmuró:

—Vamos, ya sé que todo esto es un sueño... Sin embargo, eres muy bonita. Pero alguna maldición se las ingenia para estropearnos los más hermosos sueños. Fátima recurrió a todo su valor, luchando contra el dulce éxtasis al que se sentía arrastrada. Miró a sus compañeras. Su pudor se sentía herido pero había que actuar; su deber se lo exigía. Volvió a imaginarse el terrible castigo prometido por el Amo si fracasaban en su misión. Empujando suavemente al muchacho le dijo:

—¿No te da vergüenza, oh, Sulaimán? ¡Blasfemar en el paraíso!

—¿En el paraíso? Se frotó los ojos y lanzó una mirada de asombro alrededor.

—¿Qué... pero dónde estamos?

Sus manos se adelantaron a tientas. Palpó la almohada, tocó temerosamente con la punta de los dedos la piel desnuda de Fátima. Ante ellos, murmuraba un surtidor de agua. Se levantó como un sonámbulo, se acercó al estanque y sumergió la mano.

—¡Oh santo paraíso...! —murmuró—. Es verdad... ¿Estoy de veras en el paraíso?

Acababa de divisar a las demás muchachas que lo observaban sin atreverse a mover un dedo. ¿Y si él se enterara perdería la ilusión? ¡Terminarían decapitadas! Pero ¿serían capaces de mantenerlo en su error hasta el final de la noche?

Fátima se aventuró primero:

—Has hecho un largo camino. ¿Tienes sed?

—Sí, tengo sed.

Sara le presentó un cuenco con leche fresca. Él lo tomó con las manos y bebió con avidez.

—¡Me siento como resucitado! —Una sonrisa atravesó su rostro.

—Ven, vamos a bañarte —lo invitó Fátima.

—Si quieres... pero preferiría que ellas miraran para otro lado.

Éstas obedecieron dócilmente; sólo Sara y Zainab lanzaron una risita ahogada.

—¿Qué os produce tanta risa? —les preguntó Sulaimán en tono desconfiado

que se produce una vez. Los jóvenes llamaban en tono descomulgado mientras acababa de desvestirse.

—Es nuestra forma de ser. Aún no estás acostumbrado a las maneras de aquí — le respondieron.

Se sumergió en el agua.

—¡Qué buena está! —dijo con un gesto repentinamente jubiloso.

Ya iba desapareciendo la sensación de vértigo. Pero el asombro no disminuía; sin embargo, la presencia de las muchachas ya le parecía casi familiar. Pidió una toalla, que le trajeron al punto.

—Me gustaría ver que vosotras también os bañáis.

Fátima les hizo una breve señal. Se sacaron los velos y se metieron en el agua. Halima hizo, claro, el gesto de taparse, pero Sara con mano firme la empujó hacia el estanque.

Comenzaron a rociarse alegremente y el pabellón resonó pronto con sus gritos y risas. Sulaimán, envuelto en su túnica se tendió sobre los cojines para mirarlas a gusto.

—¡Qué alegre es este lugar! —exclamó con los ojos brillantes.

De pronto se sintió débil y hambriento y echó una mirada ávida en dirección de las exquisiteces que esperaban sobre las mesitas dispuestas en las esquinas de la habitación. Fátima se había vuelto a vestir a la carrera. Adivinó el deseo de su compañero, se acercó a él y le dirigió su sonrisa más angélica.

—¿Tienes hambre, oh, Sulaimán?

—¡No sabes hasta qué punto!

De inmediato todas se afanaron en servirlo, admirándose de que se abalanzara sobre los platos como un lobo hambriento. Parecía recuperar las fuerzas a ojos vista.

—¡Que le sirvan vino! —susurró Fátima dirigiéndose a sus compañeras. Bebió a grandes sorbos mientras miraba a las jóvenes beldades que lo servían. Sus pieles, a través de los delgados velos que flotaban alrededor de ellas, brillaban con un suave fulgor. Un nuevo vértigo lo sobrecogió.

—¿Entonces todo esto es mío? —murmuró con gesto incrédulo.

Para saber a qué atenerse, se apoderó de Aísha y la atrajo hacia él. Ésta ni siquiera hizo el ademán de defenderse. Luego Leila se les reunió por propia iniciativa y se acurrucó contra él.

—¡Embriagadlo...! ¡Distraedlo! —murmuró Fátima viéndolo entregado a las caricias. Sulaimán sentía ahora subir en él el suave calor del vino.

—¡Por las barbas del mártir Alí! —exclamó de repente, como si hubiera descubierto el secreto de algún enigma—, Seiduna dijo la verdad. De verdad me ha dado las llaves del paraíso.



A partir de ese momento se dedicó a satisfacer su deseo y sus manos, sus labios se entregaron pronto a todos los abrazos, a todos los besos.

Un poco después, vieron que levantaba la cabeza con un gesto inquieto.

–No estaré muerto, ¿verdad?

–No temas nada –lo calmó Fátima–. Mañana estarás de nuevo en Alamut al servicio de Seiduna.

–¿Conocéis a Seiduna?

–No olvides que estamos en el paraíso.

–Entonces conocéis la noticia: acabamos de librar un combate con los herejes y los hemos vencido.

–No ignoramos nada de eso. Fuiste tú el primero que corrió contra los turcos y fue tu amigo Ibn Tahír el que le arrebató el estandarte al enemigo.

–¡Alá es grande!... Y pensar que cuando les cuente todo esto a Naim y a Obeida se reirán en mi cara...

–¿Tan débil es su fe?

–¡Por las barbas del Profeta! ¿Cómo podría yo mismo creer si ellos me contaran un cuento parecido? ¿Pero dónde están Ibn Tahír y Yusuf?

–También están en el paraíso como tú. Cuando estéis de regreso podréis comparar las impresiones que hayáis tenido en esta aventura.

–¡De verdad, por Alá! ¡Qué extrañas cosas le reserva el destino a un honrado musulmán!

Agradablemente achispado, se puso a hablarles de Alamut, de sus compañeros, de la batalla contra los turcos... Sentadas a su alrededor, las muchachas lo escuchaban hablar, visiblemente fascinadas. Era el primero, en aquellos jardines, que las homenajeara con su virilidad. Y por añadidura era un muchacho espléndido. Todas sentían ya que les había robado el corazón.

Fátima se había levantado. Fue a instalarse ante su arpa, aparte; pulsó suavemente las cuerdas y comenzó a cantar a media voz. De vez en cuando acariciaba al hermoso adolescente con una mirada en la que se leía todo el amor del mundo.

–Fátima va a obsequiarnos con un poema –susurró Hanum.

Halima estaba escondida detrás de ésta, con las manos aferradas a sus hombros y no se arriesgaba más que de tarde en tarde a mirar a Sulaimán, que sin embargo le parecía muy de su gusto: su manera casi demasiado franca de hablar, su risa jubilosa y clara, su audacia, todo en él le encantaba. Se sentía secretamente irritada por sentirse más enamorada que lo que hubiera sido prudente.

El muchacho, mientras hablaba, no había dejado de sorprender el brillo admirativo de sus ojos. Colocada donde estaba, Sulaimán apenas veía de la

arisca niña otra cosa que dos pupilas y la punta de los dedos colocados sobre los hombros de Hanum. ¿La había al menos tocado hacía un momento? No lo recordaba. Él ya conocía por sus nombres a Fátima, a Zainab, a Aísha, a Leila.

—¿Quién es esa pequeña que se oculta detrás de ti? —le preguntó a Hanum.

—Se llama Halima.

Esto hizo reír mucho a las demás, y sus risas parecieron confundir un poco a Sulaimán. Los dos enormes ojos y los dedos habían desaparecido detrás de la espalda de la complaciente Hanum.

—Acércate, Halima, ni siquiera te he visto todavía.

Hanum y Shehere tuvieron que tomarla de la mano para que consintiera finalmente en abandonar el refugio que se había fabricado en medio de los cojines. Sus pies parecían querer aferrarse a la alfombra antes que avanzar.

—¿Este diablillo es siempre tan tímido?

—Siempre. Y también teme a los lagartos y a las serpientes.

—No debes tener miedo de mí. No eres ni turco ni hereje, que yo sepa. Sólo ellos tienen algunas razones para temerme.

Hizo ademán de besarla pero ella lo esquivó, bajando obstinadamente la cabeza. Como él pareció extrañarse para sus adentros, Fátima le dirigió una señal discreta a la pequeña rebelde desde el rincón en que se encontraba. Ésta echó rápidamente los brazos al cuello del muchacho y se acurrucó contra su ancho pecho.

—No las soporto alrededor de nosotros —le confesó.

Él se volvió hacia las demás y les dijo:

—¿Queréis ir con Fátima y dejamos solos?

«¡Qué niña adorable!», pensó con expresión golosa mirándola, «¿se ha visto nunca algo más encantador?».

Ella se estrechó contra él con una especie de gesto salvaje, acercando sus labios a su rostro ardiente.

—¡Por Alá, qué dulce eres!... —y él sintió que ella se abandonaba a su abrazo. Largo rato después, cuando finalmente se recobraron, Sara se acercó y le ofreció una copa de vino al muchacho. Mientras bebía, Zainab se afanaba en la cabecera, poniendo orden en los cojines. Sulaimán soñaba en voz alta:

—Creo que nunca había saboreado nada tan dulce, tan exquisito...

Sin embargo, Halima se había acurrucado en el rincón más mullido de la cama. Con el pequeño rostro hundido en la blandura de los cojines, se durmió casi de inmediato. Fátima tosió para aclararse la voz.

—Improvisaré una canción en honor de esta velada —dijo con una sonrisa encantadora, con lo cual le aparecieron hoyuelos en sus adorables mejillas, mientras resonaba el primer acorde del arpa—. Escuchad...

Sulaimán, águila negra,  
que quiso al paraíso llegar  
acaba de divisar  
a la hermosa Fátima.  
Se acerca tiernamente,  
la estrecha como a un cisne  
encontrándola digna  
del cielo permanente...  
Leila, de amor celosa:  
(es bello como un dios)  
logra ser la esposa  
de tan deseado señor.  
Después vislumbra a Turkán  
de la boca bermellón.  
Entonces su admiración  
por sus miembros prenderá...  
Pero al punto el corazón  
busca a la bella Sara  
dulce perfume de alba  
que le ofrece adoración.  
Fatigado de ojos negros,  
harto de pieles oscuras,  
a Zanaib requiere y mira  
de azules pupilas puras...  
Pero luego se enardece  
por la pequeña Halima  
de una hermosura tan fina  
que hasta un sultán se merece.  
Hanum y Shehere  
hacia él tienden los brazos,  
un beso en los labios quieren  
y él morir en sus abrazos.  
La pobre Fátima  
allá contiene las lágrimas  
que pareciéndole hiel  
le causa su amante infiel.  
Magnífico y jubiloso  
se dirige hacia ella;  
oh, héroe valeroso,  
.

besa su boca bella.  
Entonces las jovencitas  
parten a pie, bailando,  
allá riendo, allá cantando  
por las montañas benditas.  
De verdad que el paraíso  
sin el fiero pahlaván\*  
no sería paraíso.  
¡Salve! ¡Oh, Sulaimán!

Festearon con risas y pequeños chillidos a la amable poeta y el valiente Sulaimán fue arrastrado en medio de una farándula endiablada, mientras las copas se alzaban muy alto en su honor. Pero él se escapó de las bailarinas para echarse a los pies de Fátima, a quien besó con todo su corazón.

—Me gustó mucho tu bonito poema. Cuento contigo para que me transcribas fielmente la letra. Cuando Naim y Obeida lo vean se quedarán boquiabiertos.

—Debes saber que no se puede sacar nada del paraíso —le anunció ella—. Tendrás, pues, que aprender esos admirables versos de memoria.

El alegre revuelo había terminado por despertar a Halima. Lanzó a su alrededor una mirada asombrada:

—¿Qué sucede?

—Fátima ha compuesto un poema —le explicó Sara—. En el que te trata muy bien.

—Entonces no debe ser muy bueno —y se arrebujó en los cojines.

—¿Cómo puedes dormir con un huésped semejante en la casa? —se burló amablemente Sulaimán acercándose a ella.

La sacudió con un gesto tierno y de nuevo ella vino a refugiarse en su calor. Mecida por el dulce aliento del muchacho, volvió a caer en un sueño feliz y él mismo no tardó en adormecerse.

—¡Qué encantadores son!

—Dejémoslos dormir.

Fátima le hizo una seña a Zainab para que viniera a sentarse junto a ella.

—Tengo otra idea: vamos a componer un poema sobre esta pareja de tortolitos... La iniciativa fue aprobada con el apoyo de copas tan alegremente llenas como alegremente vaciadas, cosa que no dejó de excitar el ánimo juguetón de las muchachas. Cuando acabaron el poema, Fátima las invitó a despertar a los dos amantes... que abrieron los ojos con una conmovedora simultaneidad e intercambiaron una sonrisa de enamorados.

—¡Ah, si al menos me pudiera ver Yusuf!

Ésa era la confesión indiscutible de una dicha completa. Las jóvenes

aprovecharon para servirle a su nuesped una nueva copa del precioso nectar.  
Rechazó la copa y bebió en la misma jarra.

–Ningún sultán ha conocido momentos como éstos –exclamó.

Pero las encantadoras huríes lo invitaban ya a dedicarse a otro entretenimiento.

\* Pahlaván, en lengua persa: «valeroso caballero». (N. del E.)

—¡Escucha! Fátima y Zainab han preparado una nueva canción...

Él se instaló cómodamente en el hueco de los cojines, atrajo a Halima hacia él y prestó oído a las dos cantantes...

La ingenua Halima  
en el jardín de Alá  
ponía una cara allá  
reacia al amor buscado.  
Llena de extraño miedo  
por serpientes y lagartos  
que suponía capaces  
de estar de doncellas hartos.  
Miraba al ingenuo eunuco  
de una manera furtiva  
aunque lamentaba altiva  
que no se tratara de hombre.  
El sensible Sulaimán  
suponiendo su candor  
armado de dulces labios  
consiguió todo su amor.  
Cuando en un gesto viril,  
el talle de la doncella,  
el enamorado abrazó,  
tornose lívida ella.  
Estuvo a punto de caer  
temerosa y trepidante,  
¿o de oprobioso apetito?  
en los brazos de su amante.  
Y temblando de torpeza  
en su temerosa mente  
olvidó con entereza  
todo lo bien aprendido.  
Así conoció no obstante  
la ventura de un instante  
que nadie puede conocer,  
eso que llaman placer.

Las risas con que esta vez fue recibida aquella muestra de rima hicieron enrojecer mucho a Halima. ¿Era en realidad de cólera y vergüenza? En todo caso

de placer se desternillaba de risa el dichoso Sulaimán, lo bastante borracho ya como para que le resultara difícil levantarse.

—Os arrojaré todos estos cojines a la cabeza si seguís así —las amenazó la huraña jovencita apretando el puño.

Pero a lo lejos retumbó ya el sonido melancólico del cuerno... Una vez, dos veces, tres veces... Las muchachas callaron. Fátima se eclipsó, extrañamente pálida de pronto, y fue a preparar lejos de las miradas ajenas la píldora narcótica.

Sulaimán había aguzado el oído:

—¿Qué significa esa llamada?

Se levantó con cierta dificultad y constató que se hallaba poco seguro de sus piernas. Iba a salir a tomar el aire cuando escuchó la voz de Fátima.

—¿Una copa más, oh, Sulaimán?

La joven tenía dificultades para ocultar su turbación, pero ya sus compañeras arrastraban al muchacho hacia los cojines.

—¿Qué les contarás a tus amigos Naim y Obeida de esta estancia en el paraíso? —le dijo, pensando aplacar así su desconfianza.

—¿A Naim y Obeida...? Esos dos turcos no querrán creerme nunca. Pero si se les ocurre llamarme mentiroso, sabré plantarles en sus narizotas el puño que veis aquí... Blandió en redondo su poderoso puño. Fátima le tendió la copa que había preparado. Sulaimán la vació distraídamente.

Un extraño sopor se apoderó de él casi al instante. Tuvo que comprender lo que le ocurría pues reuniendo el poco de fuerzas que le quedaban, logró articular:

—Un recuerdo... Dadme algo de recuerdo...

—¡No puedes llevar nada contigo!

Sabía que Fátima sería inflexible. Su mano entumecida buscó febrilmente la muñeca de Halima y una pulsera de oro se deslizó en su mano. La ocultó bajo su túnica y se sumergió de inmediato en un profundo sueño.

Halima no quiso delatarlo. ¿Cómo iba a hacerlo? Su corazón le pertenecía. Alrededor de ella, un palpable silencio invadió de nuevo el pabellón. Sin una palabra, fue en busca de la manta negra y cubrió con ella al muchacho dormido.

Sólo les quedaba esperar...

No son las cosas mismas las que nos hacen felices o desgraciados —soñaba Hassan en voz alta, mientras sus dos amigos lo observaban tendidos en sus cojines—, sino sólo la idea que tenemos de ellas, y las falsas certezas de las que nos jactamos. El avaro oculta su tesoro en algún lugar ignorado por todos: simula la pobreza en público pero en secreto goza sabiéndose rico. Un vecino descubre el escondrijo y le quita el tesoro... ¿Le impide esto al tacaño gozar de su riqueza mientras no descubra el robo? Y si la muerte lo sorprende antes de

que se haya impuesto de su infortunio, lanzará el último suspiro con el dichoso sentimiento de poseer el mundo. Así ocurre con el hombre que no sabe que su amante lo engaña. Si no lo descubre, seguirá saboreando instantes exquisitos en su compañía. Supongamos ahora que su querida esposa sea la fidelidad misma, pero que sus mentirosos labios logren convencerlo de lo contrario...: sufrirá los tormentos del infierno. No son las cosas ni los hechos reales los que marcan la diferencia entre nuestra felicidad o nuestra desgracia sino sólo las representaciones que nos propone nuestra vacilante conciencia. A cada momento nos revela hasta qué punto esas representaciones son mentirosas, engañosas. Nuestra felicidad no reposa sobre nada sólido. ¡Y cuán poco justificadas son a menudo nuestras quejas! ¿Qué hay de asombroso en que el hombre sabio sea tan indiferente a una como a las otras? ¡Y que sólo los rústicos y los imbéciles puedan gozar de la felicidad!

—Tu filosofía no es especialmente de mi gusto —refunfuñó Abu Alí—. Es verdad que nos equivocamos constantemente en la vida y que de buena gana somos víctimas de falsas convicciones. ¿Pero debemos renunciar a toda dicha so pretexto de que toda dicha reposa sobre proposiciones engañosas? Si el hombre actuase de acuerdo con tu sabiduría debería vivir en la duda y en la incertidumbre.

—Entonces ¿por qué te indignaste tanto hace un momento por haber enviado a los fedayines al paraíso? ¿No son felices? ¿Cuál puede ser la diferencia entre su felicidad y la supuesta felicidad auténtica del que se complace en ignorar las verdaderas premisas de la existencia? Yo sé lo que te molesta. Lo que te molesta es que los tres sabemos lo que ellos

no saben. Sin embargo, no por eso llevan la mejor parte, una parte mejor que la mía, por ejemplo. Piensa que su placer se trocaría de inmediato en amargura si supusieran que fui yo el que los arrastró voluntariamente a esta aventura que ellos no controlan, ya que sobre todo lo que les ocurre, soy yo quien sabe más que ellos. O también si supusieran que no son más que juguetes, peones sin voluntad entre mis manos. Que no son más que medios manipulados por una voluntad superior, un espíritu superior que sigue algún plan misterioso. En cuanto a mí, amigos míos, tal sospecha, tal duda, envenena cada día mi vida. La sospecha de que pudiera haber por encima de nosotros alguien que posea en el espíritu una visión clara del universo y del lugar que ocupamos en él, que pueda saber sobre nosotros mil y una cosa que ignoramos, tal vez incluso la hora de nuestra muerte. En una palabra, todo lo que es inexorablemente inaccesible a nuestra razón. Que tal vez tenga respecto de nosotros intenciones particulares, que tal vez nos utilice con fines experimentales, que juegue con nosotros, con nuestro porvenir, con nuestra vida. Mientras nosotros, marionetas entre sus



manos, nos entretenemos aquí abajo con tonterías, imaginándonos que forjamos por nosotros mismos nuestro destino. ¿Por qué son los espíritus superiores los que se entregan apasionadamente a la ciencia y se lanzan al descubrimiento del universo? Sin embargo, Epicuro dijo con acierto que el hombre sabio podría saborear una felicidad perfecta si no estuviera atormentado por el temor de los desconocidos fenómenos celestes y por el enigma de la muerte. Aunque saber esto no sirve de nada: este miedo no se puede ignorar; a lo más podemos, en el mejor de los casos, intentar explicarlo, es decir, superarlo en la medida de lo posible, consagrándonos a la ciencia y al estudio de la naturaleza.

—Muy sabio, todo eso —comentó Abu Alí—. Sin embargo, si te he entendido bien, tu filosofía podría resumirse en esta afirmación: te atormentas en secreto por el hecho de saber que no eres Alá.

Esta salida divirtió mucho al bueno de Buzruk Umid... e hizo reír al mismo Hassan.

—No estás muy mal descaminado —convino este último apoyándose contra el parapeto mostrando con la mano un rincón del cielo oscuro punteado de miles de resplandores temblorosos—. Mirad esta inmensa bóveda celeste. ¿Quién puede contar las estrellas que están dispersas? Aristarco afirmaba que cada una era un sol. ¿Qué espíritu humano podría entender esto? Y sin embargo, todo en este universo ha sido dispuesto de acuerdo a un fin y como dirigido por una voluntad. ¡Que sea la voluntad de Alá o la acción ciega de la naturaleza, poco importa! Comparado con lo inconmensurable, somos ridículos y miserables. Yo tenía diez años cuando me di cuenta por primera vez de mi pequeñez frente al vasto mundo. ¡Cuántos tormentos no experimenté desde entonces y cuántas cosas han pasado! Perdida mi fe en Alá, mi confianza en su Profeta, pasado el encanto fascinante del primer amor. La flor del jazmín ya no exhala en mi olfato ese perfume nocturno que antes me embriagaba, y hasta los tulipanes ya no poseen colores tan vivos. Sólo el asombro ante la inmensidad del universo y el temor de despertar fenómenos celestes desconocidos han permanecido intactos para mí. La conciencia de que nuestra tierra sólo es un grano de polvo en el espacio, que nosotros mismos no somos más que un pequeño insecto, más que una ínfima variedad de piojo, me llena siempre de desesperación.

Abu Alí saltó sobre sus piernas torcidas y pareció levantar las manos temerosamente alrededor, como para protegerse de algún enemigo invisible.

—Le doy las gracias a Alá de que me haya hecho humilde y me haya ahorrado tales problemas —exclamó en un tono que ya no era de broma—. Yo se los dejo de buena gana a los Batuí, a los Mamun, a los Abu Machar\*.

\* Potencias de este mundo. Al-Mamun fue califa de Bagdad. (N. del E.)

—¿Crees que tengo dónde escoger? —respondió Hassan con una especie de ironía furiosa—. Sí, eras grande, Protágoras, cuando dijiste que el hombre era la medida de todas las cosas. Finalmente, ¿qué otra cosa podemos hacer que acomodamos a esta sabiduría de doble filo? ¿O ajustar a nuestra imagen esta pequeña bola de barro y agua en la que vivimos y abandonar las partes desconocidas del universo a los puros espíritus? Aquí abajo, este pobre pequeño planeta es nuestro campo de actividad, el lugar que le conviene a nuestra razón y a nuestra voluntad. «El hombre es la medida de todas las cosas.» ¡Ahí

tienes a nuestro piojo promovido de repente al rango de creador digno de respeto! Sólo le faltaba limitarse. Eliminar el universo del campo de su mirada y contentarse con la tierra firme sobre la cual había plantado su tienda. Cuando comprendí verdaderamente esto, sabéis, amigos míos, me arrojé con todas mis fuerzas a la organización de mí mismo y de todo lo que me rodeaba. El universo se me apareció como un enorme mapa en blanco. En medio había una manchita gris, nuestro planeta. Sobre esa manchita gris, un punto infinitamente pequeño, yo, mi conciencia: la única cosa que conozco con certeza. Renuncié

al blanco pues hay que saberse moderar, para concentrar toda mi atención en la manchita gris. Había que tomar medidas, evaluar las capacidades, y luego... luego instalar en eso nuestro dominio, dirigirlo según nuestra razón, nuestra voluntad. Nada es más terrible que permanecer aquí abajo para aquel que ha intentado medirse, allá arriba, con Alá.

—Sólo ahora te comprendo, Ibn Sabbah —exclamó Abu Alí no sin malicia—. ¿Entonces quieres ser en la tierra lo que Alá es en el cielo?

—¡Gracias a Alá! También la luz se ha hecho en tu cabeza —lo felicitó Hassan—. Ya era hora. Si no, no habría sabido a quién legarle mi imperio.

—Pero dime —lo pinchó Abu Alí—, ese vasto mapa en blanco, ¿al menos has metido las narices en él...? Si no, no habrías encontrado un lugar donde situar tu paraíso.

—Mira, la diferencia que hay entre nosotros, que hemos visto claro, y las multitudes inmensas que deambulan en la oscuridad es la siguiente: nosotros no estamos limitados, mientras ellas no pueden o no quieren esforzarse. Exigen de nosotros que las arrastremos al asalto de las regiones desconocidas e incognoscibles pues no pueden soportar la incertidumbre. Y como estamos bien situados para saber que la verdad no existe, ahí nos tienes obligados a inventar y poner a su disposición una hermosa fábula que pueda consolarlos.

—La fábula que has montado está tomando buen cariz allí abajo —les advirtió Buzruk Umid echando un vistazo por las almenas—. Nuestro segundo mozo

también ha despertado y ya las amables damiselas bailan a su alrededor.

–Veamos eso –dijo Hassan, e invitó a Abu Alí a acompañarlo al parapeto y presenciar la escena en su compañía.

Cuando Sulaika levantó la tela negra que cubría la silueta dormida, todas contuvieron el aliento. Un momento antes, los eunucos habían depositado las angarillas en medio del pabellón, y se había asombrado al ver los enormes pies que asomaban por debajo de la manta. Finalmente el cuerpo de Yusuf se le había aparecido en todo su intimidante esplendor.

–¡Qué gigante!, podría ocultar a Djada bajo su brazo –había susurrado Zofana para darse valor.

–¿Crees que tú te verías mejor que ella? –le había lanzado Rokaya.

Sulaika se había arrodillado junto al muchacho y lo había observado con una especie de fascinación.

–¿Qué creéis que hará en el momento de despertarse? –se preguntó la que llamaban Pequeña Fátima, una niña muy tímida.

–¡Te devorará! –Habiba no desperdiciaba ocasión de pincharla.

–Deja de darle miedo, ¿no ves en qué estado se halla?

Rokaya había lanzado luego una risa extraña. En cuanto a Yusuf, seguía durmiendo. Hasta ese momento sólo había hecho un gesto: se había vuelto en la cama para que la luz, que tenía sobre los ojos, no le estorbara el sueño.

Sulaika se levantó y fue a consultar a sus compañeras:

–Duerme como un tronco. Incluso creí por un momento que estaba inconsciente.

¡Pero qué muchacho más soberbio! ¿Acaso no merece un pequeño concierto y hasta un gracioso ballet para saludar su despertar?

Cada cual se dirigió a su instrumento y acometieron a media voz una canción muy dulce. Sulaika y Rokaya, blandiendo sus tambores, esbozaron unos pasos de baile. Djada y Pequeña Fátima las contemplaban, demasiado aterradas para atreverse a imitarlas.

–Haced al menos el esfuerzo de cantar –les dijo Sulaika enfadada–. Y no os contentéis con abrir la boca para intentar engañarme, que no me dejaré embaucar. Asma había aprovechado la algarabía para volver al objeto de su adoración:

–¡Suhrab, el propio hijo del valiente Rostam, no pudo tener una figura más altiva!

–¡Espero que, por tu parte, no intentes compararte con la hermosa Gurdaferid! –

Sulaika se reía.

–No te rías, Sulaika. En algunas cosas no tiene nada que envidiarte.

–Damisela, la que se atreve a reír, ¿acaso se cree capaz de aguantar la comparación?

Por toda respuesta, Sulaika, cuya arma secreta era la danza, se puso a mover las caderas y a realzar sus encantos de una forma por demás inconveniente.

–La dama juega a la seducción –subrayó la joven Asma–, mientras su héroe duerme. Exactamente como el egipcio Yusuf\*, indiferente a la Sulaika de Putifar –se rió Rokaya. La imagen le gustó a Djada que de inmediato propuso componer un poema sobre el tema.

Guardaron los instrumentos y echaron a volar la inspiración común. Pero pronto estalló una pelea entre las buscadoras de rimas... y Yusuf fue arrancado de su sueño. Se incorporó primero sobre un codo, miró pausadamente a su alrededor y lanzó una carcajada cuya potencia hizo sobresaltar a las muchachas.

–¡Qué desgracia! ¡Nos hemos delatado! ¡Lo ha oído todo!

Sulaika, en su confusión, se llevó las manos a la cabeza e interrogó desesperadamente con la mirada a sus compañeras.

Sin embargo, Yusuf, que hacía grandes esfuerzos por mantener los ojos abiertos, no dejaba de admirarse hasta el pasmo del espectáculo que le ofrecían aquellas jóvenes beldades.

–¡Alá es grande! ¡No es un sueño!

Al oírlo hablar de aquella manera, Sulaika recuperó el aplomo. Se acercó a él, imprimiéndole a su andar el más suave balanceo y se sentó a su lado sobre los cojines.

–En efecto, oh, Yusuf, no sueñas. Acabas de entrar en el paraíso y nosotras somos las huríes puestas a tu servicio.

Yusuf la tocó con precaución. Se levantó, dio vueltas al estanque y miró con ojos intimidados a las muchachas que lo seguían con la vista sin decir palabra. Luego volvió

hacia Sulaika.

–¡Por todos los mártires! –exclamó–, ¡Seiduna tenía razón...! ¡Y yo que no lo creía!

Se dejó caer en la cama. Se sentía débil y su boca conservaba un gusto amargo.

\* El José de la Biblia. (N. del E.)

—¿Dónde estarán Sulaimán e Ibn Tahír?

—En el paraíso, como tú.

—Tengo sed.

—¡Que se le traiga leche! —ordenó Sulaika.

Vació un cuenco entero.

—¿Te sientes mejor, oh, viajero?

—Me siento mejor.

—¿Se puede saber qué te ha hecho reír cuando te despertaste?

Yusuf intentó acordarse... Luego lo sobrecogió un nuevo acceso de hilaridad.

—No era nada —dijo al cabo de un momento—. Sólo sueños sin pies ni cabeza.

—¿Quieres contárnoslos?

—Os burlaríais de mí... Mejor escuchad esto. Seiduna me hizo tomar una especie de bombón y de inmediato tuve la impresión de que emprendía vuelo. Si mal no recuerdo, en ese momento me encontraba, sin embargo, tendido en una especie de cama... ¡Por los siete Profetas! ¿Cómo vine a parar aquí? ¿No habré volado de verdad?

—No hay duda de que volaste, mi buen Yusuf. ¡Te hemos visto con nuestros propios ojos correr por los aires hasta nosotras!

—¡Alá misericordioso! ¿Será verdad? Escuchad mejor lo que soñé después, si soñando estaba... Sobrevolé así una vasta comarca y luego un gran desierto. De repente advertí por debajo de mí la sombra de un buitre desplazándose sobre la arena, en la misma dirección que yo. Un ave de presa me persigue, me dije. Miré hacia arriba, miré hacia abajo, luego a la izquierda y a la derecha. Ni huellas del pájaro. Agité la mano izquierda, agité la mano derecha. Por debajo de mí, la sombra hacía los mismos gestos removiéndolas alas. (Debo decirles que cuando era niño y cuidaba el rebaño de mi padre, vi muchas veces sombras parecidas deslizándose por el suelo. Los animales se asustaban y huían ante ellas. Conozco bien esas cosas...) ¿No me habría transformado en águila?, pensé. De repente me encontré

por encima de una ciudad gigantesca. Yo no había visto todavía nada semejante. Palacios como montañas, mezquitas de cúpulas abigarradas, alminares y torres, como un ejército erizado de lanzas. «¿No estarás sobre Bagdad o incluso sobre El Cairo, mi buen Yusuf?», me dije. Y luego comencé a sobrevolar un inmenso bazar. Gritos, llamadas me llegaban desde abajo. Finalmente llegué delante de un alminar increíblemente alto, con la punta afilada como una lanza. En el último balcón de aquella torre había un personaje en quien reconocí de inmediato a un califa, que gritaba como un poseído y se

entregaba a mil gesticulaciones. En seguida me pareció que respondía al saludo de alguien: se inclinaba con respeto y el alminar se inclinaba al mismo tiempo que él. Me volví para ver a quién se dirigían aquellos saludos. Pero no vi a nadie. «¡Eh, mi buen Yusuf», me dije, «te encuentras tan alto que los califas y alminares se inclinan ahora delante de ti!». De pronto reconocí en aquel califa la silueta de Seiduna. Sentí un escalofrío. Miré a mi alrededor, buscando un medio de huir. En aquel momento, Seiduna saltó del alminar como un mono y se puso a bailar extrañamente sobre una pierna. Tocadores de flauta como los de la India que encantan serpientes lo rodeaban, y al son de su música Seiduna se puso a girar como un loco. ¿Qué podía hacer? Estallé de risa. Fue entonces cuando os vi a mi alrededor.

¡Prodigioso! ¡La realidad superaba así las quimeras de mis sueños...!

Las muchachas se rieron.

—Se trata en verdad de un sueño extraño —dijo Sulaika—. Pero ¿no sería ese mismo sueño el que te ha traído hasta nosotras sobre sus invisibles alas?

Yusuf, por más soñador que fuera, no había dejado de advertir la presencia a su alrededor de unas mesitas agradablemente guarnecidas de vituallas. Tenía un hambre de lobo. Un apetitoso olor embriagaba su olfato, y sus ojos no tardaron en brillar.

—Me imagino que te gustaría mucho sentarte a la mesa... —lo provocó Sulaika—. Pero según las prescripciones, primero debes bañarte. No lo lamentarás: el agua que ves ahí está deliciosamente tibia.

Se arrodilló a sus pies y comenzó a desatarle las sandalias. Otra se acercó y quiso quitarle la túnica. Él hizo un gesto para impedirse.

—No te niegues, mi buen Yusuf —protestó dulcemente Sulaika—. Estás en el paraíso: aquí todo está permitido y nada podría ofender tu pudor.

Tras lo cual lo tomó de la mano y lo acompañó hasta el borde del estanque. Allí él se quitó la tela que le ceñía la cintura y se sumergió en el agua. La muchacha, por su lado, había dejado caer sus velos y se apresuró a reunirse con él. Ella se rió al ver que él había conservado el fez en la cabeza, se lo sacó para dárselo a sus compañeras, y se dio a la tarea de lavarlo con amor, haciendo mientras tanto mil travesuras y grandes chapoteos. Tan pronto como abandonó la piscina y se hubo secado, las jovencitas avanzaron hacia él con las bandejas del festín. Se entregó a él con gran entusiasmo y quiso probarlo todo.

—¡Alá es grande! ¡Ahora sé que estoy en el paraíso!

Le ofrecieron vino.

—¿No lo ha prohibido el Profeta?

—¿Tan poco conoces el Corán que no sabes que Alá se lo permite a los

habitantes del paraíso? No temas nada. No se te subirá a la cabeza de manera molesta. Como Sulaika insistía tanto... y como tenía tanta sed, vació la primera jarra casi de un trago. En seguida se arrodilló sobre los cojines, presa de una agradable embriaguez, y Sulaika, acurrucada contra él, le echó los brazos al cuello.

—¡Ah, si Sulaimán e Ibn Tahír pudieran verme!

Se sentía como un dios y no pudo contenerse de contarles sus recientes hazañas frente a los turcos. Mientras Rokaya lo escuchaba, se cuidaba de que no le faltara nada y le servía de beber y de comer. Cuando pasó el tiempo de los hermosos discursos, las muchachas se apoderaron de sus instrumentos y se pusieron a cantar una canción que habían compuesto especialmente para la velada. Yusuf escuchó con el corazón enternecido, y se asombró...

# POEMA DE YUSUF Y SULAICA

El cuerpo de Sulaika  
tenso como un arco  
en manos del cazador  
que apunta a su pudor.  
Por la gloria de Alá  
que regocija la vista  
tú, que venciste al turco,  
¿no la harás tu conquista?  
¡Yusuf, ella te pertenece!  
Aunque sobre todo evita  
la crueldad a que incita  
la frialdad del egipcio.  
Ves, ella no está cautiva.  
Sólo tuya es la victoria.  
Dale tus bellos ojos negros,  
tu risa satisfactoria.

Sulaika se colgó de nuevo de su cuello, acercó su cabeza a la suya y comenzó a besarla suavemente en los labios, mientras sus manos se entregaban a tiernas caricias. Un vértigo voluptuoso se apoderaba ya del feliz muchacho cuando su compañera se levantó de un salto y, haciendo una señal a las demás jóvenes que se precipitaron a sus instrumentos, se lanzó a una danza muy curiosa. Con los brazos levantados, y los senos orgullosamente erguidos, comenzó a mover imperceptiblemente las caderas, luego cada vez más majestuosamente, mientras el resto de su cuerpo permanecía perfectamente inmóvil. Yusuf la contemplaba con los ojos ardientes. Los movimientos de aquellos cuerpos elásticos lo embriagaban como el vino.

—¡Alá es grande! —murmuró deslumbrado.

Sulaika se agitaba ahora con una especie de frenesí. Todo su cuerpo parecía recorrido como por cascadas de temblores. Cada miembro, como si ya no le perteneciera, vivía y vibraba con ritmo propio. Luego comenzó a girar locamente sobre sí misma, diez, veinte veces... y voló como un trompo a los brazos de Yusuf. Esta vez, fue él quien se la comió a besos, apretándose contra ella como si quisiera triturarla. Se había olvidado de que el mundo existía y ni siquiera se dio cuenta de que Rokaya, acercándose de puntillas a la pareja enlazada, los cubrió con una manta...



casero con una mantana...

Cuando el muchacho, colmado de placer, volvió de su dulce vértigo, alzó una vez más los ojos asombrados. En el sopor del semisueño que había seguido a su rapto, temió que de repente se despertara en Alamut y tuviera que constatar que todos aquellos esplendores no fueran más que el fruto de un sueño. Pero sus ojos no lo engañaban: las siete jovencitas que rodeaban a la graciosa Sulaika eran muy reales; y aquel paraíso que servía de decorado a sus abrazos ¿qué tenía de misterioso? ¿Acaso no se sentía él mismo en tierna familiaridad con aquellas huríes? ¿No era la alegría más simple, la más natural, el abandonarse a sus caricias? Los ligeros velos que supuestamente las cubrían, permitían admirar el libre movimiento de sus espléndidos contornos. Volviéndose entonces hacia Sulaika, descubrió sus senos orgullosamente dispuestos... y pronto una nueva oleada de deseo lo embargó... Sin embargo, en el fondo, no acababa de creérselo, y lo obsesionaba esta idea: «¿Quién me va a creer cuando, de vuelta entre los muros de mi fortaleza, les cuente todo lo que he visto aquí...?»

Al verlo perdido en sus fantasías, las jóvenes se habían puesto a susurrar alrededor de él sin que éste se diera cuenta.

—Déjanos divertimos un poco con él ahora —sugirió Rokaya dirigiéndose a la feliz Sulaika.

—No es preciso que os mezcléis en mi trabajo —la reprendió ésta—. Soy yo la que mando y cuando tenga necesidad de vosotras ya os lo diré.

—¡Miren a la arrogante! ¿Crees que Seiduna nos envió aquí para mirar? Rokaya estaba roja de cólera.

—Deja a Sulaika decidir por si misma —dijo Djada conciliadora.

—Cállate, cigarrita. Ella quiere tenerlo para ella sola, eso es todo...

—¡Pero no ves que sólo tiene ojos para ella!

—¡No lo ha dejado mirar alrededor!

Esta vez Sulaika le dijo orgullosamente:

—Considérate feliz de que no se haya fijado en ti, porque habría dudado de estar en el paraíso.

Rokaya estaba a punto de estallar. Pero Yusuf, ahora muy despierto, las miraba. Sulaika las fulminaba con la mirada y ellas se afanaban con las jarras y las bandejas. Ella misma se arrodilló a los pies del muchacho y le dijo con su mejor sonrisa:

—¿El amado de nuestro corazón ha descansado bien?

Por toda respuesta él pasó su pesado brazo por su cintura y la atrajo hacia él. Entonces su mirada se fijó, por encima del hombro de la bella jovencita, en Djada y Pequeña Fátima, que lo contemplaban con una mirada a la vez tímida y curiosa, formalmente arrodilladas en un nido de cojines. «Esas dos tortolitas tampoco son feas», pensó el muchacho. Pero Sulaika era una buena pieza.

–¿Qué cosa miras de esa manera, amigo mío?

Estoy aturdido de ver todas esas lámparas encendidas afuera –balbuceó el buen Yusuf–. ¿Por que no vamos a dar una vuelta por ese paraíso?

–Como gustes, yo te guiaré.

–Que entonces se unan a nosotros esas dos jovencitas...

Y mostró a Djada y a Pequeña Fátima.

–Ve con ellas si prefieres su compañía. Yo puedo esperar aquí.

La dureza del reproche transparentada por estas palabras le aterró un poco. – No pensaba nada malo –dijo él–. Es simplemente una lástima dejarlas solas en su rincón, eso es todo.

–Calla. Te has delatado. Ya estás cansado de mi...

–¡Que los profetas y los mártires sean testigos de que no miento!

–¿Estás en el paraíso y blasfemas?

–Si no quieres oírme, Sulaika, es cosa tuya. –Le era difícil justificarse–. Pero si te importa tanto, te sigo, y ellas harán lo que quieran.

Una sonrisa de triunfo brilló a través de las lágrimas que habían inundado los ojos de la celosa niña. Y volviéndose hacia las dos abandonadas, les dijo:

–Podéis seguirnos; que os tengamos cerca por si os necesitamos.

Cuando salieron afuera, Yusuf alzó la vista hacia las extrañas lámparas que iluminaban el jardín.

–En Alamut no me creerá nadie cuando les diga lo que he visto –dijo moviendo la cabeza.

–¿Tienen tan poca confianza en ti, mi buen Yusuf?

–No te preocupes por eso. El que dude de mi palabra verá como vuela su cabeza. Tiernamente enlazados, bordearon senderos perfumados por el aroma nocturno de las flores. El pequeño grupo y las demás muchachas los seguían a distancia, presas de expectativas y nostalgia.

–¡Qué encantadora noche! –suspiraba Djada–. ¿No estamos realmente en el paraíso?

–Imagínate entonces lo que sucede en el alma de Yusuf, él que cree realmente que se encuentra en él –dijo Rokaya.

–¿Tú serías tan confiada como él si te hubieran transportado de la misma manera, sin saber lo que sucedía, en medio de estos jardines? –se interesó Asma.

–No lo sé... Si no conociera el mundo, tal vez.

–Nuestro Amo dispone de verdad de un poder extraño. ¿Tú crees realmente que fue Alá quien le ayudó a arreglar estos jardines?

–Si yo fuera tú no haría este tipo de preguntas, mi pequeña Asma. No olvides que es un amo todopoderoso, tal vez un mago, y que puede perfectamente, en este mismo momento, oír nuestras palabras.

—Me das miedo, Rokaya —y la temerosa niña se acurrucó convulsivamente entre los brazos de su amiga.

A unos pasos de éstas, Yusuf confiaba a Sulaika los pensamientos que lo atormentaban.

—Seiduna ha tenido a bien abrirme su paraíso por esta noche. ¿Crees que querrá

admitirme alguna otra vez?

Sulaika tembló. ¿Qué podía responder?

—No lo sé. Pero lo que es seguro es que cuando abandones el otro mundo para siempre, serás nuestro amo y te serviremos eternamente.

Estas palabras no aplacaron su angustia. Estrechó a la joven contra sí como un arrebato salvaje.

—¿Hasta ese punto lamentas dejamos?

—Terriblemente.

—¿Pensarás en mí?

—No te olvidaré jamás.

Se dieron un largo beso. Luego la frescura de la noche los hizo estremecerse y decidieron volver. El frío le había quitado la borrachera a Yusuf. Volvió a ponerse a beber sin continencia, sintiendo que el vino le daba calor. Mientras Sulaika estaba ocupada en servirle el rojo licor, atrajo a Djada hacia él y comenzó a besarla.

—¿Tú también serás mía cuando venga a instalarme entre vosotras para siempre?

A manera de respuesta, ella le rodeó el cuello con sus bracitos. El vino también le daba valor a ella. Pero ya Sulaika volvía con su compañero, y una llama de cólera brilló en sus ojos. Djada se apartó de inmediato y Yusuf lanzó una carcajada de apuro.

—Era por juego... —intentó justificarse.

—¡Es inútil mentir! ¡Te sorprendí a tiempo!

Él hizo el gesto de besarla.

—¡Déjame y ve donde te lleva tu corazón!

Sulaika le volvió bruscamente la espalda... y en aquel instante divisó detrás del cristal el rostro de Apama que la miraba con una expresión terrible. La visión se borró casi de inmediato pero lo poco que había durado había bastado para desembriagar a Sulaika. Se volvió y cayó de nuevo en los brazos de su amante.

—¡Oh, Yusuf, Yusuf! Sabes que eres nuestro amo... el amo de todas. Sólo quería bromear.

Ella lo tomó de la mano y lo arrastró suavemente hacia sus compañeras:

—Reina aquí y elige a tu gusto.

Todas se apresuraron a rodearlo y se dedicaron a embriagarlo con vino y caricias. Sí, él era en realidad el amo y señor de aquellas ocho beldades, ellas le pertenecían en cuerpo y alma, tal como le pertenecía aquel pabellón fabuloso, aquellos jardines de sueño... A veces le venía el pensamiento lacerante del tiempo que transcurría, de los adioses cercanos... pero un nuevo cuenco ahogaba rápidamente sus pesares.

Finalmente resonó la señal y Sulaika corrió a preparar el brebaje del olvido. Su mano tembló cuando hizo caer la pastilla fatal en la copa. Al verla, Djada ahogó un suspiro y Pequeña Fátima se tapó la cara con las manos. El buen Yusuf vació aquella copa como las demás, sin la sombra de una sospecha. La droga lo derribó de golpe. Las jóvenes lo cubrieron temblando. Un sople frío acababa de abatirse sobre ellas y les pareció que de repente la luz había palidecido.

En lo alto de la torre, Abu Alí todavía estaba confesando sus dudas...

—Aún no comprendo —terminó por concluir dirigiéndose a Hassan— qué resultados esperas lograr por medio de tus hachishinos si la experiencia de esta noche tiene éxito.

¿Piensas en realidad fundar sobre ellos la fuerza y el poder de tu institución?

—Sin duda alguna. He estudiado a fondo los diferentes regímenes políticos que la historia nos propone como ejemplo. He considerado sus ventajas y sus inconvenientes. Ningún soberano fue nunca completamente independiente. Los principales obstáculos al desarrollo de los imperios fueron siempre el espacio y el tiempo. Alejandro de Macedonia recorrió la mitad del mundo con sus ejércitos y el mundo se le sometió. Pero aún no había logrado su apogeo cuando la muerte lo sorprendió. Los monarcas de Roma extendieron su dominio de generación en generación. Tuvieron que conquistar cada pulgada de terreno con la espada. Si el espacio no los frenó, el tiempo les cortó las alas. Mahoma y sus sucesores encontraron un medio mejor. Enviaron al encuentro del enemigo a los misioneros cuya tarea consistía en someter los espíritus. La oposición que tuvieron que vencer se vio por tanto debilitada, y los países cayeron en sus manos como frutas maduras. Pero donde el espíritu era fuerte, entre los cristianos por ejemplo, sus asaltos no tuvieron éxito. En efecto, la Iglesia de Roma inauguró un sistema aún más seguro. La sucesión no se halla determinada ni por el nacimiento ni por la sangre, como desgraciadamente es el caso de los califas musulmanes, y depende únicamente de la condición espiritual del sujeto. Sólo la inteligencia más audaz puede elevarse hasta la cumbre. Es por lo demás esta fe en los valores espirituales la que cohesiona la comunidad de los sectarios de la Cruz en un conjunto tan poderoso\*. Parece que es así cómo la Iglesia en cuestión ha logrado no ser tocada por el tiempo. Aunque sigue siendo vasalla del espacio. Allí donde su influencia no puede llegar carece de poder. Debe tomar en

cuenta este hecho. Debe discutir y contemporizar con sus adversarios, buscar aliados poderosos... En mi caso, he pensado en una institución lo suficientemente fuerte como para que no necesite ningún aliado. Hasta ahora los soberanos han combatido con ejércitos. Con las armas conquistaron nuevos territorios y sometieron a poderosos adversarios. Por un palmo de tierra caían miles de soldados... pese a que rara vez los soberanos tuvieran que temer por sus cabezas. Ahora bien, es precisamente a ellos a quienes hay que golpear. Cuando se golpea en la cabeza, el cuerpo se tambalea. El soberano que arriesga su propia cabeza impone condiciones con más facilidad. De manera que la supremacía pertenecería a aquel que tuviera a todos los soberanos del mundo sometidos por el miedo. Pero para ser eficaz, el miedo debe proveerse de grandes recursos. Los soberanos están bien protegidos y vigilados. Únicamente podrían amenazarlos unos seres que no sólo no le temieran a la muerte, sino que la buscaran justamente en tales circunstancias. Formar seres semejantes es el objetivo de nuestro experimento de hoy. Queremos hacer de ellos puñales vivos, para que dominen tiempo y espacio. Que por doquier siembren el miedo y el sobresalto: no entre las muchedumbres sino entre las cabezas coronadas y ungidas. Que un temor mortal asalte a los poderosos que quieran alzarse contra nosotros...

Estas palabras fueron seguidas por un largo silencio. Los grandes deyes no osaban mirar a Hassan ni mirarse entre si. Finalmente fue Buzruk Umid el que se decidió a hablar:

–Todo lo que nos has dicho hasta ahora, Ibn Sabbah, no puede ser más sencillo y claro aunque, al mismo tiempo, es tan inaudito y aterrador que tu plan me parece imposible que haya surgido de un cerebro humano, es decir, de un cerebro formado según las leyes del mundo que nos es familiar. Se lo imputaría más bien a uno de esos sombríos soñadores que sustituyen la realidad por el sueño.

Hassan sonrió.

–También tengo la impresión de que me tomas por loco, como en el pasado Abul Fazel. Y todo porque siempre has recorrido la realidad por caminos ya transitados. Por el contrario, ¡cuánto más positivo debe parecernos el que se fija un plan nunca experimentado antes, y sin embargo lo lleva a cabo! Así fue como Mahoma, por sólo citarlo

\* Estamos en 1092. Tres años más tarde, el papa Urbano II predicará la primera cruzada. (N. del E.)

a él, fue en sus comienzos el hazmerreír de todos los que lo rodeaban: sólo veían en él, cuando les contaba sus proyectos, a un soñador medio loco. El éxito final de su empresa mostró al mundo que sus cálculos –y sólo ellos–, eran positivos... no las objeciones de los escépticos. Pues bien, yo también quiero someter mi plan a la prueba de los hechos.

–No habría nada que decir de tus conclusiones si se pudiera estar seguro de que tus fedayines sufrirán realmente la transformación que has soñado –dijo Abu Alí–. Pero ¿cómo me vas a hacer creer que un ser vivo puede aspirar alguna vez a la muerte, aunque crea a pies juntillas que el paraíso lo espera en el otro mundo?

–Mi hipótesis no sólo se apoya en el conocimiento del alma humana sino también en el estudio de los mecanismos que gobiernan el cuerpo. He recorrido más de la mitad del mundo a caballo, a lomo de mula o encima de la joroba de un camello; también viajé a pie y por la ruta de los mares; conocí a innumerables personas, sus hábitos y costumbres. Puedo decir que en este momento poseo una gran experiencia de todas las actividades en las que se complace el hombre. Incluso puedo afirmar que toda la maquinaria humana, tanto espiritual como corporal, la tengo delante de mí como un libro abierto. Cuando los fedayines se despierten en Alamut, comenzarán por lamentar no estar en el paraíso. Pero calmarán esos lamentos contándoles a sus compañeros lo que vieron. Mientras tanto, el veneno del hachís habrá hecho efecto en sus cuerpos y despertado en ellos el deseo invencible de tomarlo de nuevo. Este deseo estará indisolublemente relacionado en sus mentes con la representación de los goces que saborearon en mi «paraíso». Verán con el espíritu a las doncellas amadas y se consumirán de deseo. Los jugos del amor se renovarán en sus venas, despertando en ellos una pasión que lindará con la locura. Poco a poco, este estado les parecerá insoportable. Los relatos y los fantasmas de sus imaginaciones contaminarán todo lo que los rodee. La tempestad de su sangre les obcecará la razón. Ya no pensarán, sólo arderán de deseo. Nosotros los consolaremos en el momento oportuno: les confiaremos una tarea y les prometeremos que el paraíso se abrirá de inmediato si la llevan a cabo y dejan en ella la vida. Así buscarán la muerte y perecerán sonriendo con placidez.

En aquel momento, apareció un eunuco en la terraza y se presentó a él:

–¡Seiduna! Apama te ruega que vengas inmediatamente al jardín del medio.

–Bien.

Hassan se retiró al punto. Cuando volvió un rato después les confió con voz

turbada:

–Parece que algo no marcha con Ibn Tahír. Esperadme aquí.

Se envolvió en su manto y tomó el pasaje secreto que llevaba al pie de la torre.

## XII

Un silencio mortal recibió a los eunucos que llevaban el cuerpo de Ibn Tahír. Lo depositaron sin decir palabra y, con la misma seriedad, como espíritus funestos que hubieran venido de otro mundo, se eclipsaron llevándose las pequeñas angarillas. Saflya se estrechó contra Hadidya, mirando con ojos aterrados la forma inmóvil cuyos contornos destacaba la liviana manta. Las demás muchachas, también petrificadas, estaban sentadas a orillas del estanque... Arrodillada en una especie de estrado, Myriam, apoyada en su arpa, miraba fijamente ante sí con ojos ausentes. Su dolor se reavivaba ahora. ¡Así que ella le importaba tan poco a Hassan que éste le enviaba un amante! Ella sabía: si lo hubiera engañado a escondidas, lo habría amado mucho más. Pero ahora lo odiaba, sí, tenía que odiarlo. Y al mismo tiempo odiaba a aquel muchacho desconocido, a aquel ser dormido, crédulo, cuya custodia le correspondía aquella noche. Para que su belleza y sus artificios lo engañaran, para que lo convencieran de que se encontraba en el paraíso. ¡Cómo se despreciaba!

El cuerpo se movió bajo la manta. Las jóvenes contuvieron el aliento.

–¡Rekhana, destápalo!

La voz de Myriam era dura y desagradable.

Rekhana obedeció pero sus gestos eran vacilantes. El rostro de Ibn Tahír no dejó de sorprenderlas: con sus tersas mejillas, apenas sombreadas por un leve esbozo, parecía casi un niño. El fez blanco se le había caído de la cabeza, mostrando sus espesos cabellos cortos. Largas pestañas bordeaban sus párpados y sus labios coloreados parecían ligeramente crispados.

–¡Así que éste es Ibn Tahír, el poeta! –murmuró Hadidya.

–...Pero es el que le arrebató el estandarte a los turcos –agregó Sit.

–Es hermoso –constató Saflya.

A su vez, Myriam contempló al durmiente. Una sonrisa afloró a sus labios: no imaginaba así a su víctima. ¡Éste era el héroe poeta! Le pareció divertido: «En realidad aún es un niño», pensó. Sin embargo, se sintió algo aliviada. ¿Lograría pese a ello convencerlo de que efectivamente se encontraba en el paraíso? Esta pregunta le hacía palpar el corazón. A decir verdad, la misión que le había confiado Hassan la intrigaba mucho. En realidad, su Amo quería mostrarse misterioso. No cabía duda de que en él había algo de mago. Sus puntos de vista podían ser locos o estar llenos de una sombría grandeza. Ahora había puesto la máquina en marcha. Ella era uno de sus engranajes esenciales.

¿No era ése un signo de confianza? ¿Acaso no era mas que su frivolidad la que le impedía comprender las visiones de aquel hombre singular? Finalmente, el juego había sido siempre para ella una gran pasión. Pensándolo bien, quizás Hassan le daba así una oportunidad única de despertar y revivir los deseos en ella. ¿Podía la vida ofrecerle algo más que irrisorias aventuras... que por lo demás no dejaban de tener peligro?

Sus compañeras también parecían liberadas de un gran peso. Hasta la tímida Safiya que había exclamado:

—¡A éste no debe ser difícil llevarlo al jardín de Alá!

Myriam hizo resonar su arpa.

—¡Vamos, es hora de pasar al canto y a la danza!

La atmósfera dejó de inmediato de ser tensa. Fueron en busca de tambores y flautas, los velos cayeron, mostrando jóvenes cuerpos de gráciles movimientos. ¡Qué hermoso es

verlas!, pensaba Myriam, y finalmente se dejó cautivar por sus sonrisas cuando vio que intentaban hacer gestos seductores, como si el extraño huésped estuviera despierto.

—Tardará en despertarse —dijo la amable Sit, decepcionada, depositando su tamboril y sus cascabeles.

—¡Rociémosle con agua! —propuso Rekhana.

—¡Estás loca! —la reprendió Hadidya—. ¡Bonita entrada en el paraíso!

—Mejor seguir bailando y cantando —les aconsejó Myriam—. Intentaré ayudarlo a reponerse.

Fue a arrodillarse junto a él y se puso a mirarle el rostro. Los rasgos eran puros e incluso no carecían de cierta nobleza. Con la mano le rozó el hombro y lo sintió

estremecerse. Farfulló unas palabras que no pudo entender. Su alma se debatía entre la aprensión y la curiosidad. ¿Qué diría, qué haría al descubrirse en aquel lugar desconocido?

Lo llamó por su nombre en voz baja. Él enderezó la cabeza instantáneamente y se sentó en la cama frotándose los ojos. Lanzó a su alrededor una mirada turbada.

—¿Qué significa esto?

Su voz era temerosa, temblaba.

Las muchachas habían interrumpido sus cantos y sus bailes; los rostros volvían a estar tensos. Myriam se repuso de inmediato.

—Estás en el paraíso, Ibn Tahír.

Abrió desmesuradamente los ojos, luego volvió a dejar caer la cabeza en los cojines.



—He soñado —murmuro.

—¿Habéis oído? —susurró Hadidya aterrada—. Se niega a creer...

Por el contrario, Myriam pensaba que aquel comienzo era más bien alentador. Le tocó

de nuevo el hombro y otra vez lo llamó por su nombre.

La mirada del muchacho estaba concentrada en el rostro de Myriam. Sus labios temblaron. Un asombro no ajeno al terror se pintaba en sus ojos. Contempló su propio cuerpo, se palpó con expresión incrédula y contempló la habitación a su alrededor. Luego se pasó las manos por los ojos. Estaba pálido como la cera.

—Pero no puede ser verdad —balbuceó—. ¡Es una locura... o algún engaño...!

—¡Incrédulo, Ibn Tahír! ¿Es así como retribuyes la confianza de Seiduna?

Myriam lo envolvió en una mirada dulcemente reprobadora. Él se levantó y comenzó a inspeccionar desorientado los objetos que lo rodeaban. Se acercó al muro y lo tocó, después caminó hasta el estanque, hundió el dedo en el agua. Luego le lanzó a las muchachas una mirada aterrada y se volvió hacia Myriam.

—No comprendo —dijo con un temblor en la voz—. Esta noche, Seiduna nos llamó y nos invitó a tomar una especie de píldoras de un gusto singular, dulce y amargo a la vez. Me dormí y tuve mil sueños extraños. ¡Y he aquí que me despierto en este lugar...! ¿Qué hay allí afuera?

—Los jardines: los conoces puesto que has leído el Corán.

—Me gustaría visitarlos.

—Yo te acompañaré. ¿Pero no te gustaría bañarte antes y comer algo?

—Ya tendremos tiempo de eso más tarde. Primero tengo que saber dónde estoy... Caminó hasta la puerta y apartó la cortina. Myriam le tomó la mano y lo precedió por el corredor. Llegado a lo alto de la escalera que llevaba a la terraza, se detuvo y no pudo contener un grito al descubrir la perspectiva de los jardines iluminados:

—¡Qué maravilloso espectáculo! ¡En realidad estamos lejos de Alamut...! Que yo sepa no ha existido nada semejante en nuestras comarcas. ¡He tenido que dormir mucho para haberme alejado tanto de todo!

—¿No temes caer en la impiedad, Ibn Tahír? ¿Sigues sin querer creer que estés en el paraíso? Cien mil parasangas te separan de tu mundo. Y sin embargo, cuando te despiertes de nuevo en Alamut, sólo habrá pasado una noche.

Él la miró fijamente. De nuevo se palpó todo el cuerpo.

—¡Así que estoy soñando...! Por lo demás no sería la primera vez que en sueños me convenza hasta este punto de la realidad de una quimera... Una vez más me veo, cuando vivía en casa de mi padre, abriendo un día un jarro lleno de monedas de oro. Recuerdo que entonces pensé lo siguiente: a menudo he soñado

que descubría un tesoro, aunque esta vez no puedo permitirme dudar, ¡esta dicha se ha vuelto realidad! Sacudí el jarro e hice caer las monedas de oro, que comencé a contar, riendo para mi fuero interno. «¡Por Alá, no es un sueño!», exclamé. Y justo en aquel instante me desperté. Mi aventura sólo había sido un sueño... Puedes imaginarte fácilmente mi decepción. Así pues, es mejor que no me haga demasiadas ilusiones. Este sueño es realmente maravilloso, vívido y con un relieve casi increíble. Pero muy bien puede ser el efecto de la píldora de Seiduna. No me gustaría sentirme demasiado decepcionado cuando me despierte.

—¿En realidad crees, Ibn Tahír, que yo soy sólo una imagen de tus sueños? ¡Despierta entonces! ¡Mírame, tócame!

Ella le tomó la mano e hizo que la deslizara a lo largo de los contornos de su encantador cuerpo.

—¿No crees que soy un ser vivo, como tú?

Luego, cogiendo la cabeza del muchacho entre sus manos, lo miró al fondo de los ojos. Él se estremeció.

—¿Quién eres? —preguntó con voz que aún delataba incredulidad.

—Soy Myriam, doncella del paraíso.

Él movió la cabeza y finalmente se decidió a bajar las escaleras. Deambuló durante un momento bajo los farolitos abigarrados alrededor de los cuales revoloteaban mariposas nocturnas y murciélagos. Plantas desconocidas crecían a lo largo de los senderos... y flores y frutos que él nunca había visto.

—Todas estas cosas parecen encantadas —murmuró—. Sí, efectivamente, un verdadero país soñado...

Myriam caminaba a su lado.

—¿Aún no te has repuesto? Intenta comprender que no estás en la tierra sino en el paraíso.

Música y cantos se elevaron en medio de la noche: aquello parecía provenir del pabellón. Se detuvo y aguzó el oído.

—Esas voces no pueden ser más terrenales —dijo—. Y también tú posees cualidades que sólo pueden ser humanas. ¿Cómo podría imaginar que estamos en el paraíso?

—¿Tan ignorante eres del Corán? ¿Acaso no dice el Libro que las maravillas del paraíso serán imágenes de las bellezas terrestres, con el propósito de que los creyentes se sientan como si hubieran vuelto a sus lugares familiares? ¿De qué te asombras si tu fe es ortodoxa?

—¿Cómo podría no asombrarme? ¿Acaso un ser vivo, un hombre de carne y hueso, puede entrar en el paraíso?

—Al oírte, se diría que el Profeta mintió.

• Alá me guarde de tales pensamientos!

—¡Ala me guarde de tales pensamientos!

—¿Acaso no vino a este lugar en persona después de su estancia en la tierra? ¿No compareció en carne y hueso delante de Alá? ¿No dispuso que en el día del Juicio la carne y los huesos se reunirían? ¿Cómo crees posible que consumieras los manjares y el vino que

te ofrecen aquí y gozaras con las huríes si tus labios no son verdaderos labios ni tu cuerpo un verdadero cuerpo?

—Esa recompensa sólo puede pertenecernos después de la muerte.

—¿Crees que Alá te llevará con más facilidad al paraíso cuando abandones la vida?

—Por cierto que no. Pero así está descrito.

—También está escrito que Alá dio a Seiduna la llave que puede abrir, a quien él quiera, las puertas de estos jardines. ¿Lo dudas?

—¡Soy un imbécil! No debería dejar convencerme de que esto no es un hermoso sueño. Pero todo esto, esta conversación contigo, tu aparición, este marco, todo está tan vivo que me siento tentado a creer en la ilusión... y que incluso se me ocurra desear:

«¡Con tal de que no se trate de ilusiones!».

«¡Qué juego más excitante!», pensó Myriam.

—Así que te contentas con esperar... lo que quiere decir que sigues sin creer, Ibn Tahír. Tu testarudez me deja estupefacta. Una vez más, mírame bien.

Se habían detenido bajo una lámpara en la que había dibujada una cabeza de tigre, con las fauces abiertas y los ojos brillantes. Ibn Tahír contempló tanto el abigarrado motivo como el rostro de la muchacha. De repente sintió que subía hacia él el olor de aquel cuerpo perfumado. Un nuevo y loco pensamiento lo invadió. Alguien debía estarse burlando de él.

—¡Éste es un juego infernal!

Un fulgor de salvaje resolución brilló en sus ojos.

—¿Dónde está mi sable?

Rabiosamente, cogió a Myriam por los hombros.

—Confiesa, mujer, que todo esto no es más que un engaño descarado.

Oyó que a sus espaldas crujía la grava y una forma oscura saltó sobre él, arrastrándolo pesadamente al suelo. Mudo de terror, advirtió por encima de él dos feroces ojos verdes.

—¡Ahriman!

Myriam sujetó a la onza y liberó al desdichado muchacho.

—¿Ahora me crees? Has estado a punto de jugarte la vida.

El animal domesticado se había echado a los pies de la joven. Ibn Tahír se levantó. Un miedo semejante debería haberlo ciertamente despertado si hubiera estado durmiendo

estado dormido.

¿Su aventura era, pues, real? Pero ¿dónde se encontraba en realidad? Miró a su compañera que se inclinaba sobre el extraño felino de largas patas. El animal, de espaldas, se dejaba acariciar y ronroneaba de manera amistosa.

—¡En el paraíso la violencia no tiene lugar, Ibn Tahír!

Rió suavemente, con una risa que alcanzó al muchacho hasta el fondo del corazón.

¿Qué importancia tenía en adelante que fuera víctima de una ilusión? ¿Qué importaba que soñara y que un día se despertara de ese sueño? Lo que vivía era inusitado, maravilloso, magnifico: ¿importaba tanto que fuera real? Sus sentimientos lo eran y eso era lo importante para él. Tal vez se equivocaba sobre la realidad de los objetos, pero no podía equivocarse sobre la de sus sentimientos y pensamientos.

Miró a su alrededor. Allá, a lo lejos, en medio de las sombras de la noche, le pareció

advertir una masa oscura que se alzaba hacia el cielo. Se hubiera dicho una especie de gigantesca muralla.

Era Alamut.

Se puso las manos en visera sobre los ojos para protegerlos de la luz y su mirada intentó penetrar la oscuridad.

—¿Qué es esa forma negra que se alza como un muro hasta el cielo?

—Es la muralla de Al-Araf, que separa el paraíso del infierno.

—¡Qué increíble prodigio! —murmuró—. Me ha parecido ver una sombra que se movía en lo alto.

—Sin duda es la de algún héroe que cayó con las armas en la mano por la verdadera fe, pero que tuvo el infortunio de partir al combate en contra de la voluntad de sus padres. Ahora mira nuestros jardines con envidia. No puede venir junto a nosotros porque infringió

el cuarto mandamiento de Alá. Tampoco el infierno es para ellos ya que murieron como mártires. De esta manera les es permitido contemplar lo que sucede en ambos lados de esta frontera infranqueable. Nosotros gozamos, ellos conocen.

—¿Dónde está, pues, el trono de Alá, dónde los signos de su infinita misericordia, dónde los profetas y los mártires?

—No creerás que el paraíso es como cualquier provincia terrestre, Ibn Tahír. Sus dimensiones trascienden todo límite. Comienza allí, al pie de Araf, y luego se extiende a través de siete regiones infinitas, hasta el último círculo, el más elevado. De entre los vivos, sólo el Profeta y Seiduna tienen acceso a él. Para vosotros, simples elegidos, se os ha concedido esta sección inicial.

—¿Dónde están Yúsuf y Sulaimán?

—También ellos están al pie del Araf. Pero sus jardines están lejos de aquí. Mañana, en Alamut, tendréis tiempo de contaros vuestras aventuras e intercambiar impresiones.

—Sí, si la impaciencia me deja tiempo.

Myriam sonrió.

—Si la curiosidad te atormenta, sólo tienes que preguntar.

—Dime entonces de dónde te viene el saber.

—Cada hurí ha sido creada de una forma particular y para fines particulares. Alá me dio la ciencia y el poder de apaciguar al creyente ortodoxo atormentado por la pasión de la verdad.

—Sueño, sueño... —murmuró Ibn Tahír—. Y sin embargo, ninguna realidad es más clara que este sueño. Todo lo que veo, todo lo que me cuenta esta hermosa aparición posee una armonía perfecta... contrariamente a lo que sucede en los sueños corrientes, que a menudo sólo son incoherencia y oscuridad. Pero ¿y si todo esto sólo fuera fruto de la habilidad de Seiduna...?

Myriam prestaba oído atento a estas reflexiones.

—Eres incorregible, Ibn Tahír. ¿Piensas acaso poder penetrar con tu reducido conocimiento todos los secretos del universo? ¡Oh, cuántas cosas permanecen ocultas a tus ojos...! Pero dejemos esta discusión. Es hora de que volvamos con las huríes que aspiran con toda su alma a volver a ver a su querido huésped...

Soltó a Ahriman y lo envió hacia los matorrales. Luego tomó a Ibn Tahír de la mano y lo arrastró hasta el pabellón.

Una vez al pie de la escalera, Myriam escuchó no lejos de allí un leve silbido. Seguramente Apama había escuchado y quería hablarle. Condujo a Ibn Tahír a la gran sala acristalada y lo empujó suavemente hacia las muchachas.

—¡Aquí lo tenéis! —les anunció, tras lo cual desapareció por el pasillo. Apama la esperaba al fondo del corredor.

—Se ve que te gusta jugarte la cabeza. ¿Es así como ejecutas las órdenes de Seiduna?

En lugar de embriagarlo y de hacerle perder la razón, te dejas arrastrar a hablar con él de Alá, del paraíso y de qué sé yo, en circunstancias que está en plena posesión de sus facultades.

—Aún poseo mi cabeza y sólo yo puedo juzgar lo que conviene hacer.

—¡Ah, era eso! ¿Crees poder seducir a un hombre de esta manera? ¿Así que no has aprendido nada de mí? ¿De qué te sirve, pues, tener labios rojos y ese hermoso cuerpo blanco?

—Es mejor que te alejes, Apama. Podría verte y perder así la poca fe que tiene en nuestro paraíso.

A Apama le hubiera gustado triturarla con la mirada.

—¡Prostituta! Juégate la vida si quieres. Mi deber es informar a Seiduna.  
¡Espera y verás!

Desapareció en la sombra de los matorrales y Myriam volvió rápidamente a reunirse con las demás dentro del pabellón.

Las jóvenes habían aprovechado su ausencia y la de Ibn Tahír para probar el zumo de las jarras. Danzaban y cantaban con manifiesto buen humor. Habían atraído a Ibn Tahír a su ruedo y lo habían invitado a hacerle honor al vino y a los manjares preparados al efecto. Cuando Myriam volvió, se callaron un momento; acababan de leer la contrariedad que se leía en su rostro y temieron ser la causa. Rápidamente las tranquilizó.

—Es preciso que nuestro huésped se libre de su fatiga terrestre. Poneos a su disposición y ayudadlo a que se dé un baño.

Ibn Tahír se negó resueltamente.

—No me bañaré en presencia de estas mujeres.

—Eres nuestro amo y haremos lo que nos ordenes.

Myriam invitó a las muchachas a seguirla fuera de la sala. Cuando Ibn Tahír se convenció de que nadie podía verlo, saltó de la cama, cogió los cojines, los inspeccionó y escarbó dentro de ellos. Luego se acercó a la mesa llena de manjares, olfateó una fruta, luego otra. Había muchas que no conocía. Buscó en su memoria algún recuerdo con su descripción. Luego se acercó a los tapices que cubrían los muros y miró lo que había detrás. Tampoco encontró allí nada que le diera indicios del lugar donde se encontraba. Una sorda aprensión se apoderó entonces de él. ¿Y si de verdad estuviera en el paraíso?

Todo lo que lo rodeaba olía a misterio, a algo desconocido. No; un valle tan rico, con aquellos jardines llenos de flores extrañas, y todos aquellos frutos originarios de lejanos climas... nada de aquello, por supuesto, podía encontrarse en la comarca montañosa y árida que rodeaba a Alamut. ¿Era ésa la noche que había sido llamado ante el jefe supremo? Si así era, había dos posibilidades: o aquel sueño engañoso que tenía ante los ojos era efecto de la píldora que le había dado Seiduna, o las enseñanzas del ismaelismo eran ciertas y Seiduna tenía efectivamente el poder de enviar al paraíso a quien quisiera. Muy perplejo y turbado, se despojó de su túnica y se sumergió en el estanque. El agua estaba agradable y tibia. Se tendió de espaldas y se abandonó a una dulce pereza. No tenía ganas de salir del estanque, pese a saber que las muchachas podían volver de un momento a otro. Pronto la cortina de la entrada se apartó y el rostro de una de las jóvenes anfitrionas apareció por la abertura. Cuando vio que Ibn Tahír no manifestaba recelo y le sonreía, se decidió a entrar, seguida pronto por sus jóvenes compañeras.

—Ibn Tahír ha terminado por comprender que aquí él es el amo —se felicitó

Rekhana.

—Cuando quieras salir de tu baño no tendrás más que decirlo y te traeremos ropa. Rivalizaban en amabilidad. Pero cuando Myriam se les reunió, sintió que de nuevo se le encogía el corazón. Pidió una toalla y ropa para vestirse.

En lugar de su túnica, ella le dio una espléndida toga de brocado. Cuando se la puso y se la ciñó a la cintura, se volvió hacia el espejo. Así eran los príncipes en los cuadros antiguos. Sonrió. Un curioso cambio se operaba en él.

Se arrodilló en los cojines y se aprestó a hacerle honor al festín, que comenzó en medio de un alegre alboroto. Las jóvenes le servían por turno. Myriam bebió a su salud. Pese a todo, sentía que se abandonaba a la alegría insólita y familiar del momento. Mientras cada copa que había bebido antes de la llegada de Ibn Tahír sólo habían aguzado su lucidez, ahora sentía que el vino despertaba en ella un agradable sentimiento de indolencia: tenía ganas de hablar y reír.

—Eres poeta, Ibn Tahír —le dijo con expresión seductora—. No lo niegues, lo sabemos. Nos gustaría escuchar alguna de tus obras.

—¿Quién os ha contado eso? —se había puesto rojo—. No soy poeta... no puedo daros nada.

—¿Quieres disimular? ¿No es ésa una modestia fuera de lugar? Debes saber que aguardamos todo lo que te regocije.

—En realidad, no vale la pena hablar de ello. Sólo he hecho algunos ejercicios escolares.

—¿Tienes miedo de nosotras? Somos complacientes y sabemos escuchar en silencio.

—¿Tus poemas cantan al amor? —quiso saber Hadidya.

—¿Cómo puedes hacerle esa pregunta, Hadidya? —dijo Myriam—. Ibn Tahír está al servicio de un nuevo profeta y es un combatiente de la verdadera fe.

—Myriam tiene razón —dijo él—. Además, ¿cómo se podría cantar algo que no se conoce?

Las muchachas sonrieron. No les disgustaba estar con un galán que se reconocía hasta ese punto inexperto.

Ibn Tahír miró a Myriam. Una aprensión deliciosa se despertó en él. Recordó la noche anterior a la batalla, acostado a la intemperie bajo los muros de Alamut, contemplando el cielo. Entonces aspiraba, oscuramente, a algo desconocido. Se había sentido derretido de ternura al recordar a los compañeros que amaba, sobre todo a Sulaimán, que le parecía el modelo de toda la belleza humana. Aquella fantasía llena de espera ¿no había tal vez despertado en él la lejana sospecha de otro encuentro, tal vez inminente: el encuentro con otro rostro, cuya belleza superaría todo lo que había conocido? Cada vez que su mirada se sumergía en

los ojos de Myriam tenía la impresión de que era ella y nadie más la que había recibido la misión de encarnar aquel presentido esplendor. Todo en ella estaba marcado por una señal que no era de este mundo: su frente pálida, suavemente redondeada, su nariz recta, sus labios rojos y gruesos cuyo dibujo no se podía jamás captar, sus grandes ojos que evocaban los de la huidiza gacela, pero que iluminaban una mirada de una perspicacia tan turbadora... Sí, esa imagen ¿no era acaso la encarnación pura de la idea que él llevaba desde siempre en él? ¿Qué virtud mágica podía contener la píldora de Seiduna para que pudiera dar vida a la representación de un sueño y proyectarla de pronto fuera de él bajo la forma de un ser tan fabuloso? Soñara, estuviera en el paraíso o en el infierno, sentía que estaba en camino hacia alguna dicha inmensa de la que lo ignoraba todo.

—Esperamos al poeta Ibn Tahír...

—Pues bien, intentaré recordar algunos versos...

Las muchachas hicieron un círculo y se instalaron cómodamente como si se prepararán a saborear un raro espectáculo. Myriam se tendió a su lado, apretada contra él, para que así sintiera en su piel la dulce presión de su seno. El placer extraño, casi doloroso, que subía por su cuerpo le daba vértigo. Bajó los ojos y con una voz débil e insegura, se puso a recitar su poema sobre Alamut... Pero pronto se apoderó de su corazón una exaltación febril. Sí, las palabras de su poema le parecieron pobres y vacías, aunque su voz les prestaba de pronto un sentido nuevo, que parecía ser el eco de la sensación que lo agitaba.

Después del poema de Alamut, recitó los que había compuesto sobre Ah y sobre Seiduna. Las jóvenes no tardaron en comprender el oculto sentimiento que delataba su voz. Myriam sabía perfectamente que hablaba de ella, que hablaba por ella. Se abandonó

sin resistencia al placer de ser amada como nunca lo había sido. Una sonrisa enigmática afloró a sus labios. Escuchaba como exiliada en ella misma: las palabras que articulaba Ibn Tahír le llegaban desde muy lejos. No volvió en sí hasta que habló de Seiduna y pensó: si supiera...

—Todo eso no vale nada —exclamó cuando terminó—. Sólo son pobres versos vacíos de sentido. Me siento sinceramente desesperado. Mejor bebamos este exquisito vino... Ellas lo consolaron con sus más amables cumplidos...

—No, sé que no se trata de poemas. Los verdaderos poemas tienen un acento completamente distinto.

Miró a Myriam. Ésta le sonrió, aunque aquella sonrisa seguía siendo extrañamente impenetrable. Entonces tuvo la brusca revelación de lo que debía ser la poesía. Sí, la poesía debía ser algo parecido a aquella sonrisa. Lo que hasta entonces había amado y admirado sólo había sido un sucedáneo de lo que estaba descubriendo aquella noche. Con un fervor ansioso, se dio cuenta de que amaba



por primera vez, que amaba inmensamente y desde el fondo de todo su ser.

De repente, advirtió que no estaban solos. La presencia de las demás muchachas lo cohibían. ¡Oh, si en aquel instante pudiera estar a solas con Myriam, como había estado hacía un rato, sólo habrían hablado de lo esencial! La tomaría de la mano y la miraría hasta el fondo de los ojos. Le hablaría de él, de sus sentimientos, de su amor. ¡Qué le importaba entonces la naturaleza verdadera de aquellos jardines! Que fuera producto de un sueño o pura realidad, le daba igual. Con tal de que se preservara la realidad viva del sentimiento que experimentaba por aquella imagen divina. ¿No decía el Profeta que la vida presente no era más que un pálido reflejo del más allá? Pero lo que lo exaltaba ahora y lo que engendraba en él un sentimiento semejante, no podía ser el reflejo de una realidad fuera de su alcance, por elevada que pudiera estar. La imagen que tenía ante la vista era demasiado espléndida, estaba demasiado próxima a la perfección.

A lo mejor su cuerpo se hallaba aún tendido en la sombría habitación en lo alto de la torre de Seiduna. Y tal vez una pequeña parte de su yo, separada de su alma, vivía aquella plenitud. ¡Qué importaba! La belleza de Myriam era real y reales también los sentimientos que lo embargaban.

Le tomó la mano, aquella mano suave, rosada, maravillosamente modelada, y se la puso en la frente.

—¡Qué ardiente tienes la frente, Ibn Tahír!

—Ardo —susurró.

La miró con ojos centelleantes.

—¡Estoy en llamas!

«¡Qué pasión!», pensó Myriam. Su corazón estaba conmovido. «¿Acaso me quemaré

en ese mismo fuego?» Él se puso a besarle la mano, apasionada, locamente. Le tomó luego la otra y entregó ambas al furor de sus labios. Cuando alzaba la cabeza para interrogar su rostro, se asombraba de ver sus ojos pensativos.

«Así me amaba Muhammad cuando me raptó de Musa», pensó. «Pero era más duro, más salvaje.» La nostalgia le produjo un nudo en la garganta. «¿Por qué lo más hermoso llega siempre demasiado tarde?»

Sus compañeras se hallaban visiblemente despechadas al ver que Ibn Tahír se preocupaba tan poco de ellas. Sólo se hablaban en voz baja y ocultaban mal la incomodidad que les producía la presencia de la pareja ocupada en sus caricias. Finalmente Ibn Tahír le dijo al oído a Myriam:

—Me gustaría que nos dejaran solos.

Ella se dirigió a las muchachas y les rogó que se retiraran a sus cuartos: allí podrían divertirse como quisieran.

Oh, si en aquel instante pudiera estar a solas con Myriam, como había estado hacía un rato, sólo habrían hablado de lo esencial!

Obedecieron, aunque algunas rezongaron.

–Quieres tenerlo todo para ti –protestó Rekhana en voz baja–. ¿Qué dirá Seiduna cuando sepa que tu corazón le pertenece a otro?

Myriam se contentó con sonreír maliciosamente.

Sólo Taviba hizo de tripas corazón:

–Anda, vamos a llevarnos vino. Nos divertiremos solas ya que no podemos hacer otra cosa.

Como Myriam se sentía fuerte, no se enfadó porque demostraran su despecho. Le dirigió a cada cual una mirada amable y abrazó tiernamente a Saflya.

–Compondremos un poema sobre cómo ha sucumbido tu corazón –la amenazó Sit–. Y

Cuando volvamos, lo cantaremos para obsequiar los oídos de tu huésped...

–¡De acuerdo! Componed y cantad tanto como gustéis.

Tras lo cual las despidió y volvió con Ibn Tahír. Para disipar el azoramiento en el que veía a su compañero –y que, a su vez, la amenazaba a ella–, llenó dos copas y alzó la suya a su salud. Ambos bebieron y se miraron a los ojos.

–Querías decirme algo, Ibn Tahír.

–Las palabras son poco elocuentes para expresar lo que siento. Tengo la impresión de descubrir la luz. ¡Qué de cosas he aprendido en tan poco tiempo! ¿Conoces la historia de Ferhad y la princesa Shirín? En cuanto te he visto, tuve la impresión de que ya te conocía. Ahora ya sé de dónde. Eres exactamente como siempre pensé que era Shirín. Con la diferencia de que la imagen que ahora tengo ante mí es infinitamente más precisa... por tanto, más perfecta. No sonrías, Myriam. Tan verdadero como que Alá está en los cielos, comprendo ahora al desdichado Ferhad. ¡Ver todos los días semejante belleza y estar eternamente separado de ella! ¿No es ése un tormento infernal? Ferhad perdió la razón. Tuvo que esculpir en la roca misma la imagen que tenía delante de los ojos. ¡Por Alá, qué

dolor! Nada puede ser más terrible que sentir día tras día la pérdida de semejante dicha... y saber que no volverá jamás.

Myriam había bajado los ojos. A medias arrodillada como estaba, con el codo suavemente apoyado en los cojines y con el cuerpo brillando con un sutil fulgor a través de los velos, hacía pensar por su inmovilidad en una estatua tallada en algún mármol precioso. Los finos contornos de su rostro, de sus manos, de sus piernas, parecían gobernados por una armonía casi musical. La contemplaba fascinado, como lo hubiera hecho con un ídolo, hasta tal punto turbaba su alma tanta perfección. La ternura que sentía por ella le arrancaba gemidos. De repente sintió que las lágrimas le caían sobre sus manos. Myriam se

aterró.

–Intenta decirme lo que te sucede, Ibn Tahír.

–Eres demasiado hermosa. No puedo soportar tu belleza. Soy demasiado débil.

–¡Oh, joven insensato!

–Sí, soy un insensato, un loco. En este momento, Seiduna y Ah el mártir me importan tanto como el emperador de China. Derribaría a Alá de su trono y te pondría en su lugar.

–¡De verdad estás loco! ¡Son palabras sacrílegas! ¡No olvides que estás en el paraíso!

–Me importa un rábano. Esté en el paraíso o en el infierno... con tal de que estés conmigo, Shirín, divina mía...

Ella sonrió.

–Te confundes. No soy Shirín sino Myriam, simple doncella del paraíso.

–¡Eres Shirín, Shirín! Yo soy Fernahd, el maldito, que se volverá loco de dolor si se ve privado de ti.

¡Qué talento infernal haberle enviado precisamente a ella a aquel joven de temperamento tan fogoso! En realidad Ibn Sabbah era un soñador aterrador e infernal... Finalmente se decidió. Cogió entre sus manos la nuca del muchacho, acercó su rostro al suyo y se perdió en el fondo de sus ojos. Sintió que temblaba, como si su cuerpo demasiado débil fuera incapaz de soportar el exceso de pasión que lo desbordaba. Posó sus labios en los suyos. Él se abandonó, sin siquiera un amago de abrazo; comprendió que acababa de desmayarse en sus brazos.

Las muchachas se habían reunido en una misma habitación. Habían dispuesto cojines en el suelo y, confortablemente instaladas, hacían honor a las copas de vino que circulaban como nunca. La animación estaba en su apogeo: cantaban, disputaban, se reconciliaban y se besaban con fervor.

En ese estado las encontró Apama. Comenzó a alzar la cortina con circunspección y cuando estuvo segura de que no se arriesgaba a encontrar al huésped, hizo irrupción en la habitación.

–¿Dónde está vuestro huésped? ¿Dónde está Myriam?

Temblaba de cólera e indignación.

–Se quedaron solos en el pabellón.

–¿Es así como ejecutáis las órdenes de Seiduna? ¡Seréis decapitadas! Esa perdida está quizá comunicándole nuestro secreto al joven y, mientras tanto, vosotras relincháis como yeguas.

Algunas se echaron a llorar.

–Myriam nos ordenó dejarlos solos.

–¡Id de inmediato a su encuentro! Ocupaos rápidamente del galán e intentad saber qué secretos le ha confiado seguramente esa buscona. Que una de vosotras

saber que secretos le ha comido seguramente esa bascona. Que una de vosotras me informe. Os esperaré detrás del matorral de rosas blancas, a la izquierda de la laguna... Cuando entraron en la habitación acristalada, les esperaba un extraño espectáculo. Ibn Tahír estaba tendido, inmóvil sobre los cojines, pálido como muerto; una sonrisa beatífica afloraba a sus labios. Inclínada sobre él, Myriam escrutaba apasionadamente su rostro. Volvió los ojos y divisó a su compañera. Por el miedo reflejado en su cara se dio cuenta de que algo ocurría. Se levantó y se acercó a ella.

–¿Apama? –dijo por toda pregunta.

Como la otra le respondiera con un gesto afirmativo de cabeza, se encogió de hombros con desenvoltura.

–¿Habéis compuesto el poema?

–Está listo.

Ibn Tahír se despertó, se frotó los ojos y miró serenamente a su alrededor.

–Si lo permitís, os lo cantaremos –dijo la mensajera.

–¿Un poema? ¡Con mucho gusto! –La perspectiva pareció regocijar al joven. Las demás músicas se les habían reunido. Cogieron el arpa y los cascabeles y, repentinamente animadas, se pusieron a cantar...

Érase una vez  
en el paraíso de Alá  
una joven hurí  
mentada Myriam.  
Era todo amor  
sus cabellos negros  
exaltaban sus mejillas  
hechas un primor.  
Ojos negros, labios gruesos,  
miembros esbeltos,  
porte que merece besos  
eran los de una reina.  
Alá la había elegido  
para reinar sobre beldades  
a través de las edades  
como reina sin igual.  
Conocía misterios  
del cielo y de la tierra,  
honraba todas las ciencias  
sin olvidar la sapiencia.  
Ayer reina prudente.  
¿Qué significa hov

el sonrojo del ardor  
que trastorna su color?  
Nosotras, las de la fiesta,  
sabemos su corazón loco:  
un caballero en la siesta  
ha devastado su vida.  
Vean a nuestra pobre reina  
loca de cuerpo y alma  
presta a ocultar el arma  
que el héroe le presenta...

Apama, protegida por los cuidados de Adí, llegó por el canal al escondite en el que la esperaba Hassan.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó de mal humor.

—No te enfades, amo. Todo va bien, salvo en este jardín. Myriam no sabe, o no quiere saber, cómo se doma a un mocoso.

Le contó lo que había visto y oído.

—Me parece que Myriam ha elegido el buen camino —dijo—. ¿No has comprendido que Ibn Tahír no puede ser tratado de la misma manera que los demás? ¿Por eso me has hecho venir?

—¡Ha elegido el buen camino! Me dices eso a mí, sabiendo que ningún hombre se me ha resistido. Entonces soy para ti una charlatana y Myriam una artista. Hassan reprimió una sonrisa.

—¿Por qué quieres pelear? Myriam tiene sobre estas cosas puntos diferentes de los tuyos, nada mas.

—¡Puntos de vista diferentes! ¡Dios mío! ¿Y dónde los ha aprendido? ¿Tal vez con su viejo judío? ¿O con el salvaje del desierto?

—¿Y si los hubiera aprendido de mí?

—Me quieres humillar... Pero tienes que saberlo, ella te traicionará... ¡Se ha enamorado de él!

Apama no advirtió en la oscuridad el rubor que había invadido bruscamente la frente del anciano. Sin embargo, sintió que lo había herido.

—Se aman y arrullan como palomas. Sabes que él es poeta y eso nunca deja de tener efecto en el corazón de una mujer. En adelante, ella temblará por él. Ha expulsado a las demás muchachas para quedarse a solas con él. Se lo confesará todo, créeme, o al menos se las arreglará para despertar sus sospechas.

Se oyó un ruido de pasos. Adí les traía a Rekhana. Ésta se tranquilizó un poco cuando divisó a Hassan.

—No temas —le dijo—. ¿Qué hace la pareja?

—Ibn Tahír parece enamorado.

—¿Y Myriam?

Bajó los ojos.

—No lo sé.

—Me gustaría hablarle —dijo Hassan.

Lanzó en dirección de Apama una mirada confundida.

—¿Por qué titubeas? —se asombró.

—¿Cómo hago para transmitirle tu mensaje? ¿Y si Ibn Tahír la sigue?

—Debe venir. Ya encontrará un pretexto.

Se inclinó y se fue a la carrera.

Cuando estuvo de vuelta en el pabellón, Myriam la interrogó en voz baja:

—¿Has visto a Apama?

—Sí. Seiduna está a orillas del canal. Te espera. Inventa un pretexto y ve.

Myriam se volvió hacia Ibn Tahír.

—¿Me amas de verdad?

—¿Lo dudas?

—Pruébalo: compón un poema para mí.

—¿Cómo podría componer, miserable de mí, algo que sea digno de tí? —se aterró él—.

¿Dejará Myriam que me cubra de vergüenza?

—Si me amas, hazlo.

—Pero ¿cómo podría hacerlo... en tu presencia...?

—No temas, no te distraeré. Iré al jardín a coger algunas flores; mientras tanto, habrás podido transcribir lo que te dicte el amor...

Se volvió hacia las muchachas.

—Vosotras permaneced junto a él y entretenedlo con música.

Al retirarse, le susurró a Rekhana:

—No debe salir de la sala. Respondéis de ello.

Envuelta en su manto, corrió por los jardines.

Divisó a Hassan cerca de las barcas. La cogió rudamente por la mano.

—¿Cree al menos que está en el paraíso?

—Está enamorado, por tanto se cree en el paraíso.

—Eso no es una respuesta. Te encuentro de pronto cambiada... Debes saber que no habrá piedad si no se lo cree.

—Te garantizo que así será. Simplemente ordénale a Apama que no merodee como un espectro y que no estorbe mi trabajo.

—Será mejor que conserves la cabeza fría. Trata de que no se te escapen las riendas de las manos.

¿Había escuchado bien? ¿El corazón de Hassan se había conmovido?

¿Entonces ella seguía representando algo para él?

–Nada temas, Ibn Sabbah. Sujeto firmemente las riendas con las manos.

–Es lo que espero de ti... ¿Qué pretextaste para poder venir?

–Le di una tarea: le ordené que compusiera un poema.

La tomó por el brazo y la arrastró por el sendero que bordeaba la orilla.

–¿Crees que está profundamente enamorado?

–Sin ninguna duda.

–¿Y tú?

–¿Te interesa?

–Probablemente. De lo contrario no te lo preguntaría...

–Ibn Tahír es un joven de talento. Pero tiene mucho camino que recorrer para convertirse en un hombre.

–Vuelve a él ahora y duérmelo lo antes posible.

Ella no pudo contenerse: se puso a reír en silencio.

La besó en la frente y se volvió hacia Apama.

–Parece que el amo está celoso –insinuó pérfidamente ésta.

–Tal vez... pero mucho menos, en todo caso, que cierta Apama...

Le hizo un gesto de adiós y le ordenó a Adí que retomara el camino del castillo. Mientras se dejaba llevar a lo largo del río, pensaba: «En cuanto llegue a la torre, le daré la orden al que toca el cuerno. Basta de baile por esta noche». Sentía un peso en el corazón. Le volvía a la memoria la imagen de su viejo amigo Omar Khayyam... Estaba tendido sobre los cojines y bebía vino; una hermosa jovencita lo servía, él componía versos y se burlaba del mundo entero. Meditaba y podía vanagloriarse de haber logrado el conocimiento... y todo en medio de la paz y la tranquilidad. En aquel instante lo envidiaba. «De los tres», pensó «fue él el que eligió la mejor parte». Las muchachas vieron volver a Myriam con el rostro sonriente y de inmediato se sintieron aliviadas. Traía los brazos llenos de flores que dejó llover sobre Ibn Tahír inclinado sobre su tablilla.

–¿Has logrado componer un hermoso poema?

–Al menos lo he intentado.

–Ya nos ha leído algo. Te dará vértigo.

–Me muero de impaciencia.

Se arrodilló a su lado disimulando la píldora en su mano cerrada. Apoyada dulcemente contra él, lo miró por encima del hombro y leyó...

¡Ay, yo otro Ferhad! ¿podía presentir  
que el amor se inflama tan presto?

¿De quién podría adquirir  
el saber de este fuego devorador?

Tibio parece el afecto  
que le profeso al Profeta, a Alí, a mi Maestro

¡hasta ahora tan caros a mi corazón!  
¡Alá, que lees en las almas  
e hiciste la belleza de Myriam  
más hermosa que Shirín,  
que lo ves todo, lo sabes todo, lo comprendes todo,  
¿qué debo hacer?

El amor se ha apoderado de todo mi ser.  
Ya no veo, ni oigo, ya no siento  
lo que no es ella.

¡Ah, querida Myriam, alma de mi alma!  
En esta prueba, Alá, muéstrame  
el remedio para el vacío del corazón.

¿Seré acaso, como nuestro padre Adán,  
expulsado del paraíso?

¿Tal vez quisiste mostrarme el premio  
que me espera al final del combate?

Entonces ¿qué debo hacer, una vez en la tierra,  
para merecer tu gracia?

¡Oh, Myriam! Ayer aún estaba ciego  
y mi corazón ignoraba sus deseos.

Mi espíritu no sabía gobernar lo que pensaba  
y ahora todo es claro.

Mi corazón encontró la paz, mi espíritu su vuelo.

Una dicha sin límites ha alzado mi ser  
cuando he querido, Myriam, perderme en el anhelo.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Myriam. Se apresuró a besarlo para ocultarlas. Sentía una tristeza infinita. «Pobre joven», pensó «tan sincero y tan bueno... con la ilusión de su juventud. No hay lugar en su corazón para la mentira y el engaño. Y es a mí a quien le toca en suerte convertirlo en víctima de Hassan».

—¿Qué te sucede, Myriam?

—Eres tan joven y tan bueno.

Él sonrió y Myriam lo vio enrojecer. Luego pidió bebida, vació la copa y se asombró de sentirse tan débil. La cabeza le daba vueltas. Ante sus ojos desfilaba un paisaje desconocido. De repente se tomó la cabeza con las manos y cayó de espalda.

—No puedo ver. ¡Por Alá, estoy ciego! ¿Dónde estás, Myriam? Me hundo. Me hundo en el vacío...

A las muchachas les dio miedo. Myriam lo besó.



—Estoy aquí, Ibn Tahir. Junto a ti.

—Te siento, Myriam —dijo con una sonrisa fatigada—. ¡Oh, Alá, todo cambia tan de repente! Sólo estaba soñando... Por Alá, esta vez vuelo hacia atrás... Escucha el sueño extraño que acabo de tener: llegaba a la ciudad santa de El Cairo... ¿Oyes, Myriam?

Entraba en el palacio del califa. A mi alrededor estaba oscuro. ¡Oh, ahora me rodea la misma oscuridad! Cuando me volví hacia atrás, hacia la puerta, aún era pleno día; pero cuando miré el trono, me sentí como ciego. Oí la voz del califa: ¡era la voz de Seiduna!

Miré en su dirección: imposible ver nada. Me volví hacia la salida: la sala se hallaba magníficamente iluminada. ¡Alá misericordioso! ¡Qué debilidad! Y no te siento, Myriam.

Hazme una señal, tócame... no, muérdeme, aquí, bajo el corazón, fuerte, fuerte, que te sienta, que sepa que aún estás aquí...

Ella apartó la túnica y mordió la piel que apareció, justo bajo el corazón. Myriam se sentía indeciblemente triste.

—Ahora te siento de nuevo, Myriam. ¡Oh, qué país! ¡Mira! La ciudad por debajo de mí. Mira esa cúpula de oro, esos techos verdes, rojos. ¿Ves esa torre azul? Mil banderas ondean a su alrededor, mil oriflamas abigarradas que ondean al viento. Los edificios, los palacios desfilan a una velocidad enloquecida... ¡Reténme, te lo suplico, reténme! Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un estertor doloroso. Las muchachas estaban descompuestas.

—La desgracia caeré sobre nosotras —declaró Sit con aire sombrío.

—Más nos valdría lanzarnos de inmediato al fondo del torrente —dijo Myriam. Ibn Tahir había caído en la inconsciencia.

—¡Vestidlo!

Ellas obedecieron, Myriam se tendió en uno de los canapés de descanso y se puso a contemplar fijamente el techo. Sus ojos estaban secos.

Cuando Abu Alí y Buzruk Umid se encontraron solos en lo alto de la torre, intercambiaron una mirada perpleja. Permanecieron largo rato apoyados en los codos, escrutando la noche por encima del parapeto, sin pronunciar palabra.

—¿Qué me dices de todo esto? —preguntó por fin Buzruk Umid.

—Estamos en una red de la que no nos será fácil liberarnos.

—Y yo digo: tan seguro como Alá es Alá, Ibn Sabbah está loco.

—En todo caso, es un compañero peligroso.

—¿Crees que debemos permanecer con los brazos cruzados y mirarlo tranquilamente llevar a cabo su proyecto? ¿Qué hace el tigre que cae en la trampa de un lobo?

Abu Alí se rió mientras el otro proseguía su pensamiento:

La rompo con los dientes

—La rompe con los dientes.

—¿Y entonces?

—Entonces termina por escaparse.

—¿No temes que nos envíe un día a uno de sus paraísos?

—Si se está bien no nos resistiremos.

—Y si no se está bien tampoco nos defenderemos.

—Escucha, Abu Alí —y pronunciando estas palabras acercó los labios al oído de su compañero—. Aún es hora, esta noche. Sólo estamos los tres en lo alto de esta torre...

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedo confiar en ti?

—Un cuervo no le saca los ojos a otro cuervo. En todo caso se los sacaría a un águila.

—Cuando vuelva, esperémoslo a la entrada. Yo lo derribaré con la empuñadura de mi sable, sin ruido. Luego lo arrojaremos al Shah Rud desde lo alto del parapeto.

—¿Y los creyentes?

—Les haremos creer que no volvió de los jardines.

—Pero los eunucos sabrán que ha vuelto. Y no podremos escapar vivos de ellos.

—Cuando se conozca el asunto, ya estaremos lejos.

—No hay un creyente que no arriesgara su vida por vengarlo. De veras, la red está bien apretada...

—Toda acción tiene sus riesgos.

—Hay menos riesgos si esperamos su sucesión.

—¡Pero Hassan está loco!

—No tanto como para que no pueda adivinar nuestros pensamientos.

—¿Tienes miedo?

—¿Es que tú no lo tienes?

—Justamente por eso me gustaría que termináramos con esto de una vez por todas.

—Estoy convencido de que adivina nuestros pensamientos. En adelante, permanezcamos callados como tumbas. Los eunucos son un arma terrible...

—Los fedayines serán mucho peores.

—Por lo mismo, callémonos. Ellos no sólo serán una espada en sus manos sino también en las nuestras.

—Tal vez tengas razón, Hassan es un amo terrible, y la hora de soñar con retroceder la hemos dejado seguramente atrás. Hemos sido iniciados en su secreto: todo retroceso equivaldría ahora a una sentencia de muerte.

secreto. Todo retroceso equivaldría ahora a una sentencia de muerte.

—Caminaremos entonces junto a él.

—¡Escucha! Ya vuelve... ¡Hum, hum! A fe mía, tengo que reconocer que el experimento de esta noche es de lo más original...

—¡Aún diría más...! Está lleno de los mejores auspicios...

Hassan, sin aliento, les lanzó una breve mirada y se echó a reír.

—Espero que no os hayáis aburrido mucho. Teníais muchas cosas que deciros y creo que no habéis perdido el tiempo.

—¿Cómo han ido las cosas allá abajo? Eso nos preocupaba. ¿Por qué te llamó Apama?

—¡Celos de mujer! Viejas y nuevas teorías sobre el amor se han enfrentado esta noche. Había que decidir sobre el espinoso asunto de saber cómo se dejan seducir con mayor facilidad los hombres.

Los grandes deyes estallaron en carcajadas. El mal momento había pasado.

—Me parece que prefieres las nuevas teorías a las antiguas —bromeó Abu Alí.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? El mundo evoluciona constantemente: es forzoso renunciar a lo antiguo en provecho de lo nuevo.

—¿Ibn Tahír no habrá caído por casualidad en manos de la nueva teoría?

—¡Miren a este Abu Alí! Haremos de él un gran pescador de almas.

—En todo caso, tú pareces un amante singular. ¡Por las barbas del Profeta! Si quisiera a una mujer, aunque fuera como una vieja camisa, preferiría matarla que dejársela a otro.

—Tú ya lo has experimentado, mi buen Abu Alí, así que no tienes ninguna nueva teoría que proponemos. Pero en lo que respecta a mí, no debes olvidar que soy un filósofo y que ante todo me gusta lo que puedo tocar. Una sola noche no será suficiente para cambiar las cosas.

—Y tampoco la manera de ver las cosas —observó Abu Alí—. Aunque creo que sólo te atienes a este principio en los asuntos del amor. ¿Alguien no ha dicho esta mañana que quería fundar su institución sobre el ejercicio de la razón pura?

—Me acosas como un perro a su presa —se desternilló de risa Hassan—.

¿Piensas acaso que ese contrasentido no es conciliable? Si no ¿cómo caminarían de la mano el cuerpo y el espíritu?

—Si hubiera santos en el infierno, entonces serías un santo infernal.

—¡Por todos los mártires! Mi princesa profesaba el otro día exactamente la misma opinión.

—En todo caso, es una opinión loable.

Abu Alí le guiñó el ojo a Buzruk Umid. Entretanto, Hassan había encendido una antorcha y se sirvió de ella como de señal para el que tocaba el cuerno en los jardines.

—¡Basta de gozos paradisiacos por esta noche! Ahora se verán los resultados

¡Basta de gozos paradisíacos por esta noche! Ahora se verán los resultados. Recibió la respuesta desde los jardines. Luego apagó y dejó la antorcha en su lugar.

—Sí, sí, allá abajo tienen la parte buena —prosiguió como si hablara consigo mismo—. Tienen detrás a alguien que piensa y decide en su lugar. Aunque ¿cómo dejar de lado la conciencia de nuestra responsabilidad y de nuestro desgarró? ¿Quién nos evitará las noches sin sueño, en las que cada amanecer es como un martillazo en el corazón? ¿Quién nos librará de la angustia de la muerte, que sabemos estará seguida por la gran nada?

Ahora la bóveda del cielo se refleja todavía con sus miles de estrellas en nuestros ojos; aún sentimos, aún pensamos. Pero cuando llegue el gran momento, ¿quién nos aplicará un bálsamo capaz de calmar el dolor que nos cause la conciencia de entrar en la eterna noche de la nada? Sí, abajo no tienen esos conflictos. Les hemos creado un paraíso, y les hemos enseñado los gozos eternos que les esperan después de la muerte. ¿Conocéis otros seres que sean más dignos de envidia?

—¿Has oído, Burzruk Umid? Tal vez Hassan tenga razón...

—¿Así que comenzáis a comprender? Sabemos que sólo somos amos de un punto infinitamente pequeño de la realidad visible y esclavos de la inmensa masa de lo desconocido. Podría compararnos con un insecto que ha divisado el cielo por encima de él.

«Voy a trepar por este tallo», se dice. «Parece suficientemente alto como para llevarme a mi destino.» Comienza a trepar por la mañana, hasta la tarde. Llegado a lo alto se da cuenta de que todo su esfuerzo ha sido vano. La tierra sólo está a unos pocos pasos por debajo de él. Y el cielo estrellado que lo cubre sigue estando lejos. La única diferencia es que ya no ve ningún camino que lleve a lo alto. Ha perdido la fe: se ha dado cuenta de que no era nada comparado con la grandeza incommensurable del universo. Se halla privado para siempre de esperanza y de felicidad.

Les hizo un gesto a los deyes.

—¡Vamos! Tenemos que recibir a los primeros creyentes que han vuelto a la tierra desde el paraíso.

Las muchachas que rodeaban a Fátima divisaron a través de las ventanas a los eunucos que se acercaban; llevaban angarillas.

—Se diría que son tres enterradores —comentó pensativa Sara.

—¡Fátima! Descubre a Sulaimán, que lo veamos una vez más —suplicó Zainab. Fátima descubrió el rostro del durmiente. Descansaba tranquilo y respiraba imperceptiblemente. Ahora había en su rostro algo infantil. Las muchachas lo miraron con ojos de asombro. Zainab se mordió cuatro dedos de la mano y devoró al muchacho con una mirada lastimera. Fátima se apresuró a

taparlo.

Los eunucos entraron y cargaron sin decir palabra el cuerpo sobre las angarillas. Salieron igualmente en silencio. La cortina apenas había caído sobre ellos cuando las jóvenes estallaron en sollozos. Halima, ahogando un grito de dolor, se desplomó como si le hubiesen cortado las piernas.

Ya los negros se afanaban junto a Yusuf. Esta vez, sólo lloraban Djaba y Pequeña Fátima. Sulaika, muda, seguía con la vista la llegada y la salida de los eunucos. Era demasiado orgullosa para demostrar sus sentimientos.

—Esto marca también el final de tu gloria —le lanzó Hanaflya cuando de nuevo estuvieron solas—. Has tenido un marido por una noche. Ahora lo has perdido para siempre. Nosotras somos más afortunadas: como ni siquiera tuvimos uno, no pudimos perderlo. Sulaika trató de darle una respuesta desenvuelta. Pero su dolor era demasiado grande, se mordió los labios y hundió la cara en los cojines.

—No tienes corazón, Hanaflya —dijo Asma con cólera.

—Mis palabras no pretendían herirla.

Y, acercándose a Sulaika, le acarició los cabellos. Las demás la imitaron, intentando a su manera consolar a la infortunada... cuyas lágrimas sólo pudieron secarse, después de largo rato, cuando se quedó dormida.

Cuando los eunucos se llevaron el cuerpo dormido de Ibn Tahír, Myriam invitó a las jóvenes a retirarse a sus habitaciones. Aquella noche eran poco numerosas. Las que habían seguido a Fátima y a Sulaika seguían en sus pabellones.

Myriam durmió pues sola. Sin embargo, aquella noche la habría ayudado mucho la presencia de Halima y su locuacidad de niña. ¿Cómo habría soportado ella aquella noche fatal? ¿Qué habría pasado con sus otras compañeras? No podía dejar de pensar en ellas con inquietud. Pero había que esperar hasta mañana... ¡Esperar! era el destino de todas, y luchar contra los sombríos pensamientos que las asaltaban... y que tal vez el alba disiparía. Hassan se volvió hacia los eunucos que acababan de depositar en la cripta su carga viviente.

—¿Todo ha ido bien?

—Todo bien, oh, Seiduna.

Invitó a sus dos compañeros a acomodarse con él en la plataforma móvil en la que habían dispuesto las angarillas. Luego esperaron a que los brazos invisibles de los criados negros los izaran hasta lo alto de la torre.

Cuando llegaron arriba, Hassan destapó los cuerpos de los durmientes.

—Parecen muy cansados —observó Buzruk Umid a media voz.

Hassan sonrió.

—Se levantarán tarde. Luego se despertarán: entonces sabremos en qué

medida hemos tenido éxito.

Apartó la cortina que cerraba la entrada de la celda, con el propósito de que les diera el aire a los jóvenes. Junto a la puerta apostó un centinela, luego se despidió de sus amigos.

—El segundo acto acaba de terminar —concluyó dirigiéndose a ellos—. Volveremos a encontrarnos aquí mañana. Ahora buenas noches.

Abajo, en los jardines, los eunucos se afanaban apagando y descolgando los frágiles farolillos. Algunos se habían consumido, otros todavía encerraban una llama vacilante. Alrededor de ellos, la noche retomaba posesión del jardín. Las mariposas nocturnas proseguían su ronda enloquecida, los murciélagos cazaban los últimos insectos. Desde la espesura se escuchaba el ulular de una lechuza... seguido de cerca por el gruñido de la onza. La última luz se apagó. Era una maravillosa noche de verano, poblada de misterios. Las estrellas en el cielo centelleaban con mil fulgores enigmáticos, lejanos, inaccesibles. Mustafá hizo girar su antorcha para que se le avivara la llama. Iluminados por esta repentina llamarada de luz, los seis eunucos lo siguieron hacia la barca.

—Vamos de paso a echar un vistazo por el lado de las jovencitas —propuso Asad, el maestro de baile—. La velada debe de haber sido para ellas una dura prueba. Fueron al pabellón en el que Fátima y sus compañeras acababan de dormirse. Asad apartó la cortina que ocultaba la puerta; Mustafá los precedió en la habitación, que él iluminó con su antorcha en alto. Las jóvenes se hallaban echadas en un hermoso desorden entre los cojines. Algunas estaban completamente desnudas, otras medio tapadas por un trozo de vestido o de manta; la mayoría ni siquiera se había tomado el trabajo de quitarse los adornos. Sus brazos, sus piernas, de las que se podía contemplar a gusto los deliciosos contornos, descansaban hundidas en la seda y el brocado. Sus suaves pechos se alzaban con una tranquila regularidad.

—¡Este se ha divertido bien! —comentó maliciosamente Asad, rindiendo homenaje de esta manera a la fogosidad del ardiente Sulaimán. Yacían como en un campo de batalla después de la refriega.

La visión trastornó a Mustafá, que no pudo impedir dejar caer su antorcha. En la imposibilidad de soportar más aquella visión, abandonó precipitadamente la habitación y corrió como un loco hasta el río, aullando en medio de la noche:

—¡El hombre es un animal feroz...! ¡Oh, Alá! ¿Qué han hecho con nosotros...?

### **XIII**

Al día siguiente por la mañana tal como habían convenido, los dos grandes deyes se presentaron en los aposentos de Hassan.

—Acabo de echarles un vistazo a nuestros durmientes —les dijo al recibirlos—.

Creo que ya es hora de despertarles.

Lo siguieron a su habitación. Apartó las cortinas que cubrían las ventanas y la claridad del día inundó el cuarto. Los tres entraron después en la habitación de acceso al pasaje secreto: los jóvenes estaban aún tendidos en sus angarillas y parecían dormir apaciblemente. Se acercaron y Hassan miró intensamente el rostro de los dormidos.

—A juzgar por el aspecto no parecen haber cambiado mucho. Queda por saber lo que les ha sucedido dentro y en qué se han convertido sus almas... Vamos a saberlo en un momento... Sacudió a Yusuf por el hombro.

—¿Me oyes, mi buen Yusuf? ¡Ya es de día y todavía duermes!

Yusuf abrió unos ojos espantados, se incorporó sobre un codo y movió la cabeza, visiblemente desamparado. Miraba a los deyes con aire alelado y ausente, y transcurrió un largo rato antes de que se repusiera. Su rostro expresó entonces un asombro sin límites.

—¿Qué has hecho, pues, esta noche para despertarte a semejante hora? —dijo Hassan recompensándolo con una sonrisa maliciosa.

—He estado en el paraíso, gracias a tu misericordia, oh, Nuestro Amo —respondió el otro alzando temerosamente los ojos.

—Seguramente tuviste algún sueño agradable, hijo mío.

—No, no, en verdad estuve en el paraíso...

—¡Cuéntaselo a otro! ¡Cuéntaselo a otro! Sabes perfectamente que tus compañeros se reirían de ti si les contaras esa fábula.

—Sé lo que sé, oh, Seiduna, ¡estuve realmente en el paraíso!

—¿Así que estás convencido de que te di las llaves que abren las puertas de los jardines de allá arriba?

—Sin la menor sombra de duda, oh, Seiduna.

El ruido de las voces había despertado a Sulaimán. Sentado en su cama, con un fruncimiento que indicaba la mayor perplejidad, su mirada iba del rostro de Hassan al de Yusuf.

De repente lo recordó todo y se palpó febrilmente el cuerpo. Sus dedos encontraron la pulsera de Halima escondida bajo su túnica y el estupor se pintó en su rostro.

—Bien, ahora se ha despertado nuestro Sulaimán. ¿Qué habrá podido hacer durante toda la noche para dormir hasta semejante hora?

—He ido al paraíso, gracias a Nuestro Amo.

—¡Vamos, vamos! ¿Esperas que nos traguemos tu sueño?

—Si alguien se atreve a dudarlo... Quiero decir que tengo la prueba de que realmente fui...

—¿Tienes la prueba? ¡Muéstramela ya!

Sulaimán se dio cuenta demasiado tarde de que acababa de decir lo que no debía. Comenzó por justificarse.

—No sé cómo se me quedó entre las manos. Me sentí débil, busqué algo en qué

apoyarme y de repente sentí esta pulsera en el hueco de la mano. Luego no recuerdo nada.

—Déjame verla.

Sulaimán entregó su botín de mala gana. El jefe inspeccionó el objeto con ojos inquisidores y luego se lo tendió al gran dey.

—Increíble, de veras —dijo—. En realidad parece una auténtica pulsera del paraíso.

—Sulaika tenía una igual —intervino Yusuf—. Pero ella me prohibió traérmela a este mundo.

—¡Sulaimán, Sulaimán! —dijo Hassan volviendo la cabeza—. Encuentro algo extraño que hayas podido apoderarte de esta joya. ¿No habrás cometido un robo en el paraíso?

El desdichado muchacho sintió que el miedo lo embargaba.

—¡Naim y Obeida nunca me hubieran creído...! Por eso la conservé... para mostrársela.

—¿Tanta fama de mentiroso tienes entre tus compañeros?

—Yo tampoco les creería si me contaran lo que yo voy a contarles.

—Muy bien. Por el momento, yo guardaré la pulsera. Cuando de nuevo te envíe al paraíso, te la daré para que la lleves. Pero cuidado con lo que digas allí para justi... Ibn Tahír, despierto desde hacía un momento pero todavía algo aturdido, seguía la conversación con cara de sorpresa. Lentamente le volvían a la memoria los acontecimientos de la noche. Se llevó la mano al pecho y reprimió un breve sobresalto: todavía le dolía, justo bajo el corazón, la marca de los dientes de Myriam. Hassan se volvió hacia él.

—Oigo cosas increíbles de boca de tus camaradas. Ayer noche los dejé, como a ti, en esta pequeña habitación. Ahora quieren hacerme creer que no han pasado la noche aquí, sino que han viajado directamente a otro mundo. Tú, que siempre conservas la cabeza fría y sabes pensar, ahórrame el deber de creerles. Si no, tendré miedo de vivir cerca de este lugar en el que los espíritus nocturnos pueden en cualquier momento tomarnos de la mano y llevarnos sabe Dios dónde.

—Sé que bromeas, oh, Seiduna. Tú lo sabes bien, tú que has sido el instigador de nuestro viaje nocturno... y quieres ahora probarme.

—¿Así que tú también, Ibn Tahír, afirmas que no has pasado la noche donde estamos?

—Sí, pero yo sé que tú también lo has pasado, ¿verdad?



Dicho de otro modo, ¿que no sera solo ilusion, fantasia afirmar... que de verdad poseo las llaves del paraíso?

–Perdóname, Seiduna, nunca más podrá penetrar la duda en mi corazón.

–Bien. Pero entonces me gustaría saber, amigos míos, lo que podréis decirles a vuestros compañeros cuando os pregunten dónde habéis pasado la noche.

–Les diremos la verdad: estuvimos en el paraíso gracias a Nuestro Amo. Eso es todo.

–De acuerdo... pero sólo si vuestra fe sigue siendo firme e inquebrantable. Ya que es vuestra fe lo que ahora necesito: que sea esa fe que se dice derriba montañas. ¡Id ahora con vuestros compañeros.

Llamó al centinela y le ordenó que los condujera al pie de la torre. Una vez solo con los dos grandes deyes, pudo finalmente expresar su alivio.

–De modo que todo ha sucedido como lo había previsto.

Abu Alí se precipitó hacia él con las manos tendidas.

–¡Por la salvación de mi alma! –exclamó–. Has encontrado el punto arquimédico. Ambos se abrazaron.

–Hasta el último momento dudé del éxito –confesó Buzruk Umid–. Ahora creo que has logrado cambiar verdaderamente la naturaleza humana. ¡Has conseguido un arma terrible con esos hachisimos!

–¡Fin del tercer acto...! –suspiró Hassan–. Se podría titular: el Despertar... o el Regreso de los jardines ilusorios...

La convocatoria de sus tres compañeros por el jefe supremo y, más aún, su ausencia a una hora tan avanzada de la noche, había suscitado entre los fedayines un río de conjeturas y discusiones. Reunidos en el dormitorio no podían conciliar el sueño y se perdían en locas disquisiciones, esperando el regreso de los felices elegidos y ardiendo en deseos por escuchar sus relatos.

–Finalmente sabremos algo sobre Seiduna –se alegraba por adelantado Obeida.

–¿Por qué razón los habrá convocado, según tú? –se alarmó Naim.

–¿Por qué? Seguramente para reprochables el haberle arrebatado el estandarte a los turcos...

–No te lo pregunté a ti: quería la opinión de alguien inteligente.

–¡No pensarás que los ha llevado al paraíso! –ironizó Abdalah–. Está claro que los ha convocado para recompensarlos... seguramente para invitarlos al festín de los jefes.

–Tal vez tengas razón –dijo Djafar pensativo.

–Pero entonces, ¿por qué tardan tanto en volver? –se asombró Obeida–. Es posible que les haya confiado alguna misión gloriosa... Tal vez a esta hora ya hayan abandonado el castillo...

¿De qué vale discutir en el vacío? –gritó Abd al Ahman–. Mientras no

—¿De qué vale discutir en el vacío? —zajío Abd al-Ahman—. Mientras no estén de regreso y no nos hayan contado personalmente adónde fueron y lo que vieron, no podremos adivinar nada. Por tanto, lo mejor es dormir... Nada es tan bueno para mí como un reposo bien merecido...

A la mañana siguiente, estaban levantados hacía mucho rato cuando de repente reaparecieron los tres ausentes. Todos se precipitaron a su encuentro, los rodearon y los acosaron a preguntas.

—Primero vamos al dormitorio —sugirió Sulaimán—. Allí podremos hablar. Tengo hambre y los huesos molidos como si me hubieran dado una tremenda paliza. Las piernas no me sostienen.

Una vez en el dormitorio, los tres amigos se dejaron caer en sus camas. Les trajeron leche y pan.

—¿Quién será el primero en hablar? —pregunto Sulaimán.

—Comienza tú —respondió Yusuf—. Yo soy demasiado impaciente, no podría llegar hasta el final... Y además, si veo que alguien no me cree, me enfadaría... y sería agregar más problemas al asunto.

Habían formado un círculo alrededor de las tres camas.

—¿Creéis en los milagros? —comenzó Sulaimán.

Los fedayines se miraron.

—En los milagros de antes, sí —dijo Naim—. El Profeta prohibió creer en los nuevos.

—¡Escuchad todos a este lengua de víbora! ¿Y qué enseña Seiduna?

—No sé lo que ha dicho sobre los milagros.

El tono de Sulaimán volvió prudente a Naim.

—¿Acaso no has aprendido que Alá le dio a Seiduna las llaves que abren las puertas del paraíso?

Se paralizaron en un silencio tenso. Sulaimán hacía deambular victoriosamente su mirada de un rostro al otro. Tras haberse deleitado con su curiosidad, les lanzó estas palabras:

—¡Fedayines, la noche pasada Seiduna nos concedió la gracia de abrimos esa puerta!

Se miraron entre sí sin decir palabra, luego Obeida estalló en ruidosas carcajadas, pronto imitado por todos los demás. Sólo los tres viajeros nocturnos conservaron la seriedad.

—¡Se pusieron de acuerdo para engañarnos! —se burló Abd al-Ahman.

—Según su vieja costumbre, Sulaimán se burla de nosotros —agregó Naim. Ibn Vakas hizo una mueca desdeñosa:

—Dejémoslos. Se emborracharon y fueron a dormir la mona en algún establo. Se les nota perfectamente en los rostros. Seguramente esperan hacer olvidar su vergüenza gracias a esta refinada broma

vergüenza gracias a esta tremenda broma.

–Sabía que ocurriría –se encolerizó Sulaimán–. Ibn Tahír, díselo tú. A ti te creerán.

–Basta de bromas –se enfadó Obeida–. A mí me gustaría saber si habéis visto a Seiduna.

Ibn Tahír tomó entonces la palabra.

–Escuchad, amigos míos... Confieso que es muy difícil hablar de cosas tan inverosímiles como las que hemos vivido esta noche. Comprendo perfectamente que os burléis de nosotros. Sin embargo, todo lo que acaba de decir Sulaimán es la pura verdad. Por eso os suplico, tened paciencia y escuchad. Dejadle continuar... Su rostro estaba completamente serio y no había en su voz ningún tono de broma. Pero todo aquello ¿no sería, pese a todo, alguna comedia astutamente montada?

–Yo acusaría a mi propio padre de mentira si se le pasara por la cabeza decirme semejante enormidad –declaró Djafar–. Sin embargo, encuentro extraño que tú, Ibn Tahír, te prestes a hacernos este tipo de bromas. Pero bueno, que Sulaimán cuente... Al menos escucharemos la hermosa fábula que habéis preparado para nosotros.

Sulaimán enderezó la cabeza, paseó su mirada alrededor y comenzó a contarles todo desde el comienzo: cómo habían subido la escalera de la torre... su encuentro con el gigante armado que montaba la guardia... cómo Abu Alí los había llevado a presencia de Seiduna... En cuanto se olvidaba de algún detalle, Yusuf le cortaba la palabra. De esta manera, los muchachos tuvieron un informe detallado de la extraña conversación que los tres amigos habían tenido con el jefe supremo. Escucharon el resto manifestando una curiosidad cada vez más tensa, con las intervenciones de Yusuf que venían involuntariamente a corroborar la veracidad de aquel relato verdaderamente increíble. Cuando Sulaimán llegó al momento en que Seiduna les había ordenado a los muchachos que entraran en la celda con las tres camas, los auditores contuvieron el aliento, los ojos pendientes de sus labios.

Ibn Tahír también escuchaba atentamente. Sin poner demasiada atención, se había llevado de nuevo la mano al pecho; así pudo sentir la huella que había dejado en su piel los dientes de Myriam. Por mucho que pudiera sumergirse en la trivialidad de la existencia, el recuerdo de su aventura nocturna, confirmada por aquel testimonio indudable, le producía violentas palpitaciones. En él se despertaba una fe totalmente nueva: la fe que desdeña con soberbia los argumentos de la experiencia y de la razón. Luego, Sulaimán explicó cómo Seiduna les había distribuido aquellas píldoras milagrosas que les había dado la impresión de volar por países desconocidos. Entonces contó lo que había soñado antes de perder completamente el conocimiento... Luego llegó el despertar en el

unos se perdían completamente en conocimiento. Luego llegó el despertar en el paraíso. Los ojos de los fedayines brillaban, la fiebre coloreaba sus rostros; se los veía agitarse con impaciencia... El muchacho prosiguió su relato: lo que había sentido en el momento de despertar, la descripción minuciosa de las maravillas del pabellón de cristal. Finalmente la de las muchachas...

—Pero tal vez también soñaste todo eso...

Obeida había dejado escapar esta frase por entre sus labios crispados. En las miradas que no dejaban de lanzarse los unos a los otros se adivinaba hasta qué punto los

conmovían las imágenes que se atropellaban en sus cabezas. El pequeño Naim, en cuclillas junto a la almohada de Ibn Tahír, con las piernas temblequeándole, tenía el rostro lívido del niño aterrorizado por un cuento de terror.

—Todo lo que veía de aquella habitación era sin duda tan real como vuestra presencia aquí a mi alrededor. Es imposible imaginar un decorado más espléndido: en aquel lugar todo era de oro y plata. Lechos cubiertos de tapices más blandos que el musgo de los bosques... cojines en los que uno parecía hundirse... manjares de un sabor divino, servidos con profusión... un delicioso vino que te relajaba sin quitarte el sentido. En resumen, todo lo que está escrito en el Corán. ¡Y huríes, amigos míos! Una tez de leche y terciopelo, grandes ojos transparentes y puros, senos... ¡Oh, Alá! Mi sangre hierve sólo con recordarlo...

No les ahorró ningún detalle de sus experiencias amorosas.

—¡Oh, si hubiera podido estar allí —exclamó Obeida, incapaz de contener el grito que le salía del corazón.

—Si te hubieras atrevido a tocar una sola, te habría arrancado las entrañas con mis propias manos.

Los ojos de Sulaimán centellearon como los de un loco. Obeida hizo un movimiento de retroceso. Conocía a su amigo: era mejor no bromear con él. Pero nunca lo había visto en ese estado: un cambio indefinible, que sentía como una amenaza, se había operado en él durante aquella noche.

—¡Esas huríes son más! ¿Comprendéis? Ahora son más... y para la eternidad. No renunciaría a ninguna de ellas, aunque fuera a cambio de mi propia vida. ¡Oh, mis gacelitas...! Fuentes de alegría, de una dicha que no podríais imaginar... Ninguno de vosotros tenéis derecho a desear a ninguna. ¡Alá las ha preparado para mí...! Y ardo de impaciencia al pensar que un día me reuniré con ellas... para siempre... En verdad, Sulaimán se había convertido en otro hombre. Todos lo miraban con un asombro mezclado de desconfianza, incluso con un poco de miedo.

Yusuf era el único quizá que no se había percatado de la sombría exaltación que se había apoderado de su compañero; o más bien aquella exaltación le

parecía natural, él la compartía confusamente, pues la misma mutación se había operado en él. Sin embargo, cuando escuchó detallar hasta el infinito sus proezas amorosas terminó por explotar:

—¡Cómo te gustaría hacernos creer que en esta sola y única noche convertiste a las nueve huríes en tus mujeres!

—¿Por qué iba a mentir? ¿No hiciste tú otro tanto?

—Incluso en cosas tan serias como éstas, Sulaimán no puede dejar de exagerar —rió el otro dejando transparentar su cólera. Sulaimán lo atravesó con la mirada.

—¡Refrena tu lengua! No exagero más que lo que exagera el Corán.

—¿Así que el Corán exagera?

Soltó una carcajada y Sulaimán se mordió los labios.

—En todo caso mis mujeres no dudaron en componer versos para celebrar mis proezas. Pero quizás afirmaréis que las huríes mienten...

—Pues bien ¡recítalos!

Intentó hacer memoria; pero su lengua no tardó en trabarse. Yusuf se desternillaba de risa dándose grandes golpes en las rodillas, arrastrando a los demás a compartir la hilaridad. Sulaimán se lanzó entonces como una flecha por encima de la cama de Ibn Tahír y le propinó un puñetazo en pleno rostro. El otro se llevó instintivamente la mano al sitio que había recibido el golpe. Abrió desmesuradamente los ojos y se levantó lentamente; la sangre le inundó el rostro.

—¿Cómo? ¿Tendré que tolerar que este animal me golpee en pleno rostro?

Rápido como el rayo, arrinconó a Sulaimán contra el muro opuesto. Los sables que estaban colgados tintinearón. Sulaimán descolgó uno y miró a su adversario con los ojos inyectados en sangre.

—¡Hijo de perra! ¡Te reto a vida o muerte!

Yusuf palideció. Su cólera se borró instantáneamente. Pero antes de que pudiera hacer un gesto, Ibn Tahír se había arrojado sobre Sulaimán y le había sujetado el brazo. Djafar, Ibn Vakas y los demás corrieron en su ayuda y desarmaron al colérico...

—¿Te has vuelto loco? ¡Anoche en el paraíso, gracias a Seiduna... y hoy una matanza entre amigos...! Y tú también, Yusuf, ¿qué mosca te ha picado...? ¿Por qué interrumpiste su relato? Déjale contar lo que quiera. No todos estamos hechos de la misma pasta y cada cual dirige su barca como quiere.

—Ibn Tahír tiene razón —opinó Djafar—, dejemos terminar a Sulaimán. Luego será el turno de Yusuf y luego el suyo.

Todos le rogaron a Sulaimán que prosiguiera su relato. Yusuf cruzó obstinadamente los brazos en el pecho y miró el techo. Sulaimán le lanzó una

mirada burlona. Luego acabó  
de contar su historia.

Por extraño que parezca, ya ninguno de ellos dudaba ahora de que los tres hubieran ido de verdad al paraíso. Hacían mil preguntas sobre los detalles del lugar, y pronto supieron todo lo que se podía saber sobre la organización de los jardines celestiales... y sobre las muchachas que habían estado con Sulaimán. Soñaban con las hermosas huríes y sus corazones ya elegían entre todas las beldades que acababan de describirles tan meticulosamente.

—¿Y te despertaste en la misma celda en la que te dormiste anoche?

Naim tenía el arte de hacer preguntas infantiles.

—Exactamente. Todo estaba como la noche anterior. Con la única diferencia de que podía sentir bajo la túnica la pulsera que me había dado Halima.

—¿Por qué te la quitó Seiduna?

—Seguramente temió que la perdiera. Pero prometió devolvérmela la próxima vez que me envíe allá.

—¿Y cuándo irás?

—No lo sé, pero quiera Alá que sea pronto.

Le tocó el turno a Yusuf de contar su aventura. Ellos ya conocían el comienzo y el fin. Así que debía limitarse al relato de su estancia en el pabellón maravilloso. Los cantos y sobre todo las danzas lo habían deslumbrado. Se inflamó recordando las gracias de Sulaika... su belleza, los movimientos lascivos de su danza... No terminaba nunca de enumerar sus virtudes. Era como confesar claramente que su corazón había quedado cautivo. Ahora lamentaba el movimiento de deseo que lo había llevado un breve instante hacia Djada y no dudó en exagerar un poco, sin darse cuenta incluso, la fidelidad que le había demostrado a la elegida de su corazón.

—Sólo ella es mi esposa —concluyó—. Todas las demás sólo eran acompañantes designadas para servirme, pues aunque a todas las distingue alguna gentileza, ninguna la iguala en belleza.

Sulaimán había resultado ser mejor narrador. Era evidente que el relato de Yusuf sólo apasionó a medias a su auditorio. Apenas una vez logró cortarles el aliento a los fedayines: fue cuando recordó el paseo por los jardines misteriosamente iluminados. Esto no lo había vivido Sulaimán... y lamentaba haberse dejado llevar por la seducción de las maravillas del pabellón encantado hasta el punto de que ni siquiera se le había ocurrido ir a echar un vistazo al exterior.

El relato de Ibn Tahír fue el más breve de todos. Contó cómo había sido recibido por Myriam. Ella lo había acompañado a los jardines y le había mostrado el muro de Al-Araf, en lo alto del cual erraba un héroe caído antaño

por el Islam en una guerra a la que había ido en contra de la voluntad de sus padres... De Myriam, Ibn Tahír les contó que era más sabia que el dey Ibrahim. También contó cómo en un momento había dudado y cómo entonces una especie de gato enorme que respondía al nombre de Ahriman lo había derribado. Aquel animal, Al-Araf y la sombra del héroe de antaño... todo era perfecto para picar la curiosidad de los fedayines; pero Ibn Tahír no estaba muy proclive a la charla aquella mañana...

—Dejadnos descansar —terminó por decirles—. Dentro de poco estaréis cansados de escucharnos y sabréis tanto como nosotros.

Entonces se volvieron hacia Yusuf y Sulaimán, que se mostraban menos avaros en sus explicaciones... y en poco tiempo, nuestros tres héroes fueron, a los ojos de sus compañeros, como esos reyes partos que no dudaban en situarse a la par de los dioses. Apama no había pegado ojo en toda la noche. La oscuridad resucitaba los fantasmas del pasado, los grandes días y las noches maravillosas de su juventud. Lo recordaba todo con una exactitud aterradora. Sufría los tormentos del infierno. Era insoportable la conciencia de haber ocupado un día la primera fila y luego verse ante el cotidiano espectáculo de su propia decadencia. Otras ocupaban hoy su lugar en el reino del amor. Se levantó en cuanto los primeros rayos del sol comenzaron a dorar las cumbres del Elburz. Con la cara descompuesta, el cutis ceniciento, despeinada, contempló tristemente el horizonte a través de la red de ramas que se desplegaban por encima de la entrada de su casita. Allá, frente a ella, se elevaba Alamut, que le cerraba para siempre el camino de regreso al mundo. Pero justamente, ¿qué haría ella en ese mundo ahora que estaba vieja y ajada? Gracias a Alá, Hassan la había salvado de la miseria y sacado del olvido. Aquí tenía su reino. Por cierto, era un reino amargo que constantemente le recordaba los días pasados. Pero era preferible la amarga grandeza del ángel caído que una lenta podredumbre en algún estercolero.

En sus noches dedicadas a la nostalgia, se interrogaba sobre el papel que había jugado Hassan en su vida. Antes, hacía mucho tiempo de eso, era un amante medio soñador, medio profeta, que el tiempo y otros hombres mucho más notables que él habían borrado casi completamente de su memoria. Habría olvidado hasta su nombre si él no hubiera estado de continuo implicado en las turbulencias del siglo y en mil querellas religiosas. Hacía apenas dos años, cuando ella había tocado fondo en su miseria, un desconocido le había traído inesperadamente una carta suya. Le escribía que era el amo de una fortaleza famosa y deseaba que viniera, que la necesitaba. Ella no tenía nada que perder; se decidió en seguida. Vagas y pálidas esperanzas le afloraron a su pesar en el corazón. Ahora veía a Hassan en todo su poderío. Antes era ella la que daba;

ahora los papeles se habían invertido. ¿Lo amaba? No lo sabía. Por fin comprendía cuán amargo es para una mujer vivir cerca de un hombre que antaño la había amado fogosamente y que ahora se preocupaba tan poco de ella que ni siquiera intentaba ocultarle su pasión por otra. Salió de la casa. Mil pajarillos piaban en los árboles. El rocío brillaba sobre la hierba, en las hojas, y perlaba la corola de flores. Era una espléndida mañana de verano, que sólo avivaba su tormento. Se sacudió sus tristes pensamientos, fue a lavarse la cara al cubo de agua y se arregló como pudo sus rebeldes cabellos, rabiando por no poder borrar mejor las huellas de aquella mala noche. Luego se dirigió hacia el edificio próximo en el que dormían los eunucos. Se los oía roncar ruidosamente a través de la puerta entreabierta. Aquel sueño tranquilo, indolente, tenía el poder de exasperarla. Les gritó que ya era de día y que era hora de ponerse a trabajar.

—¡Maldita bruja!

Mustafá rabiaba; Adí se reía.

—¡Vieja puta, recogida de la basura!

Furiosa, abrió la puerta de par en par. Una sandalia voló por los aires y rozó su cabeza. Retrocedió de un salto.

—¡Esperad, perros! Seiduna os cortará la piel a tiras...

Una gran carcajada estremeció la casa.

—¡A las barcas, animales! No olvidéis que debéis llevar a las muchachas a sus habitaciones... y por favor, rápido, que Seiduna no las encuentre así. Ellos se levantaron bostezando, se pusieron perezosamente sus túnicas de colores y salieron sin apresurarse... cuidándose bien de no dirigir la menor mirada a la despreciable vieja. Por lo demás, ni ella ni ellos sabían de dónde les venía aquel odio recíproco. Se dirigieron a la orilla del canal donde se lavaron someramente, luego subieron a las barcas y pronto estuvieron en medio de la corriente. Apama había tomado asiento junto a Adí y los demás hacían lo que podían por salpicarla.

—¡Esperad un poco canallas! ¡Quien ríe último ríe mejor! Alá sabe perfectamente por qué permitió que os arrebataran vuestra virilidad...

Cuidado con tu bajo vientre, que puedo cortarte

la piel que te queda, ¡y convertirte en muchacha!

Adí sacudió peligrosamente la barca y sus compañeros se divirtieron mucho al ver a la vieja aferrándose al borde para no caer al agua. Finalmente atracaron en la isla donde dormían Fátima y sus compañeras. Apama saltó a tierra y tomó el sendero que llevaba al pabellón. La naturaleza estaba ahora en pleno despertar y el sol acariciaba ya las altas laderas.

Miró a través de los vidrios de la sala. Las muchachas, desplomadas sin pudor en medio de un desorden de cojines, dormían profundamente. Como una



ría, se dirigió a la entrada, cogió el martillo del gong y golpeó con rabia el disco de metal. Las jóvenes, aterrorizadas, se levantaron al instante.

—¡Perdidas! Habéis fornicado toda la noche y ahora, a pleno día, os ponéis a dormir.

¡De prisa!, a las barcas y a casa... que Seiduna no os sorprenda en este estado. Ellas se arrebujaron en sus mantos y corrieron hacia el canal. Aún medio dormidas y con la cabeza aturdida por el ruidoso concierto con el que las habían honrado al despertar, la cara descompuesta y los cabellos desmelenados, se amontonaron en las barcas. Myriam vino a su encuentro desde la orilla de la isla vecina. Había tenido tiempo de maquillarse y de pintarse los labios, pero se veía perfectamente que había tenido una mala noche. Su mirada se encontró con la de Apama; en ella creyó adivinar por primera vez una secreta connivencia. Fue la primera vez que se comprendía una a otra.

La vieja acompañó a los eunucos en su visita a los pabellones vecinos, donde las durmientes también fueron sacadas violentamente de la cama. Entonces divisó a Myriam que la esperaba en la orilla.

—¿No has dormido?

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco.

—En realidad, nuestra vida es muy extraña.

Quiso decir, aterradora. Pero Apama había entendido.

Sulaika y sus compañeras se afanaban alrededor para borrar de sus personas los estragos de la noche. Se dieron prisa en volver al palacete y hacia la hora de la tercera oración todo había vuelto al orden. La vida cotidiana volvía a empezar. A media tarde, Hassan hizo irrupción entre ellas en compañía de cuatro guardias. Se colocaron dócilmente en semicírculo delante de él. Quería saber por sus bocas cómo había

transcurrido la noche. Respondieron a sus preguntas con voz temblorosa. De repente se sacó del bolsillo de la túnica una pulsera de oro. Les mostró la alhaja y preguntó:

—¿Cuál de vosotras llevaba esta joya?

Halima reconoció de inmediato su pertenencia y le faltó poco para desmayarse de terror. Era incapaz de articular una palabra. Sin embargo, tampoco las demás parecían encontrarse a gusto. Myriam las miró una a una; en cuanto sus ojos se posaron sobre Halima, comprendió. Le lanzó a Hassan una súplica muda y se sintió tranquilizada por el fulgor de maliciosa sonrisa que creyó ver aflorar en sus labios.

—Así que esta pulsera no pertenece a ninguna de vosotras. En ese caso, el fedayín me ha mentado...

Miró a Halima con ojos penetrantes. Gruesas lágrimas corrían por las

miró a Halima con ojos penetrantes. Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de la joven, cuya mandíbula temblaba. En pensamiento, ya se veía con la cabeza en el tajo sintiendo el frío del filo por encima de su cabeza.

–Muy bonito, mi querida Halima. ¿Sabes lo que debería hacer con tu cabeza sin cerebro? Y lo habría hecho sin piedad si por tu culpa el muchacho se hubiera dado cuenta de nuestro secreto. Por esta vez te concedo el regalo de la vida. Pero la próxima vez no escaparás al hacha.

Volvió a meterse la pulsea bajo la túnica.

Myriam le hizo una señal a Halima que se precipitó contentísima a los pies de Hassan. Deseaba agradecerle, pero las palabras no querían salir de su boca. Se contentó con besarle la mano.

–Quiero que os esforcéis más en el futuro –dijo despidiéndose–. Anoche habéis adquirido una experiencia que deberéis seguir utilizando para los mismos fines. Debéis estar dispuestas día y noche.

Se inclinó delante de ellas e invitó a Myriam a seguirlo.

–Espérame esta noche. Tengo muchas cosas que decirte.

–Estoy a tus órdenes –respondió ella. Era la primera vez que una cita no le procuraba ninguna dicha.

Cuando cayó la tarde, las muchachas se reunieron alrededor del estanque y la conversación versó sobre los acontecimientos de la noche pasada, sobre los méritos comparativos de los diferentes jardines... Halima se había sentado aparte y escuchaba sin decir palabra. Por primera vez sentía un deseo verdadero de estar sola. Ocultaba en su corazón un gran secreto. Nadie lo sabía. No se arriesgaría a revelárselo a cualquiera. Amaba a Sulaimán. Lo amaba locamente. Un asunto atormentaba sobre todo su alma, pero no se atrevía a plantearlo. Finalmente se dirigió a Fátima.

–Hay algo que no he entendido. La próxima vez, ¿serán los mismos visitantes? Fátima la miró y comprendió en seguida. Con el corazón oprimido de conmiseración le respondió:

–Eso no lo sabe nadie, hijita.

Halima le lanzó una mirada inquieta. Sospechó de repente que lo había adivinado. ¿No volvería a ver nunca más a Sulaimán? La atormentaron las dudas durante toda la noche y no pudo pegar ojo. ¿El peso que debía soportar no era demasiado para ella? Aunque,

¿acaso no había dejado de ser una niña?

La noticia corrió ese mismo día por toda la fortaleza: Hassan había abierto la puerta del paraíso a tres fedayines durante una noche. Abu Soraka quería interrogar personalmente a los tres interesados. Los encontró durmiendo. Pero sus compañeros le informaron lo que habían oído de sus labios. El buen hombre tenía la frente cubierta de sudor. De inmediato se fue a ver a Abu Alí y le

tema la tiene cubierta de sudor. De inmediato se fue a ver a Abu Tam y le informó de lo que contaban los fedayines a quien quisiera oírlo. El otro esbozó una sonrisa de inteligencia y sólo hizo esta observación:

–Si lo dicen quiere decir que lo creen. Si lo creen, quiere decir que es verdad. En efecto, ¿qué necesidad hay de faltar a la verdad?

Abu Soraka asintió con expresión aterrada y fue en busca del médico con el propósito de darle la noticia y de escuchar su opinión.

–Me parece que Hassan imaginó este engaño para dominarnos –le dijo–, aunque

¿cómo pudo incitar a esos jóvenes, hasta ahora tan amantes de la verdad y tan sinceros, a mentir de una forma tan abominable?

–Temo que haya detrás de todo esto algo mucho más peligroso –le advirtió el griego–.

¿Recuerdas nuestras conversaciones a propósito de los harenes detrás del castillo? ¡Tal vez los preparara justamente para los muchachos...!

–Pero entonces, ¿por qué no nos puso también a nosotros al corriente de su proyecto?

Pues debe de saber perfectamente que mientras menos informados estemos más conjeturas nos haremos.

–¿Quieres un buen consejo, ilustre dey? Déjate, sobre todo, de conjeturas y olvida lo que has oído. De otro modo no sé si daría mucho por tu pellejo. Pues no se trata de bromear ni con el jefe ni, por supuesto, con esos jóvenes exaltados. He visto muchas cosas en mi vida. Pero hay en Ibn Sabbah un misterio que sobrepasa mi razón y mi experiencia. Abu Soraka volvió a ocuparse de sus asuntos con el alma turbada: la extraña aventura nocturna de los tres fedayines llenaba su espíritu con la insistencia de una obsesión.

El dey Ibrahim acogió la noticia de manera muy diferente. Comenzó por asombrarse como los demás. Después puso las cosas en claro en su cabeza. «Seiduna sabe lo que hace», concluyó. «Estamos a su servicio. Si no nos ha puesto al corriente es que tiene sólidas razones para hacerlo.»

En los cuarteles la noticia fue comentada con mayor ardor. Los caporales y algunos números de tropa destinados al servicio de comedor de los fedayines, habían aguzado el oído al escuchar sus conversaciones y traído la noticia de aquel prodigio inaudito, pues, por asombroso que pareciera, la mayoría de los que tuvieron acceso al relato de la historia por boca de los muchachos, estaban convencidos de que la visita a los famosos jardines era ni más ni menos que un milagro... y toda la tropa compartió pronto este punto de vista.

–Nuestro Amo debe de ser un profeta muy ilustre para que Alá le haya dado un poder tan grande –susurraban por todo comentario.

–¿Y si los fedayines se lo hubieran inventado todo? –se inquietaba aquí v

allá algún escéptico.

–Imposible –zanjaba cada vez alguno de los que habían escuchado contar la increíble aventura–. Todos están subyugados por el relato de los tres muchachos. Y agregaban:

–En todo caso, es la mejor prueba de que el ismaelismo es la única fe verdadera. Sólo un perro criminal podría, pese a tales milagros, seguir dudando de la misión de Seiduna. Las demás opiniones iban indefectiblemente en el mismo sentido...

–En adelante no dejaré hereje vivo. Al que no reconozca abiertamente que Seiduna es un gran profeta lo atravesaré de parte a parte.

–Sí, ahora será una auténtica gloria enfrentarse con esos perros heréticos. Todos deben pasar por nuestros sables.

El emir Minutcheher fue atraído por las palabras de una de estas conversaciones. Escuchó un momento en silencio. Luego hizo que se lo contaran todo desde el principio. Los soldados lo observaban con curiosidad. Pero ni un músculo se movió de su rostro. Cuando comprendió que ellos esperaban de él una declaración, se limitó a decir:

–Si los fedayines afirman que fueron al paraíso por gracia del jefe supremo y éste no lo desmiente, quiere decir que es nuestro deber creerlo y conducimos en consecuencia. Sin embargo, volvió a sus habitaciones con el ceño fruncido. También él se asombraba de que el jefe no le hubiera participado el secreto de su plan. Pero el ardor salvaje que había observado en su tropa le preocupaba aún más. No dudaba de que en el origen de todo aquel asunto hubiera un engaño, pese a que no pudiera imaginar exactamente en qué

consistía. Sólo sabía que sus viejos y experimentados soldados no esperaban más que una señal para convertirse en una tropa de fanáticos dispuesta a todas las violencias, de la cual él ya no sería el verdadero jefe, sino que recibiría sus órdenes directamente de una autoridad invisible: la del jefe religioso en persona. ¿Qué otra cosa le quedaba hacer sino adaptarse a su vez a la irresistible corriente? Hassan lo había nombrado emir y esta distinción revestía carácter tanto religioso como militar.

Lo mejor era tener paciencia y esperar que las cosas se aclararan por si mismas. Aunque ¿acaso no era él uno de los mecanismos obedientes del aparato montado exclusivamente por Hassan? ¿Podía ahora escapar al papel que en secreto había preparado para él?

Todo el día y la tarde, hasta bien avanzada la noche, los fedayines no dejaron de hacer mil comentarios sobre la aventura de sus tres camaradas.

Desmenuzaban cada detalle de sus relatos y no dejaban de oponer a cada palabra una nube de preguntas y objeciones.

—¿El animal que saltó sobre ti se llamaba entonces Ahrimán? —le preguntó Naim a Ibn Tahír—. Está bastante claro que se trata de uno de esos espíritus domesticados que el Profeta expulsó del Demavend y que ahora debe pagar su culpa sirviendo a tus huríes.

—Es muy posible. Sólo lamento no haber logrado saber algo más sobre él. Pero allí

había tantas cosas extraordinarias que ver y el tiempo era tan escaso... Aquella noche, a todos les costó quedarse dormidos. Hacía calor y el aire era bochornoso. Daban vueltas y vueltas en sus camas, con el pensamiento fijo en las imágenes paradisíacas que les habían descrito con colores tan vivos: jóvenes semidesnudas cantaban y bailaban para ellos... sentían el aliento tibio de aquellas jóvenes beldades acariciándoles la piel... sí, ellas estaban acostadas allí, junto a ellos, sobre mullidos cojines, al alcance de sus insaciables deseos. De cama en cama resonaba el rumor de aquella terrible impaciencia: suspiros, rechinar de dientes, gemidos ahogados... Poco después de medianoche la luna enmarcó la ventana abierta a los pies de la cama de Ibn Tahír... Echó una breve ojeada a derecha y a izquierda. Sulaimán y Yusuf dormían tranquilamente. Todo va bien para ellos, pensó. En cuanto a él, se sentía extrañamente inquieto. Lo atormentaban crueles dudas: podía imaginar perfectamente que toda su aventura era fruto de un sueño... ¿pero cómo podía dudar de la realidad de aquella Myriam que ahora amaba con toda su alma?

Hacia el alba tomó una resolución. Se levantó y se deslizó con cuidado hasta la cama de Naim.

—¿Duermes, Naim? —preguntó en voz baja.

—No, no puedo. ¿Qué quieres?

Había enderezado la cabeza y miraba a Ibn Tahír con desconfianza.

—¿Sabes guardar un secreto?

Naim casi tuvo miedo.

—No temas. No te ocurrirá ningún mal. Sólo quisiera confiarte algo.

—No se lo diré a nadie, puedes creerlo.

—¿Estás dispuesto a prometerlo por el santo nombre de Alí?

—¡Por el santo nombre de Alí, Ibn Tahír!

—Bien, ven conmigo junto a la ventana.

A la luz del alba, Ibn Tahír le mostró la huella que había dejado en su piel la mordedura de Myriam.

—¿La ves?

—Sí. Se diría que alguien te ha mordido.

—¡Mira de más cerca!

—¡Oh, Alá, qué boca más pequeña!

–Es la mordedura de sus dientes, Naim.

–¿De Myriam?

Un helado escalofrío recorrió la espalda del temeroso muchachito.

–Sí, éste es el recuerdo que me dejó Myriam. Pronto desaparecerá la marca. Toma un trozo de vela, funde la cera y ayúdame a tomar una huella.

–Con mucho gusto, Avani.

Pronto la cera estuvo lista. Ibn Tahír amasó una pequeña placa y cuando se puso suficientemente blanda, Naim se la aplicó en el pecho. Luego la levantó lentamente. La leve huella de los dientes de Myriam estaba grabada en la superficie de aquel improvisado sello.

–¡Oh, Alá! –suspiró Ibn Tahír. Se sentía transportado de dicha–. A partir de hoy será

mi tesoro máspreciado. Lo guardaré como si fuera una reliquia del Profeta. Besó a Naim.

–Te lo agradezco, amigo. Eres el único que comparte conmigo este secreto. Confío en tu lealtad.

–Feliz mortal –suspiró Naim–. A mí también me gustaría amar así...

–Tal vez sería mejor que no conocieras un sentimiento semejante. Este amor es a la vez el infierno y el paraíso...

Se separaron con estas palabras y cada cual se fue a su cama.

–Eres un amo terrible –comentó Myriam cuando Hassan vino a visitarla por la noche–. Tienes derecho de vida y muerte sobre todos nosotros. ¿Qué vas a hacer con los huéspedes de anoche?

Hassan la miró pensativo.

–No lo sé. Las circunstancias decidirán.

Hassan advirtió su rostro desenchajado.

–Tengo la impresión de que la noche pasada fue para ti una dura prueba –dijo con imperceptible ironía.

–Me haces pensar demasiado, Ibn Sabbah.

–Cuando una mujer comienza a pensar se vuelve peligrosa.

–Ahora me gustaría serlo.

–¿Qué harías entonces?

–Le diría a los fedayines que desconfiaran de ti.

–Es pues conveniente que mi torre se alce entre ellos y tú.

–Tal vez no. Pero así es. Me siento sin fuerzas.

–Oh, mujeres, mujeres! Estáis llenas de palabras, pero cuando se trata de actuar, os ponéis a temblar. Por un momento te sentí muy cerca de mí. Estaba muy contento por ello. Ahora, de nuevo estoy solo.

–Yo no puedo hacer nada. Tus actos me producen horror.

Permanecieron largo rato silenciosos. Luego ella habló:

—¿Qué harás con las muchachas que sufran las consecuencias de los retozos de la pasada noche?

—Apama conoce sustancias y plantas que lo arreglará todo. Y si eso no resulta, dejaremos que la naturaleza siga su curso. Otra generación vendrá siempre bien.

—Pobres niños que no tendrán padre.

—No serán los únicos, querida Myriam. Pero me parece que deseabas hacerme otra pregunta —dijo él con una sonrisa.

—No me gustaría que interpretaras mal lo que pienso.

—Habla, habla.

—¿Cómo está Ibn Tahír? —Al decir estas palabras sintió que enrojecía.

—¿Tanto te gusta? Me imagino que sueña y supera como puede su dolor sentimental.

—Eres cruel.

—¿Cruel? Sólo he enunciado lo que me parece más verosímil.

—¿Estás dispuesto a concederme un deseo?

Hassan la miró. No dijo nada pero le indicó que hablara.

—Te lo ruego, ten piedad de él por mí.

—¿Piedad? ¿Qué quieres decir con eso? No conozco ni la crueldad ni la piedad. Yo sólo ejecuto un plan.

—Comprendo. Pero me gustaría que tuvieras en cuenta mi ruego cuando te veas abocado a tomar una decisión que concierna a Ibn Tahír en relación con tu plan.

—Pides demasiado. ¿De qué servirían entonces estos veinte años de preparativos?

—Escucha. Yo te he obedecido siempre y siempre te obedeceré. Hazme esa promesa.

—No quiero prometerte nada. Está más allá de mis posibilidades.

—¿Y qué harías si, por poner un ejemplo, llegara a adivinar la verdad por sí mismo?

Le lanzó una mirada recelosa.

—¿Qué quieres decir?

—No temas. No le revelé nada, pese a que hubiera sido mejor haberlo hecho.

—¿Si llegara a adivinar la verdad por sí mismo? Es decir, ¿si hubiera penetrado mi secreto? Pues bien, creo que lo comprendería. Y en ese caso sería mi hijo espiritual. A menos que... a menos que me tome por un embaucador. Propagaría por el mundo entero que soy un impostor... Sí, es lo más probable: ¿cómo podría comprender a su edad lo que a mí me costó una vida entera

comprender?

—¿Y si con todo comprendiera?

—Haces demasiadas preguntas. Los dos estamos cansados. Se hace tarde. Se levantó. Su rostro estaba sombrío.

Las lágrimas desbordaban los ojos de Myriam.

—¡Aún es un niño!

Hassan se dirigió sin decir palabra hacia la orilla donde Adí lo esperaba junto a la barca.

#### **XIV**

Las consecuencias de la derrota de la vanguardia del sultán ante Alamut no tardaron en hacerse sentir. De todas partes llegaban a la fortaleza informes sobre los efectos producidos por el enfrentamiento. Al día siguiente de la batalla, Abd al-Malik cabalgaba a la cabeza de veinte jinetes hacia la ciudadela de Rudbar. Al caer la noche se habían apostado a distancia conveniente de los muros. Los espías enviados hacia las líneas enemigas informaron que allí las fuerzas sitiadoras no llegaban a un centenar de turcos. Apenas despuntó el alba, el dey dio la orden de ataque. Como una bandada de buitres, sus hombres bajaron la ladera y a la primera embestida diezmaron casi la mitad de las tropas adversarias. El resto se dispersó en distintas direcciones.

Abd al-Malik envió entonces a sus espías al encuentro del ejército del sultán, mientras él mismo partía a todo galope con su destacamento hacia Kazvin y luego hacia Rai. Desde allí volvió a Alamut, trayendo con él unos treinta prisioneros capturados en el camino. En total, la expedición había durado apenas cuatro días.

Toda la región de Rudbar estaba en efervescencia. El pueblo que, desde siempre, honraba secretamente a Alí y odiaba al sultán tanto como al califa de Bagdad, celebró la victoria ismaelita como una victoria propia. Desde los primeros días que siguieron a la batalla, se presentaron nuevos creyentes a las puertas de Alamut, impacientes por ponerse a las órdenes del jefe supremo. Abu Soraka estaba muy ocupado con ellos. A los más jóvenes y fuertes los enviaba a la escuela de fedayines. Con los demás, Minutcheher constituyó nuevas unidades. Muchos viejos soldados que se habían distinguido en combate fueron promovidos a caporales. Los antiguos caporales y suboficiales fueron igualmente ascendidos a puestos honorables; menos de diez días después de la victoria, tres nuevas unidades de cien hombres habían sido incorporadas al pequeño ejército de fieles.

—Tendremos que reformar todo el sistema y redactar nuevos reglamentos —le confió

Hassan al gran dey Abu Alí—, si queremos hacer de estas tropas inexpertas un ejército unido que sólo respaldará una doctrina y un solo jefe. El Profeta tenía



ejército unido que solo reconociera una doctrina y un solo jefe. El Profeta tenía razón cuando prohibió el vino a los creyentes. Seríamos estúpidos si en eso no lo imitáramos; más que grandes multitudes, necesitamos unidades sólidas compuestas en lo posible por hombres notables y resueltos. Sólo lograremos organizar tales fuerzas si nuestras órdenes se ejecutan ciegamente.

Así pues, el mismo día en que las unidades recientemente incorporadas prestaron juramento, en lugar de la ruidosa celebración esperada, Abu Alí leyó delante de la tropa reunida una lista completa de prescripciones y de nuevas leyes.

Sería condenado a muerte cualquiera que se rebelara contra sus superiores; todo aquel que no ejecutara alguna orden recibida, salvo en caso de fuerza mayor; todo aquel que matara durante una riña o con premeditación a algún otro adepto a la fe ismaelita; todo aquel que hablara del jefe supremo en forma inconveniente o criticara sus decisiones; todo aquel que bebiera vino o cualquier otra bebida embriagadora; todo aquel que se entregara al desenfreno...

Severos castigos corporales y morales estaban reservados a los que se entregaran a diversiones profanas, a quien tocara o escuchara música sólo por placer; a quien bailara o participara en el baile de los demás; a quien leyera libros de contenido licencioso o escuchara a los demás leyendo tales libros...

Se instituyeron nuevos grados. Entre los deyes y los grandes deyes se colocaron los deyes de provincia. Todo creyente en estado de llevar arma era considerado automáticamente como soldado. Para los refikes, que serían sus instructores, había sido fundada una escuela especial. Se había elaborado un nuevo programa de estudios al cual

debía someterse toda la tropa. Además de las artes militares, los hombres debían estudiar la dogmática y la historia del ismaelismo.

A los fedayines se les confiaban tareas especiales según las aptitudes de cada uno. Ahora Djafar era el mensajero permanente encargado de las relaciones entre Alamut y Rai, donde gobernaba Mutsufer. Naim enseñaba dogmática a las nuevas tropas; Ibn Tahír historia y geografía. Yusuf y Sulaimán ejercitaban a los fedayines alumnos en las disciplinas de combate. Todas las mañanas, los llevaban fuera de la fortaleza, hacia la explanada a la que antes los llevaba Minutcheher. El astuto Obeida dirigía, en fin, un destacamento de espías, con la misión de vigilar el movimiento de las tropas del sultán; Abd al-Ahman, Ibn Vakas, Abdalah y Haifa, que les servían de ayudantes, no tardaron en conocer hasta el más insignificante sendero entre Kazvin, Rai y Alamut. No tardaron en conocer las intenciones del emir Arsían Tash, que había dividido sus fuerzas con el propósito de sitiar lo antes posible Kazvin y Rai para aislar así definitivamente Alamut del resto del mundo. En efecto, la situación de la ciudadela situada al pie del Elburz no daba ninguna posibilidad de huir por la montaña.

del Ebraiz no daba ninguna posibilidad de salir por la montaña.

Los prisioneros turcos, casi todos gravemente heridos, se asombraron mucho de verse tan bien tratados. Entre las hábiles manos del médico y de sus ayudantes, sus heridas curaron rápidamente. Durante el día estaban encerrados en sus dormitorios; por la noche se los autorizaba a tomar el aire en la explanada, por el lado de los cuarteles. Los cirujanos y los soldados que les llevaban la comida y la bebida les hablaban cada vez con más espontaneidad... y así les revelaron la increíble aventura de los tres fedayines enviados durante una noche al paraíso, y el increíble poder que Alá le había conferido a Seiduna. Pero lo que sobre todo asombraba a aquellos extranjeros era la tranquila confianza que los ismaelitas, fuesen quienes fuesen, tenían en la victoria; si se les ocurría indagar las razones de semejante confianza, la respuesta era siempre la misma: Seiduna era un gran profeta, y todo el Islam no tardaría en colocarse bajo su bandera.

De vez en cuando, un dey u otro jefe, a veces incluso Abu Alí en persona, visitaban a los prisioneros. Les pedían precisiones sobre el ejército del sultán, sobre la instrucción de los soldados, sobre sus convicciones religiosas. Luego les exponían la doctrina ismaelita, gracias a la cual su jefe quería establecer una era de justicia y de paz en todo el mundo. De esa manera, más la clemencia y los buenos tratos, comenzaron a tambalearse las certidumbres mejor enraizadas, preparándolos insensiblemente para el acto de adhesión que debía atarlos para siempre a la nueva fe.

Algunos de aquellos pobres diablos, que habían sufrido la amputación de un brazo o una pierna, o que se encontraban aquejados por alguna grave enfermedad, fueron liberados por orden de Hassan. En realidad deseaban que aquella gente fuera a contar lo que había visto en Alamut y que hablara del ismaelismo a los soldados del sultán, cuya combatividad se vería así debilitada. Les prepararon angarillas y los pusieron a lomo de camello; una escolta armada los acompañó hasta Kazvin donde les fue devuelta la libertad con toda la pompa requerida.

La noche que había seguido a la visita a los jardines, Sulaimán y Yusuf, cansados, habían dormido casi tranquilamente. Pero al día siguiente, hacia el ocaso, se sintieron embargados por una insólita inquietud. Algo les faltaba y esa carencia despertaba en ellos una extraña irritación. Como no tenían ninguna gana de ir a la cama, salieron, cada cual por su lado, a dar una vuelta a lo largo de las murallas y terminaron encontrándose.

—Tengo sed —dijo Yusuf al cabo de un momento.

—Hay suficiente agua en el Shah Rud.

—Muy poca para mí... Puedes bebértela si quieres.

—¿No te habrás acostumbrado al vino por casualidad?

Sulaimán rió. Yusuf lo miró con expresión sombría.

Sulaimán no. Faltaba algo más con expresión somnolenta.

–El cuerno acaba de anunciar la hora de dormir.

–¿Por qué me dices eso? Ve a acostarte si quieres.

Se sentaron en la muralla y escucharon un momento sin decir palabra el rugido del torrente.

–Tengo la vaga impresión de que quieres decirme algo –deslizó Sulaimán con tono de curiosidad irónica.

Yusuf dijo haciendo rodeos:

–¿No sientes que te falta algo?

–Habla francamente. ¿Qué es lo que te atormenta?

–Tengo la impresión de tener brasas en el vientre. Las sienes me laten. Tengo una sed insoportable.

–¿Entonces por qué no bebes agua?

–Sí, bebo y bebo, y me parece como si tragara aire. No me sacio.

–Ya lo sé. Son esas malditas píldoras. ¡Ah!, si pudiéramos volver a tomar, aunque fuera una vez... recuperaríamos la calma de inmediato.

–¿Crees que Seiduna nos volverá a enviar pronto a ese jardín?

–¿Cómo podría saberlo? En cuanto recuerdo esa noche, la fiebre se apodera de mí, creo que voy a derretirme.

Un centinela pasó no lejos de ellos, llevando una antorcha. Se agacharon detrás del parapeto.

–¡Vámonos! No deben vernos aquí –dijo Sulaimán.

Volvieron furtivamente al dormitorio. Sus compañeros ya dormían. Sólo Ibn Tahír estaba aún sentado en su cama, con la espalda apoyada en la pared. Parecía al acecho y no pudo dejar de sobresaltarse al oírlos llegar.

–¿Aún no duermes? –preguntó Sulaimán.

–No más que vosotros.

Yusuf y Sulaimán se desvistieron y se tendieron en sus camas. Hacía un calor insoportable en la habitación y la sed los atormentaba más que nunca.

–¡Oh, maldita brujería! –suspiró Sulaimán dándose vueltas.

–¿Es el recuerdo lo que te impide dormir? –preguntó Ibn Tahír.

–¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora...? ¡Beber vino!

–Seguramente habéis decidido no dormir en toda la noche –se irritó Yusuf.

–¿Acaso tú piensas dormir? –le preguntó Sulaimán irónico e irritado. Al día siguiente por la mañana, los tres tenían los miembros pesados como plomo... Fue ese día cuando Abu Soraka les asignó sus nuevas tareas. Pocas horas después se mudaron, instalándose en la planta baja de una de las dos torres de abajo. Alumnos nuevos los sucederían en el antiguo dormitorio. En cuanto a ellos, se distribuyeron en no más de dos o tres por habitación. Yusuf compartía la suya con Obeida e Ibn Vakas; Ibn Tahír quedó alojado con Diafar, y Sulaimán con

Naim.

Todas las mañanas, Ibn Tahír comenzaba su tarea de profesor sin experimentar más que una profunda tristeza. Miraba a los nuevos –¿acaso no había sido él, apenas ayer, uno de ellos?–y sufría al constatar con qué rapidez había huido el tiempo del aprendizaje. Nunca más recuperaría la inocencia de aquellos muchachos. Un muro infranqueable se elevaba ahora entre ellos y él. Y escuchaba con amarga sonrisa sus despreocupados parloteos. «¡Si supieran!», pensaba.

Las noches sin dormir no habían tardado en deteriorar su buen aspecto: la tez lívida, estragado, con las órbitas hundidas, la mirada fija... No dejaba de contemplar el mundo con ojos sombríos y como ausentes.

–Es Ibn Tahír, uno de los que fueron al paraíso –susurraban los soldados a su paso. Aún ayer era un pequeño escolar sin gloria y hoy ya era un héroe de la causa ismaelita, cuyo nombre hacía que se sobresaltaran los corazones jóvenes. ¡Y pensar que antes había deseado que su nombre fuera conocido por todos! Ahora, desgraciadamente, le daba lo mismo. Aquellas miradas de admiración incluso a veces le incomodaban. Le habría gustado huir lejos del mundo, retirarse a la soledad, quedarse solo con sus pensamientos, con Myriam...

Sí, Myriam era el gran secreto que lo separaba de todos aquellos recién llegados e incluso de sus antiguos compañeros. ¡Cuántas veces soñaba con ella cuando podía robar un momento de sueño! Tenía la impresión de que él estaba constantemente a su lado. Por eso le molestaba toda compañía.

A veces, estando completamente solo, cerraba los ojos: volvía a hallarse de inmediato en el pabellón encantado... Myriam se inclinaba sobre él... La veía con tal intensidad, reconocía con tanta precisión todos los rasgos de su persona que de repente se sentía sobrecogido por un tormento terrible. ¡Ah, si sólo pudiera tocarla...! En realidad no sufría menos que el desdichado Ferhad después que Josrow lo separara de su Shirín... Muchas veces temió perder la razón...

Sulaimán y Yusuf esperaban al menos encontrar consuelo en la gloria. Cabalgaban desde la madrugada a la cabeza de sus destacamentos y, cuando abandonaban el castillo, los seguían miradas llenas de admiración. Pero la irritación que los atormentaba por las noches, se la transmitían luego a sus alumnos. Yusuf rugía como un león cuando las cosas no resultaban como quería. Sin embargo, los alumnos no tardaron en adivinar que los accesos fríamente coléricos de Sulaimán eran mucho más peligrosos. No desperdiciaba ocasión de reprocharles despiadadamente sus defectos y su risa tenía para ellos el efecto de un latigazo. Yusuf nunca escatimaba explicaciones: le gustaba que preguntaran y parecía gustarle proporcionarles luego todas las aclaraciones deseadas. Le bastaba con que le testimoniaran miedo y respeto cuando se acercaban a él. Pero

hacerle una pregunta a Sulaimán era como exponerse a recibir una bofetada.

Así se mostraban durante el día. Pero cuando se acercaba la noche, la angustia y el miedo se apoderaban de ellos. Sabían que estaban condenados a mantener los ojos abiertos hasta el final de la noche.

Un día, Sulaimán llamó aparte a Yusuf y a Ibn Tahír:

–No aguanto más. Iré a ver a Seiduna.

–¿Te has vuelto loco? –preguntó Yusuf alarmado.

–No servirá de nada –intentó hacerle entender Ibn Tahír–. Debes aguantar como aguantamos nosotros.

Sulaimán explotó.

–¡No soy de piedra! Iré a verlo y decírselo todo. Que me asigne cualquier tarea que me permita volver al paraíso, si no me mataré.

Puso los ojos en blanco, brillaron como los de un animal feroz y sus mandíbulas se crisparon violentamente: todo en él expresaba extravío y rabia impotente. A la mañana siguiente le pidió a Abu Soraka que lo llevara ante Abu Alí.

–¿Qué quieres de él?

–Debo hablarle.

–¿De qué? ¿Tienes que formularle alguna queja?

–Por cierto que no. Le pediré que me dé una misión.

–La recibirás a su debido tiempo sin que tengas que pedirla.

–¡Pero debo hablar con Abu Alí!

Abu Soraka advirtió el brillo de locura que pasó en aquel instante por su mirada. «Si sembraron vientos que recojan tempestades», se dijo.

–Muy bien. Ya que imploras con tanta insistencia, te recomendaré al gran dey. Abu Alí se sintió molesto cuando supo que Sulaimán quería verlo.

–Espera un momento –le ordenó a Abu Soraka, tras lo cual se fue apresuradamente a consultar con Hassan.

–Te aconsejo que lo recibas –dijo este último–. Luego ven a darme un informe. Seguramente sabremos cosas interesantes.

Abu Alí convocó a Sulaimán. En la gran sala del consejo se encontraron a solas sin testigo alguno.

–¿Qué está pasando en tu espíritu? ¿Qué te ha empujado a pedirme esta entrevista?

Sulaimán bajo la vista.

–Quería pedirte, venerable gran dey, que me llevaras a ver a Seiduna. Abu Alí se quedó estupefacto.

–¡Qué cosas te pasan por la cabeza! Seiduna trabaja de la mañana a la noche por nuestra prosperidad. ¿Quieres hacerle perder el tiempo? Yo soy su

representante. Todo lo que quieras decirle puedes decírmelo a mí. Y dímelo sin tardanza.

–Es difícil... Sólo él tiene el remedio que necesito.

–Habla, habla. Yo le transmitiré fielmente tus palabras.

–No aguanto más... Quiero una tarea que me abra de nuevo las puertas del paraíso. Abu Alí se sobresaltó. Acababa de advertir la mirada de Sulaimán: una mirada en la que ardía una llama salvaje.

–Estás loco, Sulaimán. ¿Sabes que tu petición es casi un acto de rebeldía y que la rebeldía entre nosotros está castigada con la muerte...?

–Prefiero morir a seguir sufriendo así.

Sulaimán había pronunciado estas palabras con voz apenas audible, pero Abu Alí las comprendió.

–Ahora vete. Ya me ocuparé de ti. Tal vez la salvación te llegue antes de lo que piensas.

Cuando volvió Abu Alí, Hassan lo interrogó con la mirada.

–Quiere que le confíes una misión que lo haga volver al paraíso. Dice que no puede aguantar más.

Hassan sonrió.

–No me he equivocado. El veneno y los jardines dan resultado. La hora de la prueba decisiva no está lejos.

Además de sufrir espantosamente, Sulaimán llegó pronto a perder la cabeza. Una noche de insomnio, se levantó sin hacer ruido y fue a sentarse a los pies de la cama del pequeño Naim, que se despertó sobresaltado muy extrañado de ver aquella forma oscura a sus pies. Su miedo no hizo más que crecer cuando reconoció la silueta de Sulaimán.

–¿Qué ocurre?

Sulaimán no respondió. Lo miraba inmóvil. Su rostro pálido y desencajado formaba una mancha clara en medio de la oscuridad. Naim distinguió poco a poco sus rasgos.

–¿Qué quieres? –dijo de repente aterrado.

Con un gesto rápido, Sulaimán le quitó la manta.

–¡Muéstrame tus senos!

Naim estaba petrificado. De repente se encontró entre los brazos de Sulaimán, que lo abrazaba casi con rabia.

–¡Oh, Halima! ¡Halima! –gemía.

–¡Socorro!

El grito de Naim desgarró la noche. Los pasos de un centinela resonaron en el corredor. De inmediato Sulaimán se tranquilizó.

–Te estrangulo si me delatas. Has tenido un sueño... –y volvió

precipitadamente a su cama.

—¿Gritaste, Naim? —preguntó el centinela entrando en la habitación.

—Sí, he tenido un sueño atroz...

El soldado se fue tranquilizado; de inmediato Naim apartó las mantas y se levantó.

—¿Por qué te vas? —quiso saber Sulaimán y lo traspasó con la mirada.

—Me das miedo.

—¡Imbécil!, vuelve a acostarte en seguida y duerme. Yo también quiero dormir... A la mañana siguiente, Naim le pidió a Abu Soraka que le designara otra habitación. No quería seguir durmiendo en el mismo cuarto que Sulaimán.

—¿Me quieres decir por qué?

Naim alzó los hombros. Su rostro estaba pálido y contraído de miedo. Abu Soraka no siguió preguntando. «Mejor es que sepa lo menos posible de todo esto», se dijo. Accedió a la petición y le ordenó a Abdur Ahman que se instalara con Sulaimán.

Los demás fedayines rivalizaban en abnegación al ejecutar las misiones que les habían encomendado. A Obeida lo habían despachado a Rudbar, con una orden para Buzruk Umid, el cual reemplazaba a Ibn Tahír Ismael en calidad de comandante militar de la fortaleza. Hassan acababa de nombrar a este último dey de provincia. En su misión obtenía informaciones precisas sobre los movimientos del emir Aislan Tash, cuyas tropas acampaban delante de Kazvin y Rai. En cuanto a Ibn Vakas, garantizaba las comunicaciones entre Kazvin y las fuerzas del emir de Rai; y los ismaelitas de los campos le informaban permanentemente de cada destacamento enemigo acantonado en la región. Todo indicaba que el emir no tenía prisa por llegar delante de Alamut. El hermoso persa se trasladaba con todo un harén. Invitaba a los grandes personajes de la región a interminables festines... cuando no se dejaba pura y simplemente invitar a la mesa de ellos. Bebía en compañía de sus oficiales y pasaba el resto del tiempo divirtiéndose con cantantes y bailarinas. Sus suboficiales, e incluso sus soldados, organizaban por cuenta propia alegres incursiones a los pueblos de los alrededores, rapiñando todo lo que les gustaba y atrayéndose de paso el odio del pueblo del lugar, que los maldecía, maldiciendo al mismo tiempo al sultán y al gran visir que los había enviado.

Obeida trajo de una de sus últimas salidas noticias aún más interesantes. Los prisioneros liberados contaban a sus antiguos compañeros de armas del emir la vida prodigiosa de los ismaelitas en el castillo de Alamut, y las virtudes de su todopoderoso jefe que tenía el poder de enviar a sus fieles al paraíso. Los soldados, hartos desde hacía tiempo del ocio, escuchaban estos hermosos discursos con deleite hasta bien entrada la noche; y a fuerza de discusiones,

muchos tomaban abiertamente partido por esa doctrina que sabía expresar tan bien las cosas. Ahora sólo la curiosidad los empujaba hacia Alamut, donde reinaba el que todos llamaban el Jefe... o el Viejo de la Montaña. En poco tiempo, los espías ismaelitas pudieron circular así como por su casa entre las filas del emir, organizando extrañas reuniones en las que discutían de política tanto como de religión y en las que se exponían con fervor las claves de la doctrina del «Viejo». Incluso los que no los creían o que se burlaban de ellos los dejaban entrar y salir sin molestarlos. ¡Qué significaba una modesta fortaleza defendida por quinientos exaltados frente a los treinta mil hombres que el amo del impero había enviado contra ellos! En resumen, las noticias recogidas por los «orejías» de Hassan indicaban claramente que el enemigo estaba lejos de mostrar un santo ardor por su causa y que no haría falta empeñarse demasiado para desbandarlo. Hassan, informado de aquellas excelentes novedades por boca de Abu Alí, sacaba ya sus conclusiones habituales.

—La ruina del ejército enemigo es consecuencia de los hechos que convergen sutilmente: la derrota de la caballería turca y el éxito de nuestra experiencia del paraíso. La primera ha obligado al emir a una mayor cautela y a una marcha más despaciosa, ahora sujeta a la lentitud de los convoyes de abastecimiento. Pero mientras su actividad disminuye día a día, ya que un fracaso semejante es difícil de olvidar, la noticia del milagro se difunde a través de voces visibles e invisibles en medio de la gente de tropa. Sí, fábulas como éstas son en realidad lo mejor que hay para alimentar la imaginación del pueblo... Tras la visita de los fedayines, la vida en los jardines también se vio sometida a ciertos cambios. Las jóvenes que antes habían paladeado los placeres del harén, recordaban antiguas delicias: algunas no dejaban de comparar los hermosos sueños del pasado con las imágenes recientes; en cuanto a las que la visita de los jóvenes había dejado frustradas, siempre podían recurrir a sus antiguas experiencias. Finalmente las demás glorificaban los fastos de aquella primera noche de amor que acababan de regalarles inesperadamente. Todo ello provocó disputas y reproches; la irritación general se puso al rojo vivo, tanto más cuanto aquellas damiselas, no teniendo ahora nada mejor que hacer que hilar, coser o dedicarse a menudos trabajos domésticos, no dejaban de entablar conversaciones que se prolongaban a lo largo de todo el día. Muchas se mostraban ansiosas por saber si los visitantes de la noche pasada serían o no invitados a volver. Otras se confesaban indiferentes o, incluso, deseaban que se produjera algún cambio, puesto que no habían sido objeto de una atención satisfactoria por parte de los amantes de la primera noche. Esperaban no ser desdeñadas la próxima vez. La mayoría opinaba que Hassan decidiría enviarles finalmente nuevos galanes. Incluso Sulaika, que en los primeros días lloraba inconsolablemente a Yusuf, se hizo poco a poco a la idea. Sólo Helima no podía ni quería comprender que tal vez no vería nunca más a



Solo Halima no podía ni siquiera comprender que tal vez no verla nunca más a Sulaimán.

Por otra parte, su estado inspiraba gran inquietud a Myriam. En pocos días su rostro había adelgazado; sus ojos, enrojecidos por el llanto y el insomnio, tenían enormes ojeras. Ella la consolaba como podía, aunque personalmente tampoco dejaba de sentir el corazón oprimido. Sin cesar temblaba pensando en la suerte del pobre Ibn Tahír. Siempre estaba a la espera de que Hassan la llamara para mantener una nueva conversación pero, como si lo hiciera adrede, él no se preocupaba de su existencia. Ella alimentaba hacia Ibn Tahír una especie de preocupación maternal; se sentía personalmente responsable de su destino, y también, cuando lo pensaba, del destino de Halima.

Un mes después de la victoria sobre la vanguardia del sultán, un destacamento de hombres de Mutsufer escoltó hasta Alamut a un mensajero que el nuevo gran visir, Tadj al-Mulk, ex secretario de la sultana, enviaba a Hassan.

Hassan recibió de inmediato al enviado, que le traía la nueva de que la derrota del emir había sorprendido al sultán cerca de Nehavend\*, mientras viajaba hacia Bagdad. Esta enojosa noticia había sido seguida por la llegada del gran visir recientemente destituido, Nizam al-Mulk en persona, quien intentó calmar la cólera del sultán, dispuesto ya a enviar al diablo al emir Aislan Tash, o, en todo caso, a conminarlo para que compareciera ante él y se justificara. Nizam al-Mulk supo convencerlo de que aquél sería un gesto de mala política... y de que toda la culpa de aquel asunto incumbía al actual visir, aliado secreto de los ismaelitas con la bendición de la sultana. El ex ministro debió de mostrarse muy persuasivo con esta idea, ya que el soberano lo había repuesto inmediatamente en sus

\* Ciudad del oeste de Irán. (N. del E.)

funciones de gran visir, cosa que se negaba a aceptar la sultana quien insistía en que Tadj al-Mulk fuera mantenido en su puesto. En resumen, Nizam se hallaba en ese momento reuniendo sus tropas alrededor de Nehavend con la intención declarada de marchar sobre Isfahan, deponer a su rival por la fuerza y restablecer al mismo tiempo la autoridad del sultán... y la suya propia. Además, había dado un mes al emir Aislan Tash para apoderarse de Alamut, con orden de arrasar la fortaleza. De lo contrario sería acusado automáticamente de alta traición. Una orden idéntica había sido despachada al llamado Kizil Sarik, que seguía acampando en vano ante los muros de la ciudadela de Zur Gumbadán, en el Kuzistán...

Tales eran las noticias que la sultana y su ministro se apresuraron a transmitir a su viejo amigo Hassan: garantizaban su veracidad con la fe del juramento... y rogándole que les proporcionara ayuda y asistencia en aquel apuro.

Hassan respondió al mensajero:

—Ante todo, transmite mis saludos a tus amos. Luego diles que me sorprende mucho, ya que hace muy poco tiempo faltaron a su promesa. Ahora que están en dificultades acuden de nuevo a mí. Pese a que han incumplido su palabra, iré en su ayuda una vez más. Pero que se cuiden mucho en el futuro de volverme a decepcionar. Que el próximo arreglo de cuentas con sus enemigos y los míos les sirva de advertencia. Tras lo cual despidió al emisario y ordenó que le dispensaran honores y regalos en consonancia.

—Ha llegado el momento decisivo —le confió luego al gran dey.

Se lo veía extraordinariamente tranquilo: con esa tranquilidad propia de todos los que acaban de tomar una decisión, que saben inquebrantable.

—Así pues, Nizam al-Mulk tiene de nuevo en sus manos las riendas del poder

—concluyó—. Esto significa que para nosotros será un enemigo inexorable, que intentará

cualquier cosa para aplastarnos y aniquilarnos. De manera que debemos actuar sin tardanza.

El gran dey lanzó una mirada inquieta.

—¿Qué piensas hacer en realidad?

—Aniquilar para siempre a mi enemigo mortal.

Ibn Tahír consagraba una buena parte de su tiempo a la poesía: sólo ella le permitía expresarse y superar su inquietud, sus aspiraciones y hasta los tormentos de su alma. Transcribía sus versos en pequeños trozos de pergamino que ocultaba cuidadosamente de miradas indiscretas. Trabajaba cada frase con

cuidado, y encontraba en esa disciplina un escape a la opresión que atormentaba su corazón. El pretexto de una tarea que debía preparar para sus alumnos le proporcionó una excusa ante los demás: así pudo entregarse en cuerpo y alma a su arte y abandonarse a la soledad o a la fantasía. De esta labor secreta nació el siguiente poema:

Antaño mi alma estaba llena  
de las enseñanzas del Profeta: todos erais para mi;  
Seiduna, Alí; y tú, Ismael,  
precursores del que debe venir.  
Hoy, Myriam, sólo veo tu imagen.  
Ella llena mi corazón y devora mi alma.  
Tu sonrisa y tu voz, llenas de misterio,  
el aliento de tus labios,  
las gracias de tu cuerpo,  
sin que la vida sea muerte...  
Tus hermosas manos veo,  
es tu espíritu que todo sabe y también esa suerte  
de talento que ninguna mujer tiene,  
el abismo infinito de tus ojos,  
espejo de mi ser, el universo contiene...  
¡Qué es el Profeta!  
Myriam es mi fe, mi vida y mi dios uno.  
¡Para siempre el solo paraíso es ella!  
Sin compartirlo, sobre mi corazón reina,  
en el fondo de mi espíritu como en su alma bella.  
Tu imagen siempre presente  
me inspira duda extraña:  
¿eres conmigo una misma mente?  
Tus sentimientos y deseos  
¿son acaso los del mundo cruel?  
La huella de tu boca sobre mi corazón  
¿lo prueba, es de él?  
Aunque tal vez no seas más que una visión  
vacía de carne, sin huesos  
¿quizás un encanto del arte de Seiduna?  
¡Cuán difícil liberarse  
de esta terrible ilusión!  
Sólo amar el viento  
o el envenenado aliento.

¿Impostor, Seiduna? ¡Sacrílego recelo!  
¿Quién eres entonces, gran potestad,  
para encerrarme en este velo?  
¿Eres el Mahdí o el Profeta? ¿Eres Alá?  
Loco de dolor, ¿tendré que  
modelar en la roca dura  
la imagen de una dicha, de una locura?  
¿O tal vez debo romperme el corazón?  
¿Quién, pues, te otorgó este poder, Seiduna,  
de abrirle a los vivos la puerta de empíreo?  
¿Puedes acaso abrirlo para el uso de Seiduna?  
¿Conoces a Myriam? ¡Oh, sospecha infernal!  
¡Oh, locos celos!  
¿Conoces esos mágicos secretos  
que usaban los brujos que el Profeta antaño  
encerró en las laderas de fuego del Demavend?  
Myriam, luz de mi vida, el dulce espejismo,  
¿no será desde ahora más que el repugnante producto  
de tus juegos de satanismo?  
¡No, no, el amor gime en el infierno!  
¡Sólo un espíritu amargo puede negar este prodigio!  
El más dulce prodigio...  
¿Por qué pues, oh, vértigo,  
cerraste ese cielo abierto en un resquicio?  
Amo cruel y bondadoso que separa y junta,  
si la muerte es el precio de mi Myriam,  
ordena, y de lo alto de esta cima  
me arrojo al fondo de esa otra sima.  
Me verás sonreír y sabrás que la amo.  
¿Debo atravesarme el corazón  
para entrar en la eterna unión  
que me espera junto a ella?  
¿Debo atravesar el fuego y encontrar a las Devas\*?  
¡Ordena! Una palabra tuya  
¡y que cese para siempre el horror de este dolor!  
Soy como Adán, expulsado del paraíso.  
Devuélveme a Myriam sin rencor  
¡que me rompe el corazón  
esta insondable maldición!

Una noche, Hassan lo llamó para probarlo.

—¿Es ya firme tu fe?

—Lo es, oh, Seiduna.

—¿Estas convencido de que puedo abrirte las puertas del paraíso cuando quieras? ¿Lo crees verdaderamente?

—Lo creo, oh, Seiduna.

Estaban solos en la habitación. Hassan lo miraba con insistencia. ¡Qué cambio desde la noche en que lo había enviado a los jardines! Había adelgazado, tenía las mejillas pálidas y los ojos, terriblemente hundidos, brillaban con un fulgor febril. Hassan podía constatarlo: la máquina funcionaba con una terrible eficacia.

—¿Quieres obtener los goces eternos?

Ibn Tahír tembló. Su rostro se iluminó, lanzó hacia Hassan una mirada suplicante.

—¡Oh... Seiduna!

Hassan bajó la vista. De pronto sintió remordimiento. Ésa era la razón por la cual siempre había evitado conocer más de cerca a los fedayines...

—No te abrí gratuitamente las puertas del paraíso. Quería que tu fe fuera firme y que supieras de una vez por todas lo que te espera cuando hayas ejecutado la misión que se te confiará. ¿Sabes quién es Al-Ghazahi?

—Seguramente hablas, oh, Seiduna, del sofista...

—Sí. El que en su libro Refutación de los sabios ataca sin piedad nuestra doctrina. Hace algo más de un año, el gran visir lo nombró maestro en una importante escuela de Bagdad. Tu misión consistirá en fingirte su discípulo. Aquí tienes un libro suyo. Es corto. Eres inteligente; en una noche puedes leerlo y estudiarlo. Ven a verme mañana. Desde ahora estás a mi servicio personal. Ni una palabra a nadie. ¿Has comprendido?

\* Divinidades benéficas cuya residencia es el cielo. (N. del E.)

—He comprendido, oh, Seiduna.

Hassan lo despidió y vio que abandonaba el recinto en un estado de exaltación que ni siquiera intentaba disimular: no había duda, la felicidad lo embargaba. En la escalera, el muchacho se cruzó con Abu Alí y Buzruk Umid quienes, sin aliento y rojos de indignación, arrastraban un hombre consigo: se veía en la cara de éste que había hecho un largo y penoso camino; estaba cubierto de polvo de la cabeza a los pies, el sudor había trazado grandes surcos en su rostro sucio y respiraba con dificultad. Ibn Tahír se apretó contra el muro para dejar paso a los tres hombres. Algo le decía que días difíciles, días grandiosos, se anunciaban en Alamut...

El centinela apartó la cortina e hizo pasar a los visitantes.

—Un mensajero del Kuzistán —anunció Abu Alí recuperando con dificultad el aliento—. De Zur Gumbadán...

—¿Qué ha ocurrido?

Hassan hacía esfuerzos para dominarse. Por sus caras había comprendido de inmediato que se trataba de una mala noticia.

El mensajero se arrojó a sus pies.

—¡Oh, Amo! ¡Hussein al—Keini ha muerto asesinado!

Hassan se puso pálido como un muerto.

—¿Quién es el culpable?

—¡Perdóname, Seiduna...! Es Hossein, tu hijo.

Hassan se estremeció lo mismo que si lo hubiera alcanzado un rayo. Agitó los brazos como si quisiera coger a un enemigo invisible. Luego perdió pie y se lo vio describir un círculo sobre sí mismo antes de derrumbarse como un árbol cuyo tronco ha sido hachado.

## XV

El hijo del jefe supremo había asesinado al dey del Kuzistán. Al día siguiente, todo Alamut hablaba de ello. Nadie sabía en realidad cómo se había esparcido la noticia. El mensajero sólo se la había confiado a los grandes deyes y estos últimos lo habían conducido de inmediato ante Hassan. Tal vez había sido escuchada por uno de los oficiales o tal vez los grandes deyes la habían propagado involuntariamente, camino de las habitaciones de Hassan. En cualquier caso, todos los habitantes de la plaza estaban al corriente: no se podía por tanto ocultar el asunto a la multitud de creyentes. Ibn Tahír tuvo que soportar una larga espera antes de que Hassan estuviera en condiciones de recibirlo. El jefe supremo quiso conocer todos los detalles del asesinato: había ordenado al emisario que le hiciera personalmente un detallado relato de lo ocurrido.

—Sucedió así, oh, Seiduna —contó el hombre—. Cuando llegó la paloma con tu mensaje a Zur Gunibadán, hacía justamente una semana que Kizil Sarik nos sitiaba. Habían caído en sus manos todas las plazas de menor importancia que aún resistían por los alrededores y las fuerzas que hizo desplegar a nuestro alrededor se elevaban a unos veinte mil hombres. Ofreció respetamos la vida a cambio de que saliéramos, a lo que el gran dey se negó. Tu hijo Hossein era partidario de vender la plaza al enemigo, opinión que puso a Al—Keini en un gran apuro. Así fue como este último te rogó que ordenaras tú mismo lo que había que hacer... y tú le ordenaste de inmediato que encadenara a tu muchacho. Al—Keini le comunicó personalmente tu decisión y le sugirió que se entregara por propia voluntad. Pero Hossein, fuera de sí, se negó a escuchar razones. Las personas que estaban allí lo oyeron gritar: «¡Perro, me has vendido a mi padre!» Luego sacó su sable y lo dejó seco.

—¿Qué habéis hecho con él?

—Está cargado de cadenas en el fondo del calabozo. El jeque Abd al—Malik Ibn Atash ha tomado el mando de la fortaleza.

—¿Y cuál es la situación allí ahora?

—difícil, amo. Hay poca agua e incluso, a corto plazo, faltará comida para los creyentes que se han refugiado dentro de nuestros muros: son más de tres mil. Verdad es que el pueblo del Kuzistán está con nosotros, pero ese demonio de Kizil Sarik es un hombre cruel y todos los habitantes de la provincia tiemblan delante de él. No hay que contar con su ayuda.

Hassan le agradeció la información. Ahora ya se había repuesto, recuperando por completo la serenidad.

—¿Qué piensas hacer con tu hijo? —preguntó Buzruk Umid.

—Lo juzgaremos según nuestras leyes.

Despidió a sus visitantes e hizo llamar a Ibn Tahír.

—¿Qué piensas de Ghazali?

—Lo leí casi toda la noche, oh, Seiduna.

—Bien. ¿Has sabido lo que acaba de ocurrir en el Kuzistán?

Ibn Tahír había observado las nuevas arrugas que surcaban su rostro.

—Lo sé, oh, Seiduna.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

El muchacho le dirigió su mirada más transparente.

—Haría lo que ordena la ley.

—Tienes razón... ¿Sabes quién es Iblis?

—Iblis es el espíritu del mal que sedujo al primer hombre.

—Iblis es mucho más que eso. Iblis es el que ha renegado de su amo, el enemigo jurado de Dios. Ibn Tahír asintió con un movimiento de cabeza.

—Todo apóstata y todo enemigo de la verdadera doctrina es pariente de Iblis. Pues la verdadera doctrina, la única, es la doctrina de Alá.

—¡... La que profesan los discípulos de Ismael!

—Bien dicho. Ahora bien, ¿has oído hablar de alguien que haya renegado de nuestra doctrina y se haya convertido en su enemigo jurado?

El muchacho lo miró a los ojos, tratando de adivinar lo que pensaba.

—¿Tal vez piensas en el gran visir?

—Precisamente. En el asesino de tu abuelo. Primero había profesado nuestra fe. Él es nuestro Iblis, nuestro espíritu maligno. Y en cuanto a ti, ¿estás dispuesto a convertirte en nuestro arcángel, a vengar a tu abuelo? ¡Prepara tu espada!

Ibn Tahír apretó los puños. Se había erguido con toda su estatura y parecía más que nunca un joven ciprés.

—¡Mi espada está lista, oh, Seiduna!

—¿Conoces el camino de Rai a Bagdad?

—Lo conozco. Soy de Sava, que queda en el camino.

—Entonces, escúchame. Te pondrás en camino. Primero irás a Rai y de allí, por Sava y Hamadán, hasta Nehavend. ¡Pero evita la casa paterna! En todo el camino sólo pensarás en una cosa: en cómo lograr tu objetivo. Observa y pregunta por doquier para conocer las intenciones del gran visir. He sido informado de que está reclutando un gran ejército en Nehavend, contra nosotros y contra su rival, Tajd al-Mulk. ¿Comprendes? Al-Ghazali es su amigo. En adelante tú serás Otmén, discípulo del ilustre teólogo, que ha ido a ver al gran visir para transmitirle un ruego de su maestro... Por tanto, lleva contigo el libro que te he dado. Te he hecho preparar el traje negro de los estudiantes sunnitas, una bolsa con dinero para el camino y una carta destinada al hombre a quien debes matar. El sello que lleva te abrirá las puertas hasta él.

Ibn Tahír recibió de sus manos el traje negro y lo inspeccionó con gozo inquieto. Se colocó la bolsa en la cintura y la carta bajo la túnica.

—Has aprendido de Hakim los gestos que debe realizar todo el que se presente ante el gran visir. Cuando dejes Alamut, te cuidarás de esconder tus efectos personales en un saco. Te cambiarás en cuanto estés fuera de la vista de la fortaleza y harás desaparecer todo lo que pueda delatarte. Conozco a Nizam al-Mulk. Cuando sepa que te ha enviado Al-Ghazali, te recibirá de la manera más cordial. Ahora, escúchame bien. En uno de los pliegues de este sobre sellado se encuentra oculta una hoja terriblemente afilada y cortante. Y el gesto que debes hacer para que se deslice en tu mano esta arma invisible debe ser discreto, que no despierte la sospecha de nadie... justo en el momento de tenderle el sobre a su destinatario: así. Y cuando el visir esté ocupado en hacer saltar los sellos, sólo tendrás que alargar el brazo... hundirle la punta del puñal en el



cuello, justo en este lugar. Si ves aparecer en piel aunque no sea más que una gota de sangre, es señal de que has tenido éxito. Pero sobre todo, cuídate de no herirte antes, pues la punta del arma está untada de un eficaz veneno. Si por descuido te hicieras el menor arañazo, te verías incapaz de ejecutar tu misión... y habrías perdido para siempre el paraíso al que tanto aspiras.

Ibn Tahír escuchaba lívido pero con los ojos brillantes.

—¿Y... qué debo hacer luego?

Hassan le lanzó una mirada breve y dura.

—Luego... luego, encomiéndate a Alá. La puerta de tu paraíso te será abierta. nadie podrá prohibirte la entrada. Mullidos cojines se hallan dispuestos para tí, Myriam te espera, rodeada de sus sirvientas, que son las tuyas. Si caes, volarás derecho a sus brazos. ¿Has comprendido?

—He comprendido, Seiduna.

Se inclinó y besó rápidamente la mano de Hassan, que reprimió un estremecimiento, aunque Ibn Tahír estaba demasiado absorto en sí mismo como para notar la repentina turbación que acababa de apoderarse del anciano. Por lo demás, éste se había vuelto y se dirigía ya hacia la estantería donde estaba el cofrecillo de oro que Ibn Tahír conocía tan bien. Lo abrió e hizo caer algunas píldoras que colocó en el fino saco de tela.

—Toma una cada noche: te conducirán al umbral mismo del paraíso. Pero cuídate de guardar una para el momento decisivo: tendrás que tomarla justo cuando tengas que comparecer ante el visir. Por tanto, no las pierdas: son la llave que te abren las puertas que sabes.

Colocó las manos sobre los hombros de Ibn Tahír.

—Ahora, hijo mío, ponte en camino.

El muchacho se despidió, turbado, pálido, ufano y extraordinariamente conmovido. Hassan lo miró hasta que desapareció detrás de la cortina. Luego se llevó la mano al corazón. Se ahogaba. Tuvo que subir a la terraza donde el aire fresco le reanimó. Respiró profundamente. «No ha llegado aún mi hora», pensó. «Sin embargo, estaría bien morir ahora. Bastaría con tomar la firme decisión de arrojarme por encima del parapeto y todo acabaría. ¡Pero sólo Dios sabe dónde me despertaría...?»

La noticia de la muerte de Al-Keini lo había puesto aquella noche al borde de la muerte. A los grandes deyes les había costado mucho reanimarlo. Cuando recuperó el conocimiento, su primer pensamiento fue creer que había muerto y que se encontraba ya en el otro mundo. Un terror mortal se había apoderado de él. «Así que existe algo después de la muerte...», pensó de inmediato. Su vida le causó horror. Se dio cuenta de que siempre había vivido como si la muerte sólo fuera una vuelta a la gran nada. Luego las voces de sus dos amigos lo llamaron a

la realidad. Se repuso de inmediato. Gracias a Ala, aquel instante de debilidad había pasado.

Despidió a los dos grandes deyes. Hussein al-Keini, su brazo derecho, muerto,

¡asesinado por su propio hijo! La ley se cumpliría inexorablemente. Ibn Tahír debía ponerse en camino. Escribió unas palabras que selló cuidadosamente. Luego fue en busca de un puñal afiladísimo, casi tan fino como una lezna o un estilete, lo mojó en veneno y lo dejó

secar. Sólo entonces se echó en la cama y se quedó profundamente dormido. Los deyes y los demás jefes comentaban apasionadamente el asunto del asesinato del Kuzistán. ¿Qué haría Hassan? ¿Respetaría en realidad la letra de la ley? ¿Firmaría la condena de su propio hijo?

—A Ibn Sabbah le costará decidirse —previó Abd al-Malik—. Hussein al-Keini era su mejor ayudante. Pero el asesino es su propio hijo...

—Por encima de todo está la ley —recordó Ibrahim.

—A otro perro con ese hueso. Los lobos no se comen entre sí —observó sarcásticamente el griego. La frase le valió una dura mirada de Ibrahim.

—No se trata de un crimen cualquiera.

—Ya lo sé, dey Ibrahim. Pero veo muy difícil que un padre envíe a su hijo al cadalso.

—Hussein es miembro de la cofradía ismaelita.

—Es cierto —recordó Abu Soraka—. Hassan está cogido en la trampa de la ley que él mismo dictó.

—Os es muy fácil hablar —se indignó Minutcheher—. Mejor tratad de imaginar el momento en que tendrá que pronunciar esa sentencia contra su hijo...

—En efecto, es más fácil pronunciarla contra los hijos de los demás —farfulló el griego.

—Y más fácil a los demás juzgarlo —agregó Abu Soraka.

—No me gustaría estar en el pellejo del jefe —insistió Abd al-Malik—. Al-Keini era para él más que un hijo. A él le debe la mitad de su éxito...

—Un padre no siempre es responsable de los actos de su hijo —admitió en aquel momento Ibrahim.

—Pero si condena a su hijo se dirá: ¡qué padre más cruel! Estaba en su mano cambiar la ley y no lo hizo.

Tal era la opinión de Abu Soraka. A lo que el griego añadió:

—En efecto, los extranjeros no dejarán de burlarse de él. Ya los oigo decir: «Un imbécil que no fue capaz de encontrar un medio de cambiar su propia ley...»

—Pero los creyentes se rebelarían si no aplicara la misma ley con todo su rigor. ¡A eso le propio de toda ley no es ignorar lo particular en pro del interés

rigor. ¿Acaso lo propio de toda ley no es ignorar lo particular en pro del interés general?

—En realidad, nuestro jefe se encuentra en un difícil dilema —resumió para terminar el griego—. En el momento más peligroso pierde a su mejor peón. ¿Quién recaudará ahora el impuesto en el Kuzistán? ¿Quién perseguirá y despojará las caravanas heréticas? A lo mejor no le queda más remedio que aplicar la ley con todo su rigor... Yusuf y Sulaimán acababan de volver de la cabalgata matinal con sus alumnos. El sol golpeaba implacablemente el pavimento del patio; se habían apresurado a volver a la umbría fresca de uno de los cuartos. Tendidos sobre las camas, incapaces de luchar contra la debilidad que aniquilaba lo poco que les quedaba de voluntad, mataban el tiempo picando frutos secos, al tiempo que intercambiaban frases vagas. La pasión despierta y aún insatisfecha, los condenaba a una extraña parálisis. Sentían la cabeza pesada. Sus ojos hundidos y con ojeras miraban el vacío. El pequeño Naim hizo una repentina irrupción en la habitación.

—Ibn Tahír viene de ver a Seiduna. Va a ponerse en camino.

Reaccionaron como golpeados por un rayo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Vi cuando abandonaba la torre. Ni siquiera me vio. Creí que había perdido la razón: tenía la expresión extraviada y sonreía como si estuviera en el mejor de los mundos. Oí

que le ordenaba a un soldado que le herrara su caballo.

—¡Se va al paraíso!

Sulaimán saltó de la cama.

—Ven, Yusuf, vamos a verlo.

En aquel momento, Ibn Tahír estaba ocupado con su petate. Había tenido que resignarse a destruir la delgada placa de cera en la que se encontraban grabadas las huellas de los dientes de Myriam. Luego había guardado sus poemas en un delgado rollo, que había confiado a Djafar.

—Guarda esto hasta mi vuelta. Si no vuelvo en un mes, dáselo a Seiduna.

Djafar se lo prometió. Un momento después, Sulaimán y Yusuf se precipitaron en la habitación, seguidos por Naim que permaneció prudentemente en el umbral.

—¿Has estado con Seiduna?

Sulaimán había cogido a Ibn Tahír por los hombros y lo miraba con ojos expectantes.

—¿Cómo lo sabes?

—Naim nos lo dijo.

—Entonces también debes saber cuál es mi misión.

Se zafó de Sulaimán y recogió el saco que contenía los efectos que le había

Se zafó de Sulaimán y recogió el saco que contenía los efectos que le había dado Hassan. Yusuf y Sulaimán lo miraron con ojos profundamente tristes.

Djafar le hizo una señal a Naim y ambos abandonaron el cuarto.

–Es muy duro para mí pero debo callarme –declaró Ibn Tahír a los otros dos cuando se quedaron solos.

–Al menos dínos si volveremos pronto al paraíso...

La voz de Sulaimán era suplicante e insegura.

–Tened paciencia. Haced todo lo que os ordene Seiduna. Debéis saber que no deja de pensar en vosotros.

Se despidió de ellos.

–Somos fedayines –agregó–, es decir, estamos destinados a ser sacrificados. Pero tuvimos el privilegio de ver la recompensa que nos espera. La muerte no nos da miedo. Hubiera querido abrazarlos una vez más, pero reprimió aquel gesto de estremecimiento. Se limitó a hacerles una breve señal de despedida y corrió hacia el caballo que acababan de traerle.

Una vez montado, hizo que bajaran el puente, le dio la consigna al centinela y espoleó

el caballo. Un momento después galopaba a lo largo del desfiladero. Cuando llegó a la mitad de la garganta, se volvió por última vez. Pocos meses antes, desde aquel lugar había visto las enormes torres de la fortaleza que reinaba en aquellas soledades. Ése era Alamut, el Nido del Águila: crisol de milagros en el que se forjaba el destino del mundo. ¿Volvería a verlo? Una extraña tristeza se apoderó de él. Aquella partida le pesaba tanto en el corazón que casi le brotaban lágrimas de los ojos.

Se mudó de ropa en un lugar apartado, metió en el saco todo lo que no quería llevar consigo, luego lo ocultó en un pozo que tapó con algunas piedras.

Contempló su nuevo atuendo. Ahora ya no tenía derecho a ser el antiguo Ibn Tahír.

¿Acaso no era alumno de la escuela superior de Bagdad, discípulo predilecto de Al-Ghazali...? Pantalón negro, chaqueta negra, turbante negro. Era el color de los sunnitas, de los herejes, de los enemigos de la buena doctrina. Disimuló en sus amplias mangas el libro y la carta que contenía la hoja fatal, verificó las ataduras del gran odre de agua y del saco de comida colgados en la silla y se lanzó por el camino del sur.

Cabalgó todo el día y la mitad de la noche y sólo se detuvo cuando desapareció la luna en el cielo. Instaló su campamento en medio de las rocas. A la mañana siguiente divisó

desde la cumbre de la colina un vasto campamento que se extendía en el valle. Eran las vanguardias de los ejércitos del sultán. Rodeó sus posiciones y llegó a Rai hacia la caída de la noche.

En el albergue donde decidió pasar la noche, supo que Arsían Tash pensaba finalmente atacar Alamut: todo el ejército se dirigía ahora hacia las montañas; así lo había dispuesto el sultán, impaciente por borrar la vergüenza de la reciente derrota de su caballería. Pero no pudo obtener ninguna información sobre los proyectos del gran visir. Finalmente llegó la hora de irse a la cama. Con mano temblorosa, desató su petate y sacó una de las píldoras que le había dado Hassan. La tragó y esperó hasta sentir los primeros efectos.

Casi de inmediato recuperó aquella fuerza misteriosa que lo había elevado a las alturas durante su anterior viaje nocturno. Aunque sin la impresión de temor que lo había despojado luego de una gran parte de sus recursos. Pensó en Myriam y nuevos cuadros desfilaron ante su mirada subyugada. Gigantescos palacios rectangulares, erizados de altas torres, desplegaban ante él su enceguedora blancura. Luego comenzaron a derretirse como si una invisible mano destruyese la materia. Entonces fueron ciudades enteras, de cúpulas multicolores, desplegando su esplendor a sus pies. Tenía la impresión de reinar sobre aquellas comarcas desconocidas como un rey ante cuya voluntad nada se resiste. Finalmente, aquellas visiones culminaron en una suerte de paroxismo que lo dejó agotado y jadeante, tras lo cual lo dominó el sueño.

Al día siguiente se despertó tarde, como si tuviera los huesos rotos. ¡Oh!, ¿por qué

aquel despertar era tan diferente al que había tenido la primera vez en el pabellón de cristal?

Pero no debía perder el tiempo. «¡Adelante!», murmuró para darse valor, y reanudó

su camino. Evitó su ciudad natal: tenía miedo de los recuerdos. El sol quemaba, implacable, y él sentía la cabeza pesada. Para vencer el aturdimiento se esforzó por fijar sus pensamientos en el objetivo del viaje. Fuera de aquello, sólo tenía un deseo: llegar a algún albergue, tenderse, tragar otra píldora... y abandonarse al extraño poder que encerraba la droga.

Delante de Hamadán, se encontró con un destacamento de jinetes armados.

—¿De dónde vienes, parto? —le preguntó el suboficial.

—De Isfahan. Fui enviado desde Bagdad hasta esta ciudad con una misiva destinada al gran visir. Pero al llegar a mi destino, he sabido que el ilustre ministro había tomado este camino en el que estamos para ir a encontrarse con el sultán.

—¿Tratas de encontrar a Su Señoría Nizam al-Mulk?

El suboficial le manifestó de inmediato más respeto.

—Tengo una instancia para él. Y acabo de saber que son otros hombres los que detentan el poder en Isfahan...

—Entonces ven con nosotros. Su señoría esta en Nehavend, donde ha instalado su campamento militar: es allí donde se reúnen todas nuestras tropas... para, al parecer, marchar derecho contra Isfahan.

—Quiere decir que he estado a punto de tomar el mal camino. Por casualidad supe en un albergue la partida precipitada de Su Señoría. ¿No existe una querella a propósito de ciertos herejes?

—¿Te refieres a los ismaelitas? Ésos no son peligrosos. Los emires Arsían Tash y Kizil Sarik les arreglarán las cuentas. No, el asunto que nos llama es muchísimo más importante.

—Confieso que no sé nada.

—Se dice que un duro combate se ha producido por la sucesión al trono. Nizam al-Mulk quiere designar como heredero a Barkiarok, el hijo primogénito del sultán; por su lado, la sultana presiona a Su Majestad para que designe a su hijo Muhammad. El ejército y el pueblo están de parte de Barkiarok. Yo lo vi una vez: es un hombre cabal, un soldado de la cabeza a los pies. Nadie puede saber lo que será Muhammad, que apenas ha salido de la cuna.

Antes de que llegaran a Hamadán, Ibn Tahír estaba al tanto de todos los rumores que corrían entre el pueblo y en las filas del ejército sobre las intrigas de la corte. En la ciudad supo que el sultán acababa de abandonar la ciudad y viajaba a Bagdad. Dejó a su amigo el suboficial en su acantonamiento y pasó una noche más en el albergue. Por la mañana, cambió su caballo por uno fresco y prosiguió la cabalgata hacia Nehavend. Desde todos los rincones del país, las tropas afluían hacia el campamento. Varios miles de tiendas se habían levantado en la estepa calcinada por el sol. Caballos, mulas, camellos pastaban por la hierba seca, casi en libertad, reunidos cada cierto trecho por guardias que se lanzaban en su persecución a todo galope, ante la mirada bonachona de los bueyes, cabras y carneros, que seguían por miles al ejército en marcha, y que los pastores llevaban a pastar en los pocos rincones de montaña donde aún quedaban algunas hebras de hierba verde. Hasta el camino más insignificante estaba surcado por

destacamentos de soldados despachados de aldea en aldea con el propósito de requisar el forraje y los víveres necesarios para las tropas.

En medio del campamento se veía un amplio espacio vacío: allí se levantaban, días antes, las tiendas de la casa del sultán. El suelo pisoteado, así como los restos de grandes hogueras, testimoniaban aún el paso de la escolta imperial. Una única tienda había permanecido en pie en aquel lugar: una inmensa tienda verde, de apariencia suntuosa en la que el gran visir había establecido su cuartel general.

Desde que, unos meses antes, Nizam al-Mulk riñera con su amo, había

envejecido mucho. Pese a tener más de setenta años, había sabido conservar hasta entonces un asombroso vigor, y su manera de montar concitaba aún admiración entre sus allegados. Hacía más de treinta años que tenía entre sus manos las riendas del Estado. El sultán Alí

Arsían Tash, padre del soberano actual, había hecho de él su gran visir y nunca se había arrepentido de ello. En el momento de morir, le había recomendado aquel servidor ejemplar a su hijo el heredero. Éste había escuchado el consejo hasta el punto de otorgarle al gran visir el título de atabeg, es decir, «Padre del Príncipe». Nizam había establecido la paz en las fronteras, hecho vías de comunicación, construido ciudades, mezquitas y escuelas, había organizado los impuestos y elevado la seguridad y la prosperidad del país a un nivel que nunca había alcanzado. De ahí que gozara durante largo tiempo de la confianza ilimitada del soberano... hasta que entró en conflicto con la joven sultana a propósito de la sucesión del trono. Muchas veces antes, envidiosos y adversarios de todo tipo lo habían calumniado ante el sultán, pero éste no los escuchó: no le reprochaba a su visir la fortuna que había adquirido a su servicio; incluso había permitido que Nizam instalara a sus doce hijos en los lugares más relevantes de la administración del país. Pero la hermosa Turkan Hatuma, no sin perseverancia, había terminado por demostrar a su real esposo que numerosas medidas que había tomado su visir preferido eran puras arbitrariedades, que éste trataba al sultán, su señor, como a un vulgar escolar; en resumen, que abusaba de su poder de una manera desvergonzada. Un desafortunado gesto del visir Muad-U-Dolah, hijo mayor de Nizam, vino a pedir de boca para confirmar las afirmaciones de la sultana. El príncipe le había recomendado tomar a su servicio a un cierto Adil, pero el visir había creído pertinente no aceptar la sugerencia alegando que el pretendiente no era apto para desempeñar las funciones que se le ofrecían. «¡Pero entonces es cierto que no soy nadie en mi propio país!», exclamó el sultán que, de inmediato, destituyó al presuntuoso ministro y nombró en su lugar al mentado Adil. Esa medida había afligido profundamente al gran visir. Pronunció algunas amargas palabras sobre la ingratitud del soberano y esas palabras no tardaron en llegar a oídos del sultán que se enfadó aún más, llegando hasta amenazar a Nizam con despojarlo de la pluma, el tintero y el gorro, que constituyen las insignias del cargo de visir.

—Le devolveré con gusto al sultán la pluma y el gorro —había dicho el visir no sin amargura—. Pero finalmente, la paz y la prosperidad del país son mi obra. Cuando había tempestad, Su Majestad me honraba con su confianza. Ahora que las olas se han calmado, que el cielo está sereno, escucha a mis detractores. Podría tardar poco en reconocer los estrechos lazos que unen la seguridad de su corona con el hecho de que la pluma y el gorro estén en mis manos.

Este comentario exacerbó –si aún quedaba margen para ello el descontento del sultán. Y, por último, cuando el visir se dejó llevar a reconocer que en su momento no le había dicho toda la verdad con respecto a la magnitud de la capacidad de Hassan, el sultán se sintió tan herido en su vanidad que, cediendo a un raptó de cólera, lo destituyó sin más ni más.

Ahora que se habían reconciliado ante el peligro que corría el país, Nizam al-Mulk recuperaba poco a poco el ánimo. Se había fijado dos objetivos: derribar a su rival Tadj al-Mulk y aniquilar al aliado de éste, su mortal enemigo, Hassan. Si lo lograba, volvería a ser en poco tiempo el amo incuestionado del imperio iraní.

Los primeros pasos llevados a cabo en este sentido eran alentadores. Había sabido explotar a las mil maravillas la derrota de la caballería turca ante Alamut, aquella simple escaramuza de vanguardia: de esta manera había desbaratado de un plumazo la flamante confianza que el sultán depositara en Tadj al-Mulk. El príncipe no había olvidado los esfuerzos desplegados por la sultana y su secretario para que no se emprendiera ninguna campaña seria contra los ismaelitas. Ahora Nizam podría convencerlo de que había que llevar adelante una acción resuelta contra aquellos apóstatas si quería conservar su prestigio frente a sus propios súbditos. El soberano había devuelto plenos poderes a su visir, encargándolo personalmente de terminar de una vez por todas con aquella gente de Alamut. Las fábulas que se contaban sobre los supuestos milagros que se habían producido allí, los relatos de los exaltados que proclamaban a los cuatro vientos que Hassan les había mostrado el paraíso, todo había llegado a oídos del visir. Pese a que considerara dichas noticias del todo absurdas, no subestimaba la eventual influencia que pudieran tener sobre las multitudes. Sabía perfectamente que éstas no sólo son supersticiosas sino que sienten verdadero placer cuando oyen hablar de milagrosos y corren gustosamente a su encuentro. De manera que el campamento de Nahavend se había convertido de alguna manera en la capital provisional del imperio. La gente acudía desde todos lados a someter a Nizam sus quejas y sus peticiones. Desde que Tadj al-Mulk había sido nombrado gran visir en su lugar, había destituido un gran número de funcionarios, que rápidamente había reemplazado por gente suya. Es fácil imaginar cómo todos aquellos empleados caídos en desgracia habían recibido la noticia del regreso de su antiguo protector: se apresuraron a visitarlo o a enviarle a sus hombres de confianza, impacientes por hacerse presentes ante un ministro a quien ellos habían servido en buenos y malos tiempos. ¿Acaso no habían perdido sus puestos por pura abnegación hacia él? Nizam al-Mulk los recibía y prometía. Al mismo tiempo, trabajaba reclutando un ejército imponente, excelente medio para obligar a renunciar a su rival, que seguía siendo el



protegido de la sultana.

Un buen día, el maestro de ceremonias anunció que un tal Otmán, discípulo de Al-Ghazali, pedía ser recibido por el ilustre visir. Su maestro lo enviaba desde Bagdad, con una misiva que debía entregar en propia mano.

El gran visir estaba medio tendido, medio sentado en un lecho de cojines, ocupado en saborear su almuerzo: uvas pasas, pulpa de nueces confitada y otras muchas golosinas y azucarillos, todo dispuesto en una gran bandeja dorada hacia la cual tendía de vez en cuando una mano distraída. De una jarra de cobre, acababa de servirse una copa de hidromiel que sorbía lentamente. Había despedido ya a todas las visitas y solicitantes, y sus dos secretarios, sentados uno a cada lado de su lecho, estaban desbordados de escritos.

—¿Cómo dices? ¿Un discípulo de Al-Ghazali? ¡Que entre! ¡Que entre...!

Era más fácil acceder a la intimidad del gran visir que a la del jefe de los ismaelitas. Ibn Tahír lo supo en ese mismo instante. Delante del campamento se había topado con un centinela que lo había conducido al comandante del puesto, al cual le había presentado la carta timbrada con el sello de la escuela superior de Bagdad, dirigida al gran visir. Fue autorizado a proseguir su camino hasta la tienda verde de Nizam que, para ellos era un placer mostrar. Se sentía increíblemente tranquilo y dueño de sí, con toda su atención puesta en un solo punto: la orden que le había dado su jefe y que debía ejecutar. Una vez frente a la tienda, tragó la píldora que conservaba de reserva; luego entró en la antesala. Un centinela lo detuvo. Él expuso con voz clara el objeto de su visita. Todavía no sentía los efectos de la droga. Sin embargo, le vinieron a la mente las imágenes de Myriam y en su rostro se dibujó una sonrisa infantil. Durante todos aquellos días, no había pensado especialmente en ella. Y he aquí que ahora se le imponía repentinamente esa certeza en el espíritu: ella lo esperaba allá como recompensa de su acción. Tenía que reunir, pues, todas sus fuerzas para estar a la altura de las circunstancias.

El centinela lo invitó a pasar a otra habitación en la que entró con paso resuelto. ¡La tienda del visir era un verdadero palacio! Se encontró frente a un numeroso cuerpo de guardia bajo las órdenes de un oficial que, como símbolo de sus funciones, llevaba en los hombros charreteras de oro fino. El personaje estaba vestido con un traje especialmente suntuoso: blusa con pasamanería de oro y plata, largos pantalones rojos, turbante de colores coronado por largas plumas de pájaro. Era el maestro de ceremonias del visir. Miró

al visitante de arriba abajo con aire severo y le preguntó lo que quería. Ibn Tahír se inclinó profundamente. Articuló cuidadosamente el nombre de quien lo enviaba, mostró la carta y el sello que la cerraba. El maestro de ceremonias le indicó a un soldado que registrara al visitante. Sólo le encontraron el libro de

Al-Ghazali y una bolsa que contenía algo de dinero.

—Tales son las normas actuales —dijo el maestro de ceremonias a manera de excusa. Luego apartó la cortina y entró en donde estaba el visir con el propósito de anunciar al visitante.

En los momentos que siguieron, Ibn Tahír sintió que lo invadía una violenta tensión. La droga comenzaba a actuar. Escuchó a su alrededor voces a las cuales prestó una atención maravillada. Trastornado, le pareció de repente reconocer la voz de Myriam. «¡Oh, Alá, Seiduna tenía razón!», murmuró para sí mismo. «Este rumor es ya el del paraíso...»

El maestro de ceremonias tuvo que llamarlo dos veces antes de que se decidiera a seguirlo por la puerta en la que un soldado mantenía la cortina levantada. Divisó, instalado en sus cojines, a un viejecito cuya fisonomía expresaba una benevolente majestad. A Ibn Tahír le pareció que el desconocido le dirigía la palabra; pero su voz le llegaba desde muy lejos. Se inclinó profundamente. Cuando se enderezó, la decoración de la habitación le pareció repentinamente cambiada. «¡El pabellón del paraíso!», exclamó interiormente. Pero ya una voz grave se dirigía a él.

—Cálmate, hijo mío. Así pues, te envía Al-Ghazali...

De nuevo divisó delante de él la cara del gran visir que le sonreía amablemente, preocupado por ayudarlo a superar un apuro muy comprensible y que explicaba claramente su extraño comportamiento.

Ibn Tahír tuvo un relámpago de lucidez. «Estas visiones son efecto de la sustancia que acabo de tomar», pensó. Y la idea le ayudó a reponerse.

—Sí, excelencia, mi maestro Ghazali me envía a traeros esta carta.

Alargó el sobre al anciano y, al tiempo que se adelantaba hacia él, hizo deslizar el afilado estilete en su mano: el gesto había sido tan diestro como discreto; ninguno de los presentes lo había advertido.

El visir abrió el sobre y desplegó la carta:

—¿Cómo está nuestro sabio amigo en Bagdad? —preguntó.

Ibn Tahír se inclinó como para responderle y, con un gesto rápido, le hundió la hoja en la garganta justo bajo la barbilla. El visir se asombró tanto que por un momento no sintió ningún dolor. Se limitó a abrir desmesuradamente unos ojos pasmados; luego su mirada se dirigió a la única frase de la carta y lo entendió todo. Sólo entonces pidió ayuda. Ibn Tahír no se había movido, repentinamente paralizado tanto en sus gestos como en sus pensamientos. El decorado de la habitación se deformaba ante sus ojos alucinados. Invocó el nombre de Myriam, impaciente por encontrarse con ella en ese mismo instante. Sólo tenía un deseo: tenderse y abandonarse a los efectos del delicioso alcaloide que ardía en él. Pero ya los hombres lo derribaban, otros irrumpían en la habitación para ayudar a

sujetarlo... Esbozo maquinalmente algunos gestos de defensa. Su puño intentó golpear, sus dientes morder. Sintió que caía sobre él una lluvia de golpes... Le arrancaron los vestidos... De pronto recordó que su objetivo era justamente morir una vez llevada a cabo su misión. De inmediato lo invadió una gran calma: esperó el golpe mortal que iba a liberarlo, con la

mirada obstinadamente fija en el hermoso rostro de Myriam que acababa de aparecérselo a través de una cortina de sangre.

La débil voz del visir llegó hasta él:

—¡No lo matéis! ¡Dejadlo vivo!

Las brutalidades y los golpes cesaron. Sintió que lo ataban de pies y manos, pero la sangre que inundaba su rostro le impedía ver. Unos brazos gigantes lo pusieron en pie. Luego resonó una voz terrible:

—¿Quién eres, asesino?

—¡Soy la víctima sacrificada de Nuestro Amo!

Se afanaban ya en lavar y curar la herida del visir; alguien había salido corriendo en busca de un médico. El herido había escuchado la respuesta del muchacho.

—¡Oh, qué imbécil! —gimió—. Escuchó a ese criminal...

El jefe de la guardia acababa de recoger la carta y, tras echarle un vistazo, se la tendió al maestro de ceremonias. Éste la leyó y todos pudieron verlo estremecerse. Contenía estas únicas palabras: «¡Hasta pronto... en el infierno! Ibn Sabbah». Entretanto llegó el médico personal del visir y se puso a examinar la herida.

—¿Es grave? —preguntó el visir con voz que la ansiedad hacía temblar—. No me siento bien.

—Temo que el arma haya sido envenenada —sugirió el médico jefe de la guardia.

—Ha sido el amo de Alamut el que ha armado al asesino —le hizo saber el oficial con tono de entendido.

De inmediato, el rumor corrió de boca en boca: el jefe de los ismaelitas había enviado a uno de los suyos a asesinar al gran visir.

—¿Quién, el Viejo de la Montaña?... ¿Ese Hassan que el visir había ridiculizado en el pasado en Isfahan?

—¡Exactamente! Ésta es su venganza...

La temeridad de Ibn Sabbah tenía algo de incomprensible que a todos helaba de horror.

—Y ese imbécil que se aventura en medio de un campamento extranjero para llevar a cabo su obra... ¡No tiene idea de la muerte que le espera!

—¡Miren adónde conduce el fanatismo!

—¡El fanatismo? ¡Es locura pura!

...el asesino. ¡Es locura para...

Los de más edad no podían explicarse las razones de una audacia semejante. Algunos, confundidos por el asombro, casi llegaban a admirar en secreto la increíble audacia del asesino.

—¡Ése es alguien que no le teme a la muerte!

—O que la desprecia...

—O que la desea. ¡Tal vez eso!

Ya se oían redoblar los tambores y sonar las trompas. Delante de los soldados que habían acudido con las armas en la mano, alguien hizo una breve declaración: el gran visir estaba gravemente herido; el jefe de los ismaelitas, el Viejo de la Montaña, había enviado un asesino para matarlo...

La noticia fue recibida con clamores furiosos y con gran ruido de armas. Si se hubiera dado la orden de atacar a los ismaelitas en ese momento, sin duda toda aquella gente se habría arrojado a la batalla con entusiasmo.

Pese a que el médico logró detener la hemorragia, el herido se debilitaba a ojos vistas. Sus venas se inflamaron. Sentía martillazos en la cabeza.

—La hoja estaba seguramente envenenada —dijo finalmente con voz temblorosa y le dirigió al médico una mirada de niño desdichado—. ¿No hay remedio posible?

El galeno eludió la respuesta...

—Dejadme consultar con mis colegas...

Estos últimos, convocados al consejo, esperaban en la antesala. Hubo un breve conciliábulo. La mayoría de los presentes estimaban que era necesario primero cauterizar la herida. Fueron en procesión a la cabecera del herido, ya terriblemente debilitado.

—Lo mejor sería cauterizar la herida —declaró el médico del visir. El herido tembló. Un sudor frío inundó su frente.

—Me imagino que dolerá mucho —dijo con la voz quebrada por la aprensión.

—No hay otra posibilidad —respondió secamente el médico.

—¡Que Alá se apiade de mí!

Los practicantes se pusieron a preparar sus bárbaros instrumentos. Un criado trajo un brasero con carbones incandescentes. Se oyeron los ruidos secos de los hierros. El visir contempló aquellos preparativos sin hacerse ilusiones. Sentía en él los progresos fulminantes del veneno: acababa de comprender que estaba perdido.

—Es inútil que cautericéis —les dijo finalmente con voz agotada. No os preocupéis. Es mejor que me dejéis morir...

Los médicos se miraron, visiblemente aliviados. Sabían que toda tentativa era vana.

—¿Habéis pensado en informar al sultán?

—Un mensajero está en camino: no tardará en alcanzar a su Majestad.

—¡Escriba, anota lo que te dicte! —ordenó con voz débil.

Y dictó:

¡Gran rey y emperador! He consagrado lo mejor de mi vida a eliminar la injusticia de tu reino. Tu autoridad me ha apoyado en esta empresa. Ahora yo voy a rendir cuentas al Rey Todopoderoso, al que manda a los mismos soberanos, de los actos que llevé a cabo en este mundo. Le presentaré la prueba de mi fidelidad para contigo, que jamás desfalleció

mientras estuve a tu servicio. A los setenta y tres años, caigo bajo los golpes de una mano asesina. Te suplico, no olvides el nombre del que armó esa mano. Mientras el criminal reine sano y salvo en Alamut, ni tú ni tu reinado estarán seguros. Perdóneme si alguna vez te he ofendido, como yo también te perdono. Y no olvides a mis hijos, que son abnegados y están en cuerpo y alma entregados a tu servicio, Majestad.

Este discurso lo había agotado, respiraba dificultosamente. El médico le colocó en la frente una compresa fría. Dictó además una breve despedida a sus hijos y preguntó:

—¿Quién es el asesino?

—Lo están torturando —respondió el escriba—. Quieren que diga todo lo que sabe.

—¡Tráiganmelo!

Pusieron a Ibn Tahír ensangrentado y magullado delante del herido. Apenas podía sostenerse sobre sus piernas.

El visir miró el rostro del desconocido y tembló. «¡Pero si aún es un niño!», murmuró

para sí mismo.

—¿Por qué has querido matarme?

Ibn Tahír intentó incorporarse y logró articular con voz débil:

—Ésa es la orden de Seiduna.

—¿Pero no sabías que después te esperaba la muerte?

—Lo sabía.

—¿Y no tuviste miedo?

—Para un fedayín la muerte en el cumplimiento del deber significa la dicha.

—¡Qué locura! —gimió el visir.

Luego tuvo un breve sobresalto de cólera.

—¡Te has dejado cegar! Ni siquiera sabes lo que has hecho. ¿Conoces el último principio del ismaelismo?

—Lo conozco. Ejecuta las órdenes de tu jefe.

—¡Imbécil! ¡Loco exaltado! ¿No sabes que yo también conozco la doctrina de

tu amo?

–Lo sé. Eres un renegado. Un traidor.

Nizam esbozó una sonrisa de condescendencia.

–Escúchame, joven. El principio supremo del ismaelismo es éste: Nada es verdadero,

¡todo está permitido!

–¡Mentira! –Ibn Tahír temblaba de indignación–. No sabes quién es Seiduna... Seiduna es el más santo y el más poderoso de los hombres. ¡Debes saber que Alá le dio el poder de abrirle a sus fieles las puertas del paraíso!

El gran visir contuvo el aliento. Se incorporó penosamente sobre un codo y miró a Ibn Tahír al fondo de los ojos: no, estaba claro que el muchacho no mentía. Movi6 la cabeza con aire estupefacto. Conocía las fábulas que corrían sobre Alamut. Sobre aquellos jóvenes que decían haber pasado una noche en el paraíso. Comenzaba a comprender...

–¿Entonces tú afirmas haber ido al paraíso?

–¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Y palpé con estos dedos las maravillas que alberga!

–¿Y seguramente estás convencido de que reencontrarás ese mismo lugar después de tu muerte?

–Sí, la muerte me lo devolverá.

El visir se dejó caer sobre los cojines.

–¡Alá! ¡Alá! –balbuceó con voz débil–. ¡Qué pecado! Ésa es la razón de que necesitara tantas esclavas hermosas... ¡Las compraba en todos los bazares...!

Ibn Tahír aguzó el oído. La atención le ponía tensos todos los músculos del rostro.

–¿Nunca se te ha ocurrido pensar que han podido inducirte a error? –quiso saber el visir–. ¿Nunca te preguntaste si ese paraíso no era más que obra de Hassan en persona?

Seguramente lo visitaste sin siquiera abandonar Alamut.

–Alamut no podría albergar tales jardines. Los que yo conocí respondían exactamente a la descripción del Corán.

Uno de los que estaban presentes, un viejo oficial que conocía todas las fortalezas del Irán, se mezcló en la conversación.

–Podría tratarse perfectamente de los famosos jardines secretos que los antiguos reyes de Deilem habían preparado para sus diversiones detrás de la fortaleza. A menudo he oído hablar de ellos.

Ibn Tahír abrió desmesuradamente los ojos. Expresaban un temor infantil.

–Acabas de inventar esa leyenda expresamente para perturbarme.

El oficial enrojeció de cólera:

–¡Refrena tu lengua, criminal! Cualquiera que haya servido como yo en el norte del país puede confirmar la existencia de esos jardines detrás de Alamut: son conocidos como los jardines de los reyes de Deilem.

Todo comenzó a bailar ante los ojos de Ibn Tahír. Todavía intentó interponer un último argumento.

–Vi en esos jardines una onza domesticada tan mansa como un cordero, que seguía a sus amas exactamente como un perro.

Los que se hallaban presentes rieron amargamente.

–Los príncipes y los grandes de este mundo tienen en sus jardines tantas onzas domesticadas como quieran. Los cazadores se sirven de ellas como si fueran perros...

–¿Y las huríes de ojos negros que me servían?

–¿Huríes de ojos negros? –rió dolorosamente el gran visir–. Sólo esclavas destinadas al placer de Hassan... Las ha comprado en todos los mercados de Irán. Mi administración tiene informaciones precisas sobre cada compra...

Ibn Tahír tuvo la impresión de que se le caía una venda de los ojos. De repente, todo se volvió claro. Myriam, esclava y amante de Hassan... Él, Ibn Tahír, miserable víctima de sus intrigas, de sus engaños... Le pareció que iba a estallarle la cabeza. Sus rodillas flaquearon. Se arrodilló en el suelo y comenzó a sollozar.

–¡Perdóname, oh, Alá!

Cansado por el esfuerzo, el gran visir había perdido el conocimiento. Un estertor doloroso desgarró su garganta. El escriba se arrodilló a su lado.

–Se muere –susurró, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Los médicos se afanaron alrededor del herido y lograron reanimarlo con ayuda de agua fresca y muchos perfumes.

–¡Qué crimen...! –murmuró recuperándose.

Divisó a Ibn Tahír arrodillado delante de él.

–¿Te das cuenta ahora?

El muchacho hizo un gesto afirmativo. No podía articular una sola palabra. Todo el edificio de su vida se derrumbaba.

–Muero a causa de tu ceguera –prosiguió el herido.

–¡Alá! ¡Alá! ¿Qué he hecho?

–¿Lo lamentas?

–Lo lamento, Excelencia.

–Puesto que eres un joven tan resuelto, ¿tendrás valor de reparar tu crimen?

–¡Si se pudiera!

–Se puede. Vuelve a Alamut y salva a Irán de las garras del dragón ismaelita. Ibn Tahír no podía creer lo que oía. Dirigió a los que estaban presentes una

pálida sonrisa infantil a través de las lágrimas. Pero los rostros que tenía delante eran sombríos y hostiles.

—¿Entonces tienes miedo?

—No, no lo tengo. Pero no sé lo que iréis a hacer conmigo.

—Te enviaremos a Alamut.

Los cortesanos de Nizam manifestaron discretamente su reprobación. ¡El criminal debía ser castigado! No había que dejarlo escapar...

El visir, agotado, hizo un gesto con la mano.

—Conozco a los hombres —dijo—. Si hay alguien capaz de ajustarle las cuentas a Hassan es este joven.

—¡Pero bueno, no podemos devolverle la libertad a tu asesino! ¿Qué diría Su Majestad?

—No os preocupéis. Aún estoy vivo y responsable. ¡Escriba, anota!

Dictó una orden. Los que estaban presentes movieron la cabeza.

—El joven que me ha apuñalado es más víctima que yo del sanguinario de Alamut. Vengándose, me vengará. Que un destacamento de hombres lo escolte hacia el camino de la fortaleza. Una vez de vuelta allí, llevará a cabo lo que estime sea su deber.

—Le hundiré el puñal en las entrañas.

Ibn Tahír se levantó. Sus ojos brillaban de odio.

—Juro que no me detendré hasta haber llevado a cabo mi venganza, o hasta morir.

—¿Lo habéis oído? Eso está bien... Ahora cuidadlo; lavadlo, curadlo. Dadle vestidos convenientes... ¡Ah, qué cansado me siento!

Cerró los ojos. La sangre le quemaba como brasas. Comenzó a temblar.

—El fin se acerca —susurró el médico.

Hizo una señal. Todos abandonaron la habitación, dejándolo solo a la cabecera del moribundo.

Los guardias condujeron a Ibn Tahír a una tienda apartada. Lo ayudaron a lavarse, a curar sus heridas, le trajeron ropa limpia. Para terminar, lo ataron a un poste.

¡Qué cosa horrible era la vida! El hombre que todos sus partidarios consideraban un santo era en realidad el peor de los impostores. Jugaba con la felicidad y la vida de la gente como un niño con canicas. Abusaba de su confianza. Aceptaba tranquilamente ser considerado como un profeta, como un enviado de Alá... ¿Era posible? Mientras más pensaba Ibn Tahír, más se convencía: debía volver a Alamut. ¡Con el propósito de asegurarse de que no se equivocaba! Y si no se equivocaba le hundiría con la mayor voluptuosidad un puñal envenenado en el cuerpo. De todas maneras estaba condenado a muerte.



¡Que se hiciera la voluntad de Alá...!

El visir pasó la noche en medio de altísimas fiebres y casi sin conocimiento. De vez en cuando se despertaba, atormentado por alucinaciones espantosas. Gemía y solicitaba la ayuda de Alá. Hacia la hora del alba, lo abandonaron las fuerzas. Ya no recuperó el sentido. Hacia el mediodía, su corazón había dejado de latir.

Los mensajeros difundieron la noticia a los cuatro puntos cardinales: «Nizam al-Mulk, organizador del mundo y del país, Djelal-U-Dulah-al-Dihn, Honra del País y de la Fe, el gran visir del sultán Alí Arsían Shah y de su hijo Malik, el hombre de Estado más grande que jamás conoció el Irán, ha muerto víctima del amo de Alamut».

## XVI

Al día siguiente de que Ibn Tahír dejara Alamut, un espía había acudido al castillo con una noticia: las tropas del emir Arsían Tash volvían a ponerse en campaña. Los tambores redoblaron y sonaron los cuernos. A toda prisa, cada uno ocupó en la trinchera el lugar que le habían asignado. Los soldados en facción a lo largo del desfiladero recibieron la orden de permanecer en sus puestos hasta que los primeros jinetes enemigos aparecieran en el horizonte. En seguida debían retirarse en perfecto orden, no sin haber dejado tras ellos, a lo largo del sendero de la garganta, algunas trampas cuidadosamente disimuladas en la calzada.

Cada hora se presentaban nuevos informadores en la puerta de la fortaleza, que comunicaban con lujo de detalles los movimientos del ejército turco. Al alba del día siguiente, Hassan invitó a los dos grandes deyes a que lo siguieran a lo alto de la torre, y los tres se pusieron a contemplar el horizonte.

—¿Dices que lo has previsto todo? —se inquietó Abu Alí, lanzándole a Hassan una mirada de animal al acecho.

—¡Pues sí!, todo ocurre como lo había previsto. ¡Para cada golpe tengo preparada una respuesta!

—Tal vez hayas enviado a Ibn Tahír a Nehavend... —Buzruk Umid había lanzado esta frase sin pensar y ya se espantaba de su propia audacia.

Hassan frunció el ceño y siguió escrutando tranquilamente el paisaje, como si no hubiera oído nada.

—Todas las medidas que he tomado —dijo al cabo de un momento—, las he tomado con vistas a la victoria de nuestra causa común.

Los grandes deyes intercambiaron una breve mirada. Presentían perfectamente el tipo de respuesta que Hassan podía haber preparado, pero no por eso temblaban menos. Hiciera lo que hiciera, el éxito podía depender de mil pequeños imponderables... En aquel hombre debía de haber una virtud especial, casi anormal, para que se mostrara en todo momento tan seguro de sus cálculos.

Supongamos... se aventuró de nuevo Buzruk Umid, que el ejército del emir

—Supongamos —se aventuró de nuevo Buzruk Umid—que el ejército del emir permanezca hasta el invierno frente al castillo.

—¿No creerás que vamos a morirnos de sed? —dijo riendo Hassan—. La defensa es segura y hay comida suficiente para un año.

—Ese ejército podría ser reemplazado por otro, y ese otro por un tercero.

¿Qué

sucedería entonces?

—En realidad no lo sé, querido. Sólo trato de ver las cosas a muy corto plazo... o bien, a muy, muy largo término...

—Es terriblemente peligroso no contar con alguna salida por ningún lado.

—¡Y el lado de las montañas, querido...! ¿Por qué no podría enviaros a todos a buscar la salvación al fondo mismo de las montañas?

Hassan sonrió silenciosamente por su ocurrencia. Luego, como si quisiera consolarlos, dijo.

—Mi opinión es que el sitio tendrá corta duración.

Buzruk Umid mostró en aquel momento la bandera izada en lo alto de la torre de vigilancia que marcaba la entrada del desfiladero: una mano invisible la agitaba lentamente, luego la hizo desaparecer.

—El centinela abandona su puesto —dijo conteniendo el aliento—. El enemigo se acerca.

Poco más tarde, un torbellino de polvo señaló en el horizonte la aproximación de la caballería. Luego advirtieron las banderas negras flameando al viento, y un primer destacamento montado se abalanzó al asalto de la colina coronada por la torre de vigía. Un momento después, el poderoso estandarte negro de los sunnitas flotaba a la entrada del desfiladero.

Comenzaron a llegar incesantemente nuevas tropas. Todo el valle río abajo del desfiladero se vio rápidamente cubierto de tiendas, y algunas hasta se aferraban al flanco de la montaña. Hacia la tarde, aparecieron los carros rodantes y las máquinas de sitio: se podían contar un centenar de ellas. Los tres jefes observaban atentamente aquellos preparativos desde lo alto de la torre.

—Parece que no están de bromas —apuntó Abu Alí.

—Una victoria seria exige un enemigo serio —respondió Hassan.

—Los preparativos pueden estar terminados perfectamente de aquí a dos o tres días —

los previno Buzruk Umid—. Luego sonará la hora del asalto.

—No nos atacarán por el desfiladero —calculó Abu Alí—. El paso es tan estrecho que sería un juego para nosotros exterminarlos uno a uno antes incluso de que hayan llegado a las murallas. No, seguramente intentarán tomar posiciones en las cumbres vecinas para así

encontrarse a la altura de nuestras murallas. Aunque ahí tampoco la amenaza

encontrarse a la altura de nuestras murallas. Aunque así tampoco la amenaza será muy grave, si sabemos estar alertas.

—Necesitarán un jefe endiabladamente ingenioso —corroboró Hassan—, si quieren apoderarse de la fortaleza de otra manera que no sea la de hacernos rendir por hambre. Y

por lo que sé ese estrategia no existe ni en Irán ni en ninguna parte.

—Su aliado más poderoso es el tiempo —observó para terminar Buzruk Umid.

—El nuestro es mi paraíso —replicó Hassan riéndose.

Todo aquel día, el castillo había sido presa de una agitación de colmena. La torre anterior y las murallas contiguas estaban cubiertas de tropas. Las máquinas colocadas en batería ya tiraban hacia las vanguardias turcas pesadas piedras y enormes bolas de madera. Las calderas destinadas a fundir el plomo o la pez, y a calentar el aceite estaban en su lugar, suspendidas por encima de los depósitos de piedra; y se había verificado el buen funcionamiento del dispositivo destinado a dejar caer la materia ardiente sobre el enemigo. Los oficiales, tocados con yelmos de combate corrían de cuartel en cuartel inspeccionando los preparativos, vigilados desde lejos por Minutcheher, a quien escoltaban dos ayudas de campo a caballo. Los hombres se sentían angustiados por la amenaza que pesaba sobre la plaza. Sin embargo, ninguno parecía inquieto por los movimientos del enemigo. Sólo los tres jefes, en la torre más alta, se dedicaban a estudiar en su conjunto el teatro de las operaciones.

En la escuela de los fedayines, los nuevos esperaban órdenes. Estaban pálidos. Se sentían asombrados de que la instrucción hubiera terminado tan bruscamente. Sulaimán y Yusuf habían sido designados para mandar el cuerpo y ambos muchachos no se cansaban de contar sus hazañas delante de la caballería turca. Su entusiasmo comunicativo ayudaba a mantener la moral del grupo, ya muy alta, y los jóvenes auditores olvidaban el miedo pensando en los laureles que les esperaban: sabían que eran una tropa de élite y se comportaban como tal. Por la tarde, los habían destinado a cuidar la torre en la que se encontraban los palomares: estaban armados de arcos y jabalinas, y un destacamento de seis soldados había sido puesto junto a ellos para que sirvieran las calderas de pez y aceite.

Después de la tercera oración, Sulaimán se había hecho traer la comida allí donde se encontraban. Esperaban, sentados aparte en el parapeto, con los cascos desatados —el calor los cocía literalmente—y, pese a ello, tenían la frente bañada en sudor. A quien no los hubiera vuelto a ver desde el día de su llegada, seis meses antes, le habría costado

reconocerlos: mejillas hundidas y curtidas, rasgos endurecidos, casi crueles. Hacían el inventario de las medidas tomadas, medidas que no dejaban de inquietar a la concurrencia

inquietar a la concurrencia.

–Nos hemos dejado encerrar como una rata en el agujero –bramaba Sulaimán–. La primera vez era otra cosa: propinarle al enemigo sablazos en la cabeza... ¡eso sí que me gustaba!

–Esperemos –lo calmaba Yusuf–, tal vez Seiduna tiene alguna idea oculta. Allí hay unos treinta mil herejes, que no es poco.

–El número no tiene importancia. ¡Que me den ahora la orden y me abalanzo contra ellos en este mismo instante! ¿Tendremos que soportar eternamente esta infernal ociosidad?

–Pienso exactamente como tú, a mí también me gustaría vérmelas con esos perros herejes...

–¿Sabes lo que me ha rondado todo el día por la cabeza? Pero no hables de ello. Me gustaría proponerle a Seiduna que me introdujera en el campamento enemigo para matar a ese perro de Arsían Tash.

–No te lo permitirá. Hicimos juramento y debemos esperar sus órdenes.

–¡Oh, esta espera del demonio! Te lo digo, estoy a punto de volverme loco. A veces tengo una extraña sensación en la cabeza. Hace dos días, entre la cuarta y la quinta oración, me sentí de repente embargado por una especie de rabia. No sé cómo me encontré en la muralla con el puñal en la mano. Justo abajo, se paseaban tres de los nuevos charlando. Dejé que se aproximaran. Se me revolvió la sangre en las venas. Un invencible deseo se había apoderado de mí: soñé con hundirles el cuchillo en el vientre. Cuando pasaban bajo mi escondite, me abalance sobre ellos. Se pusieron a chillar como mujeres. Levanté el puñal y en ese mismo instante me sobrepuse. Me sentía extenuado, hasta el punto de que apenas me sostenían las piernas. Reuní mis últimas fuerzas para sonreír. «¡Pues bien! Sois unos héroes que dais lástima», farfullé, «quería probar vuestro valor pero ya veo que no estáis preparados». Tras lo cual, les hice un breve sermón a la manera de Abd al–Malik: un ismaelita, y sobre todo un fedayín, debe estar constantemente en guardia... Es vergonzoso para un sujeto de élite dejarse sorprender... Así salí del apuro. Pero desde ese día vivo obsesionado por volverme loco, furioso si Seiduna no nos da la salvación.

Yusuf tembló:

–¡Ésos son los efectos de las píldoras de Seiduna! Se sirvió de ellas para abrirnos las puertas del paraíso... pero ahora nos morimos de impaciencia con una sola idea en la cabeza: volver allí.

–¿Y quién es el que, habiendo saboreado las delicias del paraíso, no quiera volver?

¡Oh, Alá, Alá! ¿Por qué esta larga prueba?

Así pasaron dos días, dos días de febriles preparativos y silencio lúgubre. La espera constituía para los de la plaza un verdadero suplicio. Desde lo alto de su

torre, Hassan y los dos grandes deyes no dejaban de examinar los alrededores. Sentían que algo se preparaba, pero las laderas del desfiladero, terriblemente abruptas, impedían ver lo que ocurría en las cumbres más cercanas. Por mediación de Abu Alí, Hassan encargó a Obeida enviar algunos hombres a las crestas en misión de reconocimiento. El enemigo ya había apartado los obstáculos dejados en el desfiladero y, desde la torre más alta, se podía ver a los hombres del emir afanados en estudiar los lugares.

Haifa e Ibn Vakas recibieron, pues, la orden de bajar al despuntar el alba hasta el pie de la muralla y de allí franquear el torrente, para luego escalar el acantilado que se levantaba al otro lado del desfiladero. Todos los hombres de Alamut seguían con la mirada su avance vertiginoso: hasta los veteranos, que no obstante habían visto otros momentos parecidos, contenían el aliento. Ibn Vakas trepaba a la cabeza. Una vez llegado a un saledizo relativamente seguro, lanzó una cuerda de la que se cogió Haifa. Ambos

prosiguieron lentamente el ascenso. El sol ya estaba alto cuando alcanzaron la cumbre, donde había algunos troncos hendidos. De repente los vieron agazaparse y los arqueros tomaron posiciones para protegerlos. Examinando cuidadosamente los alrededores, los dos escaladores, ágiles como monos, se aventuraron hasta un tronco inclinado a pique al que ataron sólidamente la cuerda. Luego se dejaron caer hasta el fondo del abismo. Atravesaron el torrente sin inconvenientes y sus compañeros sólo tuvieron que izarlos hasta lo alto de la muralla. La noticia que traían cabía en pocas palabras: el enemigo había tomado posiciones en lo alto de los acantilados y estaba ocupado en instalar pedreros y catapultas botafuego.

Se produjo un grito unánime. Y pocos momentos después un primer proyectil se elevó

por encima del torrente y vino a estrellarse contra la base de la muralla. Fue seguido por muchos otros. El choque de aquella artillería a veces apagaba el rugido del Shah Rud. Los hombres apostados en lo alto de los muros sentían que el suelo temblaba bajo sus pies y volvían unos rostros pálidos por la espera hacia el enemigo que seguía sin decidirse a aparecer.

Poco después, un gran trozo del acantilado del frente, probablemente minado, se desplomó con estrépito en el torrente, llevándose todo por delante. Otras enormes rocas siguieron luego el mismo camino. Las primeras fueron llevadas más lejos por las aguas, pero las que aterrizaban donde la pendiente no era demasiado empinada, permanecieron en medio del torrente y no tardaron en formar una especie de dique natural contra el cual venían a chocar las aguas espumantes. Finalmente vieron que se movían pequeñas siluetas en la cumbre más cercana: muchos equipos de artificieros se afanaban en tirar enormes

máquinas. Minutcheher dio una orden y una andanada de flechas partió en esa dirección. Pero estaban demasiado lejos para que se sintieran inquietos. Un proyectil en llamas estalló como respuesta contra la muralla; éste anunciaba muchos otros. Finalmente una primera andanada de flechas cayó sobre los sitiados.

Minutcheher se precipitó hacia un soldado herido:

–¡Imbécil! ¡No os expongáis! ¡Agachaos!

Resoplaba ruidosamente de indignación y de cólera, mientras los soldados, lívidos, se miraban entre sí con sonrisas incómodas, visiblemente inquietos por sentirse impotentes hasta ese punto ante un enemigo tan bien armado.

–¡Vamos!, no es más que ruido –rugía Minutcheher–. Una pequeña demostración de fuegos artificiales que no representa el menor peligro...

Pero aquella avalancha de piedras y fuego actuaba sobre la moral de la tropa. Los hombres sabían que todas las salidas del castillo estaban bloqueadas; y todos hubieran seguramente preferido combatir al enemigo en campo abierto.

–Si Seiduna me lo permitiera escalaría ese acantilado a la cabeza de mis fedayines y en poco tiempo exterminaría a todos los que están arriba –rabiaba Abd al–Malik. Yusuf y Sulaimán también apretaban los puños. Eran los primeros en predicar la carnicería. Pero Seiduna se paseaba ostensiblemente en lo alto de su torre, charlando sin perder la calma con los dos grandes deyes sobre sus santos proyectos, charla que tenía el don de excitar más que nunca la impaciencia de Sulaimán.

Abu Alí vino a inspeccionar la situación en las murallas y volvió para informar a Hassan.

–La tropa está algo inquieta –dijo con sonrisa forzada.

–Por último, Arsían Tash sólo vino a esto –dijo Hassan–. Quiere impresionarnos, hacemos flaquear y darnos miedo. Pero si trata de explotar este estado de cosas, debe actuar rápidamente. De aquí a dos o tres días los soldados estarán tan acostumbrados a este jaleo que se divertirán lanzando nudos corredizos contra esos malditos proyectiles para ver si pueden pescar alguno al vuelo.

–¿Entonces crees que en cualquier momento echarán sus escalas sobre las murallas para abrirse paso?

–No... Más bien creo que es que vienen a abrirnos su corazón...

Al sonar la tercera oración, el bombardeo cesó tan repentinamente como había comenzado. El silencio que siguió tenía algo de lúgubre. Todos presentían en el castillo que el tumulto de las últimas horas sólo era el preludio de algún acontecimiento importante, que no tardarían en descubrir en qué consistía. Fueron los tres hombres de la torre los primeros en observar un movimiento

insólito: tres jinetes galopaban a lo largo del desfiladero. Llegados a la vista del puente levadizo, pusieron sus monturas al paso e hicieron señales de tregua.

–Bien podría tratarse de un ardid –dijo un oficial al oído de Minutcheher.

–No bajaremos el puente mientras el jefe supremo no dé la orden –lo tranquilizó el comandante de la fortaleza.

Pronto llegó la orden. Los hierros rechinaron, la pasarela bajó y los tres enviados del ejército enemigo hicieron su entrada en el castillo, pálidos pero dignos. Minutcheher los recibió con una refinada cortesía. Todos los soldados que estaban de servicio en el patio habían vuelto entretanto a sus cuarteles por orden expresa de Hassan: en aquel lugar no se veían más que los centinelas afectados al servicio de las murallas. En la primera explanada del medio, estaba la caballería completa formada en perfecto orden. Minutcheher, acompañado por el cuerpo de oficiales, condujo a los visitantes hasta el círculo de sus hombres. Luego todos los de la plaza se cuadraron impecablemente, esperando órdenes.

–Trataron de impresionarnos –dijo Hassan que observaba la escena desde lo alto–. Ahora me toca a mí impresionarles a ellos... y espero que lo recuerden hasta el día del Juicio...

De nuevo su voz y su rostro delataban esa sombría exaltación que tanto hacía temblar a los grandes deyes. Volvieron a ver en él la misma sonrisa enigmática que habían observado en su rostro aquella famosa noche en la que había enviado a los fedayines a los jardines.

–¿Piensas decapitarlos y exponer sus cabezas en lo alto de esta torre? –preguntó Abu Alí.

–Sería muy estúpido si hiciera algo parecido. El ejército del emir se pondría tan furioso que perdería hasta el último resto del miedo que ahora evidentemente les inspiramos. Pues bien, es justamente ese sentimiento el que debemos hacer florecer en ellos si queremos lograr una victoria definitiva.

–La tropa está dispuesta en orden de parada y los enviados esperan –observó Buzruk Umid lanzando un vistazo por encima del parapeto.

–Que esperen. Quisieron doblegarnos, disparando contra nosotros, nosotros los doblegaremos haciéndolos esperar...

El jefe de los enviados del emir Arsían Tash, el capitán de caballería Abu Djafar, había sido invitado a colocarse entre los fedayines y los arqueros. Se apoyaba levemente sobre la hoja de su sable, observando el alineamiento de los soldados con afectado desprecio e indiferencia. Los dos hombres que lo escoltaban se mantenían inmóviles a su lado, con las manos crispadas sobre las empuñaduras de sus armas y lanzando a su alrededor miradas feroces. Los tres dominaban con mucha dificultad su creciente impaciencia... y el temor de la suerte que les esperaba.

A unos diez pasos de ellos, Minutcheher había desplegado el cuerpo de sus oficiales. Miraba a los enviados con insolencia, intercambiando de vez en cuando unas palabras en voz baja con sus ayudas de campo, y no dejaba de echar miradas furtivas al palacio. Pero ninguna señal aparecía por ese lado, como si Hassan se hubiera olvidado de que sus

hombres, en su totalidad, y los tres enviados del enemigo estaban allí abajo esperando que tuviera a bien recordarlo. El sol lanzaba sus rayos despiadadamente, pero ninguno de los soldados presentes, fueran de infantería o estuvieran montados en sus corceles, manifestaba el menor nerviosismo. Se limitaban a mirar de arriba abajo con aire indiferente a los emisarios extranjeros, el jefe de éstos, llamado Abu Djafar, molesto por aquella larga espera, se volvió hacia Minutcheher y le preguntó con una amabilidad teñida de ironía:

—¿Es costumbre aquí hacer esperar a los mensajeros bajo el sol en medio del patio?

—Aquí tenemos una sola costumbre: someternos a las órdenes de nuestro jefe.

—En ese caso, me veré obligado a señalarle a mi amo, Su Excelencia Arsían Tash, que esta espera forma parte de la respuesta de tu amo.

—Como quieras.

De nuevo se encerraron en el silencio. Abu Djafar lanzaba hacia el cielo miradas de rabia, enjugándose con el revés del brazo el sudor que inundaba su rostro. La inquietud en él comenzaba a dar paso a la angustia. ¿Por qué lo habían colocado en medio de todos aquellos hombres armados? ¿Qué suerte les reservaba el jefe supremo después de aquella interminable espera? Su imaginación se disparaba... y el miedo, poco a poco, se apoderó de él.

Los jefes, ataviados con los trajes de gala, la larga capa blanca flotando sobre sus hombros, se decidieron finalmente a salir del palacio, escoltados por la guardia personal de Hassan. Desde que se había apoderado de Alamut, era la primera vez que aparecía ante sus propios fieles, los cuales no dejaban de advertir el significado de este gesto. Él mismo no podía dejar de sentir cierta aprensión.

El cuerno anunció la llegada del amo del lugar. Todas las miradas se volvieron hacia la terraza superior: tres hombres aparecieron en ella, vestidos de blanco deslumbrante, rodeados de negros semidesnudos provistos de armas formidables. Los hombres de la tropa contuvieron el aliento: uno de los tres personajes les era desconocido. Presintieron la verdad: sólo podía ser Seiduna. Yusuf y Sulaimán abrieron los ojos desorbitados.

—¡Seiduna! —les susurraron a sus compañeros.

El rumor corrió de boca en boca.



—¡Por fin se ha mostrado Seiduna...! Se preparan grandes cosas...

La impaciencia de la tropa se comunicaba a los animales, que manifestaban algunos signos de nerviosismo. Hasta los tres emisarios adquirieron una expresión tensa: desde que los tres jefes aparecieron con sus extraños atuendos, habían levantado involuntariamente la cabeza y se les vio palidecer.

Hassan, seguido de su escolta, se había adelantado hasta el borde de la explanada superior y los dominaba a todos. Se hizo un silencio extraordinario. Sólo se escuchaba el sordo rugido del Shah Rud, eterno acompañamiento sonoro de la vida de Alamut. El recién llegado levantó el brazo para indicar que iba a hablar. Con voz clara, se dirigió a Abu Djafar:

—¿Quién eres, extranjero? ¿Qué has venido a hacer a Alamut?

—¡Señor!, soy el capitán Abu Djafar, hijo de Abu Bekrov, y estoy aquí por orden de mi amo, Su Excelencia el emir Arsían Tash. Su Majestad, honor y luz del país, el todopoderoso sultán Malik Shah, me envía para comunicarte que piensa recuperar la fortaleza de Alamut, de la que te has apoderado injustamente. Su Majestad te considera su súbdito; te da tres días para entregar la plaza al generalísimo, Su Excelencia el emir Arsían Tash. Mi amo te garantiza la libre salida, a ti y a tus tropas. Pero si no te rindes, debes saber que Su Excelencia te considerará como un enemigo del país: te perseguirá despiadadamente hasta tu aniquilamiento completo. El gran visir en persona, Su Excelencia Nizam al-Mulk, marcha

contra Alamut a la cabeza de un gran ejército, muy decidido a no perdonar a los ismaelitas. Esto es lo que mi amo me ha encargado hacerte saber.

Había proferido aquellas últimas palabras, todas cargadas de amenazas, con una voz sensiblemente menos segura. Hassan le respondió con una sonrisa burlona, adoptando el mismo vocabulario solemne:

—¡Abu Djafar, hijo de Abu Bekrov! Haz saber a tu amo, Su Excelencia el emir Arsían Tash, lo siguiente: Alamut está debidamente preparado para resistir su asalto. Pese a que no le contemos entre nuestros enemigos, debería pensarlo dos veces: si hiciera sonar sus armas demasiado tiempo por estos parajes, podría ocurrirle lo que le ocurrió al jefe de su vanguardia... sería una lástima que su cabeza terminara expuesta en esta torre en la punta de una pica.

La sangre acudió al rostro de Abu Djafar. Dio un paso adelante y se llevó la mano al sable.

—¿Osas insultar a mi amo? ¡Tú, el usurpador! ¡Mercenario a sueldo de Egipto! ¿Sabes que somos treinta mil alrededor de tu castillo?

Los ismaelitas indignados por esta respuesta hicieron entrechocar sus armas. Sin embargo, Hassan había conservado toda su sangre fría.

—¿Es costumbre del sultán ofender a los jefes extranjeros? —preguntó con voz

suave.

—No. Sólo acostumbramos responder con la misma moneda a los que nos insultan.

—Acabas de eludir a esos treinta mil hombres armados instalados a nuestras puertas. Yo te pregunto: ¿esa gente ha venido a cazar saltamontes...? A menos que les haya dado ganas de escuchar a un nuevo profeta...

—Si los ismaelitas son saltamontes, entonces han venido a cazar saltamontes. Pero si por estos lugares hay algún profeta yo no lo sé ni de oídas.

—¿Nunca has oído hablar de un tal Hassan Ibn Sabbah, señor de la tierra y del cielo?

¿Al que Alá dio el poder de abrir a los vivos las puertas del paraíso?

—He oído hablar de un cierto Hassan Ibn Sabbah, conocido por ser el jefe de una secta herética. Si mi presentimiento no me engaña, en este mismo momento me encuentro delante de él. Pero que ese Hassan Ibn Sabbah sea el señor de la tierra y del cielo es algo nuevo para mí, e igualmente ignoro que Alá lo haya investido de poder alguno. Hassan buscó con la vista a Sulaimán y a Yusuf y les hizo una señal. Éstos abandonaron sus filas y fueron a colocarse al pie de la escalera que llevaba a la terraza superior. Se dirigió a ellos de forma que fuera oído por todos:

—¿Podéis jurar por todos los profetas y los mártires que habéis recibido el favor de pasar una noche en el paraíso y que en aquel instante estabais sanos de cuerpo y de espíritu y en plena posesión de vuestros sentidos?

—Podemos jurarlo, oh, Seiduna.

—Juradlo.

Juraron haciendo sonar alto y claro sus palabras.

Abu Djafar hubiera querido reír pero la voz de los dos muchachos expresaba una fe tan firme y una convicción tan sincera que sintió un escalofrío en la espalda. Miró a sus dos ayudas de campo: sus expresiones decían claramente que se alegraban de no estar en su pellejo en aquel momento. Sin duda alguna, se había dejado llevar por mal camino. Retomó la palabra pero con algo menos de firmeza que al principio:

—No he venido, señor, a disputar contigo sobre aspectos de doctrina. Te traigo la orden de Su Excelencia, mi amo, el emir Arsían Tash, y espero tu respuesta.

—¿Por qué escurres el bulto, amigo mío? ¿Te es indiferente combatir por el verdadero o por el falso profeta?

—Yo no combato por ningún profeta. Me contento con estar al servicio de Su Majestad.

—Así hablaban también los que combatían al servicio de diversos soberanos contra el Profeta. Así también se precipitaron hacia su ruina

contra el viento. Así también se precipitaron hacia su tumba.

Abu Djafar tenía los ojos clavados en el suelo. Permanecía callado. Hassan se volvió

hacia Yusuf y Sulaimán. Los dos muchachos estaban completamente inmóviles, como encadenados al pie de la escalera, mirando al frente con ojos que ardían con un fulgor extraño. Bajó unos escalones hacia ellos, metió una mano bajo su túnica y sacó una pulsera.

—¿Conoces esta pulsera, Sulaimán?

Sulaimán se puso pálido como muerto, una leve espuma apareció en la comisura de sus labios crispados. Con voz que temblaba de loca alegría, murmuró: —La conozco, amo.

—¡Ve! Te autorizo a devolvérsela a quien le pertenece.

Las rodillas de Sulaimán temblaron. Hassan sacó de nuevo la mano de la túnica y esta vez le alargó una píldora al muchacho.

—Tragarás esto.

Luego, volviéndose a Yusuf, le dijo:

—¿Te sentirías feliz, Yusuf, si te invitara a seguir a Sulaimán?

—¡Oh, Seiduna!

Los ojos de Yusuf centellearon de extático gozo. Hassan también le dio una píldora. Los enviados del emir observaban la escena con un sentimiento creciente de malestar. Sobre todo los turbaba la mirada de aquellos jóvenes, suavemente iluminada y como ausente: se hubiera dicho que acariciaban en sueños alguna visión de ultratumba, inaccesible al común de los mortales.

Abu Djafar preguntó con voz estrangulada:

—¿Qué significa todo esto, señor?

—Ya lo verás. Te digo: abre bien los ojos. Lo que va a ocurrir delante de ti nunca ha ocurrido en la historia de los hombres.

Luego, irguiéndose solemnemente, articuló con voz profunda:

—Yusuf, Sulaika te espera en el paraíso. ¿Ves esa torre? Sube a ella y arrójate al vacío... En el instante en que toques el suelo, la amiga de tu corazón te recogerá en sus brazos.

El rostro de Yusuf resplandecía de dicha. En el instante mismo en que había tragado la píldora se había sentido lleno de un sentimiento de paz interior como no había conocido desde hacía mucho tiempo. Una paz maravillosa, bienaventurada. Todo era de nuevo exactamente como el día en que había accedido, con sus compañeros, al jardín del Altísimo. Apenas Hassan había terminado de pronunciar la orden, lo vieron girar sobre sus talones y lanzarse hacia la torre de los palomares. En medio de un silencio de muerte, Hassan se volvió entonces hacia Sulaimán.

—¿Tienes un nuñal. Sulaimán?

—Aquí está, Seiduna.

—¿Y si te ordenara que te apuñalaras?

—Me apuñalaría.

Sus ojos se hallaban llenos de ardor y de espanto; todos deseaban más que nunca distinguirse a los ojos de Seiduna, a los ojos de todos los ismaelitas, a los del mundo entero...

Los tres enviados no pudieron dejar de llevar la mano a sus sables, pero Hassan, moviendo la cabeza, los tranquilizó con una sonrisa. Luego dirigiéndose a Sulaimán:

—¡Toma esta pulsera y clávate el puñal en el corazón: ha llegado la hora de que devuelvas esta joya a la que te espera.

Sulaimán cogió la pulsera con una alegría salvaje. La estrechó contra su pecho. Luego blandiendo el puñal, se lo clavó en el corazón con todas sus fuerzas. Se oyó que lanzaba un suspiro de alivio y se derrumbó en la última grada de la escalera con el rostro transfigurado por una incomprensible felicidad.

Los tres enviados y todos los que asistían a la escena estaban petrificados de horror. Pálido, con los rasgos iluminados por una sonrisa triste, Hassan mostró el cadáver a los emisarios:

—Acercaos y mirad.

Tras un titubeo, obedecieron. El puñal estaba hundido hasta la empuñadura en el cuerpo del joven. Una gran mancha de sangre cubría su traje blanco. Incluso en la muerte, su rostro mostraba la imagen perfecta de la dicha.

Abu Djafar se pasó la mano por los ojos.

—¡Oh, misericordioso Alá! —gimió.

Hassan le indicó a uno de los guardias que cubriera el cuerpo. Luego se volvió hacia la torre y la mostró con un amplio gesto.

—¡Mirad allá!

Yusuf, sin aliento, subía los últimos escalones. En su pecho el corazón le latía con violencia. Los centinelas de guardia en la estrecha plataforma lo miraron sin moverse, el estupor los había clavado en su sitio. Subió el último parapeto. Sus ojos contemplaron entonces un paisaje celestial: un vasto horizonte de palacios, torres, cúpulas que desplegaban mil esplendores a sus pies. «¡Soy un águila! Sí, he vuelto a ser el príncipe de las aves...» Abrió los brazos como un ave despliega sus alas y saltó al vacío. Su cuerpo se estrelló con un ruido sordo a pocos pasos de los pasmados asistentes. Los caballos se encabitaron, se volvieron difíciles de dominar por quienes los montaban.

—Tened la bondad de contemplar el cuerpo de ese hombre —ordenó Hassan dirigiéndose a los enviados.

—Ya hemos visto bastante —dijo Abu Djafar con voz insegura.

—¡Muy bien! Abu Djafar, como respuesta mía cuéntale a tu amo lo que has visto. Pero dile además esto: «Es verdad que tu ejército tiene treinta mil hombres. Pero faltan dos soldados como éstos». En cuanto a la amenaza del gran visir... explícale que conozco sobre ese eminente personaje un secreto de gran importancia que aún es demasiado pronto para divulgar: que espere de seis a diez días... y también lo sabrá. Que se acuerde entonces de mí y de mi mensaje... Vete, ahora. Te deseo un feliz regreso.

Hizo una señal para que trajeran los caballos de los tres mensajeros. Abu Djafar y sus ayudas de campo se inclinaron profundamente y él los despidió. Los centinelas se llevaron los cadáveres. Un momento después, todavía seguido por su escolta, se dirigió otra vez hacia la torre. Todos volvieron a sus tareas con el corazón oprimido por una sombría exaltación. Ninguno de los que habían asistido a la escena encontraba palabras que pudieran explicar lo extraño de todo aquello. Las lenguas se soltaron con dificultad...

—¡Ya no hay ninguna duda! Seiduna es el amo que gobierna la vida y la muerte de su fieles. No era por tanto una leyenda: en realidad tiene poder para enviar al paraíso a quien quiera...!

—¿Has visto cómo palidecieron los enviados? ¿Cómo Abu Djafar se sometió?

—No es un soberano capaz de enfrentarse a Seiduna.

—¿Lo habéis oído decir que era el nuevo profeta?

—¿Todavía no lo sabías?

—¿Cómo se puede afirmar que aún está al servicio del califa de Egipto?

—Más bien es al revés...

Los fedayines, sin decirse nada, se habían reunido en la muralla. Se miraban con aire desamparado. Una vez más fue Obeida quien rompió el silencio.

—Ahora hemos perdido a Sulaimán y a Yusuf... Ya no los veremos nunca más en este mundo.

Los ojos del pequeño Naim se llenaron de lágrimas.

—¿Estás seguro?

—¿No viste como los eunucos se llevaban sus cadáveres?

—Así pues, ¿ganaron el paraíso?

Obeida sonrió con circunspección.

—Aparentemente estaban convencidos.

—¿Y tú? —preguntó Ibn Vakas.

—Seiduna lo afirma. Por consiguiente, no puedo dudar.

—En efecto, dudar sería criminal —proclamó Djafar con la mayor seriedad.

—De repente todo me pareció vacío, ahora que no están entre nosotros —dijo tristemente Ibn Vakas—. Ibn Tahír fue el primero que nos dejó, y ahora éstos...

—¿Qué pasó con Ibn Tahír? —preguntó Naim—. ¿Estará también en el paraíso?

–Sólo Seiduna y Alá lo saben –respondió Ibn Vakas.

–¡Sin embargo, qué bueno sería volver a verlo! –soñó el muchachito.

–Temo que no haya seguido el mismo camino de sus dos compañeros de viaje –dijo misteriosamente Obeida.

El capitán Abu Djafar no encontraba palabras para manifestarle su asombro al emir Arsían Tash, su amo:

–¿No crees, Excelencia, que lo más extraño es la prisa de los jóvenes para ejecutar la terrible orden de su jefe? Seguramente me dirás que no les quedaba nada mejor que hacer frente a un tirano tan cruel... Sin embargo, no podrías imaginar nuestro estupor, nuestro espanto, ante el espectáculo de la alegría loca y salvaje que se leía en sus rostros en el momento de entregarse a la muerte. Si tú, Excelencia, hubieras visto la luz de bienaventuranza que tenían en el fondo de los ojos cuando pronunciaron la palabra

«paraíso». Ni una sombra de duda pareció turbar sus corazones. La certidumbre de volver a encontrar de inmediato el lugar celestial que decían haber visitado, parecía tan firme como la roca de Alamut. Mis dos acompañantes podrán confirmarte que no exagero. Perdido en sus pensamientos, el emir Arsían Tash se paseaba por su tienda. Era un hombre de gran estatura. Su cuidada apariencia mostraba fehacientemente que le gustaba el bienestar y sabía saborear los placeres de la vida. Sus rasgos expresaban inquietud. La respuesta de Hassan hacía presagiar lo peor. Miró sucesivamente a cada enviado a los ojos...

–¿Estáis seguros de no haber sido víctimas de una ilusión?

–¡Segurísimos! –insistió Abu Djafar–. El tal Sulaimán se apuñaló apenas a cinco o seis pasos de nosotros, y todo Alamut vio a su compañero Yusuf arrojar al vacío desde lo alto del parapeto.

Arsían Tash movió la cabeza.

–No puedo creerlo... He oído contar las presuntas hazañas de los famosos brujos de la India... Las cuerdas que se mantienen solas en el aire y sobre las cuales esa gente se divierte bailando... y esas mismas cuerdas que, mediante una orden lanzada discretamente, arrastran en su caída, desde una altura de vértigo, al imprudente acróbata que se aventura a subir hasta su extremo... Incluso parece que en ese momento, el mago vuelca un canasto sobre el desdichado que se ha quebrado la espalda, susurra una plegaria... y de nuevo el bailarín moribundo se levanta sonriendo, tan saludable como tú y

yo... Sí, conozco todas esas cosas: también sé que tienen que ver con un arte de la ilusión completamente engañoso...

–Pero no se trataba de ese tipo de magia, puedes creerme –lo interrumpió el oficial–. El cuchillo estaba efectivamente clavado hasta la empuñadura en el corazón de ese Sulaimán. ¡Y su traje estaba empapado en sangre de verdad!

—Sea como fuere —dijo finalmente—, os ordeno que permanezcáis mudos como tumbas sobre todo lo que habéis visto y oído allí. La tropa podría rebelarse y negarse a obedecer si supiera con qué enemigo debemos enfrentarnos. El gran visir está en marcha hacia acá y no le gustará que no ejecutemos sus órdenes.

Los dos ayudas de campo intercambiaron una mirada aterrada. En el camino ya habían contado a algunos de sus compañeros el extraño recibimiento que se les había deparado en Alamut. Pero el emir, preocupado, seguía paseándose por la tienda como un enajenado y no se fijó en sus gestos.

—¿Qué habrá querido decir el jefe de los ismaelitas cuando insinuó que tenía informaciones sobre el gran visir que no me llegarían más que dentro de seis a doce días?

—Te informé, Excelencia, de todo lo que me fue dicho —respondió Djafar—. Seguramente quería meterme miedo. ¿Qué sabe él del gran visir que yo no sepa? ¿Que está camino de Isfahan? ¿Que pretende atacar en seguida la fortaleza de Alamut...? ¿Qué

más?

El emir lo hizo callar con un gesto y manifestó su impaciencia.

—¿Por qué me tuvo que corresponder el dudoso honor de reducir a estos heréticos?

¿Es sólo un adversario honrado? Se encierra en sus fortalezas, evita el combate a campo abierto, subyuga la imaginación de los ignorantes mediante quién sabe qué fábulas extrañas y los transforma así en locos peligrosos. ¿Cómo aniquilar a un enemigo que sabe permanecer inabordable?

Luego, tras un momento de silencio, dijo:

—Bueno, podéis marcharos. He tomado buena nota de vuestro informe. ¡Y ahora silencio absoluto sobre todo esto!

Los enviados se inclinaron y se fueron.

Una vez solo, el emir se dejó caer sobre un lecho de cojines, se sirvió una copa llena de vino y la vació de un trago. Su rostro recuperó el color. Dio unas palmadas. Dos esclavas jóvenes y hermosas, separaron la cortina y se acercaron solícitas a él, dedicándole sus caricias más dulces. Alamut y su cruel amo fueron pronto olvidados. Las tropas, ante la expresión misteriosa que mostraban ahora los emisarios, se dedicaron con mayor ahínco a comentar lo que ya les habían contado de su visita a Alamut. La noticia se espació por todo el campamento con la velocidad de un huracán. Cuando Abu Djafar salió de la tienda del emir con sus dos ayudantes, los amigos los acosaron a preguntas. El se llevó un dedo a la boca y les confió a media voz que el emir les había dado la orden estricta de permanecer mudos como tumbas.

La primera consecuencia de aquel indicio de misterio no tardó en llegar: los

oficiales se reunieron de inmediato en una tienda apartada, colocaron un centinela en la puerta, y se pusieron a comentar acaloradamente lo poco que habían sabido por la imprudente boca de los enviados.

El resto de la tropa, sin embargo, se entregaba libremente a las elucubraciones:

—Después de todo puede que el amo de Alamut sea de verdad un auténtico profeta. Como Mahoma, también ha comenzado con un puñado de fieles. Y ahora miles de hombres luchan en sus filas.

—Los ismaelitas son partidarios de Alí. ¿Acaso nuestros padres no lo eran? ¿Por qué

tenemos que atacar a los que permanecieron fieles a la doctrina de sus padres... y de los nuestros?

—Al fin de cuentas el Profeta tenía menos poder que el amo de Alamut. Ni siquiera él era capaz de entrar en el paraíso. ¿Acaso podía enviar a alguien que no fuera él... quiero decir a alguien vivo...?

—Según lo que cuentan, los dos jóvenes que se mataron ante sus ojos habían ya visitado el paraíso... Me imagino que era cierto porque ¿cómo se explica que se mataran con tanto placer?

—En mi vida he oído nada parecido. ¿Qué sentido tiene luchar contra un profeta tan poderoso?

—¿Acaso los ismaelitas son turcos o chinos para que el sultán les declare la guerra?

Son iraníes como nosotros... y son musulmanes...

—El gran visir quiere agradarse con el sultán y nos ha enviado contra Alamut para hacerse el importante y hacerse necesario. Conocemos esas historias. No hemos nacido ayer...

—Afortunadamente nuestro emir es un hombre prudente. Nada lo urge. Cuando llegue el frío, volveremos a nuestros cuarteles de invierno algo más al sur. Eso es todo.

—¡Estaría loco si luchara contra el enemigo a quien nadie odia!

Los grandes deyes volvieron con Hassan a sus apartamentos sin abrir la boca. El jefe estaba visiblemente sin fuerzas. Se quitó con gesto agobiado el manto blanco que le cubría los hombros y se dejó caer sobre los cojines. Ambos esperaron. Finalmente Hassan rompió el silencio.

—¿Sabéis a quién me gustaría tener aquí en este momento? ¡A Omar Khayyam!...

—¿Por qué precisamente a él?

El tono de Abu Alí era duro, casi amenazante.

—El amo de Alamut es un profeta. Me gustaría hablar con él...



—En realidad no lo sé. Me gustaría nadar con él, eso es todo.

—¿Sientes el peso de tu conciencia?

Buzruk Umid le lanzó una mirada siniestra al pronunciar estas palabras.

Hassan se levantó sobresaltado. Miró a los dos dignatarios con ojos interrogantes pero no respondió nada.

—¿Sabías que la noche que fuiste a los jardines a ver a esos tres jóvenes le propuse a Abu Alí que te matáramos y te arrojáramos desde lo alto de esta torre al Shah Rud?

Con ademán mecánico, Hassan empuñó su sable.

—Algo sospeché de esa noble intención. ¿Puedo saber por qué no llevasteis a cabo vuestro proyecto?

Buzruk Umid se encogió de hombros; Abu Alí lo miró con expresión abatida. Prosiguió:

—Pues bien, por si quieres saberlo, hace un rato lamenté no haberlo hecho.

—¡Ves!, seguramente por eso hace un instante deseaba contar con la presencia de Omar Khayyam a mi lado. Pero no creas que tengo miedo. Sólo deseo poder hablar de todo esto con alguien, nada más.

—Habla. Te escuchamos.

—Entonces, dejadme haceros una pregunta: ¿la alegría que los juguetes de colores procuran a un niño es una verdadera alegría?

—¿Por qué vuelves a tus rodeos, Ibn Sabbah? —se impacientó Buzruk Umid—. Acláranos de una vez lo que quieres decimos.

—Habéis dicho que me escucharíais —el tono de Hassan era nuevamente firme y decidido—. No tengo intención de justificar delante de vosotros mi conducta. Simplemente quería explicaros. Está claro que la alegría experimentada por un niño a quien se le regala un juguete atractivo es tan violenta como el placer sentido por un hombre maduro que cuenta su dinero o acaricia a una mujer. Considerado desde el punto de vista de cada individuo, todo gozo sentido es un gozo auténtico y cabal. Cada persona sólo puede ser feliz a su manera. Por consiguiente, aquel para quien la muerte signifique la felicidad obtendrá tanto placer en morir como otro amasando dinero o seduciendo a una beldad. Finalmente sabemos que después de la muerte los lamentos ya no cuentan.

—Un perro vivo vale más que un rey muerto —murmuró Abu Alí.

—Seas perro o rey, sabes que debes morir. Por consiguiente, es mejor ser rey.

—Es muy fácil hablar para ti, tú que te arrogas el poder de reinar sobre la vida y sobre la muerte —le espetó Buzruk Umid—. En cuanto a mí, prefiero ser el último perro antes que morir como tus fedayines.

—No me has entendido —respondió Hassan—. ¿Quién te habla de morir así?

Entre sus puntos de vista y los tuyos existe una distancia infinita. Lo que para ellos era el paroxismo de la felicidad a ti te inspiraría verdadero horror.

para ellos era el paroxismo de la felicidad a ti te inspiraba verdadero horror. ¿Pero acaso sabes si lo que para ti es la mayor felicidad no constituye para otro, al menos desde otro punto de vista, el más terrible infortunio? Ninguno de nosotros puede examinar su propio comportamiento desde todos los puntos de vista a la vez. Seguramente esto sólo es posible para Dios que todo lo ve. Por consiguiente, que cada cual sea feliz a su manera.

—Pero tú has inducido a sabiendas a esos muchachos al error. ¿De dónde sacas el derecho para conducirte así con gente que te son incondicionalmente devotos?

—Saco ese derecho de la certidumbre siguiente: que el axioma supremo del ismaelismo es cierto.

—¡Y al mismo tiempo hablas de Dios que lo ve todo!

En aquel momento Hassan se incorporó. Parecía que hubiera crecido una cabeza entera.

—Si, hablé de un Dios que lo ve todo. Ni Jehová, ni el Dios cristiano, ni Alá pudieron crear el mundo en el que vivimos. Este mundo en el que nada depende de nada, en el que el sol brilla con igual indulgencia para el cordero y el tigre, para la mosca y el elefante, para el escorpión y la mariposa, para la flor y la encina, para el rey y el mendigo. Un mundo en el que la enfermedad ataca tanto al justo como al malvado, al fuerte como al débil, al inteligente como al idiota. Un mundo en el que la dicha y el dolor están ciegamente sembrados a los cuatro vientos y en el que un fin idéntico, la muerte, espera a todo ser viviente... ¡No!, aquí donde me veis, yo soy el profeta de ese Dios que lo ve todo... ¡y sólo de él!

Los grandes deyes temblaron. ¿ese era, pues, el fondo de aquel hombre extraño, ésa era su «locura», aquella ardiente certidumbre que lo había conducido indefectiblemente al punto en el que se hallaba ahora? ¿En realidad, secretamente, se consideraba como un profeta! ¿Y toda su filosofía no era más que un espejismo, destinada seguramente a seducir la razón de los escépticos... y, quién sabe, la suya propia? ¿Acaso no estaba en el fondo, por su fe, por la inclinación de su espíritu, más cerca de los fedayines que de los jefes corrientes del ismaelismo?

—¿Así que crees en un dios? —se asombró Buzruk Umid casi aterrorizado.

—Acabo de decírtelo.

Un gran precipicio acababa de abrirse entre ellos. Se inclinaron antes de retirarse.

—¡Cumplid con vuestras tareas! ¡Seréis mis sucesores!

Les sonrió a manera de adiós, como un padre le sonríe a sus hijos.

Cuando se encontraron en el corredor, Abu Alí exclamó:

—¡Qué tema para un Firdusi!

## XVII

–Fin del cuarto acto... –murmuró Hassan una vez que se quedó solo.

Esa misma noche hizo llamar a Obeida, a Djafar y a Abdur Ahman. Abu Soraka transmitió la orden a los muchachos. De inmediato el grupo de fedayines entró en efervescencia. Cuando Obeida supo lo que le esperaba, su negro rostro se puso color ceniza. Lanzó alrededor de él una mirada de animal acorralado.

También Abdur Ahman tenía miedo.

–¿Por qué nos convoca Seiduna precisamente hoy?

–Seguramente piensa enviaros también al paraíso, ahora que no tiene ni a Sulaimán, ni a Yusuf ni a Ibn Tahír al alcance –sugirió Ibn Vakas.

–¿También tendremos que saltar desde lo alto de una torre o apuñalarnos?

–Pregúntaselo a Seiduna.

Sólo Djafar recibió la noticia con fría resignación.

–Alá es dueño de nuestra vida y de nuestra muerte –dijo–. Y Seiduna es su representante en esta tierra.

Abu Alí los recibió en la puerta del palacio y los condujo hasta la torre. Sin embargo, Abu Soraka, una vez que hubo transmitido la orden a los muchachos, partió inquieto en busca de Minutcheher. Cuando lo encontró en la muralla inspeccionando las calderas de pez, lo llamó aparte y le confió sus temores:

–¿Qué piensas, emir, de la muerte de los dos fedayines?

–Seiduna es un amo todopoderoso...

–¡Quiero saber lo que tú piensas! ¿Apruebas su manera de actuar?

–No pienso. Y te aconsejo hacer otro tanto.

–¿Acaso venceremos al ejército del sultán con semejantes medios?

–Sólo Seiduna lo sabe. Todo lo que yo sé, es que no podríamos resistir mucho tiempo sólo con nuestras tropas.

–Ya me están dando escalofríos en la espalda.

–No eres el único. El emir Arsían Tash, sólo por citar a uno, podría perfectamente tener también en este momento sudores fríos.

–Por consiguiente, crees que Seiduna ha logrado su objetivo.

–Algo me dice que podemos confiar resueltamente en él. Nunca se ha visto en la historia lo que nosotros hemos visto esta mañana en Alamut...

Abu Soraka lo dejó moviendo la cabeza y partió a conocer la opinión del médico. El griego comenzó por mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca. Luego deslizó las siguientes palabras en el oído de su interlocutor:

–Mi venerable dey, hace un momento maldije el día en que me fugué de la prisión bizantina. Lo que hemos visto esta mañana en el castillo con nuestros propios ojos sobrepasa la imaginación del dramaturgo griego más inventivo. El

horror del espectáculo que nuestro jefe supremo había preparado en nuestro honor estaba tan meticulosamente premeditado que podría haber causado la envidia del mismísimo rey de los infiernos. Sólo pensar en que yo también podría gozar algún día de las riquezas de su paraíso más allá de los muros de Alamut me hiela de espanto.

Abu Soraka palideció.

—¿Crees que también nos enviará a esos famosos jardines arreglados detrás del palacio?

—¿Cómo podría saberlo, pobre crédulo? Fuere como fuere, el hecho de saber que la puerta de su paraíso está abierta noche y día no es nada tranquilizador para ninguno de los que, como nosotros, tienen el honor de vivir en esta fortaleza.

—¡Es espantoso, espantoso! —murmuró Abu Soraka enjugándose con la manga el sudor frío que perlaba su frente—. Felizmente nuestros hijos están con Mutsufer...

—Sí, es verdad —aparentó conceder el griego.

Al alejarse, Abu Soraka no vio la sonrisa amarga con que el médico subrayó sus palabras.

Desde hacía mucho tiempo, todo estaba listo en los jardines para recibir a los nuevos visitantes. Cuando las jóvenes supieron que sería esa misma noche, una atmósfera de fiesta reinó en toda la casa. Sí, ahora sabían a lo que estaban destinadas. El amor era su profesión y finalmente esto no les disgustaba.

Sólo tenían miedo por Halima. Ésta profesaba un verdadero culto al recuerdo de Sulaimán: lo consideraba como su amo, dirigiéndose secretamente a él, y sólo a él, para pedirle consejo a propósito de la conducta que debía adoptar en cada circunstancia, así

como sobre mil pequeñas cosas de la vida diaria. Entonces sentía su presencia a su lado y comenzaba largas conversaciones susurradas; incluso ocurría que las demás chicas la sorprendían estallando en carcajadas, como si de veras mantuviera una conversación galante con un ser de carne y hueso. Al comienzo habían intentado hacerla razonar, darle a entender que Sulaimán tal vez no volvería nunca, pero como la joven se empeñaba en tomar sus advertencias en broma, la abandonaron a sus ilusiones. Cuando supo que otros jóvenes debían venir esa noche, la vieron temblar como una hoja, perder súbitamente los colores y caer sin conocimiento en sus brazos.

—¡Santo cielo! —exclamó Myriam—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Seiduna te permitió no recibir a los jóvenes que vienen esta noche. Intenta obtener el mismo permiso para ella —sugirió Sulaika.

—Pensará que la hemos sacado adrede de los brazos de Sulaimán —intervino

Fátima—. En ese caso temo mucho que sea capaz de hacer algo contra si misma.

—¿Cómo se le pudo ocurrir que su Sulaimán iba por fuerza a volver algún día? —se asombró Rokaya.

—Ella lo ama y él le dijo que volvería: no se necesitaba más —resumió Fátima—. Para ella, él es un profeta más grande que Seiduna.

Sin embargo, la joven volvía poco a poco en si. Lanzó hacia sus compañeras una mirada asombrada, con la velocidad del relámpago recordó la noticia que acababan de darle y al punto vieron cómo enrojecía. Se levantó y corrió a prepararse a su habitación.

—Se lo diré todo —decidió Myriam.

—No te creerá —le previno Sulaika—. La conozco. Es testaruda y preferirá pensar que queremos sacarle de la cabeza a Sulaimán.

—¡Pero si ve a otro en su lugar le estallará el corazón!

—Se acostumbrará como nos hemos acostumbrado todas —dijo Sara.

—Halima no es igual, métetelo en la cabeza. ¡No!, prefiero hablar con Seiduna.

—Escucha, Myriam —insistió Fátima—. Intentemos primero hacerla razonar. Aunque sólo tengamos una pequeña posibilidad de lograrlo.

Fueron a buscarla a su habitación. La encontraron sentada delante del espejo, ocupada en maquillarse, con una sonrisa en los labios. Cuando divisó a sus compañeras, frunció el ceño, visiblemente irritada por verse interrumpida en sus hermosos pensamientos.

A Myriam se le oprimió el corazón.

—Háblale tú —le dijo a Fátima.

Ésta la abordó resueltamente.

—Estás muy contenta porque vienen visitantes...

—Dejadme. Quiero tener tiempo de prepararme.

—Escucha, Halima —intervino Myriam—. Sabes perfectamente que cada visitante sólo está autorizado para venir una sola vez a los jardines. Intenta hacerte a esta idea... Ahriman entró en la habitación y se puso a olisquear a la hermosa niña.

—Mira, échalas, Ahriman. Se han puesto demasiado malas.

—Myriam no quiere molestarte —insistió suavemente Fátima.

—¡Idos!

—¡Eres testaruda! —exclamó Sara irritada.

Abandonaron la habitación. Fátima y Sulaika estaban desoladas.

—No quiere entrar en razón... Rechaza todo lo que le dicen... hasta de boca de la misma Myriam.

Apam vino poco después a transmitirles una orden de Seiduna: cada cual

debía adoptar un nuevo nombre esa noche, o intercambiar los nombres entre ellas. El amo insistía mucho en este punto; sobre todo que no cometieran equivocaciones. Myriam y Fátima se encargaron de distribuir al azar los nombres que cada cual debía recordar...

—Halima, no lo olvides: esta noche ya no serás Halima sino Saflya... La triste niña esbozó una sonrisa: «¿Realmente piensan que bastará con este pobre ardid para que no me reconozca...?».

—Ya te vi sonreír —le advirtió Myriam—. Sin embargo, el asunto no puede ser más serio... Tenéis que saber que no se os destinará a los mismos jardines que la última vez. Sólo entonces Halima consintió en inquietarse un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente lo que significa... —le dijo Fátima.

La otra la miró, con lágrimas en los ojos.

—Pero ¿por qué os habéis vuelto tan malas conmigo?

Tras lo cual huyó hacia el fondo del jardín donde Sara se le reunió poco después, decidida a usar con ella un último argumento:

—¿Sabes que Fátima y Sulaika esperan un niño? Las oí que se lo decían a Myriam. Sobre todo no le digas a nadie que te lo he dicho.

—¿Por qué sólo ellas?

—¡Mira, mira! A lo mejor también te gustaría...

Halima le sacó la lengua y le dio la espalda.

Antes de la noche, Hassan hizo llamar a Myriam a uno de los jardines y ésta le confió

sus temores respecto de la frágil Halima, que seguía esperando a Sulaimán... Hassan le lanzó una dura mirada.

—Vuestro deber era darle vino puro a tiempo, también a ella, para ayudarla a olvidar. Si algo falla esta noche, vosotras seréis las responsables.

—¡Ahórrale esta desilusión... te lo ruego!

—Hoy es ella, mañana otra... Hace veinte años que elaboro este plan y no he tenido ninguna debilidad. ¡Y ahora quieres que ceda a un capricho!

—Al menos deja que yo esté en su lugar —insistió Myriam, mirándolo ahora sin complacencia.

Pero Hassan se mostró inflexible.

—No, no lo permito. Vosotras debéis arreglar lo que habéis malogrado... Esta noche, a la hora prevista, vendrás conmigo al jardín. Esperaremos juntos el final del encuentro.

¿Entendido?

Ella apretó los dientes y se fue sin decirle adiós.

Tan pronto como volvió con las muchachas, buscó a Halima.

• Has entendido que Sulaimán no vendrá esta noche? Cuidado con hacer

—¿Mas entendido que Sulaiman no vendrá esta noche? Cuidado con hacer ninguna tontería. De eso depende tu vida.

Halima se contentó con golpear el suelo con el pie, más convencida que nunca de su papel de víctima injustamente perseguida, repitiendo incansablemente la misma cantinela:

«¿Por qué son tan malas conmigo esta noche?»

Obeida no había olvidado nada de lo que habían contado los tres fedayines de su visita al paraíso. Con su incredulidad natural, se había preguntado evidentemente lo que habría hecho si hubiera estado en su lugar. Muchas cosas no calzaban bien en sus relatos, cosa que no había dejado de despertar sus dudas.

Cuando compareció por la noche con sus camaradas delante del jefe supremo, su curiosidad no era menor que su miedo. Sin embargo, supo dominarse a las mil maravillas. Respondió clara y distintamente a las preguntas de Hassan. Esta vez los grandes deyes no estaban presentes. Por lo demás, Hassan no los necesitaba. Su primera experiencia, la más difícil, ya había pasado; ahora dominaba el funcionamiento del mecanismo que pacientemente había montado.

En cuanto a Djafar y Abdur Ahman eran presa de un pavor sagrado: ¡así que habían sido admitidos en los mismos apartamentos del que gobernaba el ismaelismo...! ¡Y estaba allí, delante de ellos...! Ya no los atormentaba ninguna duda. Ardían en deseos de responder a sus preguntas, ejecutar sus órdenes. Cuando supieron que a ellos también les iban a abrir las puertas del paraíso, una sonrisa iluminó sus miradas. Sólo Obeida, sintiéndose palidecer pero firmemente decidido a no dejar que se trasluciera su turbación, estaba resuelto a mantener los ojos bien abiertos.

Hassan los condujo hasta la plataforma secreta y les designó las literas que les habían preparado. Les ofreció vino y les dio a cada cual una píldora, que Djafar y Abdur Ahman se apresuraron en tragar; pero Obeida tuvo la presencia de ánimo de deslizar el misterioso bombón en un rincón de sus gruesos labios y de escupirlo subrepticamente antes de metérselo en un bolsillo de la túnica. Por debajo de los párpados entrecerrados, observó

entonces los gestos de sus compañeros, que no tardaron en contorsionarse y gemir, y decidió imitarlos en todo.

Abdur Ahman fue el primero en dormirse. Djafar resistió aún algún tiempo, se volvió

pesadamente de lado y finalmente cedió también al sueño.

La angustia embargó entonces a Obeida. No se atrevía a mirar por entre las pestañas. Inmóvil y siempre de pie, Hassan mantenía levantada la cortina de entrada, dejando que pasara a la habitación la luz de la habitación vecina. Por lo visto esperaba que los tres se durmiesen. ¿Qué iba a hacer en seguida? Obeida

...visto esperaba que los tres se durmiesen. ¿Que iba a hacer en seguida. Obeida lanzó un ruidoso estertor, se volvió en su cama e imitó la respiración regular del durmiente. Un momento después todo se sumió en la oscuridad: Hassan acababa de echar sobre ellos una manta. Se oyó el sonido de un gong y, curiosamente, la habitación completa se estremeció; Obeida tuvo la impresión de que se hundía en un abismo. Por poco grita de terror, pero se aferró al borde del lecho y esperó sin moverse el término de aquel extraño viaje hacia las profundidades. Su cerebro trabajaba a un ritmo enloquecedor. Todos sus sentidos estaban alerta. De repente, sintió

que la plataforma se inmovilizaba en un terreno firme. Un frío como el de una bodega

invadió la habitación. Advirtió el resplandor de una antorcha y oyó la voz de Hassan que preguntaba:

—¿Todo está bien?

—Todo bien, oh, Seiduna.

—Proceder exactamente como la última vez.

Unas manos empuñaron y levantaron las angarillas. Obeida tuvo la impresión de que franqueaban un pequeño puente. Luego lo depositaron, siempre tendido, en el fondo de una barca; oyó el ruido de los remos.

Transcurrió un momento bastante largo antes de que el esquife atracara en alguna parte. Una vez más, lo levantaron y lo transportaron más lejos.

Finalmente tuvo la impresión de que entraban en una habitación. Se escuchaban voces de muchachas... algunos acordes musicales... Unas manos lo cogieron vigorosamente de los hombros y de los pies y lo depositaron en una especie de lecho. Luego los pasos de los que lo habían acompañado se alejaron.

«Heme aquí finalmente en el paraíso de Nuestro Amo», se dijo conteniendo el aliento.

«El lugar al que Yusuf y Sulaimán estaban tan impacientes por volver que no titubearon en causarse la muerte...»

Se sintió sobrecogido por un indecible horror. «¡Qué engaño!», pensó. «Y Abdur Ahman y Djafar que no sospechan nada.» ¿Qué sucedería con ellos? Pues él en ningún caso podía delatarse. ¿Y qué haría él si Seiduna le ordenaba, como a Sulaimán, apuñalarse? Si se negaba, sólo se expondría a una muerte aún más atroz. «¡Horror! ¡Horror inenarrable!», susurró una voz en su interior.

Unos pasos leves se acercaron a su cama. Ahora tendría que fingir que se despertaba en el paraíso... simular que descubría otro mundo... Alguien levantó la manta. El abrió los ojos una fracción de segundo. Esto le bastó para grabar en él aquella imagen turbadora: muchachas que lo rodeaban y eran la imagen misma de la belleza; lo rodeaban y observaban con expresión a la vez curiosa y tímida. Se dejó invadir por un deseo que acabó en un instante con toda su



angustia. Hubiera querido precipitarse a sus pies, saciar en ellas la pasión que lo embargaba... pero aún no se atrevía. ¿Cómo había descrito Sulaimán su despertar...? No, todavía tenía que jugar al durmiente. Pero su oído atisbaba el menor ruido, como al acecho de alguna señal prodigiosa...

En vano habían prevenido a Halima que Sulaimán no podía encontrarse entre los visitantes de aquella noche. Su corazón inocente creía firme e indefectiblemente en su visita. Como la primera vez, Fátima dirigía al pequeño grupo y Sara también estaba allí; pero Zainab y muchas otras habían sido destinada al servicio de otro invitado. El pabellón tampoco era el mismo: ahora se encontraban en el jardín del medio, el mismo en el que había oficiado Myriam la primera vez.

Cuando los eunucos depositaron las angarillas donde se destacaba la silueta de un joven dormido, se echó a temblar y se ocultó detrás de Sara, deseando y temiendo el instante en que Fátima descubriera el rostro del huésped. Cuando finalmente, en lugar del claro perfil de Sulaimán apareció el sombrío rostro de Obeida, fue como si se desgarrara un velo en ella. Todo un mundo encantado se desmoronó. Abrió desmesuradamente los ojos, reprimió un grito y se mordió el puño hasta hacerse sangre. Acababa de comprender que Sulaimán estaba perdido para siempre. Entonces se lanzó como una flecha hacia la puerta. Le importaba poco el resto: las demás podían perfectamente burlarse de ella so pretexto de que no había querido creerles... Antes de que sus compañeras pudieran darse cuenta, ya estaba en el extremo del corredor. Un instante después, se hundía en el sendero que llevaba hacia la roca de los lagartos...

—¡Rokaya! ¡Sara! ¡Rápido, detenedla! —dijo Fátima con voz ahogada.

Las dos muchachas se precipitaron hacia el jardín, sin siquiera advertir que Ahriman se había unido a ellas. Corrieron a toda velocidad hacia la orilla que dominaba el torrente.

Divisaron a Halima en la cumbre de la roca. Tuvieron el tiempo justo de verla abrir completamente los brazos y precipitarse de un solo impulso en el abismo. Un largo grito desesperado acompañó su caída.

Cayó en lo más turbulento de la corriente, en aguas profundas, y Ahriman, que había bajado el acantilado a la velocidad del rayo, se lanzó en su búsqueda. El animal se sumergió, nadó hacia ella y logró cogerla con sus potentes mandíbulas por las guedejas de su cabellera flotante, pero ya la corriente los arrastraba aguas abajo. Presa de un miedo mortal, Halima se aferró por instinto al cuello del animal. En un instante se estrellarían contra las rocas que sobresalían fuera del agua al pie de la ciudadela. Ahriman, cuyos ojos horadaban la oscuridad, ponía en juego todos sus músculos para alcanzar la orilla cercana. Pero era demasiado tarde: sus garras resbalaron en la roca lisa, intentó por última

vez vencer la corriente, luego las fuerzas lo abandonaron y un torbellino los arrastró a ambos hacia las profundidades...

Sara y Rokaya estaban demasiado lejos para poder asistir al desenlace de la escena, pero habían adivinado todo su horror. Volvieron llorando a mares. Zofana las esperaba en la puerta del pabellón.

—Desapareció, llevada por la corriente... ¡Se arrojó al agua!

No pudieron decir nada más.

—¡Por Alá!, ni una palabra sobre lo que habéis visto... El muchacho acaba de despertarse y le encuentro una expresión extraña. Se diría que se niega a considerarnos huríes...

Tuvieron que secarse las lágrimas y seguir a Zofana dentro del pabellón. Arrellanado en los cojines, dueño de un tranquilo aplomo, Obeida abrazaba consecutivamente a Fátima y a Djovaira, a quienes dedicaba sonrisas en las que se podía leer una pizca de desprecio. Intentaron embriagarlo; apenas se mojaba los labios en el vino. Pasado el momento de las caricias, se puso a recordar ante ellas la vida en Alamut; una expresión astuta bailaba en sus labios. Cuando mencionó los nombres de Sulaimán y Yusuf, sorprendió entre las muchachas algún intercambio de miradas. Con cierto gozo malvado, les describió cómo, aquella misma mañana, los dos muchachos habían tomado el camino del paraíso. Supo que había dado en el clavo cuando algunos rostros palidieron: ocultaban mal sus emociones. La reacción mal disimulada de las jóvenes, le produjo una amarga satisfacción, en parte ensombrecida por los celos que le provocaba la certidumbre de no haber sido el primero en el afecto de aquellas jóvenes beldades. En aquel momento, divisó a Sara y se animó. «Ésta es la negra Sara de la que hablaba Sulaimán... pese a que parece haber cambiado de nombre en el intervalo entre su visita y la mía.» La sangre de sus antepasados se manifestó en él: así debían ser las esclavas prometidas a los grandes de este mundo... Tendió los brazos, la cogió por la muñeca y la atrajo brutalmente hacia él. Sus fosas nasales se dilataron. Le arrancó el velo rosa y la estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que los huesos de ambos crujieron. Gruñía como un gato en celo. Finalmente la hizo volverse y se echó salvajemente sobre ella... Y Sara olvidó la suerte de la pobre Halima...

A partir de ese momento fue fácil emborracharlo. Sin fuerzas y sin voluntad, aceptaba todo lo que le ofrecían. Derrumbado por el cansancio, no tardó en dormirse. Fátima sólo esperaba este instante:

—¡Rokaya!, corre de inmediato en busca de Myriam. ¡Díselo todo! ¡Que Halima se arrojó al torrente y que Obeida no cree en nuestra fábula!

Una barca estaba amarrada en el canal, al cuidado de Moad. Rokaya saltó a ella.

–¡Llévame a donde está Myriam! ¡En seguida!

–¡Myriam está con Seiduna.

–¡Mucho mejor!

A medio camino, se cruzaron con Mustafá que llevaba a Apama a otro jardín.

–¡Halima se ahogó en el torrente! –le gritó Rokaya.

–¿Qué dices?

Rokaya repitió lo que acababa de decir. La vieja y los eunucos se estremecieron de horror.

–¿En qué lugar? Tal vez podamos salvarla todavía.

–Es demasiado tarde. Hace rato que se la llevó la corriente.

–¡Alá! ¡Alá! ¿Por qué todo esto...?

Mustafá soltó los remos y se tapó la cara con las manos.

Sentados a la sombra de un pequeño pabellón situado al abrigo de las miradas, Hassan y Myriam guardaban silencio.

–¿No sabías –le dijo de repente– que mis grandes deyes querían despacharme desde lo alto de la torre al fondo del Shah Rud la misma noche que le abrí la puerta del jardín de Alá a mis fedayines?

–¿Y eso por qué?

–Porque no querían comprender que el hombre debe concluir por sí mismo lo que ha comenzado.

–Querrás decir porque tu comportamiento les causaba horror, ¿no? ¿Y qué hiciste con ellos?

–¿Qué hice? Deambulan por el castillo tan libremente como antes. Todos estamos expuestos a ser asaltados por malos deseos. Ni siquiera les guardo rencor. Por lo demás,

¿qué podrían hacer contra mí? La salvación de todos nosotros depende del buen funcionamiento de mi máquina. ¡Sólo hay que desear que logre aniquilar a nuestro enemigo jurado!

Se rió casi imperceptiblemente.

–...Hablo, claro, de mi viejo rival, de mi enemigo del alma: el único que en el fondo desea verdaderamente mi muerte...

–Sé lo que quieres decir –murmuró ella distraídamente.

Se hizo de nuevo un largo silencio. Hassan sabía el peso que Myriam tenía en el corazón. Pero evitaba abordar aquel tema espinoso. Tampoco ella quería ser la primera en hablar. Sin embargo, por fin se decidió:

–Dime lo que has hecho con los tres muchachos que vinieron primero a tu paraíso.

–Yusuf y Sulaimán han contribuido esta mañana a desmoralizar al ejército

del sultán que nos sitia.

Myriam lo miró fijamente, intentando leer en su corazón.

—¿Los has ejecutado?

—Ellos mismos se han encargado de la tarea. Y créeme, felices de hacerlo.

—¡Eres un animal feroz! ¡Exijo que me lo cuentes todo!

Él no se hizo rogar. Ella lo escuchó, fascinada y horrorizada a la vez.

—¿Y no te ha afectado en absoluto sacrificar a esos dos muchachos que te fueron fieles hasta la muerte?

—No puedes entenderlo. Lo que comencé, tenía que acabarlo. Pero confieso que cuando di la orden, yo mismo me sentí horrorizado. Una voz sorda murmuraba en mi oído: si hay Alguien por encima de nosotros, no lo permitirá. Quizá se oscurezca el sol o se abra la tierra. La fortaleza se derrumbará y te enterrará con tu ejército bajo sus escombros... Te lo repito, temblaba en mi interior como tiembla un niño ante los fantasmas. Al menos esperé que se produjera alguna pequeña señal. Te digo la verdad. Si al menos se hubiera movido alguna cosa, si en aquel instante una nube hubiera ocultado inesperadamente el sol o si el viento se hubiera levantado de repente, me hubiera echado atrás. Incluso cuando todo terminó, esperé un golpe del destino. Pero el sol siguió haciendo caer su luz sobre mí, sobre Alamut y sobre los cuerpos que yacían a mis pies. Entonces pensé: o no existe ningún poder por encima de mí, o ese poder no se preocupa en modo alguno por lo que ocurre aquí abajo. O bien mira con buenos ojos mis actos. Entonces reconocí que en secreto seguía creyendo en alguna divinidad. Aunque esa divinidad fuera completamente diferente de la de mi juventud. Como el mismo mundo, se movía en medio de mil contradicciones, y como él, sin embargo, era totalmente limitada, mensurable, descifrable. Lo infinito en lo finito. Un gigantesco caos en un vaso de agua. Dragón espantoso y gesticulador. Y me di cuenta de que toda mi vida había servido confusamente a esa divinidad.

Sus ojos parecían abiertos sobre el vacío como si estuviera poseído por la visión de algún prodigio. «Este hombre no sólo es un déspota, también está loco», pensó Myriam.

—¿Y puedes decirme dónde se encuentra Ibn Tahír?

Hassan bajó los ojos.

—Seguramente se lo enviaste a tu enemigo del alma.

Él la miró con ojos que intentaban abrazarla entera.

—¿Acaso no afirmaste un día —le recordó él— que ya no creías en nada en este mundo y que no tenías miedo de nada? ¿Qué ha pasado con tu fuerza, ahora que debes pasar a la acción, a realizar actos cuyo peso debo soportar solo? Tienes valor para las pequeñas cosas pero necesitarías también tenerlo para las grandes.

Justo en aquel momento, Moad atraco en la orilla. Rokaya corrió temblando hacia Myriam; ni siquiera miró a Hassan.

—¡Halima se arrojó al torrente —gimió sin aliento.

Myriam se llevó la mano al corazón. Se volvió hacia Hassan y con su mirada le dijo claramente: ¡He ahí tu obra!

Ella lo vio temblar. Hassan quiso oír los detalles.

—¿Se escapó, dices, cuando vio que habían traído a Obeida en lugar de a Sulaimán? ¿Y

dices que no cree en nuestra historia del paraíso?

Miró a Myriam. Ésta se tapó la cara con las manos y estalló en sollozos convulsivos. Al verla en aquel estado, él se repuso de inmediato.

—Al menos vela por que el resto ocurra como estaba previsto.

Se dirigió hacia la orilla donde Adí lo esperaba en su barca.

—¡Al castillo! ¡Y rápido! —ordenó.

—Estrangulad discretamente al que habéis instalado en el jardín del medio —le dijo a los eunucos que había convocado a la carrera—. Para ello, esperad a estar solos con él. Luego registradlo y traedme todo lo que podáis encontrarle encima. Que después lo entierren con los que murieron esta mañana: al otro lado de los jardines, justo al pie de la montaña. En cuanto a los demás visitantes de esta noche, traédmelos arriba en cuanto hayan terminado.

Su rostro tenía una expresión sombría y pétrea. Se hizo llevar a lo alto de la torre sin decir palabra, subió la escalera de la terraza más alta y lanzó la señal convenida en dirección de los jardines: había llegado la hora de que los elegidos abandonaran su paraíso de una noche. Se sentía aliviado de que ni Abu Alí ni Buzruk Umid estuviesen allí. ¿Qué

podría decirles? Ahora tendría que justificar sus actos y explicarlos al mundo, transcribir para los creyentes, en términos simples y metafóricos, la quintaesencia de lo que sabía, explicar los últimos misterios a sus sucesores. Era una pesada carga. Ahora bien, la vida era corta y él ya era viejo.

Completamente extenuado volvió a su cuarto y se derrumbó en el lecho: pero el sueño no lo acompañó. Mañana habría olvidado el miedo... Por el momento, el rostro de Sulaimán se le aparecía en la memoria con relieves alucinantes: parecía feliz; sin embargo, en el último momento, la vida se había apagado en él. ¡Gran Dios! ¡Qué terrible experiencia! Esta sola idea lo horrorizaba y le bañaba la frente de sudor. Luego veía a Ibn Tahír cabalgando hacia Nehavend en medio de la exaltación de un solo pensamiento. Era allí donde estaba su enemigo mortal: su «principio opuesto». El gran visir Nizain al-Mulk, espíritu luminoso y claro, fundaba su acción en los valores que la humanidad gustaba considerar como elevados. Y, sin embargo, la mentira también tenía cabida en su alma: él se inclinaba ante el pueblo y sus creencias y callaba las amargas certidumbres que

inclinaba ante el pueblo y sus creencias y acanaba las amargas certidumbres que arraigaban en lo más profundo de su ser. Había conseguido la estima de las multitudes y había alcanzado la cúspide del poder. Y todo ello a fuerza de voluntad, de generosidad... y de menudas concesiones a los deseos populares. ¿Existía aún un lugar en el mundo para alguien que lo igualara? En realidad, Nizam al-Mulk lo había superado en todo. Hacía más de diez años que caminaba delante de su viejo enemigo Hassan, el cual no había tenido más remedio que tomar otro camino: el camino opuesto. «Él es sonriente, yo soy sombrío. Él es conciliador, yo soy duro. Él es suave, yo me obligo a ser áspero.» Sin embargo, sabía que el visir también podía ser despiadado, inexorable. Y más que eso. Entonces acudía a él este pensamiento: «Si lo elimino yo seré el único amo del Irán».

—¡Si pudiera acabar esta noche —suspiró.

Se envolvió en su manto y volvió a la terraza. Le gustaba contemplar los jardines desde lo alto. Los eunucos acababan de retirar los últimos farolillos. Dirigió la vista hacia las montañas. Algunas luces brillaban al pie de la ladera. «Entierran a los muertos...», pensó reprimiendo un escalofrío. Entonces lo asaltó una idea que lo llenó de terror: algún día él también debería volver a la nada. «No sabemos nada en firme. Por encima de nosotros las estrellas están mudas. Estamos reducidos a hipótesis y nos entregamos a ilusiones. ¡Qué aterrador es el dios que nos gobierna!»

De vuelta en sus aposentos, fue a echar un vistazo a la pequeña habitación que accionaba el acceso al pasaje secreto. Djafar y Abdur Ahman dormían profundamente. Los destapó. La luz de la habitación vecina iluminó confusamente sus rostros fatigados. Los miró largamente.

—En realidad, el hombre es la criatura más extraña del mundo —murmuró—. Quiere volar como el águila, pero no tiene alas. Le gustaría tener la fuerza de un león pero no tiene garras. ¡Qué incompleto lo has creado, Señor!, y para castigarlo le has dado además la razón y la facultad de comprender su propia miseria...

Se recostó e intentó dormir, pero el sueño sólo lo venció al amanecer.

—Ibn Sabbah es un auténtico profeta. Pese a todo cree en algún dios —le confió aquella noche Abu Alí a Buzruk Umid.

Le lanzó una mirada serena, casi infantil, luego le dijo en el mismo tono confidencial:

—¿Sabes?, no me equivoqué con él. Por impíos que sean sus discursos, siempre estuve convencido de que sólo él podía ser el jefe de los ismaelitas. Pues sólo él tiene el valor que se necesita para ello. ¡Gracias a Alá! ¡Tenemos al profeta!

—Un profeta aterrador, sí —murmuró Buzruk Umid.

—Un profeta aterrador, sí —murmuró Dazrak China.

—Mahoma no era menos aterrador. Envío a miles de hombres a la muerte. Y sin embargo todos creían en él. Ahora esperan al Mahdí...

—¿No me dirás que tú también lo esperas?

Abu Alí esbozó una sonrisa astuta...

—Nunca han esperado las multitudes a nadie en vano. La historia lo confirma. Que sea bueno o espantoso, vendrá, empujado por el deseo de miles y miles de corazones. En eso

reside el gran misterio de la humanidad. No sabemos ni dónde ni cuándo vendrá... pero el que es esperado termina siempre por llegar.

—Está claro que alguna locura ha comenzado a apoderarse también de tu cerebro. ¡Tú

crees! Y sin embargo sabes que la humanidad sólo vive del engaño.

—¿Si él cree por qué no iba a creer yo?

—Tal vez ése sea el profundo deseo de ambos.

—Los deyes no confían en nosotros, aunque sólo sea porque somos sus jefes. Sólo él tiene la clave de todo, gracias a sus fedayines. Por tanto, debemos volver a él.

—Tu cambio radical me pone terriblemente incómodo. Pero seguramente tienes razón. No podemos esperar nada de los demás dignatarios. No tenemos a nadie con nosotros. Por consiguiente, nuestro lugar está junto al jefe.

Hacia la misma hora de esa noche, las muchachas, reunidas en sus habitaciones alrededor del estanque, lloraban desesperadamente a Halima. Fátima les había hecho el relato de lo que había sucedido. Al verlas, se hubiera pensado en una bandada de palomas asustadas por la sombra de un halcón. No tenían suficientes lágrimas para expresar la pena en la que las sumía la desaparición de su compañera. La terrible noticia les hacía sentir, aquella noche más que nunca, hasta qué punto formaban una familia. Cada cual expresaba su dolor...

—Halima era la mejor de todas nosotras...

—Sin ella los jardines estarán vacíos...

—Nos aburriremos mortalmente...

—¿Cómo podremos seguir sin ella...?

Myriam se había sentado aparte. Escuchaba lo que decían y se sentía doblemente triste por ello. Las fuerzas la habían abandonado y se daba cuenta de que ya nada la ataba a la vida. Por consiguiente, ¿de qué servía seguir sufriendo? Cuando comenzó a amanecer, envió a las muchachas a acostarse. Ella fue en busca de una hoja afiladísima y entró en la sala de baño contigua a su habitación, ahora ya vacía. Se desnudó, hizo correr el agua y se tendió en la bañera. Mediante un simple gesto, la sangre comenzó a manarle suavemente de la

mediante un simple gesto, la sangre comenzó a manar suavemente de la muñeca. Ahora se sentía bien. El agua comenzó lentamente a teñirse de rojo. La vida la abandonaba insensiblemente, no dejándole más que un gran cansancio. «¡Dormir...!», ella no tenía ningún otro deseo que formular. Cerró los ojos y se abandonó a la tibieza del agua.

A la mañana siguiente, cuando Fátima vino a buscarla, la encontró pálida y muerta, bañada en el agua enrojecida por su sangre. Lanzó un grito que resonó en toda la casa, y perdió el conocimiento de inmediato.

El sol ya estaba alto cuando un soldado del ejército del sultán, ocupado en vigilar los caballos y las mulas que bebían en el río, descubrió entre las ramas el cuerpo de una niña completamente desnuda. La zafó de los obstáculos y la sacó a la orilla.

—¡Qué hermosura!

El grito se le había escapado.

A unos pasos de allí yacía el cadáver de un gran animal en el cual reconoció de inmediato a una onza. También la sacó a la orilla. Los caballos, que habían husmeado el olor de la fiera, lanzaron agudos relinchos.

Cuando el hombre previno al oficial de servicio, los soldados se agruparon, curiosos por ver de cerca el extraño descubrimiento.

—Una onza y una niña reunidas en el abrazo de la muerte... ¡Mal presagio! —dijo un viejo soldado.

El capitán dio orden de que enterraran los dos cuerpos, uno junto al otro.

## **XVIII**

En los días siguientes, los artificieros del sultán prosiguieron el bombardeo en regla de la plaza. Pero los ismaelitas no habían tardado en acostumbrarse a aquel ruido de piedras golpeando sus muros. Las presunciones de Hassan se estaban cumpliendo. Los soldados que montaban guardia en lo alto de las murallas observaban los tiros como entendidos, comentando cada disparo, abucheando a los que erraban el objetivo y llegando a aclamar ruidosamente a los que lo alcanzaban. Se divertían intercambiando señales con el enemigo. En resumen, ya nadie tenía ningún miedo.

Después de la desaparición de Obeida, Ibn Vakas se había convertido en jefe de los espías. Le pareció oportuno aprovechar las buenas relaciones que parecían establecerse entre los dos bandos para intentar establecer un contacto directo con las tropas del emir. De manera que encargó a uno de sus hombres que escoltara a un prisionero hasta los puestos avanzados de los asaltantes. Y ocurrió lo que estaba previsto: el prisionero se apresuró a contarle a los suyos hasta qué punto los ismaelitas lo habían tratado bien. Una voz, del lado de los sitiados, preguntó luego a los hombres del emir si aceptaban tratar separadamente con la gente de Alamut: había suficiente dinero en la fortaleza para contentarlos a todos.



Comenzó el contrabando nocturno en el que cada parte obtenía ventajas. Ibn Vakas, sobre todo, se felicitaba pues por ese canal recibía informaciones preciosas. En primer lugar, supo que el ejército del emir no contaba con treinta mil hombres sino apenas con la mitad. Otra noticia interesante: entre los sitiadores, mal abastecidos, comenzaban ya a faltar los víveres y la tropa descontenta presionaba cada vez más abiertamente para que levantaran el campo. El emir Arsían Tash incluso había pensado en un momento en enviar unos cinco mil hombres a Rai o a Kazvin, pero lo que había sabido de la espantosa resolución de los ismaelitas lo había llevado a posponer su decisión: si desguarnecía demasiado sus fuerzas, ¿no le ocurriría lo que a la vanguardia montada unos días antes?

Apenas había transcurrido una semana cuando un mensajero sin aliento se presentó a las puertas del emir, encargado de transmitirle la terrible noticia: el gran visir en persona había sido apuñalado por un fanático ismaelita en medio de su propio ejército. Arsían Tash se quedó como abatido por un rayo. La imaginación le representó de inmediato a un asesino disfrazado tratando de arreglarle también las cuentas a él... y le tocó el turno de sentir el sudor frío en la frente.

—¡Que vayan en busca de Abu Djafar! —ordenó de inmediato.

El capitán se presentó sin tardanza.

—¿Has oído? —dijo el emir con tono inquieto.

—Lo he oído, Excelencia. Nizam al-Mulk ha sido asesinado.

—¿Qué había dicho el amo de Alamut?

—Que tenía sobre el visir una información que no debía llegar a tus oídos, Excelencia, hasta que transcurrieran de seis a doce días... Y te rogaba que entonces te acordaras de él y de sus palabras.

—¡Oh, Alá, Alá! ¡Él ya lo sabía todo! Evidentemente, era él quien había enviado al asesino a Nehavend. ¿Qué quería decir con estas palabras: que me acordara de él?

—Nada bueno para ti, me temo.

El emir se pasó la mano por los ojos y se precipitó a la puerta como un ciervo ante el primer ladrido.

—¡El jefe de la guardia! ¡Rápido! ¡Multiplica por diez tu equipo, y que todos los hombres tengan las armas en la mano. Sobre todo no dejes entrar a nadie en este recinto, excepto a mis oficiales, a quienes llamaré personalmente.

Luego, dirigiéndose a Abu Djafar:

—¡Reúne a los tambores! Toda la tropa debe estar inmediatamente en armas. Cualquiera que en adelante tenga el menor contacto con Alamut será decapitado en el acto.

Antes incluso de que Abu Djafar tuviera tiempo de ejecutar la orden, un oficial se precipitó a la tienda.

—¡Traición! Los hombres que servían las máquinas robaron los caballos y las mulas y han huido hacia el sur. Los oficiales que quisieron retenerlos han sido atropellados; acaban de encontrarlos en el lugar prácticamente agarrotados.

Arsían Tash se tomó la cabeza entre las manos.

—¡Oh, perro, hijo de perra! Y tú seguramente estabas entre los que lo permitieron. El oficial bajó los ojos, conteniendo la cólera.

—Tienen hambre. Y no quieren luchar contra un profeta de la envergadura del «Viejo» que manda en estas montañas.

—¡Entonces aconsejadme...! ¿Qué debo hacer?

Abu Djafar respondió secamente:

—El gran visir, el peor enemigo de los ismaelitas, ha muerto. Tadj al-Mulk ha ganado. Ahora bien, él está a favor del amo de Alamut.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los hombres que saben manejar las máquinas de sitio han huido. ¿Qué razón tenemos para seguir alrededor de esta fortaleza?

Arsían Tash se sintió visiblemente aliviado. Pese a todo se creyó en la obligación de protestar:

—¿Entonces me aconsejas una huida vergonzosa?

—No, Excelencia. Lo cierto es que la situación ha cambiado completamente después de la muerte del gran visir. Debemos esperar las órdenes del sultán y del nuevo visir.

—Eso es distinto...

Se reunió el cuerpo de oficiales. La mayoría preconizaba la retirada. La tropa se oponía a una guerra contra los ismaelitas.

—Bien —dijo finalmente el prudente emir—. Que levanten el campo y que todo el ejército se apreste a partir con el mayor sigilo.

Al día siguiente, por la mañana, el sol brilló sobre una llanura vacía. Sólo el suelo pisoteado y los innumerables restos de hogueras eran testigos de que un numeroso ejército había acampado la víspera en aquel lugar.

Ibn Vakas supo inmediatamente por sus intermediarios la noticia de la muerte del gran visir.

«Un ismaelita ha asesinado a Nizam al-Mulk en medio de su propio campamento. El ejército del sultán apostado delante de Alamut se bate lamentablemente en retirada.» El rumor se extendió como reguero de pólvora por toda la fortaleza. Ibn Vakas informó

primero a Abu Alí, quien de inmediato fue en busca de Buzruk Umid.

—¡Ibn Tahír ha ejecutado la orden! ¡Nizam al-Mulk ha muerto!

Fueron a informar a Hassan. Después de haberse enterado de la trágica muerte de Myriam, el jefe supremo se había encerrado más que nunca en la soledad. Su máquina funcionaba según sus cálculos, pero había triturado entre sus tenazas a todos los que estaban destinados a servirla. Una primera víctima había llevado a una segunda, esta

segunda a una tercera. Sentía que no la controlaba del todo, que ella adquiría respecto a la voluntad de su amo una extraña autonomía, aniquilando también a los que amaba... y de los cuales tenía secretamente necesidad. Ahora estaba solo, inspirando un vago terror incluso a sus allegados. El suicidio de Myriam representaba para él la defección del último ser humano en presencia del cual podía mostrarse tal cual era. ¡Si pudiera tener a su lado a Omar al-Khayyam! ¿Cómo juzgaría el poeta sus actos? Seguramente no los aprobaría, pero los comprendería. Ahora bien, esto era más importante que aquello. Cuando los grandes deyes hicieron su entrada en la habitación, comprendió de inmediato por sus caras solemnes que tenían que comunicarle una noticia importante.

—¡El ejército del emir huye en derrota! ¡Tu fedayín ha matado al gran visir!

Hassan se incorporó. De los tres amigos unidos por aquel famoso juramento de juventud, el más ilustre había desaparecido. ¡Ahora tenía la vía libre!

—¡Bueno! —murmuró—. La muerte de ese hombre es para mi el comienzo de la dicha... Luego, tras un silencio:

—¿Hay noticias del ejecutor?

Buzruk Umid se encogió de hombros.

—No sabemos nada. ¿Qué posibilidades existen fuera de una sola?

Hassan los miró a los ojos, intentando leer en su pensamiento. El rostro de Abu Alí

expresaba la abnegación y la confianza. El de Buzruk Umid la aprobación, casi la admiración.

Suspiró.

—Anunciad a los fedayines que de hoy en adelante deberán honrar a Ibn Tahír como nuestro mayor mártir. Que invoquen su nombre en sus plegarias junto a los de Sulaimán y Yusuf. Tal es mi orden. Ahora nuestro camino se empina irresistiblemente. Todas las fortalezas serán liberadas. Un mensajero debe partir de inmediato para Zur Gumbadán. Hussein al-Keini debe ser vengado. En cuanto Kizil Sarik levante el sitio de la fortaleza, que una caravana traiga hasta aquí a mi hijo.

Los despidió y subió a lo alto de la torre, desde donde podía observar la partida de las tropas del emir.

A la mañana siguiente, sus mensajeros partieron en dirección a todas las

fortalezas ismaelitas. Ibn Vakas había recibido la orden de entrar en contacto con las gentes de Rudbar.

A la caída de la noche, Abu Alí corrió sin aliento a advertir al jefe supremo.

–Ha ocurrido algo incomprensible –le gritó desde la puerta–. Ibn Tahír ha vuelto al castillo...

La noche que había seguido al asesinato del gran visir había sido para Ibn Tahír la más terrible de su vida. Con el cuerpo y el alma igualmente quebrados, encadenado de pies y manos al poste central de la tienda, había permanecido horas y horas, tendido inmóvil en el suelo, rumiando pensamientos desesperados. Le parecía oír las risas irónicas del viejo de Alamut. ¿Cómo había podido ser tan ciego hasta el punto de no haber adivinado el engaño desde el comienzo? ¡Alá, Alá! ¿Pero, al mismo tiempo, cómo habría podido pensar que un jefe religioso en quien sus fieles veían al servidor de la verdad pudiera ser un impostor de ese calibre? ¡Capaz de engaños tan fríamente premeditados! Y

Myriam, aquella criatura de una belleza angelical, ¡sólo era su cómplice...! Aún más perversa que él puesto que ponía al servicio de tan vergonzosos planes un sentimiento tan sublime como el amor. ¡Oh, qué desprecio sin límites sentía ahora por ella!

La noche parecía no acabar jamás. El dolor y la angustia lo mantenían permanentemente despierto. ¿Acaso Myriam era la amante de aquel horrible viejo? ¿Se reían juntos de su pueril credulidad? Y él, Ibn Tahír, que le había dedicado sus mejores

poemas. Mientras soñaba con ella, mientras aspiraba a volver a verla, mientras se consumía por ella, el abyecto viejo jugaba con su encantador cuerpo, saciando su concupiscencia, se deleitaba con sus encantos y enviaba a la muerte a los que creían en él, lo respetaban y lo amaban. ¡Alá! ¡Alá! ¡Qué horrible revelación! Pero ¿cómo era posible aquello? ¿No había nadie por encima de nosotros que castigara semejantes crímenes?

¿Nadie que pusiera freno a conducta tan inhumana?

¡Myriam, una prostituta! Este pensamiento era el más insoportable de todos. Su belleza, su inteligencia, su dulzura sólo eran trampas tendidas a imbéciles como él. No tenía derecho a sobrevivir a una vergüenza semejante. Por tanto, debía volver a Alamut y arreglarle las cuentas al viejo. Lo habían encargado de matar y él había ejecutado aquella orden; por consiguiente él también merecía la muerte.

¡Ah! y sin embargo... Acaso Myriam no había permanecido en algún repliegue escondido de su alma como la criatura más dulce, la más maravillosa... ¡Qué llama ardiente había encendido en su corazón! Había despertado en él mil fuerzas desconocidas. Ahora que sabía, ¿no la seguía deseando...? ¡Oh,

estrecharla solo una vez contra el... en un último abrazo!

Al día siguiente le informaron que el gran visir había muerto. La decisión de enviarlo a Alamut aún no se había tomado: se esperaba la resolución del sultán. Éste había sido alcanzado por los mensajeros del campamento cuando casi se hallaba de regreso en Nehaven.

Perfumado, ungido de óleos, tras haber sufrido el primer embalsamamiento, vestido de púrpura y tocado con un magnífico turbante, el cuerpo del gran visir había sido expuesto en un estrado, bajo un dosel azul celeste, en medio de un fastuoso despliegue de banderas, coronas y ornamentos. El gorro negro, el tintero y el cálamo, insignias de su rango, estaban dispuestos a sus pies. El rostro de cera, enmarcado por una hermosa barba blanca, expresaba la nobleza, la calma, la dignidad. De todos los rincones del país habían acudido los numerosos hijos del difunto, montados en los caballos más veloces. Se arrodillaban ante su padre muerto, besaban largamente sus dedos fríos y endurecidos, mientras un concierto de llantos y gemidos hacía vibrar el aire alrededor del estrado mortuario.

Cuando el sultán divisó el cuerpo del gran visir, sollozó como un niño. El difunto había servido a su patria durante treinta años. «¡Padre del Príncipe Atabeg!» ¡Cuán merecedor era de ese título! Ahora lamentaba amargamente haberse portado con tanta dureza con él el año anterior. ¿Cómo había podido tolerar que una mujer se mezclara en los asuntos de gobierno? Mejor hubiera sido tenerla encerrada en su harén como todas las demás. Por los jefes del campo conoció los detalles del asesinato. ¿Tal era, entonces, el verdadero rostro de aquel Hassan? ¡Con qué facilidad hubiera podido alcanzarlo a él en lugar de su visir!

Temblaba de horror. No, no podía tolerar que tales crímenes se multiplicaran por la faz de la tierra. ¡Hassan debía ser liquidado! Y con él todos los ismaelitas. ¡Todas sus fortalezas serían arrasadas!

Ordenó a los hijos del visir que hicieran transportar el cuerpo de su padre a Isfahan y que allá lo enterraran solemnemente. En cuanto al asesino, todos opinaban que convenía ejecutar la última voluntad del moribundo. «¡De todas maneras perecerá en Alamut!», había concluido el sultán dando orden de que le trajeran a Ibn Tahír. Atado, con el cuerpo tumefacto, sangrando aún por todas sus heridas, éste fue arrastrado sin miramientos hasta la tienda real. El soberano se asombró de ver aquel rostro. Sus años de reinado le habían enseñado a juzgar rápidamente a los hombres. Aquel ismaelita no tenía cara de asesino.

—¿Cómo pudiste cometer semejante crimen?

Ibn Tahír le abrió su corazón. En sus palabras no había fingimiento ni artificio. Pero lo que contaba era como para helar de horror al auditor más endurecido. El príncipe conocía

endurecido. El príncipe conocía

bien la historia de los antiguos tiempos: nunca había oído hablar de un proyecto tan diabólico.

—¿Te das cuenta ahora del papel que te han hecho jugar? —le preguntó al joven cuando este último hubo terminado su relato—. ¡El de un arma en las manos de ese viejo abyecto!

—Ardo en deseos de lavar mi crimen y librar al mundo del monstruo de Alamut.

—Te creo; permitiré que te vayas. Treinta hombres te acompañarán hasta la fortaleza. Pon atención sobre todo de no descubrirete demasiado pronto. Refrena tu cólera hasta que te conduzcan delante del que debes eliminar. Eres un joven resuelto e inteligente. Tu proyecto no debe fracasar.

Tras tomar las disposiciones necesarias, el sultán reanudó su viaje a Bagdad. Ibn Tahír y su escolta hicieron el camino hasta Alamut quemando etapas. Sin embargo, la noticia de la muerte del gran visir los había precedido un día. Entre Rai y Kazvin, se toparon con un grupo de soldados que habían abandonado el ejército del emir. Por ellos supieron el efecto producido en la tropa por la noticia de la muerte de Nizam: ¡se había levantado el sitio de Alamut! Así pues, corrían el peligro de caer en manos de algún destacamento ismaelita.

Ibn Tahír los sacó del apuro:

—Conozco un camino secreto por el otro lado de Shah Rud. Es el paso más seguro. Los guió hasta un lugar donde pudieron atravesar el torrente por un vado. En la otra orilla, un sendero serpenteaba en medio de matorrales. Siguieron cabalgando en dirección a Alamut. De repente, el hombre que iba a la cabeza como explorador señaló que se acercaba un jinete en sentido contrario. Se ocultaron en un hueco de los matorrales y prepararon una emboscada.

En cuanto Ibn Tahír divisó al viajero reconoció a Ibn Vakas. Una sorda angustia se apoderó de él. «Seguramente Seiduna lo ha enviado a Rudbar», pensó. Pese a reprocharse la debilidad, deseaba secretamente que el fedayín escapase a la trampa tendida: «Al fin de cuentas, él no es culpable... ¿No es acaso víctima de la trapacería del viejo como lo fui yo mismo?» Y por último, en el fondo, tenía que confesarse que permanecía curiosamente atado al universo de Alamut...

Como un relámpago, Ibn Vakas fue cercado por los asaltantes. El terreno era demasiado estrecho para que pudiera utilizar su lanza. La arrojó al suelo, desenfundó su sable e hizo frente lanzando un gran grito:

—¡Ven, Al-Mahdí!

Los que se encontraban al alcance de sus golpes hicieron un movimiento de retroceso, sorprendidos por su temeridad. Ibn Tahír, ligeramente retrasado, había nalidecido sus movimientos se habían paralizado. Recordó su primer combate al

paralizado, sus movimientos se habían paralizado. Recordó su primer combate al pie de la fortaleza... el episodio del estandarte arrebatado al enemigo... Sulaimán pateando de rabia cuando Abu Soraka le impidió sacar la espada... Vio la grandeza naciente del ismaelismo, y hoy su fuerza, que le permitía enfrentarse a un ejército de muchos miles de hombres. Agachó la cabeza por debajo del cuello de su cabalgadura y lloró silenciosamente. Sin embargo, Ibn Vakas se debatía como un demonio y casi había logrado abrirse paso. Su sable resonaba contra los escudos y los cascos que lo cercaban. Finalmente, uno de los soldados saltó a tierra, recogió la lanza del fedayin y la hundió en el vientre de su corcel: éste se levantó sobre las patas traseras y se derrumbó como un bulto, arrastrando a su jinete bajo él. Ibn Vakas se zafó rápidamente pero no pudo evitar un mazazo que lo derribó. Lo ataron fuertemente. Su herida no parecía grave; mientras lo curaban, recuperó

el conocimiento: en cuanto abrió los ojos reconoció a Ibn Tahír. La víspera había pronunciado en su nombre la plegaria de los bienaventurados... Un miedo sordo le secó la garganta y se le ocurrió extrañamente: «Entonces yo también estoy muerto...» Pero ya el

jefe del destacamento enemigo se acercaba a él mientras su antiguo compañero le sacudía el hombro para sacarlo de su sopor:

–Despierta, Ibn Vakas, ¿no me reconoces?

Hizo que le trajeran agua al herido. Éste bebió ávidamente.

–¡Ibn Tahír...! ¿Así que no estás muerto? ¿Qué haces entre esta gente?

Señaló al oficial extranjero.

–Vuelvo a Alamut a matar al mayor mentiroso, al mayor impostor de todos los tiempos. Hassan Ibn Sabbah no es un profeta sino un abyecto falsario. El paraíso que nos abrió sólo era un decorado preparado por él. Los jardines en los que estuvimos se encuentran en el mismo Alamut, ocultos detrás del castillo: se trata de un parque secreto arreglado en otros tiempos por los reyes de Deilem.

Ibn Vakas esbozó una sonrisa despectiva.

–¡Traidor!

El rubor subió al rostro de Ibn Tahír. El herido no quería escuchar, se obstinaba en su absurda fe:

–Yo sólo creo en el juramento que nos une a Seiduna.

–Ese juramento no le ha impedido engañarnos. Por tanto, no podemos sentirnos unidos a él.

–En nombre de la palabra jurada hemos vencido al ejército del sultán. ¡Ahora los enemigos del ismaelismo tiemblan ante nosotros!

–Ese resultado ha sido obtenido sólo por mí. No olvides que fui yo el que mató al gran visir.

–Ya lo sé. Por eso el jefe supremo te ha proclamado mártir. Y ahora

pretendes matarlo a su vez...

–Si lo hubiera sabido antes, sólo lo habría matado a él...

–¿Matarlo? Por orden suya y ante nuestros ojos Sulaimán se apuñaló y Yusuf se arrojó

de lo alto de una torre. Yo vi perfectamente lo que decían sus rostros, incluso muertos: no dudaban de la dicha que les esperaba en lo alto.

–¡Oh, asesino sin corazón! Démonos prisa. Cuanto antes le hunda mi cuchillo en las entrañas, antes se verá el mundo libre de esa pesadilla...

Volvieron a ponerse en camino. Llegados a una media parasanga de Alamut, el grupito se detuvo y el oficial que lo mandaba se volvió hacia Ibn Tahír:

–Ahora te corresponde seguir solo hasta la fortaleza. Conservamos al prisionero como rehén. Deseo que logres vengarte. Y que Alá te dé luego una buena muerte. Ibn Tahír atravesó el torrente a caballo. Localizó a dos pasos de allí el lugar donde había disimulado su ropa después de abandonar el castillo. Se cambió y tomó la dirección del desfiladero. Sus compañeros lo siguieron largo rato con la vista; luego el jefe dio la orden de montar: tomaron el camino que conducía a Rai.

El centinela de la torre de vigilancia que mandaba la entrada de la garganta reconoció

al fedayín y lo dejó pasar. Tampoco tuvo dificultades para que bajaran el puente levadizo: los soldados que lo recibieron en el patio de armas lo miraron como a un espectro. Se dirigió de inmediato al oficial de servicio.

–Tengo que hablar con Seiduna, de inmediato. Traigo del campamento del sultán una noticia capital.

El oficial corrió a anunciar el hecho a Abu Alí; éste se apresuró a ir a informar a Hassan. Durante este tiempo, Ibn Tahír esperó, sombrío y resuelto. El deseo de arreglarle las cuentas al impostor era más fuerte que su miedo. No pudo dejar de palpar la espada corta que llevaba bajo la túnica; igualmente había escondido un puñal bajo su ancho cinturón, y en la manga el estilete con que había herido al gran visir.

Cuando supo que Ibn Tahír había vuelto, Hassan permaneció mudo. Miró a Abu Alí con ojos vagos, como si hubiera olvidado su presencia. Pasaban por su cabeza todas las posibilidades que pudieran explicar aquel increíble prodigio; sus pensamientos se agitaban en todos sentidos, sospechando instintivamente alguna trampa.

–Ve, que Ibn Tahír venga a verme. Dile al centinela que lo deje entrar. Tras lo cual hizo subir a cinco de sus guardias, los invitó a que se ocultaran detrás de la cortina de la antesala y les ordenó que se apoderaran del hombre que iba a llegar, lo desarmaran y ataran.



Luego esperó.

Cuando Ibn Tahír supo que el jefe supremo lo invitaba a que se reuniera con él sin tardanza, reunió todas sus fuerzas: «¡Tengo que alcanzar mi objetivo...! ¡Y que Alá me ayude!» Recordó los ejercicios de combate cuerpo a cuerpo en los que los había iniciado Abd al-Malik: había que pensar en la posibilidad de una trampa tendida en el camino. ¡Con tal de que al menos llegara a su habitación!

Pálido pero con resuelta ferocidad, se presentó al pie de la torre del palacio, con la manga de la túnica apenas subida, y la mano lista para coger el puñal. Su paso tuvo a lo más una leve vacilación cuando pasó junto a los centinelas negros. Montaban guardia en cada salida así como en los extremos de los corredores. Se dominó para no volverse. Luego vino la interminable escalera, que subió como en sueños. Al centinela apostado en todo lo alto, con la pesada maza al hombro, no le prestó la menor atención. El momento de actuar había llegado: sabía que no flaquearía. Atravesó intrépidamente el corredor. Otro centinela vigilaba la puerta de la antesala. Levantó la cortina y le indicó que entrara. Un escalofrío le recorrió la espalda. «Rápido, rápido», se repetía para darse ánimos,

«hay que terminar lo antes posible...». Entró prudente pero resueltamente, con los labios apretados. Justo en aquel momento, formidables puños cayeron sobre él. Alguien a su espalda intentó inmovilizarle las muñecas pero él se zafó y con un gesto vigoroso logró

sacar la espada. Un certero golpe en la nuca lo derribó. En seguida tuvo la impresión de que un ejército de gigantes lo aplastaba bajo su peso. Cuando recuperó el sentido, constató que estaba atado de pies y manos.

–¡Qué imbécil soy! –gritó en un brusco acceso de rabia impotente.

Hassan salió de su habitación.

–Hemos cumplido tu orden, oh, Seiduna.

–Muy bien. Quedaos en el pasillo y esperad.

Contempló a Ibn Tahír que yacía a sus pies, atado, y le dirigió su sonrisa más enigmática.

–¡Criminal! ¡Verdugo de inocentes! ¿No te basta la sangre que tienes en las manos?

Hassan hizo como si no lo hubiera oído.

–¿Has ejecutado la orden? –le preguntó simplemente.

–¿Por qué te preocupas, impostor? Sabes mejor que nadie hasta dónde llegó mi ceguera...

–Bien. ¿Cómo lograste volver?

Ibn Tahír tuvo un acceso de risa dolorosa.

–¿Te preocupa? Estoy aquí, eso debe bastarte... Para clavarte un puñal en las entrañas...

—Eso no será muy fácil, mi héroe.

—Ya lo veo. Por segunda vez me he comportado como un imbécil...

—¿Por qué? En cuanto fedayín estabas destinado a la muerte. Te hemos proclamado mártir. Y mira que vienes a alterar nuestros planes. En realidad es hora de despacharte hacia el paraíso prometido a los valientes.

—¡Eso es! Ya me tragué tus mentiras: nos abriste el paraíso de los reyes de Deilem... Ése es tu paraíso. Y mediante ese hermoso espejismo, yo degollé a un hombre: ¡a un personaje que era la honra de su tiempo...! Y que en el momento de morir tuvo la bondad de abrirme los ojos... ¡Qué atrocidad!

—Cálmate, Ibn Tahír. Casi toda la humanidad vive en una ceguera parecida a la tuya.

—¿Y cómo iba a ser si no? ¿Cuándo aquellos en quienes se ha depositado la confianza se las arreglan para abusar de ella? Sí, yo fui el primero en creerte. Habría pensado cualquier cosa antes que imaginar que un hombre como tú, a quien la mitad del Islam considera un profeta, sea un embaucador, un impostor. ¡Que inducías a sabiendas al error a tus fieles partidarios! ¡Que explotabas su fe para llevar a cabo tus planes criminales!

—¿Quieres formular algún deseo más?

—¡Maldito seas!

Hassan sonrió.

—Ésas son palabras que no me espantan en absoluto.

Ibn Tahír sintió que lo abandonaban las fuerzas. Se obligó a calmarse:

—Vas a matarme, lo sé... Pero antes quisiera hacerte una pregunta.

—Te escucho.

—¿Cómo pudiste imaginar un plan tan abyecto... y sobre todo a costa nuestra... nosotros que nos habíamos consagrado a ti en cuerpo y alma?

—¿Quieres saber la verdadera explicación?

—En este momento es lo que más deseo.

—Entonces escucha... Que ésta sea tu última oportunidad... Siempre le conté a mis partidarios que era de ascendencia árabe. Mis adversarios han intentado probar lo contrario. Ocurre que tenían razón. Pero ¿por qué me conduje así? Porque vosotros, los iraníes, deshonráis vuestra raza. Pues el que, pese a ser el último de los mendigos, viene de los países donde vivió el Profeta, os parece de lejos el más prestigioso de los hombres. Vosotros habéis olvidado que sois descendientes de Rostam y de Suhrab, de Minutcheher y de Feridum\*, que sois los herederos de los reyes de la antigua Persia, de los Josrow, los Ferhad, los príncipes partos. Habéis olvidado que vuestra lengua es la de Firdusi, Ansari y tantos otros poetas. Os habéis sometido a la religión de los árabes, a su dominio espiritual. Y ahora os arrodilláis ante los turcos, esos ladrones de caballos

llegados de las estepas. Desde hace medio siglo toleráis que esos perros selyúcidas os gobiernen, a vosotros, los hijos de Zaratustra. En tiempos de mi juventud hice un juramento solemne en compañía de dos amigos: uno se convirtió en ese visir que mataste, el otro es el poeta Omar Khayyam. Prometimos derribar a esos usurpadores: estábamos decididos a subir hasta las más altas esferas de la sociedad y a ayudarnos entre nosotros con ese propósito, hasta disponer de la influencia necesaria para llevar a cabo nuestro proyecto. Yo busqué un instrumento entre los partidarios de Alí, que eran adversarios de Bagdad y por consiguiente de los selyúcidas. Por el contrario, el visir entró al servicio de estos últimos. Al comienzo pensé que ése era el medio que había elegido para cumplir nuestra promesa. Pero cuando lo conminé a responder, se asombró de que siguiera apegado a «niñerías». Me había introducido en la corte y no tardó en advertir que yo permanecía fiel a nuestra antigua resolución. Cuando se dio cuenta de que mi influencia comenzaba a crecer, tramó mi ruina, y tuve que tomar el camino del exilio. ¡El precio de mi cabeza se fijó en diez mil monedas de oro! Así terminó el sueño de nuestra juventud... El visir se dejó enredar por las prebendas y se inclinó servilmente ante los extranjeros. Omar Khayyam bebía vino, amaba a las mujeres, lloraba por su libertad perdida y se burlaba del mundo entero. Yo perseveré. Pero aquella

\* Héroes de la gesta real de la antigua Persia. (N. del E.)

experiencia, y muchas otras, me abrieron definitivamente los ojos. Supe que el pueblo era indolente y perezoso, y que no valía la pena sacrificarse por él. Yo lo había llamado e invitado en vano. ¿Crees acaso que la mayoría de la gente se preocupa por la verdad? ¡En modo alguno! Quieren tranquilidad y algunas fábulas para alimentar la imaginación.

¿Piensas, acaso, que se preocupan por la justicia? Les importa un rábano con tal de que se satisfagan sus intereses personales. Ya no quería hacerme ilusiones. Puesto que la humanidad es así, explotemos entonces sus debilidades para alcanzar nuestro elevado objetivo, que sirve asimismo a sus intereses... pero que es incapaz de comprender. Toqué

a la puerta de la estupidez y la credulidad humana. Aposté por los apetitos del gozo y por los deseos egoístas de los hombres. Las puertas se abrieron de par en par delante de mí. Me convertí en un profeta popular... el mismo al que quisiste unirte. Ahora las multitudes corren hacia mí. Quemé todas mis naves: debo ir hacia adelante, siempre hacia adelante, hasta que el imperio de los selyúcidas sea destruido... Quizá te cueste comprenderme... Ibn Tahir escuchaba abriendo enormes ojos incrédulos. Habría esperado cualquier cosa salvo ver a Hassan justificarse, y justificarse así... Por lo demás, éste no había acabado...

—Y no me hables del supuesto valor de tus amigos fedayines. He arriesgado mi cabeza sesenta años de mi vida. Y si hubiera sabido que mi muerte podía liberar el glorioso trono de Irán de los tiranos extranjeros, créeme, me habría arrojado a ella sin esperar un supuesto paraíso en pago. Pero en eso también me negué al error: sabía que si uno de ellos era arrojado fuera del trono, otro lo reemplazaría. De hecho, nadie en ese momento hubiera sido capaz de sacar partido duradero de mi muerte. Tenía que proceder de otra manera: encontrar voluntarios para el gran sacrificio... y recoger yo los frutos de su abnegación. Designar brazos que estuvieran dispuestos a golpear, en mi lugar, las testas coronadas. ¿Nadie quería hacerlo espontáneamente? ¿Nadie tenía suficiente conciencia de su deber ni era lo bastante orgulloso para sacrificarse por fines tan elevados? Recurrí

entonces a otro medio... Ese medio... lo conoces: es el paraíso artificial que creé pieza por pieza al otro lado de esas rocas, restaurando los jardines de los reyes de Deilem, como tú

acabas precisamente de decir. En la vida, ¿dónde comienza la ilusión, donde acaba la verdad? Es difícil de decir. Aún eres demasiado joven para comprenderlo. ¡Pero si tuvieras mi edad! Verías entonces que el paraíso de cada hombre no es más que el espejismo de un deseo particular. Los gozos que

experimenta en él son verdaderos gozos, no necesita nada más. Si tú no hubieras adivinado mi subterfugio, habrías muerto feliz, con la misma certidumbre con la que murieron Sulaimán y Yusuf.

Ibn Tahír movía la cabeza, estupefacto.

–Escuchándote se diría que el conocimiento es pues para el hombre un regalo aterrador...

–¿Sabes lo que es Al–Araf?

–Tienes muchas razones para saber que lo sé, oh, Seiduna. Es el muro que separa el paraíso del infierno.

–Bien. Se ha dicho que ese muro estaba destinado a recibir a los caídos por una gran causa pero, en la cual se habían comprometido contra la voluntad de sus padres. No pueden entrar en el paraíso y no han merecido el infierno. Su premio es contemplar desde lo alto ambos lugares. ¡Para que sepan! Sí, Al–Araf es la imagen del punto de vista de todos los que tienen los ojos abiertos y poseen el valor de regular su conducta de acuerdo con lo que saben. ¡Mira! Cuando creías, estabas en el cielo. Ahora que ves, que dudas, estás en el infierno. Sobre el muro de Al–Araf no hay lugar para el gozo ni el desencanto. Al–Araf es el sitio donde están equilibrados el bien y el mal. Largo y empinado es el camino que lleva a él. Y son raros los que tienen el privilegio de entreverlo. Más raros aún los que, habiéndolos entrevisto, se atreven a seguir hasta el final del camino. Porque los que están allí arriba están solos, separados para siempre de sus semejantes. Para mantenerse en esas alturas, hay que tener el corazón firme... ¿Comprendes ahora?

–Todo eso es atroz –suspiró Ibn Tahír.

–¿Qué es lo que te parece tan atroz?

–Que el conocimiento sea eso... y que llegue tan tarde. Al escucharte, se diría que sólo ahora podría comenzar a vivir...

Hassan lo envolvió en una mirada centelleante. Su rostro se iluminó. Sin embargo, una leve desconfianza hizo temblar su voz cuando se atrevió a preguntar:

–¿Qué harías tú si, a partir de este momento, debieras «comenzar» a vivir?

–Primero intentaría saber... y comenzaría por leer lo que los grandes espíritus del pasado lograron saber antes que yo. Me gustaría estudiar todas las ciencias, penetrar en todos los misterios del universo y de la naturaleza. Visitaría las escuelas más famosas, escarbaría en las bibliotecas...

Hassan sonrió.

–¿Y el amor? ¿Lo has olvidado?

El rostro de Ibn Tahír se ensombreció.

–Evitaría ese mal. La mujer no tiene escrúpulos.

—¡Mira, mira! ¿De dónde te viene tan profundo conocimiento?

—Lo sabes tan bien como yo.

—¿Piensas en Myriam? Debes saber que durante mucho tiempo intercedió por ti. Por todos vosotros. Ahora ya no está. Se abrió las venas: su sangre y su vida huyeron juntas... Ibn Tahír se estremeció: la pena volvía a oprimirle el corazón... ¡Sí, seguía amándola!

—El que quiera subir Al-Araf debe también dominar el amor.

—Puedo comprender... incluso eso.

—¿Qué piensas ahora de mí?

Ibn Tahír sonrió.

—Te has vuelto muy cercano... monstruosamente cercano.

—¿Podrás comprender ahora lo que es correr por el mundo durante cuarenta años con un gran proyecto en el corazón? ¿Buscar durante veinte años la posibilidad de realizar un gran sueño? Ese sueño, ese proyecto, son como una orden dictada por un jefe invisible. El mundo que te rodea te parece entonces como un ejército enemigo sitiando una fortaleza. Hay que salir vivo de los muros de la plaza si se quiere hacer llegar esa orden al corazón de las tropas enemigas. Hay que ser valientes y sin embargo salvar la cabeza. Ser a la vez temerario y prudente... ¿Lo entiendes?

—Descubro que también pretendes abrirle los ojos a los que te escuchan...

—¿Sigues pensando que soy un abominable criminal?

—Sabes perfectamente que, visto bajo esta óptica, esa palabra carece de sentido...

—¿Serías capaz de subir Al-Araf?

—Has logrado inculcarme esa pasión incluso ahora, cuando ya no hay nada que hacer...

Hassan se acercó a él y le desató las ligaduras.

—Levántate. Eres libre.

Ibn Tahír abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué quieres decir? No entiendo —balbuceo.

—¡Eres libre!

—¿Cómo libre? ¿Yo? ¿Has olvidado que vine para matarte?

—Ibn Tahír ya no existe. Ahora puedes recuperar tu verdadero nombre: Avani. Has comenzado a subir el Araf. Los lobos no se muerden entre sí.

Ibn Tahír rompió en sollozos. Se arrojó a sus pies.

—¡Perdón! ¡Perdón!

—Vete lejos de aquí, hijo mío. Aprende e intenta saber. No te detengas ante nada. Rechaza todo prejuicio. Que nada sea para ti ni muy alto ni muy bajo. Entrégate a todo. Sé

valiente. Cuando el mundo ya no pueda aportarte nada, entonces vuelve. Tal vez yo ya no estaré. Pero los que me son fieles sí estarán. Serás bienvenido, yo me ocuparé de ello. En ese momento de tu vida ya estarás en el Al-Araf...

Ibn Tahír le besó la mano frenéticamente. Hassan lo levantó y lo miró largamente al fondo de los ojos. Luego lo abrazó y lo besó ocultando sus propias lágrimas.

—Hijo mío... —balbuceó—. Mi viejo corazón se regocija por ti. Te daré dinero. Velaré

para que puedas llevarte todo lo que quieras...

Ibn Tahír estaba confundido.

—¿Podría ver una vez más los jardines?

Subieron a la terraza. El vasto parque desplegaba todo su esplendor a sus pies. Ibn Tahír suspiró. Un último obstáculo cedió en el fondo de él. Colocó la cabeza en el parapeto y se puso a sollozar sin poder contenerse...

Volvieron y Hassan dio las órdenes pertinentes. El muchacho reunió sus efectos personales, sin olvidar los poemas: quería esos recuerdos por más de una razón. Abandonó

el castillo, bien armado, provisto de dinero y acompañado de un asno cargado de un imponente equipaje. El sol lo iluminaba con todos sus rayos. Lanzó sobre todo lo que lo rodeaba una mirada asombrada. El mundo le parecía como recién lavado. Tuvo la impresión de que lo veía por primera vez. Mil preguntas esperaban respuesta. Ibn Tahír, el fedayín, había muerto. Avani, el filósofo, partía para un largo viaje. Hassan volvió a sus aposentos con el corazón rebosante de sentimiento que hasta ahora le era desconocido. Unos instantes después, los dos grandes deyes, sin aliento, se precipitaron en sus habitaciones.

—¿Qué significa esto? ¿Sabías que Ibn Tahír abandonó el castillo? Todos lo vieron partir con la mayor tranquilidad del mundo...

Hassan adoptó una expresión regocijada.

—Os habéis equivocado. Vuestros ojos están extraviados. Ibn Tahír ha muerto, mártir de ismaelismo. Seguramente era otra persona. Personalmente no sé nada... Sí, ya que estáis aquí, dejadme que os confíe que hoy me ha sucedido algo muy agradable. Tengo que decíroslo: ahora ya tengo un hijo...

Los dos grandes deyes se miraron moviendo la cabeza. Todo comentario era superfluo.

El destacamento turco que había escoltado a Ibn Tahír hasta Alamut, había vuelto a Nehavend con un prisionero providencial: el infortunado Ibn Vakas. A todo lo largo del camino, los soldados aguzaban el oído a los comentarios de la gente que se cruzaba con ellos. Esperaban recibir de un momento a otro la noticia que haría estremecerse al mundo: el jefe del ismaelismo había sido a su

vez asesinado. Perdieron el tiempo. En Nenavend, Fahr al-Mulk, hijo del gran visir desaparecido, no encontró nada mejor que dar la orden de que decapitaran con gran pompa al pobre Ibn Vakas, señalado como el asesino del ilustre ministro. Era vengar a su padre a bajo costo... y al mismo tiempo disimular cómodamente a los ojos del mundo la inexplicable huida del verdadero asesino. En aquel momento, Ibn Tahír, el viajero, había cambiado la vieja tierra de Irán por la India: en adelante era preciso que se abriera su propio camino.

## XIX

Llevada por rápidos mensajeros, la noticia del asesinato del gran visir se había extendido de provincia en provincia, sembrando la inquietud a través del gran imperio de los selyúcidas. Ella suscitaba consecuencias incalculables y una confusión que sacudiría todo el Islam por mucho tiempo.

El sitio de la fortaleza de Zur Gumbadán –núcleo de la resistencia en el Kuzistán, cuyos defensores agotados por el hambre y la sed estaban a punto de rendirse– fue levantado en una noche lo mismo que se había levantado el de Alamut. El gran visir, enemigo mortal del ismaelismo, había muerto. Su sucesor y rival, Tadj al-Mulk, pasaba por ser amigo de Hassan. De manera que las tropas de Kizil Sarik juzgaron inútil proseguir el cerco: se dispersaron por propia iniciativa, incluso antes de que su jefe hubiera recibido orden alguna del sultán o del nuevo visir. Días después, el mensajero de Hassan, que le llevaba al jeque Ibn Atash –sucesor de Hussein al-Keini– la orden de entregar al asesino del gran dey, se asombró de poder entrar libremente en la fortaleza. Al día siguiente una numerosa caravana bien armada llevaba a Hossein a Alamut.

La noticia del asesinato del gran visir había terminado también por llegar a oídos del hijo mayor del sultán, el joven Barkiarok, que por entonces guerreaba contra los insurgentes de la frontera india. Dejó a su hermano Sandjar al mando de una parte del ejército y marchó sobre Isfahan con el resto de las tropas, con el propósito de defender sus derechos a la sucesión y prevenir los eventuales proyectos de su madrastra Turkán Hatuna y del visir de ésta, Tadj al-Mulk.

Pero Tadj al-Mulk tampoco había perdido el tiempo. En cuanto a él, trabajaba para que fuera proclamado heredero del trono el pequeño Muhammad que, por entonces, tenía cuatro años. El principal adversario de este proyecto ya no existía, y el irresoluto sultán ya no tenía a quien acudir para hacer valer su voluntad contra las exigencias de su ambiciosa esposa. Además, el soberano se preocupaba poco por estas disputas. En esos momentos estaba en Bagdad, donde tenían lugar en su honor grandiosos y solemnes festejos. Además de los del califa, había recibido los homenajes de más de mil reyes, príncipes y otros altos personajes, vasallos de todas las provincias de su imperio. Se hallaba en la cúspide de su gloria y de su poder. Ni la muerte del que había sido su fiel consejero durante tantos años le había ensombrecido por mucho tiempo el



consejero durante tantos años no había ensombrecido por mucho tiempo el sentimiento de su propia grandeza. No deseaba nada más. Se sentía feliz en todos los aspectos...

La noticia de la dispersión de los ejércitos del sultán delante de Alamut y Zur Gumbadán no había dejado de llamar la atención de Tadj al-Mulk que, finalmente, se había rendido a la evidencia del peligro que su aliado de ayer, Hassan, significaba para el país. Ahora que sucedía a Nizam al-Mulk como gobernador del imperio, se sentía plenamente responsable de la seguridad y de la paz de sus conciudadanos. La estricta orden que el sultán le había dado de llevar adelante una acción despiadada contra los ismaelitas había llegado en el momento preciso. Depuso de inmediato a los dos emires Arsían Tash y Kizil Sarik y nombró en su lugar a dos oficiales turcos, jóvenes y resueltos, con la misión de reunir y reorganizar las tropas dispersas y lanzar una nueva ofensiva contra Alamut y Zur Gumbadán.

—Estas últimas semanas han sido más bien movidas —resumió Hassan dirigiéndose a los grandes deyes—. Necesitamos algún reposo y luego prepararnos para los combates siguientes. Igualmente debemos llenar las lagunas que han aparecido en nuestras estructuras. Por consiguiente, intentemos llegar a una paz honorable con el sultán. El fedayín Haifa fue designado para transmitir las condiciones escritas que quería hacer llegar a la residencia del monarca en Bagdad. Hassan le hacía la proposición

siguiente: que devolviera a los ismaelitas las fortalezas y castillos que éstos poseían antes de la campaña emprendida contra ellos por el gran visir. El sultán debería pagar una indemnización por las fortalezas destruidas. Como contrapartida, Hassan se comprometía a renunciar a la anexión de nuevas plazas. Al mismo tiempo estaba dispuesto a proteger todas las fronteras del norte del país contra las incursiones bárbaras. Pero el sultán debería pagar, para el mantenimiento del ejército que Hassan ponía amablemente a su disposición, cincuenta mil monedas de oro al año... Cuando Hassan puso su sello sobre la carta, no pudo dejar de sonreír. Sabía perfectamente que esos ofrecimientos constituían una verdadera provocación. Tenía curiosidad por saber cómo las acogería el sultán. De hecho, lo que exigía del todopoderoso emperador de Irán era ni más ni menos que un impuesto anual.

Pese a su calidad de mensajero autorizado, los esbirros del sultán detuvieron a Haifa en cuanto llegó a Hamadán y lo condujeron a Bagdad encadenado. El comandante de la guardia personal llevó la carta a su amo. El sultán rompió el sello y leyó ávidamente. Palideció. Sus labios temblaron de ira.

—¡Te atreves, en estas gloriosas circunstancias, a traerme esta maraña de insolencias!

—gritó en los oídos del desdichado oficial

grito en los oídos del desdichado oficial.

El comandante de la guardia se arrojó de rodillas e imploró clemente.

—¡Lee entonces! —tronó el sultán.

Despidió a toda la corte y finalmente dio libre curso a su cólera. Arrancó las cortinas de las ventanas y los tapices de los muros, quebró todo lo que podía ser quebrado, y se dejó caer en los cojines, agotado y sofocado.

—¡Traedme al criminal! —ordenó con voz ronca.

Hicieron venir a Haifa, agarrotado y más muerto que vivo.

—¿Quién eres?

El prisionero emitió un balbuceo.

—¿Fedayín, dices? ¡Es decir, asesino profesional!

Saltó sobre su agotado interlocutor. Su cólera se había convertido en furia ciega. Finalmente sacó su sable e hirió de muerte al desdichado mensajero.

Este acceso de ira cesó tan rápidamente como había comenzado. Al ver el cadáver delante de él, el príncipe recuperó el equilibrio. Interrogó con toda serenidad a su secretario personal y al comandante de la guardia: ¿qué le aconsejaban responder a la provocación descarada de Hassan?

—Que Su Majestad intensifique todas las campañas militares contra los ismaelitas —

aconsejó el oficial.

—Pero también hay que responder a la insolencia —dijo el secretario—.

Permíteme redactar una respuesta en tu nombre, Majestad.

Decidieron enviar un mensajero a Alamut. En la carta, el secretario llamaba a Hassan asesino, traidor a su patria, mercenario a sueldo del califa de El Cairo. Y le ordenaba liberar inmediatamente todas las fortalezas de las que se había apoderado ilegalmente. En caso contrario no quedarían en ellas piedra sobre piedra y los ismaelitas que se encontraran en esas plazas serían exterminados hasta el último, con sus mujeres y sus hijos. Respecto a él, sería condenado al castigo más cruel. Tal era la respuesta que Su Majestad tenía que darle.

Un joven oficial, un tal Halef de Ghazna, fue el elegido para llevar el mensaje. Montó

de un salto a caballo y tras seis días de postas a todo galope, se presentó a las puertas de Alamut.

Minutcheher lo retuvo en su torre y fue a llevar la carta a Abu Alí, que se la remitió a Hassan. Éste la leyó sin inmutarse y se la pasó al gran dey. Asimismo hizo llamar a Buzruk Umid y resumió la situación:

—Embriagado por su propia grandeza, el sultán ha resuelto cerrar los ojos ante el peligro que lo acecha. Se niega a tenernos en cuenta. Mucho peor para él. Y ordenó que le pusieran cadenas al mensajero y se lo llevaran.

Halef intentó resistirse a que lo ataran.

-----  
-¡Es un crimen! –exclamó–. Soy un mensajero de Su Majestad, sultán del imperio y shah del Irán. Si me encadenáis, lo deshonráis a él.

Todo fue inútil. Maniatado tuvo que comparecer ante el jefe supremo.

–Protesto formalmente por este tratamiento –comenzó cuando llegó a la antesala donde lo esperaban los jefes.

–¿Dónde está mi mensajero? –preguntó fríamente Hassan.

–Ante todo... –empezó a decir Halef, pero su indignación se había ido aplacando.

–¿Dónde está mi mensajero?

Los ojos de Hassan horadaban los del oficial. Su voz era dura e imperiosa. Halef bajó

instintivamente los ojos. Se calló.

–¿Has enmudecido? Espera un poco... De inmediato sabrás cómo te vamos a hacer soltar la lengua.

Ordenó al eunuco que fuera en busca del verdugo y sus gentes, así como de los instrumentos de tortura. Luego se volvió hacia los grandes deyes y siguió conversando familiarmente con ellos.

Halef intentó retomar tímidamente la palabra.

–Vengo en nombre de Su Majestad. Sólo obedezco sus órdenes...

Hassan no se dignó darse por enterado de sus palabras. Ni siquiera lo miró. Por lo demás, ya llegaba el verdugo, escoltado por sus dos ayudantes. Los tres eran verdaderos gigantes. De inmediato se pusieron a preparar el potro de tortura, al tiempo que soplaban las brasas que desbordaban de una especie de pequeño horno de piedra. Dentro de una caja, tintineaban amenazantes los instrumentos mecánicos; los dispusieron en el suelo en un rincón de la habitación. El sudor perlaba la frente del mensajero que tragaba saliva con dificultad.

–¿Cómo voy a saber yo lo que le ocurrió a tu mensajero? –dijo con voz temblorosa–. Yo sólo recibí una orden y la obedecí.

Hassan se hacía el sordo. Sin embargo, el verdugo había terminado con sus preparativos.

–Todo está dispuesto, oh, Seiduna.

–Comienza por quemarlo un poco.

El verdugo cogió de una caja una aguja de hierro y la puso a calentar en el fuego.

–¡Diré todo lo que sé! –gritó Halef.

Tampoco esta vez se movió Hassan. La aguja pronto estuvo al rojo vivo. El verdugo la retiró del fuego y se acercó al prisionero. Cuando éste vio la punta ardiente estuvo a punto de atragantarse.

—¡Amo! ¡Piedad! ¡Piedad...! El sultán en persona mató a tu mensajero a sablazos. Hassan se volvió hacia él y le hizo una señal al verdugo de que esperara.

—¡Finalmente has recuperado el don de la palabra! Así que el sultán mató a mi mensajero con su propia mano. ¡Malo!, ¡malo...!

A menudo se había preguntado sobre el mejor medio de intimidar al sultán. Mientras miraba al mensajero, germinó un plan en su cabeza.

—¡Ve a buscar al médico! —ordenó al eunuco.

Halef tembló. Presentía que aquella nueva orden no podía significar nada bueno para él. Entretanto, Hassan les había indicado a los grandes deyes que lo siguieran a su habitación.

—No podemos darnos el lujo de esperar seis meses más —les dijo—, debemos aniquilar al enemigo ahora si no queremos que se nos adelante. Es mejor no hacernos ilusiones. En adelante el sultán movilizará todas sus fuerzas para aplastarnos.

Pero, por el momento, no se molestó en precisarles lo que en realidad tenía intención de hacer. El eunuco acababa de anunciar la llegada de Al-Hakim.

—Que entre.

El griego entró en la habitación y se inclinó profundamente.

—¿Has visto a nuestro prisionero? —preguntó Hassan.

—Sí. Todavía espera en la antesala.

—Vuelve con él. Quisiera que examinaras con detalle su fisonomía.

El griego obedeció y volvió al cabo de algunos minutos.

—¿Ves entre nuestros fedayines a alguno que se le parezca? —preguntó Hassan. El médico lo miró con ojos vacíos.

—No comprendo lo que quieres decir, Seiduna. De rostro, se parecería vagamente al difunto Obeida.

Hassan hizo un gesto de impaciencia.

—O también... la estatura es casi la de ese Haifa que enviaste no sé adónde hace dos semanas... ¿Tampoco? ¿Tal vez se parezca a Afán? No, verdaderamente no veo... Tiene las piernas arqueadas de Djafar... ¿Piensas en él?

Al griego se le bañó de repente la frente de sudor, cosa que hizo reír a Hassan.

—Eres médico y un barbero hábil. ¿Te sería posible... convertir de alguna manera a Djafar en este hombre?

El rostro de Hakim se iluminó.

—Conozco ese arte. Es un arte nuestro.

—¿Ves, ves?, nos hemos comprendido.

—Al principio creí que bromeabas, Seiduna. El hombre que espera afuera

tiene la barba corta y rizada, la nariz levemente aguileña y el rostro atravesado por una cicatriz. Todo ello viene como anillo al dedo para transformarlo en otra persona. Pero debes permitirme tener constantemente el modelo ante los ojos durante mi trabajo.

–Muy bien. ¿Pero puedes garantizarme que el parecido será evidente?

–Un huevo no podría parecerse mejor a otro huevo... Simplemente dame tiempo para preparar todo lo que necesito.

–De acuerdo. Corre de inmediato a prepararlos.

El médico se despidió y Hassan hizo llamar a Djafar. Cuando éste se presentó ante él, le declaró:

–Te destino a una tarea insigne. En cuanto la hayas ejecutado, los ismaelitas grabarán tu nombre en las estrellas. El paraíso se te abrirá de par en par.

Djafar recordó a Ibn Tahír. Se le seguía honrando como mártir, pese a que lo hubiera visto con sus propios ojos volver a Alamut radiante de felicidad, y que él mismo hubiera depositado en las manos del joven héroe el rollo que éste le había confiado antes de su

partida para Nehavend. Detrás de aquellas apariciones y desapariciones había un misterio que lo superaba.

–¡A tus órdenes, Seiduna!

Su rostro radiaba orgullo...

Mientras tanto, Halef se preguntaba sobre su suerte, y la incertidumbre se unía al temor. A pocos pasos de él, el verdugo hacía jugar los músculos de sus brazos y le dirigía sonrisas burlonas. Sus ayudantes atizaban regularmente el fuego, lanzando de vez en cuando miradas prometedoras en dirección de sus instrumentos y no perdían oportunidad de verificar el buen funcionamiento del potro de tortura. Finalmente el médico atravesó de nuevo el recinto, llevando también él un equipo poco tranquilizador. Hassan, en la habitación vecina, le daba a Djafar instrucciones minuciosas:

–Comenzarás por observar bien al prisionero que está en la antesala. Deberás recordar cada uno de sus gestos, su manera de hablar, de expresarse. Finalmente tendrás que grabar en tu memoria todo lo que le oigas decir durante el interrogatorio al que vas a asistir. ¡Cuida de que no se te escape nada! En resumen, después de eso deberás ser capaz de imitarlo tan bien que todos los que se te acerquen estén convencidos de que se hallan frente a él. ¡De alguna manera, una verdadera metamorfosis!

Se reunieron con el mensajero en la antesala. Hassan le indicó al verdugo que estuviera preparado. Luego le preguntó al prisionero:

–¿Cómo te llamas y de dónde vienes?

Halef intentó recobrarse.

–Soy un mensajero de Su Majestad...

Hassan estalló:

–¡Verdugo, prepara tus instrumentos...! En cuanto a ti, te conmino a responder exactamente a todas mis preguntas. Ante todo debes saber que tengo la intención de retenerte en Alamut un buen tiempo. Si una sola de tus afirmaciones resulta falsa, te haré

descuartizar en medio del patio. Ahora sabes a qué atenerte. ¡Habla!

–Mi nombre es Halef, hijo de Omar. Mi familia es originaria de Ghazna\*.

Allí nací y allí

pasé mi juventud.

–¡Recuérdalo, Djafar! ¿Qué edad tienes y desde cuándo sirves en el ejército del sultán?

–Tengo veintisiete años. Sirvo en el ejército desde los dieciséis.

–¿Cómo entraste en él?

–Mi tío Otam, hijo de Hussein, capitán de la guardia, me recomendó a Su Majestad.

–Enuméranos tus servicios.

–Primero serví en la corte de Isfahan. Luego acompañé a Su Majestad a través de todo el país, en calidad de mensajero.

Nombró las ciudades que había conocido, y en las que había vivido algún tiempo. Luego los caminos que había tomado. El resto del interrogatorio les hizo saber que tenía dos mujeres y que cada una le había dado un hijo. Hassan exigía cada vez más detalles. También lo interrogó sobre sus superiores, sus costumbres, su carrera; luego sobre sus compañeros, sus horas de servicio, en qué empleaba el tiempo. El hombre describió a sus amistades, tales y tales, contó en detalle cómo habían sido sus diferentes entrevistas con el sultán, sobre todo la última. Finalmente precisó la disposición de las residencias de Isfahan y de Bagdad, sus instalaciones, las precauciones que había que tomar para acceder

\* Actualmente ciudad de Afganistán. (N. del E.)

a los aposentos del sultán, los mil entresijos de la etiqueta... En poco tiempo Djafar tuvo que imaginar el decorado de toda una existencia nueva para él. Ahora debía acomodar su pensamiento con vistas a sentirse totalmente integrado en su nueva personalidad. Para terminar, Hassan le exigió al prisionero que enumerara todas las etapas de su viaje a Alamut, así como el nombre y la situación de todas las postas. Luego le ordenó al verdugo que desatara al hombre para que pudiera desvestirse.

Halef no dejó de sentir tenor.

—¿Qué significa esto, amo!

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡Nada de malos entendidos! No me obligues a emplear otros medios. ¡Quítate también el turbante!

—No, eso no. ¡No me deshonres así! —gimió Halef.

A un señal de Hassan, el verdugo lo cogió por el cuello con mano firme. Su ayudante trajo la aguja al rojo y la acercó al pecho desnudo del prisionero. Incluso antes de que el hierro hubiera tocado la piel, ésta empezó a chisporrotear y a chamuscarse. Halef lanzó un grito salvaje.

—Haced de mí lo que queráis. Pero no me queméis.

Lo desvistieron completamente y le ataron de nuevo las manos a la espalda. Djafar miraba todo aquello sin pestañear. Había aprendido en Alamut el arte de dominar sus emociones. Finalmente y, sobre todo, la misión que iban a confiarle excitaba secretamente su orgullo.

—Ahora te corresponde a ti mostrarnos algo de tu arte —lanzó Hassan en dirección del médico—. ¡Prisionero!, dímos dónde recibiste esas heridas.

Aún temblando de miedo, Halef contó que había tenido una pelea con un eunuco del sultán. Mientras tanto, el griego preparó una hoja delgada y fina, una larga aguja, diferentes líquidos y ungüentos. Luego le pidió a Djafar que se desvistiera hasta la cintura. Se arremangó con gestos de artista, encargó a uno de los ayudantes del verdugo que vigilara el material, compuesto de los instrumentos más extraños, y se puso a trabajar. Comenzó extendiendo ungüento por la zona precisa de la piel del muchacho, sobre la cual dibujó luego la forma de la herida y de las cicatrices. Luego ordenó al otro ayudante que calentara en las brasas la hoja y la aguja. Provisto de éstas, se dedicó a seguir el dibujo cortando y picando levemente la piel.

Djafar apretaba los dientes; a veces se lo veía palidecer de dolor, pero cada vez que la mirada de Hassan cruzaba la suya, el muchacho le dedicaba su mejor sonrisa y se excusaba diciendo que todo aquello no era nada.

Halef comenzaba a comprender las intenciones del amo del lugar. Su

estómago se descomponía: si aquella transformación tenía éxito, el joven ismaelita tendría asegurada la posibilidad de acceder al sultán en persona. El asesinato del gran visir testimoniaba lo que sucedería luego. «La maldición caerá sobre mí, que habré facilitado tal crimen», se decía el fiel mensajero. «Domina tu miedo», le sopló una voz, «y cumple con tu deber hacia el sultán, tu amo».

Tenía las piernas libres. Esperó el momento en que el médico hundía la hoja en la mejilla de Djafar para saltar sobre él, y administrarle un buen puntapié en el vientre. En la refriega, el griego acuchilló con la hoja la mitad del rostro de Djafar. En un instante, éste estuvo cubierto de sangre. Se produjo una gran confusión: el distinguido médico se tambaleó y cayó cuan largo era; Halef perdió el equilibrio y su boca fue a dar violentamente contra el codo del médico, que él mordió con todos sus dientes, obligando a su víctima a lanzar un aullido de dolor. Abu Alí, Djafar y los verdugos se esforzaban por intervenir. Pero el vesánico mensajero no soltó su presa hasta que a uno de los ayudantes del verdugo se le ocurrió hundirle la punta al rojo en la espalda. El incidente fue seguido

por un nuevo aullido. El valeroso enviado se desplomó, intentando inútilmente llevarse la mano a la herida.

—¡Torturadlo! —decidió brutalmente Hassan.

Por más que Halef se resistió, unas manos de hierro lo dominaron. En pocos instantes estuvo atado al potro. El griego se había recobrado y gemía; se dejó lavar, untar y curar. Djafar, sin embargo, todo cubierto de sangre, esperaba tranquilamente que el médico tuviera a bien reanudar la transformación.

—¡Este bribón me lo ha estropeado todo! —se lamentó el artista inspeccionando más de cerca los daños—. ¿Qué voy a hacer con esta gran herida en pleno rostro?

—Comienza por lavarla —aconsejó Hassan—. Luego veremos lo que conviene hacer. Luego, dirigiéndose al verdugo, dijo:

—¡Manos a la obra! Cuando pierda el conocimiento, será de nuevo utilizable. La máquina comenzó a estirar los miembros del prisionero. Las articulaciones crujieron. Halef lanzó aullidos espantosos.

Hakim palideció. En verdad, él era médico, pero aún no había escuchado gritos tan bestialmente salvajes.

Se apresuró a lavar la herida de Djafar. Hassan lo miraba trabajar y tuvo una idea:

—¡Djafar! Sólo tendrás que decir que fue el jefe de los ismaelitas en persona quien te causó esa herida... a ti, mensajero de Su Majestad, para demostrar hasta qué punto le había indignado la carta del sultán. Te hirió con su sable. ¿Me has entendido?



–He entendido, Seiduna.

–Vamos, médico, acaba tu trabajo.

Halef lanzaba al principio rugidos entrecortados. Luego esos gritos se fundieron en un solo aullido que no cesó sino después de largo rato. El verdugo detuvo entonces la máquina infernal. El prisionero había perdido el conocimiento.

–Bien –dijo simplemente Hassan–, acabad vuestro trabajo sin nosotros. Salió de la habitación y subió con los grandes deyes a lo alto de la torre, mientras Hakim, el griego, con mano hábil, transformaba a Djafar en Halef, mensajero de Su Majestad. Pocas horas después, el fedayín, vestido con las ropas del prisionero, fue conducido delante del jefe supremo. A su pesar, Hassan se estremeció: el parecido era asombroso. Igual corte de barba y bigote, igual cicatriz en la mejilla, igual nariz aquilina... y hasta la mancha lunar cerca de la oreja. Única novedad en aquel rostro tan fielmente copiado: una larga herida reciente que le cruzaba toda la mejilla.

–¿Quién eres...?

–Soy Halef, hijo de Omar. Mi familia es originaria de Ghazna...

–Bien. ¿Recuerdas también el resto?

–Perfectamente, oh, Seiduna.

–Ahora escúchame bien. Harás ensillar un caballo y partirás hoy mismo para Bagdad por el camino que ha seguido este mensajero para llegar hasta aquí. Llevarás a Su Majestad la respuesta oral del jefe de Alamut. Conoces los albergues y paradas de postas. Presta oídos a todo: intenta saber en el camino si por casualidad el sultán no ha salido de viaje. Exige a cualquier precio que te dejen llegar hasta él. ¡No te doblegues! Sólo puedes entregar mi respuesta al sultán en persona: mantente firme en esta exigencia. Cuenta de paso el mal recibimiento que has recibido en Alamut. ¿Me has comprendido...? Ten, aquí

hay algunas píldoras. Conoces su uso. Llévalas para el camino: toma una cada noche, pero, sobre todo, conserva una para el momento en que te conduzcan ante el sultán. Además, aquí tienes un veneno. Guárdalo cuidadosamente, pues el más pequeño arañazo provocado por una hoja untada en esta sustancia supone la muerte. Cuando estés delante del sultán,

sabes lo que tienes que hacer para merecer el paraíso... y una gloria inmortal en este mundo entre los ismaelitas. ¿Te parece claro?

–Sí, Seiduna.

Djafar había enrojecido.

–¿Es firme tu fe?

–Sí, Seiduna.

–¿Y tu resolución?

–Inquebrantable.

–Confío en ti, sé que no me decepcionarás. Toma esta bolsa. Te doy mi bendición para el camino. Cúbrete de gloria: ésta recaerá sobre todos los ismaelitas. Después lo despidió.

Horas más tarde, un nuevo puñal viviente salía de Alamut.

Hassan erraba por los jardines. Desde que Myriam y Halima se habían despedido tan tristemente de la vida, la consternación reinaba entre los habitantes de aquel lugar encantador. Esta consternación no sólo atañía a las muchachas: la compartían los eunucos e incluso Apama.

Habían enterrado a Myriam en una pequeña avenida en medio de un bosquecillo de cipreses. Las muchachas plantaron sobre la tumba tulipas y narcisos, violetas y primaveras. Fátima grabó en un trozo de roca la silueta de una plañidera. Pero no se atrevió a escribir nada. Al lado de la tumba, sobre un pequeño túmulo cubierto de rosales, esculpieron una gacela de piedra, igualmente obra de Fátima. Tal fue el ingenuo monumento que levantaron en memoria de la pequeña Halima: visitaban aquel lugar todas las mañanas y lloraban a sus amigas perdidas.

La tarea de Myriam recayó ahora en Fátima. Pero ésta sólo se comunicaba con Hassan por intermedio de Apama. Fue la manera de evitar las disputas entre ellas. Por lo demás, Apama llevaba ahora una vida completamente solitaria. A veces la veían deambular a lo largo de los senderos, agitar los brazos y hablar en voz alta, como si mantuviera una conversación con algún compañero invisible. Quizás alguna de ellas esbozaba entonces una sonrisa. Pero cuando la intratable matrona las enfrentaba, recuperaban de inmediato su antiguo temor. Su habilidad para eludir las consecuencias de la galantería de sus visitantes nocturnos estaba lejos de dar resultados. Sulaika, Leila y Sara sentían crecer en ellas una nueva vida. Vivían en una espera impaciente y agradable. Pero las más entusiastas eran Djovaira y Saflya, que ardían en deseos de que la población de los jardines aumentase. Para reemplazar a las desaparecidas, Hassan les envió dos nuevas compañeras. Aunque tranquilas y modestas, aportaron algún cambio en aquella eterna monotonía...

–Ya es otoño y el invierno nos castigará pronto –observó Hassan paseándose en compañía de Apama por un rincón desierto del parque–. Tenemos que utilizar las últimas noches benignas. Quiero enviar a los jardines a algunos nuevos jóvenes. Las lluvias se acercan y con ellas la nieve y el frío. Entonces ¡adiós a los placeres del paraíso!

–¿Qué deben hacer ahora las muchachas?

–Tenéis suficiente lana de oveja y camello, también suficiente seda. Que hilen, tejan y cosan. Que practiquen las artes que les gusten. ¡Alamut necesita de

todo!

—¿Qué pasará con la escuela!

—¿Puedes enseñarles aún alguna cosa?

—Nada, excepto el arte del amor, que por lo demás no pueden aprender.

Hacía tiempo que Hassan no se reía con tantas ganas.

—Bueno, eso basta por el momento. ¿Ves?, estoy en el mismo punto que tú. No tengo a nadie a quien dejarle mi ciencia.

—Tienes un hijo.

—Sí. Espero que me lo traigan al castillo un día de éstos. Pienso reducirle la estatura en una cabeza.

Apama lanzó una mirada de reprobación.

—¿Sigues con tus bromas?

—¿Por qué iba a bromear? ¿Ese tunante que asesinó a mi aliado más brillante merece otra cosa?

—¡Pero es tu hijo!

—¡Mi hijo! ¿Qué significa eso? Tal vez, y digo tal vez porque conoces mi prudencia, sea fruto de mi cuerpo. Pero nunca fue fruto de mi alma. Digamos, para hablar con mesura, que ya tengo a alguien a quien legar mi herencia... pero ese alguien se encuentra en este momento lejos de aquí: deambula por el mundo, no sé bien dónde... Su nombre no debe ser desconocido. Se trata de Ibn Tahír.

—¿Cómo dices? ¡Ibn Tahír! ¿No está muerto? ¡Fue él quien mató al visir!

—Sí, él lo mató. Y pese a ello escapó de la muerte...

Le contó la última conversación con el muchacho. La anciana no podía creerlo.

—¿Y tú, Hassan, lo dejaste partir?

—Sí. Precisamente yo.

—¡Vamos, es imposible!

—Si conocieras verdaderamente mi corazón, comprenderías. Se ha convertido en uno de nosotros. Mi hijo, mi hermano menor. Noche a noche acompaño con el pensamiento su trayecto. Y en él reencuentro mi juventud. Lo sigo con la mente, veo sus ojos abriéndose al conocimiento, veo cómo se forma su concepción del mundo, su carácter. ¡Oh, qué

intensamente comparto sus sentimientos!

Apama movió la cabeza. Descubría un Hassan completamente nuevo para ella. «Debe sentirse muy solo», pensó al separarse de él, «para aferrarse así a un ser. Pero, en el fondo, ¿no es acaso como todos los padres, que disimulan la bondad bajo la máscara consuetudinaria del terror...?»

Al día siguiente, una caravana proveniente de Zur Gumbadán trajo a Alamut al tal Hossein, el hijo indigno, encadenado. Toda la guarnición se congregó en el patio para ver con sus propios ojos al asesino del gran daz del Kuzistán.

pau para ver con sus propios ojos al asesino del gran dey del Kuzistan.

Encadenado con grandes grilletes, Hossein miraba el suelo a sus pies con expresión sombría. Era algo más alto que su padre, y muchos rasgos de éste se repetían en su rostro, pero con una expresión salvaje, casi feroz, que los desfiguraba. De vez en cuando lanzaba miradas furtivas a los que lo rodeaban, y el que cruzaba entonces su mirada sentía un escalofrío en la espalda: tenía la súbita impresión de encontrarse en presencia de una fiera, y de una fiera que había enloquecido en cautividad.

Minutcheher lo recibió como a un prisionero común y corriente.

—¡Llévame de inmediato ante mi padre!

El viejo soldado hizo como que no había oído.

—¡Abuna! ¡Toma seis hombres y mételo en el fondo de un calabozo!

Hossein, de rabia, echaba espuma por la boca.

—¿No han captado tus oídos lo que acabo de decirte?

Minutcheher le volvió la espalda. Se oyó que el otro rechinaba los dientes; pese a sus ataduras, intentó embestirlo, recurriendo a toda la violencia de que era capaz. El oficial se volvió ágilmente y lo abofeteó en pleno rostro. El muchacho lanzó un aullido de animal...

—¡Si estuviera libre te arrancaría las entrañas con gusto, perro, hijo de perra!

Abuna y sus hombres lo cogieron y lo condujeron al fondo de la cripta de la torre de guardia, donde estaban los calabozos más siniestros de Alamut. Empujado brutalmente al interior de uno de esos reductos, el prisionero tropezó y cayó, con la cara en el lodo.

—¡Esperad un poco! En cuanto esté en libertad, os despellejaré como a perros sarnosos —pero la pesada puerta que cerraban a su espalda amortiguó el grito. Hacía dos meses que estaba cargado de cadenas. Era como un gato salvaje cogido en una trampa, dispuesto a morder: odiaba al mundo entero. No exageraba ni un ápice sus sentimientos cuando clamaba que una vez libre estrangularía al primero que cayera en sus manos. No se arrepentía de haber matado a Hussein al-Keini. Tampoco le importaban su suerte ni su vida. Desde niño había sido el terror de sus conocidos: no aceptaba ninguna autoridad y la cólera lo empujaba a las peores violencias. Hassan lo había abandonado mucho tiempo a su suerte. Lo había tenido de una primera mujer que lo educó como pudo en casa de sus padres, en Firuskuh\*. El abuelo intentó domar al pequeño rebelde a bastonazos y privándolo casi totalmente de alimentos. Pero el joven colérico no se enmendó y se negó a doblegarse ante cualquiera que se opusiera a satisfacer sus caprichos. El intratable abuelo había sido, por lo demás, la primera víctima del odio mortal que el muchacho sentía por los suyos: en cuanto estuvo en edad de devolver los golpes, lo atrajo a una emboscada y, sin titubear, le reventó la cabeza. Desde aquel día comenzó a llevar una existencia

reventó la cabeza. Desde aquel día, comenzó a llevar una existencia completamente salvaje, aterrorizando a sus allegados y negándose a trabajar en los campos. Prefería la compañía de los soldados y los caballos a la de los rebaños.

Cuando supo que su padre había vuelto de Egipto y acababa de instalarse en el norte del país, resolvió ir a su encuentro. No lo conocía: sólo sabía que era un hombre que había viajado mucho, llevando aquí y allá una vida que él imaginaba llena de aventuras. La idea de seguir a aquel desconocido en su vida errante satisfacía su inclinación por la línea del menor esfuerzo. Pronto hubo de decepcionarse. Lo que su padre esperaba de él era precisamente lo que aborrecía y despreciaba más: el estudio, la sumisión, la aplicación. No tardó en odiarlo y, si intentó al comienzo ocultar sus sentimientos, pronto los mostró sin tapujos. Un día, no aguantando más, le lanzó a la cara todo su rencor:

—¡Que los imbéciles estudien! ¡Que tus lacayos se arrastren a tus pies! En cuanto a mí, ¡no quiero comer esa bazofia!

—Muy bien —respondió Hassan. Tras lo cual ordenó que lo ataran a un poste y lo hizo azotar delante de toda la guarnición.

Después, se las había arreglado para enrolarlo a la fuerza en las tropas de Hussein al-Keini con el grado de simple soldado. Así creyó poder doblegar su obstinación, pero el adolescente había aprovechado su estancia en Zur Gumbadán para demostrar más que nunca su rebeldía. El gran dey que mandaba la plaza había terminado, harto de aguantarlo, por pedirle al padre que interviniera. Más valdría no haberlo hecho: Hassan exigió que le pusieran cadenas al insolente, y el muchacho castigó al gran dey matándolo con su propia mano.

Por el momento, se preocupaba bien poco del castigo que le esperaba. Valoraba mal la magnitud de su crimen a ojos de los ismaelitas. Al escucharlo se habría podido pensar que el mero hecho de que el presuntuoso dey hubiera pensado en levantar la mano sobre él, hijo del jefe supremo, bastaba para justificar su acto. ¿Acaso su nacimiento no le daba derechos? No había duda de que habría procedido de la misma manera si el jeque Ibn Atash se hubiera atrevido a seguir el ejemplo de su predecesor. ¡Y ahora se encontraba encadenado en la misma residencia de su padre!

Fue Abu Alí el encargado de informar a Hassan de la llegada de su hijo al castillo.

\* Aldea de montaña, no lejos de Demavend. (N. del E.)

—Bien. Lo recibiré. ¡Que me lo traigan!

Abuna y sus hombres fueron en busca del prisionero.

—¡Rápido! ¡Levántate! Debes comparecer ante Seiduna.

Hossein se rió de mala gana.

—¡Finalmente! ¡Gracias a Alá!, no tardaré en sacaros la piel a tiras. A la puerta del palacio, Abuna lo dejó en manos de la guardia. Fue en aquel momento cuando el temor lo asaltó por primera vez. Decididamente la vida en Alamut había cambiado. Por doquier parecía reinar un orden glacial, un orden férreo. La expresión de los eunucos gigantes que montaban guardia alrededor de su padre no era tranquilizadora... por no decir nada del que custodiaba lo alto de la escalera: el joven sintió que pesaba sobre su nunca la dura mirada del negro centinela. Eso no auguraba nada bueno. ¿Quién habría podido imaginar que su padre recurriera al servicio de tales monstruos?

Lo hicieron entrar en la habitación del jefe supremo. Se quedó ostensiblemente inmóvil a un paso de la puerta. Sin embargo, Hassan no se dignó levantar la cabeza. Sentado en un lecho de cojines, parecía absorto en la lectura de un paquete de documentos. Al cabo de un largo rato, miró a su hijo, siempre en silencio, antes de decidirse a ponerse de pie. Con un gesto despidió a los guardias y se puso a mirar al rebelde de arriba abajo. Este estalló:

—¡Podrías comenzar por hacerme quitar estas cadenas! ¿Desde cuándo se admite que un hijo deba presentarse encadenado delante de su padre?

—Si no se ha visto nunca, te aseguro que ésta es la primera vez.

—¡Entonces me temes!

—Se amarra bien a los perros rabiosos antes de matarlos.

—¡Excelente padre, en verdad!

—Tienes razón. Pues soporto estoicamente el pecado que cometí cuando te concebí.

—¿Así que no piensas desencadenarme?

—Tengo la impresión de que no te das cuenta en absoluto de lo que te espera. Debes saber que yo seré el primero en respetar las leyes que he promulgado.

—No temo tus amenazas.

—¡Imbécil! ¡Tu orgullo es el de un asno!

—Insúltame. Tus insultos no me alcanzan.

—¡Cielos! Sigues sin comprender el crimen que has cometido...

—En todo caso sé a lo que tengo derecho: nadie puede encadenarme.

—¡Mira, mira! ¡Matas a mi mejor aliado, mi amigo más fiel... y eso porque quiso obedecer una orden mía!

—¿Para ti un amigo es más importante que tu hijo?  
—Es una lástima, pero así es.  
—¡Todo el Irán puede sentirse orgulloso de un padre tan singular! ¿Qué harás conmigo?  
—¿Qué castigo está previsto por el asesinato de un superior?  
—No he estudiado tus leyes.  
—No importa. Te lo diré yo mismo. Según la ley, la sanción es la siguiente: primero cortarle la mano derecha, finalmente decapitarlo en presencia de la multitud de creyentes. Hossein lo miró con ojos desmesurados.  
—¿No pretenderás decirme que ése es el castigo que me espera?  
—¿Crees que dicté esas leyes para bromear?  
—¡En verdad!, ¿quién no se horrorizaría ante semejante padre?  
—Me conoces mal.  
—Tienes toda la razón.  
—Sigues igual de insolente.  
—¡Qué quieres! El fruto nunca cae lejos del árbol.  
—No tengo tiempo para perderlo con tus ocurrencias. Mañana comparecerás ante el tribunal: los deyes te juzgarán. Sabes lo que te espera. Es la última vez que nos hablamos.  
¿Qué debo decirle a tu madre?  
—Que le agradezco haber elegido para mí un padre modelo. ¡Cualquier animal trataría mejor a su cría...!  
—Sin lugar a dudas. Porque es un animal. Nosotros los hombres tenemos que soportar un peso muy diferente: el de la inteligencia. Nuestras exigencias están acordes con ello: necesitamos leyes severas y en lo posible justas. ¿Tienes algo más que decirme?  
—¿Qué podría decirte? ¿Acaso crees que me has convencido de que estás dispuesto a librarte de tu único hijo, de tu heredero? ¿Quién será entonces tu sucesor?  
Hassan estalló en sonoras carcajadas.  
—¿Tú, Hossein, mi heredero? ¿Tú, dirigir un día esta institución fundada en la supremacía del espíritu, en la razón pura? ¿Tú, que no comprendes nada y no sabes nada, fuera tal vez de embridar un asno? ¿Dónde se ha visto alguna vez que el águila dejara escapar una vaca del reino de los cielos? Ésa es la causa de tu ceguera: creías que podías hacer todo lo que se te ocurriera.  
A Hossein le habría gustado aniquilarlo con los ojos.  
—El perro nace del perro y el ternero del toro. De tal padre, tal hijo...  
—Si eso es verdad, tú no eres hijo mío.  
—¿Pretendes deshonorar a mi madre?

–De ninguna manera. Sólo quería probarte que si tu afirmación es válida para el perro o el ternero, en ningún caso lo es para el hombre. Si no, los reinos que han fundado los padres con su inteligencia y su coraje no decaerían por culpa de hijos incapaces y estúpidos.

–Justo, pero no existe en el mundo ningún sultán ni ningún shah que legue su reino a un extraño teniendo un hijo.

–En ese aspecto, yo también innovaré... ¿De modo que no tienes nada que pedirme?

¿Nada que quieras se le diga a tu madre?

–Nada, salvo lo que acabo de decirte.

El anciano llamó a los guardias.

–Devolved el prisionero al calabozo.

Las mandíbulas del muchacho temblaron.

–¡Intenta llevarme ante el tribunal de tus lacayos! ¡Proclamaré tu deshonor a los ojos del mundo!

El máximo tribunal fue convocado para el día siguiente por la mañana. Abu Alí presidía la vista.

–Consultad las leyes y luego juzgad severamente según ellas. Tal es la orden de Hassan.

Cuando todos tomaron asiento, los guardias hicieron entrar a Hossein. Abu Alí lo acusó de un doble crimen. Primero, insurrección contra un superior, luego asesinato de un superior. Ambos merecían la muerte.

–¿Reconoces tu culpa, hijo de Hassan?

–No reconozco ninguna culpa. Sólo reconozco los hechos de los que se me acusa.

–¡La mera insurrección contra un superior se encuentra ya sancionada con la pena capital!

Hussein explotó.

–¡No olvides que soy el hijo del jefe supremo!

–La ley no hace excepciones. Para Al–Keini no eras más que un simple soldado. Te acusamos como tal.

–¡Qué me importa que me cargue de cadenas!

–Como ves, sigues en lo mismo. ¿No tienes ninguna excusa que alegar en tu defensa?

–¿Qué excusa esperas de mí? Al–Keini me denunció pérfidamente a mi padre para poder desembarazarse mejor de mí. ¡No podía tolerar semejante tratamiento! No soy un cualquiera. Por si lo has olvidado, soy el hijo del jefe supremo, del jefe de los ismaelitas.

–Y tú te rebelaste contra él. El jefe supremo en persona había ordenado que



te encadenaran para castigarte. Tras lo cual asesinaste a quien sólo cumplía sus órdenes. ¿Es así como ocurrieron los hechos?

—Así ocurrieron.

—¡Perfecto! ¡Abd al-Malik! Lee lo que prescribe la ley para el crimen de rebelión o de asesinato de un superior.

Abd al-Malik se alzó con toda su estatura. Abrió el pesado volumen en el lugar marcado con una señal y lo tocó respetuosamente con la frente. Luego se puso a leer en voz solemne:

El que, entre los creyentes ismaelitas, se enfrentara con su superior o se rebelara contra la orden que éste le diera, o bien omitiera cumplirla de cualquier forma, salvo que se lo impidan razones de fuerza mayor, será condenado a muerte y decapitado. El que entre los creyentes ismaelitas cometiera el crimen de atacar a su superior o de matarlo será condenado a muerte. Pero se le cortara primero la mano derecha, antes de decapitarlo.

Abd al-Malik volvió a cerrar el libro, se inclinó respetuosamente delante del tribunal y volvió a sentarse, cediendo la palabra a Abu Alí.

—¡Venerables deyes! Habéis escuchado lo que prescribe la ley para el crimen de insurrección contra un superior y para el de asesinato de un superior. Ahora voy a pedirlos si estimáis en vuestro corazón al acusado culpable de estos dos crímenes. Se volvió hacia Buzruk Umid, lo llamó por su nombre y lo invitó a responder.

—Culpable —la palabra fue pronunciada sin vacilación.

—¿Emir Minutcheher?

—Culpable.

—¿Dey Ibrahim?

—Culpable.

—¿Dey Abd al-Malik?

—Culpable.

—¿Dey Abu Soraka?

—Culpable.

El veredicto había sido dado por unanimidad.

Antes de oír cada nombre, Hossein reprimió un estremecimiento. Hasta el final había esperado secretamente que alguien se opusiera a la sentencia, que una voz se elevara para recordar que estaba en su derecho, que sólo había actuado por defender el honor de su rango. Cuando fue pronunciado el último veredicto, les gritó a la cara:

—¡Perros criminales!

Pese a estar encadenado, hizo el gesto de abalanzarse sobre ellos. El guardia tuvo el tiempo justo de retenerlo. Lo dominaron con dificultad mientras él hacía

girar sus ojos dementes en los que se leían la rabia y la impotencia.

Abu Alí se levantó solemnemente.

—¡Venerables deyes! Por unanimidad habéis reconocido al acusado culpable de los crímenes que se le imputan. Hossein, hijo de Hassan y nieto de Sabbah, es condenado a sufrir la pena de muerte: se le cortará primero la mano derecha, tal como lo prescribe la ley, luego será decapitado. La sentencia será ejecutada cuando el jefe supremo la haya firmado. ¿Alguien de este venerable tribunal tiene algo que agregar?

Buzruk Umid se levantó y pidió la palabra.

—¡Venerables deyes! Habéis oído el juicio que acaba de ser pronunciado contra Hossein, hijo de Hassan, reconocido culpable de asesinato en la persona del gran dey de Kuzistán. La culpa ha sido probada y el mismo criminal ha reconocido su acto. El castigo que le ha sido impuesto es, pues, legítimo y justo. De todos modos, me gustaría recordar al alto tribunal que el crimen de Hossein es el primero que se ha debido juzgar desde que el jefe supremo aumentó la severidad de las leyes. Por eso propongo llevar a Seiduna un recurso de gracia si el acusado consiente en ello.

La proposición fue saludada con un murmullo de aprobación. Abu Alí se volvió hacia Hossein.

—¡Condenado! ¿Quieres pedir clemencia al jefe supremo?

Hossein se dejó llevar por la ira.

—¡Jamás! ¡No le suplicaré nunca a un padre que entrega a su hijo único al verdugo!

—¡Piénsalo, Hossein!

Buzruk Umid intentó convencerlo, pero el otro lo detuvo:

—¡Pierdes el tiempo!

—¡Abandona tu obstinación! La clemencia es tu última oportunidad —le recordó

crudamente Abu Alí perdiendo de pronto la paciencia.

—Sólo tengo una petición que hacer: id y decidle de mi parte que es peor que un perro.

Ibrahim, con la cara enrojecida, dejó escapar su cólera:

—¡Refrena tu lengua, criminal!

—¡Ante ti, cuya boca apesta!

Buzruk Umid y Abd Al-Malik se acercaron al prisionero.

—Cambia de parecer, hijo de Hassan —le suplicó el gran dey—. Sólo tienes que decir una palabra. Yo me esforzaré después en convencer a tu padre.

—No es deshonor que un condenado a muerte pida clemencia —insistió Abd al-Malik—. Es la señal de que mide la dimensión de su culpa y se compromete a repararla.

reparada.

–Haced lo que queráis –terminó por conceder Hossein.

Abu Alí, Buzruk Umid y Abd al–Malik fueron a informar a Hassan de la decisión de la corte.

Hassan escuchó tranquilamente. Cuando Buzruk Umid introdujo el recurso de gracia, lo rechazó fríamente.

–Fui yo quien dictó las leyes, quiero ser el primero en someterme a ellas.

–Es la primera vez que un ismaelita es juzgado por ese crimen.

–Justamente por ello es necesario que sirva de ejemplo.

–A veces la clemencia es más oportuna que la estricta justicia.

–En cualquier otro caso, tal vez. No en éste. Si indulto a Hossein, los creyentes dirán:

«¡Mirad! Las leyes son para nosotros. No se aplican a su hijo.» Sabrán que los lobos no se muerden entre sí... ¡No quiero que eso ocurra!

–Pero si ordenas ejecutar la sentencia, clamarán con horror: « ¡Es un padre sin corazón!»

Hassan arrugó la frente.

–Yo promulgué las leyes para todos los ismaelitas sin excepción. Soy el jefe supremo y respondo de la ley. Por eso firmaré la condena de muerte.

Tomó la sentencia que le tendía Abd al–Malik, la leyó atentamente, luego mojó su cálamo en el tintero y firmó sin que le temblara la mano.

–¡Aquí está! –dijo–. ¡Abu Alí! Tú proclamarás el veredicto del tribunal. Mañana por la mañana, antes de que salga el sol, el verdugo cumplirá con su deber. ¿Está todo claro?

–Todo claro, Ibn Sabbah.

Burzuk Umid, que durante todo ese tiempo se había mantenido de pie, apartado, sin decir palabra, indicó que quería hablar.

–Tal vez podríamos atenuar la pena considerando que el primer cargo es discutible...

–Ya firmé. Gracias por vuestros esfuerzos.

Cuando se quedó solo, Hassan no pudo evitar pensar en algo que lo violentaba: «Mi hijo era un escollo para mi obra. ¿Soy un animal feroz aniquilándolo? Había que rematar el edificio comenzado. Si tu corazón es un obstáculo, dile que se calle. Todo lo grandioso debe estar más allá de los sentimientos humanos.»

## XX

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, los tambores redoblaron llamando a reunión. La noticia corría de boca en boca: el hijo del jefe supremo iba a ser decapitado por haber matado al gran dey del Kuzistán.

Abu Alí entró con Minutcheher e Ithrahim en la celda del prisionero. Su voz

Abu Alí entró con Minutcheher e Ibrahim en la celda del prisionero. Su voz tembló

levemente al anunciarle que el jefe supremo había rechazado su recurso de gracia.

—Valor, hijo de Hassan. ¡La sentencia debe ser ejecutada!

Hossein miró a los deyes con ojos de animal acorralado. Luego se abalanzó sobre ellos, pero los pies se le enredaron en la cadenas y cayó al suelo.

—¡Perros malditos! ¡Perros malditos! —gimió.

Lo sujetaron. Él se debatía con todas sus fuerzas. Los guardias tuvieron que arrastrarlo fuera del calabozo.

La tropa, dispuesta en orden de parada, ocupaba las dos explanadas inferiores. En el centro de la de abajo sobresalía un pesado tajo. El verdugo, escoltado por sus ayudantes, hizo su solemne aparición. Estaba desnudo hasta la cintura, llevaba altivamente el hacha y fingía no prestar oídos a la asistencia. Un susurro atravesó las filas:

—¡Ya lo traen...!

Hossein lanzaba juramentos y se debatía entre sus guardianes como la fiera cogida en una trampa mortal. Los hombres que lo rodeaban, visiblemente agotados, se veían obligados a empujarlo para que avanzara.

Cuando el condenado divisó al verdugo con el hacha, se puso a temblar y su boca se crispó, incapaz de pronunciar más insultos. Finalmente acababa de comprender lo que le esperaba.

—El hijo de Seiduna... el hijo del jefe supremo —murmuraban los hombres de las filas. Abu Alí, Buzruk Umid y Minutcheher montaron a caballo. El cuerno resonó. Abu Alí hizo avanzar su montura algunos pasos. Desplegó una hoja y leyó con voz clara la sentencia de muerte. Luego invitó al verdugo a cumplir con su deber.

Se produjo un silencio casi tangible, poblado únicamente por el rugido del torrente. De repente un grito salió del pecho de Hossein:

—¡Hombres! ¿Habéis oído? ¡El padre entrega a su propio hijo al verdugo!

Un rumor recorrió las filas. Al frente del pequeño grupo de fedayines, Abdur Ahman se volvió y su mirada se cruzó con la de Naim: el muchachito estaba pálido como la cera. Los ayudantes del verdugo sujetaron al prisionero y le dejaron libre la mano derecha. Hussein resistía aún con la energía de la desesperación. Trataba de alejarse instintivamente del tajo. Pero los dos gigantes lo arrastraron a la fuerza, lo pusieron de rodillas y le apoyaron la mano en el tajo. El verdugo le inmovilizó brutalmente la muñeca y blandió eh hecha. La hoja rasgó el aire y todos pudieron oír el ruido de huesos triturados. Hussein lanzó un aullido inhumano. La sangre había salpicado el rostro de los dos acólitos.

Levantaron al sumiciado que acababa de perder el conocimiento y le pusieron la

...entonces se supieron que se había de perder el conocimiento y se pasó la cabeza en el tajo. De un solo hachazo, el verdugo se ha cortó. Su ayudante le tendió un manto que él echó sobre el cuerpo ensangrentado. Luego se volvió hacia Abu Alí y pronunció secamente la fórmula ritual:

—¡El verdugo ha cumplido con su deber!

—¡Se ha hecho justicia! —respondió el gran dey.

Hizo avanzar su cabalgadura hacia la tropa reunida.

—¡Ismaelitas! Acabáis de ser testigos de la estricta justicia que reina en Alamut. Seiduna, nuestro jefe supremo, no hace excepciones. La ley castiga severamente a quien comete un crimen. Ni el grado ni el nacimiento lo protegerán del castigo merecido. Por eso os invito a respetar la ley y a observar estrictamente sus prescripciones. ¡Alá es Alá y Mahoma su Profeta!... ¡Ven, Al-Mahdí...!

Dio una orden y los hombres volvieron a sus trabajos. Aquí y allí se escuchaban murmullos...

—¡De verdad! ¡Todavía existe justicia en la tierra...!

—¿Conocéis a otro jefe, a otro príncipe que esté dispuesto a sacrificar a su propio hijo a la justicia?

La noticia del castigo que el jefe supremo había reservado a su propio hijo se extendió

con la velocidad del rayo de un extremo al otro del imperio. La figura del «Viejo» adquirió

para las multitudes un aura nueva, en la que el respeto rivalizaba más que nunca con el horror.

Djafar, metamorfoseado bajo el nombre de Halef en mensajero del sultán, había vivido muchas aventuras durante el viaje a Bagdad. Inmediatamente después de Kazvin se topó con un imponente contingente de tropas que marchaban en completo desorden; la infantería se confundía con la caballería: eran los restos del ejército de Kizil Sarik, que se había dispersado después de la inútil campaña emprendida contra las plazas del Kuzistán. Los extenuados soldados se apartaron en silencio en cuanto reconocieron que el oficial era ni más ni menos que un oficial de la guardia personal del sultán.

En cada posta, se esmeraban en poner las mejores monturas a disposición del enviado imperial. La primera noche la había pasado a la intemperie. Pero en cuanto enfiló

la carretera, se las arregló para pernoctar en cómodos campamentos. Una vez a medio camino de Bagdad, se vio invitado a compartir una habitación con un grupo de oficiales que acababan de servir a las órdenes de Kizil Sarik. Así se puso al tanto del levantamiento del sitio de Zur Gumbadán y del efecto desmoralizador que había tenido en las tropas del sultán el anuncio de la muerte

del gran visir. Los comentarios se sucedían unos a otros...

–Todas las comarcas del norte están en manos de los chiítas, los cuales consideran que los ismaelitas son sus hermanos. Ahora que Nizam al–Mulk ha desaparecido, ¿qué

sentido tiene luchar contra el Viejo de la Montaña?

Djafar les confió que era mensajero del sultán y volvía directamente de Alamut. Un silencio incómodo se hizo a su alrededor.

–No nos delates –le suplicaron al fin–. Toda la tropa piensa como nosotros. Pero cuando de nuevo den la orden estaremos dispuestos a luchar, como siempre... Él los tranquilizó. Había excitado su curiosidad. Le parecía que despertaba el asombro de los demás. ¿Sería acaso su transformación exterior lo que le daba esa sensación? ¿O era tal vez el miedo de delatarse lo que lo obligaba a meterse tan profundamente en su personaje? Contó mil atrocidades sobre Alamut y constató que sus relatos erizaban los pelos de sus interlocutores. Él mismo tuvo sueños poco tranquilizadores; pero al día siguiente, cuando se levantó al despuntar el día, hizo un gesto instintivo para tomar su sable al ver las armas y vestimentas turcas colgadas de las paredes. Necesitó algunos segundos para reponerse y recordar el lugar donde se hallaba. Sólo entonces volvió a tener conciencia de la misión que le había sido confiada. Despachó su plegaria matinal, tomó un bol de leche cuajada y un trozo de pan de avena y montó a caballo.

Poco después vio venir a su encuentro un destacamento bien armado. El comandante lo detuvo y lo conminó a identificarse. Djafar le hizo saber que era un mensajero del sultán, de regreso de Alamut.

–Perfecto. Justamente tengo por misión poner un poco de orden entre las tropas que acaban de desbandarse vergonzosamente bajo los muros de la ciudadela. Su Majestad ha dado orden de marchar de nuevo contra los ismaelitas.

«¿Sabrá Seiduna el peligro que amenaza de nuevo a Alamut?», pensó Djafar con aprensión. Pero él no debía detenerse en tales consideraciones. Sólo contaba su misión y nada lo podía ni debía distraer.

Luego, la carretera por donde marchaban los ejércitos le pareció semejante a un inmenso campamento militar: los distintos cuerpos se seguían unos tras otros en filas apretadas. Para no ser detenido sin cesar, gritaba desde lejos su orden de misión y lo dejaban pasar. Por ambas partes de la calzada, caballos, camellos, mulas, bueyes, reunidos a miles de discontinuos rebaños, arrancaban de la montaña las últimas briznas de vegetación.

Tuvo que rodear Nehavend, ocupada por un verdadero ejército, pero luego el camino hasta Bagdad apareció totalmente despejado. De nuevo pudo saborear agradables noches en fondas donde no era difícil encontrar una habitación

individual. Fue en una de estas etapas donde tomó la primera píldora. La experiencia lo turbó hasta el fondo del alma. Todo el resto del viaje se sintió presa de sentimientos extrañamente contradictorios: a veces lo acosaba una sorda inquietud; otras, se imponían a su vista increíbles alucinaciones de un realismo que lo subyugaba. También le parecía estar perdido en una enorme ciudad que hubiera caído en manos de una multitud vociferante. Luego eran jardines poblados de huríes de ojos negros. El día y la noche se confundían. La droga contenida en las misteriosas cápsulas se convirtió para él rápidamente en la fuente de todo placer, de toda pasión. Hasta el punto de que al cabo de unos días tuvo que hacer un terrible esfuerzo para conservar en su poder la última píldora: la que tanto necesitaría cuando sonara la hora fatal.

Galopaba como en sueños cuando se encontró a las puertas de una ciudad gigantesca. Centinelas armados hasta los dientes le cerraban el paso. Acostumbrado a las apariciones inmateriales, disminuyó apenas la velocidad cuando siete lanzas se abatieron sobre él. En ese mismo instante, el espejismo se evaporó. Hacia diez días que había dejado Alamut.

¡Llegaba a las puertas de Bagdad! Recuperó rápidamente el sentido.

–Soy un mensajero de Su Majestad –espetó con rudeza.

El comandante del puesto examinó sus papeles.

–Bien, puedes pasar –dijo.

Después de cruzar las murallas, la realidad le pareció confundirse con los sueños. La calle por la cual avanzaba, no era más que una sucesión de palacios de mármol uno más bello que el otro. Luego aparecieron las mezquitas con cúpulas de oro y turquesas, alminares de todas formas erguidos hacia el cielo, bazares bullendo como hormigueros, que lo obligaban a hacer mil rodeos. No tardó en encontrarse completamente perdido; las indicaciones recibidas de sus amigas de Alamut sobre la topografía de la ciudad no le sirvieron de mucho. Para darse valor, se obligó a imponerse este pensamiento: «¡Vamos, Djafar, se te abrirán las puertas de ciudades mil veces más hermosas cuando hayas cumplido tu misión.»

Divisó a cuatro soldados en patrulla y se dirigió al que parecía ser el jefe.

–¡Indícame el camino más corto para llegar al palacio de Su Majestad!

El hombre le echó una mirada sorprendida, pero no se dejó desconcertar:

–¿Por qué me miras así? ¡Mejor muéstrame el camino!

–Justamente nosotros volvemos al palacio. Síguenos.

Uno de los hombres tomó su caballo por la brida. Atravesaron otros muchos barrios; luego los palacios dejaron lugar a inmensos jardines.

–Éste es el palacio de Su Majestad.

Un imponente edificio ofrecía su blancura a los rayos del sol. Lo reconoció

de inmediato: Halef se lo había descrito con lujo de detalles. Sus compañeros lo dejaron para

entrar en sus acantonamientos, instalados al borde de los jardines. Él siguió hasta la entrada principal y dio la consigna que sabía.

El guardia de servicio se extrañó:

–La consigna ha cambiado.

–No me sorprende, soy un mensajero de Su Majestad. Hace muchos días que dejé el palacio. ¡Vengo de Alamut! Tengo que entregar un mensaje urgente.

Fueron a avisar al caporal a quien la apariencia del jinete le llamó la atención... estaba lleno de polvo y mostraba un rostro febril, estragado de cansando, con una fea herida que abarcaba la mitad de la mejilla.

–Hay que ir en busca del oficial de servicio.

Djafar se sintió embargado por una repentina debilidad. Sus nervios estaban como triturados entre dos piedras de moler. Observó al oficial que se acercaba. ¿Tenía que fingir que lo conocía? Estaba a punto de caer en el pánico cuando el otro exclamó:

–¡Mira tú! ¿No es nuestro amigo Halef, hijo de Omar?

–¿Quién quieres que sea? Rápido, corre a comunicar mi llegada al jefe de la guardia de Su Majestad. Tengo que ser recibido de inmediato.

–Baja de ese noble animal y sígueme –dijo el oficial moviendo la cabeza.

Caminaron en silencio. Djafar se daba cuenta de que su compañero lo miraba a hurtadillas. Pero su mirada no tenía nada de amenazante: no parecía que le costara reconocer en él a Halef de Ghazna, algo cambiado y visiblemente agotado... De inmediato fue introducido ante el emir responsable de la guardia.

–¿Y esa misión...? ¿Cómo te las arreglaste? –dijo el emir.

–Me limité a seguir escrupulosamente tus órdenes, aunque no ha sido fácil.

El recibimiento fue terrible: trataron de quemarme vivo para saber algo sobre las intenciones de Su Majestad. Creo que salí bastante bien parado. Traigo noticias importantes para el sultán.

–¿Traes una carta?

–No, sólo un mensaje oral.

–Dímelo.

–Imposible, el jefe ismaelita lo destina a Su Majestad y sólo a él.

–¿Has olvidado las costumbres de la corte?

–No, emir. Pero el golpe que me ha dado el jefe herético todavía me quema la cara, y los huesos aún me duelen. No debo perder tiempo. Traigo noticias terribles.

–¿Qué hombre es ese tal Hassan Ibn Sabbah?

–Un verdadero verdugo. Una bestia feroz con forma humana. Es ya hora de



que lo hagamos desaparecer de la faz de la tierra y que exterminemos a toda su ralea.

—Es eso lo que va a suceder... Espera aquí. Voy a ver si Su Majestad puede reciberte. Una vez solo, Djafar aprovechó para tragar la última píldora que le quedaba. El efecto fue casi inmediato: su valor se vio reforzado, pese a que los objetos que lo rodeaban adoptaban insensiblemente esa apariencia extraña que ya le era casi familiar. Resistió la ola de imágenes que sentía subir en él, concentrándose en un solo pensamiento: el del compromiso en el que ahora estaba envuelto.

Aquél día —18 de noviembre del año 1092 de la era cristiana—, justo antes del mediodía, el sultán Malik Shali volvía de una corta visita al harén donde residía su hermana, única esposa del califa. A fuerza de persuasión, no exenta de presión, acababa en ese instante de lograr convencer a su cuñado, el Comendador de los creyentes, de que designara como sucesor al trono del Islam al pequeño Djafar —que precisamente acababa de darle la hermana del sultán—, apartando así de la línea sucesoria a Mustazir,

primogénito del califa. Era el último episodio de un largo conflicto entre ambos hombres: en un momento dado, el sultán había tenido incluso que exiliar a su querido cuñado, que reinaba bajo el nombre de Muktabir, al desagradable retiro de Basra. Desde allí el califa obtuvo un último plazo —diez días—, para decir si aceptaba o no las condiciones de su cuñado el sultán.

Desde entonces habían pasado cinco días.

Y así, durante aquella visita a su hermana, el sultán supo que el califa se rendía finalmente a sus exigencias, al menos en principio. Sentado en un verdadero trono de cojines, ahora se frotaba las manos. Estaba en la flor de la edad: un hombre de espíritu lúcido y de constitución sólida. Amaba la riqueza y el lujo y pretendía ser amigo de las ciencias y las artes. Todo lo nuevo o extraordinario lo atraía. Había llegado a esta conclusión: «¿Qué más puedo desear? Las fronteras de mi imperio son más extensas de lo que fueron nunca. Reyes y príncipes se someten a mi voluntad. Las ciudades, a mi paso, surgen del desierto y el sol blanquea los caminos que he trazado. Los pueblos bajo mi autoridad viven en la prosperidad y me veneran. Ahora acabo de doblegar la voluntad del Comendador de los creyentes. Un miembro de mi familia ocupará pronto el trono del representante del Profeta. He alcanzado todos los objetivos que me había fijado. Estoy en el apogeo de mi poder.»

Su secretario le anunció la llegada del comandante de la guardia. El emir entró, cumpliendo el ceremonial prescrito, y luego declaró:

—¡Majestad! Halef, hijo de Omar, ha vuelto de Alamut. Está herido en el rostro. El jefe de los ismaelitas lo ha hecho torturar para sacarle información

sobre tus intenciones. Te trae un mensaje oral. Te ruega humildemente, Majestad, que lo recibas. El sultán palideció.

—¿Cómo! ¿Se ha atrevido a torturar a mi mensajero? ¡Oh!, ¡que bruto innoble y sin alma! Sí, tráeme a Halef. Que me cuente personalmente lo que pasó.

El emir se retiró e introdujo a Djafar.

El fedayin se arrojó al suelo a los pies del sultán.

—¡Levántate, hijo de Omar!

El sultán vio el rostro de Djafar y no pudo contener su indignación:

—¿Qué te han hecho, Halef? Habla, habla. ¿Cómo te ha recibido el criminal que reina en esas montañas? ¿Qué mensaje te ha dado para mí?

Djafar luchaba contra el vértigo que le oscurecía los ojos. A su alrededor, los objetos, metamorfoseados por virtud del hachís se transformaban monstruosamente. Él se aferraba con todas sus fuerzas a la idea que resumía su porvenir: «Ha llegado la hora de cumplir la orden de Seiduna... ¡Las huríes me esperan!...» Recordó las palabras de Halef y los términos que había que pronunciar en presencia del sultán:

—¡Majestad! ¡Felicidad y Luz del país! —balbuceó—. Debes saber primero que conseguí

llegar a Alamut. Luego ese hombre me torturó y...

Palpó con la mano el estilete que llevaba en la manga, lo hizo deslizar a la palma, lo empuñó firmemente por el mango y, reuniendo todo su valor, se arrojó sobre el sultán. Éste retrocedió instintivamente. Con un gesto del brazo apartó el estilete que le arañó

la oreja. Djafar levantó una vez más el arma. Pero el emir había blandido su sable y la cabeza del muchacho fue cortada de un tajo.

El secretario lanzó un grito.

—¡Silencio! —ordenó el emir.

Ayudó al sultán, terriblemente pálido y tembloroso, a tenderse en los cojinetes.

—Ese hombre ha perdido la razón —dijo luego con una voz que quería ser firme. Se inclinó sobre el cadáver y limpió la hoja del sable sobre los vestidos de éste.

—Ha perdido la razón —repitió maquinalmente el sultán—. Todo lo que viene de Alamut se convierte en locura o crimen...

Alertados por los gritos del secretario, muchos generales y dignatarios habían acudido a la sala. El sultán sentía que el sudor le bañaba la frente. Se lo enjugó con el revés de la manga... y observó que el tejido de su túnica estaba manchado de sangre.

—¿Qué significa esto?

Un terror loco se leía en sus ojos. El secretario se precipitó hacia él

Un terror loco se leía en sus ojos. El secretario se precipitó hacia él.

—¡Su Majestad sangra! ¡Su Majestad está herido!

El emir recogió entonces el estilete que estaba en el suelo. Palideció. Le vinieron a la memoria los detalles de la muerte del gran visir. Un escalofrío lo recorrió hasta la médula. Escrutó el cadáver que yacía a sus pies. La sangre había reblandecido la máscara que cubría su rostro. El emir tiró de la barba y los bigotes. Ambos le quedaron en la mano.

—¡No es Halef! —murmuró.

El sultán lo miró y comprendió. Un terror indescriptible se pintó en su rostro. Pensó en su visir asesinado. Supo que también él iba a morir. Todos se reunieron alrededor del cadáver. Se mandó buscar al médico del sultán, a quien el emir dijo al oído:

—Temo que haya sido herido por una hoja envenenada. ¡Rápido!

El médico examinó la herida.

—La herida no es grande —dijo con tono tranquilo—. Sin embargo, por precaución, sería prudente cauterizar.

—¿Temes entonces que sea mortal?

El miedo quebraba la voz.

—Esperemos que todo vaya bien —respondió el médico.

Hizo llamar a su ayudante que le trajo los instrumentos necesarios. Todo fue rápidamente dispuesto.

El emir comprendió entonces que él era el responsable de todo aquello y distribuyó las órdenes consecuentes.

—¡Que nadie abandone el palacio! ¡Y silencio sobre lo que acaba de pasar aquí! Ahora yo tomo el mando y quiero ser obedecido.

Los guardias se llevaron el cadáver fuera de la habitación y los criados destinados al servicio particular del sultán se apresuraron a limpiar las manchas de sangre. El herido echó un vistazo a la punta de acero que se calentaba en el fuego y se inquietó:

—¿Dolerá mucho?

—Que Vuestra Majestad beba unas copas de vino. Será menos doloroso.

Los criados se afanaron alrededor de los jarrones y las copas. En cuanto el sultán sintió los primeros síntomas de la embriaguez, el médico acercó la punta puesta al rojo a la herida. El herido dejó escapar un aullido de dolor.

—Paciencia, Majestad.

—Te haré cortar la cabeza si sigues martirizándome así.

—Que Vuestra Majestad haga lo que le plazca. Pero la herida debe ser cauterizada. El sultán se mordió los labios y el médico pudo cumplir su tarea.

—Ha dolido mucho, ¿sabes? —susurró el paciente cuando todo hubo terminado. Estaba nálido como la cera

terminado. Estaba pálido como la cera.

Los criados se lo llevaron a su habitación en angarillas. El médico le administró

tónicos, luego hizo cerrar las cortinas y el herido no tardó en dormirse. El séquito de Su Majestad se retiró a la antesala. De vez en cuando el médico iba a echarle un vistazo al enfermo, y todos esperaban su regreso con ansiedad. «No parece

grave», dijo en varias ocasiones. Pero, de una de esas visitas, que se prolongó más que las anteriores, lo vieron salir con el rostro descompuesto:

–Su Majestad tiene fiebre. Incluso empieza a delirar. Temo que el veneno...

–¡Alá! ¡Qué crimen más atroz! –murmuró el emir.

Acompañó al médico a la cabecera del herido. Un tenue rayo de luz iluminaba la habitación.

–¡Salvadme! ¡Salvadme! –les suplicó el sultán en un breve momento de lucidez–. Tengo fuego en las venas...

Volvió a delirar. Los que esperaban en la antesala entraron en la habitación y se apiñaron a su alrededor. De repente el moribundo se puso a cantar. Todos se arrodillaron y tocaron el suelo con la frente.

–¡Qué fin más espantoso!

Poco después vieron que el enfermo se incorporaba. Miró en torno con expresión despavorida y quiso levantarse.

El médico lo detuvo y les indicó a los demás que abandonaran la habitación. El emir los reunió en la antesala:

–Cuando vuelva en sí habrá que pedirle que nos confirme su voluntad en lo que respecta a la sucesión. El pequeño Muhammad sólo tiene cuatro años. De cualquier forma no puede tomar a su edad las riendas del imperio.

–Esperemos al menos un poco más –sugirió un viejo cortesano.

–¿Para que la sultana se aproveche de ello y termine por imponernos el gobierno de Tadj al–Mulk? –se indignó el secretario.

–No debemos demostrarle al enfermo que esperamos lo peor –objetó uno de los nobles personajes presentes.

–Nos jugamos el destino de Irán –le respondió secamente el emir.

–Tal vez habría que prevenir al menos a la hermana de Su Majestad.

–¡No dejaremos entrar a nadie aquí! –se rebeló el emir–. Nadie debe saber que el sultán ha caído bajo el puñal de los ismaelitas. Si ocurre lo peor, proclamaremos que murió

de fiebres perniciosas. Si llegamos a hacer correr la voz de que Su Majestad terminó como su visir, víctima del sanguinario de Alamut, tendríamos primero que responder de esos dos dramas... y el pueblo sentiría tal terror que ya nadie querría tomar las armas contra los herejes.

Velaron al moribundo hasta el alba. La fiebre no dejaba de subir y pronto advirtieron que era demasiado tarde para abordar el asunto de la sucesión. El sultán no recuperó el conocimiento. Al alba entró en agonía. Cuando sonaba la llamada a la segunda oración, el médico constató que el corazón ya no latía. Todos lloraron: Irán acababa de perder al único amo que todavía podía gobernarlo.

Bagdad la agitada, Bagdad la bullente, aún ayer entregada al alborozo de las fiestas, enmudeció de pronto y se sumió en la tristeza. Pero la noticia de la muerte del sultán no había alcanzado aún las últimas barriadas cuando ya la disputa por la sucesión se convertía en guerra civil. Rápidos mensajeros volaron en todas direcciones para anunciar la triste nueva. El emir que mandaba la guardia personal envió hombres a Barkiarok, que seguía en campaña en las fronteras de la India, así como al hijo del gran visir asesinado. Los partidarios de Muhammad despacharon los suyos a la viuda del sultán y a Tadj al-Mulk, que seguían siendo amos de Isfahan. Los príncipes sometidos de Siria y de otras marcas del imperio, que acababan de reunirse en Bagdad con el sultán, volvieron a la carrera a sus cortes para coger al vuelo aquella oportunidad inesperada de liberarse de la tutela de los amos selyúcidas del Irán. El califa, que había decretado un duelo de seis meses en memoria del difunto, se regocijaba en secreto de aquel viraje de los acontecimientos.

Finalmente podría elegir al heredero según sus deseos: de nuevo designó a su hijo mayor... y los mensajeros y otros propaladores de rumores diversos al servicio de los grandes de este mundo se apresuraron a transmitir la noticia a sus amos dispersos por los cuatro puntos cardinales.

En Bagdad, mil intrigas se habían desencadenado en la corte desde el mismo día de la muerte del sultán. Los pretendientes al trono parecían surgir de la tierra, todos armados, cada cual con una corte de fieles a sueldo. Casi la totalidad de los hermanos e hijos del sultán difunto tenían sus partidarios. Todos comenzaron a intrigar en favor de sus candidatos y presionaron al desdichado califa para ponerlo de su parte. Como siempre en tales casos, a merced de las alianzas y tratos al uso, terminaron por enfrentarse dos campos: el de Barkiarok y el de Muhammad. Antes de morir, el sultán se había inclinado por este último, dando claramente ventaja a la sultana y a su cómplice Tadj al-Mulk. Todos los príncipes y grandes personajes, altos funcionarios y clero, cuyas desenfrenadas ambiciones habían sido contenidas por la autoridad sin fisuras del gran visir asesinado, tomaron así partido por Muhammad, todavía menor de edad. Pronto lograron que el califa se tambaleara en su campo. El combate podía ser sangriento. A los partidarios de Barkiaron no les resultaba fácil la vida en Bagdad. No tenían más posibilidades que ocultarse o huir. Los partidarios de

Muhammad ardían de impaciencia esperando noticias de Isfahan, donde la sultana y Tadj al-Mulk reunían sus fuerzas: ante todo debían obtener del débil califa que se dirigiera a la faz del mundo y proclamara sultán a su candidato; ése sería un golpe del cual la oposición no se recuperaría jamás.

Las tropas acantonadas alrededor de Nehavend y de Hamadán llamadas a luchar contra los ismaelitas habían recibido, al mismo tiempo que la noticia de la muerte del sultán, la orden de abandonar provisionalmente la lucha contra el hereje y de marchar sobre Isfahan. Pero a medio camino hacia esa ciudad, fueron interceptadas por mensajeros de la viuda del sultán que supieron convencerlos: los jefes se vieron gratificados por generosos presentes, y se convino que la tropa recibiría doble paga si se declaraba en favor del pequeño Muhammad. Sin embargo, otros mensajeros continuaron hacia Bagdad con el propósito de convencer al califa –también en este caso con promesas de ventajas contantes y sonantes– de que coronara a Muhammad y de que ordenara la plegaria de la khutba\* en todo el Irán.

No había tiempo que perder. Barkiarok llegaba a Isfahan a la cabeza de una parte de sus tropas. Aún no sabía que su padre había sido muerto poco después que el gran visir. Encontró la ciudad sumida en la mayor confusión. Soldados llegados no se sabía de dónde aclamaban al joven Muhammad en las barbas de los propios partidarios de Barkiarok. Comprendió que, por pocos días, había llegado tarde. Intentó sublevar a la población contra la viuda del sultán y de su visir. Pero justo en aquel momento llegó la noticia de Bagdad: finalmente el califa acababa de decidir proclamar sultán a Muhammad. Barkiarok se apresuró a reunir el resto de sus tropas y tomó con ellas el camino de Sava, donde el emir Tekechtegin, un amigo de su infancia, le ofreció un refugio providencial. Ahora necesitaba reunir a sus partidarios y buscar activamente la alianza con todos los que tenían alguna razón para quejarse del nuevo sultán. Cinco de los hijos de Nizam se unieron a él y se apresuró a nombrar visir a uno de ellos. En poco tiempo logró reunir así

un ejército bastante importante; en todo caso estaba claro que no se daba por vencido. La sultana y su visir habían pensado en todo; la confusión general había jugado a su favor. Sólo habían olvidado algo: a su aliado de ayer, a Hassan. El emir Tekechtegin y Mutsufer eran buenos vecinos. Por intermedio de éste, Barkiarok, intentó entrar en contacto con el jefe de Alamut.

\* Plegaria pública pronunciada en nombre del príncipe heredero. (N. del E.)

## XXI

Mientras los hijos, hermanos, tíos y sobrinos del sultán muerto se disputaban entre ellos la herencia, el imperio de los selyúcidas –dueño hasta la víspera de la mitad del mundo–se hundía estrepitosamente hasta el punto de que, en Irán, nadie sabía con precisión quién ni qué gobernaba. Y, entretanto, la institución ismaelita no cesaba de afirmarse ni de reforzar sus defensas, a imagen y semejanza de la roca sobre la cual se levantaba Alamut.

La noticia de la muerte del sultán Malik Shah fue recibida por los partidarios de Hassan con verdadero júbilo. Todo el territorio gobernado por las plazas de Rai, Rudbar, Kazvin; todas las montañas hasta Firuzkuh, Damagán, incluso hasta Kord Kuhy\*, sin olvidar Zur Gumbadán y su región, estaban ahora seguras: no solamente los mensajeros ismaelitas sino incluso destacamentos enteros podían transitar en paz por aquellos parajes, yendo de una fortaleza a otra sin zozobra alguna. Alamut vio así afluir una nueva ola de creyentes que venían a buscar al pie de sus muros, a la vez, la prosperidad y la libertad para ejercer su culto. Como pronto la fortaleza fue demasiado exigua para todas aquellas gentes, el dey Abu Soraka sólo conservó a su alrededor a los más fuertes y capaces, invitando a los demás a volver a sus casas cargados de regalos ofrecidos por el jefe supremo con el propósito de que fundaran allí poderosas comunidades de fieles unidos al amo de Alamut por juramento y puestos bajo su directa protección. Un nuevo siglo iba a comenzar y pronto todo el norte del Irán, a semejanza del Egipto fatimida, iba a poder proclamar muy alto el nombre de Alí y divulgar la doctrina de su secta. El servicio de información montado por Hassan funcionaba a las mil maravillas. Éste estaba al corriente, día a día, de los progresos llevados a cabo por cada facción que se disputaba el trono. Había sido el primero en conocer la entronización del sultán Muhammad, el chasco de Barkiarok frente a Isfahan, y se regocijaba mucho al constatar que los pilares del imperio de los selyúcidas, que él se encargaba de minar, se hundían uno tras otro. El sueño de su lejana juventud estaba a punto de volverse realidad.

«Todo esto parece una fábula», le complacía pensar. «Si yo no hubiera sido el resorte de todos estos trastornos, no podría creerlos. ¡De verdad!, ciertos deseos poseen un fuerza singular. Actúan como si estuvieran hechos de materia, como otros tantos martillos forjados en verdadero acero.»

Entonces tuvo una extraña sensación de vacío. Como si de repente el mundo se hubiera silenciado a su alrededor. Algo grande y aterrador que, sin embargo, entrañaba una secreta belleza, estaba a punto de dejarlo para buscar, lejos de él, un lugar bajo el sol. La nostalgia de los días de inquietud, aquellos días tan

intensos, ahora lejanos, lo atormentaba a veces. Había llegado el momento de inspeccionar el edificio, hacer inventario de sus fuerzas y asegurarle el medio de perdurar después de él. Al comienzo del invierno, vieron llegar al castillo al rais Abd al-Fazel Lumbani, de Rai. Igual que seis meses antes, era portador de un mensaje importante: el emir de Sava, Tekechtegin, había recibido a Barkiarok y puesto todas sus tropas a su disposición; quería proclamarlo sultán en Rai, antigua capital del Irán, y con ese propósito había pedido ayuda y el apoyo a Mutsufer. Éste le había aconsejado que se entendiera primero con Hassan y se asegurara de que contaba con su aprobación. Por eso había viajado Abd al-Fazel hasta Alamut. Barkiarok había resuelto marchar sobre Isfahan con todo su ejército en cuanto fuera proclamado sultán, y destronar a Muhammad.



\* Situados en la parte oriental del macizo de Elburz. (N. del E.)

Había que pedir consejo: Hassan invitó a los dos grandes deyes y a Minutcheher a reunirse con Abd al-Fazel y con él en sus apartamentos.

—El momento es decisivo —les confió cuando se hallaron todos reunidos—. El califa y casi todos los jefes militares han reconocido a Muhammad. No debemos hacernos ilusiones. Si el partido de la sultana ganara, nosotros, los ismaelitas, seríamos los primeros en recibir los golpes de Tadj al-Mulk. Ha conseguido el poder con nuestra ayuda y, como todo nuevo déspota, intentará librarse de sus peones. Ya nos ha demostrado qué clase de hombre es. Barkiarok intentará seguramente también librarse de nosotros cuando ya no le seamos necesarios. Pero es esto justamente lo que debemos evitar. Que nuestra divisa sea la siguiente: ningún soberano de Irán debe acceder a un poder ilimitado. Pienso, pues, que provisionalmente debemos ayudar a Barkiarok y derribar a Muhammad. Que Tekechtegin proclame a Barkiarok sultán en Rai. Cuando marche sobre Isfahan, le cubriremos las espaldas. Pero el proverbio dice que hay que forjar el hierro mientras está caliente. Barkiarok deberá primero firmar en nuestro favor el compromiso de no atacar nuestros castillos si tiene éxito, y de no perseguir a nuestros adeptos. Y para que tome buena cuenta de nuestra fuerza comenzaremos por exigirle, a cambio de nuestro apoyo, un impuesto anual. Ha llegado la hora de que los soberanos y poderosos de este mundo comprendan que sus vidas están en nuestras manos.

Ninguno de los jefes hizo la menor objeción ni agregó ningún comentario. Redactaron una carta dirigida a Barkiarok exponiéndole sus condiciones. La conversación se desarrolló

luego en un ambiente muy agradable. La jarra de vino pasaba de mano en mano. De repente Hassan se volvió hacia el rais Lumbani y le preguntó con una fina sonrisa:

—¿En qué consistía en realidad el medicamento contra la locura que querías darme?

Todavía lo estoy esperando.

Abd al-Fazel se rascó detrás de la oreja.

—Sabes, Ibn Sabbah, me he vuelto viejo y ya nada me asombra en el mundo. Lo que me parecía prudente hace siete años ha terminado siendo una estupidez y la aparente locura se ha transformado en sublime sensatez. Ya no entiendo nada. De manera que he decidido no hacer juicios sobre los asuntos del mundo. Terminó mi tiempo de servicio. Hassan dejó pasar un breve silencio antes de echarse a reír gozosamente.

—¿Recuerdas mi sueño, oh, mi buen rais? Ahora ya sabes cuán frágil era el

edificio que antes creíste construido para la eternidad. Bastó con un puñado de hombres con quienes podía contar ciegamente para derribar al roble selyúcida. Te pregunto: ¿existe aún un soberano, un jefe, un profeta o un sabio, un régimen o una institución que pudiera amedrentar a Alamut?

—No creo, en efecto, que exista, Ibn Sabbah. Tus puñales vivientes pueden alcanzar a cualquiera que te oponga la menor resistencia. ¿Quién, en estas circunstancias, querría ser tu enemigo?

—Existen sin embargo algunos, querido. Pero llegará un momento en el que el príncipe que vive al otro extremo del mundo temblará ante nuestro poder. Entonces impondremos impuestos a todos los emperadores, a todos los reyes, a todas las potencias de esta tierra, aunque vivan al otro lado de los mares.

Abd al-Fazel movió la cabeza con expresión perpleja.

—Te creo porque no puedo hacer más que creerte. Pero sigo sin comprenderlo: ¿cómo puede haber tantos jóvenes que sacrifiquen sus vidas con esa alegría a una orden tuya?

—Es porque saben que la muerte les procurará inmediatamente los eternos goces del paraíso.

—¿No querrás exigir de mí que yo crea en esa fábula?

Hassan hizo un guiño malicioso.

—¿Quieres corroborar por ti mismo su veracidad?

Abd al-Fazel fingió taparse la cara con las manos, aunque su terror era sólo simulado a medias...

—¡Que Alá me guarde de tal curiosidad! Eres capaz de todo. Imagínate que logres finalmente convencerme de la realidad de tu paraíso... ¡Me ves desde aquí arrojarme con un puñal en la mano contra algún sultán o visir, pese a mis viejos huesos y a mi barba gris!

Con esta broma, saludada por una carcajada general, se puso término a la reunión. A la mañana siguiente, Abd al-Fazel abandonaba Alamut, con las bolsas llenas de regalos, cómodamente instalado sobre el lomo de un camello.

No habían transcurrido siete días cuando ya un mensajero le trajo a Hassan una carta de Barkiarok, en la cual éste le informaba que aceptaba sus condiciones. Y el resto no se hizo esperar: Tekechtegin proclamó sultán a Barkiarok en Rai, ambos prometieron marchar sobre Isfahan en la primera ocasión. Tadj al-Mulk quiso adelantárseles y llevó sus tropas hacia Sava. Los dos ejércitos se encontraron en Barugdjr, entre Hamada y Jarb. Tadj al-Mulk, vencido, fue hecho prisionero y Barkiarok se apresuró a hacerlo decapitar. Desde entonces el camino de Isfahan quedó expedito. Llegó a los muros de la ciudad en los primeros días del año. Hassan, segundo hijo del gran visir asesinado, llegado de Jorasán con sus tropas, se unió a él: el nuevo sultán lo nombró de inmediato

ministro. Eran cada vez más numerosos los que abandonaban el campo de la viuda del difunto Malik, pero ésta tuvo la presencia de ánimo de entenderse con Barkiarok y de pedirle la paz. Barkiarok tuvo que enfrentarse a su tío Ismael Ibn Yakuti, gobernador del Azerbaiyán, que se había dejado comprar por Turkán Hatuna: lo hizo prisionero y le hizo volar la cabeza. Pero apenas había arreglado aquel asunto, el hermanastro de Ibn Yakuti, Tutush, de Damasco, se rebeló

contra él y se apoderó de Antioquía con la complicidad de Aksonkor, gobernador de Alepo; luego de Mosul, llegando hasta a exigir del califa que lo proclamara sultán. La revuelta ardió de repente en todas las marcas del imperio. Reyes y príncipes vasallos proclamaron sucesivamente su independencia. Incluso los gobernadores no tardaron en sacudirse la tutela del poder central. En resumen, pronto cada cual le declaró

la guerra a su vecino, mientras el desdichado califa proclamaba sultán unas veces a uno, otras a otro. Así, llegó a ocurrir que en Bagdad, se pronunciara la khutba en nombre de tres o cuatro soberanos diferentes.

Había llegado el momento de que Hassan tomara las medidas pertinentes. Reunió en Alamut a los jefes de sus fortalezas, y a los amigos y partidarios de su doctrina que llegaron desde todos los puntos cardinales.

Era un hermoso día de invierno. La nieve todavía no había caído aunque las cumbres de alrededor ya estaban cubiertas de un espeso manto blanco. El viento helado, cortante como una navaja, bajaba de las montañas, pero en cuanto el sol sobrepasaba las crestas, la atmósfera era invadida por una sorprendente tibieza.

Aún era de noche cuando los tambores comenzaron a redoblar. Al punto, todos se levantaron. Soldados, fedayines, oficiales, simples creyentes, lucían sus trajes de gala. Corría el rumor de boca en boca de que aquel día iba a ser el más importante de la historia de Alamut: iban a tomarse decisiones capitales, llamadas a tener repercusión hasta el final de los tiempos.

Después de la primera oración, los jefes y sus huéspedes de nota se reunieron en la sala del consejo cuyo suelo estaba casi totalmente cubierto de cojines. Hassan entró, seguido por los grandes deyes. Su largo manto, de un blanco inmaculado, le llegaba a los talones. Un magnífico turbante blanco como la nieve ceñía su cabeza. Todos se levantaron y se inclinaron con el más profundo respeto. Fue de uno en uno, saludándolos con expresión afable. Cuando llegó ante Mutsufer, le preguntó:

—¿Cómo están mis hijas? ¿Son aplicadas y ganan su pan?

Mutsufer se deshizo en alabanzas.

—Bien —dijo Hassan—. Que sean útiles. Si se presentan pretendientes que les convengan, no veo razón para que no las cases.

Mutsufer prometió hacer lo que pudiera.

Al divisar al rais Abd al-Fazel no pudo dejar de saludarlo con cierta malicia:

—Me alegro de verte a menudo este último tiempo. ¿No te gustaría por casualidad quedarte conmigo en Alamut? Te podría confiar el cuidado de vigilar mis jardines... Tengo allí algunas huríes que podrían no dejarte indiferente...

—Gracias por tu ofrecimiento —se excusó el ex rais—. No está lejos el momento en que deberé llamar a las puertas del verdadero paraíso...

A Hassan le gustó la respuesta. Luego los invitó a todos a sentarse.

—¡Amigos y jefes del ismaelismo! Os he invitado para que definamos juntos hoy, clara y definitivamente, la esencia y objetivos de nuestra institución. Todo lo que hemos emprendido tras la adquisición de este castillo ha tenido éxito. Es la señal de que los cimientos que construimos eran sólidos. Hemos puesto nuestra fuerza a prueba y la hemos mostrado en el combate. Pese a la unidad y firmeza de nuestros decretos, algunas cosas no han dejado de quedar oscuras, especialmente aquellas que se refieran a nuestras relaciones con el resto del mundo. Cosa que, por lo demás, es bastante comprensible. El éxito definitivo de una empresa es siempre consecuencia de un primer proyecto y de todos los factores previsibles e imprevisibles que han intervenido en su realización. Cuando le arrebatamos este fuerte al difunto sultán, nos proclamamos públicamente vasallos del califa de Egipto, que nos había dado plenos poderes para llevar a cabo la acción. Era ineludible, pues por entonces nuestro prestigio era aún muy escaso, diría incluso que inexistente... Desde entonces, los tiempos han cambiado profundamente. Nuestros peores enemigos han muerto. El poderoso imperio selyúcida está en descomposición. Egipto está

lejos. En cambio, nosotros nos hemos desarrollado, hasta convertirnos en una fuerza indestructible. Hemos educado y formado creyentes con una firmeza de convicciones que no posee ninguna otra causa. Su ardor es legendario. Su determinación, decidida. Su abnegación incomparable. ¿Qué significa para ellos El Cairo? Nada. ¿Qué significa Alamut?

Todo... ¡Hombres! Ya soy viejo y hay tantas cosas que hacer todavía. Me gustaría antes de abandonaros ver nuestra doctrina precisada hasta en sus menores detalles, y esos detalles puestos por escrito por mi propia mano dirigidos a los que vengan después de nosotros. Es preciso que nuestros principios se adapten con la mayor exactitud a los ocho grados de nuestra jerarquía. Sabed, finalmente, que hoy es la última vez que aparezco ante los creyentes: desde mañana he decidido retirarme a mi torre para no salir jamás de ella. Antes de eso quisiera escuchar vuestras sugerencias...

Buscó con los ojos a Abu Alí, el cual tomó de inmediato la palabra:

—Ilustres jefes y amigos del ismaelismo, ante todo me gustaría invitaros a hacer un gesto: ha llegado la hora de romper nuestros lazos con El Cairo; sí,

debemos proclamar resueltamente nuestra completa independencia. De esta manera, testimoniaremos ante el mundo entero que conocemos nuestra fuerza; pero sobre todo ganaremos la simpatía de aquellos para quienes nuestra dependencia del extranjero impedía hasta ahora unirse a nosotros, como buenos iraníes que son.

El jefe de los ismaelitas acogió esta proposición con entusiasmo. Sin embargo, Mutsufer lanzó a Abd al-Fazel una mirada aterrada.

—¡Por Alá! ¿Habéis pensado en los numerosos adeptos que creen que el califa de Egipto es verdaderamente el descendiente de Alí y de Fátima? ¡Todos se irán de Alamut!

—No temas, Mutsufer —lo consoló Buzruk Umid—. Esos adeptos no nos son de ninguna utilidad. Mientras que aquellos sobre los cuales se apoya nuestra fuerza sólo reconocen una sola divisa: ¡Alamut!

—La fuerza de nuestra institución no reside en el número de nuestros adeptos —  
subrayó Hassan—, sino en su calidad. Tampoco reside en la extensión de nuestras

posesiones sino en la seguridad de nuestras plazas fuertes. En cada uno de estos sitios fortificados somos los amos absolutos. Así debe ser por doquier donde nos hagamos fuertes. Sólo separándonos de El Cairo naceremos verdaderamente: el niño, si quiere crecer, debe romper el cordón y alejarse de su madre.

Mutsufer se dejó convencer por estos argumentos. Abu Alí propuso entonces entronizar solemnemente a Hassan en las funciones que en adelante le corresponderían: fundador y jefe supremo de un Estado cuya sede sería, como siempre, Alamut. La proposición fue adoptada por unanimidad. Se redactó una constitución solemne en la cual se proclamaba la independencia total del Estado ismaelita, bajo la protección de su jefe, Hassan Ibn Sabbah. Todos los presentes la rubricaron.

Hassan se levantó y les agradeció su confianza; luego designó a Abu Alí y a Buzruk Umid como sus representantes y sucesores: al primero le confiaba la administración interna del Estado, al segundo la dirección de los asuntos diplomáticos. Le quedaba algunas palabras que añadir:

—Éste es el lazo que nos ata al resto del mundo. Aún nos queda pensar en el crecimiento y desarrollo de nuestra fuerza. Una institución que quiera permanecer viva y firme no debe dejar de crecer jamás. Necesita estar siempre en constante movimiento y transformación, para poder conservar la agilidad de un cuerpo bien entrenado. He redactado un informe sobre las mejores plazas fuertes de nuestras comarcas. Muchas de ellas sólo piden entregarse a nosotros y representarán para nuestra causa sólidos puntos de apoyo. Todos conocéis la

representaran para nuestra causa sólidos puntos de apoyo. Todos conocéis la fortaleza de Lamsir. Una posición soberbia, defendida ahora por una escasa guarnición que está lejos de querer defenderla. Buzruk Umid, echando mano de los medios necesarios, se las arreglará para apoderarse de ella: cuento con él para que el asunto sea solucionado exitosamente... Abd al-Malik, a ti que eres valiente y joven, te bastará con algunos entusiastas escogidos con habilidad para apoderarnos del magnífico castillo de Chahdits, situado cerca de Isfahan, que el sultán hizo construir antes de su muerte, como si nos lo destinara expresamente. Así podremos vigilar de cerca a los soberanos titulares del reino de Irán... Es a ti, Abu Alí, a quien he reservado la tarea más difícil y, por consiguiente, la más prestigiosa. Eres mi punta de lanza. Conoces Siria; sé que ya has visitado la fortaleza de Massiaf, ese otro Alamut, como bien dices. Está considerada como inexpugnable: la tendrás que tomar... Llévate tantos soldados y fedayines como te hagan falta. La confusión que reina en estos momentos en el país te permitirá llegar ante sus muros sin problemas. Para el resto confío en ti: Massiaf caerá. Fundarás allí una escuela de fedayines sobre el modelo de la de Alamut. Tomarás las medidas que juzgues oportunas, cuidándote sólo de tenerme al corriente de tus decisiones... Finalmente a ti, Ibn Atash, te nombro gran dey. Volverás al Kuzistán donde seguirás gobernando la plaza de Zur Gumbadán. Pero asimismo cuento contigo para fortificar en el norte del país la ciudad de Kord Kuhy, y para apoderarte de todas las fortalezas de los alrededores. Si necesitas un fedayín para alguna misión especial, te lo enviaré... Todos los que de vosotros mandáis alguna plaza tendréis además a partir de ahora rango de deyes gobernadores de región, cada uno dependiente directamente del gran dey cuya sede sea la más cercana de vuestros cuarteles... Todos conocéis el marco de nuestra jerarquía. Recibiréis en vuestros castillos los diferentes reglamentos que precisarán vuestras funciones en cuanto estén redactados... Id ahora a reuniros con vuestras tropas. Tú, Abu Alí, explícales estas medidas a los soldados y anúnciales mi llegada. Hoy será la última vez que me verán. El ejército de fieles, reunido por Abu Alí, festejó todas las decisiones: la proclamación de independencia del régimen de Alamut fue recibida con entusiasmo. Finalmente el anuncio de próximas campañas y nuevas conquistas dio lugar a grandes manifestaciones de júbilo guerrero: todos sentían perfectamente que los muros de Alamut eran ahora demasiado estrechos para ellos.

El jefe supremo se asomó finalmente a la terraza superior. Se hizo un silencio sepulcral. Con una voz que llegaba hasta la última fila de la tropa, les dijo:

—¡Creyentes ismaelitas! El gran dey acaba de anunciaros las medidas adoptadas hoy por la asamblea de jefes. En realidad, nos hemos vuelto poderosos. Pero toda nuestra fuerza reposa completamente en vosotros, es decir

poterosos. Pero toda nuestra fuerza reposa completamente en vosotros, es decir, en vuestra sumisión a nuestra causa. Cumplid las órdenes de vuestros superiores inmediatos porque ellos cumplen las mías. Yo me someto a las órdenes del Altísimo que me ha enviado. Directa o indirectamente no hacemos más que ejecutar Sus órdenes. Volved ahora a vuestros deberes cotidianos. ¡Y no esperéis más al Mahdí... porque Al-Mahdí ya llegó!

Antes incluso de que se apaciguara el entusiasmo levantado por estas últimas palabras, había desaparecido de vista. Lo vieron luego un breve instante en la sala del consejo, donde se despidió de los dignatarios de la causa. Luego se retiró a sus aposentos en compañía de los grandes deyes.

—Éste era el quinto y último capítulo de nuestra tragedia —les dijo aquella noche con una sonrisa acaso triste—. Ya no tenemos a nadie por encima de nosotros, salvo a Alá y su enigmático cielo. De ambos no sabemos casi nada y nunca sabremos nada más: es mejor pues cerrar para siempre el gran libro de las preguntas sin respuestas... Ahora quiero contentarme con este mundo tal como es. Su mediocridad me dicta la única conducta posible: inventar fábulas, lo más coloreadas posibles, que destinaremos a nuestros fieles hijos... esperando en ese refugio el desenlace del supremo enigma. Le está permitido a un viejo que conoce el mundo dirigirse a los hombres en forma de leyendas y parábolas.

¡Cuánto trabajo tengo aún ante mí!

Para el común de los creyentes, tengo que imaginar mil y una historias dando cuenta de la génesis del mundo, evocando el paraíso y el infierno, y a los profetas, Mahoma, Alí, Al-Mahdí... Justo por encima del rebaño, el creyente combatiente tendrá derecho a comprender el porqué y el cómo de las reglas y prohibiciones de nuestro gobierno: prepararé para ellos un código y un catecismo con imágenes. Los fedayines serán iniciados en un saber secreto: les enseñaré que el Corán es un libro enigmático que debe ser interpretado con la ayuda de cierta clave. Pero a los deyes, por encima de ellos, les enseñaremos que el Corán no encierra ningún secreto mencionable. Y si éstos se muestran dignos de acceder al último grado, les revelaremos el terrible principio que gobierna todo nuestro edificio: ¡nada es verdadero, todo está permitido...! Respecto de nosotros, que sujetamos los hilos de toda la maquinaria, guardaremos nuestros últimos pensamientos para nosotros mismos.

—¡Qué lástima que tengas la intención de ocultarlos al mundo! —se lamentó Buzruk Umid—. Justo en el momento en que alcanzas la última grada.

—El hombre que ha llevado a cabo una gran tarea sólo comienza a vivir cuando muere. Sobre todo el profeta. He hecho lo que debía; ahora ha llegado el momento de que piense un poco en mí. Moriré para los hombres para renacer entre mis obras. No conozco otro medio de sobrevivirse a sí mismo. Creo que pensáis como yo...

Pensamos como y cómo...

»Pero si me preguntáis sobre el sentido de esta acción y para qué sirve, no podría responderos –prosiguió–. Crecemos porque existe en nosotros una fuerza que nos impele a crecer. Como la semilla que germina en la tierra, sale del suelo, florece y da frutos. De repente nos encontramos aquí y de repente ya no estamos...

»Vamos ahora a echar un último vistazo a nuestros jardines...

Los precedió hasta la plataforma móvil y se hicieron bajar al pie de la torre. Uno de los guardias manejó la pasarela colocada sobre el torrente, luego Adí los condujo en barca hasta el jardín que ocupaba el centro del parque. Los árboles estaban desnudos, los parterres vacíos. Ya no se veían flores ni verdor. Sólo un negro bosquecillo de cipreses resistía el invierno.

–Si enviaras ahora a alguien a estos jardines –observó Abu Alí–, le costaría creer que ha llegado al paraíso.

–El mundo está hecho de colores, de calor y de luz –respondió Hassan–. Ése es el alimento de nuestros sentidos. Un rayo de sol en la naturaleza y todo cambia a nuestros ojos. Y ese cambio entraña también un cambio de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos, de nuestro humor. En eso reside el incesante milagro renovado de toda vida. Nada mas.

Apama vino a su encuentro.

–¿Cómo viven nuestras muchachas? –preguntó con interés Hassan.

–Hablan mucho, trabajan mucho, ríen mucho... y lloran mucho. Pero piensan poco.

–Tanto mejor. Si no, podrían darse cuenta de que viven en una prisión. No importa. Las mujeres están acostumbradas a los harenes, y a la prisión. Se las puede encerrar fácilmente toda la vida entre cuatro paredes. Si no se sienten prisioneras, entonces no están prisioneras. Diferentes son aquellos para quienes todo nuestro planeta es una prisión; aquellos que ven el espacio infinito del universo, los millones de estrellas, cuerpos celestes cuyo acceso les está para siempre prohibido... y es esa conciencia la que hace de ellos los mayores esclavos que se pueda imaginar: los esclavos del espacio y del tiempo. Caminaron en silencio a lo largo de los senderos abandonados.

–¿Nada nuevo, dices, en este paraíso desierto?

–Nada, salvo que esperamos algunos nacimientos...

–Los necesitaremos. Cuida de que todo vaya bien.

Luego, volviéndose hacia los grandes deyes, dijo:

–Serán los únicos seres del mundo cuyos padres los hayan concebido con la firme convicción de que sus madres eran jóvenes del paraíso... seres, de alguna manera, de otro mundo.

Rodearon el estanque.



—La primavera vendrá, luego el verano —prosiguió Hassan—. Pasad el invierno lo mejor y más cálidamente posible... esperando que la naturaleza vuelva a vestir con todo su esplendor estos jardines... También nosotros vamos a encerrarnos en nuestro retiro. El cielo se ha cubierto de un velo sospechoso, tal vez nieve mañana... El frío, el gran frío se acerca...

Cuando llegaron al castillo, Hassan se despidió de sus dos compañeros:

—La tierra acaba de cumplir apenas media revolución alrededor del sol... en la sucesión de los miles y miles de revoluciones que pesan sobre nosotros. Y, sin embargo, son muchas las cosas que han cambiado bajo el sol. El imperio de Irán ya no existe. Sin embargo, nuestra institución ha salido de la noche. ¿Cuál será su historia futura? En vano esperamos una respuesta. Las estrellas no tienen nada que decirnos.

Abrazó por última vez a sus dos amigos. Luego entró en la plataforma. Lo siguieron con la vista embargados por una extraña tristeza.

Se encerró en sus aposentos y murió para el mundo.

La leyenda lo cubrió con su manto.